

Marta Quintín

EI
COLOR
de la
LUZ

*Todos los cuadros
encierran una historia*



Marta Quintín

El color de la luz



Índice

[El color de la luz](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

Una novela intimista construida con maestría, que explora diversos tiempos y lugares (España, la Guerra Civil, el París de los años veinte, Nueva York...) y plantea una historia de amor descarnado, imposible por la propia naturaleza humana, por la inseguridad, por el miedo; por la incapacidad de reconocer que tal vez el error fue no amar.



«La tarde de otoño estaba fresca. La humedad de la lluvia aún pendía del aire. Las hojas caídas se arremolinaban en las aceras del bulevar de su vieja ciudad. Martín y Blanca Luz empezaron a caminar, el uno al lado del otro, como aquella otra tarde en que volvieron juntos a casa por primera vez, no demasiado deprisa, disfrutando del paseo y de la atmósfera que se esponjaba a su alrededor.»

Blanca Luz Miranda es una empresaria de éxito. Su objetivo: amasar una gran fortuna para comprar arte. La adquisición, en una subasta de Nueva York, de uno de los cuadros más inquietantes del pintor Martín Pendragón cumplirá el sueño de esta anciana de ojos enigmáticos. En esa misma sala una periodista observa la escena con interés, está convencida de que tras ese pago millonario se esconde un secreto y hará todo lo posible por descubrirlo. Lo que no sabe es que será Blanca Luz quien decida cómo se escribe su historia.

Una novela llena de matices, veladuras, fricciones, secretos, que nos descubre que toda obra de arte esconde una historia que puede redimirnos.

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Nueva York, que me reencontró con las ganas de escribir

Prólogo

Nueva York, 1982

Un millón de dólares.

Lo dijo con voz serena y el rostro imperturbable. Mantuvo la mano alzada y la mirada al frente. Un murmullo recorrió la sala. Algunos, desde la primera fila, se volvieron para contemplarla fugazmente. Todos contenían el aliento. El director de la subasta, parapetado tras su atril, emitió un silbido de admiración.

—Ofrecen un millón de dólares. Esto se pone emocionante, ¿verdad, amigos? ¿Alguien da más? —les tentó.

Como respuesta, un silencio sepulcral se espesó en la estancia. A su lado, el cuadro relumbraba bajo los focos, ajeno a aquella pugna que había originado, inmune a la culpa. No parecía darse por aludida aquella explosión de colorido incandescente, recogida en trazos gruesos, embalsada en rugosas lágrimas de pintura, acotada por una sombra que bien podía ser la de una mujer, que, sin embargo, se veía arrollada y desfigurada sin remedio por una llamarada de pasión hecha de luz, día y fuego. La verdad sea dicha, aquella obra cumbre de Pendragón era una auténtica maravilla. Un prodigio conmovedor capaz de golpear el estómago, dejar la mente en blanco y estrujar el corazón en un solo vistazo. Pero un millón... Era un despropósito. La anciana sabía que todos lo estaban pensando. Una ligera sonrisa de triunfo surgió de su boca. Nadie se atrevería a superar su oferta. La subasta había concluido y ella había dado la puntilla. Por fin el cuadro era suyo. Se equivocaba.

—Un millón quinientos mil dólares —anunció el director de la subasta con

la euforia golpeteándole en la voz como un remo contra el agua.

El comprador que pujaba al otro lado del teléfono no se rendía tan fácilmente. A la anciana, la sonrisa se le deshilachó en los labios. Suspiró con resignación y de inmediato levantó de nuevo la mano.

—Dos millones.

—¡Esto es fantástico! Ofrecen dos millones. ¿Le he dicho ya que la quiero?

Los susurros crecían en la sala, como un mar que se hincha a instancias de la brisa.

—Dos millones quinientos mil. —Se complació el director ante la indicación de uno de sus acólitos, que atendía al personaje del otro lado de la línea—. ¿Eso significa que nos vamos a tres millones? En efecto, ¡subimos a tres! —chilló, al tiempo que la interpelada izaba cansinamente el brazo.

A partir de aquel punto, los gladiadores se enzarzaron en una enconada lucha cuerpo a cuerpo, trepidante, que no admitía tregua, y en la que las estocadas se asestaban de quinientos mil en quinientos mil. Los demás se habían ido retirando paulatinamente de la contienda, con humildad, conscientes de que no tenían nada que oponer a la férrea determinación de semejantes colosos, que no cedían ni un milímetro en aquellas arenas de las que se habían hecho dueños. Los millones sumaban un cero detrás de otro, vertiginosamente, sin dar tiempo a calibrarlos. Se había tejido una especie de hechizo, y ya nadie sabía a ciencia cierta por qué se estaban chocando los aceros ni qué significaban aquellas cifras exorbitantes. El público simplemente se dejaba acunar por ese frenético toma y daca, que había entrado en la fase del paroxismo, y que lo arrastraba todo a su paso, dejando un reguero abrumador.

—Ocho millones.

Unos instantes de tiempo muerto. Pero apenas unos segundos.

—Nueve.

Los ojos de la anciana crepitaban con fiereza, se mordía los labios, con el cuello envarado y el rostro esculpido en el granito de la resolución.

El director de la subasta se desgañitaba desde su tribuna, medio desplomado por la tensión de dirigir con una mínima templanza de batuta a aquellos formidables contrincantes que habían atenazado la yugular de la presa, con una mandíbula hermética, y que se negaban a soltarla, como si hacerlo implicara caer allí mismo fulminados. Parecía que la vida se les iba

en ello. La batalla duraba ya doce minutos de reloj y no presentaba visos de acabar. El calor se había condensado bajo la cruda luz eléctrica, y algunas calvas relucían, pecado que los pañuelos intentaban opacar.

—Veinte millones de dólares —tronó entonces la voz de la anciana.

Un silencio sobrecogido se apoderó de la sala. Solo un cuchicheo lo quebró:

—El récord..., se ha batido el récord...

El director de la venta se quedó en suspenso, expectante. Al otro lado del teléfono nadie dijo nada. No había contraoferta.

—Por veinte millones..., ¿alguien da más? ¿No? A la de una, a la de dos, a la de tres... —El director se regodeó en prolongar el último segundo—. Adjudicado.

El mazo cayó inapelable.

—Nuestra pujante con el número 414 es la nueva propietaria del cuadro, que, por cierto, como bien han observado ustedes, se convierte esta noche en la obra por la que se ha pagado un precio más alto en toda la historia del arte.

—No lo sabe usted bien —musitó la anciana entre dientes.

Pero nadie la escuchó. La sala había estallado en ovaciones. Algunos se habían puesto en pie y vitoreaban, poseídos por el jolgorio y el entusiasmo. Pero, de pronto, el auditorio enmudeció y los aplausos cesaron, quedándose prendidos en el aire. Sin terminar de dar crédito, todos fueron testigos de cómo aquella anciana que acababa de pagar veinte millones de dólares por un trozo de tela pintado se levantaba de su asiento, avanzaba lenta pero firmemente por el pasillo y cogía del caballete ella misma, con sus propias manos, el cuadro que tanto le había costado.

El director de la subasta levantó el brazo que había dejado caer momentos antes, y una mueca escandalizada se dibujó en su boca para parir una protesta sobre lo sumamente irregular de aquel comportamiento. Pero la anciana se volvió hacia él y se la abortó.

—Ahora el cuadro me pertenece, ¿no es eso?

El director pegó de nuevo los labios y encogió la vista como un perro regañado, en señal de humilde asentimiento. La anciana desligó la mirada del inoportuno y casi se oyó el chasquido de desprecio que restalló entre sus pestañas. Una vez desentendida de aquella minucia, se volvió hacia el cuadro.

Lo sostuvo ante sí un momento, contemplándolo fijamente, como si no existiese nada más. Lo estrechó contra su pecho y dio media vuelta para

marcharse. Se alejó sin apartarlo de ella ni un ápice y se perdió corredor adelante hasta desaparecer al otro lado de la puerta, como un fantasma. Había tardado casi cincuenta años en lograrlo, pero aquel Martín Pendragón volvía a ser suyo.

Lo ocurrido aquella noche en la casa de subastas de Nueva York salió al día siguiente en todos los periódicos y en los noticiarios televisivos de medio mundo, llenando de colorido sus minutos finales, tras media hora de relato de catástrofes, conflictos laborales y declaraciones de políticos sinvergüenzas. El hecho de que se hubiera batido el récord de la cotización alcanzada hasta la fecha por una obra de arte era algo pintoresco en todos los sentidos, y copó titulares. Sin embargo, en mi retina persistía otra faceta de aquel suceso. Por entonces, yo trabajaba como reportera en una agencia de noticias internacional y me había tocado personarme en el evento para cubrirlo. Tuve que mandar una nota urgente con el astronómico precio pagado por el cuadro. Pero aquello no me legó más huella que la que podría dejarme un frío talonario, custodio de una cifra que jamás revertiría en mis arcas personales. No. Lo que me impresionó fue otra cosa. La imagen de aquella mujer, avanzando con una mezcla de premura y altanería por el pasillo, mientras asía la tabla con un ansia contenida, anticipándose a todos. El modo en que sus dedos la aferraron, con firmeza, pero asegurándose de dejar impresa una caricia. Y su mirada. Aquel fulgor que había prendido en sus ojos relucientes, circundados por las arrugas, pero que en aquel momento resumían la esencia y el brillo de la vida, como los de un niño que acaba de descubrir el mar o una camada de cachorros. O como los de un viajero que se ha perdido por medio mundo y, de pronto, entre la multitud de una ciudad desconocida, atisba el rostro de un viejo amigo con el que rio y lloró en la adolescencia. Todo eso rezumaba aquella anciana, y desmentía la posibilidad de que fuera una representante. No estaba pujando para otro, como era costumbre en estas coyunturas. Quería el cuadro para ella. Y así averigüé que se trataba de Blanca Luz Miranda, la conocida gerifalte de un imperio textil que había fundado hacía más de veinticinco años. El hecho de que las dos fuéramos españolas, ambas alejadas de nuestra patria por tantos kilómetros de distancia y coincidentes por un azar en esa sala, justo en aquella velada, no hizo sino acrecentar mi curiosidad. Haberme topado con ella podía considerarse un

acontecimiento fuera de serie, dado que en mi agenda no abundaban los contactos capaces de gastarse veinte millones de dólares en una noche. Así que me propuse ahondar en aquella historia. Quizá tras ella no hubiera nada aparte del capricho excéntrico de una vieja podrida de liquidez y con pocos gatos a los que beneficiar con su testamento. Lo más probable era que sus intenciones fueran especulativas. Pero mi instinto para el romance me anunciaba que allí latía una mina para la pluma, fecunda en misterios y cimentada en prodigios. Allí había más cera de la que ardía. Así que me dediqué a investigar. Las hemerotecas recogían la típica semblanza de costurera pobre de solemnidad que solo tenía un dedal, una bobina de hilo y dos perras gordas en el banco, y que gracias a unas circunstancias que se le ponen de cara, y por estar en el lugar y en el momento propicios, logra dar con la piedra filosofal que la habría de convertir en una empresaria millonaria, con centenares de empleados a su cargo repartidos por varios países. Nada fuera de lo común dentro de su singularidad. Un ejemplo más para ilustrar las clases de Empresariales y ponerles los dientes largos a los alumnos. Para epatarles y hacerles soñar por un rato con contingencias que más tienen que ver con casualidades venturosas que con directrices que puedan enseñarse en las aulas. Lo único de provecho para mi propósito que pude extraer de mi incursión en las procelosas aguas de la documentación fue una línea de una entrevista que le había hecho a Blanca Luz un periódico local de su ciudad de origen y que mis contactos en España tuvieron la bondad de mandarme por correo. Le preguntaban algo así como qué le había impulsado a amasar esa fortuna y llevar tan alto sus ambiciones. Me esperaba el tópico de que nunca se propuso darse un chapuzón en la abundancia, que todo había sido un inesperado regalo con el que jamás habría soñado y bla bla bla. Sin embargo, para mi sorpresa, Blanca Luz daba una respuesta muy concreta. Concisa, pero sin ambages. «Quería el dinero para comprar arte. Es para lo único para lo que lo quiero. Todo lo demás me da exactamente igual. Supongo que por eso he logrado hacerme rica. Porque tenía muy claro adónde me llevaba sumar un millón detrás de otro. Si no, no habría dado una puntada más».

Vislumbrar aquella obsesión por el arte, consignada en la línea breve de una gacetilla provinciana, que habría pasado inadvertida para todo el mundo, y que a mí, en cambio, me ayudaba a apuntalar los cabos en mi particular y peregrina cruzada, me embargó de emoción. Me reafirmé en mi primera

impresión de que, detrás de todo aquello, latía un asunto consistente, una pasión con vida propia. Me pregunté si bajo aquel genérico «arte» subyacía ya el deseo bien perfilado de hacerse con el Martín Pendragón o si este se había gestado más adelante. Fuera como fuera, el hallazgo me espoleó lo suficiente como para atreverme a solicitar un careo con Blanca Luz Miranda. Mi condición de periodista me facilitó los trámites, y no me costó convencer a los intermediarios de su mastodóntica empresa de pantalones de que pretendía entrevistarla para saber cuál era la receta para metamorfosearse en una mujer de éxito. Ciertamente me tropecé con ciertas reticencias y tuve que intercambiar más de una llamada machacona que se extravió por el camino. Blanca Luz ya era lo bastante acaudalada como para seguir perdiendo el tiempo en las engorrosas minucias de pavonearse ante la opinión pública. Y también lo bastante vieja como para estar ya de vuelta de todo. De hecho, no dejaba de resultar ligeramente inaudito que, a su edad, continuara todavía a la cabeza de la empresa, sin delegar en nadie. Pero, al final, no sé qué tecla pulsé, que mi codiciada presa se avino a concertar una cita conmigo. Me emplazaron en la sede de sus talleres en Madrid. El centro neurálgico que bombeaba órdenes y pautas al resto de aquel gigantesco organismo que se desparramaba en telares por el mapamundi. Al principio, cuando me llegó la invitación, sin margen para la negociación en cuanto al sitio, la hora o las condiciones, me sentí algo arredrada y vacilé. Coger un avión para cruzar el océano Atlántico en pos de una historia de contornos tan imprecisos, y que solo le interesaba a mi desbocada curiosidad, se me antojó de pronto un proyecto descabellado, en el que no merecía la pena invertir semejantes esfuerzos, amén del desembolso pecuniario. Argumento disuasorio en modo alguno baladí, todo hay que reconocerlo. Pero entonces me di cuenta de que, aparte de esas locuras de caballero andante, a mi edad no tenía ningún otro vicio ostensible que afeara mis cualidades morales, y, como me lo pedía el cuerpo, decidí hacerle caso y lanzarme a la aventura. Siempre podía aprovechar para visitar a la familia, aunque aquello no dejara de ser más que un aliciente colateral.

Llegué al despacho de Blanca Luz Miranda con más de media hora de antelación. Vamos, que no me hice nada de rogar. Cualquiera me habría tomado por una chica fácil. A ella, en cambio, no. Me instaron a pasar un

cuarto de hora más tarde de lo previsto. La antesala en la que aguardé estaba recubierta de cálidos paneles de madera y sembrada de exuberantes macetas por todos los rincones. He de reconocer que estaba nerviosa. Me había creado unas expectativas tan altas, que el estómago se me había intrincado en un nudo marinero. Las palmas de las manos las tenía asperjadas con una fina película de sudor. Sentada en una silla de cuero gris, no podía dejar de cruzar y descruzar las piernas y de entretenerlas en un balanceo que pretendía ser indolente y despreocupado, pero que se asemejaba al baile de san Vito más de lo que me habría gustado. La secretaria que compartía la antesala conmigo, tras una mesa repleta de cachivaches y de fotos de sus retoños, me sonrió en dos ocasiones, con amabilidad y, según me pareció, una pizca de compasión. Cuando al fin me anunciaron, tomé tanto impulso al levantarme, que salí catapultada del asiento y trastabillé con el canto de la tupida alfombra de angora. Por fortuna, al llegar al umbral, ya había recuperado el encomiable sentido del equilibrio. Ella estaba sentada a contraluz, ante la ventana. No me pareció tan imponente como en Nueva York. Quizá lo austero de la habitación, su funcionalidad, desprovista de toda grandilocuencia o solemnidad, la desposeía de aquella aura señorial, casi irreal, que la rodeaba en la casa de subastas en la que compró un Martín Pendragón por veinte millones de dólares sin despeinarse. Su atuendo era a la sazón mucho más sobrio. Nada de las perlas que portaba aquel otro día, y ni rastro del satén. Esta vez llevaba un traje sastre, de paño, en color azul marino, con las gafas de concha puestas y una fina pulserita de plata en torno a la muñeca. Me fijé en que tenía las manos gruesas, tatuadas con las manchas parduscas que les salen a los viejos, como a la cáscara de los huevos de codorniz. Un ligero esmalte transparente le velaba las uñas, un poco abombadas. Cuando entré, tenía la frente apoyada sobre la yema del dedo índice, con la cabeza abatida, como quien intenta aliviarse una jaqueca presionando por instinto el punto por el que pasa un nervio implicado críticamente en el complot de la neuralgia. La habitación estaba oscura. En cuanto notó mi presencia, trató de sobreponerse, sin conseguirlo demasiado, y me indicó una silla que había al otro lado de su mesa con un vago ademán, pariendo una somera sonrisa que se le abortó en los labios y que no se esforzó en reconstruir.

—Pase —barbotó.

Obedecí, cohibida, y me senté en el canto de la silla señalada, sin osar

hollarla demasiado con mis posaderas, como si hacerlo se tratase de un sacrilegio para la dignidad del tapizado. Blanca Luz Miranda encendió una lámpara de mesa que proyectó un potente haz directamente contra su rostro, como si le hubieran sacudido un certero derechazo de lumbre contra el ojo izquierdo. Fue entonces, al detenerme en sus ojos, súbitamente iluminados, cuando me percaté de un detalle que me había pasado inadvertido en la casa de subastas, dado que entonces no la había tenido tan cerca. Era imposible descifrar el color de los ojos de Blanca Luz Miranda. Podría ensayarse una torpe tentativa y aventurar que eran de un verde turbulento, como un mar picado, pero entonces se tornasolaban de azul, y, de pronto, refulgía una chispa de ámbar, para que todo acabara tiñéndose de gris, hasta que el conjunto se transformaba por completo en algo totalmente distinto, gracias a unas inverosímiles pinceladas que aparecían de repente y que habría sido capaz de jurar que remedaban el violeta. El efecto era cautivador, aunque también tan extraño que podía llegar a resultar inquietante. Al tiempo que yo me perdía en el escrutinio de sus ojos, Blanca Luz sacó un tubito de pastillas de uno de los cajones de su escritorio, vertió un poco de agua de una jarra de cristal que reposaba sobre el tablero en un vasito de plástico que había junto a un pisapapeles, con marca de carmín fucsia en el borde, y se tomó la gragea de un trago, inclinando desmesuradamente la cabeza hacia atrás. Permaneció un momento inmóvil, como auscultándose, verificando que la pastilla no se había quedado atravesada con alevosía en su glotis y que proseguía su camino por el esófago. Por un momento contuve el aliento. Lo que me faltaba. Haber cruzado el océano en un agotador viaje exprés de doce horas de vuelo con escala en Dublín, y una impúdica tajada a mis ahorros, para que encima la vieja muriera en mi presencia víctima de una píldora atragantada. Por fortuna, el proceso se llevó a término según lo previsto y, tras estos preliminares, doña Blanca Luz se decidió por fin a interpelarme, no sin cierta brusquedad.

—En fin, ¿y de qué quería que habláramos?

Ni siquiera me había preguntado mi nombre ni para qué medio escribía. Para ella, aquel era un compromiso del que estaba deseando escapar. Me sentí incómoda. Ese no era el estado de ánimo proclive a las confidencias que yo esperaba de ella. Sin embargo, me armé de todo el valor que pude reunir y aventuré:

—Bueno, quería que me hablara un poco de cómo llegó hasta donde está.

Ha tenido que ser un camino fascinante. —La halagué, sin dejar de percatarme de que era una maniobra torpe y burda.

Blanca Luz compuso un gesto de hastío. Otra petarda preguntándole por la historia de su vida, mil veces repetida, como un disco rayado al que se le han arrebatado los sonos de emoción que una vez pudo albergar.

—Bueno, fascinante... Más o menos. Supongo que mientras lo vives no te das cuenta. No ves la imagen de conjunto. Tampoco sabes hasta dónde vas a llegar. Así que lo vas haciendo poco a poco. Vives al día. Abrí un negocio de pantalones, aposté por un tejido que nadie más trabajaba y que se puso de moda. Me asesoraron bien. Invertí los excedentes oportunamente. Conseguí un socio. Nos expandimos, y ahora tenemos veinte centros de fabricación que distribuyen a España y varios países europeos, doscientos empleados y, en los próximos años, proyectamos abrir tiendas en Estados Unidos, Francia y Portugal.

Enumeró aquel currículum como una letanía desapasionada, aprendida de carrerilla y tallada cansinamente en cada inflexión de su voz monocorde y apagada. La verdad es que, dicho así, el salto de la humilde costurera a las alturas del mundo de los magnates era la hazaña más tediosa de la historia. Habría aburrido hasta a los estudiantes de Empresariales. Y Blanca Luz no parecía dispuesta a hacer más concesiones al entusiasmo en su discurso corporativo. Aquella actitud monolítica, correcta, pero sin resquicios por los que introducirse en los calderos donde hervía la sangre del asunto, ni en los alambiques donde se destilaba su magia, me dejó en blanco, desarmada, con el desaliento de no saber continuar. Blanca Luz mostró los primeros conatos de impaciencia. No se me ocurría por dónde hincar el piolet para internarme en el conducto espeleológico que había de guiarme al interior de la montaña. A la gruta en la que se guardaba el secreto del cuadro de Martín Pendragón.

A falta de alardes de imaginación más sofisticados, y perdida como me sentía en un atolladero en el que me había adentrado yo sola, decidí ahorrarme los circunloquios e ir al grano.

—Usted y yo coincidimos recientemente en la subasta de arte en la que adquirió el cuadro de Martín Pendragón.

Percibí que, al escuchar este nombre, le acometía un respingo, como una descarga eléctrica surgida del cojín de su asiento. Su cuello se puso rígido. Fingí no darme cuenta y proseguí.

—Yo había asistido para cubrir la noticia, pero, al margen del desorbitado

precio que usted acabó pagando por él, me sorprendió muchísimo la tenacidad con la que se empeñó en comprarlo. Se diría que había acorralado al cuadro, si me permite la licencia, como un sabueso implacable, que no abandona la cacería hasta marcharse con él entre los dientes. Y luego, cómo se lo llevó con sus propias manos... Fue magnífico. Conmover en cierto modo. Leí en una entrevista que le hicieron hace unos años que el propósito que tenía al amasar su fortuna era poder comprar arte. ¿Lleva mucho tiempo detrás del Martín Pendragón?

Tras esta parrafada, inhalé aire y me quedé expectante, a la espera de su contestación. Se había formado un silencio sólido en el despacho, perforado solo por el claveteo de un reloj, que marcaba los segundos en algún punto de la habitación. Blanca Luz inclinó la cabeza y se estudió la cutícula de las uñas. Entonces, alzó la vista, me miró fijamente, esbozó una sonrisa irónica y dijo con voz animosa:

—Olvidé que había dejado un asado en el horno. ¿Me disculpa? —Al tiempo que se incorporaba.

Me dejó tan estupefacta que balbuceé en estado de alelamiento total:

—Cla-cla-claro.

Pronunció su sonrisa hasta convertirla prácticamente en una mueca y, antes de que me pudiera dar cuenta de lo que pasaba, abducida como me hallaba en mi estupor, Blanca Luz Miranda había desaparecido por una puerta que horadaba una de las paredes laterales de la habitación, en cuya existencia no había reparado hasta ese momento. Una salida de emergencia, sin duda. Una gatera para aquella felina mañosa. Su pretexto había sido tan sumamente desconcertante que no sabía muy bien a qué atenerme, y no acababa de decidir si simplemente estaba chiflada y regresaría en cualquier momento o si de verdad había tomado las de Villadiego y me había dejado con un plantón de los que hacen época. Se confirmó que se trataba de lo segundo cuando la secretaria vino a rescatarme de aquella humillante situación de desamparo unos minutos después.

—La señora Miranda es una mujer muy ocupada y está mayor. Se cansa con facilidad y seguramente se habrá sentido indispuesta —terció para intentar consolarme.

Abandoné el lugar jurando en arameo y mandando al diablo a aquella grosera engreída que me había regalado una experiencia más surrealista que un Dalí. Aprendí que a eso es a lo que te expones cuando tratas de tenderle

una emboscada sobre arte a alguien capaz de pagar veinte millones de dólares por una pintura: a quedarte con cara de tonto. Regresé a Nueva York, con ganas de no volver a acudir a una subasta nunca más, y renegando de Blanca Luz Miranda y de Martín Pendragón. Sin embargo, en parte para aprovechar el viaje y en parte porque me escocía irme de vacío, traté de atrapar un último cabo antes de darme definitivamente por vencida. Me dejé caer por el Museo Nacional. Allí tenían una sala entera dedicada a Martín Pendragón. Incluso el cuadro objeto de mis desvelos había estado exhibido allí durante bastantes años, antes de que lo comprara una pinacoteca norteamericana. Yo misma me acordaba de haberlo visto cuando era niña, en una ocasión en la que el colegio organizó una excursión para que pudiéramos disfrutar de las bondades culturales que jamás habríamos visitado por voluntad propia. Aunque en aquel momento nunca habría imaginado el modo en el que aquella pintura se cruzaría en mi vida tanto tiempo después, sí es cierto que me acordaba de ella, frente a otras muchas que mi memoria pasó por alto.

Como digo, pagué religiosamente la entrada para el museo. Después de los pasajes de avión, aquello no marcaría la diferencia entre sacarme o no de pobre. De perdidos, al río. Al ser un día laborable, y en temporada turística tan solo a media asta, los pasillos se encontraban prácticamente desiertos. De tramo en tramo, me tropecé con embebidos visitantes que parecían no saber a ciencia cierta cómo habían llegado hasta allí y que deambulaban como almas en pena, haciendo resonar mortecinamente sus zapatos sobre las baldosas blancas y negras. Me fui directa a la sala Pendragón. Sus cuadros, que podían adscribirse al movimiento del expresionismo («aunque un expresionismo raro, peculiar, sui géneris, que se sale un poco de madre, como la obra de todos los genios, que siempre son imposibles de clasificar»), como apostillarían los entendidos), pendían con quietud de las paredes, pero fulgían, dotados de un nervio que amenazaba con hacerlos entrar en combustión espontánea en el momento más inesperado. Eran realmente arrebatadores. Y tenía que admitir que, sin embargo, palidecían frente al que había comprado Blanca Luz Miranda. Aquella vieja sabía lo que se hacía, pensé con resentimiento. En un rincón de la estancia había un vigilante. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y se balanceaba sobre la punta de los pies de atrás adelante. Su mirada se hallaba imantada en un punto fijo, y uno de sus iris se había extraviado y corrido hasta el canto de su ojo, como pasa siempre que se mira sin ver. Me acerqué a él y quebré su ensimismamiento.

—Son bonitos, ¿verdad?

No parecía muy proclive a entablar conversación, a pesar de que se notaba a la legua que estaba más aburrido que una oveja. Persistí.

—Aunque supongo que usted ya estará harto de verlos, ¿no? Ya no le impresionarán.

—Nunca me interesó demasiado el arte —aclaró, como si así pretendiera espantarme y zanzar la charla.

Pero aquel día no me iban a dejar en plantón otra vez y decidí por orgullo que él no iba a eludir mi interrogatorio.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Más de treinta años.

—Guau... Sí que es tiempo.

—Demasiado.

Su laconismo era demoledor, pero me pareció vislumbrar que mi ánimo condescendiente le había reblandecido el corazón. No me equivocaba, porque agregó:

—Demasiado, sobre todo si esto no te va mucho.

—Claro, desde luego —convine.

Sus quejas refunfuñonas no me interesaban lo más mínimo, pero sabía que eran un preámbulo necesario para abordar la cuestión deseada, de la que no me pensaba desviar.

—¿Y siempre ha estado en esta sala, en la de los Pendragón?

—Sí, señorita. Los de arriba no tienen ni el detalle de rotarnos para que nos despejemos un poco.

—Pues sí que tiene que ser un auténtico rollo. Al menos a usted le ha tocado una sección medianamente bonita. Imagínese al pobre al que le hayan asignado a los abstractos.

Mi víctima esbozó una sonrisilla. Le había hecho gracia.

—Ese es Mel.

—Pues pobre Mel —me compadecí.

—Sí, pobre Mel —remachó cabeceando—. Además, su esposa le ha dejado.

—Qué calamidad. Que te abandone tu mujer y que encima te toque vigilar cuadros abstractos. ¿Es que no hay justicia en este mundo?

Profirió una carcajadita reprimida, que sonó como el gruñido de un cerdito. Esa fue la señal que me indicó que podía pasar al ataque.

—Pues si lleva tanto tiempo aquí, se acordará de cuando había un cuadro bastante grande, sin título, que era como la silueta de una mujer, aunque no acababa de definirse, con muchos colores y un chorro de luz. Me ha sorprendido no encontrarlo, porque lo recordaba de una vez que visité el museo, hace muchos años. Me gustó y me pregunto qué fue de él.

—Madre mía, qué tendrá esa pintura. Yo nunca le encontré nada especial.

—¿Disculpe? ¿A qué se refiere?

—Es que me ha parecido curioso que lo mencionara porque, la verdad, a mí nunca me llamó la atención ese cuadro, y no me acordaría de él si no fuera porque, durante muchísimo tiempo, una señora vino a verlo todos los días. Supongo que no he olvidado aquello porque yo acababa de empezar el trabajo aquí, y a uno siempre se le quedan grabadas las cosas del principio. Como le decía, aquella mujer llegaba, siempre a la misma hora, sin importarle si había mucha gente o no, se dirigía directamente hacia él, se plantaba delante y ahí se quedaba, mirándolo todo el rato. Yo una vez, cuando ella se marchó, fui al lugar donde se ponía y estuve observándolo con mucha atención, para ver qué tenía de extraordinario. Pero, la verdad, nunca le encontré la gracia.

El pulso se me aceleró al oír aquello.

—Qué historia tan curiosa —musité.

—Por Dios que sí. Pensé que al museo vendría gente rara todos los días y los hay especialitos, claro, pero, en verdad, ninguno tan raro como ella. Yo no suelo hablar con los visitantes. Ya ha visto antes que, al principio, soy un poco parco en palabras. —Le correspondí con una sonrisa indulgente—. Comprenderá que yo debo estar a lo mío. Pero, claro, de ver a esta mujer todos los días, llegó un punto en el que traté de intercambiar con ella algún saludo, no sé. Resultaba hasta violento. Pero era una señora inaccesible. Jamás logré sacarle más de dos palabras seguidas. Solo tenía ojos para el cuadro. Y, hablando de ojos, tenía unos bien extraños.

—¿Ah, sí? —dije con los labios secos.

—Ajá. Para serle franco, no sabría decirle de qué color eran. Una mezcla muy rara, y eso resultaba todavía más inquietante. Que se quedara mirando el cuadro con esos ojos. No sé si me entiende —explicó el vigilante, haciendo ademanes ampulosos para resultar más didáctico.

—Creo que sí, que me hago una ligera idea —repliqué casi en un susurro, mientras un remolino de ideas se agolpaba en mi cabeza—. ¿Y nunca

averiguó quién era esa mujer y por qué venía aquí?

El vigilante negó, descorazonado.

—Qué va.

—¿Y qué pasó con ella?

—Como le digo, estuvo viniendo a diario durante una temporada muy larga. Yo creo que serían años, fíjese. Hasta que trasladaron el cuadro a otro museo. Me acuerdo perfectamente por el numerito que montó.

—¿Numerito? —La intriga me aguijoneaba la voz.

—Sí. Antes de que se lo llevaran, los directores del museo ofrecieron una recepción a los compradores norteamericanos. Ya sabe, esos cenorrios de gala que se regalan los peces gordos de vez en cuando, con mucho finolis y mucha tontería. El caso es que ella, no sé cómo se las arregló, pero consiguió que la invitaran. Yo tenía guardia aquella noche, así que la vi y, al descubrirla, me quedé pasmado. Igual había sido una mandamás todo aquel tiempo, y yo, un cazurro caído de un guindo que ni se había dado cuenta. Los demás asistentes me importaban un comino, pero me entretuve en observarla a ella. Parecía nerviosa y no comió ni un canapé. Y lo que habría dado yo por que me convidaran a alguno. Estaba muerto de hambre. Por eso lo recuerdo. Solo se paseaba, miraba el cuadro. Como si no lo hubiera visto ya, ¡madre mía!, si lo tenía más resobado que el tebeo. Y, en un momento dado, le dio un soponcio.

—¿Que le dio un soponcio?

—Sí. Se desmayó. Se cayó redonda al suelo. Se armó un revuelo tremendo. Todos alarmadísimos, a recogerla, a darle palmaditas, a rociarla con agua, llamaron a una ambulancia... En fin, un Cristo. La anécdota no habría tenido más, y seguramente no lo tuvo para los demás. A fin de cuentas, una señora que se siente indispuesta y se desmaya... Pues sí, un incidente, pero nada del otro jueves. Sin embargo, para mí, que ya sabía que era extraña, fue como la gota que colmó el vaso, ¿me entiende?

—Sí, claro, me imagino.

—Después de aquello ya no volvió por aquí.

—Supongo que no sabrá por qué.

—Puede que por vergüenza, por todas las molestias que ocasionó. Pero yo creo que, en realidad, fue porque el cuadro ya no estaba —concluyó con llaneza.

Ambos nos quedamos callados durante un momento. Sus ojos mansos se

quedaron fijos en mí hasta que la situación se tornó insostenible. Así que balbuceé:

—Bueno, ya no le molesto más entonces. Que tenga un buen día.

No me sentí capaz de agregar una palabra más. Solo me sentí estúpida. De modo que me encogí de hombros y me di la vuelta. Al verme así, con la nuca inclinada, los hombros ligeramente encorvados y caídos, el vigilante debió de darse cuenta de la derrota que rezumaba. Y, supongo que sin pararse a pensarlo, me llamó:

—¡Espere!

Volví la cabeza, con aire interrogante.

—Mire —se apuró, jugueteando con los dedos índices, yema contra yema, atornillándose la una a la otra—, no sé si servirá de mucho, igual es una tontería lo que se me acaba de ocurrir, vaya usted a saber, pero por probar... Yo no tengo ni repajolera idea del cuadro, ni de por qué le interesaba tanto a esa señora, ni de nada en general. Como le he dicho, yo estoy a lo mío. Pero sí conozco a la persona que más sabe de esa pintura. El museo tiene una experta en «pendragones» —lo pronunció aflautando los labios con exquisitez, lanzando hacia fuera la palabra sin rozarla, como si ese apellido ilustre se le pudiera quebrar entre los dientes si apretaba demasiado—. Es la encargada de llevar todos los asuntos de esta sala. Domina cantidad. Tal vez —aventuró—, si me apunta usted su teléfono, yo se lo puedo pasar con el recado de que la llame, y ya, si eso, quedan ustedes cuando quieran.

Parecía que la esperanza había encendido la luz en la habitación contigua y que, por fin, se me permitía atisbarlo a través de una ranura, por debajo de la puerta. Tanto me animé que quise empujarla de una vez para entrar.

—¿Y no podría yo venir en otro momento, cuando ella esté en el museo, para abordarla directamente?

El gesto ufano que se le había pintado a mi interlocutor en el rostro al formular el ofrecimiento se le agrió al ver que yo trataba de puentearlo con tamaña falta de tacto. Con el tono engolado, replicó:

—Ahora mismo esta señora que le digo está de viaje. No sé exactamente cuándo tiene previsto regresar. Si lo quiere intentar, vuelva usted otro día, pero si me pregunta cuál, pues no sabría precisarle..., pruebe.

En cuanto enunció esta contrariedad me percaté de que no tenía margen para probar: en apenas dos días era yo misma la que me marchaba de viaje, de regreso a Nueva York. De modo que, aunque la posibilidad de que aquella

labor de intermediación llegara a buen puerto se me antojó más bien remota, no pude más que apresurarme a rastrear mi bolso palmo por palmo hasta dar con un boli y un bloc, arrancar una hoja, mirar en derredor, apurarme al no hallar ninguna superficie a mano que se prestara a servirme de sostén, y, en consecuencia, resignarme a echar una rodilla a tierra —como los villanos que, al segundo siguiente, van a ser investidos caballeros— y, apoyándome sobre mi propio muslo, estampar con pulso dudoso un número de teléfono en el que (de pronto, como en un fogonazo, lo vi claro) difícilmente podrían encontrarme. Mejor así, si, como me temía, todo se trataba de una triquiñuela para conseguir mis señas y luego enredarme en alguna especie de cita de esas que solo traen bochorno ardiente y sudores fríos. Nada descartable, a tenor de la desilusión y el envaramiento que se habían apoderado de mi improvisado cooperante cuando, hacía unos instantes, le había sugerido prescindir de su ayuda. Una hipótesis que cobraba enteros por un *je ne sais quoi* que me parecía entrever ahora en sus ojillos ávidos de vigilante, que, como no podía ser de otra manera, se dedicaban a vigilar, a vista de pájaro, por encima de mi coronilla, el garrapateo tembloroso que iba naciendo de mi puño. En una fracción de segundo me vi cenando con el vigilante. Un tinto francés. Y un plato de col. Odio la col. Él, comiendo con la boca abierta, me recitaría toda la alineación del Atlético de Madrid y me preguntaría si querría acompañarle ese domingo al Vicente Calderón, que también irían el Roni, el Superlópez y Tomás, «sus colegas», que me caerían fenomenal y que tenían unas ganas bárbaras de conocerme. Sin solución de continuidad, sin darme tiempo a pergeñar una excusa, a nuestro lado, detrás de mi silla, surgiría una arpía terrorífica, de consabidas garras de aguilucho y alas intimidantes. Su madre octogenaria. Me la estaría presentando. Ella me preguntaría por sus nietos (nuestros hijos). Sería la que había preparado la col.

Me puse tan nerviosa en un momento, que a punto estuve de partir el boli. Por fortuna, aguanté el tipo sin montar el numerito circense, y no llegó la tinta al río. Únicamente me equivoqué en un dígito. Lo taché, sintiéndome observada; sus ojos clavados en mi error. Fue entonces cuando aproveché para emborronarlo por completo y anotar mi número de España. Que me echase un galgo. Si tenía el mal gusto de llamarme, se toparía con mi ausencia y un cortafuegos demoledor: otra madre; en este caso, la mía. Alcé la cabeza, desde el suelo compuse una sonrisilla expiatoria.

—A veces me lío —acerté a farfullar. Definitivamente, debía de presentar

una facha lamentable.

Pero a él no pareció importarle. Ejecutó con la mano un gesto displicente y la alargó para tomar de la mía el papelito. Se lo tendí, rezando para no perder el equilibrio al incorporarme. Caerme de culo hubiese sido traspasar la línea de lo tolerable. Por fortuna, logré volver al bipedismo sin percances.

—Estupendo —remachaba mi interlocutor entre tanto—, se lo haré llegar a esta mujer y la intentaré convencer de que la llame. Es maja, puede que tenga suerte y ella le dé razón de lo que quiere saber.

Asentí débilmente, cavilosa.

—Ojalá —murmuré. Le di las gracias y me marché de la pinacoteca.

Con muchas preguntas, sin respuestas. Con la miel en los labios y el desencanto de no poder probarla, a pesar de que mis intuiciones habían resultado acertadas, lo que hacía todo mucho más frustrante, regresé a Nueva York. Pero huelga decir que todo no acabó aquí. La vida me enseñó algo: que, en las historias en las que hay más cera que la que arde, siempre acaba declarándose un nuevo fuego en el que puedes resarcirte y calentarte.

Para cuando volví a Nueva York, la temporada de subastas de primavera había acabado. La vida allí era excitante, pero siempre parecían haberme excluido de la fiesta. Como si cada uno de mis días consistiera en guardar fila pacientemente a la entrada del garito de moda y, al llegar mi turno, el relaciones públicas consultase una lista de ocho millones de invitados ante la mención de mi nombre y, tras angustiosos minutos de búsqueda, declarara sin demasiada desolación que no figuraba entre ellos. Mala suerte, *darling*. La próxima vez será. Así era como concluía la carta que me esperaba aquella tarde en el descansillo junto a un *The New York Times* arrugado y una botella de leche fresca que, con toda probabilidad, ya se habría cortado. Tanto como me cortaban a mí las alas los de la Gordon Narrow & Co. Que parase el carro, me venían a decir. El de mi máquina de escribir, me refiero. Una Remington ante la que cada noche me gustaba sentarme de manera tal que las dos cupiésemos en el trocito de reflejo arrojado por mi ventana. Más que nada por verme con pintas de escritora y comprobar cómo me quedaba el cargo. Uno que, de momento, solo ostentaba nominal y especularmente, porque lo que es en la práctica... Los de la editorial me lo fiaban largo. «Estimada Fulanita de Tal —me habían rebautizado con una ele de más:

Fullanita—, hemos leído con suma atención el compendio de relatos que tuvo la amabilidad de remitirnos el pasado mes de enero y lamentamos comunicarle que no responden al perfil de nuestras publicaciones. Su estilo es desenvuelto y dinámico; los personajes, simpáticos y originales; la estructura, atrevida, y los diálogos, frescos —por supuesto, a continuación venía el tan inevitable como sacrosanto “pero”—, PERO las tramas adolecen de una total falta de interés. Carecen de un gancho capaz de atrapar al lector, que se ve arrastrado hacia delante por una vacuidad que no resulta atractiva en modo alguno. Nos parece encomiable el “ejercicio de nihilismo” al que usted aludía en su carta de presentación. Es audaz, no lo negamos, pero poco literario en cualquier caso. Conmover su homenaje a la novela *Nada* de su compatriota, la señora Carmen Laforet, pero ineficaz. Lamentablemente, su intento se queda... en nada. —Guau, no se habían resistido a ensartar el retruécano en cuanto se lo había permitido el género epistolar. Que te motiven el rechazo siempre duele. Pero que lo hagan con un chascarrillo se trata de un método de tortura demasiado sofisticado. Ellos sí que no se habían privado de nada a la hora de desmoronarme del todo. Eso sí, terminaban con un estimulante—: Cuando tenga algo más que contarnos, no dude en escribirnos. —Y el colofón—. ¡La próxima será!».

Sin poderlo remediar, fue acabar de leer la cruel misiva y, como si resultase posible pedirles rendición de cuentas, buscar los manuscritos de mis relatos en el fondo del cajón donde llevaban unos meses durmiendo el sueño de los justos, a la espera de que el mundo los descubriese y les otorgase un lugar preeminente (el que, obviamente, les correspondía) en el panteón de las letras. Allí estaban, inanes, letárgicos, vírgenes. Comencé a hojearlos frenéticamente, como si en ellos se hallase cifrada la respuesta de por qué no los querían. Tal vez, al hacerlo, también y sobre todo, perseguía un consuelo, uno muy simple: el de haberlos creado, al margen de que un lector fuera a apreciarlos. La inmanencia de su existencia. La existencia de «La nada nos llevó toda la noche», «No pasó nada», «Los nada éramos legión», «Viaje hacia la nada», «Solo naderías», «Nadar en la nada»... y todo de este percal, hasta un microcuento final, más bien guiño, que antaño me había parecido un derroche de genialidad condensada (como la leche que era) en ocho palabras, y que rezaba: «Cuando se despertó, la nada todavía estaba allí». La verdad es que, repasando los títulos, cualquiera podría haber profetizado que su destino

sería, parafraseando a mis no-editores y sus cachondas mentes, «quedar en nada». Pero no hay amor tan ciego como el que se profesa a las propias criaturas. En su momento, todos ellos, en cada una de sus sílabas y signos de puntuación, me habían parecido preciosos, inmejorables, cumbre prosística. Ahora ya, a la luz de lo que pensaban mis semejantes, empezaba a dudar, y la verdad es que, si me ponía a escardar, saltaban ante mis ojos fallos clamorosos, como pulgones entre las rosas. El principal, el bicharraco más grande que mustiaba los escasos bulbos prometedores que pudiera encerrar el tiesto, se trataba del que me señalaban en la carta: no les contaba nada, a excepción de la propia nada. La mía era la historia de la irrelevancia, de lo fútil, lo que no merece la pena consignarse. Porque ni siquiera a mí me interesaba. Entonces me acordé de mi viejo profesor. No es que fuera viejo en el sentido estricto de la palabra. De hecho, se trataba del único hombre menor de cincuenta años que, hasta que nuestros caminos se cruzaron en el segundo semestre de la asignatura de Literatura comparada de la Universidad Pontificia, había sabido más que yo (muchísimo más, de hecho) acerca del cancionero petrarquista, la novela victoriana y los cuentos de Kafka. Había llovido bastante (de ahí la alusión a la antigüedad) desde aquel primero de carrera en el que me había enamorado de él tan platónicamente como hasta las trancas. Pese al tiempo transcurrido, ahí seguía, inasequible a sus estragos, intacto en mi memoria, con su rostro noble, enmarcado por sienes plateadas, de nariz aguileña, labios serenos y ojos carbónicos, curtidos en el fragor de millones de páginas, aletargados en el descanso del guerrero que les brindaban, con inenarrable encanto, las gafas de miope, pero prestos a la lid en cuanto se les atravesaba un texto que descabalgara. Entonces, boli rojo en ristre, mi caballero los despanzurraba, con maestría y clase. Un destripamiento al que me expuse, voluntaria y voluntariosamente, aquella tarde pegajosa de junio, justo en vísperas de los temidos exámenes finales, cuando tuve la moral y el arrojo de plantarme en su despacho para oír de sus labios —¡ay, sus labios carnosos, que habían mamado tanto Dostoievski, declamado veinte poemas de amor y entonado una canción desesperada!— la opinión que le merecían los escritos de mi puño y letra que, en un arranque de temeridad y loca esperanza, había tenido a bien entregarle un par de semanas antes. Para mí, su palabra (atinada, sugestiva, implacable) era ley, de modo que, mientras hacía repiquetear su puerta, notaba que el corazón me aleteaba como un colibrí, no ya en el pecho, sino allá en la boca, dispuesto a

escaparse. Si me decía que no le gustaba aquello que yo había amasado con lo mejor que había en mí, se me pararía, y yo misma remacharía el último clavo de la tapa de mi ataúd. Pero si le agradaba (o incluso si..., tal vez..., ¡le entusiasmara o impresionase!, ¿por qué no?)..., entonces no sé. Ni siquiera sé lo que esperaba que ocurriera. Supongo que un segundo Big Bang o algo así. No menos, desde luego. A esa hora (aproximadamente las cuatro de la tarde de una segunda quincena de junio), en el umbral de ese despacho de la Facultad de Filosofía y Letras, las expectativas habían llegado a ese monto, a ese histerismo, a ese despiporre. Era, por tanto, previsible que, al penetrar en el sagrado recinto oxigenado con su aire (el que ÉL había inhalado y expelido), se me cayera al suelo la carpeta que llevaba. Situación embarazosa nada más empezar. Para echarle emoción al asunto. La recogí en el paroxismo del apuro, un manojito agachado de nervios toda yo; él me escrutaba por el filo de sus gafas, la sonrisa irónica y amable ya sacada a pasear. Si no me lo hubiese impedido el gesto con el que me indicó que tomara asiento al otro lado de la mesa, habría salido por piernas al baño, o a un parterre del campus, para vomitar. Los reconocí de inmediato —mis textos— reposando entre sus cálidas manos de dedos largos, tan relajados y confianzudos, en clara oposición a los míos, que se crispaban en el filo de la silla. «He leído sus escritos con atención, señorita...». La impaciencia me ganó el asalto, quise expulsar tantas palabras a la vez que me atraganté con mi propia saliva y sucumbí a un festín de tos que, creo, llegó al punto de alarmarlo, aunque no perdió el dominio de sí mismo, y del que no pude salir más que lagrimeando, luchando por articular la pregunta del millón, el gran interrogante de nuestra era: «¿Qué le han parecido?».

El silencio percutió en la estancia. Mi organismo se tensó hasta su Finisterre: más allá no había nada más. Me olvidé hasta de mi fecha de nacimiento. En aquel instante decisivo, yo solo existía para escuchar su dictamen, mi dogma. Y al fin llegó. «No lo hace usted mal».

Eso es lo que dijo. Al parecer, había decidido nadar y guardar la ropa, quedarse flotando en las medias tintas. No puedo decir que aquel veredicto me satisficiera. Pero tampoco fue suficiente para matarme. Ni siquiera para desalentarme del todo. En cualquier caso, esa solo fue la primera de una serie de conversaciones que inauguramos aquel día infartado y que mantuvimos con regularidad para deleite y tortura, a partes iguales, de mi miocardio. Que

estuviese a la vez tan lejos y tan cerca era, huelga decirlo, un drama, que no precisa de mucha más descripción, por ser de sobra conocido por todo aquel que haya convivido estrechamente con el objeto de su deseo y adoración sin habérselo llevado a la cama. Baste aclarar que me tenía en un ¡ay! y con el oremus perdido. Pero tal vez eso no interese en la misma medida (al menos en este instante que nos ocupa) que algunos de los consejos que me dio, y que volvían a mí aquella tarde de rechazo, en mi apartamento de Nueva York, mientras estrujaba mis manuscritos como a la ubre estéril de una vaca, tratando de entender en qué me había equivocado con ellos. «¿Lo practicas a menudo?», su voz resonaba en alguna circunvolución de mi cerebro. «Bu-bu-bueno, siempre que puedo —titubeaba yo. Jamás nadie me había dado cancha en este tema, del que deseaba hablar fervientemente—. No tanto como me gustaría. Pero escribo desde siempre, desde que puedo recordar. No en serio, claro, solo como aficionada..., pero sí. Me encanta». Aquello fue lo más parecido a una declaración de amor que había pronunciado en toda mi vida. El aliento se me entrecortó. Y él, como era su costumbre, me escrutó por el canto de sus lentes. «Ya veo, y por eso has tomado la brillante decisión de estudiar Periodismo...». «Ajá». Suspiró. «En fin..., tal como yo lo veo, posees talento, pero puede que lo estés desperdiciando». Aquel juicio de valor había sido en extremo preocupante. Lo miré inquisitivamente. Abunde, maestro, abunde. «Tienes un buen estilo, un punto de vista original y propio..., pero me da la impresión de que no albergas ni la más remota idea de lo que quieres contar. Te aburres tú misma de lo que narras, no te interesa ni lo más mínimo, no te lo crees. Por eso, no te involucras, y así, ¿cómo pretendes que el lector se engolosine contigo y con la barrila que le estás dando?». Me hizo gracia que usase una expresión como aquella, aunque eso dejase a mis escritos a la altura del betún. Tanto daba... si empleaba ese tono coloquial, acaso estaba en proceso de derribar las barreras jerárquicas que nos separaban. *Keep on dreaming, baby*. No obstante, me defendí. «Es que, compréndame, no tengo material para escribir. La escritura, como usted tan bien dijo en clase, nace del conflicto, de una fuente de dolor, de la necesidad de explicarse algo, de entender lo incognoscible... Supongo que un pandillero negro y transexual del Bronx criado con una madre china adicta al crack tendrá cosas interesantísimas que aportar a la historia de la literatura a poco que lo intente: una auténtica bacanal de problemones raciales, sexuales, generacionales e identitarios. Pero, para mi desgracia, yo provengo de una

familia asquerosamente bien estructurada, y me he criado en un barrio donde los derechos humanos se respetan y todo eso. Por no hablar de que el erotismo para mí es una marca de detergente». Procuré que este punto quedara bien claro, no fuera a ser que, por motivos puramente didácticos, él decidiese ayudarme a este respecto, dado que en los aspectos genealógico y geográfico poco podía hacer. Sin embargo, a tenor de cómo se rascaba la oreja mientras yo plañía por el hándicap literario de la clase media, deduje que su pedagogía, por el momento, continuaría siendo estrictamente curricular, apta para impartirse en una Universidad Pontificia sin sonrojo. «No se trata de lo grande o pequeña que sea una historia. El conflicto puede nacer de lo más nimio. La vida es conflictiva. Cualquier sentimiento humano lo es. Y tú eres humana, ¿verdad? —el silogismo resultaba irrefutable—. Todo es susceptible de convertirse en arte, solo depende de la mirada que se le dedique. Que se mire con interés, con pasión, con amor. Y, luego, solo se trata de contarlo. Tu historia, la de otros, lo que has visto, lo que has escuchado..., qué más da. Pero sal ahí fuera, implícate, emocionate, convéncete de que eso que estás escribiendo es lo más importante que existe en el mundo, y que no existirá realmente hasta que no le des vida con tus palabras. ¿No es acaso eso lo más fascinante?». Y así, mi viejo profesor me había impuesto la asignatura pendiente más hueso de todas: que viviese.

Para no seguir suspendiéndola inmisericordemente, año tras año de mi vida, y a la vista de que mi idilio con quien de este modo me había aconsejado estaba condenado a permanecer en la categoría de lo que nunca pasó, fui a Nueva York al terminar la carrera, para trabajar como periodista. El escenario y la profesión se me antojaban una conjunción perfecta para alguien ávido de estímulos, de novedades, de que le ocurriesen cosas. Sin embargo, el problema debía de encontrarse en mí, en mi incapacidad para atraer o experimentar lo memorable, tal y como no se cansaba de reprocharme Leidy, la puertorriqueña con la que compartía un minúsculo y hediondo apartamento de Queens en el que el inodoro se atascaba cada dos por tres, en un aviso a navegantes de que las cañerías del barrio no admitían que en ellas se desaguase más porquería. «Vente conmigo de fiesta, mijita, que, esta noche, ¡tú y yo nos comemos la Gran Manzana!», me gritaba en un canturreo de salvaje alegría por encima del ronroneo del secador que aplicaba casi directamente sobre las bandas en las que iba dividiendo su melena, negra y lustrosa, de pantera, que porfiaba por alisar, al tiempo que tironeaba de la

cremallera, costado derecho arriba, para embutir sus hechuras carnosas y acarameladas en algún vestido de saldo cuyas principales virtudes estribaban en la licra y la tonalidad fosforito («Regio, ¿eh, mi reina? ¡Solo me costó diez dólares! Qué barato sale tener un *closet* digno de una princesa cuando una se da maña para negociar como un tiburón de *Güol Estrit*»). Invariablemente, yo declinaba la invitación a «prenderle fuego a la noche», a «*janguear* hasta que nuestro *body* rico no pudiera más» o a ponernos «bien *jendías* y meter con un *jevito* bien chulo». Entonces, Leidy, que jamás dejaba de abrigar la esperanza de que a mí me diese el siroco y accediera, componía un puchero y se quejaba gatunamente. «Pero ¿por qué me sales con esas baboserías? Eres joven, eres bonita, carajo. ¿Por qué no vienes a divertirme? Pareces una lora mojada sorbiendo sopa». Yo se lo rebatía. Y ella, propinando toquecitos en el suelo con la punta del pie, me retaba. «Vamos a ver, dime una sola locura que hayas hecho en el último mes». Yo fingía estrujarme las meninges. Deslizaba una sonrisilla ladina y replicaba: «El otro día, sin ir más lejos, crucé en rojo la 42 con Madison. Y ni siquiera llevaba prisa. Lo hice solo por el pico de adrenalina». Leidy ponía los ojos en blanco y me amonestaba con la cantinela de que eran los ochenta, por Dios, el momento histórico en el que la gente de mi generación se estaba chutando heroína por las calles. «Conque esa es tu receta de hoy para sacarle el jugo a la vida: que me convierta en heroinómana. Desde luego, amiga, como consejera no tienes precio». A lo que me respondía con un bufido desdeñoso. «Nooo, señorita sabelotodo. Solo te sugiero que, de cuando en cuando, tomes riesgos, para variar. Atreverse a hacer disparates puede resultar emocionante, ¿sabes?».

Ni siquiera yo podía imaginar que muy pronto, por una vez y sin que sirviera de precedente, seguiría su consejo. Lo más semejante que había hecho a algo «emocionante», ese adjetivo entronizado por la cultura pop, era aquel vuelo transoceánico a España, que, a los ojos de Leidy, había camuflado bajo la apariencia anodina de una visita a la familia, para no reconocer la chifladura de haberme ido en busca de la deshilachada, acaso inexistente, historia de Blanca Luz Miranda y el cuadro de Martín Pendragón. Ese misterio que se me escurrió entre los dedos. El fracaso había sido tan sonado que creía haberme curado para los restos de esos romanticismos audaces e ingenuos en los que, momentáneamente, me había permitido creer. Sin embargo, a despecho de que a veces te esfuerces en enterrar taras bajo la alfombra, es el antiguo vicio el que retorna para buscarte, obstinado, más

fuerte que tú, y resuelto a recuperarte sin que lo hayas decidido ni le hayas otorgado tu consentimiento expreso. Y eso es lo que me ocurrió. Cierta mediodía me entretenía en redactar un insulso comunicado en la agencia de noticias cuando sonó el teléfono. Dio la casualidad de que me encontraba sola en la oficina. Los demás habían salido a comer y yo no les había acompañado porque había preferido quedarme para terminar de escribir, de una vez por todas, el insignificante pero engorroso asunto que me habían encargado. Los tragos ingratos es mejor pasarlos por el gástrico cuanto antes. Eso nos lo enseñan las medicinas desde que pescamos el primer resfriado infantil. Como ha quedado dicho, antes de que me lanzara a divagar, sonaba el teléfono. Descolgué y una voz femenina cascada pronunció mi nombre al otro lado. Como si me hubiera oído.

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

Soslayaron mi pregunta.

—Fantástico. No estaba segura de que fuera a encontrarla en este número. Ya he probado con otros dos, sin suerte. Pero bueno, ya está. Aunque haya tenido que rastrear el listín telefónico de Nueva York, ya la he localizado, y eso es lo que importa.

Aquel prolegómeno me acució los nervios y me resultó exasperante.

—Me parece perfecto, pero ¿quién me busca? —inquirí con un matiz de impaciencia.

—Oh, sí, disculpe. A veces olvido los modales. Supongo que me recordará. Soy Blanca Luz Miranda.

Esta afirmación produjo un extraño vuelco en algún lugar de mis vísceras que no sabría precisar si me pusieran delante un manual de anatomía. Ahora sí, la emoción me puso todos los sentidos en el disparadero. Sin embargo, mi orgullo herido guardaba una dosis de resentimiento por la manera tan poco considerada en que me había tratado. Y prendió en mí la mecha del ánimo revanchista. Así que me permití decir:

—¿Blanca Luz Miranda? Lo siento, pero no caigo en quién es usted. El caso es que el nombre me suena, pero no sé..., ahora mismo no consigo ubicarla.

Quizá fuese cosa mía, pero me pareció detectar una ligera pátina de desilusión cubriendo sus palabras cuando replicó:

—Oh, pensé que se acordaría. ¿No es usted la periodista?

Me estaba acorralando. Carraspeé, para ganar tiempo. Por desgracia, no

más de dos segundos. El carraspeo como arma elusiva no cunde mucho más. Tuve que reconocer con aspereza:

—En efecto, soy periodista.

—Entonces tiene que ser usted. La que vino a mi despacho, en Madrid, para hacerme una entrevista y preguntarme por un cuadro que yo había comprado recientemente por veinte millones de dólares, un Martín Pendragón.

Habría sido absurdo seguir negando que sabía quién era, tras la exposición de aquel inventario vital tan poco corriente, así que me vi obligada a estirar mi voz en una fingida inflexión de sorpresa y exclamar:

—¡Ah, claro! ¡Ahora ya caigo! ¡Blanca Luz Miranda, cómo no!

Mi numerito circense pareció complacerla. Su voz resonaba esponjada y rozagante cuando puntualizó:

—Sí, ya me parecía que era usted. Creo recordar que no la traté con la debida consideración cuando me visitó. —Se quedó callada un instante. Al parecer, a eso se limitaba todo el mea culpa que iba a entonar. Pero añadió—: Por eso, me gustaría remediarlo. Enmendarme. A los viejos como yo nos conviene retractarnos lo antes posible de lo que hicimos mal para dejar nuestros asuntos en orden.

A solas, en la silenciosa oficina, no daba crédito. El aire acondicionado zumbaba sordamente en alguna parte, pero yo no era capaz de perderme ni una de sus palabras. Habría querido actuar con condescendencia y desprecio. Pero aquella bruja lo había logrado. Había tejido su hechizo y con aquel prelude me había atrapado en contra de mi encorajinada voluntad. ¿Realmente aquella vieja forrada estaba manteniendo conmigo una conversación con ecos de disposición testamentaria, como aquellas parturientas que decidían desvelar un íntimo y trastornador secreto a la monja de turno que las atendía a la cabecera de su cama de moribundas antes de dar a luz a Oliver Twist? Sí, lo sé. Demasiado Dickens. Pero lo increíble es que continuaba con su plática.

—Como puede imaginar, me han sometido a innumerables entrevistas desde que empecé a despuntar en el mundo empresarial. Algunas han sido más triviales, otras más en profundidad, han variado los enfoques... Pero nadie, aparte de usted, ha venido nunca a preguntarme a bocajarro sobre arte, y menos, por la forma en que llevé a puerto la adquisición del Martín Pendragón.

Qué poca imaginación derrochan mis compañeros de profesión, pensé para mis adentros al oír aquello. Blanca Luz pensaba lo mismo.

—En su momento, me puse a la defensiva, pero precisamente porque usted supo dar en el clavo. Vio mucho más allá. Acertó con la tecla que mueve los resortes que de verdad son importantes para mí. Lo que demuestra que es muy perspicaz. Al menos, más que la mayoría.

Sabía que Blanca Luz Miranda estaba tendiéndome la pedestre, pero siempre efectiva, trampa de halagar mi vanidad para obtener de mí aquello que yo aún no lograba bosquejar. Y a pesar de ser consciente de ello, no pude evitarlo. Caí. Mi receptividad viró en redondo. A partir de aquel punto, estaba dispuesta a acceder a prácticamente cualquier cosa que me propusiera, por peregrina que fuera.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, me gustaría contar mi historia. Acháquelo si quiere a un ego que se ha hipertrofiado. —Era condenadamente lista, me había calado, porque eso era, en efecto, lo que me sentía inclinada a creer desde que habíamos empezado a hablar—. Pero, tal vez por indulgencia conmigo misma, o porque en realidad soy lo bastante vieja para conocerme con honestidad, prefiero sostener que, si ha nacido en mí ese deseo, no se debe a que me crea el centro del universo, sino a que sinceramente pienso que a mis espaldas cargo una historia que tengo que contar. Sin embargo, he de reconocer mis limitaciones, y yo sería incapaz de ponerla negro sobre blanco. Me enredaría con mis palabras, como si fueran una sábana entre mis zapatos, y los recuerdos me terminarían por hacer caer. Por eso, necesito a alguien, ¿cómo diría?, más imparcial. Alguien a quien contarle la historia, pero que luego sepa poner algo de distancia, ordenarla, mirarla desde fuera... No sé si me entiende, pero creo que es lo mejor para la historia. Para que se cuente bien. Aunque parezca una paradoja.

Su voz se había vuelto de repente más suave, más humilde. Por primera vez, algo en ella pedía comprensión, como una niña desprotegida que se ha perdido en mitad del bosque y no conoce el camino de vuelta.

—La entiendo, claro que sí. Es perfectamente lógico.

Preferí no añadir más. Comenzaba a atisbar qué barruntaba Blanca Luz Miranda, pero creí pertinente que la proposición naciera de sus labios. No me parecía que a una mujer así se la pudiera inducir en ningún sentido. Era el tipo de persona que, cuando deseara algo de verdad, saldría a buscarlo ella

misma, y mientras no fuera así, nada podría convencerla de lo contrario. Prosiguió:

—En fin, supongo que ya imaginará qué papel juega usted en este desvarío. Querría saber si estaría interesada en escuchar mi historia y escribirla. Después de su tentativa, le he estado dando vueltas a la cabeza y creo que es la persona idónea para este proyecto que, he de confesarle, me ronda con mucha insistencia desde hace unas semanas, hasta el punto de que me quita el sueño. Por eso sé que hasta que no lo lleve a cabo no me quedaré en paz.

Aunque me moría de ganas de decir que sí, una pizca de maldad todavía bailoteaba en mis entrañas la danza sinuosa y pertinaz del desquite, así que me resistí y me dejé llevar por su son un poco más:

—No lo sé, doña Blanca Luz. Le agradezco la confianza que deposita en mí, pero tengo mis dudas de que esté cualificada para esa empresa. Una cosa es querer entrevistarla, instigada por una ligera curiosidad acerca de lo que presencié en la casa de subastas, y otra muy distinta embarcarme en la redacción de su biografía... Ese es un encargo muy serio, de mucha más enjundia y compromiso, y, a fin de cuentas, nosotras apenas nos conocemos.

Un silencio seco recibió al otro lado de la línea mis reticencias impostadas.

—No hace falta que nos conozcamos a fondo para esto. Con lo que le voy a contar, ya tendrá tiempo y material de sobra para conocerme cumplidamente. Pienso que puede hacerlo bien. Si no, no se lo pediría.

Tras sus palabras latía una súplica, tan tenue como el plumón de un pichón. Titubeé:

—Es un honor que piense que soy la persona adecuada para acometer este proyecto, pero yo ya he regresado a Nueva York... Bueno, ya lo sabe, puesto que me está llamando a esta oficina... No veo cómo podemos..., quiero decir, que por teléfono...

—Estoy dispuesta a pagarle el pasaje de avión, por supuesto.

Su voz sonó categórica, arrogante, perdonavidas. De pronto, me indigné. Aquella egocéntrica me estaba pidiendo, ni más ni menos, que abandonase toda mi existencia para ponerla a orbitar en torno a la suya. Y lo reducía todo a una cuestión de dinero: el poco que, a su juicio, valía la mía.

—Lo lamento, pero me temo que no me será posible desplazarme a España para dedicarme a escuchar su historia. Aquí tengo cosas más importantes que hacer. Que tenga un buen día.

Y colgué. Según lo hacía, me di cuenta de que le había dicho a Blanca Luz Miranda una soberana mentira: en verdad, no tenía nada mejor que hacer. No más que la nada de una colección de relatos que nadie quería leer.

Un par de días después, cuando Leidy me vio haciendo el equipaje, se asomó a la puerta de mi habitación, macerando en un albornoz los efluvios de la borrachera de la víspera, y se extrañó con voz pastosa:

—¿Cómo? ¿Otra visita a la familia? ¿Tan seguidito?

—No, Leidy. Me marcho a España, por tiempo indefinido. He dejado el trabajo. Y todo lo demás.

Se frotó los ojos con la manga del albornoz. Acaso creyó que la escena era producto de algún psicotrópico que le hubieran deslizado en la copa la noche anterior.

—Pero ¿cómo así, *mija*? ¿Qué ha ocurrido?

Me rasqué la oreja y, divertida, tuve que admitir:

—En realidad, todavía nada. Tengo que escuchar a una señora. Va a contarme su vida.

Entornó los ojos con incredulidad.

—¿Y qué ha hecho esa señora como para ser tan importante y merecer esta espantada?

—No sé. Compró un cuadro. Del resto, aún ni idea.

Su cara era puro pasmo. Solté una carcajada.

—Pero, bueno, Leidy, tú siempre empujándome a las locuras, a que me deje llevar, y ahora que me lanzo, te me pones timorata. A ver si va a resultar que en el fondo ibas de farol todo el rato...

Mi pobre compañera musitó:

—Bueno, yo hablé de heroína no más.

Y en efecto, heroína me había sentido la tarde anterior al poner una conferencia con España para espetarle a Blanca Luz Miranda:

—Si piensa sin reservas que puedo ser la persona adecuada, accedo. Escribiré su historia. He de admitir que me pica la curiosidad. Siempre me ha picado. Desde aquella noche en la casa de subastas en que la vi por primera vez.

Me imaginé a aquella vieja taimada relamiéndose de gusto y riéndose a mandíbula batiente al ver que me había cazado cuando dijo:

—No tenía ninguna duda. ¿A quién no le interesaría una historia como la que le voy a contar?

Y ahora, aquí estoy, de regreso en Madrid, mucho antes de lo que nunca imaginé, sentada a mi mesa de trabajo. La tarde ya declina, y la ligera brisa que se ha levantado se cuele, con las últimas y suaves luces del día, por la ventana entornada que tengo frente a mí, hinchando a intervalos las hojas de papel que me esperan sobre el tablero, todavía impolutas. Se supone que tengo que cubrirlas con palabras que las rescaten de su blancura. Hace un rato que he vuelto de casa de Blanca Luz Miranda, un quinto piso, amplio, soleado, limpio y de altos techos, que parece semidesnudo, sito en el paseo de la Castellana. En una sala pulcra, verdeada por las plantas y amueblada con enseres de mimbre, me ha ofrecido vasos de limonada fresca y me ha prometido contarme la historia de su vida.

—El pormenorizado retrato de todos los azares, acontecimientos y encrucijadas que me han conducido a pagar veinte millones de dólares por un cuadro de Martín Pendragón —ha dicho con una alegre teatralidad que me ha sonado falsa.

Luego, ha remoloneado. Al parecer, le costaba arrancar. Tenía algo que ver la grabadora, negra y cuadrada como un dolor, que he plantado con contundencia sobre la mesita que se interponía entre nosotras. He accionado el botón rojo sin mucha ceremonia, y el siseo de la cinta al desenvolverse sobre la ruedecilla dentada ha merecido un frunce de nariz por su parte. La ha señalado con la cabeza, con la prevención de quien sorprende a una medusa merodeando en la corriente:

—¿Es necesario ese armatoste?

He alzado las cejas con candidez:

—¿La grabadora? Me temo que sí. Si tuviera que estar pendiente de anotar todo, no podría concentrarme en lo que me cuente. La conversación no fluiría como debe, la interrumpiría, le pediría que repitiese... Un coñazo. —La palabra malsonante le ha arrancado un respingo de desagrado, me he dado cuenta—... Una lata, vamos, como cuando tomaba apuntes en la facultad. Me quedo más tranquila si mi lorita se lo guarda todo y luego me lo canta.

—¿Su... lorita? ¿La llama así?

En esta vida hay una primera vez para todo, y he comprobado que para ver desconcertada a esta señora, alias «la dueña de las situaciones», también. La jeta de pasmo que se le ha puesto ha compensado el viaje desde Nueva York y todos sus desaires juntos.

—Solo es una forma cariñosa de referirme a ella —he puntualizado.

Al fin, tras estos dimes y diretes, Blanca Luz Miranda se ha dignado a comenzar, con unas cuantas pinceladas precisas y certeras. Pero, poco a poco, se han ido desgajando en pálidos regueros difíciles de desentrañar. En un momento dado, se ha apoderado de ella la melancolía y se ha escudado tras un hosco silencio y un traje de camuflaje confeccionado a base de evasivas. Entonces, he temido que me excluyera del juego, o, peor aún, que estuviera jugando conmigo. Así que he azuzado contra ella una jauría de preguntas impacientes: un atajo burdo y desesperado para lograr de una sola vez una aceptable visión de conjunto y, si se terciaba, largarme de allí cuanto antes. Pero se ha zafado bien pronto de mi acoso.

—Por favor, no se ponga en plan periodista conmigo, como un sabueso codicioso del hecho comprobable, del dato empírico... Se los referiré, por supuesto, pero no se trata de eso. No..., esto nos llevará más tiempo. Va a ser como una excavación arqueológica. Hay demasiadas cosas enterradas, muchos estratos... Se necesita calma y mimo para extraer todo eso.

Al ver que se me escabullía con sus condiciones y sus reglas, le he pedido, conteniendo un resoplido exasperado, que dejásemos fijado desde ya cuál iba a ser mi papel en este vodevil, si me iba a permitir meter baza o si mi función no excedería de la de una pintamonas.

—No se preocupe, yo le suministraré todos los retazos indispensables para componer una obra creíble, consistente, verídica. Pero luego usted puede escribir lo que se le antoje. Aunque no me crea (no se me escapa que le parezco autoritaria), verá cómo no me arrogaré licencias, sabré ser discreta. Puesto que me lo pide, le diré bien a las claras por qué estamos usted y yo en esta habitación: porque quiero aliviar mi carga. ¿El motivo? Que lo necesito, tanto si es para seguir viviendo como si es para dejar de hacerlo. Una vez me libere de ese peso, lo demás me importa bien poco.

Vamos, que lo que yo haga con más o menos habilidad a partir de lo que escancie de sus labios no es ya responsabilidad suya. Se las ha apañado para traspasar el bulto. La que debe lidiar ahora con ese costal es la menda. No estoy segura de estar a la altura de hacer algo valioso con lo que va a

confiarme. He de confesar cierto miedo a desperdiciar estos metales preciosos, fundiéndolos en una pieza que no pase de ser una aleación, una baratija de buhonero. Es lo que tiene vivir vicariamente, contando como único respaldo con la memoria (y encima la de una anciana excéntrica). Ay, sí, nuestra amiga la memoria..., un ente frágil y misterioso que siempre se ve obligado a recordar en solitario, por lo que se apoya en cosas que jamás sucedieron, en otras de las que no se acuerda, y en algunas más que es imposible llegar a saber. Pero, así y todo, lo que ha empezado a contarme hoy Blanca Luz Miranda es mejor que nada. Al menos lo parece por lo que desgrana la voz que, en esta ocasión, empieza a repetir mi lorita mediante sus giros incansables: una voz inusualmente melodiosa para la edad de su propietaria, grave, digna, empastada en palabras y expresiones elegantes, solemnes, arcaicas a veces, como un *souvenir* traído expresamente desde esos novelones del siglo XIX que, de siempre, me han hecho los dedos huéspedes y que, por tanto, no me resisto a verter en el papel, una por una, con todo su encanto y empaque, abusando incluso de la literalidad. Pienso que la historia puede quedar hasta bien. Así que supongo que no tiene sentido demorarlo más. Me pongo a escribir.

1

Cualquiera habría podido adivinar que Martín Pendragón no sería una persona corriente. Sencillamente porque no fue un niño corriente. Esa es una pista muy clara. A los diferentes o a los raros se les ve venir desde el principio. Mientras todos los demás mocosos se dedicaban a dar patadas a una pelota o a empujarse en aquella jaula con suelo de tierra que hacía las veces de patio en la parte trasera de la escuela, el pequeño Martín se condenaba a sí mismo al ostracismo en el rincón más apartado y discreto del cuadrángulo. Y, sobre la tierra del suelo, se entregaba a trazar surcos y formas caprichosas con ayuda de un palo. Era una ocupación extraña para un niño, y los demás enseguida lo entendieron así. Por eso lo miraban con recelo y jamás le permitieron participar de las bromas que a ellos sí les incumbían. Se esforzaron en profundizar la brecha de la diferencia. A Martín no parecía importarle, y eso era lo más extraño de todo. Se abstraía en su mundo de tierra hendida por la punta de un palo. Era una prolongación de su ser. Y no mostraba interés por nada más. Solo lo vieron enfadarse una vez. Cuando Eugenio Ferrer, el grandullón de la escuela, le desbarató lo que había formado en la tierra arenosa. Se trató de una acción vil y premeditada. Lo estuvo observando un rato con atención y, en el momento en que lo vio más enfrascado, se acercó a grandes zancadas, pavoneando su corpachón, y se plantó delante de él, ufano de poder proyectar su sombra amenazadora sobre el espacio en el que se afanaba Martín, que era bajito, desmedrado por constitución y por una pulmonía que había sufrido dos inviernos atrás. Levantó ligeramente la cabeza para averiguar por qué su pedacito de mundo se había oscurecido de improviso. Cuando descubrió que se trataba del bravucón de Eugenio (Martín ya sabía cómo se las gastaba), volvió a lo suyo,

más absorto si cabe. Este manifiesto desprecio atizó la furia de Eugenio.

—¿Qué haces? —le zahirió.

Martín continuó con la cabeza gacha y se encogió de hombros con indolencia.

—Eh, *atontao*, que te he preguntado que qué haces —le exigió Eugenio, agachándose y zarandeándole el omóplato.

—Nada —replicó Martín, con la voz hecha un erizo de mar.

—No seas mentiroso. Claro que estás haciendo algo. Lo haces todos los recreos —le rebatió Eugenio apuntándole acusatoriamente con el dedo índice.

—Te digo que no es nada. Además, no te importa.

—Muy bien —replicó Eugenio, con voz estentórea, para que todos le oyeran—. Pues si no es nada, no te importará que haga esto, ¿no?

Y, sin darle tiempo a reaccionar ni a darse cuenta de lo que pasaba, barrió con el pie los dibujos que llevaba componiendo durante media hora, y aprovechó el impulso que insufló a su pierna para que, al acabar de deslizarse por la tierra, continuara su trayectoria hasta hacer blanco en el cuerpo de Martín, en forma de traicionero puntapié que le alcanzó en el brazo. Martín, que no se lo esperaba y que se encontraba en cuclillas, soltó un quejido y cayó de espaldas. Los acólitos de Eugenio, que se habían ido congregando en torno a ellos para presenciar el espectáculo, se hicieron eco de unas risas crueles. Eugenio aprovechó que Martín continuaba tendido, hecho un ovillo, para rematar la faena asestando otra patada en el suelo de tierra suelta y removida, hasta levantar una nube de polvo con la que embadurnó al caído. Martín se levantó de pronto. Los ojos le brillaban tras la película arenosa que le había ensuciado la cara. Tenía los dientes tan apretados como los puños. Sin calibrar a su oponente, se arrojó contra él. El factor sorpresa se alió con él y, contra todo pronóstico, logró que Eugenio perdiera el equilibrio y cayera. Se aferró a él como una lapa y comenzó a asestarle puñetazos con sus pequeñas y compactas manos. Sin salir de su incredulidad, Eugenio se sobrepuso y, enceguecido, le devolvió los puñetazos. A su alrededor se había formado un nutrido corro de muchachos que, enardecidos, los jaleaban, como a los contendientes de una pelea de gallos. Por desgracia, en aquella refriega, el peso pluma era Martín. Eugenio le partió el labio, aunque para ello se hizo acreedor de unos cuantos arañazos que le surcaban todo el rostro, algunos con hilillo de sangre de propina. El maestro tuvo que acudir a separarlos, y solo lo consiguió previo reparto de una lluvia de pescozones. Ambos fueron

castigados, y se dio parte a sus respectivos padres. Pero, mientras que al progenitor de Eugenio Ferrer solo se le informó de que había concebido un vástago temperamental y pendenciero, de esos a los que les gusta buscar la bronca (nada nuevo bajo el sol), al de Martín se le suministró el inquietante dato de que el caso de aquel canijo era más atípico. No se sabía a ciencia cierta a qué se dedicaba, pero andaba siempre retraído, como un lobo solitario, enredando en la tierra con palos. Su reacción ante la provocación de Ferrer había sido, sin duda alguna, desproporcionada. Habría que vigilarlo de cerca. El padre de Martín escuchó aquello en silencio. Cuando salió del despacho de la escuela, a la que había acudido a hablar con el maestro, le dirigió una severa mirada a Martín, quien, con el labio hinchado, le esperaba apoyado contra la pared y los ojos bajos, remisos. Solo le dijo una frase:

—Que nunca más tenga que volver a pasar vergüenza por tu culpa.

No le habían enseñado a pintar. Por eso se sorprendió a sí mismo cuando, al cumplir catorce años (catorce años después de que el siglo cambiara y se bautizara con dos equis romanas), le preguntaron que qué quería hacer de su vida y contestó sin pensarlo un minuto:

—Ser pintor.

—¿Quieres pintar paredes? —se extrañó su padre.

—No, cuadros.

—Ah, no. Eso sí que no. Ni lo sueñes. Vamos, hasta ahí podíamos llegar.

Martín se encogió de hombros. Ya sabía que le iban a decir eso. Pero, de alguna manera, le daba igual. Albergaba la íntima certidumbre de que, le pesase a quien le pesase y por muchas trabas que le pusieran en el camino, acabaría siendo pintor. Porque ya lo era. Porque nunca podría ser otra cosa. Llevaba siéndolo desde que se consagró a dibujar en la tierra con un palo todos los recreos, sin faltar uno. Desde que arremetió contra Eugenio Ferrer con todas sus fuerzas cuando trató de desbaratar su obra. Por eso ya no nos importaba que se opusiesen a que lo hiciera. Porque, para él, pintar resultaba tan natural como respirar. Y nadie excepto la muerte puede luchar contra una bocanada de oxígeno y salir vencedor de esa pelea. Nadie derrota a lo que ocurre por necesidad.

Martín se convirtió a sus catorce años en aprendiz de constructor. El padre, en previsión de que fuera a seguir desvariando con sus ínfulas de artista, se

apresuró a buscarle un oficio de provecho y con el peso suficiente como para mantenerlo con los pies bien aferrados a la tierra. Y tanto se aplicó en encontrar algo que se ajustara a este requisito, que lo cumplió con creces: lo puso a construir cimientos. No había nada más a ras de suelo. Ya puestos, también lo podía haber mandado a la mina. Más abajo todavía. Pero no había ninguna cercana, así que, con la terrena ocupación de albañil, decidió darse por satisfecho. Martín no protestó y, con filosófica resignación, se plegó a la suerte que le habían deparado los designios paternos. Su madre sabía que no era feliz. Lo miraba con conmiseración y trataba de prepararle el almuerzo poniéndole entre los ingredientes el doble de amor, pero no abogó por él. Martín no lo sabía a ciencia cierta, pero intuía que no. El señorío de Eulogio Pendragón era demasiado imponente. En todo caso, si se atrevió alguna noche en los dominios de la alcoba, donde quizá se veía investida de insospechadas prerrogativas, estas no fueron suficientemente persuasivas, porque nada cambió. Martín estuvo dos años acudiendo puntual a la obra, con la helada de la mañana o el rocío madrugador, según la estación. Su condición de aprendiz no permitía que sobre sus hombros recayera el peso de muchas responsabilidades. Solo el de los sacos de cemento o el de los ladrillos. Era diligente. No se quejaba. Pero tampoco abría la boca más de lo necesario. Esto hizo que los demás no se metieran con él, pero también que no le cogieran aprecio. La tónica de la escuela se repetía en su incipiente vida de adulto. Algunas cosas, las más intrínsecas de la existencia de cada cual, parecen destinadas a no mutar. En dos años solo provocó un incidente. Uno que, en cierto modo, se parecía al único que había protagonizado en su etapa de estudiante. Cierta día, el capataz le ordenó que extendiera una capa de cemento en la habitación de una casa, sobre la que, luego, habrían de levantar una chimenea. Martín, al que ya dejaban trabajar sin ninguna supervisión, obedeció, como de costumbre, pero, antes de que pudiera concluir su tarea, le llamaron para que ayudara a transportar una carretilla a la planta baja.

—Ahora voy —gritó.

Por el hueco de la escalera le llegó un mandato impaciente.

—¡Ahora no! ¡Ya! ¡Deja lo que estás haciendo de inmediato!

—¡Que no tardo ni dos segundos! —Se obcecó Martín.

—¡Que te digo que no te doy ni dos segundos ni uno! ¡Baja ya mismo o te daré una somanta de palos de las que hacen época! —le ladró el capataz.

Martín resopló, se mesó el cabello, dirigió una mirada llena de aprensión a

la capa de cemento que había estado echando, pero decidió que no le quedaba más remedio que bajar. Lo hizo rezando por que le diera tiempo a volver a subir antes de que el cemento se secara. No fue así. De modo que, cuando Martín regresó a la planta superior, esta vez en compañía del patrón, tuvo que bajar la cabeza, dispuesto a recibir un chaparrón. Y lo recibió literalmente: el capataz lo regó a salivazos mientras le gritaba:

—Pero ¿se puede saber qué coño es esto? —Al tiempo que, furibundo, apuntaba con el dedo índice extendido, grueso como una morcilla, la lámina de cemento tendida en la habitación.

Más bien parecía un lienzo. Sobre su superficie, que debería haber sido una anodina estepa gris, se perfilaban unas líneas, tan azarosas en un primer vistazo que se asemejaban a la cola de una estrella fugaz. Solo si se las miraba con detenimiento comenzaba a comprenderse que, diestramente, con un toque aquí, una sugerencia allá y un aire que lo impregnaba todo, Martín había logrado figurar un paisaje, apenas bosquejado, pero cierto. Se trataba de todo un mural. Pero el capataz no fue sensible a estas sutilezas, y se embarcó en la regata de una bronca monumental, que Martín soportó estoicamente. Ya la había previsto. A raíz del episodio, hablando con unos y con otros, recolectando comentarios y rescatando impresiones, se descubrió que el joven, de un tiempo a esa parte, había adoptado el extravagante hábito de dibujar cosas sobre el cemento fresco, que se aprestaba a borrar a golpe de espátula en cuanto su inopinado lienzo amenazaba con secarse eternamente. Aquella prueba contrarreloj, medirse contra el cemento inapelable, se había convertido en un reto arriesgado y apasionante, que le instruía en el arte de ser rápido y atinado y le hacía ganar práctica, precisión y fluidez a marchas forzadas. Estaba fraguando su técnica. Ya dibujaba como bebía. Su mano era un arroyo discurriendo por un cauce limpio. No le habían dejado ir a la escuela de arte para tomar clases. Pues se inventó una y las tomó por su cuenta. Precisamente de su cuenta corrieron los gastos adicionales que hubo que efectuar para reparar aquel lecho de chimenea tan pintoresco. Estuvo dos meses sin paga. Los mismos que su padre le retiró la palabra a la hora de la cena y el desayuno, no sin antes aplicarse muy mucho en atizar un golpe certero al canto de la mesa con el mango de marfil del cuchillo y dejar constancia de que «esto es intolerable, no mereces el lecho que te doy, es la gota que colma el vaso». Nadie sabía muy bien a qué se refería. Eulogio Pendragón siempre estaba indignado por alguna ofensa de la que no quedaba

memoria acerca de quién, en qué momento y por qué causa se había infligido. El patrón le amenazó con echarle del trabajo, y el progenitor, de casa. Pero, finalmente, la piedad humana se impuso, y conservó el empleo, el techo y la cama. A cambio, eso sí, de silencios hoscos y una pérdida total de la confianza que se había labrado en dos años de trabajo intachable. Lo que tarda milenios en erigirse puede caer en un instante. Fue otra de las lecciones que aprendió. Así como aquella de que, en lo sucesivo, cuando quisiera pintar, tendría que ser más cauto e ingenioso. Porque huelga decir que iba a seguir pintando. ¿Es que acaso alguien lo había dudado?

El viento acariciaba su nuca y le congelaba el sudor. El peso de los ladrillos le estaba partiendo el espinazo. Ganas le estaban entrando de librarse de su propia espalda. Pero lo más insoportable era que se ahogaba. A cada paso, sentía una opresión implacable que no sabía de dónde le venía, pero que no tenía nada que ver con la carga del material de construcción. Se trataba más bien de algo parecido a estar cayéndose dentro de un pozo. Despacio. Con la suficiente pausa como para ir tanteando el fondo con el pie, sin acabar de encontrarlo nunca. Presintiendo que se estrellaría, pero dilatando el instante del golpe. Y ahogarse mientras tanto. Boquear como un pez fuera del agua, notar que se retuercen las branquias como cuerdas de violín desafinado, como cabos de hilo suelto. Martín arrojó el saco de ladrillos al suelo. De pronto, era demasiada carga. Se irguió y posó sus manos en la cintura. Ensanchó la caja torácica, para tratar de llenarla de aire. Pero el globo estaba pinchado en algún punto y se le escapaba, por mucho que lo inflara. Se secó el sudor helado de la frente y se enjugó la nuca. La encontró viscosa, allá donde comenzaba la linde del pelo. Miró aquel talego de ladrillos tirado en el suelo. Un lastre. Y totalmente absurdo. No tenía nada que ver con él. Y, sin embargo, lo estaba llevando sobre su propia espalda. Llevaba cinco años haciéndolo. A pesar de que jamás lo había deseado. Por primera vez en su vida, sentía algo parecido a no desear nada. A haber agotado las reservas antes de empezar. Continuaba pintando. Pero hacerlo se asemejaba cada vez más a enrolarse en escaramuzas. Escaramuzas que se cuestionaba, que comenzaba a poner en duda. Empezaba a sospechar que, tal vez, aquellos

combates robados no le condujeran a ninguna parte. Siempre había albergado la certidumbre de que su destino era pintar. Pero ahora se preguntaba si la palabra destino tendría algún sentido, o era algo que las personas repetían para consolarse de las cosas que no habían logrado y que intuían que nunca lograrían, y así, ir aliviándose por el camino, hasta el día que murieran. Cuando ya no les quedara tiempo para reprocharse nada. Acaso el destino solo era una forma de pasar la vida. Una engañifa grandilocuente. En realidad, no había destino. Únicamente instantes cargados con sacos de ladrillos.

Entonces oyó unas voces detrás de él. Se volvió y vislumbró a un caballero precedido por su voz altisonante, que rebotaba contra el empedrado de la estrecha calzada.

—Me parece que nos hemos confundido, muchachas. Es imposible que sea por aquí.

En efecto, la figura masculina iba acompañada por dos jovencitas. Espigada la de su derecha, bajita y rechoncha la de su izquierda. Se acercaban absortos en su animado coloquio, que versaba sobre el intrincado arte de la orientación.

—Me habéis despistado. ¡Y mirad que no tenía pérdida! Nos lo habían explicado meridianamente... Será posible —mascullaba el caballero, que empuñaba una abultada maleta.

Las esfinges que lo flanqueaban también portaban sendas valijas, en la medida de sus posibilidades. Así, la bajita y rechoncha a duras penas arrastraba la suya a trompicones sobre los adoquines. Martín, respetuoso con el candor de la estampa, prefirió no inmiscuirse y se apresuró a recoger del suelo el saco de ladrillos, que obstaculizaba el centro de la vía angosta, y, circunspecto, se aparcó a sí mismo en la orilla de la calle. Cuando los recién llegados pasaron a su altura, pudo contemplarlos con detalle. Al caballero se le arremolinaban unas frondosas patillas blancas en los costados de la cara, sanguínea y de rasgos suaves. Iba vestido sin alardes, pero con corrección. El corte de su traje era bueno, y el color, sobrio y elegante. La figura de su izquierda, que a Martín le había parecido bajita y rechoncha, correspondía en realidad a una damita cuya edad no se veía adornada con los dos dígitos. El pelo, lacio y pajizo, se le pegaba sin cesar en la carita redonda, lo que la molestaba de modo ostensible. Traía los ojos entrecerrados y la nariz fruncida. La maleta que paseaba dolientemente a ras de suelo podía con ella,

pero a la legua se veía que estaba haciendo ímprobos esfuerzos por domeñarla, con toda su dignidad. La otra muchacha tenía más o menos la edad de Martín, según le pareció. En una primera ojeada diagnosticó que era guapa. O, al menos, a él le gustó. Su talle era esbelto, lo que la hacía parecer más alta de lo que en verdad era. Llevaba bajo el abrigo un vestido ligero de color azul claro. Tenía la piel nívea, lo que, por obra y gracia del contraste y sus artimañas, convertía sus labios en un paraje especialmente rojo. Le combinaban con el pelo, que se le remansaba en unas ondas elásticas que flotaban como muelles cada vez que movía la cabeza. Sin embargo, sus cejas eran negras, delineadas con la pureza y precisión de la tinta china. Así la maleta con donaire y pisaba con garbo, haciendo cantar a las tapas de sus zapatos con un rítmico tableteo.

—Quizá deberíamos retroceder hasta el punto en el que hemos empezado a caminar a ciegas —estaba sugiriendo en ese momento.

El color de su voz sonaba un poco más grave de lo que parecía corresponder a una muchacha de su edad y constitución.

—¡Ni hablar! —la atajó el caballero—. Me niego en redondo a seguir dando vueltas por esta ciudad como un pato mareado. Ya basta de andar a tontas y a locas.

—Quiero sentarme —dejó constar la niña.

—Ya lo sé, nena, ya lo sé —terció el hombre, esparciendo la mirada a su alrededor, visiblemente apurado.

Fue entonces cuando reparó en la presencia de Martín, arrinconado con prudencia contra la pared y sosteniendo un saco de ladrillos que se le escurría de entre los dedos, apelmazados por el yeso. Lo que siguió resultaba inevitable.

—¡Joven!

Martín lo miró sumisamente. A sus órdenes, mi capitán. El capitán de aquel navío a la deriva se adelantó hasta él, alentado por bríos renovados.

—Joven, ¿sería usted tan amable de indicarnos dónde está la calle Campana? Mis hijas y yo acabamos de llegar a la ciudad y nos encontramos un poco perdidos.

Martín asintió.

—Cojan ustedes la primera calle a la derecha, sigan como unos doscientos metros... o, bueno, incluso un poco más. Se encontrarán una fuente en el costado de una casa que tiene unas acacias al fondo, y ya verán por el letrero

que esa es la calle de la Fontana. —Martín notaba las pestañas de la joven clavadas en él como alfileres, con una tenacidad inaguantable, apostadas detrás del hombro de su padre, y empezó a ser consciente de que se iba a trabar atolondradamente, y de que no podría hacer nada para enderezar el rumbo, solo trastabillar con su propia lengua, torpe y gruesa—. Pues no tiren por allá, sino que continúen a la izquierda, hasta que se topen con una revuelta y entonces bajen la cuesta que queda a la derecha y en la segunda salida, donde la vía se bifurca, lleguen a la calle Campana.

Definitivamente, se había enredado del todo. Sobrevino un silencio embarazoso. El caballero se rascó la oreja. A Martín le dio la impresión de que la joven se estaba riendo de él calladamente. Se le encarnaron las mejillas. Aquella gente refinada debía de estar pensando que era un bruto con las manos manchadas y las uñas blancuzcas.

—Pues estábamos más perdidos de lo que pensaba. Pero, como demos todas las vueltas que nos has recetado, pronostico que nos vamos a perder del todo —reflexionó el caballero.

Su voz sonaba afable, incluso jovial. El ambiente, que se había atirantado, se relajó, así que a Martín se le escapó una sonrisa y admitió con humildad:

—La verdad es que sí. Me he liado un poco.

—Tal vez podrías darnos las señas dibujando un plano. Algo sencillo —sugirió el caballero.

—¡Claro! —exclamó Martín. Eso sabía hacerlo.

El señor asintió complacido, sonrió bondadosamente y rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, del que extrajo un pedazo de papel y un lapicero. Martín, en un minuto, esbozó con ellos un plano de la zona de la ciudad por la que tenían que moverse, jalonando con flechas el recorrido a seguir. El caballero iba a cogerlo, con una floración de agradecimiento germinándole en la comisura de la boca, cuando la transacción, que parecía condenada a concluir, viró hasta adquirir un sesgo completamente inesperado, por intercesión de la voz temblona pero sentenciosa de una chiquilla de pelo lacio que trataba de imponerse a una maleta.

—Pero en ese plano no se ve nada. Solo hay líneas, y usted ha hablado de una fuente, y de una casa, y de unas acacias. Así no nos vamos a aclarar.

—¡Sofía! —la amonestó su padre, aunque un matiz divertido bailoteaba en su reconvención.

Su hermana mayor no pudo reprimir una risita. Martín se atrevió a

secundarla y se apoderó de las riendas de la conversación. Aceptaba el desafío.

—Es verdad. Tiene toda la razón. Con este plano tan pobre que he hecho es imposible que nadie llegue a ninguna parte. Pero no se preocupe, que ahora mismo lo arreglamos.

Martín extendió la mano, demandando la devolución de su esquemático plano, y el caballero se lo alargó, con un deje de curiosidad. En apenas unos segundos, Martín añadió la fuente que había mencionado, un puñado de acacias, unas casas dotadas de su aire arquitectónico real, e incluso unos monigotes en la calle que remedaban a sus interlocutores. Trazó unas sombras para redondear el dibujo, con un ademán muy teatral de artista en ciernes, y aún tuvo la desfachatez de colocarse el lapicero detrás de la oreja cuando concluyó, al tiempo que le mostraba a la niña los retoques. Esta palmoteó de júbilo ante la visión de aquella ciudad que, repentinamente, había cobrado vida, hasta convertirse por ensalmo en una primorosa casa de muñecas en miniatura, de la que, por primera vez, se sentía capaz de adueñarse. Sin embargo, pronto recordó que era una dama y trató de recuperar una compostura impávida. Sin mucho éxito, ya que una media sonrisa impresa en los labios la delataba en su condición de niña ilusionada.

—¿Así está mejor? ¿Piensa que le será más fácil hallar su camino a partir de este plano? —le preguntó Martín.

La pequeña Sofía asintió, arrobada y ligeramente aturdida. Entonces Martín advirtió que el caballero se había inclinado para mirar el dibujo por encima del hombro de su hija. Lo observaba atentamente, con verdadera intriga. Al fin, detuvo su escrutinio y alzó los ojos para clavarlos en los de Martín, que se había quedado en suspenso ante aquella reacción. Había esperado un risueño cumplido, un elogio alborozado, o incluso simplemente una somera sonrisa de agradecimiento. Pero no aquel concentrado silencio, como el que adopta un médico que está auscultando a un paciente.

—¿Ocurre algo? —inquirió Martín con recelo.

—Dibuja usted muy bien, joven.

—Gracias —replicó, sintiendo cómo se le henchía el pecho irremediablemente y una tumultuosa oleada de sangre se le agolpaba en el rostro.

—Lo digo en serio. No es un simple comentario adulador. ¿Lo sabía?

—¿El qué?

—Que dibuja usted bien. ¿Era consciente de su talento?

—Sí —respondió Martín, con un remoloneo y bajando levemente la mirada.

—No se avergüence. Que lo admita no hace de usted un presuntuoso. El que no reconoce sus propios talentos no es que sea modesto, simplemente es un imbécil —espetó el caballero categórico.

Martín no supo qué contestar a aquella tajante afirmación. Pero el señor le sacó del brete, porque prosiguió:

—¿Lo practica usted a menudo?

—Bu-bu-bueno, siempre que puedo —titubeó Martín. Jamás nadie le había dado cancha en ese tema del que deseaba hablar fervientemente—. No tanto como me gustaría. Trabajo como albañil, ya ve. Pero dibujo desde siempre, desde que puedo recordar. No en serio, claro, solo lo que podía, con lo que tenía a mano..., pero sí. Me encanta.

Era la primera vez que lo decía en voz alta y el aliento se le entrecortó. Aquello se trataba de lo más parecido a una declaración de amor que había pronunciado en toda su vida.

—Ya veo —musitó el caballero, mirándolo con los ojos entrecerrados, como si estuviera proyectando unas imaginarias líneas sobre su persona—. ¿Y no tiene pensado ingresar en la escuela de arte o algo por el estilo? Es una pena que no cultive sus destrezas. Si no lo hace, acabará por desperdiciarlas.

Martín dejó escapar una sucinta risa, tallada en un molde de amargura.

—Me temo que a mi padre no le haría mucha gracia. Pensé en hacerlo, pero no me lo permitió, y no tengo dinero para pagarme la escuela por mi cuenta. Todavía dependo de él.

Al admitir esto, sintió cómo le invadía una incontenible e intensa ráfaga de vergüenza, y no pudo evitar mirar al suelo.

—Entiendo... —dijo el caballero en voz baja—. En fin, pues sepa usted que es una lástima. De todos modos, le deseo la mejor de las suertes. Y seguro que volvemos a vernos.

—Claro. Esta es una ciudad pequeña.

El caballero apretó los labios bonanciblemente.

—¿Me devuelve mi lapicero? —Quiso saber, apuntando con el dedo índice la parte posterior de la oreja de Martín—. Le queda muy bien, pero me gustaría conservarlo.

—Oh, claro, lo siento mucho —dijo este afanosamente.

El caballero le restó importancia con un apático movimiento de la mano y, tras restituir el lápiz a uno de sus bolsillos interiores, continuó su camino.

—¡Adiós! —exclamó la pequeña Sofía antes de seguir a su padre, pegada a los faldones de su chaqueta.

Después de levantar la mano para corresponder a la cándida despedida de la niña, Martín se agachó para volver a depositar el saco de ladrillos sobre su espalda. Casi se le cayó cuando, al alzar la cabeza de nuevo, se topó de bruces con la otra joven, que se había quedado rezagada. Hasta ese momento la había contemplado a hurtadillas y de refilón. Pero ahora no tuvo más remedio que enfrentarse a sus ojos, que se le habían apostado en el camino, en una suerte de emboscada. Lo que vio le dejó atónito. Jamás había visto unos ojos que se asemejaran a aquellos. No eran de ningún color. O más exacto sería decir que eran de todos los colores, aunque esa mezcolanza acabara por anular el derecho de aquella muchacha a proclamar que tenía los ojos azules, o verdes, o castaños, como el resto de la humanidad. Se le había escamoteado ese privilegio, pero se le había otorgado el de acoger en el iris una paleta cromática entera, como el propio arcoíris. Todos los colores y, a la vez, ninguno. Un camaleón. Así de variables, de rutilantes, de chispeantes, de extraños. Martín no supo decidir en aquel instante, en el que le habían pillado los dedos a traición, si le gustaba el efecto o no. Por su mente solo cruzó raudamente un pensamiento: «Son unos ojos llenos de posibilidades». Aunque no habría sabido decir qué significaba exactamente aquello.

—Opino lo mismo que mi padre.

—¿Cómo dice?

—Que pienso lo mismo que él. Dibuja usted muy bien.

—Oh, gracias —logró articular Martín.

La muchacha le sonreía.

—En fin, solo quería que lo supiera.

—Se agradece —respondió Martín.

—De nada. Es justo reconocerle el mérito, señor...

—Martín. Llámeme Martín.

—Yo soy Blanca Luz. En fin, hasta la vista —se despidió ella dándose la vuelta e iniciando un trotecillo para alcanzar a su padre y a su hermana, que ya le sacaban unos cientos de metros de ventaja, haciendo cantar una vez más a sus suelas en el intento.

Martín la contempló alejarse. Con aquel nombre y aquellos ojos se le iba a

poner bien cuesta arriba olvidarla.

Era bien entrado diciembre, y un frío seco de latigazo se había instalado en la ciudad norteña. Corría como savia espesa por el alcantarillado, hasta que se desbordaba y lo rezumaba el pavimento, para luego infiltrarse en los cimientos de las casas y en las raíces de los árboles, y brotar por último en carámbanos que se colgaban de las ramas, las hojas perennes y el alero de los tejados. Todos estaban a sus expensas. Trataban de protegerse entregando leños al fuego y arrimándose a las estufas de carbón. Pero, de vez en cuando, los reclamos de la vida real obligaban a apartarse de su amparo. Ese era el triste caso de Martín.

—Han pedido específicamente que vayas tú. El albañil más joven —le había espetado el patrón soplándose los dedos y acercándolos a las brasas de la chimenea.

Y, en consecuencia, allí estaba Martín. Embozado como buenamente podía para resguardarse del viento polar, dándole esquinzazo a las mismas esquinas de las calles, donde las ráfagas se engolfaban con especial ahínco, y pegándose cuanto podía a los muros de las casas para no toparse el huracán de frente. «El albañil más joven, el albañil más joven», iba rezongando. Pues menuda le habían jugado. Seguro que era una excusa del capataz para enviarlo a él y ahorrarse la peor parte del temporal. Para eso estaba la carne fresca y rebelde. Para escarnecerla. Para curtirla y doblegarla, hasta reducirla a esparto de alpargata. No le habían indicado en qué consistía el encargo, por eso se había visto obligado a llevar toda la utilería, para lo que se terciara. Solo le habían indicado que tenía que ir a la casa que hacía chaflán entre la calle de los Tilos y la calle Campana. Por lo menos, la mención de estas señas le había hecho sonreír, al recordar el episodio que había vivido semanas antes. Para entretenerse por el desapacible camino, fantaseó con la posibilidad de encontrarse con Blanca Luz. No había vuelto a verla. Pero enseguida desechó esta idea. Con esa ventisca encima, lo más probable era que aquella señorita se hallara en aquellos instantes envuelta en cobertores y sosteniendo entre las manos la loza tibia de una taza, atrapada en la degustación del chocolate fundido. Y no como él, sorteando a la intemperie los embates de una meteorología encabronada. Por eso se sorprendió, y a la vez no, cuando fue la propia Blanca Luz la que le abrió la puerta al llamar,

con la aldaba forjada, a la puerta de roble de aquel palacete color albero de dos plantas que torneaba la esquina entre la calle de los Tilos y la calle Campana.

—¡Hola! —exclamó Blanca Luz, manteniendo la batiente de la puerta bien abierta.

Parecía alegrarse sinceramente de verlo. La expresión radiante de su cara por poco no hizo a Martín desparramar todos sus pertrechos en el umbral. Pero no. No era eso. Eran los ojos. Todo era culpa de los ojos. No se parecían a nada de este mundo. Por eso habrían podido horadar hasta el tuétano de un diamante.

—¡Hombre! ¡Qué sorpresa! —balbució Martín—. No sabía que venía aquí... No me lo esperaba, la verdad. No es que no me alegre, no me interprete mal, es solo que...

Volvía a enredarse con los cabos de sus propias palabras. Blanca Luz lo atajó de un tijeretazo.

—Ya me imagino. He de admitir que yo jugaba con ventaja. Nosotros sí te esperábamos —explicó con una sonrisa pícara—. Sígueme, por favor. Te estás helando ahí parado.

Martín la obedeció, aliviado. Restregó los zapatos en el filo del último escalón de la entrada, para desembarazarlos de la costra de hielo sucio con la que se habían embarrado. Tardó unos segundos en conseguirlo. Segundos que a Blanca Luz le bastaron para perderse en la oscuridad del pasillo, sin molestarse en cerrar la puerta, delegando en él esa tarea de anfitrión. Martín no se atrevió a internarse en la casa tras ella, así que decidió aguardar en el recibidor.

—¡Padre! ¡Ya está aquí! —le escuchó anunciar desde algún punto de los intestinos de aquella morada.

Se sentía cohibido y, para entretener sus nervios, paseó la mirada por el vestíbulo en el que se hallaba. Era amplio, con las paredes revestidas por paneles de cálida madera, y enmoquetado con una alfombra oscura en la que los pies se hundían parcialmente. La mudanza reciente había dejado sus huellas. En los rincones se apelotonaban los bultos, abandonados con descuido, los unos sobre los otros. La puerta que comunicaba con el salón estaba entreabierta y, al otro lado, se columbraban cajas abiertas y un reguero de polvo blanco esparcido por el suelo. Se asemejaba a la bodega de un barco que acabase de atracar tras una travesía por el océano. Pero, en ese caos

provisional, lo que más llamó la atención de Martín fueron las pinturas que cubrían el recibidor. Se arracimaban contra los muros, muchas sin colgar todavía, pero sin dejar apenas un hueco libre. Formaban una especie de colmena abigarrada, en la que destellaban las lagunas de color. Eran tantas que, en un primer vistazo, resultaba imposible distinguir qué representaban unas y otras. Así que Martín se embebió en su contemplación, una por una. La más grande se trataba de un paisaje. Había una rueda de molino, arrollada por un riachuelo sinuoso al que flanqueaban unos campos en los que despuntaba el trigo. Más allá, se desarrollaba una escena mitológica. Perseo exhibía triunfal la cabeza cortada de Medusa, agarrándola con firmeza por sus cabellos reptilianos. La mirada fija de la gorgona trataba de dejar petrificado al espectador desde el cuadro, pero su intento resultaba tiernamente inofensivo. A su derecha, alguien había representado a un san Francisco de Asís rodeado por devotos animalillos del bosque. Los rasgos del santo estaban acartonados, céreos, y, aunque se había insuflado candor a la estampa reproduciendo conmovedores lobeznos, polluelos y conejitos de cola algodonosa, el resultado era pueril y artificioso, a lo que se sumaba un invencible aire a manual de taxidermista, que, con toda probabilidad, no había sido buscado por su autor, lo que redondeaba el fracaso. Nada había más triste que un cuadro que se sublevaba a las intenciones de su pintor, pero de la forma más ridícula y gratuita posible, por el simple placer de fastidiarlo. Martín apartó los ojos con grima y los dirigió a un retrato que pendía enfrente de la puerta. No era muy grande, en comparación con otro que había a su izquierda, en el que un comerciante panzudo venido a más posaba ostentosamente, investido de todos sus atributos, creyéndose descendiente de una estirpe de marqueses por haber podido costearse un retrato. El retrato pequeño, por el contrario, era delicado, suave, agradable, invitador. En él, una mujer joven esbozaba una media sonrisa. Tenía las mejillas sonrosadas y le enmarcaban el rostro unos bucles negros, que escapaban de la gorrita que llevaba encasquetada y anudada bajo la barbilla. Había dejado las manos indolentemente abandonadas sobre el regazo e iba vestida con un traje de satén gris perla. Martín se dio cuenta de que aquellos cuadros habían sido pintados por personas diferentes, aunque había algunos, desperdigados aquí y allá, sin orden ni concierto, que presentaban unos patrones similares, que apuntaban a la autoría de una sola mano. Aquellos eran los mejores. En esto estaba cavilando Martín cuando, de pronto, oyó unos pasos que se acercaban

y, de las sombras, emergió la figura del caballero que le había pedido indicaciones en la calle sobre cómo llegar a su casa.

—¡Bienvenido! —exclamó con tono jocundo—. ¿Martín, verdad? Mi hija me dijo que se llamaba así. Yo olvidé preguntárselo.

Martín experimentó en la nuca un garrampazo de placer al oír que Blanca Luz había recordado su nombre, a pesar de que resultara mucho menos memorable que el de ella, e instintivamente la buscó con la mirada para agradecerle el esfuerzo. La encontró parapetada tras el hombro de su padre, ligeramente arrebolada.

—Martín, ¿qué más? —dijo el caballero, prosiguiendo con sus pesquisas.

—Martín Pendragón.

—¡Hola! Es un nombre rotundo, sí, señor. —El caballero parecía divertido, fingiéndose amilanado—. Yo soy Francisco Miranda. También olvidé presentarme. La verdad es que, ahora que lo pienso, nuestro primer encuentro fue una chapuza.

—Bueno, únicamente le di unas indicaciones en la calle, y ahora solo soy su albañil. No creo que haga falta mucho protocolo en ninguna de las dos situaciones —le tranquilizó Martín.

—En eso te equivocas, muchacho. El otro día no te limitaste a darme unas indicaciones en la calle. Fuiste nuestro guía. Eso te hace pertenecer a un club muy exclusivo, frecuentado por personalidades tan especiales como el dios Mercurio, que conducía a los viajeros, o la mismísima estrella Polar, brújula infalible para los navegantes. ¿Qué te parece eso?

Martín enarcó una ceja. No sabía si le estaban tomando el pelo o si aquel Francisco Miranda había perdido el norte en todos los sentidos.

—Padre, no maree a este pobre muchacho. Mírelo, lo ha dejado completamente descolocado —intercedió Blanca Luz desde detrás del hombro paterno.

Martín percibió un nimbo de burla.

—Bueno, pues ahora le voy a descolocar del todo —se ufanó su padre.

—No me diga —le retó Martín en tono de sorna.

—Pues sí. Porque si te crees que hoy vas a ser mi albañil, te equivocas de medio a medio. Has venido aquí a ser mi aprendiz.

En efecto. El muy condenado había logrado cumplir su bravata. Lo había dejado turulato.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Sí, muchacho, como lo oyes. Bueno, por supuesto, siempre y cuando quieras tú. Aquí no raptamos a nadie.

—Bueno, para decidir si quiero que me rapten o no, antes me gustaría escuchar la oferta, claro —se excusó Martín.

—Esa es una postura inteligente, sí, señor. Los rehenes tendrían que saber el motivo del secuestro antes de acceder a serlo. Verás, hijo, el otro día no te lo comenté, pero supongo que te diste cuenta (se te ve avispado) del interés que manifesté por el dibujo que hiciste para mostrarnos el camino hacia esta casa. ¿Lo recuerdas, verdad? —inquirió con aire bonachón.

—Claro que lo recuerdo. He de admitir que me sorprendió un poco.

—Normal. Si me fijé tanto se debe a simple y pura deformación profesional. El caso es que soy profesor de arte. Llevo más de diez años impartiendo estas enseñanzas. He venido a esta ciudad para abrir mi propia academia. Algo pequeño, con pocos alumnos, para poder centrarme en ellos y supervisar de cerca su evolución. A mí también me gusta guiar con eficacia, y una clase muy grande no me lo permitiría. Eso implica que solo podré admitir a gente que reúna las aptitudes necesarias. Y no es por hacerte sentir especial, pero creo que tú las tienes. El otro día me pareció verlo en ti.

—¿El qué? —preguntó Martín, un tanto apabullado ante la proposición que estaba cobrando forma delante de sus narices.

—Pues ¿qué ha de ser? El talento, el don. Por eso he invertido ciertos esfuerzos en buscarte, en asegurarme de que te volvería a ver. —Los ojos de Francisco Miranda se habían cuajado con un brillo extraño.

—Bueno, ¡pues aquí me tiene! —concedió Martín, mostrando las palmas de sus manos.

—Así es. Aquí estás. Pero lo verdaderamente importante es si querías quedarte.

—¡Por supuesto que sí! —A Martín le vibraba la voz, y sentía cómo una llamarada le subía por el pecho, calentándole la garganta y haciendo que los ojos le picaran—. Pero hay un problema... —Martín no quería atizar a su corazón sabiendo que el obstáculo se erguía allí—. No tengo dinero para pagarle, ni forma de conseguirlo. Todo lo que gano en la obra tengo que dárselo a mi padre.

—Vaya, menudo problema. ¿No has oído hablar de esa gente que hace las cosas por amor al arte? ¿Qué clase de profesor de dibujo sería si no formara parte de ese grupo?

Martín sintió que el pulso se le aceleraba, pero se puso bridas una vez más. De lo contrario, si se echaba a galopar, la caída del caballo sería más dura.

—Hay otro problema. No tengo mucho tiempo. El trabajo me come muchas horas al día.

—Un grano de arena más del que hagas un castillo y tendré que pensar que eres un timorato.

—Está bien. Si piensa que todo eso se puede arreglar, no tengo más objeciones.

—Sí hay una, y es la que más debería preocuparte. El otro día me impresionaste en la calle, es cierto. Pero no me creas tan fácil. Soy consciente de que pudo tratarse de un golpe de suerte, un giro de muñeca que te salió acertado. Y, si te admitiera sin más en mi academia, corro el riesgo de acabar quedando como un imbécil, ¿no es verdad? Sería un fantoche si presumo de querer formar un círculo exclusivo, de alumnos prometedores y bien dotados, y luego fuera por ahí regalando mi tiempo al primer obrero que me encuentro en una calle.

Aquel último comentario le pareció a Martín cargado de desdén y la sangre comenzó a barbotarle en el canto de las orejas, como lava retrepada a un cráter. Francisco Miranda debió de notarlo, porque se apresuró a apaciguarlo.

—No lo tomes a mal, muchacho. No pretendía humillarte. Ya sabes a lo que me refiero. En fin, el caso es que, antes de invitarte a que te integres en mi equipo, he de someterte a una prueba que valide tu derecho a aprender de mí.

Martín alzó los hombros.

—Claro, como quiera. ¿Qué le dibujo para demostrarlo?

—No, no, no es eso lo que pretendo de ti —aclaró el señor Miranda dando un manotazo al aire—. Sé que la destreza la tienes. Luego será cuestión de pulirla, de depurarla..., pero, de todos modos, ya está allí. Esa habilidad la da la naturaleza. Y, sin embargo, no basta para hacer que de ella nazca un pintor. También hace falta..., el instinto. Algo que te impulse a pintar las cosas adecuadas... ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Más o menos... —vaciló Martín.

—Dios a veces hace unas bromas fenomenales. No sería la primera vez que soy testigo de que le ha concedido unas manos prodigiosas a un completo patán. Y Dios tiene derecho a ser todo lo bromista que se le antoje, pero a mí que me disculpe, porque yo también tengo derecho a no perder mi tiempo con

esas criaturas. Disculpa mi franqueza, pero es así —espetó enlazando las manos, adoptando un aire de condescendencia aderezada con un punto de caridad cristiana.

—Lo entiendo. No es mi intención que gaste su tiempo conmigo, si piensa que eso va a significar perderlo —replicó Martín, con un velo de orgullo herido ondeándole en la voz, y clavando los ojos, sin saber por qué, en Blanca Luz, quien, desde su telón de fondo, no se perdía ni una palabra de la conversación.

—Estamos de acuerdo entonces.

—Sí. Dígame pues qué quiere que haga.

—Muy bien —dijo el señor Miranda volviéndose hacia los cuadros que los circundaban por todo el vestíbulo—. Como ves, aquí hay muchas pinturas. Las he hecho traer de nuestra anterior residencia. Fueron pintadas por alumnos míos. Algunas son más acertadas que otras, como supongo que habrás comprobado. Ellos escogieron los temas. No suelo imponerlos yo, salvo quizá en las primeras fases de su aprendizaje. Después, los dejo volar. Da mejores resultados, al contrario de lo que piensan algunos colegas míos. Pero, en fin, no revelaré mis métodos todavía. No quiero que atisbes un mundo al que luego podrías no acabar perteneciendo. Bien, lo que quiero que hagas es sencillo. Dime cuál de todos estos cuadros te gusta más.

Martín sintió la mirada penetrante del señor Miranda posándose en él, como un gavián sobre una rama demasiado frágil para su peso. Tragó saliva. De pronto, le había inundado el pánico a quedar como un idiota. Sabía pintar, pero jamás había hablado sobre ello. Nunca se había preguntado a sí mismo acerca del trabajo de los demás. Ahora que se daba cuenta, tampoco es que hubiera visto tantos cuadros en su vida. Malogradas reproducciones de algunas obras clásicas en libros del colegio y algunas ilustraciones enmarcadas, totalmente faltas de inspiración, que colgaban en las paredes de su casa y que, por sí mismas, no suscitaban nada. Se sintió desvalido, como un niño que nunca ha franqueado la puerta de su habitación, al que de pronto le abren la del porche y le dan un empujón para que salga afuera. Se había conformado un silencio denso, casi sólido. Blanca Luz le escrutaba. Y, de pronto, Martín no supo por qué se había puesto tan nervioso. De hecho, ya sabía cuál era el cuadro que más le gustaba. Lo había tenido claro desde el principio, desde que había escudriñado todas las pinturas al quedarse solo en la estancia. Había sido una reacción espontánea, como la que produce un

sabor que nos gusta cuando lo probamos por primera vez. Tal vez con su elección se haría acreedor del desprecio y la burla del señor Miranda. Pero era su criterio. El único que tenía. Y, si, efectivamente, no poseía gusto para discernir las buenas obras de las malas, era mejor averiguarlo cuanto antes. De modo que avanzó unos pasos, extendió el dedo índice y, sin titubeos, dijo «ese», al tiempo que señalaba el pequeño retrato en el que la joven morena sonreía con las manos en el regazo. Tras su declaración, el silencio de la habitación se hizo más tupido, hasta que Blanca Luz lo rompió.

—Es mi madre.

El señor Miranda y Martín se volvieron a la vez para mirarla. La muchacha contemplaba el cuadro con el rostro cincelado en una dulce tristeza. No parecía dispuesta a agregar nada más, así que su padre decidió corroborarlo:

—En efecto, Martín. La mujer del retrato es la madre de Blanca Luz, que falleció hace algunos años. La retraté yo.

—¿Ah, sí?

El semblante del señor Miranda se había acolchado con una reposada solemnidad, pero, a la vez, parecía sinceramente complacido.

—De modo que, de todos estos cuadros, ese es el que querrías haber pintado tú.

Al oír esto último, Martín se sobresaltó sin poderlo evitar. Sabía que había dado en el blanco al elegir aquel retrato, del que se notaba que el señor Miranda estaba tremendamente orgulloso, y que, si en aquel momento se limitaba a asentir, su admisión en la academia sería cosa hecha. Pero la última frase de Francisco Miranda se trataba de algo que se sintió incapaz de pasar por alto. Desconocía el motivo, pero notó cómo su cerebro, al igual que un jinete que se lanzara hacia delante, hacia un precipicio, arreaba a su lengua para decir:

—No.

Francisco Miranda dio un respingo, y, detrás de él, Blanca Luz le dirigió una mirada interrogante.

—¿No? Pero ¿no acabas de...?

—No. Usted me ha preguntado qué cuadro me gustaba más, y se lo he dicho y lo mantengo. El retrato de su esposa es el cuadro que más me gusta de los que hay aquí. Pero ahora ha dicho si ese era el cuadro que querría haber pintado yo. Y quizá le parezca tonto, pero creo que no es lo mismo. Creo que no lo es porque, aunque el cuadro me gusta, yo no lo habría pintado

así. Habría querido hacerlo de forma diferente.

Pronunciar aquellas palabras era lo más audaz que Martín había hecho en su vida. Se le encarnaron las mejillas y sintió un zumbido en los oídos. Acto seguido, bajó la vista, ligeramente avergonzado, e incrédulo con su propia insolencia.

Los ojos de Francisco y Blanca Luz Miranda se le clavaron como punzones. Reinaba un silencio atroz. Lo iban a echar a patadas de aquella casa.

—¿Te refieres a que lo habrías hecho mejor? —indagó el señor Miranda con cierta cautela.

—No... —se apresuró a decir Martín—. No, bueno, no sé...

—¿Sí o no? —le reclamó Francisco Miranda con el ceño fruncido.

Martín inspiró aire, elevó los ojos al techo para no enfrentarse a los de aquel caballero, y mucho menos a los de su hija, y trató de explicarse:

—No sé si lo haría mejor o peor. Supongo que ninguna de las dos cosas. No lo sé. Lo único de lo que estoy seguro es de que lo habría hecho de otra forma. No sabría decirle cómo, pero sí sé que lo habría pintado... diferente.

Francisco Miranda se tomó unos segundos más de silencio antes de responder:

—Bien, entonces tendrás que demostrármelo durante las clases. En ellas acabaremos descubriendo cómo lo habrías hecho tú.

El pacto al que llegaron para que Martín pudiera tomar las clases fue sencillo. Francisco Miranda persuadió a su patrón de que el joven iba a trabajar en múltiples arreglos que deseaba introducir en su nueva vivienda. Aseguró que solo quería a una persona en su casa, porque más obreros resultarían una molestia demasiado onerosa, a lo que añadió que, en el curso de su trabajo, estos podían llegar a dañar alguna de las valiosas y delicadas piezas que atesoraba, de cuya sustitución o reparación tendría que hacerse cargo el causante del desperfecto o, en última instancia, el máximo responsable de la cuadrilla de albañiles. Este argumento convenció al patrón, quien licenció a Martín de otros menesteres ya que, al recaer sobre él solo la totalidad de las obras, tendría que invertir en esa encomienda muchas horas. Todas ellas serían pagadas escrupulosamente por Francisco Miranda, como si fuera a recibir el servicio de construcción completo. Pero lo cierto era que Martín, en

realidad, solo se vería obligado a trabajar en la casa una hora al día, para mantener de algún modo la pantomima y que el señor Miranda «no se sintiera un alma de la caridad descaradamente generosa», según sus propias palabras. «Ya que te pago por darte clases, al menos tengo derecho a obtener a cambio unas molduras bonitas en el salón», había demandado. Aun así, el acuerdo continuaba siendo extremadamente ventajoso. Martín recibiría cuatro horas de clase diarias, en la intimidad del estudio de la casa en chaflán de la calle Campana, por un tiempo aún sin definir. Las clases se iniciaron cuando el señor Miranda encontró a otro par de alumnos a los que consideró dignos de participar en ellas. El primero le vino recomendado por un viejo amigo que tenía en la ciudad y que conocía a los padres del muchacho, así como las aptitudes de este para el dibujo y su deseo de explotárselas. Se llamaba Eduardo Izquierdo, y procedía de una familia bastante acomodada, dedicada al negocio del cuero. Alto, bien parecido, cultivaba con ahínco unas pobladas patillas castañas. Sus rasgos eran pequeños y agradables, pero su fisonomía resultaba de lo más vulgar, no destacaba por nada y enseguida se la olvidaba, como difuminada entre un gentío abigarrado. La primera vez que coincidieron, a Martín le pareció un muchacho cortés, deferente, pero tan poco memorable como sus facciones. Se trataron con cordialidad, pero también con cierta abulia.

El otro alumno le gustó más. Fue él quien por su propio pie se atrevió a acercarse hasta la casa del señor Miranda para interesarse por las clases. Lo hizo como un ratón asustado, pero, a la par, con una inamovible determinación. Tartamudeaba y se enjugaba el copioso sudor de la frente cuando se plantó en el umbral y llamó a la aldaba para pedir audiencia con Francisco Miranda, pero cuando este le preguntó con frialdad qué quería, le contestó con entereza que aspiraba a recibir clases de pintura y que había oído hablar de la buena fama que precedía al que pretendía que accediera a convertirse en su mentor. Logró pronunciar todo esto sin hacerse un lío. Era un joven gordo pero de manos menudas, que respondía al nombre de José María Casabella. Había pedido que lo llamaran Chema después de que el señor Miranda lo sometiera a una prueba de destreza con los lápices que superó con creces. De todo eso se enteró Martín por boca de Blanca Luz. Solían conversar un rato cada vez que él acudía a la casa, un rato antes de marcharse. Era traviesa como una niña y le gustaba referirle todo como si se tratase de una aventura fenomenal. Desde la visita matinal del lechero hasta

los síntomas de resfriado de su hermana Sofía, mucho más retraída que ella, pasando por el relato de cómo, cuando era pequeña, había escaldado a un gato por simple maldad. Aquellas anécdotas cobraban un relieve especial cuando ella las contaba, incluso cuando de por sí eran insustanciales o banales. Tenía gracia para decirlas. Y la risa, alta y cantarina. A Martín le gustaba escucharla y se reía con ella. Además, para ser una chica, lo trataba con camaradería y sin ninguna afectación. Lo interceptaba cuando bajaba la escalera, o cuando se sentaba en un canapé de la sala para mirar por la ventana levantando un poco los visillos.

—Pareces una vieja cotilla —le zahería ella.

—Es que lo soy. ¿No lo especificué en mi carta de presentación? Bueno, aclarémoslo entonces. Soy vieja, más vieja que Matusalén. Pero lo que más me gusta es ser una vieja cotilla. Me temo que si no husmeara en la vida del prójimo, me moriría de tristeza. Y no querrás ese cruel destino para una pobre anciana como yo, ¿verdad, bonita? Así que, anda, déjame fisgonear en paz. Es la única alegría que me queda —le decía Martín, afinando su voz como una carraca cascada.

Y Blanca Luz le sacaba la lengua.

Las clases calaban como una llovizna. Los alumnos no notaban que aprendían. Francisco Miranda, aparentemente, se desentendía de ellos. Les permitía que se enredaran solos en escaramuzas personales. Pero nunca dejaba de acudir en su rescate. Aunque, con una sutileza tal, que tampoco se daban cuenta de que estaban siendo rescatados. De lo que sí se cuidaba muy mucho, y eso sin ambages, era de inocularles un amor acérrimo y porfiado por el arte, por lo que hacían. Y les enseñaba a creer en sí mismos. Dejaba que se adentraran en el error, pero previamente les había dotado de los mecanismos para que lo detectaran cuando apareciera y supieran retroceder a tiempo ellos solos, sin escudarse en la comodidad de no admitirlo y sin que les diera pereza demorarse en la búsqueda de la senda correcta. Les desafiaba, pero con una delicadeza amable que les impedía sentirse asustados u ofendidos, y, muy al contrario, les animaba a aceptar el reto de buena gana, con el convencimiento de que, si tenían paciencia y se las ingeniaban, serían capaces de superarlo. Francisco Miranda se esforzaba en que, sobre todo a ese respecto, no les cupiera ninguna duda. Y Martín nunca había necesitado

otra cosa. Unas migajas de fe. Ahora, desde la nueva perspectiva, comprendía que había sido un ciego toda su vida, que había caminado a tientas, a trompicones, sin lazarillo. Y, de pronto, el brazo de Francisco Miranda emergía de la oscuridad y se le ofrecía, firme, férreo, para que se apoyara. Con todo su peso si hacía falta. El brazo no iba a flaquear. Y no solo eso. Aquel maestro no solamente se estaba revelando como un guía. También había resultado ser médico. Uno que, con pulso inmune al titubeo, le estaba retirando una venda de los ojos, poco a poco, como quien desenvuelve una momia a la que embalsamaron hace milenios. Sin que le repela el hedor, sin miedo al espectáculo terrorífico que pueda encontrar debajo, cuando caiga el sudario. Y, al tiempo que Francisco Miranda retiraba los vendajes, haces de luz comenzaban a apuñalarle a Martín las retinas. Le estaban regalando el sentido de la vista.

Un día, mientras se hallaba enfrascado en su pintura, Martín escuchó un estornudo, que procedía de la parte de atrás del estudio. El señor Miranda se encontraba delante de él, aleccionando a Eduardo sobre la mejor manera de lograr el escorzo. Martín se volvió para decirle a Chema:

—Jesús.

Este le devolvió una mirada de extrañeza.

—¿Perdona?

—Te he dicho Jesús.

Chema seguía sin salir de su asombro.

—¿Te has vuelto majareta?

—¿Por qué?

—¿Aún no sabes que me llamo Chema?

—¡Por supuesto que lo sé! ¡Ni que fuera tonto!

—¿Entonces? ¿Por qué me llamas Jesús?

—¡Yo no te he llamado Jesús!

Ante el absurdo, Chema comenzó a desternillarse.

—Pero vamos a ver, que me entere yo..., ¿no acabas de decirme que me has dicho Jesús?

—¡Sí! Pero ¡no porque crea que es tu nombre, sino por el estornudo!

—Pero... ¿¿qué estornudo?!

—¿Cómo que qué estornudo? El que... Oye, Chema, no me tomes el pelo. ¡Acabas de estornudar! ¡No me lo niegues, que lo he oído!

—Pero ¡que no! ¡Que te lo prometo! ¡Que yo no he estornudado!

Como no quería seguir atrapado en semejante diálogo de besugos, Martín se rindió.

—Vale, vale. Pues habré escuchado yo mal. Sigue con lo tuyo..., Jesús.

Cuando la clase terminó, tanto Eduardo como Chema, quien solía esperar a Martín, se fueron a toda prisa, porque tenían asuntos que atender aquel día. Este se quedó a recoger y se retrasó tanto que incluso el señor Miranda abandonó la estancia antes que él. Y entonces, cuando ya la sala estaba completamente vacía, el silencio se quebró con otro estornudo. Martín miró a su alrededor desorientado. Lo primero que hizo fue dirigirse hacia la puerta bien envalentonado, más que seguro de encontrar a Chema apostado al otro lado, retorcido de risa. Pero, para su sorpresa, le recibió un pasillo desierto. Martín volvió sobre sus pasos, al interior del estudio, y echó un vistazo en derredor con cierta aprensión. Los estornudos habían sonado en el zaguero de la habitación. Entonces reparó en que allí había un armario de cuerpo entero. La hoja estaba entreabierta, aunque, a simple vista, la ranura pasaba completamente inadvertida. Martín apretó los nudillos para insuflarse ánimo, se plantó frente al armario en dos zancadas tan imperiosas como silenciosas y abrió la puerta de sopetón. En su interior estaba Blanca Luz Miranda, conteniendo el aliento pegada contra la pared. Se había puesto de puntillas, para abultar lo menos posible, y tenía la cara desencajada. Sin embargo, en cuanto vio que era él, la mandíbula se le relajó y se echó a reír estrepitosamente.

—¡Menos mal! ¡Por un momento pensé que eras mi padre!

Martín, al hallarla de esta guisa, comenzó a reír también. Todavía sin salir de su estupor, eso sí.

—Pero ¿se puede saber qué haces aquí?

—Ay, espera. Ahora te lo explico.

Blanca Luz acababa de salir del armario, posando en el suelo las agarrotadas puntas de los pies. Ni corta ni perezosa, se quitó un zapato y comenzó a masajearse los dedos. Para mantener el equilibrio, con la mano que le quedaba libre, se apoyó en el antebrazo de Martín. Después, repitió la operación con el otro pie. Una vez estuvo desentumecida y calzada de nuevo, se sentó en una silla y condescendió a contarle a Martín la comedia.

—Pues verá, señor Pendragón. Usted me ha encontrado en tan lastimosa situación porque deseaba ser testigo de vuestras clases de dibujo. Quería veros pintar. Desde hace ya algún tiempo, tenía muchísima curiosidad por ver

lo que hacíais. De modo que le pedí a mi querido padre que me dejara asistir. De entrada, me dijo que no. Que necesitabais concentración y que yo os distraería. Así que le prometí que no iba a molestar. Que me quedaría quieta y calladita y que ni os enteraríais de que respiraba. Incluso le dije que, de no ser así, podía expulsarme con toda la tranquilidad del mundo, que yo obedecería como el más manso de los corderos. Pero se empeñó en que no. Que no era apropiado que una señorita se pasara el día rodeada de muchachos. Entonces le pregunté que qué era eso tan secreto que hacíais durante las clases, que yo no lo podía presenciar. Y, sin contemplaciones, me echó del despacho. Así que ya ves. No me ha quedado más remedio que tomarme la justicia por mi mano, y de esta facha tan lamentable me encuentras —declamó con un desgarrador acento de patetismo, al tiempo que se prendía la mano con desolación en la frente—. Escondida como un vulgar criminal en el armario, con el corazón en un puño, temiendo ser descubierta a cada momento. Ay..., qué trabajos nos pone el Señor.

Martín la escuchaba mordiéndose los labios con una sonrisa irrefrenable y sin terminar de dar crédito a la caradura y el desparpajo de aquella muchacha.

—Pero, bueno, ¿cuántos días llevas escondiéndote en el armario para vernos pintar?

—No sé...

—Ya, claro...

—Una semana o una cosa así... —confesó con tono remolón.

—¿Una semana?!

—Sí...

—¿Y pretendes seguir haciéndolo durante mucho más tiempo?

—Esa era mi intención... Si no me delata, claro. Señor Pendragón —proclamó con solemnidad—, ahora estoy en sus manos.

—Jajaja. Sí, en las mías y en las de ese resfriado que ya puedes curarte si no quieres que te deje en evidencia.

—Descuide. Amordazaré a mis propios estornudos si es preciso.

—Muy bien. Yo soy una tumba —le prometió Martín, mientras le dedicaba una sonrisa cómplice y socarrona y se dirigía hacia la puerta.

Cuando ya iba a salir, una duda le asaltó la mente y tuvo que volverse para preguntarle:

—¿Y no te aburres ahí dentro, tanto rato quieta, cuando habitualmente no paras ni un segundo?

—No. No me aburro en absoluto. Es muy entretenido veros pintar —le rebatió ella.

—¿En serio? Pero si vamos tan lentos... Muchas veces han pasado dos horas y en el dibujo no se puede apreciar a simple vista ni un cambio.

—No miro tanto el resultado del cuadro. Lo que realmente me encanta es veros en el proceso. Es muy curioso. Porque sois tan diferentes pintando...

—¿De verdad? —se extrañó Martín.

—¡Por supuesto! Verás, Eduardo pinta concentrado, metódicamente, con trazos cortos y precisos. No da puntada sin hilo, y siempre parece saber qué tiene que hacer a continuación.

—Hum, interesante. ¿Y Chema?

—Chema, por el contrario, divaga. Da pinceladas sueltas, en ocasiones atolondradas, un poco como si soñara, o como si no supiera muy bien adónde quiere llegar, pero siempre con gracia. Así y todo, lo que hace a tontas y a locas, improvisadamente, le acaba saliendo bien, de alguna manera.

—Pues sí que es curioso, sí. Nunca me habría dado cuenta —reconoció Martín.

—¿Y no me vas a preguntar cómo pintas tú? —preguntó Blanca Luz asedando la voz.

Martín se moría por saberlo.

—Como quiera, señorita forense. De todas formas, intuyo que me va a obligar a escuchar su sesudo análisis lo quiera o no, conque para qué oponerme.

—Merecerías que no te lo dijera, por fingir esa indiferencia castigadora, pero como no quiero que luego te flageles por ser tan tonto, te lo diré. Ya me lo agradecerás en otra ocasión, no hace falta que te arrodilles ahora.

—Gracias, *milady*. Tenga la bondad de iluminarme —replicó Martín.

—Pues bien, tú pintas... con pasión. Pintas con el alma. Y también con el cuerpo. ¿Me entiendes? —Los ojos de Blanca Luz se encendieron de repente, y su voz, también—. Pintas todo tú, entero. En esos momentos te mueves, pero porque estás pintando. Respiras, pero porque te hace falta para continuar. Tienes manos, pero solo para coger los pinceles. Ves, pero porque delante tienes un lienzo. La verdad, Martín Pendragón, es que, en esos momentos, solo existes para estar pintando. Y muchas veces me entra la sensación de que si pararas, aunque solo fuera por un instante, desaparecerías.

La voz de Blanca Luz se apagó gradualmente hasta extinguirse por completo. Se había puesto seria de repente, y Martín, al escuchar aquello, sintió una opresión en el pecho. Intentó aliviarse diciendo con talante risueño:

—Pues entonces cuando pinto doy bastante miedo, ¿no?

Blanca Luz alzó los ojos hasta él, recuperó la sonrisa y soltó una carcajada.

—Ahora que lo dices, lo cierto es que sí.

Ambos se rieron juntos.

El señor Miranda irrumpió aquel día en el estudio con un brío inusitado. Martín y Eduardo ya estaban ahí desde hacía rato para recibir la consuetudinaria lección. Chema Casabella llegaba tarde.

—Bien, muchachos, os traigo noticias. No me atrevo a calificarlas de buenas, pero sí de prometedoras —anunció Francisco Miranda dejando un cartapacio sobre una mesita redonda auxiliar.

Se lo veía ufano, con los ojos brillantes y los carrillos arrebolados. Sus discípulos le lanzaron miradas inquisitivas. Pero se complació en demorar la revelación. Se frotó las manos, como si entre ellas trajera un succulento negocio y lo estuviera ahuecando. Acto seguido, cogió un pincel y comenzó a limpiarlo en un vaso de agua, sin dejar de sonreír. Se hallaba de tan buen humor, que había empezado a silbar una animada tonadilla. Eduardo no denotaba ninguna impaciencia y soportaba estoicamente los agujonazos de la curiosidad. Martín carraspeó.

—Bueno, ¿y qué noticias son esas?

Francisco Miranda le prodigó una mirada que se hacía la sorprendida, con una fingida inocencia bailoteándole en las pupilas y que se estaba partiendo de risa ella sola.

—¿Decías, Martín?

—Ejem, sí, eso, que... ¿Cuáles son las noticias? Si se pueden saber, claro está.

—Ah, sí, claro, ahora os diré..., ahora...

El señor Miranda aún se distrajo dos minutos más con nimiedades. Eduardo se aclaró la garganta de modo tan subrepticio que no lo oyó ni el nudo de su corbata. Martín tamborileó los nudillos sobre el caballete. Al fin,

el señor Miranda se volvió hacia ellos, sin haberse desprendido de la sonrisa condescendiente con que les había obsequiado desde que entró por la puerta: lo único que se había dignado a darles hasta el momento.

—Bien, pues, como os he dicho, y os lo cuento antes de que empecemos la clase y nos metamos en faena, tengo que comunicaros que...

—¡Perdón!

La puerta acababa de abrirse violentamente. En el umbral, Chema Casabella resoplaba como una locomotora averiada, con su redonda cara prácticamente de color escarlata a causa del esfuerzo que suponía haber corrido hasta la calle Campana con sus kilos auestas, midiéndose en liza con un oponente que no daba cuartel y que se imponía haciendo tic tac.

—Es que mi madre me ha entretenido, he tenido que arreglar las cuentas con el lechero y...

—Pasa, Chema. No nos aturulles con tus cuitas domésticas. Sinceramente, me importan un rábano —dejó constar el señor Miranda, para que no cupiera lugar a dudas.

En el semblante congestionado de Chema, el rojo del esfuerzo se vio sustituido por el rojo de la vergüenza, pero, en la paleta cromática, la diferencia entre ambos matices no encontraba correspondencia. El abochornado se escurrió como pudo hasta su puesto y se puso la bata, mirando cándidamente a su alrededor, preguntándose por qué Martín y Eduardo no estaban pintando y lo miraban con fastidio, como si hubiera interrumpido algo.

—Bien, como iba diciendo, que al paso que llevamos no vamos a empezar la clase ni a la de tres, tengo un anuncio que haceros —prosiguió Francisco Miranda—. He logrado que un viejo amigo mío que da clase en Madrid, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, venga a hacernos una visita, aprovechando que unos asuntos ajenos le traen a la ciudad, y calibre el producto de vuestros esfuerzos. Le he hablado muy bien de vosotros, de modo que se encuentra vivamente interesado por comprobar vuestro talento en persona. Pero esto no es todo. Aún hay más. En la academia hay una plaza vacante que, según me ha dicho, muy bien podríais ocupar uno de vosotros si considera que estáis a la altura de esta digna y prestigiosa institución. Para que os hagáis cargo exacto de la generosidad de su oferta, he de puntualizar que está dispuesto a alojar en su casa al elegido y correr con los gastos de la manutención. Como veis, oportunidades así no se presentan todos los días.

Por tanto, creo que es de justicia que, en honor a este caballero y su voluntariosa disposición, organicemos una pequeña exposición. Me explico. De todo lo que habéis producido hasta ahora, considero que nada cumple con los requisitos necesarios para ingresar en San Fernando. Es lógico, por otra parte. De momento, solo habéis pintado cosas de práctica, ensayos, experimentos de técnica, que no fueron concebidos con el propósito de ser juzgados. Pero ahora es menester que deis el máximo de vuestras posibilidades. Habéis de mostrar lo mejor de vosotros mismos. Así pues, cada uno pintará un cuadro. Del tema y la manera que elija. Con los que sienta que puede desempeñar un mejor papel. Convocaré a una recepción a mi querido colega, el señor Fonseca, a la que también invitaremos a unos cuantos amigos y autoridades de la ciudad. Allí, daremos a conocer vuestras obras y Fonseca decidirá quién se va con él a Madrid. Será una oportunidad inestimable para legitimar vuestro trabajo, no solo delante del entendido, sino de toda la ciudad. Por eso tenéis que esmeraros y quedar en buen lugar. Y para lograrlo, empecemos ya y de una vez por todas la clase de hoy. Dándole a la lengua, no se agiliza el pincel.

Tras esta alocución, Francisco Miranda no tuvo mucho éxito en su propósito de continuar la pedagogía con aparente normalidad. Chema Casabella enseguida le apabulló con un arsenal bien nutrido de dudas. Eduardo Izquierdo estaba distraído y, aunque simulaba indiferencia y dominio de sí mismo, se removía tras su caballete y, de vez en cuando, se rascaba la sien, abandonando el pincel a su suerte. Martín, directamente, estaba ausente. Acababa de mudarse a otro planeta. A una Vía Láctea a la que nadie habría podido seguirle. Por primera vez había visto de cerca la sombra fugitiva del sueño de su vida y había salido disparado detrás de ella para cogerlo. Aunque le hubiesen llamado a gritos, no habría vuelto la cabeza. Ahora que lo había entrevisto, no iba a dejar de correr hasta atraparlo. Le había gustado demasiado.

Cuando la clase concluyó, Francisco Miranda entretuvo a Martín con el pretexto de que debía repasar una de las molduras con las que estaba ornando el salón, y, una vez que Eduardo y Chema salieron por la puerta, lo llevó a un aparte y posándole una mano en la nuca, complaciéndose de revestir su voz con un velo confidencial, le notificó:

—Martín, esto no debe salir de aquí... En fin, supongo que sobra decirlo, pero te lo aclaro por si acaso. Confío mucho en ti. En tus posibilidades de

cara a Fonseca, ya sabes. En las tuyas más que en las de ningún otro. Si he de hablarte con franqueza, te diré que ni Eduardo ni Chema están a la altura de San Fernando. Pero tú sí. Solo por eso me arriesgo a organizar esta recepción. Para darte una oportunidad a ti. Sé que la aprovecharás.

Martín miró con fijeza a su padrino y tragó saliva muy despacio. Asintió imperceptiblemente. Como si con este gesto le hubiera otorgado su aquiescencia para perpetrar una pillería, Francisco Miranda dilató una sonrisa, palmeó con afecto la nuca de Martín y le dijo:

—Bien, bien. Sé que no me defraudarás, muchacho.

Martín volvió aquella tarde a su casa poseído por una euforia contenida, que se le desbordaba por las costuras de la piel, rezumando una ilusión que le espoleaba los talones y le daba ganas de saltar por las calles. Tanto era así que, antes de salir del taller, abrió el armario, seguro de encontrar allí al polizón. En efecto, Blanca Luz estaba dentro, agazapada. Lo había escuchado todo. Martín la sacó en brazos, sin darle tiempo a pronunciar una palabra, amenazó con hacerla caer, ante los manoteos desesperados de ella. Acto seguido, la depositó en el suelo y, entonces, la tomó por la cintura y le escamoteó dos vueltas de baile que la dejaron estupefacta pero risueña.

—Anda que... —le había dicho meneando la cabeza, sin desabrocharse la sonrisa mientras lo veía franquear el umbral—. ¡Ah! ¡Martín! ¡Se me olvidaba...! —Él había vuelto la cabeza con aire interrogante—. Lo harás muy bien —le aseguró.

Los sueños de gloria fueron a visitarle aquella noche hasta la misma cabecera de su cama, para poblarle los sesos de fantasía y derretírselos al calor de la candela con la que iluminaron la habitación. Martín se veía aclamado por una multitud enfervorizada, que le rendía tributo por su obra, por aquel deslumbrante cuadro con el que se había encumbrado a los altares y que..., que representaba..., que mostraba... Y de pronto, Martín se quedó helado. Se veía a sí mismo. Veía a la muchedumbre. Veía el caballete y el lienzo por detrás. Pero cuando lo volteó para contemplarlo..., no vio nada. No era capaz de ver su propia obra. Y, entonces, ¿cómo demonios la iba a pintar? Y en ese instante, cayó en la cuenta de algo demoledor y terrible. Sabía cómo se soñaban los sueños. Pero no de qué color eran.

—¡Pues yo no sé qué pintar!

Y diciendo esto, Chema Casabella estrelló su pincel contra el suelo. Aquel exabrupto sonó mucho más solemne y aparatoso de lo que había pretendido. El estudio se quedó en silencio. Eduardo bajó el brazo, Martín dejó un trazo a medias y el señor Miranda se le acercó por detrás.

—Pero ¿se puede saber qué demonios te pasa?

Los carrillos de Chema se tintaron con una veladura de rubor, y se agachó a recoger el pincel que había soltado. Francisco Miranda lo observaba, ceñudo. El interpelado extendió sus manos hacia delante, con un ademán de impotencia, y señaló el lienzo que se erguía ante él. Totalmente en blanco a excepción de unos bosquejos desmañados, tentativas abortadas que se entrecruzaban las unas sobre las otras, desdiciéndose mutuamente, hablando todas a la vez, para acabar por no significar nada. Las palabras se le atropellaron a su autor en la boca.

—Pu-pues esto me pasa. Que todavía no he conseguido hacer nada y, a este paso que llevo... El tiempo se nos echa encima y... estoy muy confundido. Y cada vez lo veo menos claro. No se me ocurre qué pintar. Lo siento, señor Miranda, pero va a tener que prescindir de mí en esa especie de concurso que ha organizado para su amigo el de San Fernando.

Su última frase fue un mohín de niño enrabiado dándole la espalda al mundo. El señor Miranda se cruzó de brazos.

—Conque las musas le son esquivas, ¿eh, señor Casabella? Algo les habrá hecho para que se obstinen en darle esquinaldo —dijo don Francisco con un ampuloso gesto de manos.

—No se burle —musitó Chema, todavía enfurruñado.

—No, no, no te equivoques. No me estoy burlando. En absoluto. Más bien, te compadezco. No es pequeña la desgracia que te atribula.

—Pues qué bien —ironizó Chema.

—No, no, una vez más, no. No te complazcas. Más bien, afánate por encontrar una solución.

—Pues no se me ocurre cuál. Pero usted podría ayudarme. Para algo es el maestro, ¿no? Se supone que tiene las facultades necesarias para guiarnos.

Francisco Miranda se envaró. Martín dejó el pincel sobre el resalte del caballete, sin emitir el menor ruido. Eduardo dirigió una mirada a Chema cargada de reproche porque hubiera estirado tanto la raya de su osadía. Pero este se encontraba tan picado que en ese momento no se habría dejado embridar por la prudencia.

—Señor Casabella, me pesa desvelarle lo que le voy a decir a continuación. Pero, como muy bien ha apuntado, soy su maestro, y, como tal, es mi deber asumir el ingrato trago de quitarle la venda de los ojos para que vea la cruda verdad. La inspiración, señor mío, no es mercancía. No se vende, no tiene precio, y ni siquiera se enseña. Si no, de genios estarían llenas las escuelas. Por desgracia, no es así. Ahí radica la dificultad de este juego. La inspiración es una dama difícil. Solo le otorga sus favores a quienes ella elige. Y es imposible descifrar el código en el que están escritos sus caprichos.

—Bueno, pues está visto que yo no le he caído en gracia. Qué le vamos a hacer —suspiró Chema deponiendo el pincel.

—¿Ah, sí? ¿Y eso es todo? ¿Ya está? —reclamó el señor Miranda, con la voz ligeramente exaltada.

—¿Y qué quiere que le haga? Usted mismo ha dicho que no hay remedio —replicó Chema, encogiéndose de hombros.

—No me tergiverse. Yo no he dicho eso —rebatía Francisco Miranda, meneando un dedo admonitorio.

Chema Casabella resopló y bajó los ojos.

—Pues será que no le he entendido. Entonces dígame. ¿Qué he de hacer?

—Bien sencillo. Lo que se hace con las damas difíciles. Cortéjela. Trabaje. Ronde su ventana. Esté siempre ahí. Hasta los corazones más duros se apiadan ante la perseverancia, ante el convencimiento, la tenacidad y el empeño por lograr algo. Si la inspiración ve que no te comprometes, ella jamás se comprometerá contigo. *Quid pro quo*.

—¿Y si no basta?

Todas las cabezas, incluidas las de Chema y el señor Miranda, se volvieron hacia Martín. La contienda se había enconado tanto entre el maestro y su pupilo rebelde que la intervención de aquel tercero en discordia había sonado a intrusión en toda regla.

—¿Perdona? ¿Cómo dices, Martín?

—Sí, solamente preguntaba que qué ocurre si el simple trabajo no es suficiente. Si, por mucho que te esfuerces, aun así no sirve.

El señor Miranda carraspeó.

—Bueno, ya lo he apuntado antes. Puede pasar. La falta de verdadero talento es un riesgo muy real. Una posibilidad totalmente a tener en cuenta. Y muy común, por desgracia. Pero también es cierto que, cuando se poseen

unas mínimas cualidades, el trabajo duro suele rendir sus frutos. Y precisamente tú, Martín, eres un buen ejemplo de ello. Sí, sí, ahora no te parapetes tras la modestia. No bajas los ojos. ¿Te crees que no me estoy percatando de lo que te está costando? Desde hace unos días soy testigo del esfuerzo que estás poniendo. Y he de reconocer que ese paisaje lacustre que está tomando forma bajo tus manos es, cuando menos, notable. Pero no ha nacido de la nada. Ha germinado gracias a tu porfía. Y esa es la lección que el señor Casabella tiene que aprender —sentenció volviéndose hacia el susodicho, que agachó la testa abochornado—. El genio, si es que aparece, es producto del trabajo. No de ir arrojando pinceles al suelo con frases melodramáticas de claudicación. Y el que no se aplique ese cuento no llegará ni a la vuelta de la esquina. A la inspiración no le atraen los hombres así. Y no la culpo. Yo, en su lugar, no les daría ni la hora.

Y dicho esto, el señor Miranda se anudó las manos a la espalda y se alejó de Chema Casabella, que empuñó de nuevo el pincel como si quemara. Martín lo miró consternado, por la manera en que la complicidad se había vuelto como un bumerán en sus manos y había retornado para golpear a su camarada en la cabeza. Todos se enfrascaron en sus respectivos trabajos.

Cuando el reloj indicó que la clase tocaba a su fin, Chema se apresuró a recoger sus cosas y se esfumó muy deprisa, haciendo mucho ruido en el intento sin pretenderlo. Estaba deseando salir de allí. Por el contrario, tanto Eduardo como Martín se habían quedado quietos, sin decidirse a abandonar sus puestos.

—Bueno, muchachos, ¿qué pasa? ¿Aquí no cena nadie hoy? —les preguntó el señor Miranda.

—Don Francisco —titubeó Martín—, con su permiso, me gustaría quedarme un rato más. No me apetece parar en este momento.

Francisco Miranda esbozó una sonrisa ufana.

—Muy bien, muchacho, ya veo que te ha impresionado mi lección de hoy, ¿eh? Me parece muy bien. No cortes la racha, claro que no.

—A mí también me gustaría seguir un rato más —apostilló Eduardo, que estaba caviloso.

—Bueno, bueno, qué alumnos más aplicados tengo. Así da gusto. En fin, continuad a lo vuestro. Cuando acabéis, cerráis la puerta y os marcháis. Yo me retiro, pero no seré el responsable de un musicidio.

Encantado con su chiste, el señor Miranda se desembarazó de su bata y se

fue. Martín y Eduardo se encontraban en puntas opuestas de la estancia. De pronto, el armario se abrió y de él salió Blanca Luz. Eduardo se la quedó mirando, balbuciente y estupefacto:

—Pe-pe-ro ¿qué...?

Blanca Luz le devolvió la mirada impasible, con la dignidad de una reina ofendida ante la osadía de un vasallo que pusiera en duda sus decretos. Sin un titubeo en la voz, dijo:

—Es muy largo de explicar. Solo te pediría que no digas nada. De lo contrario, tendré que cortarte la lengua. ¿Puedo confiar en ti?

Eduardo continuaba atónito y sin palabras, pero asintió y apartó la vista, dando a entender que no se inmiscuiría en los caprichos de la dueña de la casa.

—Gracias.

Martín tuvo que contener la risa ante el aturullamiento de su compañero y el descaro de ella, que se dirigió hacia él. A su espalda, contempló durante dos minutos cómo pintaba. A Martín no le molestaba sentir detrás su presencia. De pronto, le susurró:

—No estás contento con lo que estás pintando, ¿verdad?

Martín se sobresaltó, dejó el pincel en suspenso y se volvió para mirarla.

—¿Por qué dices eso?

Todavía en voz baja, ella le respondió:

—Por la pregunta que has hecho. Jamás intervienes en clase si algo no te preocupa verdaderamente. Y, bueno, porque, además, mi padre te habrá estado observando estos días, pero yo también lo he hecho y creo que puedo jactarme de conocerte mejor que él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué conclusiones has sacado? —inquirió Martín, con ese punto de chanza y desafío con el que siempre se trataban, y que hizo que Eduardo les dirigiera una mirada que a ellos les pasó desapercibida pero que iba cargada de intriga: le pilló por sorpresa la familiaridad que se gastaban aquellos dos.

—Pues la de que no estás a gusto —replicó Blanca Luz—. No te sientes cómodo con lo que estás pintando. Se te nota en la cara. En que estás como agarrotado. Además, resoplas demasiado. Y, al igual que tú, aunque no lo reconozcas, yo también sé que puedes hacer algo mejor que ese lago en el que llevas tantos días ahogándote, completamente enredado. Y ahora atrévete a decirme que me he equivocado.

Sin que se dieran cuenta, a Martín y a Eduardo les había dado la medianoche pintando. Ambos bajaron de puntillas la escalera para no despertar a los habitantes de la casa, que dormían desde hacía rato, pero, al pasar por el recibidor, se dieron de bruces con el señor Miranda. El vestíbulo se hallaba en penumbra, y solo la luz titilante de un quinqué adosado a la pared lograba rescatar al mundo de las sombras. Martín y Eduardo intercambiaron una mirada de extrañeza y se encogieron de hombros. No se decidían a romper el silencio que embargaba la sala. Francisco Miranda no parecía haberse percatado de su llegada. Estaba contemplando el retrato de su difunta esposa. Desde otra galaxia. De un modo tácito, convinieron en que constituiría una falta de respeto quebrar aquella cápsula de intimidad entre un vivo y un muerto, y ya se afanaban en alcanzar sigilosamente la puerta de entrada para salir a hurtadillas, cuando la voz del señor Miranda reverberó por la estancia. En el silencio y la quietud se oyó particularmente fuerte.

—¿No queréis acompañarme?

—Señor Miranda..., lo sentimos, no queríamos molestarle —se apresuró a puntualizar Eduardo, con el tono humilde pero seguro de sí mismo que a los adultos les gustaba tanto, y que les hacía considerarlo un joven maduro y juicioso.

Martín no dijo nada.

—No me molestáis en absoluto. Más bien, estaba pensando en algo a lo que he llegado tras la conversación que hemos tenido esta tarde. Lo menos que podéis hacer, después del fastidio de reflexiones que me habéis despertado y que me impiden irme a dormir, es hacerme el insomnio más ameno.

El sempiterno tono de chufla con el que Francisco Miranda acostumbraba a revestir sus palabras no lograba contrarrestar el eco de tristeza con que las pronunciaba esta vez.

—Como guste —concedió Eduardo aproximándose.

Martín le imitó, y ambos se situaron delante del retrato de la esposa del señor Miranda, y a su espalda, de tal modo que no podían captar la visión de su cara.

—¿Qué veis?

—El retrato de su esposa —respondió Martín.

—¿Os gusta? Martín ya me dijo en una ocasión que sí.

—Y tiene razón. Es un retrato hermoso y muy logrado —alabó Eduardo.

—Sí. De todos los cuadros que he pintado, este es del que me siento más orgulloso. De hecho, después de hacerlo, intenté superarlo. O, al menos, volver a realizar algo que se le equiparara. Emborriné lienzos y lienzos, coqueteé con varias técnicas, me apasionaba con una y otra, pensando que había dado con la adecuada, hasta que la dejaba para entrármeme momentáneamente con la siguiente, gasté un dineral en pigmentos de todos los colores imaginables, los mezclé hasta la extenuación..., pero jamás logré nada que siquiera se aproximara a este cuadro. Y entonces fue cuando entendí que había llegado a mi límite, que había tocado mi techo. Hacerlo a los treinta y cinco años es una desgracia, pero me di cuenta de que cuanto antes lo asumiera, más pronto podría liberarme y seguir con mi vida. Y eso hice. Colgar los pinceles y dedicarme a enseñar.

—Tal vez podría retomarlo. Quizá solo fue una etapa de obcecación, y ahora sería capaz de crear de nuevo —apuntó Eduardo.

—No, muchacho, qué va. Esas cosas se saben.

—Bueno, al menos le queda la satisfacción de la obra. Puede decir que es el autor de ese retrato. Y tiene la prueba colgando en la pared —terció Martín.

—Eso es verdad —admitió el señor Miranda, con la voz ligeramente animada.

Los tres se quedaron entonces en silencio, mientras la llama del quinqué proyectaba su sombra bailonga y su chisporroteo sobre la joven morena con las manos en el regazo. Los efectos de la luz anaranjada parecieron dotar de vida su expresión, como si fuera a romper a hablar en cualquier instante o incluso a frotarse la nariz. Tras las décadas de inmovilidad debía de picarle un montón, y huelga decir que sentiría unas ganas terribles de estornudar. Pero lo verdaderamente terrible es que no pasó nada. Continuó siendo la imagen de alguien que ya no estaba. La perpetuación de una persona que había amado, sufrido, reído, llorado y estornudado, y que luego se había muerto.

—Me pareció siempre tan curioso que el mejor de mis cuadros fuese este, en el que la había pintado a ella. Al principio pensé que no es que fuera el mejor, sino que yo lo juzgaba así porque aparecía la persona a la que amaba. Pero, con el paso del tiempo, esta cuestión comenzó a inquietarme de veras.

Llegó a obsesionarme el averiguar si este era el más logrado, y, en caso de que lo fuera, si había sido todo fruto de una coincidencia, o si había alguna razón para que se hubiese dado esa..., esa correlación, entre mi arte y mis sentimientos. Hasta entonces, yo siempre había creído que eran dos mundos independientes, y que podían correr en paralelo e incluso situarse uno por encima del otro, sin contagiarse ni mirarse a la cara. —El señor Miranda hablaba casi con alegría—. Pero, finalmente, me di cuenta de que no era casualidad. Lo que nos inspira es aquello que amamos. Porque es lo que nos interpela y lo único capaz de implicar a todo nuestro ser. Por eso, no os desesperéis por la falta de inspiración, porque, sin poder evitarlo, acabaréis pintando algo: lo que améis. Siempre se acaba volviendo a lo que amamos.

De pronto Martín se dio cuenta de que había algo crucial sobre aquel retrato que no sabía, y de lo cual dependía completamente que su significado fuera uno u otro, así que no tuvo más remedio que preguntarlo:

—¿Ella todavía vivía cuando lo pintó?

El señor Miranda giró la cabeza para decir:

—No.

Martín asintió, y Francisco Miranda volvió a fijar la mirada al frente.

—Supongo que no solo la pinté porque me inspirara. Lo que intentas al pintar a alguien a quien has amado y que se ha ido es tratar por todos los medios de que se quede para siempre contigo. Retenerla a pesar de todo. Tenderle una trampa a la ausencia. Rescatar al amor. Vengar a la persona que ha muerto. Y resulta absurdo porque, en realidad, a ella no le sirve de nada. Sigue muerta. Y a ti solo te queda esto. —Francisco Miranda hizo un ademán despectivo con la mano, agitada por un pulso en el que latía la rabia—. Una imagen falsa, impotente, en la que no reconoces ni encuentras nada de la que en realidad amabas. No-es-ella —remachó, triturando cada palabra entre los dientes apretados—. Y hay una duda que me ronda a veces. La que me rondaba cuando me habéis sorprendido aquí, mirando el retrato como un bobo. Una duda que, en el fondo, me hace sufrir cada vez que miro este retrato. —Hizo una breve pausa. Le costaba continuar. Estaba luchando para arrancarse las palabras—. No dejo de preguntarme si el motivo por el que ella no vive en este cuadro es que eso es imposible, o si no será que yo —tragó saliva—, que yo no fui... lo suficientemente bueno, ni mi amor lo suficientemente fuerte, como para lograr...

Se detuvo. Pero Martín ya lo había entendido.

—Hacerla inmortal —completó.

La barbilla de Francisco Miranda temblaba, y la llama del quinqué destelló en la gota de agua que resbalaba por su cara.

Don Eulogio Pendragón necesitaba arreos nuevos para sus caballerizas. Era una forma pomposa de expresarlo, porque realmente solo precisaba intercambiar por otra la cincha que se caía a pedazos de su único jamelgo, Trotón. De todas formas, así lo hizo saber aquella mañana, bien temprano, desde la puerta del negocio Cueros Izquierdo, el de mayor solera de los contornos, sito en pleno paseo de la Alameda. El mozo del establecimiento acudió presto al requerimiento, pues era del dominio público el talante malhumorado e imperioso que se gastaba don Eulogio Pendragón. Más de uno había salido llorando de su casa merced a un exabrupto. El mismísimo párroco se había llevado una reprimenda un día que se atrevió a imponerle, tras una confesión, un avemaría que a don Eulogio se le antojó que sumaba de más en sus cuentas con el Altísimo. De su pobre esposa se sabía que era apenas una sombra que jamás alzaba la voz y que vivía consumida por la amargura. En cuanto al hijo, no se tenía noticia de que existiese ni el más remoto afecto entre ambos, dado que ni don Eulogio lo elogiaba por motivo alguno entre sus paisanos, ni Martín se dejaba ver con él por el paseo o en la iglesia. Así pues, el mocito, amedrentado por aquel cliente, se acercó de puntillas, echándose a temblar. Y se atrevió a preguntar que qué se le ofrecía.

—¿Acaso no te lo he dicho ya? ¿Me lo vas a hacer repetir?

El mocito respingó, al tiempo que negaba vehementemente con la cabeza.

—No, señor. Arreos para sus caballerizas.

—¿Ves cómo me habías entendido a la primera? Son ganas de hacerle a uno desperdiciar saliva, demontre.

Al mocito apenas le llegaba la voz a la garganta cuando se vio obligado a inquirirle a don Eulogio qué tipo de guarniciones quería.

—Si me hace el favor de ser más preciso, acabaremos antes.

—Y tú, ¿para qué quieres acabar antes? ¿Acaso no es tu deber estar aquí el tiempo que haga falta? Los jóvenes de hoy en día sois unos vagos y unos facinerosos. ¿Pues no te paga tu patrón para que prestes un buen servicio, y tú estás matando por irte a holgazanear a un rincón? A eso se le llama robo, estafa.

El mocito se apresuró a negarlo, lívido como la muerte. Ni más faltaba, él le atendería con mucho gusto, y echaría en complacerle toda la mañana si resultaba preciso.

—Pero —apuntó desfallecido—, si tuviese la bondad de indicarme el artículo que desea, podría ayudarle mucho mejor.

Hasta don Eulogio tuvo que convenir en que aquello guardaba visos de ser completamente cierto, de modo que condescendió a especificar que «una cincha».

—Perfecto, voy a buscarla.

Al mocito le salió un gallo. Y se perdió escaleras arriba como alma que lleva el diablo. Don Eulogio se quedó contemplando el almacén, zapateando con impaciencia y farfullando imprecaciones bajo el bigote. Su víctima reapareció dos minutos después portando un manojo de cinchas que depositó sobre el mostrador como si quemaran, rezando para que se lo tragara la tierra y hurtarse a la mirada pugnaz de su cliente, que las examinó una por una, con un entrecejo que no se desfrunció en todo el escrutinio, y que acabó por soltarlas con un bufido despectivo y un ladrido.

—No me convencen.

—¿Ninguna? —indagó el mocito.

—Ni una sola.

La nuez botó de arriba abajo, como la de un pavo el día de Navidad.

—Pues son las únicas que tenemos.

Don Eulogio alzó las manos, clamando al cielo.

—¿Y vosotros os hacéis llamar negocio en cueros? ¿Con un surtido tan pobretón? Con suerte, si voy a una mercería de señoras, consigo correas más dignas que estas.

Con frecuencia, hasta a los más apocados y cobardes les sobreviene un momento, casi siempre cuando ya está todo perdido y atisban próxima la muerte, en que el prurito del amor propio les hace de tripas corazón y, deteniendo la huida, se plantan en medio del camino para enfrentarse a sus hostigadores con los jirones de su pundonor entre los dientes. Y así le ocurrió al mocito. Fue en este punto cuando se le hincharon las narices, al verse tan injustamente vapuleado por aquel matón, y en entredicho la reputación de aquel noble establecimiento. De modo que se cuadró. Y salió a defender la honra.

—Pues yo creo que estas cinchas están bien. —Oírse afirmarlo de forma

tan categórica le insufló ánimos, y como don Eulogio no contestara nada de inmediato, de pronto, para su propio horror y pasmo, se encontró agregando —: Le reto a que dé con unas mejores en toda la comarca.

Ya no había marcha atrás. La valentonada había sido pronunciada. Para cuando terminó de decirla, ya tenía el cuerpo todo traspasado de sudor. Se obligó a conservar la apostura, ligeramente engallada, para que no se oliese el tufo a miedo, confiando en que don Eulogio lo dejase correr. Este, al principio, solo tamborileó los dedos sobre el mostrador. Se rio por lo bajo. Igual hasta le había hecho gracia la bravata. El mocito esbozó una radiante sonrisa. Menudo alivio. Tan amigos, oye. No hay nada como respetarse uno mismo para que los demás empiecen también a... No le dio tiempo a concluir el reconfortante pensamiento. Don Eulogio se había apoderado de una de las cinchas y la blandía amenazadora por encima de su cabeza, enrojecida de furia, al tiempo que tronaba:

—¿Que tú te atreves a retarme? ¿He oído bien, pedazo de animal? ¿Cómo osas?

E hizo restallar la cincha sobre el mostrador con un golpe seco, justo antes de volver a levantarla como si fuese a marcar el pellejo del desgraciado.

—¿Qué está pasando aquí?

La pregunta, lanzada desde la parte superior de la escalera, detuvo el movimiento de muñeca de don Eulogio. En el quinto peldaño, don Melquíades Izquierdo contemplaba la dantesca escena. El airado cliente, al ver al dueño del negocio, se calmó un tanto. Depuso la cincha, carraspeó, se alisó los faldones de la chaqueta y se atusó el mostacho.

—Estaba recomendándole a su empleado cómo tratar al público. Me temo que ha sido muy descortés e insolente. Supongo que usted coincidirá conmigo en que a los jóvenes hay que enseñarles mano dura si no queremos que se nos suban a las barbas.

Don Melquíades, que no deseaba malquistarse con señor tan temperamental, echó una mirada al desamparado mocito y, con un movimiento benevolente de cabeza, le indicó que se esfumara, al tiempo que musitaba:

—Sin duda, don Eulogio, sin duda. Lamento el desafortunado incidente. Ya le aleccionaré yo como es debido. Pero permítame que le atienda y dígame en qué podemos ayudarle.

La veteranía de don Melquíades y la mano izquierda a la que hacía honor

con su apellido lograron que la transacción que tan mal origen había tenido se encauzase. Don Eulogio encontró una cincha de su gusto, y, ya más calmado, incluso se sintió en la obligación de justificar el ataque de ira que lo había puesto en el trance de escarmentar al mocito.

—Entiéndalo, don Melquíades. Lo hago por el bien de todos. La juventud de hoy en día está descarriada. Si no se les administra un correctivo, se pierden. Eso son: unos perdularios redomados todos.

El comerciante, con la sana intención de ponerlo de buen humor y congraciarse con él, vio que la ocasión la pintaban calva para puntualizar:

—Tiene usted toda la razón, don Eulogio. Pero, gracias a Dios, siempre hay excepciones. Y para muestra, un botón, y, además, sin irse muy lejos: ¡nuestros propios hijos! Hemos tenido muchísima suerte. Mi Eduardo ya me cuenta que su Martín es todo un prodigio con los pinceles. El alumno más aventajado del señor Miranda. Está convencido de que va a ganar ese concurso de pintura para el que se están preparando. Ha de estar usted muy orgulloso. A ver si de esta les sale alguna oportunidad. Desde luego, con la de horas y esfuerzo que le están echando, lo merecen... En fin, lo que le quiero decir es que no sea tan pesimista con los chicos. Tiene usted un hijo estupendo, y seguro que esta es solo la primera de todas las alegrías que le dará.

Don Eulogio Pendragón había comenzado por no comprender nada, para luego quedarse boquiabierto, un segundo después montar en una cólera callada, y, por último, recobrar la compostura y simular que estaba al corriente de aquel desatino que le estaba siendo revelado por boca del bueno de don Melquíades. Le dio las gracias y los buenos días, y, con la cincha empaquetada bajo el brazo, salió de la tienda.

—Pero, Martín, chico, ¿a qué viene ese rubor tan encantador? No seas vergonzoso, hombre, que hay confianza —le conminó Chema, mientras se acercaba por detrás, con la punta de los dedos embadurnada de pintura roja, y se la restregaba por los carrillos hasta dejarlo como una muñeca pepona.

Martín se zafó de su abrazo de oso y se revolvió, mientras Chema se desternillaba al verlo con los cachetes encarnados y el susto en el cuerpo de quien no se lo espera. La víctima se llevó la mano a la mejilla y se la palpó. La sacó manchada de brillante carmesí. Se quedó aturullado, contemplando

con desvalimiento al guasón, que, a su costa, se palmeaba debajo de las axilas y en los muslos con regocijo. Pero la confusión solo duró un instante. El que tardó en dibujarse en su semblante una malvada sonrisa, en hundir sus dedos en un bote de pintura verde, abalanzarse como un tigre sobre su oponente inhabilitado por la risa, y untarle la cara entera con el pigmento.

—Pero, Chema, hombre. ¿Ahora eres tú el que está verde de envidia? No, no hay por qué, hermano. Ven aquí, que yo te pinto para que no rabies de celos. Tú también luces guapísimo. Pero precioso, ¿eh? Doy fe.

Forcejearon, manoteándose mutuamente los mofletes, resoplando como rinocerontes bailarines por toda la habitación, hasta quedar exhaustos los dos jefes sioux, frente a frente, observándose jadeantes, comparando sus pinturas de guerra. La frente de Chema presentaba un arañazo. A Martín le goteaba de rojo el lóbulo de una oreja. La lucha había sido a muerte. Así que prorrumpieron en carcajadas, al tiempo que se señalaban el uno al otro.

—Muy elegante, sí, señor.

—Yo voy a llorar de emoción de lo bonito que estás tú.

Y ríe que te ríe, chanza aquí, zumba allá, firmaron la paz palmeándose las espaldas. Por debajo del jolgorio, se oía un carcajeo comedido, que había servido de acompañamiento musical a toda la comedia bufa. Su artífice era Eduardo, que había suspendido la labor pictórica para ensimismarse en el espectáculo que le ofrecían sus compañeros. Pero no hay altruismo que dure cien años. Los protagonistas se volvieron hacia él, que los miraba con risueña inocencia, para, acto seguido, mirarse entre sí, y, cómplices, darle un papelito en la función.

—¡A por él! —estalló Chema.

Y se arrojaron sobre el tercero en concordia esgrimiendo sus dedos pegajosos, chorreantes de color. —¡Nooooo!

Eduardo se protegió la cara y emprendió la carrera por el estudio, zigzagueando entre los caballetes hasta que derribó uno. Se enredó con las patas caídas y él mismo trastabilló y acabó en el suelo, lo que aprovecharon sus perseguidores para sujetarle las piernas, agarrarle por los sobacos y trazarle unos insinuantes labios morados.

—Ya está, Eduardo. Ya estás en condiciones de salir a la plaza y pedirle a la primera moza que pase que te bese esos morritos. Estás de dulce, chico.

—En efecto. Totalmente irresistible.

Y más rechifla. Y más bullanga. La que hizo volver al aula a don Francisco

Miranda, que se había ausentado unos minutos, para ir a dar con la estampa de sus tres alumnos despatarrados, en revoltijo, y con los rostros pintarrajeados. Se quedó realmente de piedra.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?

La terna de artistas trocó la mojiganga en bochorno, oprobio y golpes de pecho. Trataron de incorporarse todos a la vez, apoyándose los unos en los otros, con tan mala suerte que Chema buscó el sustento en un caballete y, al llevar la mano cubierta de tinte, se le resbaló, desequilibrando a sus compañeros y provocando que Martín se agarrase a una cortina que manchó con una efusión de amarillo. El cuadro que habían formado en un momento resultaba calamitoso. Cuando a duras penas lograron mantenerse sobre sus propias piernas, aún les quedaba la ardua tarea de explicarse. Por aquello de la credibilidad, fue Eduardo el que asumió el ingrato trago. Pero ni por esas. Tan siquiera con ese solvente portavoz sonaban convincentes. Todo reducido a un chapoteo de balbuceos, pretextos descascarados y miradas a hurtadillas que pregonaban sin equívoco su culpabilidad. A don Francisco se le estaba hinchando la vena del cuello.

—Pero ¿cuántos años se creen que tienen? ¿Qué son estas niñerías, estas animaladas? Uno se confía, pensando que está educando a hombres juiciosos, maduros, de provecho, impelidos por las ansias de aprender. Les sacrifica todo, en el convencimiento de que les sacarán sustancia. Y no se les acaba de dar la espalda, que ya están montando una fantochada como auténticos mamarrachos, derrochando los materiales, armando un alboroto abominable...

De pronto, irrumpió en la estancia Blanca Luz, que aquel día no se había ocultado en el armario por haber tenido que salir a hacer unos recados. Venía despojándose de los guantes y anunciando, con cierta duda que le timbraba la voz:

—Padre, en la puerta... —Tuvo que interrumpirse al ver la facha que presentaba el trío calavera, y aguantarse la risa con uno de los guantes que ya se había quitado. Ante la mirada adusta que le lanzó don Francisco, en la que podía leerse en grandes renglones la advertencia «ni se te ocurra festejarles la gracia», recuperó la concentración y el hilo, aunque sin dejar de contemplarlos a su gusto con una media sonrisa—. Esto..., decía que en la puerta me he encontrado con un señor que pregunta si aquí se pintan retratos. Al parecer, quiere uno. Le he invitado a pasar. Se ha quedado esperando en la salita.

—Ah, no, hija. Lo lamento mucho por ese caballero. Pero nos encuentra en medio de una crisis disciplinaria. No está el horno para bollos, así que, me temo, tendrá que regresar en otro momento más propicio. Yo mismo se lo haré saber...

Y, al tiempo que Francisco Miranda se adelantaba hacia la puerta y ya casi accionaba la manilla, al otro lado alguien se le había anticipado y empujaba hacia dentro la hoja que dio paso a...

—¡Mi padre!

La exclamación se le había escapado a Martín. Blanca Luz y todos los demás se giraron a mirarlo. Los ojos de don Eulogio también se habían posado en él y refulgían de chispas feroces. Don Francisco se acordó de repente de que su alumno tomaba las clases a escondidas, mientras aquel señor iracundo lo creía en la obra. Evaporados de inmediato sus enojos, se apiadó de Martín y decidió intervenir.

—¿Es usted el padre del muchacho? Encantado de conocerlo. Nos está prestando un inestimable servicio, pintándonos las paredes. Nos hemos mudado hace no mucho, y se hallaban en un estado lamentable, todas descascarilladas, pero él, a pesar de ser albañil, se da mucha mano con la brocha, las está dejando...

Don Eulogio lo fulminó con la mirada. Bramó:

—No me tome por tonto.

Y, sin mediar palabra, se acercó a Martín y lo desarbó de un bofetón. Los churretes verdes, rojos y amarillos de su cara se encogieron en una mueca, primero de dolor, a continuación de vergüenza, y por último de miedo. Uno que se le había descolgado del párpado con forma de lágrima añil le tembló un instante en un rictus triste. Martín se llevó una mano a la mejilla, la misma en la que se había originado un juego, y que había terminado por concentrar una tempestad. Blanca Luz acudió junto a él y lo acarició. Él tocó sus suaves dedos, agradecido, y se los apretó. Chema estaba furioso. Tartamudeaba, y, entre los tartajeos, solo se le entendió:

—Eh, no le pegue.

Francisco Miranda lo respaldó con su autoridad.

—No tiene ningún derecho a entrar en mi casa de esa manera y golpear a este muchacho. No pienso consentirlo.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted, chisgarabís? ¿Que no tengo derecho? ¿Pues no es hijo mío? —se encaró don Eulogio.

—Lo será, pero eso no le otorga bula papal para abusar de...

—¡Ni una palabra más! ¿No está abusando él de mí, al venir aquí a mis espaldas para hacer Dios sabe qué barbaridades?

—Él no está haciendo nada malo.

El que así había terciado era Eduardo, hasta entonces al margen de la trifulca, pero que ahora se colocaba en primera fila, con la barbilla altiva, la nariz desafiante de aletas dilatadas, y aquella voz flemática que se investía de respeto sin necesidad de alzarse ni una brizna. Don Eulogio le desbarató el alegato con un bufido despectivo:

—¿Ah, no? ¿Y a qué se dedica este tunante, sino a perder el tiempo en...

—Contempló los manchurriones de pintura que atildaban los rostros de sus interlocutores con asco inenarrable, tratando de encontrar la palabra que hiciese justicia a su santa indignación—... en embadurnarse de porquería, en vez de cumplir con sus obligaciones familiares y de ganarse la vida honradamente? Es ignominioso lo que hacen ustedes aquí. Deberían...

Francisco Miranda, con la vena inflamada por segunda vez en lo que iba de mañana, le salió al paso a cortarle la prédica.

—Discúlpeme, muy señor mío, pero nosotros destinamos nuestro tiempo a lo que nos viene en gana. Ni más faltaba, hombre de Dios, ni más faltaba. Y le recuerdo que Martín nunca ha dejado de llevar el jornal a su casa, de eso me he encargado yo, pese a asistir a estas clases de pintura, que son de todo punto honradas. Vamos, que no le quepa la menor duda. Me ofende la simple sugerencia de lo contrario.

Don Francisco quiso dejar constancia cruzándose de brazos como un niño enfurruñado. Don Eulogio se le resistió:

—Me da igual. Con jornal o no, ¿cuánto le durará esta farsa? ¡Todo esto es ficticio! ¿Qué pasará cuando aparezca la vida real y le suelte un cachiporrazo? ¡Para entonces ya será tarde! ¿Quién le devolverá el tiempo que tendría que haber empleado en aprender un oficio? ¿Usted? ¿El mismo que le ha estado llenando la cabeza de pajaritos? No, ¿verdad? Pero, lo peor de todo, que ya es decir, es que me ha estado engañando. Y eso sí que es imperdonable. Que un hijo mienta a su padre...

—Tal vez es que usted no le ha dejado más remedio —apuntó Chema, ya sin tartamudeo alguno.

La pulla terminó por encolerizar a don Eulogio Pendragón.

—¡Es inadmisibile, inadmisibile! —chilló. Al hacerlo, expulsó un cartucho

de salivazos y zarandeó a Martín, agarrándolo por el brazo, dispuesto a arrastrarlo fuera de la habitación y de aquella casa—. ¡No toleraré que una tropelía así, que un desacato de este calibre, siga cometándose bajo mi techo...!

—Entonces no hay problema.

La que le había interrumpido era Blanca Luz, que emergió de la muda y compasiva consternación con que el resto de los presentes miraba a Martín, temiendo haber agotado todos sus recursos y empezando, por tanto, a asumir la derrota. Impertérrita, se adelantó con completa calma, lo prendió por el otro brazo y, de un tirón suave y firme, lo desasíó de la tenaza de su padre, que la había aflojado por la súbita sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Digo que, si ese es todo el problema, entonces no hay ninguno. Porque Martín no va a continuar por más tiempo bajo su techo. Se muda a vivir con nosotros. Aquí podrá dedicarse a pintar sin que usted le moleste más, y sin deberle nada. Le seré franca: su hijo hace cosas extraordinarias. Tanto, que no podemos permitirnos el riesgo de que se abstenga solo porque usted sea un soberano fastidio.

Don Eulogio se había quedado patidifuso. A decir verdad, no más que los demás, que contenían el aliento, mientras él boqueaba incapaz de articular palabra, blanco de furor:

—Pero ¿cómo te atreves, mocosa, a...?

—Él se queda en nuestra casa pero usted no. Puesto que hasta ese extremo le desagrada, ya va siendo hora de que la abandone, ¿no es cierto, padre?

Francisco Miranda no pudo evitarse un respingo.

—S-sí, supongo que sí, claro. —Frente a la mirada intensa de su hija, no vio más opción que añadir—: Si el señor es tan amable de marcharse..., Martín se queda. —Y lo ratificó depositándole una mano en el hombro, en parte para sostenerse él mismo, pues estaba empezando a marearse.

Encantado con los derroteros inesperados que había adquirido la situación, Chema gruñó de aprobación y de puro placer. Eduardo sonreía al comprobar que al malo del cuento se le habían puesto los puntos sobre las íes. Blanca Luz no cabía en sí de orgullo y de gozo. A tenor de su expresión aturdida y maravillada, diríase que a Martín se le había aparecido la Virgen.

Acaso por primera vez en su vida, don Eulogio se sintió intimidado. Entre todos lo habían acorralado. Si Martín abandonaba el hogar paterno, él perdía

cualquier potestad sobre él. El pensamiento lo soliviantó. De pronto, fue tanta la humillación que lo inundó que no pudo soportarlo y, sin dirigir ni una mirada a su hijo, salió de la habitación. Cuando oyeron cerrarse con violencia la puerta de abajo, sobrevino un silencio estupefacto. Duró varios minutos. Parecía que les había pasado un tifón por encima.

—Gra-gracias.

Todos se volvieron hacia Martín.

—Habéis estado... Sois... Gracias. —Le brillaban los ojos. Chema lo atrajo hacia sí y le palmeó el omoplató. Blanca Luz sonreía con radiante ternura. Martín tragó saliva y continuó—: Por supuesto, señor Miranda, no está obligado a..., a acogerme. Entiendo que en el calor del momento no se le ha ocurrido que..., bueno, en fin, que yo soy un estorbo, y no tiene por qué...

Mientras hablaba, notó que Blanca Luz se acercaba a él y que se situaba justo detrás de su espalda. Así que no pudo ver si lanzó alguna mirada a su padre o le hizo algún gesto. El caso es que don Francisco suspiró y dijo:

—Solo me cabe ofrecerte una buhardilla, Martín. Pero bienvenido a la casa de la calle Campana.

Había llegado la hora de acostarse, y el nuevo inquilino se disponía a tomar posesión de su alcoba. Un habitáculo de techo bajo, oblicuo, dotado de un tragaluz, nervado por unas vigas añosas y crujientes, en las que se sentía el repiqueteo sincopado de la lluvia que había comenzado a caer a media tarde y que seguía pulsando las tejas. En el rincón donde iba a morir una de las aguas de la techumbre, un camastro, iluminado apenas por la porcioncita de claridad que vertía una claraboya. Y, en el suelo, un cajón que hacía las veces de mesa, y en este, un candil. No más. Olía a cerrado. Pero estaba limpio. Y en calma. Martín nunca se había sentido tan libre. De pura exultación, saltó sobre la yacija, con el entusiasmo de quien se zambulle en una alberca en un día de verano. Se arrellanó en el colchón con un bramido ahogado de voluptuosidad. Al cabo de un segundo de habituarse a estar en la gloria bendita, entreabrió los ojos, y se sobresaltó. En el umbral, Blanca Luz lo observaba.

—Uff, eres tú. Qué susto me has dado.

—¿A quién esperabas? ¿Al coco?

Martín se rio.

—Pasa, pasa. Bienvenida a mi humilde morada. —E incorporándose en el lecho, ejecutó una media reverencia.

Ella inclinó la cabeza, para corresponder como una dama de buena crianza a la galantería y, ante todo, para no pegarse un coscorrón contra las vigas.

—Te traigo mantas. Este desván es muy húmedo. Y más hoy, con la lluvia.

Avanzó unos pasos y depositó la ofrenda, perfectamente plegada, sobre la camisa de dormir que su padre le había prestado a Martín para aquella primera noche improvisada, a los pies de la cama en la que él continuaba tendido. Aprovechó para observar a Blanca Luz detenidamente, sin perderse ni el más nimio detalle: ni el ángulo en que quedaba doblada la sangradura de sus brazos bajo el peso de las mantas, ni la forma grácil en que inclinó el torso, ni la posición de sus pies, ni el rápido movimiento con el que retuvo al agacharse una de sus ondas rojas detrás de la oreja (tan rosácea y ovalada, con sus preciosas filigranas de cartílago), ni el aliento breve que expelió tras la subida por las escaleras, ni la bocanada de vainilla que entró con ella en el cuarto, ni la mirada que le dirigió con sus ojos imposibles cuando, al alzar la vista, se encontraron con los suyos.

—Gracias.

—No hay de qué —replicó risueña—. Esto será una fonda de mala muerte, pero que nuestros huéspedes no mueran congelados viene incluido en el precio. Se trata de la mínima comodidad que podemos ofrecer, así que disfrútela.

—No —dijo Martín meneando la cabeza—. No lo digo por las mantas. También, por supuesto. Pero sobre todo por lo que has hecho hoy. Todos se han portado magníficamente, desde luego, pero tú..., lo tuyo son palabras mayores. Has sacado la cara por mí como nunca nadie lo había hecho antes. Si no hubiese sido por ti, no sé qué habría pasado. No tenías por qué, y, sin embargo... Nos has dejado con la boca abierta. El primero, a mi padre. —El discurso se le entrecortó de la risa al recordarlo—. ¡El viejo se ha quedado de una pieza!

Blanca Luz, sentándose a su vez sobre la cama, le secundó en las carcajadas:

—¿Verdad? Se ha puesto pálido. He creído que le iba a dar un ataque.

—Es que era lo último que podía esperarse. No está acostumbrado a que nadie se enfrente a él de esa manera.

—Jajaja. Le he robado a su hijito delante de las narices —añadió

mordiéndose los labios con picardía—. Es normal que me haya cogido un poco de tirria.

—Jajaja. Eres tremenda, Blanca Luz Miranda.

Se miraron al mismo tiempo. Y lo que vieron hizo que la complicidad les anegase el pecho. Él comenzó a frotarse la rodilla. A ella se le agolpó la sangre en el rostro, y se puso a rascar la mezclilla de la manta como si en ello se le fuera la vida.

—Bueno, lo he hecho por una buena causa. Por mucho que sea tu padre, te estaba tratando injustamente. Y, como le he dejado a él bien clarito, tienes demasiado talento como para tirarlo por la borda.

Al escucharla, Martín sintió que una incandescencia le rebosaba por las pupilas.

—En fin..., pues gracias por lo que acabas de decir. Y por todo.

—De nada. —Sonrió—. Con que sigas pintando, me basta.

Dio una palmadita sobre la manta que la había llevado hasta allí y se levantó para marcharse. Ya en la puerta, tras pensarlo un momento, se giró a medias, como si hubiese notado la mirada de Martín prendida con voracidad en su espalda, y añadió:

—Me alegro de que estés aquí.

—Y yo.

La casa de la calle Campana estaba a rebotar aquella noche. Y es que, no todos los días la pequeña ciudad tenía la oportunidad de asistir a una velada artística: la emoción era máxima. El bullicio de las conversaciones y el tintineo de las copas restallaba por todos los rincones. La animación que emanaba de la reunión eclipsaba por el momento los verdaderos motivos que habían hecho coincidir a las personalidades más señeras y escogidas de la ciudad bajo el mismo techo a la misma hora. Olvidados de todos, los cuadros pintados por los discípulos del señor Miranda permanecían cubiertos por sábanas, acomodados en un lugar preferente, pero como si les hubieran infundido la propiedad de ser invisibles hasta nueva orden. El señor Fonseca había llegado desde Madrid aquella misma tarde, como los demás, ignoraba la naturaleza y el contenido de las pinturas que se le había encomendado juzgar. Sus autores se encontraban en un estado análogo al de los que van a desfilar por el patíbulo. De punta en blanco y con el semblante tallado en

piedra, con una copa de champán en la mano que ni siquiera se había llevado a los labios, Eduardo miraba a un punto fijo, y no despegaba la vista de allí salvo para corresponder con una leve inclinación de cabeza a los que se acercaban para saludarlo. Habría demostrado una gran descortesía de no haber adoptado esta deferencia. En cambio, Chema no lograba parar quieto ni un segundo, y deambulaba por la estancia principal, entre el resto de invitados, tropezando con unos y disculpándose ante otros, acumulando méritos para poder ser considerado en justicia más un engorro que un anfitrión. Por último, Martín se había refugiado en su canapé favorito del salón, el más cercano a aquella ventana tras la que le gustaba fisgar la calle, y retorció entre los dedos una hoja de papel. Blanca Luz, quien había organizado la merienda y dirigía a los criados que habían contratado, se acercaba a él, siempre que se lo permitía un interregno entre el recibimiento a los recién llegados y el servicio de los refrescos, para interesarse por la evolución de su disimulado ataque de miocardio.

—¿Qué? ¿Cómo lo llevas? —le interpelaba con tono jocundo.

Martín le dirigía una mirada enturbiada, con los labios apretados y la tez más blanca que la pared.

—Pues aquí, ya ves, pasando el rato...

—Claro que sí. Si estás hecho todo un campeón. Ni siquiera te has desplomado —se burlaba.

En una de aquellas, Martín notó que le tocaban en el hombro, y alzó la cabeza con filosófica resignación, esperando toparse con los ojos inefables y guasones de Blanca Luz. Pero a quien se encontró fue al señor Fonseca.

—¿Cómo está, señor Pendragón? Todavía no había tenido oportunidad de saludarle.

—Encantado de conocerlo, señor Fonseca —dijo Martín nervioso—. Le he visto tan ocupado que no he creído oportuno distraerlo. Pero es un honor que haya venido. Se lo agradezco.

—Por Dios, no hay de qué. Estoy ansioso por ver su trabajo. Siendo alumnos de Francisco Miranda, el resultado no estará por debajo de mis expectativas. Estoy seguro. Él me ha comentado que tiene grandes esperanzas puestas en usted.

Martín tragó saliva, sintiendo cómo las raíces del cabello se le incendiaban.

—Don Francisco es muy amable. Espero estar a la altura y no defraudarle.

—¿Pinta usted desde hace mucho? —se interesó el señor Fonseca, con una

irreprochable cortesía.

—Pues..., desde que tengo memoria.

—Bien, bien. La vocación es la que triunfa. En fin, no lo entretengo más. Voy a saludar a sus compañeros.

Martín sonrió. Parecía un buen hombre. Y estaba predispuesto hacia él. Sin duda, las alabanzas prodigadas por el señor Miranda habían allanado el terreno. El bueno de don Francisco había cumplido concienzudamente el trabajo de zapa. Pero ¿sería capaz de entender...? Y entonces, el anfitrión de la velada interrumpió sus reflexiones haciendo entrechocar una cucharilla con una copa de cristal tallado.

—¡Atención, por favor! —pidió con su mejor voz de barítono.

Las conversaciones cesaron y las cabezas agrupadas en corrillos se volvieron hacia el capitán de aquel rutilante navío. Encaramado en el quinto escalón de la escalera principal, desde donde dominaba toda la sala, con la mano apoyada majestuosamente sobre la barandilla, el señor Miranda dijo:

—Amigos, muchas gracias por haber venido. Es para mí un honor y un placer tenerlos esta noche aquí conmigo, y creo hablar en nombre de mis alumnos al exponerles nuestro agradecimiento. Ellos se expresarían sin duda en los mismos términos. Porque en esta casa nos dedicamos a pintar. Es nuestra ocupación y también nuestra pasión. Pero la pintura, sin la confrontación con los ojos de los espectadores, carece de todo sentido. Sería un proceso incompleto. Por eso es tan importante que hayan venido y que vayan a contemplar nuestro trabajo. De alguna forma, al hacerlo, van a dar la pincelada final. Esa que el artista ya no puede dar. Esa que solo puede ofrecer el público. Para ello, contamos entre nosotros con un invitado de excepción. Les presento a mi buen amigo y colega el señor Gabriel Fonseca, profesor de la ilustrísima Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El aludido se adelantó, mientras la concurrencia le tributaba sus aplausos. El señor Fonseca agradeció floridamente a Francisco Miranda su invitación y pronunció las inspiradoras palabras que se le presuponían a un erudito venido de la capital, que había condescendido a juzgar las obras salidas de las manos de los de provincias. Una vez las hubo dicho, llamó a José María Casabella, Eduardo Izquierdo y Martín Pendragón, los verdaderos protagonistas de aquella reunión. La ovación se repitió, y los incipientes artistas se acercaron, dando traspiés Chema, todo tiesura Eduardo y con la cabeza baja Martín. Los asistentes les habían hecho un pasillo para permitirles salir del marasmo, y, al

pasar por el lado de Blanca Luz, Martín sintió que esta le deslizaba en la mano un fugaz apretón. Se volvió a mirarla y le dedicó una débil sonrisa con la que trató de corresponder a la desbordante y a reventar de confianza que tenía ella dibujada en la boca.

—Bien, caballeros, para no dilatar más su angustia, propongo que quitemos ya esas sábanas que nos hurtan a la mirada la belleza de sus creaciones, una de las cuales se convertirá en el pasaporte para que su autor prosiga sus estudios en San Fernando, institución a la que me siento tan orgulloso de pertenecer —proclamó el señor Fonseca—. Bien, Francisco, si me haces los honores...

El señor Miranda se dirigió hacia los tres caballetes alineados que, ahora sí, acaparaban toda la atención, mientras la expectación recorría los espinazos de la multitud como si se hubieran convertido de improviso en un cable conductor de luz.

—El primer cuadro es obra del señor José María Casabella —anunció Francisco Miranda, al tiempo que dejaba caer la sábana.

Ante la vista de todos apareció un bodegón. Un racimo de uvas, un par de limones y un faisán sobre unos platos de bronce exhibían su quietud realista y sus texturas nutricias desde el lienzo. El médico y el regidor del ayuntamiento esbozaron unos tímidos aplausos.

—Muy logrado, muy logrado. Hasta hambre me ha entrado —apuntó uno de los principales empresarios de la ciudad.

Pero el señor Fonseca permaneció impassible. Sonreía sin que se le hubiera alterado ni un músculo de la cara.

—El siguiente cuadro es obra del señor Eduardo Izquierdo —indicó Francisco Miranda en su papel de maestro de ceremonias.

La escena de una batalla encarnizada irrumpió súbitamente en la estancia. Toda una caballería encabritada, volviendo grupas, mutilada bajo los mandobles de los guerreros o relinchando con beligerancia impuso el sonido de sus cascos a los murmullos de admiración que brotaron de las bocas del auditorio. Eduardo no había escatimado detalle. No había un centímetro de lienzo que no estuviera ocupado por una figura, una cimera, una brida, un arnés, un escudo, un matorral o un hocico. Una profusión prolija y exhaustiva, como un cuadro de El Bosco o de Brueghel, que recordaba sospechosamente a *La batalla de San Romano* de Paolo Uccello. Por suerte para Eduardo, la mayoría de los habitantes de la ciudad jamás habían visto

esa pintura. Puede que ni siquiera él, o que, al menos, no fuera consciente de ello, pero Gabriel Fonseca había estudiado, en cambio, la suficiente historia del arte. Sonrió para halagar de algún modo el esfuerzo que conllevaba aquel ejercicio de horror vacui, pero, por último, dirigió la mirada al cuadro que todavía permanecía oculto. Una sombra de impaciencia le aureolaba la comisura de los labios.

El señor Miranda asintió imperceptiblemente, como si accediese por fin a concederle un alivio que le hubiera estado negando hasta ese momento, y alzó de nuevo la voz para proclamar:

—Y, por último, vamos a ver el fruto del trabajo del señor Martín Pendragón.

Y diciendo esto, dejó caer la tercera sábana.

Varias personas se llevaron la mano a la boca, para disimular la letra «o» con la que se les había redondeado. Al farmacéutico los ojos se le desorbitaron. La esposa del coronel dejó escapar un siseo indignado. El cura carraspeó.

—Pero ¡¿qué diablos...?! —se le escapó a Chema.

El señor Miranda se había quedado helado, aturdido, no se atrevía a apartar la mirada del lienzo que acababa de descubrir, y que, por momentos, estaba deseando no haber desvelado nunca. Tal vez acabara de labrarse la ruina de su carrera con el solo movimiento de descorrer una sábana. Gabriel Fonseca se precipitó hacia el lienzo, sin terminar de dar crédito, y, automáticamente, buscó con la mirada a Martín Pendragón.

—¿Qué ha ocurrido, muchacho? ¿Ha tenido algún problema con el cuadro?

Todo habría sido más sencillo para los asistentes si hubieran visto a un Martín tan sorprendido como ellos, que dijera consternado que habían saboteado su pintura, que aquello no era obra suya. Pero no. Martín se mostraba imperturbable. Como el que ve cumplirse las previsiones que se había forjado a solas. Miraba la pintura, con fulgores de desafío, en calma, pero respondiendo por ella sin asomo de vacilación. No quedaba lugar a dudas. Aquel amasijo de colores, sin forma, sin figuras, sin tema, puro color desnudo, arcoíris puesto del revés, de contrastes imposibles, lo había pintado él.

—No, señor Fonseca. No he tenido ningún problema. Quería que quedara así.

—Oh.

Un silencio se recrudeció en la sala.

—Bueno y... ¿por qué? ¿Qué ha pintado?

El señor Fonseca parecía estar implorando una explicación que dotara de sentido a aquel despropósito. A aquella tomadura de pelo. Francisco Miranda reunió las fuerzas residuales que no se le habían evaporado y las utilizó para lanzar a Martín una mirada vidriosa como una esquirra de cristal y afilada como un venablo.

Solo ante esta mirada Martín pareció arrugarse. Se replegó sobre sí mismo, y aprovechó para represar en el pecho todo el aire que pudo aspirar en una bocanada y replicar:

—Yo solo..., bueno..., he pintado... lo que me inspira.

Esa era toda la explicación que podía o estaba dispuesto a dar. Y, desde luego, no bastaba para aplacar los murmullos que comenzaban a tomar posesión del salón, ni mucho menos para salvar de la quema al osado pintor. El señor Fonseca aún le concedió un segundo más, como el abogado del condenado a muerte para que en el último instante alegue el argumento mágico que le haga eludir la pena capital. Pero aquellas palabras no llegaron y, con un triste movimiento de cejas, al señor Fonseca no le quedó más remedio que negarle a Martín la posibilidad de una absolución y declararlo un fraude para siempre jamás.

La reunión ya se había disuelto. Los invitados se habían ido dispersando poco a poco, tras tragar a duras penas unos cuantos sorbos más de champán, por cortesía y un sentido cívico del deber que no les permitía abandonar la fiesta malograda de un conciudadano sin tratar de enderezarla. Francisco Miranda se había quedado a estrechar la mano de hasta el último de sus huéspedes, pero una vez cerraron la puerta, se fue a la cama sin dar explicaciones ni pedir las. Gabriel Fonseca ya le había transmitido de pasada las suyas: al día siguiente tomaba el primer tren para Madrid. Solo.

Los criados trajinaban para recoger los últimos coletazos de la velada. Eduardo se había marchado ya a su casa. Chema le ofreció a Martín quedarse con él. Habían subido ellos mismos sus cuadros al estudio, y Martín se había atrincherado allí. No parecía dispuesto a salir. Solo contemplaba su obra. Como si tratara de diseccionarla.

—Joder, Martín. Qué huevos, chico —le dijo Chema, en un tono que no se

decantaba ni por el halago ni por la reprimenda—. Oye, solo quería que me aclararas algo. ¿No lo habrás hecho por lo que pasó aquel día, cuando don Francisco me humilló y te puso a ti de ejemplo, verdad? Quiero decir..., ¿no lo habrás hecho por mí, no?

Sonaba tan apurado que Martín, por primera vez en toda la noche, sonrió.

—No, Chema, tranquilo. Ya me gustaría poder considerarme un amigo así de leal, pero no. No tiene nada que ver, así que pierde cuidado —le tranquilizó.

—Uf, menos mal. Me quitas un peso de encima. Por un momento llegué a pensar..., me pareció tan incomprensible que tú hubieses aparcado el paisaje aposta y hubieras...

—¿Pintado esa mierda? —completó Martín.

—Bueno, tanto como mierda... Si hubieras empleado solo el marrón aún. Pero hay demasiados colores como para ser solo una mierda.

Martín no pudo evitarlo y soltó una carcajada. Le dirigió al risueño Chema una mirada cargada de agradecimiento.

—Gracias, Chema, de verdad.

—Anda. ¿Nos vamos a dar una vuelta para despejarnos?

Martín negó con la cabeza sin dejar de sonreír filosóficamente.

—Me apetece estar solo un rato.

Chema se apuró.

—No me apetece dejarte así. Además, aquí ya no queda nada que rascar. Esos buitres han rapiñado hasta la última migaja, y, fuera de eso, esta noche poco más vamos a encontrar de provecho.

—Vete tú, amigo. Yo me quedo. Al menos, de momento.

—¿Cómo que de momento? —Se escamó Chema—. ¿Es que piensas marcharte?

—No lo sé —replicó Martín alzando los hombros—. Todavía no tengo ni idea. Después de lo que ha pasado... Esa es una de las cosas que tengo que meditar.

—Pero, hombre, no me seas así de radical. Yo no lo veo tan grave como para que tú... No creo que ellos, que el señor Miranda quiera echarte... Si quieres, te acompaño y hablamos con él...

—No, Chema —se resistió Martín—, de verdad. Por esta noche ya es suficiente. Solo necesito quedarme a solas y darle vueltas a la sesera. Mañana ya se verá. Mañana te cuento. Pero ahora, por favor, si no te importa,

quiero..., no puedo...

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró el amigo—, como su alteza ordene. Haz lo que te venga en gana. Móntate en el magín todo el drama que desees. Pero trata de descansar. Seguro que, tras una buena noche de sueño, ves las cosas en su justa medida, sin darle toda esa importancia. Y nos reiremos todos.

Martín asintió:

—Puede ser. Buenas noches, Chema. Y gracias —se despidió Martín.

—Hasta mañana, cabezón.

El silencio que reinaba en la casa era completo. Los minutos comenzaron a pasar, uno detrás de otro. Y Martín podía oír el latido de su corazón, percutiéndole en las muñecas. Miraba su cuadro. De pronto, le parecía imposible que lo hubiera hecho él. En su momento le había parecido una idea deslumbrante. Le había tomado por sorpresa y se había adueñado de su ser. Se sintió embargado de una forma tan absoluta que estuvo trabajando toda la noche, febrilmente, enardecido, seguro de sí mismo y de que estaba dándole vida a algo que merecía la pena. Después, delante de todos, cuando había tenido que defender su creación, tampoco había vacilado en protegerla del linchamiento. Pero ahora, cuando por fin se encontraba a solas con la idea convertida en realidad, ya acabada, ya fuera de él, empezaba a dudar. El desprecio del público le había dolido. Para qué engañarse. Le importaba lo que pensara la gente de algo que era tan sumamente valioso para él. Le hería la cara que había puesto su maestro. Pero en ese momento, en la soledad de la habitación familiar, todo aquello perdía enteros, y se diluía como una voluta de humo maloliente. Se quedaba reducido a los jirones de una pesadilla hendida por el despertar. Ahora, la llaga era otra. Tenía que ver con él mismo. ¿Se habría equivocado? ¿Estaba la razón de parte de los demás? ¿Había alguna forma de saberlo? Incluyó la cabeza y se mesó el pelo. De buena gana se lo habría arrancado. Flexionó las piernas y enterró la cara entre las rodillas. Se hincó los puños prietos contra los ojos. Estiró uno de sus pies hasta rozar el caballete que tenía frente a sí, exhibiendo su obra, y le asestó una patada. Lo derribó y le lanzó una mirada aviesa, amarga, de canto. De pronto, no soportaba verla, así que desvió la vista. Y entonces se percató de que Blanca Luz estaba sentada a su lado. Silenciosa. Mirando también el caballete caído.

—Dios, Blanca Luz, casi me matas del susto, para variar. ¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa, ¿no? —le replicó ella.

—Sí... —admitió Martín malhumorado. Y, de pronto, sintió un empujón de mala conciencia—. Tienes razón. Es tu casa. Y yo ya no pinto nada aquí, nunca mejor dicho. Me voy.

Se dispuso a incorporarse, pero ella no se movió:

—¿Qué has pintado? Llevo intentando averiguarlo desde que mi padre ha levantado la sábana, pero he de reconocer mi derrota. Esta vez has conseguido desconcertarme, Pendragón. Así que dime: ¿qué es? Siento verdadera curiosidad.

Martín resopló malhumorado.

—Nada. No he pintado absolutamente nada. ¿Por qué tendría que haber pintado algo, a ver? ¿Quién lo manda? Parece que fuera obligatorio pintar un lago, o un frutero, o un hombre. Pero ojo, que eso no es todo. Procura que el lago sea el que hay al otro lado del otero de San Esteban. Y que el frutero sea el que tiene la generala Valdivieso en su salón los días de visita. Y que el hombre sea alguno al que esta panda de cretinos le haya visto alguna vez la cara. Procúralo, porque, como pintes algo que no sean capaces de reconocer o que no les resulte familiar, date por jodido. Pues mira, no. Yo no les voy a dar ese gusto. Y tampoco te lo voy a dar a ti. Por mucho que os empeñéis. No he pintado nada. Nada. ¿Contenta?

—Hum —musitó Blanca Luz, impertérrita ante su arranque—. De modo que lo que te inspira es la nada.

—¿Eh? ¿Cómo dices?

—Claro. Antes, cuando Gabriel Fonseca te ha preguntado, le has dicho que habías pintado lo que te inspira. Y ahora a mí me dices que no has pintado nada. Pues bueno, uniendo las dos respuestas, y sin ser un lince, se puede deducir que tu fuente de inspiración es... nada.

Qué gracia. Al teclear esto en mi Remington, acabo de darme cuenta de que mi fracasada compilación de relatos tomaba la nada como tema. A ver si va a resultar que el célebre Martín Pendragón y yo tenemos algo en común, y que mi idea no era tan nefasta... No es moco de pavo compartir criterio artístico con uno de los genios del siglo XX... Pero, no, espérate. Bajemos de la nube. ¿Qué es lo que me ha dicho Blanca Luz que se dijeron ellos? Ya. Que no se trataba más que de una mentirijilla de Martín para salvar los

muebles. En fin, seamos fieles a la historia. Porque si modifico ligeramente la respuesta y hago que parezca que... No, nada. Si no es como fue, no hay manera de continuar. En fin, una lástima. Sigamos...

—Exacto. Has dado en el clavo, Blanca Luz. Chica lista. Hala, ya lo has descubierto: lo que me inspira es la nada. Puedes irte a la cama tranquila. Ya has comprobado lo poco interesante que soy. Así que no hace falta que le des más vueltas. Eso que te ahorras. Fíjate qué suerte.

Blanca Luz se levantó y le espetó:

—Mira, no te lo voy a tener en cuenta porque sé que esta no ha sido tu noche y que no te merecías lo que te ha pasado. Pero que conste que yo tampoco me merezco tus ironías resentidas ni sufrir tu enfado con el mundo. Esta noche pasaré por alto ser tu cabeza de turco, pero ya puedes serenarte con la almohada, porque no esperes que mañana siga siendo tan comprensiva con tus impertinencias.

—¿Y quién te dice que mañana tendrás que sufrir a este impertinente? Porque, mira, igual resulta que este impertinente conserva al menos el suficiente tacto como para ahorrarte ese suplicio, y la decencia de admitir que no vale y de regresar al lugar de donde nunca debió salir. Igual mañana no aparezco por este estudio. Ni mañana ni pasado mañana ni al otro. A lo mejor resulta que me voy ahora mismo de esta casa y no vuelvo nunca.

Blanca Luz lo miró, desencajada. Abrió la boca un par de veces, sin acabar de emitir ningún sonido. Él la miraba, desafiante.

—¡No puedes hacer eso! ¡No puedes marcharte..., ni no volver!

—¿Ah, no? ¿Y por qué, si puede saberse? ¿Quién me lo prohíbe?

—¡Yo! ¡Yo te lo prohíbo! ¡No puedes dejarlo!

—¿Y por qué, a ver?

—Porque, porque... —A Blanca Luz se le atropellaban las palabras en la lengua. Martín jamás la había visto tan alterada—. ¡Porque no puedes! ¡Porque no puedes renunciar! ¡No tienes derecho a dejarlo, a desperdiciar tu talento! Martín, tú..., ¡tú tienes que pintar!

—Bah, bah, tú tienes, tú no puedes..., todo palabrería. Palabrería que no sirve para nada.

—No doy crédito a lo que estoy escuchando..., nunca pensé que te oiría

hablar así... Tu talento...

Martín la interrumpió bruscamente.

—Que dejes de hablarme de talento, Blanca Luz. Mi talento no te importa en absoluto. A ti lo que te pasa es que sin mí te aburrirás, ¿no? ¡Y cómo va a permitir la señorita Blanca Luz Miranda que se le escape su mascota favorita, ¿verdad?! ¡Se hundiría el mundo! ¡Menudo sacrilegio! Pues, ¿sabes qué te digo, Blanca Luz? Que le pidas a tu padre que te compre un perro...

No continuó perorando porque ella le cruzó la cara de un sonoro bofetón.

—Seguiremos hablando cuando te tranquilices y vuelvas a tus casillas. Porque vamos a seguir hablando, eso que te quede claro. Aún te diré más. Como si no quieres volver a dirigirme la palabra. Lo aceptaré. Pero vas a continuar pintando. No voy a consentir que lo dejes. Inténtalo. Si te marchas y mañana no apareces por aquí a la hora de siempre, ten por seguro que me plantaré en tu casa sin que me importe nada y, si me obligas, te traeré a rastras. Así que ahora vete a dormir. Mañana volverás a coger los pinceles.

Martín la miró con la furia centelleándole en las pupilas, con la palma de la mano extendida sobre la superficie enrojecida de la mejilla que ella le había abofeteado. Con voz ronca le dijo:

—Pero ¿quién te has creído que eres?

Blanca Luz estaba ya en la puerta, dispuesta a irse, pero se volvió y le contestó:

—Alguien que piensa que tu nada es mucho más que el todo de la mayoría de la gente.

Ambos se quedaron en silencio un segundo eterno. Martín sintió que se le paralizaba el corazón.

—Así que, si lo que te inspira es nada, pues muy bien. A mí me vale. Pero píntala.

Después de exigir esto, Blanca Luz se dio la vuelta, pero Martín la detuvo.

—Pero ¿a qué viene esa fe en mí?

—En esa pintura había algo, Martín. Ese algo que hay en todo lo que pintas. Puede que ni yo ni nadie en aquel salón hayamos sabido decir qué había representado en el lienzo. Yo misma he reconocido mi incapacidad para verlo. Pero eso no quita que hubiera algo... Era poderoso, fuerte, incomprensible... Pero también era innegable. Puede que ni tú mismo lo entiendas, y que por eso estés tan enfadado, pero estaba allí. Y ahí sigue, tirado en el suelo. Es nada y a la vez todo. Como un golpe que te atizan de

repente. Incontrolable. Algo que no puede explicarse, y que, sin embargo, estarías horas mirando, tratando de encontrarle un significado. O ni siquiera eso. Simplemente lo miras porque no puedes dejar de hacerlo. Porque una vez que te ha atrapado, ya no te suelta —concluyó Blanca Luz, señalando con la cabeza el caballete.

—Entonces... —Martín tragó saliva, con una súplica latiéndole en la garganta—. ¿Tú lo has comprendido?

—¿El qué?

—Que haya pintado algo que no se puede tocar, pero que se puede... sentir.

Blanca Luz asintió y trató de marcharse una vez más. Martín la volvió a llamar.

—Lo que le dije al señor Fonseca era verdad. Allí está pintado lo que me inspira. A ti te he mentado. No me he apoyado en la nada para pintarlo. — Blanca Luz se cruzó de brazos—. Lo que hay ahí pintado son tus ojos.

—¿Mis ojos? —Por primera vez, Blanca Luz parecía completamente atónita, desvalida.

Martín reunió toda su valentía, sin saber de dónde la sacaba ni dónde la había estado escondiendo hasta ese momento, y proclamó:

—En efecto. De todos los colores y de ninguno. Como un golpe que te dan de repente. Incontrolables. Unos ojos inexplicables pero que estarías mirando horas para tratar de entenderlos. O ni siquiera eso. Simplemente los miras porque no puedes dejar de hacerlo. Porque me atraparon la primera vez que los vi, y ya no me han soltado.

Los que no se soltaron el resto de la noche, tras boquiatare con un beso interminable, fueron ellos.

Martín Pendragón no se marchó de la casa de la calle Campana. De su derrota había nacido un nuevo motivo para quedarse. Un amor distinto, pero que le impelería con la misma fuerza a cruzar cada día la puerta del estudio. El día que siguió a aquella noche memorable en tantos aspectos, Chema recibió su entrada en el aula con una sonrisa alborozada, Eduardo con la corrección acostumbrada y Francisco Miranda fingió que no había pasado nada pero, cuando terminó la clase, le llamó a su despacho.

—Simplemente, quería saber de tu propia boca qué ocurrió. A Fonseca no se lo quisiste explicar, pero me gustaría que, dado que yo te he tutelado, sí

guardaras esa deferencia conmigo. Y te pediría que me hablaras con confianza y con franqueza. Las que, hasta ahora, creía que existían entre nosotros.

Martín bajó la vista. Había temido aquella conversación, por el profundo respeto que le inspiraba el señor Miranda, no solo por que le hubiera acogido como un padre, sino por todo lo que le había enseñado. Se sentía avergonzado por lo que pudiera creer de él. Le dolía haberle decepcionado.

—Sé que le debo una explicación. La merece más que nadie en este mundo. Pero es que, sencillamente, no tengo ninguna. Le prometo que no pretendo escurrir el bulto. Es solo que... hice lo que hice porque no podía hacer otra cosa.

Francisco Miranda lo escrutó, frunciendo el ceño, como si se esforzara en descifrar cada sílaba que franqueaba sus labios.

—¿Lo has hecho para burlarte de mí? ¿Porque intentabas darme una lección? ¿Porque te creíste más listo que nadie?

—No, no... De verdad, que no es eso. Y no sabe cuánto odio que pueda pensar esas cosas... Sé que le he dado motivos, pero... le aseguro que no es así. No se trata de eso. En absoluto se trata de eso —repitió con más vehemencia—. No me creo más listo que nadie. De hecho, probablemente sea el más idiota de los hombres. A usted no le podré dar una lección en mi vida. Solo agradecerle las que me ha brindado. Y antes que burlarme de usted, preferiría morirme.

Había tal sinceridad y pasión en su tono, que Francisco Miranda vaciló.

—¿Entonces? Entonces ¿qué es, muchacho? Vas a tener que explicármelo mejor, porque te juro que no logro entenderte. Y también te juro que no hay nada que desee más. Necesito comprender por qué lo has hecho. Por qué me lo has hecho.

Martín resopló y miró al techo.

—No sé, señor Miranda... Supongo que todo fue a raíz de...

Se detuvo. Su maestro se apoyó sobre la mesa para aproximarse a él.

—Sigue, sigue... Todo fue a raíz de...

Martín por fin se enfrentó a sus ojos.

—Del cuadro del que nos habló. Del cuadro de su esposa. El que pintó usted. Aquella noche, a Eduardo y a mí nos dijo que pintáramos lo que llevásemos dentro. Y me di cuenta de que tenía mucha razón. Que yo no soy capaz de pintar nada que no me llene por entero. Porque la pintura es tan

importante para mí..., usted lo sabe. Lo sabe mejor que nadie. Es tan importante que, sencillamente, no puedo pintar cosas que no me impliquen completamente. Sería una pérdida de tiempo. O más bien..., más bien una traición. Por eso deseché ese paisaje del lago. Porque no respondía de ninguna manera a las cosas que yo quería expresar. No sé si entiende lo que quiero decir...

Francisco Miranda seguía absorto en su semblante.

—Sí, entiendo lo que dices, pero... ¿esas manchas? ¿Ese batiburrillo de colores sí reflejaba lo que tú querías expresar?

—Sí...

Martín se encomendó al cielo para que el señor Miranda no prosiguiera con sus pesquisas. Había confesiones que no podía hacerle. Por fortuna, parecía ser ya tanta la información que tenía que asimilar, que decidió no insistir.

—Está bien. Puedes marcharte.

El rostro de Francisco Miranda tenía en ese momento un tono gris. Como si le hubieran quitado el lustre y la sanguínea lozanía que solía animar sus facciones. Martín lo miró con honda preocupación.

—Lamento mucho todo lo que ha pasado. Los problemas que haya podido tener por mi causa. Jamás quise perjudicarlo. Sé que no vale de mucho, pero solo puedo decirle que de veras lo siento. Y que ojalá algún día pueda perdonarme.

El interpelado hizo un gesto vago con la mano.

—Estás perdonado.

Martín asintió imperceptiblemente y se encaminó hacia la puerta. Pero, antes de cruzarla, se volvió hacia Francisco Miranda y le dijo:

—De todos modos, muchas gracias por haber confiado en mí. Siempre estaré en deuda con usted.

A partir de ese día, el señor Miranda se comportó con Martín como si nada hubiese ocurrido. Sin embargo, en su trato se adivinaba la sombra indeleble de la displicencia. Algo se había roto. El maestro había dejado de entender a su propia criatura. Se le había escapado de las manos aquel bisoño al que había guiado en sus primeros pasos. Y ese abismo, una vez que se abre, ya no se puede salvar con ningún puente. Martín y Francisco Miranda habían

comenzado a caminar con zancadas desiguales, por rumbos distintos. Y Francisco Miranda intuía, con una mezcla de admiración y de repugnancia, que él ya nunca sería capaz de alcanzar a Martín. Lo había perdido de vista. Y Francisco Miranda se sabía lo suficientemente débil y cansado como para saber también que no se esforzaría en correr tras él. No le merecía la pena luchar para ponerse al nivel de su discípulo. Le dejaba a él la grandeza. Y le dejaba solo en ella. Martín también lo sabía. Por eso, aquel día, calladamente, se despidió para siempre de su mentor, que no tenía ya nada que darle. No así de su hija, la única razón por la que se quedaba en el que hasta entonces había sido su mundo. Aquel en el que había dejado de caber. En ese universo de costuras más apretadas, ellos dos seguían hablando y riéndose como siempre. Pero ahora aprovechaban cada oportunidad que se les presentaba para comerse a besos y a bocados por las esquinas. Cualquiera momento era bueno. E ir juntos al pueblo para comprar un poco de queso o unos dulces se convertía en una fiesta. Y fue precisamente una tarde en la que regresaban de hacer unos recados cuando descubrieron qué era lo mejor de todo. Martín acompañaba a Blanca Luz para llevarle unos paquetes que pesaban. El sol se estaba poniendo tras las colinas. Había llovido y el aire continuaba húmedo, pero el cielo se había teñido de distintas tonalidades anaranjadas. A esa hora y tras el aguacero, casi no había nadie por la calle y esa en concreto por la que paseaban se hallaba desierta. Llevaban toda la tarde contándose millones de cosas. Por eso se sentían tan ligeros de sí mismos y tan llenos el uno del otro. Ya no se les ocurría qué más decirse. Justo en ese momento pasaban por una calle en cuesta que desembocaba en el único puente de la ciudad: uno de piedra, que desde el siglo XII llevaba reflejando en las cristalinas aguas del río dos de sus arcos, uno más achatado, el otro ligeramente en punta, permitiendo que las gentes se internasen en los campos que se extendían al otro lado. Entonces, Blanca Luz, al tiempo que lo señalaba con la barbilla, coronada por una sonrisa traviesa, le propinó un manotazo a Martín y lo retó:

—¡A ver quién lo cruza antes!

Y echó a correr. Los dos segundos que tardó Martín en hacerse cargo de lo que le proponía y seguirla bastaron a Blanca Luz para sacarle una considerable ventaja. Los pies de ambos provocaron un estruendo en la quietud del atardecer, y sus carcajadas, al rebotar contra las piedras seculares, se adueñaron del espacio, resonando por toda la ribera. Fue la pendiente hacia

abajo la que les permitió llegar al puente, porque, flojas las piernas y la risa, apenas podían con su alma. La estructura del puente trepidó cuando lo pisaron, en primer lugar, las suelas de Blanca Luz. Apenas una fracción de segundo después, se sumaban las de Martín. Ella emitió un grito gutural de triunfo. Se detuvo en seco y de improviso. A él casi no le dio tiempo a imitarla, y la tuvo que abrazar para no arrollarla. Ambos se dejaron caer desmayadamente contra el pretil.

—¡He ganado, he ganado! —se pavoneaba Blanca Luz.

—Sí, claro, porque eres una tramposa —la acusó Martín entre carcajadas.

Traían los rostros sofocados, las ropas empapadas de sudor y el cuerpo agotado de reír. El día también se había agotado. De modo que solo quedaban ellos. Recogieron los paquetes que habían soltado en mitad de la calle al empezar la carrera y emprendieron el camino de vuelta. Al lado. A la vez. Y así probaron esa alquimia misteriosa, ese milagro genial, que hace que dos personas determinadas se pongan de acuerdo para volver juntas a casa. Cuando eso ocurre, nace un lazo que, aunque se pueda desatar, no se romperá nunca. Por eso, cuando llegaron a la calle Campana, dejaron en la cocina los paquetes, y, de un modo tácito y natural, sin ser muy conscientes de lo que hacían, pero sabiendo que debían hacerlo, subieron a la buhardilla de Martín y se desnudaron mutuamente, reconociéndose cada milímetro de la piel con caricias de una sola pieza, para tenerse sin coartadas.

Detengo la lorita. Me pongo a mirar ensoñadoramente el techo. Como una boba. Me cortaría un brazo por vivir un romance así. La vieja tuvo suerte, desde luego. Ese hombre tenía que ser... Entonces caigo en la cuenta de que no le pongo cara a Martín Pendragón. Tanto oír hablar de él, escribir su nombre y levantarle crónica a sus besos, y resulta que no sabía ni cómo tenía la jeta. Acudo a una enciclopedia que compramos por fascículos y que cría polvo en una estantería de mi casa. El tomo de la P. Pe. Pen. Penacho. Un poco más adelante. Penicilina. Me paso de largo. Péndulo de Foucault. Ya casi. Y aquí está. Pendragón, Martín. Célebre pintor del siglo XX. Nacido en... Al lado de la columna biográfica, una minúscula fotografía en blanco y negro, de cuando él pudiese tener unos treinta y tantos años. No puedo evitar acariciarlo con la yema del dedo. Un rostro sereno, de cejas largas y rectas,

nariz noble, ojos grandes y oscuros, boca carnosa y regular, cabello suave y abundante, partido por una raya en medio y ondulado ligeramente en las sienes. Un tío guapetón, vamos, ante el que cualquier pánfila podría caer rendidita en un pestañeo. Un tipo apto para el amor y para el dolor. Con brazos, pene y corazón. Y, sin embargo, Martín Pendragón es un misterio. Apenas se ha publicado nada sobre su figura. Lo poco que el mundo conoce de él, aparte de sus maravillosos cuadros, se resume en ese retrato y en unos pocos párrafos arrinconados en una enciclopedia. A eso se reduce lo que queda de la grandeza. Si se piensa en esos términos, la verdad es que duele un poco: que la historia de ese hombre solo sea una palabra de tantas, encajonada entre «pendón» y «pendular». Pero me consuela imaginar que tal vez pueda convertirse en algo más. Al menos, si yo la cuento bien.

Martín solía dibujar cosas en la espalda tersa y desnuda de Blanca Luz con los dedos, para adormilarla, y ella adivinaba de qué se trataba. Aquel juego era un idioma que solo entendían ellos dos. Una noche no fue una paloma ni un árbol ni un sol lo que trazó con su dedo, sino unas letras. Blanca Luz se volvió para mirarlo, conmovida, y le preguntó con voz trémula:

—¿En serio?

Martín sonreía.

—Sí.

—Yo también a ti. Muchísimo. Y para siempre.

Y se abrazaron con la emoción y la entrega de haberse confirmado por primera vez cuánto se querían. Ambos lo sabían desde hacía tiempo, pero hasta entonces no se habían atrevido a confesárselo. Y, ahora que por fin habían estrenado esas palabras en sus espaldas, se dedicaron a repetirlas, por el simple placer de escucharse pronunciándolas en voz alta. Se separaron un poco, para poder contemplarse. Martín flexionó el codo, apoyó la cabeza en su puño y entrecerró los ojos mordiéndose los labios, como si le costase creer la inmensa suerte que retenía entre los brazos.

—Eres todo lo que podría desear, Blanca Luz.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? —le preguntó ella esponjándose de placer y besándole el cuello, bajo el mentón, sintiendo los pelos hirsutos de su barba.

—¿Qué podría ser más valioso para un pintor que una mujer que contiene todos los colores? —siguió él, abrazándola de nuevo, perdiéndose en el nimbo que emanaba de su cuerpo, tan suave y calentito como el plumón de un nido.

Ella se rio:

—¿Cómo que todos los colores?

—Claro. Mira. Por un lado está tu pelo rojo —indicó entretejiéndoselo en los dedos—, por otro, tus labios y tus pezones rosados. —Y lamió y mordisqueó ambos. Ella cerró los ojos ante el placer que sentía—. Y luego están tus ojos.

Blanca Luz los abrió de nuevo y de golpe. Y se encontró con los de Martín. Jamás nadie la había mirado así. Sentir esos ojos completamente enamorados metiéndose en los de ella, trepanándola, era una experiencia que la trastornaba. Abismarse en lo más hondo de un pozo lleno de deseos que no dejaban de refulgir y de brillar. Lo más intenso y hermoso que le había pasado nunca. Solo vivía para aquella sensación de estar continuamente a punto de desbordarse, de reventar, de saltar por los aires, de romper a llorar de pura felicidad.

—¿Qué pasa con mis ojos?

—Que en ellos está el azul, y el verde, y el amarillo, y el añil, y el violeta... Que son de todos los colores y de ninguno. Eso es lo increíble, Blanca Luz. Que me has regalado un color nuevo, que solo conozco yo. En ese color tendría que estar pintado el amor.

—Bueno, si soy de todos los colores, entonces seré blanca, ¿no? En el blanco viven todos los colores. Como en un arcoíris. Como en la luz.

—Exacto. La luz es blanca. No importa bajo qué color aparezca. En el fondo, siempre es blanca. Y tú eres Blanca Luz. Y eres mía. Mi blanco. Y mi luz.

Los meses pasaron y si les hubieran preguntado qué habían hecho en ese periodo de tiempo, solo habrían podido responder que quererse. Chema se había dado cuenta desde el principio. «Martín, estás *atontao*, ¿eh? Qué fuerte te ha dado, chico». Su amor era todo lo que recordaban. En los límites de una buhardilla. Se conocían, pero no en el sentido bíblico. Cada vez que lo intentaban, a Blanca Luz la poseía un miedo irrefrenable que la hacía cruzar las piernas. Y lo suplían con conversaciones que parecían carreras de fondo y que dejaban tan exhaustos a los corredores que, al terminarlas, no les restaban más fuerzas que las que se requieren para dormirse abrazados, invadidos, eso sí, por el placer y la paz de saber que se encontrarían el uno con el otro nada más despertar.

—¿Sabes, Martín? A veces no puedo evitar sentirme mal.

Él estaba aletargado, paseando la mano con indolencia por la espalda de ella. Detuvo la caricia y, despabilándose, irguió el cuello para mirarla.

—¿Por qué?

Blanca Luz titubeó:

—Pues porque... te va a parecer una tontería, pero a veces creo que soy demasiado feliz.

Martín soltó una carcajada:

—Madre mía. Te compadezco, Blanca Luz. Menuda tragedia la tuya. Pobre de ti.

Ella sonrió, mordiéndose los labios, y le dio un manotazo:

—¡No te rías, bobo, que es muy serio lo que digo! Verás, te explico. Yo voy por el mundo, ¿no?, encontrándome con gente cuya vida es mediocre y gris, incluso miserable. Y yo, en cambio, me siento una privilegiada en medio de esas personas. Como una elegida tocada por la gracia. Propietaria de un tesoro del que solo gozamos tú y yo. En comparación conmigo, el resto de la gente es como..., como un ejército de desposeídos, ¡eso es! Y me siento mal, porque ¿qué he hecho yo para merecer ser más feliz que el resto? Me pasó lo mismo cuando murió mi madre... Al principio pensé que no volvería a ser feliz. Por eso la primera vez que me reí después de su entierro me sentí tan culpable. ¿Qué derecho tenía a estar contenta, cuando ella ya no podría volver a reírse nunca más? Era injusto.

Al oír esto, Martín la apretó contra sí y la besó con furia, como si se pudiera proteger de la tristeza al ser amado con la humedad y la hondura de los besos. Blanca Luz le dejó hacer, hasta que se sintió lo suficientemente reconfortada para proseguir:

—Y, a la vez, cuando tienes un tesoro así, empiezas a temer constantemente que un buen día lo pierdas, sin más, con la misma facilidad y arbitrariedad con la que te llegó, y te conviertas en uno de esos desposeídos, pero con la desgracia de que has conocido otra cosa, y que, por lo tanto, estarás condenado a añorarla de por vida. Cuando algo nace, nace también el miedo de que se muera. Y no sé..., cuando la felicidad es tan insolente..., tan..., tan obscena... es de temer que algún dios encargado de velar por el equilibrio de las cosas se sienta insultado, desafiado. Y que se apresure a quitarte el premio del que te has estado beneficiando injustamente. Los ultrajes tan evidentes no pueden durar toda la vida.

Martín lo pensó un momento, le revolvió el pelo y le dijo:

—Estás loca.

—Ya lo sé. No me hagas caso. Ay, ahora me da vergüenza lo que te he dicho.

Y Blanca Luz se escondió como un gato mimoso en la axila de Martín. Él la acogió de buena gana y se arrimó más a ella.

—Bueno, no es tan descabellado eso que dices. De hecho, no eres la primera a la que se le ocurre.

—¿Ah, no?

—No. Eso ya se le ocurrió hace un montón de siglos a Platón, así que estás hecha una ilustre filósofa, señorita.

—¿Qué dices? ¿A Platón? ¡Anda! ¡No te burles!

—¡Que es verdad, boba! Lo escribió en *El banquete*. Es el único libro de él que me he leído. Y pone que en tiempos muy remotos había, además de hombres y mujeres, una tercera clase de seres humanos que eran dobles. Tenían dos caras, cuatro brazos, cuatro piernas...

—¡Me estás tomando el pelo!

—¡Que noooo! —insistió Martín—. El caso es que estos seres humanos, que se llamaban andróginos o algo así, eran, como es de suponer, el doble de rápidos que los hombres y las mujeres normales, el doble de fuertes, el doble de listos... Eran tan poderosos que a los dioses les entró el miedo, como a ti, de que les plantaran cara. De que se rebelaran y les ganaran la partida. De modo que decidieron castigarles, separándolos.

—¿Cómo?

—Pues partiéndolos por la mitad, porque así dividían sus fuerzas, y ya no suponían un peligro.

—¿Y qué pasó?

—Pues que lo lograron, pero, desde entonces, las dos mitades separadas se dedican a buscarse por el mundo, con el objetivo de reunirse y volver a ser uno. Y, según dice Platón, en eso consiste el amor. Dos mitades que antes eran un todo y que quieren reencontrarse para serlo de nuevo.

—¿Seguro que Platón escribió eso? —preguntó Blanca Luz con incredulidad.

—Bueno, al menos eso es lo que yo entendí. Lo decía todo de una forma mucho más complicada y enrevesada, pero la idea general era esa: la versión griega del «arrieros somos, y en el camino nos encontraremos».

—Hum —masculló Blanca Luz. Ambos se quedaron unos minutos en silencio, acariciándose distraídos. Y entonces ella añadió—: Es una historia bonita, pero falsa. Seguro que la interpretaste tú mal, a tu conveniencia. Un hombre tan inteligente como Platón no pudo escribir algo que es tan manifiestamente absurdo.

—Hombre, ya tardabas. Oigamos lo que tiene que decir el espíritu de contradicción —se mofó Martín.

Blanca Luz le sacó la lengua y declaró:

—No me creo eso de que en el mundo solo haya una persona que sea para ti. Una mitad a la que estás destinado y que sea esa y solo esa o que de lo contrario te quedes incompleto... Tiene que haber muchas con las que encajes. Puede que haya una distinta en cada momento de tu vida, porque si no, ¿qué probabilidades hay de que encuentres justo a esa? Es una chifladura. O pongámonos en lo peor, ya que estamos. Imagínate que tienes la inmensa suerte de encontrarla. Y ojo, que, admitiendo esa posibilidad, ya estoy siendo generosa. Pero, bueno, seamos generosos. La encuentras. Vale. ¿Qué pasa si os encontráis y tu mitad decide que no quiere serlo, que no quiere juntarse contigo?

—Pues eso significaría que no era tu mitad. Que te has equivocado y que tienes que seguir buscándola. Por definición, esas dos mitades que antes eran un todo lo que más desean es unirse.

—Ah, no, no. Eso es lo fácil. Decir que esa persona no es para ti y seguir buscando. No, no, eso no vale. Imagínate que has tenido la desgracia de que tu mitad sea estúpida, o despistada, o que tenga un mal día, o que le guste ir a la contra. Entonces ¿qué?

Martín puso los ojos en blanco y dijo:

—Siempre rizando el rizo, ¿eh?

—Pues sí. —Se rio Blanca Luz cogiendo uno de sus propios bucles y enrollándoselo en el dedo.

Martín también se rio y replicó:

—Pues en ese caso, supongo, niña testaruda, que las dos mitades no se juntarían pero, aun así, seguirían buscándose. Deambularían separadas por el mundo, pero, al final, por su naturaleza, por instinto, por fatalidad, o por lo que sea, siempre terminarían hallando algún modo de encontrarse, sin poderlo remediar.

—¿Y eso no les haría sufrir?

—Por supuesto. Como a condenados —aseguró Martín—. Aunque supongo que, a la vez, esa sería la única forma que tendrían de ser felices.

Se quedaron otra vez en silencio, hasta que Blanca Luz apuntó:

—Oye, y la manera de volver a ser uno, me imagino que sería... poseyendo a la otra persona, ¿no?

—Supongo.

—Entonces tú y yo todavía no somos uno. Nunca me has penetrado.

—Como si lo fuéramos, Blanca Luz. Yo, al menos, siento que sin ti no estoy completo. Considérame enteramente tuyo.

La besó y se durmieron con la tranquilidad y la inocencia de quienes se saben dueños del Edén, lo suficientemente jóvenes como para poder soñar que por delante les quedaba todo el tiempo del mundo para ser un andrógino feliz.

Ni siquiera era mediodía y, en el estudio, el calor no dejaba parar a nadie. La atmósfera, caliginosa; las superficies, húmedas; los cuerpos, empapados. En la vieja ciudad del norte no estaban acostumbrados a sudar. Eduardo se maceraba dentro de sus ropas, dado que bajo ningún concepto hubiera osado aflojarlas, no fuese a pecar de desaliño. Por el contrario, Chema hacía más concesiones a que el aire se pasease por su anatomía y, por ende, se había desabrochado subrepticamente unos cuantos botones de la camisa. Martín se refregaba de cuando en cuando la frente con un trapo mojado. En lo que respecta a Francisco Miranda, se abanicaba con unos papeles, más rubicundo de lo habitual, y amenazaba con caer redondo al suelo de un momento a otro por obra y gracia de una lipotimia. Todos se sentían pegajosos y rehuían el contacto, asqueados de sí mismos. Tampoco la labor pictórica avanzaba a buen ritmo ni de manera prometedora. Sus artífices aplicaban las pinceladas lánguidamente, con desgana, y el cerebro nublo, en huelga después de que la inspiración hubiese partido de vacaciones a latitudes más templadas, a las que, al menos, llegase un golpe de brisa marina. Los propios colores parecían desleírse conforme los trasladaban al lienzo, desfigurándose, derritiéndose bajo el beso tórrido de la cánicula. Se abrió una ventana. Varias moscas entraron zumbando y se convirtieron en un molesto chisporroteo. El tiempo transcurría lento.

—¿Podríamos, al menos, correr las cortinas? Con esta chicharrina nos

vamos a cocer como gambones.

El protestón era, cómo no, Chema. Por una vez, Eduardo no pareció discrepar demasiado de su sugerencia, y de haberse producido una votación a mano alzada, la de Martín se habría levantado como una espadaña para apoyar a su amigo, tanto por lealtad como por simple conveniencia. Sin embargo, Francisco Miranda no creía en la democracia, por lo menos en la susceptible de instaurarse en un aula.

—Por supuesto, si nos dispusiésemos a dormir la siesta, señor Casabella. Pero, dígame, ¿cómo piensa pintar en la penumbra? ¿Es usted capaz de distinguir los colores en la oscuridad? Si es así, le felicito: puede enrolarse en un circo y amasar una fortuna. De lo contrario, me temo que tendrá que seguir desarrollando su arte a plena luz del día y recocerse en su propio jugo.

Para dotar de más efecto y contundencia su sermoncillo, el profesor hizo restallar los papeles que le servían de paipái contra el tablero de su mesa, y se sonrió cachazudamente, encantado con su forma de practicar la docencia. El alumno, sin embargo, no compartía su percepción sobre este particular, y, resignándose a tomar cartas en el asunto, emitió un suspiro, se puso a ordenar sus útiles de pintura, se despojó del guardapolvo que lo había tenido toda la mañana habitando en los infiernos, miró con displicencia al señor Miranda y, sin darle mayor importancia, anunció:

—En ese caso, por hoy ya valió. Me marchó, en la esperanza de que mañana habrá aflojado la calorina y podré continuar. Espero que no le importe.

El maestro lo contempló con incredulidad. E hizo constar:

—Pues, la verdad sea dicha, sí me importa. La clase no ha concluido. Sus compañeros tienen el mismo calor que usted, y aquí están, aguantando. Es una falta de respeto que se vaya así, sin más ni más. Un terrible agravio comparativo.

—No, señor Miranda —le rebatió Chema con una expresión sospechosamente compungida—. En eso se equivoca usted de parte a parte. El agravio comparativo es conmigo, que poseo el doble de grasa corporal que ellos. Le aseguro que lo estoy pasando infinitamente peor que estos alfeñiques. Además, ellos son tipos duros. Y yo, un blandengue. ¿Verdad, muchachos? —Dirigió una mirada interrogante a sus condiscípulos: a Eduardo, como siempre, se le habían cuajado los ojitos de reproche ante el desparpajo del compañero, y Martín asentía con vigor cómplice: «En efecto,

eres una nenaza impresentable, pero, eh..., te aprecio»—. Lo tengo asumido, de modo que no me compadezcan. Tan solo déjenme partir sin tenérmelo muy en cuenta. Es una obra de caridad como otra cualquiera. Dios se lo pagará.

Francisco Miranda puso los ojos en blanco a la vista de aquella causa perdida. Consultó su reloj y, al constatar que no restaba más de media hora para acabar con las lecciones, resolvió que no compensaba iniciar una discusión. Y menos, hay que reconocerlo, con aquel denostado calor encima.

—Como guste, señor Casabella. Lárguese con viento fresco, usted y toda su grasa corporal.

—Muchísimas gracias —replicó el indultado, juntando las palmas de las manos e inclinando la cabeza en un ademán muy oriental.

No le llevó más de un minuto desaparecer por la puerta. Martín y Eduardo se quedaron observándola fija, codiciosamente, como si por ella hubiese escapado la presa con la que contaban saciarse tras una jornada de cacería. Tan manifiesta resultaba la envidia que traslucían sus miradas, que don Francisco se vio obligado a llamarlos al orden e imponer un poco de cordura:

—Bueno, no irán a desertar ustedes también, ¿no? Les recuerdo que solo queda una misérrima media hora, ¡media!, para que no sigan el mal ejemplo de ese caradura. Podrán soportarlo, ¿no?

Por vergüenza torera, los interpelados tuvieron que decir que sí, que sí, que aquí se aguanta lo que nos echen, pues faltaría más. Y entonces, con la misma celeridad con que se había esfumado, irrumpió Chema de nuevo. Regresaba alterado. Los colores del sofoco, de repente, habían empalidecido.

—Pero ¿qué demonios ocurre? —inquirió el señor Miranda con suspicacia y fastidio.

Chema trataba de recuperar el aliento, tras haber subido las escaleras de tres en tres. Entre estertores, logró pronunciar:

—Es su hija, don Francisco.

—¿Quién? ¿Blanca Luz?

—No. La pequeñuela, Sofía. Está tendida en la entrada. Inconsciente. No respira.

El pánico ya se había apoderado del padre, sin dejarle reaccionar, cuando el armario del fondo de la habitación se abrió de sopetón, y de su interior salió, como un huracán, la Blanca Luz a la que había mentado hacía tan solo un instante. El horror de don Francisco se vio mínimamente atemperado por

el pasmo que le produjo la aparición cuasi mariana de su primogénita en un ropero. ¿Qué diablos hacía...? ¿Quién iba a sospechar...? Pero no. No había tiempo para esas elucubraciones. La propia Blanca Luz, acompañada de Martín, Eduardo y Chema, ya se precipitaba escaleras abajo. Sin resuello, don Francisco los siguió, embargado por un miedo atroz, que le punzaba cada músculo del cuerpo, frío de pronto en aquella mañana abrasadora. Llegaron en tropel junto a la niña, que parecía una muñequita desvencijada en el escalón de la entrada. Eduardo la estaba cogiendo en brazos, para meterla apresuradamente en el zaguán. Blanca Luz, desesperada, besaba su frente, que ardía. Martín salió en busca de un médico. La recostaron en el canapé del salón. Respiraba todavía, pero muy débilmente. Don Francisco, sin poder apartar la vista del pequeño cuerpo de su hija, se derrumbó en un butacón y comenzó a temblar violenta, espasmódicamente. Chema, sin saber qué hacer ni cómo resultar útil, le apoyó una mano en el hombro con compasión y se lo mantuvo apretado. El caos de voces y gemidos era apabullante, pero no duró más de cinco minutos: los que le tomó regresar a Martín en compañía de un galeno. El doctor los sacó a todos de la habitación, porque quería examinar a la niña a salvo de aquel gallinero. Fuera, en el vestíbulo, don Francisco permanecía inerte, con la mirada ida, y de cuando en cuando bisbiseaba:

—Como se muera, yo me muero.

A lo que Chema respondía con fiereza:

—No diga eso. No se va a morir, y usted, tampoco.

Eduardo se paseaba con nerviosismo de arriba abajo, y Blanca Luz, como si de este modo pudiese sustraerse a lo que estaba sucediendo («si no lo veo, no ha ocurrido»), ocultaba el rostro en el hombro de Martín, que la aferraba contra sí con todas sus fuerzas.

—Tranquila, se pondrá bien, ya verás.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente seguro.

—Ojalá tengas razón, ¡tienes que tenerla, maldita sea!

La espera, como todas las que son a vida o muerte, se hizo eterna. Pero incluso esas terminan. Al cabo de unos minutos, reapareció el médico.

—Ha sido una insolación, necesita que se le apliquen compresas frías, especialmente en la cabeza, para bajarle la temperatura.

Blanca Luz no esperó más. Visto y no visto, fue a la cocina y volvió con unos paños y un balde lleno de agua fresca, que se bamboleaba de un lado a

otro como si se tratase de un pequeño océano embravecido. Buena parte acabó encharcando el suelo del vestíbulo. Con ayuda del doctor, la improvisada enfermera colocó los trapos estratégicamente sobre la piel abrasadora de su hermana, con gran aplomo y dominio de sí misma, como si la paciente le resultase ajena. Desde el umbral, todos contemplaban la operación, mudos, anhelantes y como hipnotizados. Chema saltando, ora sobre un pie, ora sobre el otro; Eduardo mascullando una jaculatoria; Martín tenía a esas alturas muñones de tanto rebañarse las uñas; y el pobre padre se balanceaba adelante y atrás, agarrado al canto de una silla para que el mareo y las ganas de vomitar que sentía no dieran con él en el suelo y se complicase todavía más la situación. Ninguno abandonó la estancia, ni Blanca Luz la cabecera del canapé, hasta que los buenos oficios del doctor no obraron la bienaventuranza de que la pequeña abriera los ojos y regresara a la vida con todas las de la ley, que, por fortuna, había decantado la balanza a su favor.

—Está fuera de peligro.

Las palabras mágicas del matasanos arrancaron a Francisco Miranda de su silla y lo catapultaron junto a su hijita rediviva. Se arrodilló, con los ojos húmedos, le acarició el pelo pajizo y mojado con toda la dulzura de que era capaz y, por fin, la abrazó. Cuando notó aquel cuerpecillo tan frágil contra sí, se estremeció y, sin poder contenerse, rompió a llorar. Sofía, aún desorientada, parpadeaba indecisamente en la estancia umbría, y, al sentir las lágrimas de su padre, se dejó llevar por el impulso de rodear su cuello con los bracitos y sisearle:

—Sssh, no se llora.

Todos los que la oyeron no pudieron evitar sonreír, pese a que la tensión les tenía los nervios y los músculos tan agarrotados que incluso les costaba estirar los labios. Poco a poco, se fueron calmando, desperdigándose por la habitación, y se le prodigaron parabienes y agradecimientos al doctor hasta que se les agotó la saliva. Este, antes de dar por concluida la visita, les advirtió:

—Esta niña ha tenido suerte. Por poco no lo cuenta. Solo media hora más y habría sido demasiado tarde.

Al escucharlo, Francisco Miranda buscó con la mirada, centelleante y desvalida, a Chema Casabella, que enrojeció violentamente y, antes de que al maestro le brotase una sola palabra de los labios temblorosos, el alumno se adelantó, pidiéndole con su negativa de cabeza que no dijese nada, que no

hacía falta, y le retuvo una mano entre las suyas, estrechándosela con calor. Por último, la reunión se disolvió para permitirle el descanso a la pequeña convaleciente.

Aquella noche, en la buhardilla, mientras Martín le acariciaba los cabellos rojos que se esparcían a lo largo y ancho de su pecho, Blanca Luz, por primera vez desde que se conocían, se quebró. De pronto, lloraba y lloraba, soltando cuerda a todo el miedo y la angustia que se le habían represado dentro. Él sintió por ella una ternura infinita, y también, puesto que se le mostraba así (en carne viva, sin parapetos), que estaban más cerca que nunca. La acunó, le besó la frente, intentando consolarla, y no pudo evitar susurrarle:

—Sssh, no se llora.

Blanca Luz se rio entre las lágrimas que bañaban sus ojos. Aquellos ojos. Se aquietó un tanto, lo suficiente para articular con la voz pastosa:

—Si le hubiese pasado algo, no me lo habría perdonado.

—No es culpa tuya. Ha sido un accidente. Nadie podía haberlo previsto.

—No —remachó pensativa—. Yo la he descuidado, la he dejado sola durante horas enteras, sin darme cuenta de que todavía es una niña que me necesita. Tenía que haber estado pendiente de ella, en lugar de...

Blanca Luz no terminó la frase. Martín le oprimió el brazo con suavidad.

—Sssh, venga, no le des más vueltas. No sirve de nada que te tortures. Ha sido un día terrible, pero todo ha acabado bien, así que nos merecemos dormir bien. Descansa y mañana verás todo bajo otra luz.

Pero, a partir de entonces, no hubo día en que Sofía no estuviese vigilada por su hermana mayor. Y así fue como el ropero de la clase de pintura se quedó a oscuras, ya para siempre sin Blanca Luz.

—Y ¿por qué una decisión tan drástica? Entiendo que aquello fue un susto gordo, que se sintiese responsable en cierta medida, y que, en adelante, estuviese más encima de su hermana, pero renunciar por completo a un pasatiempo que la divertía tanto... No sé, podía haber encontrado maneras de...

Escucho en la lorita cómo he intentado que Blanca Luz me aclare por qué dejó de esconderse en el armario. No la he dejado meter baza y he proseguido con mi hipótesis:

—Ah, claro. Olvidaba que se había delatado a sí misma al salir en tromba cuando Chema alertó de que Sofía estaba inconsciente. Supongo que, descubierto su secreto, su padre ya no le consentiría que continuase cotilleando y menos si eso implicaba dejar sola a su hermanita.

Blanca Luz ha escuchado impasible mis conclusiones, que yo creía dignas del más despierto Sherlock Holmes. Pero enseguida me ha desengañado. Eso me pasa por contestarme yo sola.

—No, de haberlo querido, habría encontrado otras fórmulas para seguir... cotilleando, como usted dice. Buscarme ardides nunca ha supuesto un problema para mí. Pues ¡menuda era yo si algo se me metía entre ceja y ceja! —Y ha soltado una risa seca, asmática que casi se ha transfigurado en tos—. Además, mi padre no era precisamente la persona más indicada para hacer reproches sobre lo de desatender a seres queridos por andar uno enredado en asuntos... estéticos. De haberlo hecho, habría sido un hipócrita, y sí, el viejo tenía defectos, unos cuantos, pero no ese.

—¿Por qué lo dice?

Este arranque sobre las luces y sombras de Francisco Miranda, por inesperado, ha logrado desconcertarme. Y también, a qué negarlo, despertar mi interés.

Blanca Luz ha carraspeado, incómoda. En sus ojos de gata ha brillado el fastidio de haber hablado de más. Y ha consultado su reloj de pulsera.

—Esa historia nos llevaría mucho tiempo.

—Bueno..., tengo todo el tiempo del mundo —le he replicado, cruzando las piernas y entrelazando las manos en mi mejor disposición de escucha—. Le recuerdo que he abandonado un trabajo en Nueva York para venir hasta aquí a contemplarla. —El chantaje emocional puede funcionar si uno no abusa de él, y hacerse la víctima, también—. Y ahora que ya sé que existía un motivo, intuyo que más profundo, para que usted dejara de ocultarse en aquel armario, comprenderá que bueno... la historia no puede proseguir sin que yo lo entienda. Quedaría incompleta y así, en cierto modo, se estaría falseando.

Se ha mordido los labios. Ha titubeado un momento.

—No sé si me hace mucha gracia que salga a la luz...

He puesto los ojos en blanco.

—¡Por Dios! Me está contando su historia de pe a pa, y ahora me viene con esos remilgos... De perdidos, al río. Las cosas, o se hacen o no se hacen. Por lo que la he ido conociendo, pensaba que esa era su filosofía vital.

Mi discursito, cada vez más exaltado, ha conseguido intrigarla:

—¿Cuál?

—Que las medias tintas apestan.

Se le ha escapado una media sonrisa. Va a resultar que a la vieja le hago hasta gracia.

—De acuerdo. —Ha suspirado—. Ya que estamos... Casi todos los protagonistas de esta reliquia familiar están muertos ya, de modo que supongo que da igual que se la cuente. Pero, para hacerlo, tenemos que aparcar la historia en el punto donde estábamos y remontarnos unos cuantos años atrás...

Y he sido toda oídos.

Recuerda una casa muy oscura. Y pequeña. Además, como ella también lo era, y los niños todo lo ven mucho más grande, seguro que, en realidad, se trataba de una casa minúscula. Aunque puede que, sobre todo, resultase estrecha. Porque, de hecho, lo que recuerda es un pasillo. Angosto, húmedo. Recorrerlo le da miedo. Su madre la llama desde un extremo.

—¡Ven!

Ella se encuentra en la otra punta y, a pesar de que la voz es alegre, el pasillo se interpone. Así que se queda apoyada en la pared y se demora a propósito. Su madre (está lejos, lejísimos) se impacienta.

—¡Vamos! Ya eres una niña mayor como para que tenga que ir a por ti. ¿No ves que estoy cuidando del bebé?

Pero ella no responde. Ha decidido hacerse la loca. Sabe que solo es un pasillo. Pero tenebroso. Siempre que se interna en él, no puede evitar pensar que una bruja va a salir reptando por la rendija del zócalo y le va a agarrar los pies, con unas manos encallecidas y gélidas. Cuando su madre le dice por enésima vez que su terror es infundado porque las brujas no existen, a ella no le queda otro remedio que callarse, porque nunca ha visto ninguna. Pero las ha oído: un correteo tras las paredes, bajo el suelo que cruje; un chasquido sibilante, que no es sino su risa malvada. La risa con la que se ríen de ella, callando callandito, pero sin duda. Su padre dice que esos ruidos escalofriantes provienen de los ratones, que campan a sus anchas por los vericuetos de la casa. Los roedores constituyen una de las mayores pegas que

él le encuentra a su hogar. Pero la que le quita el sueño es otra. La luz. Su falta más bien. Porque sin luz no puede pintar. Y eso, pintar, es lo que más le gusta a su padre del mundo entero. Más incluso que las mariposas o el postre. Se lo confesó una vez que ella se lo preguntó y la respuesta la dejó asombrada. No imaginaba que hubiese algo preferible a ninguna de las dos cosas. Pero no la engañó, porque ciertamente se pasa el día entero con un pincel en la mano. Y quejándose a gritos porque no ve bien.

—¡En esta casa falta luz! ¿Quién va a alcanzar en estas condiciones la cumbre del arte?

Y menciona a un tal Miguel Ángel, al que ella no conoce (porque nunca se lo han presentado), pero que debe de ser un viejo amigo de su padre, ya que lo nombra con harta frecuencia. Uno que, al parecer, jamás habría logrado pintar el techo de la capilla de su pueblo si esta se hubiese hallado tan a oscuras como lo está su casa.

—¡Hay que marcharse de aquí! —concluye su padre, con una voz que resuena como un trueno por todas las habitaciones.

Su madre nunca le hace caso cuando se pone así. Se ríe de él, le acaricia el pelo, o el hombro, y lo llama cascarrabias. Pero luego, casi siempre se pone más seria, le cambia la cara (ella lo ha visto, asomándose por la ranura que deja la puerta cuando la creen dormida) y le pregunta:

—Sí, que nos vayamos..., pero ¿con qué dinero?

Y su padre nunca contesta. Como no terminan de irse, ella tiene que seguir viviendo allí. Y eso implica recorrer el pasillo. Lo peor es cuando llega a la mitad. Ya es tarde para volver sobre sus pasos, pero aún queda mucho para encontrarse a salvo. Por eso, a medio camino, suele paralizarse. Permanece quieta en el silencio oscuro, escuchando las sombras de los ruidos lúgubres, incapaz de avanzar o de retroceder. Cada vez le cuesta más. Al principio, le daba solo un poco de susto. Ahora, la hazaña ya supera con mucho sus fuerzas y su mejor voluntad. Por eso, porque se ha quedado clavada en el sitio, en esa ocasión su madre ha ido a buscarla.

—¿Qué haces ahí, pasmarote?

Para decirlo, ha arrugado la frente y puesto los brazos en jarras. Está claro que va a reñirle «por asustadiza, por boba, por gansa». Ella la mira desde abajo con sus ojitos intimidados, esos que las demás niñas juegan a adivinar de qué color son, sin llegar a ponerse nunca de acuerdo. Pero entonces, su madre meneaba la cabeza, se muerde los labios, con los que sonrío de pronto, y

le extiende la mano. Para que se la dé. Le entrevera los dedos y se pega a ella:
—Vamos juntas.

Comienzan a andar despacito. En un primer momento, contiene el aliento, temiendo que de un instante a otro se la trague la oscuridad. Pero no ocurre nada. A un paso le sigue otro. Siempre aferrando la mano de su madre y apretada a su cuerpo. Tanto, que nota el repiqueteo de su corazón detrás de la piel. Le late muy aprisa. ¿Será que ella también tiene miedo, por mucho que finja lo contrario? Ya casi han arribado al tramo más difícil, el punto crítico, el ombligo del terror: la mitad del pasillo. Tal vez por eso a su madre se le ha acelerado el pulso en las muñecas. Y ella cierra los ojos y suplica (no sabe a quién) que no aparezca la bruja. La de las manos encallecidas y gélidas. De pronto, es la mano de su propia madre la que siente helarse en su puño. La atraviesa un escalofrío. ¡Ha empezado a escucharse la risa, la risa sibilante, la risa malvada! Se suelta y grita. Grita con toda su alma. Pero no..., no es una risa. Son toses. Su madre tose, doblada sobre sí misma, en la oscuridad de mitad del pasillo. Para que cese en sus chillidos, la atrae hacia sí y, por debajo de la tos, le sisea:

—Sssh, tranquila. No pasa nada. Solo soy yo.

Avergonzada, se serena y vuelve junto a ella, que aprovecha para apoyarse en su hombro. Tienen que detenerse unos segundos, pero, por un momento, se le ha olvidado dónde están. Hay algo, ignora qué, que de repente le ha dado más miedo. Luego, su madre parece reponerse y solo entonces reanudan la marcha, poquito a poco, a pisadas cortas y despaciosas. Y, por fin, llegan al final del pasillo.

Pero no por eso llega el final de las toses. Sigue oyendo a su madre de madrugada, cuando ahí fuera todavía está oscuro, y ella, en la cama. Las paredes son de papel y muchas noches se despierta. El bebé, su hermana menor, también, y llora hasta que la calman. Por la mañana, le pregunta si está resfriada, y su madre le contesta que sí, que es un catarro latoso, pero que pronto se pondrá buena. La tos suena muy honda, como desde dentro, dentrísimo, de un pozo. A veces, cuando le estalla en el pecho, su padre le posa una mano en la espalda, y los ojos se le llenan de preocupación.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Su madre, que en esas ocasiones siempre está pálida, asiente con una sonrisa.

—Ya se me pasa.

No siempre que tose su padre la escucha, porque con frecuencia no se halla en casa. La mayoría de las veces ha salido a pintar al aire libre (como unos artistas que, según dice él, eran impresionantes... o impresionables, no acaba de entenderlo bien). Allí, en la naturaleza, sobra toda la luz que falta en los cuartuchos donde ellos viven. A su padre cada vez le gusta más pintar de esa manera. Y, por eso, cada vez pasa menos tiempo en casa. Así que no escucha las toses. Pero ella, oculta tras unas cajas, sí escucha a su madre esa mañana. Está hablando en el patio con una vecina. Una vecina que, además, es su amiga.

—*Quia*, pero ¿has ido a verlo?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que tendría que cambiar de aires. Estos, al parecer, no me van bien. Todo iría mucho más despacio si...

—Pues ¿a qué estás esperando entonces? ¡Márchate a un balneario, o..., o cerca del mar, donde *haiga* más calor!

—No puedo. No tenemos dinero para eso. La pintura aún no nos da para mucho, aunque estoy convencida de que en el futuro, más pronto de lo que imaginamos...

—Pero ¿tú has hablado de esto con tu marido?

Desde donde se encuentra, divisa a su madre mordiéndose los labios.

—No...

—¡Pues ya estás tardando! Dile que se quite de esas mamarrachadas de los pincelitos y los pinturetes, y que busque un trabajo de verdad. ¡Que sea un hombre como Dios manda y que te mande a ti, con todo el dinero que gane, a un sitio que te venga bien! ¡Faltaría más!

—No, no puedo hacer eso... La pintura es su vida.

—¿Y eso te tiene que costar a ti la tuya?

La vecina se ha acalorado y, al oírla (su voz retumba ya por todo el patio), su madre se estremece, se apura, mira en derredor temerosa, y la acalla:

—Sssh, más bajo. ¡No grites!

Como la vecina le hace caso, el resto de la conversación tiene lugar en susurros. El único retazo audible de ese cuchicheo es una exclamación de la comadre: «¡Tú eres tonta de remate!». Ya no puede escuchar nada más sin exponerse a que la descubran. Se ha quedado muy confusa. Sabe que su madre está constipada. Pero la última frase de la vecina... Tal vez deba

contárselo a su padre. Pero es un secreto y, si no quieren decírselo a él, por algo será. Los adultos siempre poseen razones de peso para hacer lo que hacen, y nunca se equivocan. Mucho menos, su madre. Así que decide permanecer mudita como una piedra. Simular que no ha oído, que no ha escuchado. Pero un día ve. Ve, semanas después, un pañuelo con una mancha de color rojo. Despistes de su padre. Va dejando sus paletas y sus pinceles por cualquier lado, y acaba ensuciando toda la ropa blanca. Su madre, bastante a menudo, le regaña a causa de estos descuidos. Y pensarlo le hace sonreír: igualito que a ella cuando se embarra o se mancha mientras come. Esta analogía la hace sentirse solidaria con su progenitor. Así que, para evitar que mamá se entere y le eche una reprimenda, resuelve avisarlo, de modo que él mismo pueda limpiar el pañuelo a escondidas y, oye, como si no hubiera pasado nada. Lo encuentra en el diminuto estudio que hay en la parte trasera de la casa, donde se acumulan todos sus bártulos en completo desorden. Esa tarde no ha salido, porque llueve fuerte sobre la ciudad. De tanto en tanto, un relámpago culebrea en el cielo, húmedo y cargado de electricidad. Su padre no se fija en ella cuando aparece y se queda unos minutos contemplándolo desde el quicio de la puerta, callada e invisible como un hada. Se mesa la barbilla con extremada concentración, tiene los ojos entrecerrados, un lienzo ante sí, prácticamente vacío, y, en efecto, pintura roja por doquier. Lo ha pillado, ha dejado muchas pistas.

—Ejem, ejem.

Él vuelve de su ensoñación. Repara en ella.

—Eh, nena. ¿Qué estás haciendo? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Se encoge de hombros.

—¿Quieres ver lo que estoy pintando?

Asiente muy seria, embelesada en cierta manera, como si la fueran a hacer partícipe de un misterio trascendental o, simplemente, sí, eso es, de los asuntos de los mayores. Se acerca muy despacio. Se sitúa junto a su padre. Él le acaricia la cabeza y le señala el lienzo con el dedo índice. Empieza a explicarle una serie de cosas, pero ella no acaba de entender ninguna. Usa palabras largas, alguna que otra que no ha escuchado nunca antes en su vida. Su padre siempre habla un poco así. Pero, a la vez, no pierde ripio de lo que le cuenta, porque lo hace con un calor y un entusiasmo contagiosos. No comprende lo que dice, pero se lo cree. Incluso, en un momento dado, y a raíz de lo que está comentando, a su padre lo asalta la inspiración: da una

palmada, se le ilumina el rostro, coge el pincel, abandonado en un vaso, y traza una línea gruesa que, para ella, que lo observa con suma atención e intriga, apenas cambia el cuadro en nada, pero que a él parece encantarle. Se le nota eufórico. La zarandea suavemente y le dice muy contento, con mucha dulzura:

—A ver si va a resultar que eres mi musa.

Ella le corresponde con una sonrisa. Qué bien. Ha podido ayudar a su padre. Y entonces, por asociación de ideas, recuerda el motivo por el que ha ido a visitarlo. La ayuda que le preste esa tarde va a ser por partida doble. Saca el pañuelo, doblado con primor, del bolsillo del vestido donde lo ha custodiado celosamente. Lo agita delante de sus narices.

—¿Qué me enseñas?

—El pañuelo. Está manchado de pintura roja.

Se lo tiende. Su padre lo toma, lo examina, frunce la nariz.

—Esto no es pintura roja. Es sangre.

Ella siente de pronto que uno de esos rayos que están partiendo el cielo en dos la atraviesa de la cabeza a los pies. Se queda inmóvil, con las manos heladas, el corazón se le acelera. No sabe por qué, pero, ahora mismo, solo querría desaparecer, guarecerse en el rincón de alguna cueva donde no puedan encontrarla y llorar. Pero ya es demasiado tarde. No puede librarse de su padre. No le va a permitir que se escabulla tan fácilmente.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba por ahí. Pensé que se habría manchado al pintar, que se habría perdido. Que lo mejor era devolvérselo.

—Este pañuelo no es mío.

Su padre, a la luz de esta conclusión tajante, cavila, le da vueltas al pañuelo, lo escudriña. Y ella lo mira, angustiada por el descubrimiento y por lo que vaya a hacer a continuación. Al fin, se lo guarda en el bolsillo, muy pensativo. Pero debe de notar la preocupación en su carita, porque se agacha para que sus ojos coincidan a la misma altura, trata de sonreírle de una forma tranquilizadora, y la hace cómplice:

—Eh, no pasa nada. Será nuestro secreto, ¿vale?

Otro más. Cuántos enigmas en una casa tan pequeña. Cuánta oscuridad. Pero no le queda más remedio que sellar el pacto, indicando su conformidad con un movimiento afirmativo de cabeza.

Lo acaecido durante las semanas siguientes es un torbellino confuso,

fragmentario, en el que no podría encajar las piezas en su sitio preciso de verse obligada a completar el puzle. Todo son voces, más bien ecos, un zoótropo de imágenes fugaces, dotadas de colores que no concuerdan con los de la realidad (por ejemplo, sabe a ciencia cierta que su madre era morena y, sin embargo, en el recuerdo de aquellos días rápidos y abrumadores, siempre comparece con el pelo azul), un carrusel de sensaciones viscosas y avasalladoras que le rebasan el cuerpo y la mente, un mareo que le pone el estómago del revés, y la cabeza, patas arriba. Un mosaico roto, al que le han saltado las teselas, mezclándolas unas con otras, sin orden ni concierto.

El bebé llora. Ella se tapa los oídos. La vecina llama a la puerta. «¿Cuándo se lo dirás?». «Nunca». Se hace de noche. «¿Qué es esto?». Ella descalza y de puntillas —el suelo está frío—. La oreja pegada a la puerta. Un pañuelo del color del heliotropo. «Déjame explicarte...». Lluvia en el tejado. Manos heladas. Ratonés. Son risas. «¿Cuándo pensabas decírmelo?». Las doce en un reloj. «Demasiado tarde». Una línea roja en mitad de un cuadro. En medio de un pasillo. Mi musa. La bruja. «El doctor dijo...». Toses, muchas toses. Desde un pozo. Pintar, el sueño de una vida. El sacrificio de otra. Lágrimas amarillas. Golpe rabioso en la pared. Un abrazo. «No quiero perderte». «Lo siento mucho, amor mío». Manchas. «¿Dónde está la luz?!». Una casa minúscula. La cumbre del arte. «Ven aquí, hija mía». Un coche fúnebre verde manzana. «Sé feliz y, sobre todo, no tengas miedo». «¡No te vayas!». «Vamos juntas». Grita. «Sssh». Luto rojo. Los muertos descansan. Su padre llora. Como un bebé. Con el bebé en los brazos. «¡Que vengas!». El pasillo. El pasillo oscuro. Ella. En mitad del pasillo oscuro. En la otra punta ya no hay nadie.

—¿Pudo perdonárselo?

—¿A quién? ¿A mi padre?

—Ajá.

—Sí... Costó, claro. Pero qué sentido tiene... Yo misma me callé cuando podía haber tirado de la manta, y luego fue demasiado tarde.

—Usted solo era una niña...

—Qué más da. Todos somos responsables de nuestros actos, de lo que hacemos y también de lo que omitimos. Por eso, por mucho que no queramos

admitirlo, nadie se libra de causar la desgracia o la dicha de los demás...

—Aun así... —la he atajado.

Me ha interrumpido:

—Lo que quiero decir es que no me gustaría que sacase una impresión errónea de todo esto que ni siquiera tenía planeado contarle. No piense que mi padre era un mal hombre. Simplemente vivía enfrascado en su arte, su pasión, su sueño. Creía que podría ser más de lo que era. Y, cuando eso pasa, las personas se olvidan de lo que tienen, porque la cabeza se les llena con lo que imaginan que llegarán a tener. Y mi madre..., bueno, la pobre lo quería y era tonta de capirote. En el buen sentido, entiéndame. Abnegada, anteponiendo siempre la felicidad de los demás, ya sabe... Una mujer del siglo XIX. No concebía que él tuviese que sacrificar nada por ella. Y, de todas formas, mi padre lo pagó con creces. Ella murió, pero, a su modo, él también.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que dejó de pintar. No pudo hacerlo más. Por eso digo que, en cierta manera, desapareció. Nunca volvió a ser el que era. A raíz del fallecimiento de mi madre, se dedicó a enseñar. Se dio cuenta de que se las apañaba bien como profesor. Y esta era una vía de escape suficientemente honrosa para no tener que pasarse el día mirándole la cara a sus demonios. Pienso que fue una medida inteligente. De hecho, nuestra economía mejoró. Se trataba de un oficio bastante más lucrativo. Y, además, mi padre pensó que desde esa posición podría ayudar a los jóvenes que, como él, quisieran dedicarse al arte con todas sus fuerzas; apadrinarlos para, de alguna manera, evitar que se viesan empujados a la ruina más absoluta por consagrarse a su vocación, para que no tuviesen que escoger y renunciar. Ya ve, un romántico, un Médici de principios del siglo XX... De hecho, eso es lo que hizo con Martín Pendragón, como ya le he contado.

—En efecto.

—Lo que me recuerda que queda mucha historia por delante. Como nos durmamos en los laureles de mis traumas infantiles, no vamos a acabar en la vida. A este paso, me da un telele y se queda usted sin saber lo más importante.

—Sigamos entonces, por favor.

Tal y como había intuido Blanca Luz pese a sus pocos años, gracias a un fogonazo derrotista que decanta la madurez, los paisajes demasiado idílicos no tardan en correrse como una acuarela sin secar. En este caso, el detonante del desteñido fue Francisco Miranda, quien, una noche, contra lo que era su costumbre, decidió subir a la buhardilla para encargarle a Martín que, al día siguiente, fuese a comprar frutas bien temprano, antes del inicio de la clase en la que iban a pintar un bodegón. Era un joven fuerte y podría cargarlas con bastante más solvencia que él. Siempre había respetado escrupulosamente la parte alta de la casa desde que Martín se había instalado en ella: la consideraba su territorio, y allanarla, una intrusión en la intimidad del muchacho, algo imperdonable según su acendrado sentido de la discreción. Sin embargo, en aquella ocasión, no juzgó inoportuno visitarlo para efectuar esa petición de índole práctica. A medida que ascendía por los peldaños, comenzó a oír un cuchicheo. Unas risas sofocadas. Se escamó. Se disponía a llamar a la puerta, de hecho ya tenía prestos y en el aire los nudillos, cuando distinguió, en un murmullo, la voz de su hija mayor. Eso hizo que la abriese apenas una rendija, con un sigilo superlativo, precaviéndose del más nimio chirrido delator. Y vio, alumbrados por la luminiscencia irradiada por el tragaluz, a dos jóvenes abrazados, tal y como Dios los había traído al mundo, que dormitaban plácidamente y, de cuando en cuando, se arrullaban con alguna palabra almibarada susurrada a media voz. Una era Blanca Luz. El otro, Martín Pendragón. El señor Miranda dudó sobre la forma de proceder en una tesitura de este pelaje. ¿Debía atizar un golpe en el suelo con el tacón de la bota para advertir de su presencia y acto seguido abrirle una cuquera a su alumno predilecto? No. No era su estilo. Se olvidó de las frutas, optó por volver a cerrar la puerta y regresó a tientas a su habitación, inmerso en cábalas. En cierto modo, la escena no le había sorprendido. La complicidad que existía entre esos dos había alcanzado el rango de cuestión de Estado. Solo a un perfecto mentecato se le podría haber pasado por alto. Que la hubiesen llevado tan lejos era sin duda una execración, pero no sería ni la primera ni la última de esa clase que se perpetra cuando media esa enajenación llamada enamoramiento. Le molestaba que hubiesen llegado hasta ese extremo, pero lo entendía. Pues, ¿quién no ha sido un joven desbocado alguna vez? Él no hubiese podido tirar la primera piedra condenatoria. Se acordaba de algún que otro achuchón furtivo que... Pero esa

no era la cuestión. Su principal preocupación en aquel asunto estribaba en saber hasta qué punto se había involucrado su primogénita con Martín Pendragón. No es que el muchacho le desagradara. A fin de cuentas, él era quien había metido al zorro en su propio gallinero, pagándole por darle clases de dibujo. Lo había convertido en su favorito, e incluso, en un momento dado, había llegado a pensar que Martín se integraría algún día en su academia como profesor. Todo dentro de un orden. Pero entonces ocurrió lo de Gabriel Fonseca. Aquel episodio había hecho que la venda se le cayera de los ojos a Francisco Miranda, que así pudo ver claramente el peligro que entrañaba alguien hecho de la pasta de Martín. Alguien que miraba el mundo desde una perspectiva extraña, desde la que concebía ideas peculiares, y dotado de la fuerza y desfachatez suficientes como para llevarlas adelante, para anteponer su pasión a todo lo demás. Alguien que le recordaba demasiado al tipo de hombre al que jamás habría confiado la felicidad de su hija: él mismo, el Francisco Miranda de hace años (el pensarlo le incubó una piedra en el estómago). Por eso conocía tan bien a Martín: se trataba de un material demasiado inflamable como para no temer que quienes lo manipularan o entraran en contacto con él pudieran acabar saltando por los aires hechos pedazos. ¿Qué padre desearía ver a su vástago ocupando esa deleznable posición? Sin embargo, don Francisco también conocía de sobra el temperamento y los resortes que movían a la indómita y cerril Blanca Luz. De modo que podía pronosticar a ciencia cierta la reacción que obtendría si le desaconsejaba que siguiese frecuentando a Martín o si, simplemente y siendo expedito, se lo prohibía. Echándoles un pulso férreo, solo conseguiría que se estrechase más su abrazo. Que se fugasen juntos o alguna bestialidad de ese cariz. No, si quería que sus deseos prevaleciesen en aquel lance, debía ser más astuto. Tomar cartas en el asunto, pero no enseñarlas. No le iba a poner coto al amor, pero sí una prueba a su alcance y a su resistencia. Así, sería el propio amor quien decidiera si le merecía la pena quedarse a vivir en la buhardilla con aquella pareja.

Unos días después, el señor Miranda hizo comparecer a Martín en su despacho. Y le habló de París.

—Es una ciudad fascinante, repleta de oportunidades para un talento como el tuyo, muchacho. Aquí vas a ahogarte, mientras que allí encontrarás gente

que comparta tu visión del mundo, y que te dé alas de verdad. Las que yo pueda proporcionarte serán de cera como las de Ícaro, y en cuanto trates de acercarte un poco al sol, se derretirán. Y no nos engañemos, Martín. Tú eres la clase de persona que no renuncia al sol. Ahora te has replegado, tras el batacazo con Fonseca. Pero tú y yo sabemos que, tarde o temprano, querrás tocarlo otra vez. Tal vez en París puedan auparte lo suficiente para que llegues.

—Pero..., pero, ¿París? No sabría ni por dónde empezar... —barbotó Martín, totalmente abrumado.

—Tengo conocidos allí. Están dispuestos a acogerte y servirte de cicerone en tus primeros pasos.

Tras oír aquello, Martín no se planteó nada más. Francisco Miranda había esperado alguna otra objeción, y se había preparado para refutarla. No hizo falta. Martín salió de su despacho con el rostro resplandeciente, fue corriendo a buscar a Blanca Luz, se la encontró en la escalera, la tomó en brazos, y, sosteniéndola en el aire, dio con ella dos vueltas de júbilo y de baile.

—¿Y esto? ¿Qué celebramos? —inquirió risueña.

—¿Que hoy es el día en el que empieza el resto de mi vida!

—Pero, bueno, ¿se puede saber de qué hablas?

Martín la depositó en el suelo, hizo respingar su nariz y le dijo:

—Es algo formidable, Blanca Luz. ¡Me voy a París! Tu padre me lo acaba de ofrecer.

—¿Cómo que te vas a París? ¿Cuándo?

—Me voy allí a pintar, Blanca Luz. A aprender, a conocer a otros pintores, a contemplar otro horizonte, a abrirme puertas, a hacerme un hueco y un nombre... ¿Te das cuenta de lo que supone?

Martín le contaba esto arrebatado, valiéndose de los ojos, de las manos, de todo el cuerpo y toda el alma.

—Sí, claro, es fantástico. Pero ¿por cuánto tiempo?

—No lo sé, Blanca Luz. Voy a instalarme en Francia. Supongo que me quedaré unos años..., no sé. Todo dependerá de lo que ocurra allí. No se puede prever nada. Precisamente porque ahora, en París, es cuando empieza lo imprevisible. ¿No es genial?

—Sí, estupendo... Pero... ¿Y nosotros?

La cara se le había ido acartonando a Blanca Luz y en ella ya solo le quedaba un gesto de desconcierto y un rictus que delataba que, en algún

punto de sus vísceras, se había declarado un foco de dolor.

—Nosotros ¿qué? Nosotros nada. Nosotros seremos tan felices como ahora, o más si es que eso es posible. Ya nos veo paseando juntos por París, por las Tullerías, o por los Campos Elíseos. O navegando en un barco por el Sena. Y yo pintaré, y tú serás mi musa y te haré inmortal. ¡Es lo que siempre habíamos soñado, y se está haciendo realidad ante nuestras mismísimas narices!

—¿Ah, sí? ¿Eso soñábamos?

—Pero, Blanca Luz, ¡pues claro! ¿No eras tú la que siempre me decía que tenía que pintar? Pues eso es lo que voy a hacer. En París. Y te llevaré conmigo, tan lejos como pueda. Llegaremos... hasta el sol. Eso es, como ha dicho tu padre. Hasta el sol. Llegaremos allí y lo tocaremos. Tú y yo.

—Bueno, pues si lo ha dicho mi padre, habrá que creérselo —dijo Blanca Luz.

Y forzó una sonrisa.

—¿Por qué le ha dicho que se marche?

Había entrado al despacho sin llamar. Se quedó plantada enfrente de la mesa. Francisco Miranda levantó la vista de los papeles que estaba leyendo. Se quedó un momento en silencio. Un paladeo de tiempo muerto.

—¿A qué te refieres, hija mía?

—¡No me trate como si fuera tonta! ¡Lo sabe perfectamente! Le ha sugerido a Martín que se vaya a París. Y lo ha hecho para separarnos. Pero no lo conseguirá... No, no se saldrá con la suya. ¡No puede marcharse!

—¿Por qué, si es lo que él quiere? —apuntó el señor Miranda sin inmutarse.

—¡No! No sabe lo que quiere. Y aunque lo supiera, ¡me da igual! ¡No tiene derecho a alejarlo de mí!

—No soy yo quien lo aleja. Es él quien se ha dejado seducir por la idea. Pero hazme el favor de sentarte. Estás histérica —le reconvino su padre señalando la silla de caoba que se erguía al otro lado de su mesa.

De una patada, Blanca Luz tiró la silla sobre la alfombra.

—¡No! ¡Lo ha hecho a propósito! ¡Y no se lo perdonaré en la vida!

Los nudillos de Francisco Miranda se crisparon en el filo de la mesa.

—Yo tampoco te voy a perdonar que entres en mi despacho para maltratar

mi mobiliario sin atender a razones. ¿Podrías recoger la silla, por favor?

Blanca Luz le lanzó una mirada furiosa, pero se inclinó y devolvió la silla a su posición original.

—Gracias. Y ahora, por favor, ¿quieres sentarte de una vez y dejar que hablemos como las personas civilizadas?

Irritada y con su voluntad tironeando desde el otro extremo del dogal que su padre le había ceñido con sus pausadas maneras, se dejó caer en el asiento que le indicaba.

—Mejor. Y ahora, ¿qué quieres que te diga, hija? Ha sido una decisión suya, no mía. Sabes que no me importaría en absoluto que siguiera aquí con nosotros, pero no es lo que él quiere.

—Pero es usted quien le ha metido esa idea en la cabeza.

—Ha surgido la oportunidad y no tenía motivos para no hacerlo.

—¿Le parezco yo poco motivo? —La voz de Blanca Luz se revolvió como una bestia herida. Y se cargó de un sarcasmo que le centelleaba en los ojos—. Claro, lo olvidaba. El arte siempre en primer lugar, ¿no? Da igual a quién se lleve por delante.

Las palabras le salieron como balas de la boca. Apenas las había disparado y ya se estaba arrepintiéndolo, al darse cuenta de que había tirado a matar. Pero no había marcha atrás: la esclavitud de lo dicho, a la que nos vamos encadenando; cada sílaba, un eslabón.

Francisco Miranda se quedó rígido. El proyectil le había acertado de pleno en las entrañas, pero no podía denotar que estaba sangrando. Si no hay herida, no hay crimen. Derrumbarse en ese momento..., no. De modo que miró al techo, como si no se hubiese enterado. Juguetó con el cortaplumas. Se dio tiempo para serenarse, tiempo del que ella estaba igual de necesitada. Y suspiró:

—Se trata de su carrera. Aquí nadie lo entiende. Tú sabes que es brillante, que puede y se merece llegar todo lo lejos que él se ponga el listón. Y ni tú ni yo somos quiénes para impedirselo. Yo, porque sería muy mal profesor si pusiera trabas al crecimiento de mis alumnos. Y tú, porque no le querías lo suficiente si no fueses capaz de aceptar lo que él ha elegido para ser feliz.

Blanca Luz apartó la vista y asió la mirada a un rincón sin interés que, sin embargo, se convirtió en su pasaporte para no desintegrarse.

—Hija... —la llamó conciliador desde el otro lado, desde un lugar muy lejano.

—Es muy ruin lo que ha hecho —musitó ella.

—Pero ¿de qué estás hablando?

Entonces Blanca Luz se le encaró:

—A que nos vio. Nos vio en la buhardilla, la otra noche. Me di cuenta de que alguien abría la puerta. Y ya sé que para ningún padre es plato de buen gusto ser testigo de un espectáculo así. Pero es tan pusilánime que en vez de ir de frente y limitarse a ejercer su autoridad prohibiéndome que lo vea, ha maniobrado a mis espaldas, tentando a Martín con un caramelo para alejarlo de mí. Habría sido más hombre si me hubiese cruzado la cara de un bofetón y me hubiera atado a la pata de su cama.

Vaya. Se había creído muy astuto. Pero Blanca Luz lo era más.

—El bofetón debería dártelo ahora por atreverte a hablarme así —le espetó el señor Miranda, que, sin embargo, seguía sin perder la calma—. Pero no lo voy a hacer. Simplemente te diré algo, hija. No detectes tan alegremente la paja en el ojo ajeno y pases por alto la viga que puede haber en el tuyo. A fin de cuentas, como bien señalas, en ningún momento te he prohibido que continúes tu relación con Martín. Y, que yo sepa, no por marcharse a París, él está dispuesto a dejarte, ¿o sí?

—No, él no ha dicho nada de dejarme. Está deseando que paseemos de la mano por París —admitió Blanca Luz, malhumorada.

—¿Ves? Una cosa no implica la otra. Por tanto, estás viendo tú más problemas de los que en realidad hay. Quizá es que el problema esté en ti. Tal vez no te halles lo suficientemente segura de vuestra relación como para que tu amor por él resista la frontera francesa. Me has acusado de pusilánime. Mira a ver si ese pecado no lo llevas tú dentro.

Blanca Luz había llegado al despacho gritando y con las manos abiertas. Se fue en silencio y con los puños cerrados.

Todos estaban emocionados con el viaje de Martín. Era una deliciosa y excitante novedad que uno de los suyos se marchara a la conquista de aquella gran ciudad, en la que ese arte que llamaban de vanguardia era moneda de cambio de todos los días. Incluso el propio señor Miranda, olvidándose de cuáles habían sido las intenciones iniciales con las que había empujado al joven a la aventura, se hallaba imbuido del mismo espíritu entusiasta, y alardeaba ante cualquiera del vasto panorama que se le abría a uno de sus

discípulos. Y todos los que se habían escandalizado en el salón de la casa de la calle Campana ante el cuadro de Martín ahora lo paraban por las aceras para deseárselo suerte, con ese rasgo hipocritón del provinciano que se congratula de lo que antes no ha sabido apreciar, apenas los vientos viran de rumbo. La única que no estaba contenta era Blanca Luz, pero trataba de disimular, ocultando que en el vientre le estaba picando un nido de serpientes. Realmente, no quería aguarle la fiesta a Martín, ni menoscabar su ilusión en aquellos días en los que el muchacho iba flotando en una nube. Y se obligaba a alegrarse por él, ensayando sonrisas en el espejo. Se repetía la gran oportunidad que aquel viaje supondría para él, y lo mucho que ella había deseado siempre su triunfo. ¿Qué le ocurría ahora? Se trataba de una aversión sin fundamento, que la exasperaba, porque no la entendía, pero que era más fuerte que ella. ¿Por qué se enfadaba si Martín la seguía queriendo en su vida? Aun así, Blanca Luz no podía evitar sentir que los pies se le habían vuelto de barro.

Sin saber cómo, los días comenzaron a correr, todo fue más rápido de lo previsto y, de pronto, la partida de Martín se hizo inminente. En la casa de la calle Campana se convocó una fiesta para despedir al alumno aventajado, a la que fueron invitadas, otra vez, las más señaladas personalidades de aquellos contornos. Una noche antes del gran evento, Blanca Luz y Martín se dedicaban como de costumbre a disfrutar de su buhardilla, como si nada fuese a cambiar. Tras la escorrentía habitual de besos, Blanca Luz le retiró a Martín el pelo de la frente, lo miró a los ojos y le preguntó:

—Oye, Martín, tú ¿por qué me quieres?

—¿Y esa pregunta? ¿A qué viene, boba?

—No sé. Alguien como tú podría tener a la chica que quisiera. ¿Por qué yo? ¿Por qué te has fijado en mí?

—¿Alguien como yo? ¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes. Un genio que se va a París.

—Eso es lo que soy para los demás. Pero tú no te lo creas.

—En serio, Martín. ¿Por qué me quieres a mí?

El semblante de Blanca Luz no daba pie a la broma, así que Martín suspiró, se encogió de hombros y replicó:

—¿Por qué el cielo es azul? Seguramente tiene una explicación científica. Pero, si alguna vez la supe, ya no la recuerdo, y, la verdad, no me importa. Solo doy gracias a Dios por tenerlo sobre mi cabeza todos los días y poder

verlo.

Aquella respuesta, tan propia de Martín, irritó profundamente a Blanca Luz. Era la primera vez que le pasaba. El resto de la noche no pudo dejar de removerse inquieta entre los brazos de él. Sentía que se estaba ahogando. El calor de su cuerpo la agobiaba. Y sí. Le molestaba. El amanecer la sorprendió sin que hubiese conciliado el sueño un minuto, ojerosa, con el estómago revuelto y bañada en sudor. Pero no era como siempre el sudor del placer. Era el de la angustia. Y resultaba insoportable sentirlo sobre la piel. Unos días habían bastado para que el corazón se le volviera del revés. Por eso, cuando despuntó el alba, se desasíó de Martín diciéndole:

—Te veré esta noche en la fiesta.

Y cuando la velada iba casi a terminar, sintiendo que iba a vomitar y que no podía aguantarlo más, sacó a Martín a la oscuridad del pasillo para que ningún invitado los viese y le soltó:

—Ya no te quiero.

—Pero ¿cómo que ya no me quieres? ¿De qué estás hablando?

Martín no daba crédito. No sabía qué había podido pasar en el mundo para que, de pronto y sin previo aviso, se hubiese puesto cabeza abajo. Sin consultarle.

—Lo que oyes, Martín. Ojalá pudiera darte una explicación más satisfactoria. Sé que la mereces. Pero no puedo decirte nada más, porque realmente ni yo misma sé qué ha ocurrido. Ignoro qué ha cambiado, pero lo cierto es que..., que ya no están allí.

—Que no están allí, ¿quiénes?, ¿qué?, ¿dónde? —exigió saber, mientras la voz se le encabritaba.

Blanca Luz bajó la cabeza, y muy tenuemente replicó:

—Las mariposas en el estómago. Ya no están allí cuando te veo.

Martín la miró de hito en hito, con la mandíbula a punto de descolgarse del resto de su cara.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No... —contestó Blanca Luz con voz remisa, apenas audible.

—Pero ¿se puede saber de qué demonios estás hablando? ¿Qué mariposas en el estómago ni que niño muerto?

Blanca Luz alzó la vista entonces, para clavarla en los ojos de Martín, dolida pero desafiante a la vez.

—Pues sí, las mariposas. Las mariposas que me aleteaban en el estómago

cada vez que pensaba en ti, cada vez que aparecías por la puerta para entrar en la misma habitación en la que estaba yo. Esas mariposas que me indicaban que estaba perdidamente enamorada de ti, pero que ahora se han callado. Ya no las oigo, ya no las siento —se defendió Blanca Luz.

—Eso que estás diciendo es una soberana tontería. Una sarta de paparruchas —le espetó Martín, cargando su frase con los cartuchos del desdén.

—No, no lo es —le rebatió Blanca Luz—. Te quiero mucho, Martín. ¿Cómo no habría de quererte? Pero eso no es suficiente. Ahora es cuando empezamos nuestra vida. A vivir de verdad. Y no creo que pueda iniciarla siguiendo embarcada en un amor que ya no me basta. Sería un tremendo error.

Martín permaneció unos segundos sumido en un tenso silencio, escudriñando el rostro de Blanca Luz en la penumbra del pasillo, sopesando sus palabras. Al fin, dijo:

—Todo esto es porque me marchó, ¿verdad? Porque me voy a París.

—¡No! —Martín enarcó una ceja, y ella trató de explicarse—. Obviamente se trata de un paso muy importante, que, de alguna forma, corta el camino que seguíamos hasta ahora, hombro con hombro —prosiguió Blanca Luz—. Pero no es solo por eso, Martín. Si realmente estuviera convencida de que quiero pasar el resto de mi vida contigo, París solo sería un mal trago, pero que en ningún caso me impediría luchar por ti. Y, sin embargo, el que tu marcha me haga replantearme si quiero continuar sosteniendo esto constituye la prueba más evidente de que no deseo salvarlo. No con la fuerza necesaria como para lograrlo. Y tú te mereces a alguien que no dude. Y yo me merezco encontrar a alguien por quien sí estuviera dispuesta a entregarlo todo. Y me temo que tú no eres esa persona. Y no la encontraré si sigo contigo por..., por inercia o por miedo a dejarte.

Las palabras se le habían ido agolpando, cayendo desinfladas unas encima de otras tras haber explotado suspendidas en el aire quieto del pasillo. Hacía un calor asfixiante. Martín buscó el apoyo de una silla, con la mirada perdida, demudado. El paladar se le había inundado con un sabor a hierro y pólvora. Apenas podía tragar. Reunió todos sus esfuerzos para volver a fijar la vista en Blanca Luz y preguntar:

—Pero... ¿cuándo ha pasado todo esto que me cuentas? ¿Dónde estaba yo mientras ocurría todo eso?

—No lo sé, Martín —le contestó Blanca Luz con la mirada baja y empañada—. Supongo que ha sucedido poco a poco. Sin que yo misma me diera cuenta. He ido perdiendo la ilusión, como cuando coges agua en las manos, poniéndolas en cuenco, y se te va escapando entre las junturas de los dedos. De pronto ya no queda nada..., yo qué sé..., ya te digo que ojalá pudiera explicarte todo esto. Pero ni yo misma lo sé. Y no sabes cómo me duele.

Al decir esto, vertió una lágrima. La primera. Martín hizo caso omiso.

—Pues no se nota —apostilló con amargura.

Blanca Luz se sublevó.

—¿Te crees que estoy disfrutando? ¿Que no me afecta lo más mínimo?

—¡Pues no lo sé! ¡No lo sé, Blanca Luz, porque no entiendo nada! —gritó Martín levantándose de la silla—. ¡No soy yo quien de pronto decide tirar todo por la borda sin poder dar una mísera explicación razonable!

Estaba furioso.

—¡Entiendo que no te valga, pero es la única que puedo darte! No la quieres comprender porque duele, pero es así. Querías que te diera una excusa que aliviara el dolor, pero no la hay. Simplemente de la misma forma inexplicable y sin motivos por la que me enamoré de ti, se ha producido el proceso contrario. Puede resultar incomprensible. Y muy duro, ya lo sé. Pero es así. No puedo seguir engañándome ni engañándote a ti, pretendiendo que siento algo que se ha muerto.

Blanca Luz también se había exaltado. Le estaba destrozando destrozando a Martín, la única persona a la que había querido en su vida. Pero, a la vez, sentía que no le quedaba más remedio. Una fuerza ciega e imparable la arrollaba hacia delante y le hacía escupir las palabras. Solo podía correr, sin volver la vista atrás. Sabía que si seguía con él, terminaría enloqueciendo y ahogándose. Era algo que superaba sus fuerzas. Tenía que matarlo para seguir viviendo ella. Le repugnaba su egoísmo, pero aquello era cuestión de supervivencia. Si daba un paso en falso y no era sincera en aquel instante, acarrearía aquella carga el resto de su vida. Y no podía empeñar su futuro de aquel modo.

—Pero... Blanca Luz. —Martín la contemplaba atónito—. Querer a alguien es mucho más que estar enamorado. Es algo mucho más complejo que una mera ilusión, más que unas mariposas en el estómago, como tú las llamas. Esa ilusión no es real. El amor sí lo es.

—Ya lo sé —resopló la joven—. Sé que el amor tiene mucho de voluntad. De decidir quedarte al lado de la persona a la que amas. Pero creo que yo no te amo a ti lo suficiente como para querer tomar esa decisión. —Los ojos se le habían llenado de lágrimas—. Lo siento, Martín.

El muchacho volvió a sentarse, flexionó el cuello hacia abajo, apoyó los codos en sus rodillas y la frente, sobre las palmas de las manos. Se mesó los cabellos y se sostuvo la cabeza, con la mirada enterrada en el suelo. Blanca Luz, de pie, lo observaba, consternada. Al ver que no decía nada, se arrodilló junto a él y alargó la mano para tocarle la cara, pero Martín adivinó sus intenciones y se la apartó.

—No —le dijo con voz tajante—. No. Eso ahora no, Blanca Luz. No podría soportar que me tocaras. Acabas de destrozarme. Me has dejado en carne viva. Me has arrancado la piel a tiras. Si me rozaras ahora, aunque fuera con la yema de un dedo, me escocería tanto que me pondría a aullar. No.

Su voz sonaba a advertencia, y muy queda, muy suave. Blanca Luz emitió un sollozo. Martín se llevó un dedo a los labios y siseó, pidiendo silencio. Blanca Luz sollozó de nuevo.

—¡Que no llores! —estalló Martín—. ¡No eres tú quien tiene que estar llorando aquí!

—¡Ya lo sé! —admitió Blanca Luz, tratando de impedir que el llanto le entrecortara las palabras—. Ya sé que no es justo que llore yo. Pero es que..., lo siento tanto, Martín. Lamento tanto estar haciéndote daño, que yo...

Y volvió a sucumbir a las lágrimas, procurando esta vez que fueran recatadas y silenciosas. Martín se entregó a la tarea mecánica de respirar, para no morir. Notaba que la cabeza le daba vueltas. Se trataba de una sensación totalmente nueva: la de que el mundo a su alrededor se hubiera roto en pedazos. Era una expresión que la gente decía a menudo. Puede que hasta él mismo la hubiera pronunciado alguna vez. Pero se dio cuenta de que jamás había vivido nada parecido. Como si alguien hubiera arrojado una piedra contra la vidriera de una catedral, una vidriera que llevaba allí, luciendo en mil colores, desde épocas medievales, y los cristales se hubieran hecho añicos, cayéndole todos encima y clavándose en su piel. Pero lo peor no era aquella lluvia de cristal afilado. Qué va. Ojalá. Lo más terrible era el vacío que iba a quedarse en el vano donde, hasta ese momento, refulgía la cristalera. Un hueco desnudo. Irreparable. Por donde en lo sucesivo se iba a

colar el viento.

Martín se retorció los dedos.

—No es justo, Blanca Luz. Me convenciste para que te cogiera de la mano y recorrer un camino que íbamos a hacer juntos, pasara lo que pasara. Confié en ti. Me fui agarrando a tu mano más y más. Tan felices estábamos, y tan seguros de nosotros mismos, que nos pusimos a correr, a la par, pensando que podríamos echarnos a volar y salvar cualquier precipicio. Me hiciste creer que sería así. Y ahora que por fin llegamos al borde del abismo, te zafas de pronto de mi mano, y te quedas atrás, mientras yo sigo corriendo y me despeño, barranco abajo, teniendo que volver la cabeza para mirarte, pasmado, sin entender por qué me has soltado en el último momento y me has dejado caer...

Mientras lo decía, Martín iba tomando conciencia de la magnitud de lo que acababa de ocurrirle. De la irremediable desgracia que se le había echado encima: la injusticia incomprensible y terrible de hacer bien las cosas y no ser amado. Quería a una persona que le había correspondido y que en ese momento había decidido no hacerlo. A partir de ese punto, tenía que continuar solo. Blanca Luz no estaba dispuesta a acompañarle.

—Martín, yo... —balbuceó Blanca Luz, con los ojos anegados.

Él alzó la cabeza, rogando que apareciera de repente un atisbo de esperanza. Una frase de ella que, por encanto, borrara todo lo que ya se había dicho. Una sílaba que restaurara algo de la claridad que le habían robado en menos de una hora. Pero esa palabra mágica no existía. Lo verdaderamente trágico era que no había nada más que decir. Así que Martín se levantó. Al pasar por el lado de Blanca Luz, esta le suplicó:

—Lo siento.

—Por favor, Blanca Luz. No me pidas perdón. Estoy devastado. Las disculpas son..., son casi una burla. Como intentar tapar el sol con un dedo.

—Pero ¿me perdonarás, Martín? —Su voz sonaba cavernosa y empapada—. No podré vivir en paz sabiendo que no me has perdonado.

—No lo sé, Blanca Luz —dijo muy despacio—. Ni siquiera sé si seré capaz de seguir viviendo.

—¡Martín! —gimió ella, doblada por la angustia—. Ni se te ocurra bromear con eso.

—¿Bromear? Pero ¿en serio crees que puedo bromear ahora? —Tenía el rostro cadavérico. Blanca Luz redobló su llanto—. Mira, me voy. No aguanto

más aquí —sentenció Martín, perdiéndose pasillo adelante.

Mientras avanzaba, no sabía hacia dónde, sintió unas incontenibles ganas de vomitar. Un sudor frío le había inundado la frente, y las piernas le temblaban. Entró en la primera habitación que encontró. Estaba llena de personas, de luz, de sonidos, de risas, de brindis. Para él nada de eso existía. Había albergado la desesperada esperanza de que ella corriese tras él. Pero no lo había hecho. Se sentó en el canapé libre que había junto a la ventana y se quedó allí, muy quieto. Le habían quitado la mitad de su vida, pero el mundo seguía girando, sin que su pérdida le importara.

Habían transcurrido cuatro días desde la noche en que dejó a Martín. Cuatro días tristes, un poco sin sentido, en los que ni se acercó a la buhardilla, evitó en lo posible el estudio de pintura y comió a horas inusuales para no toparse con él, que, a su vez, también parecía estar evitándola, bailando así los dos una danza tácita y bien sincronizada para alejarse el uno del otro. A pesar de ser extraña en su propia casa, Blanca Luz se sentía aliviada. La angustia que le había producido pensar que iba a entregar su vida a un hombre que no era para ella se había extinguido. Ahora estaba serena. Volvía a estar a salvo, sin aquel peligro del amor. Le dolía el dolor de Martín, pero la tranquilidad que se había procurado a sí misma se imponía a todo lo demás. Había hecho lo que debía y esa sensación no se la podía arrebatar nadie. Se había desembarazado de aquella responsabilidad abrumadora. Y en cuanto a él, se merecía a alguien que no considerara que permanecer a su lado se trataba de una responsabilidad. Tendría que consistir en un placer, no en una carga. Se repetía todo esto y no podía dejar de felicitarse por su decisión, y por la valentía de haberla tomado. Se lo había contado a su padre dos días atrás.

—He terminado lo mío con Martín —le anunció en la mesa a la hora del postre, mientras él se comía unas ciruelas.

El señor Miranda suspendió un instante su ademán de llevarse una de aquellas frutas a la boca. La escrutó.

—¿Y estás bien?

—Sí —aseguró Blanca Luz—. Fue duro, claro. Pero era lo que tenía que hacer.

—¿Estás segura?

—¿Qué quiere decir? —se extrañó la joven—. ¿Por qué no habría de

estarlo? Usted mismo dijo...

—Sí, hija. Sé lo que dije. Pero eso, al final, solo lo sabe uno mismo.

—Pues sí —replicó Blanca Luz, con un ligero temblor vibrándole en la voz—. Soy consciente de lo que he hecho. Y es lo correcto. —Y agregó de carrerilla—: Voy a dejar que la pintura sea lo más importante en su vida.

—Bueno, entonces me alegra —concedió Francisco Miranda, aunque con una catarata de tristeza imperceptible velándole los ojos. Y apostilló—: No queda nada para que se marche a París, pero entiendo que, por breve que sea la estancia, te puede resultar incómodo que viva con nosotros. Si lo deseas, puedo hablar con él para que busque otro alojamiento hasta su partida.

—No —replicó ella—. No será necesario. Hasta ahora hemos podido esquivarnos. Lo soportaré, no se preocupe. —E intentó una sonrisa.

Aclarado ese punto, dieron cuenta del postre en silencio y por zanjado el tema.

En cierto modo, a Blanca Luz le sorprendía no haber sabido nada más de Martín desde aquella noche. Resultaba asombrosa la rapidez con la que alguien que lo había representado todo para ella hacía unas semanas se había evaporado de su mundo. Pero, de alguna forma, prefería que así fuera. Le facilitaba la tarea de reanudar su vida, fingiendo tal vez que él no había formado parte de ella. Se preguntaba si podría encerrar los meses que había compartido con él en un paréntesis, en un cofre del tesoro, y aparcarlos en la buhardilla, para recordarlos a su conveniencia, solo cuando lo deseara. Y, el resto del tiempo, simplemente seguir adelante sin que la turbaran, sin sentir su roce. Le pareció factible. Pero aquella calma era esa ficticia que precede al desencadenamiento de las tormentas. Blanca Luz no había tenido en cuenta que, por mucho que las relaciones se terminen, las personas que las protagonizaron no acaban con ellas. Siguen viviendo al margen, y pueden retornar en cualquier momento. Y ese momento llegó cuatro días después, cuando Martín apareció de improviso en el umbral de la salita, donde ella leía un libro. Blanca Luz pensaba que Martín había salido. Estaban solos en la casa y, al verlo, se quedó muda, petrificada. Estaba allí. Otra vez. Él. Tan real como siempre, como si nada hubiera pasado. Igual de sólido. Igual de guapo. Mirándola con los mismos ojos en los que se había perdido en innumerables ocasiones. El escudo tras el que se había guarecido se le cayó de las manos, como si Martín la hubiera desarmado con un simple mandoble.

—Hola.

—Hola —replicó ella, muy bajito.

Volvieron a quedarse callados.

—No esperaba verte —logró articular Blanca Luz—. Qué sorpresa. Pero pasa.

Se levantó rápidamente para acercarse a la puerta, y Martín traspasó el quicio. Su mirada, fija y hambrienta, perturbaba a Blanca Luz, así que se dedicó a hablar de trivialidades con una naturalidad desesperada, mientras el corazón le golpeaba con furor y desbocado detrás del pecho.

—¿Has visto cómo ha quedado el nuevo cuadro de Chema? Lo acabamos de colgar aquí —le indicó, al tiempo que señalaba una marisma bastante mediocre que pendía encima del dintel de la puerta—. Aunque sea tu mejor amigo, en confianza te diré que no me parece gran cosa, pero como para decirle que no la exhibíamos, con lo orgulloso que está de ella. Ha estado persiguiendo a mi padre toda la mañana con una carita suplicante de perro triste y, al final, el muy sentimental no ha tenido corazón para desengañarle. Pero estoy segura de que lo quitará a la menor oportunidad.

—Ya veo entonces que es un rasgo hereditario —dijo Martín sin poder contener su mordacidad.

Blanca Luz se volvió a mirarlo.

—Martín...

—Lo siento, lo siento —se apresuró a puntualizar él, alzando las manos—. Olvida lo que acabo de decir. He venido en son de paz.

—Oh, bien.

—Es que, entiéndelo, me desconcierta un poco que, después de lo que pasó, me veas y no tengas, al parecer, nada mejor que decirme...

—Vale. Lo siento. Me he puesto a parlotear como una cotorra porque me ha descolocado verte, pero tienes razón. No es lo más apropiado. —Martín asintió, aceptando sus disculpas—. Bueno, ¿de qué quieres que hablemos?

Martín tragó saliva, la miró ardorosamente y contestó:

—De lo mucho que te echo de menos.

Blanca Luz no pudo reprimir una sonrisa enternecida.

—Yo también te he echado de menos.

Y, al decirlo, se dio cuenta de que ciertamente había sido así, y le abrazó. Quería a aquel hombre. Muchísimo, pero...

—Y mira —agregó él separándose de ella—, quería darte esto.

Comenzó a rebuscar en una bolsa de cuero que llevaba colgada al hombro,

mientras Blanca Luz lo contemplaba sin verlo, abducida por el torbellino de pensamientos que zumbaban en su cabeza. Entonces Martín le mostró dos delicadas mariposas fabricadas con papel. Tenían las alas pintadas con una profusión de colores que emulaban los pergeñados por la mismísima naturaleza, y estaban surcadas por una red de nervios, como los hilos de seda de las telarañas, y por unos arabescos y unas manchas que formaban un tapiz prodigioso y mágico.

—¿Qué es eso? —inquirió Blanca Luz, sintiendo cómo se le ataba un nudo en la garganta.

—Bueno —replicó Martín enarcando una ceja, divertido, pidiendo clemencia—. Pretendían ser dos mariposas. La papiroflexia no es lo mío, así que cualquier parecido que puedan tener con la realidad es pura coincidencia. Peeero lo importante es que pueden revolotear en la tripa como las que más. Por eso te las he traído. Por si te las quieres tragar, para que vuelvas a sentir las cuando me mires.

El candor con que dijo aquello, tendiéndole el regalo que había hecho con sus propias manos, conmovió a Blanca Luz. Y le hizo entender mejor que ninguna otra cosa lo lejos que estaban el uno del otro. Si Martín le hubiera llevado aquellas mariposas en el pasado, habría caído a sus pies derretida. Y, en cambio, ahora solo podía sentir una dulce melancolía y la terrible incapacidad de corresponderle.

—Son maravillosas, Martín —le dijo la sonrisa más triste del mundo—. Pero no creo que sea tan fácil. Si supiera que con tragármelas todo se iba a solucionar, no dudaría un momento. Pero me temo que solo serviría para provocarme una indigestión con la celulosa.

Intentó que su broma aliviara la pesadumbre que se había adueñado de las facciones de Martín, ensombreciéndolas por completo. Bajó los brazos, que se quedaron colgando a sus costados, inermes, como los de un hombre derrotado.

—¿Por qué haces esto, Blanca Luz? ¿Por qué te empeñas en complicarlo? —En sus palabras latía un sordo reproche.

—Martín, de verdad, no puedo hacer otra cosa... Lo que más deseo en el mundo es que seas feliz, pero...

—Pero no quieres hacerme feliz tú, ¿no? Ahí está toda la diferencia. No es lo mismo querer que alguien sea feliz que querer hacerle feliz tú.

Blanca Luz se quedó un segundo pensativa y al fin dijo:

—Pues sí, supongo que esa es la gran diferencia que existe entre aquellas personas que una vez se quisieron y aquellas a las que todavía les queda amor por delante.

—Bien. En ese caso, no me queda nada más que hacer aquí —resolvió Martín, volviendo sus pasos hacia la puerta—. ¿Quieres las mariposas o me las llevo?

—No, dámelas —replicó Blanca Luz, apoderándose de ellas.

Martín se las tendió con desgana y, al hacerlo, sus dedos se rozaron. En un instante ambos sintieron una descarga insoportable por todo el cuerpo. Blanca Luz levantó la vista hacia él y Martín se la retuvo. De pronto, sin saber por qué, ella sintió la urgencia ardiente de tenerlo. Quizá porque sería la última vez.

—Martín...

Su voz era suplicante, pero no se sabía por qué suplicaba. Si para que se alejara definitivamente o para que se fundiera con ella. Martín percibió el oscuro deseo que latía tras aquel susurro, tras la mirada de Blanca Luz. La cogió en brazos y, como si hubiera pulsado una tecla, acto seguido, ella se precipitó sobre su boca. Martín le mordió el labio, agarrándole con fuerza la cintura, mientras Blanca Luz entrelazaba las piernas en torno a sus caderas. A trompicones, subió la escalera cargando con ella, sin que dejaran de propinarse besos que tenían mucho de dentelladas. Lograron llegar hasta el desván, aunque en el intento estuvieron a punto de caer rodando escaleras abajo y morir desnucados un par de veces. Martín abrió la puerta de la buhardilla de una patada, demasiado ocupado con lo que traía entre los brazos. Ya le había desatado prácticamente todas las cintas del vestido. La tendió boca arriba sobre el colchón y, sin quitarle las botas, le levantó la falda y las enaguas. Enterró la cabeza debajo de ellas y, unos segundos después, Blanca Luz profirió un gemido de placer. Le sacó la camisa por la cabeza a Martín y le clavó las uñas en los omóplatos, mientras contemplaba su musculosa espalda, que se arqueaba como el lomo de un gato. Su cabeza reapareció al cabo de un rato desde las profundidades en las que se había sumergido. Se desembarazaron de la ropa que todavía llevaban puesta y se aferraron el uno al otro, procurando que entrara en contacto la mayor superficie de piel posible. Entre ambas epidermis únicamente mediaba una película de sudor, que solo servía para que se sintieran más, para que fueran más conscientes de su mutua proximidad. Cada roce, mil veces repetido, se

estaba quedando grabado con una intensidad desconocida. Y un beso húmedo e interminable se perdía en el infinito. Blanca Luz hundió sus dedos en los cabellos de Martín, y lo dirigió hacia su cuello, para que lo roturara con más besos hasta llegar a la linde de sus pechos, mientras palpaba su vientre con la mano. Sobrevino el paroxismo, la convulsión sobre la tripa de ella y, luego, todo se aquietó. Ambos se quedaron tendidos, el uno al lado del otro, en completo silencio. Martín la rodeó con el brazo. Ella reclinó la cabeza en su pecho. Pero todo sonaba a ejecución mecánica. Martín inició el trazo de una caricia sobre el brazo de Blanca Luz, pero se detuvo nada más empezarla. De repente, las caricias parecían unas intrusas que se habían colado en una fiesta para la que no tenían invitación. Se quedaron así durante un largo rato, absortos en sus respectivos pensamientos, completamente ajenos. Sin atreverse a moverse para no pecar de descorteses. Se vistieron con pudor, sin mirarse y sin dirigirse la palabra, y, a continuación, bajaron las escaleras el uno detrás del otro. Cuando se hallaron de nuevo en el vestíbulo, Martín reunió el valor suficiente para inquirir:

—Bueno, ¿y esto? ¿Me dirás que esto lo has hecho sin sentir absolutamente nada por mí? ¿Qué ha significado esto, Blanca Luz?

—No lo sé... —contestó ella.

—Claro, ahora es cuando me dices que no ha sido más que un error —le espetó Martín con sarcasmo.

—No —rebató Blanca Luz—. No pretenderé hacerte creer que ha sido un error. Supongo que se trataba más bien de una despedida.

Martín meneó la cabeza y sentenció:

—Peor me lo pones.

Dicho esto, él abrió la puerta y se marchó, cerrándola a su espalda sin mirar atrás. Blanca Luz se quedó envuelta por el silencio, que sedimentaba en torno a ella, observada por las inocentes y quietas mariposas que había depositado sobre una repisa del vestíbulo. Al primer movimiento que hizo, la casa de la calle Campana se le derrumbó encima.

Dos días después, Martín partía. El único asunto pendiente que le quedaba por resolver consistía en recoger sus mejores botas del zapatero. Cuando lo único que te retiene en una ciudad son unas botas, no hay que ser muy listo para admitir que ha llegado la hora de irse. La víspera la pasó con Chema y Eduardo bebiendo un vino.

—No sabes cómo te envidio, Martín. Ahora cogía yo los bártulos y me iba detrás de ti —le confesó Chema.

—¿Tantas ganas tienes de ver la torre Eiffel como para seguirme los pasos, José María Casabella? —le preguntó Martín divertido.

—Psssch —respondió con un gruñido despectivo—. Pues claro que no. La torre Eiffel me la trae floja. Dirán lo que quieran, pero es más fea que pegarle a un padre con un calcetín sudado. Qué va. Yo lo digo por las francesas. Es *vox populi* que son todas unas viciosas. Vas a disfrutar de lo lindo, Martincito. Vas a ponerte las botas, te lo digo yo. Dentro de cuatro días, cuando tengas dos tetas gabachas en cada mano, de Blanca Luz no te vas ni a acordar. Recuerda lo que te digo, compadre, que aquí el tío Chema sabe de lo que habla.

—Por supuesto. Es legendaria tu dilatada experiencia agarrando tetas gabachas —se burló Martín.

Eduardo emitió una risita y le dio un sorbo a su vino.

—Está bien, búrlate si quieres. Es gratis. Pero un día no muy lejano me tendrás que dar la razón, y entonces lamentarás tus mezquinas palabras —le advirtió Chema, apuntándole acusador con el dedo índice.

—Que sí, Chema, que sí. Anda, dame un abrazo, tonto del haba, que no sé con quién me voy a echar unas risas ahora —le replicó Martín, levantándose

de la silla.

—Boh, pues vaya cosa. Quién quiere reírse pudiendo relinchar cual semental, como vas a poder hacer a partir de ahora, cabrón —matizó Chema devolviéndole el abrazo.

Luego salieron de la taberna y Eduardo se despidió de él con un cálido apretón de manos.

—París va a ser una gran oportunidad para ti, Martín. Ya te he dicho otras veces que, aunque no entienda mucho tu pintura, sé que tiene algo. Algo diferente. Aprovéchalo —le recomendó con una franca sonrisa.

—Lo haré, Eduardo. Muchas gracias por tu apoyo. Espero que las cosas te vayan muy bien por aquí.

—Seguro que sí. A todos nos irá bien —pronosticó con su tono templado y seguro.

Chema acompañó a Martín hasta la puerta de la casa de la calle Campana. Observó la fachada filosóficamente:

—Va a ser duro pasar aquí tu última noche, ¿no?

Su amigo le había contado el último arrebato con Blanca Luz, y los términos en los que se había desarrollado su despedida.

—No la esperes en la buhardilla, Martín —le advirtió—, ni la dejes entrar si aparece. Atranca la puerta si es preciso. Y por supuesto, ni te acerques a su habitación. Por evitar tentaciones, más que nada. Que nos conocemos, y luego viene el llanto y el rechinar de dientes, y a partir de ahora ya no va a estar disponible el tío Chema para secarte las lágrimas y sonarte los mocos.

Martín no pudo evitar (como siempre que se trataba de su camarada) que se le escapase una sonrisa, y, con este último consejo, se hizo evidente para los dos el adiós.

—En fin, ¿algo solemne que me quieras decir en esta trascendental ocasión para que quede grabado para la posteridad? —bromeó Chema.

—Ahora que lo mencionas, sí. Que te cuides.

—Pues vaya. Menudo chasco. Yo que creía que me obligarías a escuchar algo profundo y lacrimógeno... Me decepcionas. Estás perdiendo facultades.

—Lo admito... Los achaques de la edad, que me están volviendo chocho —se disculpó Martín.

Ambos amigos se contemplaron con afecto, con los labios fruncidos por la sonrisa desenfadada que se habían provocado mutuamente.

—Tú cuídate mucho también, Martín Pendragón. Eres muy grande.

—Lo haré.

Chema asintió satisfecho y se dio la vuelta para marcharse, con las manos hundidas en los bolsillos y ligeramente cabizbajo.

—¡Chema!

El interpelado giró la cabeza, con mirada inquisitiva. Martín ya estaba en el primer peldaño de la escalera de entrada, con una ansiedad acuciándole los ojos.

—Tú que te quedas aquí..., mantenme al corriente de cómo está ella. Por favor.

Chema apretó los labios hasta convertirlos en una línea fina y tirante, y asintió.

—Es curioso, ¿sabes?

—¿El qué?

—Que ella también me ha pedido que esté pendiente de ti, que te dé cariñitos, ahora que te nos vas tan lejos.

Él bufó.

—Menuda cínica.

—No, Martín. No creo que lo sea. Está preocupada de verdad por ti. Contra lo que puedas pensar en estos momentos, no ha querido hacerte daño. Simplemente, a veces las cosas no salen como esperamos. Así que trata de no guardarle rencor. No vale la pena.

Martín bajó la vista. Y se quedó en silencio hasta que se sintió con fuerzas para prometer:

—Bueno, si tú lo dices..., lo intentaré.

Con estos buenos propósitos se despidió de su amigo. Al franquear el umbral de la casa, se chocó con el señor Miranda, que lo estaba esperando envuelto en la luz de un quinqué.

—No te asustes, muchacho. Soy yo.

—Buenas noches, don Francisco —dijo reponiéndose del respingo.

—Me he quedado despierto porque quería despedirme de ti. Y desearte mucha suerte.

Martín vio sinceridad y aprecio en los ojos de su maestro y sintió un pizco en el estómago.

—Gracias. Muchas gracias. Toda la que he tenido hasta ahora, se la debo a usted.

Francisco Miranda le restó importancia con un gesto indolente de la mano.

—La suerte solo representa una pequeña parte de la ecuación. Y suele venir ella solita cuando debajo hay talento y trabajo duro. Lo primero lo posees. Ya lo sabes. Se hizo evidente por sí mismo con que simplemente dibujases un planito de la ciudad, el día que nos conocimos, ¿te acuerdas? El tesón ya es harina de otro costal. A veces está, otras no... En tu caso, la pasión por lo que haces es auténtica, y eso lleva a esforzarse, a dejarse la piel sin remedio y a poner las carnes enteras en el asador. Reúnes todas las papeletas para que te vaya bien. Así pues, tranquilo, hijo. No te preocupes. Simplemente, déjate guiar por tu instinto, y haz en cada momento lo que sientas de verdad. Sin pretextos y sin engañarte. Échale honestidad y corazón, y será pan comido. Y si no, espera y verás —lo confortó y retó, guiñándole un ojo.

Martín asentía, procurando retener cada palabra de aquella persona que era la única que había sabido ver hasta dónde podía llegar. De hecho, mientras se decían adiós con un cálido y ferviente apretón a manos llenas, Francisco Miranda se lo confirmó:

—Llega hasta donde nunca pude llegar yo.

Una vez en la buhardilla, pensó que su última noche allí la pasaría en blanco, revolviéndose en su cama, preso de los nervios y de un vértigo en el estómago ante la incertidumbre del futuro y la certeza de los recuerdos. Pero lo cierto es que se durmió, como si el viaje lo fuera a emprender otro. Se levantó muy temprano, para tomar un tren hacia Barcelona, desde donde cogería otro que lo condujese a París. Antes, eso sí, quería visitar la casa de su infancia para despedirse clandestinamente de su madre, a la que no había dejado de ver con regularidad, pese a la oposición paterna, haciéndose el encontradizo cuando ella salía a hacer recados, o en las sombras encubridoras de la iglesia o en escapadas esporádicas por la zona del río, donde solían conversar en ratos robados. Al abandonar la casa de la calle Campana, con la nostalgia clavada en los pies, pasó por delante del descansillo que comunicaba con el dormitorio de Blanca Luz. No había vuelto a verla. Y no podía creerse que no fuera a hacerlo nunca más. Los consejos de Chema de la víspera de pronto no encerraban ningún sentido. Aquello era una causa de fuerza mayor. Se aproximó a su puerta y aplicó el oído. Dentro no se escuchaba nada, aunque llegó a convencerse de que se percibía una tenue y acompasada respiración... Sí, muy cerca de hecho, ¡justo al otro lado! ¡¿Acaso se les había ocurrido a los dos lo mismo y a la vez?! Le trastornó la

sola visión de ella apoyada contra su mejilla, intentando sentirlo, separados ambos tan solo por una delgada lámina de madera. La acarició, sin poder contenerse, como si se tratase de su piel. Sin embargo, al hacerlo y notar la aspereza fría de una tabla, cayó en la cuenta de la puerilidad y ridiculez de su gesto. ¿Dónde se creía que estaba? ¿Protagonizando una novela rosa de sensiblería barata? Le asaltó la vergüenza, y fue una punzada tan fuerte y certera que se alejó de allí rápido. Si Blanca Luz abría de repente y lo encontraba de esa guisa..., no, por Dios, qué bochorno. Fuera cuentos de hadas y cantos de sirena.

Ya en la casa de su padre, se deslizó de puntillas para no despertar a nadie, llamando quedamente con los nudillos a la puerta de la cocina, donde había acordado con su madre que se encontrarían. Lo recibió con un escueto hatillo de víveres y un abrazo, muy fuerte y apretado, en el que cabían las constelaciones, el cual ella aprovechó para decirle al oído:

—El mundo es tuyo.

Martín se separó de ella para mirarla con sorpresa. Para mirar a aquella mujer pálida que jamás se había esforzado por ser algo más que una sombra. Sin embargo, en aquel momento, lo agarraba con firmeza por los hombros y lo contemplaba con una ternura teñida por el orgullo hacia el hijo aventurero. Sentir aquel orgullo se trataba del mayor acto de rebeldía que se había permitido en toda su vida. Y, con esa frase de aliento, se convertía en cómplice de aquella locura para siempre. Después, le soltó sin titubear y se perdió escaleras arriba, de regreso a su madriguera.

Martín cogió el tranvía para llegar hasta la estación, que se hallaba un poco apartada, y, a través de sus cristales, vio pasar la ciudad dormida, su vieja ciudad del norte, que se quedaba atrás, indolente y perezosa, todavía sumida en una penumbra que, sin embargo, ya empezaba a tornarse rosa y gris por la primera claridad fresca e inmóvil del día. Cuando la ciudad se desperezara, él ya no estaría. Y supo que a la urbe tampoco le importaría. Simplemente, seguiría con su secular rutina doméstica, domada por los lustros y la costumbre. La parada de la estación era el final de línea. Solo se apeó él. El tren aún no estaba en la vía. Hacía frío a esa hora temprana, pero Martín prefirió no entrar al edificio y esperar fuera. Había un banco adosado a la pared exterior de la estación. Se sentó en él y depositó la maleta a sus pies. Los balanceó mientras se aferraba con las manos al borde del banco. Sentir la madera roída bajo sus dedos le procuró tranquilidad. Sentado allí, a punto de

coger el tren, en aquel apeadero vacío, en el que, de momento, solo podía esperar, tuvo la sensación de que era dueño de su vida. Un perro ladró en la distancia, y algún madrugador hizo chirriar la verja sin engrasar de una de las huertas que había en la parte de atrás, cerca del río. El tiempo parecía haberse detenido. Y, de pronto, la locomotora del tren se perfiló en la lejanía, acercándose ineluctable, vomitando unos pitidos atronadores, como si se tratara de un enorme y amistoso animal. El sol ya había impreso uno de sus dedos dorados en el canto del horizonte. La locomotora fue creciendo de tamaño, hasta irrumpir en los dominios de la estación. A su paso levantó una ráfaga de aire que despeinó a Martín. La leve caricia del flequillo al barrer su frente le proporcionó una reconfortante conciencia de sí mismo. De sus límites, pero también de la certidumbre de que estaba allí. De que aquello que sentía era su pelo, corriendo sobre su piel, por el impulso del tren al que iba a subir. Sin embargo, no lo hizo todavía. Aún no era la hora, y prefirió quedarse sentado, frente al monstruo que se disponía a llevarlo tan lejos, observándolo atentamente, casi con incredulidad. El metal bruñido refulgía con los primeros albos. Todo se estaba aclarando rápidamente a su alrededor. Las formas de los objetos que le rodeaban emergían de las sombras. El alba reverberaba de puntillas en los cristales del edificio quieto. En su interior, somnoliento tras la taquilla, el encargado de vender los billetes leía un periódico. Comenzaron a llegar viajeros, pocos. A algunos no les había acompañado nadie para brindarles una despedida, y los escasos familiares que sí habían adoptado esa consideración se marchaban sin grandes ceremonias. Martín dejó que le envolviera el tono de sus voces, todavía graves, tomadas, como si la noche las hubiera embargado temporalmente y no se las hubiese devuelto del todo. O como si temieran incurrir en la mala educación si las alzaban unos decibelios que bastarían para perturbar el sueño del mundo. Un sueño conservado aún en vinagre. Martín casi pudo presenciar cómo transcurrían los minutos, resbalando con la consistencia y parsimonia de las gotas de agua que se despeñan por una ventana mojada tras un aguacero. Hasta que llegó un momento, que Martín decidió que era el indicado para incorporarse por fin y meterse al tren. Consecuentemente, levantó la maleta de cuero ajado, y ya subía el pie al estribo del vagón cuando...

—¡Martín!

La voz que le llamaba resonó como un estampido en la fría bruma matinal

que envolvía la estación de tren. El suelo del andén ya estaba surcado por silenciosas franjas de sol. Solo se escuchaba el trino prístino de algunos pájaros que habían comenzado a desperezarse entre el follaje. La figura de ella se recortaba en el extremo de la plataforma. El reloj de pared indicaba que faltaban seis minutos exactos para que dieran las ocho. No había nadie más. Los demás viajeros ya habían subido. Martín había apurado el tiempo hasta el final sin saber por qué lo había hecho. Ahora tuvo que reconocerse, al escuchar su nombre gritado por los labios de ella, que la había estado esperando. Sin quererlo, pero también sin remedio. Se acercaba corriendo, y los tacones de sus botas contra el suelo le pareció que causaban un estruendo. Se detuvo unos cuantos pasos antes de llegar hasta él. Se lo quedó mirando, pendiente de su reacción, tratando de recuperar el aliento entreabriendo la boca. Martín clavó los ojos en los suyos. Ambos permanecieron inmóviles, como si se hubiera creado repentinamente una burbuja en torno a ellos. El amanecer callado, la estación, los pájaros. Todo había desaparecido a su alrededor. De pronto, Blanca Luz le echó los brazos al cuello. Ocurrió muy rápido. En un instante, Martín se encontró devolviéndole el abrazo. Le rodeó la cintura y dejó que ella apoyara la barbilla sobre su hombro, al tiempo que él enterraba la nariz en su melena de oro al rojo. Inspiró su olor, se lo metió hasta muy adentro. Notaba sus manitas entrelazadas, y apretadas contra su espalda. Aquel raptó solo duró unos segundos, al término de los cuales Blanca Luz se desprendió. Se había empujado sobre la punta de los pies para alcanzar su altura, y volvió a posar los talones en el suelo. Un poco turbada por la violencia de su impulso, incluso ligeramente avergonzada, bajó la mirada, con las mejillas coloreadas de rubor (y cómo deseó él en aquel momento tener a mano un pincel, obligarla a sentarse en el banco de madera adosado en la pared de la estación y hacer que detuvieran el tiempo, el tren, y todo lo que pudiera quebrar aquel color, y pintarlo, tomándolo, bebiéndolo directamente de sus pómulos). Blanca Luz se retiró el pelo de la cara, y lo retuvo tras su oreja. Continuaron en silencio unos cuantos segundos más. Martín se metió las manos en los bolsillos y pinzó el forro porque no lograba apaciguar a sus dedos. La cabeza le daba vueltas, notaba una especie de embudo dentro de ella que le represaba los pensamientos. Sentía un vacío donde solía estar su cerebro. No podía aferrarse a nada. Solo resbalaba hacia delante. Hacia un inmenso blanco. Una lámina blanca sin asideros de ninguna clase. Pero entonces se percató de que los labios de Blanca Luz se movían.

—Nadie sabe que estoy aquí. Me he escapado mientras dormían.

—Pues has hecho mal, señorita. No deberías ir a hurtadillas por ahí, escabulléndote como un niño que teme un castigo.

Martín trató de insuflar a su voz un tono despreocupado y afable. Sentía el aire alrededor de ellos tan tirante como la cuerda de un violín.

—Bueno, tenía que decirte adiós —le espetó ella.

—¿Por qué? —le retó Martín.

Las aletas de su nariz se habían dilatado. Blanca Luz notaba la intensidad de su mirada cernida sobre su pelo. Se rebeló ante la idea de que él la fuera a aplastar desde la posición de superioridad a la que había trepado, así que, reuniendo más esfuerzo del que dio a entender, consiguió alzar la cabeza y sostenerle la vista.

—¿No te alegras de que haya venido?

Martín no se esperaba aquel contraataque, así que la pregunta lo encontró listo para el desarme.

—Sí —rezongó.

Ahora fue él quien bajó la mirada, y a Blanca Luz la invadió una ternura tan arrolladora que decidió hacerle una concesión.

—Yo también me alegro de haber venido. No podía no hacerlo. ¿Cómo iba a dejar que se marchara sin una despedida el hombre al que le dije que lo iba a querer para siempre?

A Martín se le escapó una risa sardónica, que se le partió entre los dientes de la amargura.

—El para siempre ha sido muy corto.

Blanca Luz le escrutó el rostro y dijo con suavidad:

—No..., al revés. Creo que va a durar más de lo que pensábamos.

—¿Qué quieres decir?

—Los para siempre que no tienen un final que los termine suelen ser más largos de lo habitual.

Ella cavilaba, serena y pensativa. Martín estaba a punto de reventar, así que, consultando el reloj de enfrente, en el que solo habían transcurrido dos minutos desde que Blanca Luz llegó, dijo:

—En fin, el tren va a salir.

—Sí... —le respondió ella quedamente, desde el ensueño de otra galaxia. Pero, de pronto, recobró las riendas que había dejado caer y declaró—: Tienes que marcharte. Es tu destino y has de cumplirlo. No puedes luchar

contra él. Vas a ser inmenso, Martín Pendragón. Vas a convertirte en un pintor magnífico. El mejor de todos. Y yo me alegraré mucho por ti. Estaré muy orgullosa, te lo prometo.

—Claro. Te alegrarás. Estarás muy orgullosa de mí. Me admirarás siempre... Qué pálida y desvaída suena esa promesa comparada con aquella que me escribías en la espalda, jurándome que me querías.

—Tu destino no es que te ame.

—¿Y qué sabrás tú de mi destino? —se exasperó Martín. Por un momento, le acometió el anhelo de abofetearla.

—Más que tú —replicó ella sin inmutarse—. Por algo soy Blanca Luz. Veo con claridad. Y puedo asegurar que tú y yo no debemos estar juntos. Tú tienes que irte, pintar... Yo en cambio no pinto nada en esa vida.

Martín se sintió agotado, como si le hubieran depositado una losa encima de la frente tres milenios atrás.

—Y Martín... pinta como quieras hacerlo. No solo lo que pienses que les va a gustar a los demás. Tienes tus propias ideas, y sé que te da miedo, porque crees que son un disparate y que nadie te va a entender. Pero posees muchísimo talento. He visto cómo has crecido, lo importante que es la pintura para ti, y tengo la plena certeza de que, hagas lo que hagas, serás capaz de crear obras maravillosas. Confío mucho en ti. Así que haz lo que te salga de dentro, no te traiciones, pase lo que pase, te digan lo que te digan. Pinta siempre lo que te pida el corazón.

—Eso será fácil. Ahora que mi corazón no tiene a nadie más por quien preocuparse, puedo entregárselo por completo a la pintura —terció Martín, con una veladura de resentimiento—. Lo que no sé es cómo se pinta con el corazón roto.

—Cicatrizará pronto. Eres más fuerte de lo que piensas. Y te darás cuenta de que no me necesitas. De que nunca me necesitaste.

—Lo que tú digas... —La cortó Martín, que notaba crecer en él una sorda rabia por momentos—. Pero ¿para soltarme esto te has escapado de tu casa al rayar el alba?

—Sí..., y para decirte adiós —murmuró ella.

—Ah, claro, lo olvidaba. Bueno, entonces lo mejor es que ya nos digamos adiós, para que tu excursión no sea en balde —le espetó Martín, con la voz cortante como un estilete mal afilado. La garganta le raspaba como un saco de arpillera.

—Está bien. Adiós —acertó a decir Blanca Luz.

—Adiós —replicó Martín.

—Adiós —repitió ella.

—Adiós —gimió él.

—Adiós.

El siguiente adiós balbuciente no logró nacer, porque le cegaron la salida los labios de ambos al juntarse, en un beso desesperanzado, que era más un estertor. Un beso que se les moría entre las bocas. Y, sin embargo, se lo dieron como si fuera el único pasaporte a la salvación, aunque lo hubieran robado. Él sintió que el aliento de ella decía sobre su propia lengua: «Por favor, sé muy feliz». El siguiente pasaporte que pidieron fue el de Martín, cuando un revisor pasó por su lado.

—Pero, venga, hombre, suba ya o nos vamos sin usted —le amenazó con fastidio.

Martín le enseñó el visado y, acto seguido, se subió al vagón, sin volver apenas la cabeza hacia Blanca Luz, que había enterrado las manos en sus bolsillos y miraba fijamente un punto del suelo. La puerta se cerró tras él con un chirrido, pero alcanzó a oír la voz de ella, medio perdida en una ráfaga, gritando: «Arrieros somos, y en el camino nos encontraremos». Ya estaba dentro del tren, cuyos engranajes se aprestaban a ponerse en movimiento. Notó que se ahogaba. Tuvo ganas de chillar. En lugar de eso, aspiró hondo una bocanada de oxígeno y, mecánicamente, buscó un compartimento libre. Cuando lo encontró, tomó asiento junto a la ventanilla y apoyó la frente contra ella, para empapársela de vidrio fresco. El tren cobraba velocidad, poniendo distancia entre él y la estación. En el andén había quedado una figura, que pronto se convirtió en una mancha. Una mancha que, en aquellos momentos, en vez de un tren, solo veía un borrón que se alejaba. Un borrón desdibujado por las lágrimas que le habían arrasado los ojos. Blanca Luz intuyó que, de alguna manera, iba a quedarse para siempre en aquel andén. Esperando algo que jamás volvería: la época más feliz de sus vidas.

Cuando Martín llegó a París, la estación de altos techos, hecha de hierro y cristal, le abrumó. Cuando salió a las calles repletas de viandantes, aferrando su parca valija, no se sintió menos abrumado. Y cuando encontró, por intercesión de un milagro, la dirección que el señor Miranda le había indicado para entrevistarse con su cable en la ciudad, siguió sin abandonar aquel estado. Había confiado en hallar un alma caritativa que se prestase en el acto a servirle de báculo desde ese momento y para siempre. En su lugar, hubo de habérselas con un hombre malcarado cuya atención se repartía simultáneamente en centenares de reclamos que lo emplazaban a otros tantos puntos dispersos de su despacho. De todos ellos, el que, al parecer, merecía una porción menor de su interés era Martín.

—Ah, sí, sí. Miranda, te envía el bueno de Miranda. ¿Era Francisco o Fernando? Eso, Francisco. ¿Cómo le va? Me habló muy bien de ti, sí. Así que pintas bien, ¿eh? Me alegro, me alegro. Eso es bueno. Espera, ¿te importa que responda este telegrama? Sí, ahora mismo lo termino. Un momento. Y ¿qué le pasa a ese reloj? Siempre atrasado. Veamos, ¿qué hora es? ¡Qué desastre! ¡Se me está haciendo tardísimo! Buff, qué calor. Voy a abrir la ventana. Aquí no se puede ni respirar. Claro que con los olores que suben de la calle, no sé qué es peor. ¿Por dónde iba? Ah, sí, ¡el telegrama! ¡Y con lo tarde que es! ¡Y, para colmo de males, este calor pegajoso que no deja ni trabajar...! ¿Quién puede terminar algo en estas condiciones?

Martín permanecía encogido en una silla, sin atreverse a levantar la mirada de la punta de sus zapatos. Aguardó pacientemente, convencido de que, tarde o temprano, le llegaría su turno. El señor Terradellas, que así se llamaba el sujeto, se desharía de sus agobios y, por fin, le prestaría la atención debida.

Pero esperó en vano, porque, de pronto, vio, sin salir de su asombro, cómo el individuo del que dependía todo su futuro se incorporaba, se dirigía al perchero sin dejar de estrujar unos papeles entre las manos y, ni corto ni perezoso, enfilaba la puerta, más que dispuesto a marcharse por ella.

—¡Eh! ¡Oiga! ¡Perdone! ¿Podría usted...?

Se quedó cortado a mitad de frase, porque no sabía qué pedirle. Pensaba que iba a ser el señor Terradellas quien le propusiese algo. Pero su único ofrecimiento se cifró en una mirada interrogante y extraviada.

—Ah, sí, disculpa. Ya no me acordaba de ti. Esto..., mira, mi recomendación es que te vayas a La Ruche. Sí. Eso es. La Ruche es la mejor opción para ti. Supongo que no tendrás mucho dinero, y allí puede uno quedarse por unos pocos céntimos. Ahí se hacinan multitud de artistas, que viven como en una comuna idealista y bucólica, que forma una gran familia unida que sueña y crea todo el día. Y eso es lo que te conviene, ¿no? Estarás en tu salsa, ya lo verás. Por eso se llama *la ruche*, la colmena. Eso es lo que significa. La colmena, porque está llena de pintores, escultores y qué sé yo la de gente laboriosa que hay allí, trabajando como las abejitas, fabricando su «miel» artística. No te pondrán ningún problema, ya verás.

Todo esto se lo dijo el señor Terradellas ya con medio cuerpo fuera del despacho. Sobrepasado por el estupor, Martín solo acertó a barbotar:

—Y, ¿cómo llego hasta allí?

—Seguramente el tranvía te llevará. Está en el barrio de Montparnasse. Una vez allí, pregunta.

—Pero es que..., no sé francés —apuntó Martín desolado.

—Ni falta que te hace. Solo necesitas conocer una palabra. La Ruche. Recuérda la bien.

Al parecer, así vivió Martín Pendragón su aterrizaje en París. El pobre... El gran hombre, todavía un muchacho paleta, todo ojos y miedos. Y apuro. El que se desprende de esta primera carta del pequeño fajo que me ha entregado Blanca Luz esta tarde.

—Tome, que yo ya me canso de hablar. Tengo el paladar seco y, a este paso, me voy a quedar afónica. Lo mejor es que sea el propio Martín el que le cuente cómo fueron aquellos días de recién llegado en Francia. A fin de

cuentas, yo no los viví.

Por un momento, un pensamiento irracional me ha volcado el corazón con el sobresalto de que el ilustrísimo Martín Pendragón hubiese estado todo este tiempo doblado de una pieza y guardado como una tabla de planchar bajo las faldas de la mesa camilla de la sala y que, de pronto, ante la mención de su nombre, fuese a salir reptando, cubierto de polvo y moho, para sentarse con nosotras y pegar la hebra: «Buenas tardes, apreciada señora. Pues la verdad sea dicha, cuando llegué a París me sentí un tanto acongojado...». Pero no. Mi tétrica ensoñación se ha desbaratado en cuanto Blanca Luz me ha puesto un atado de cartas ante las narices. «Léalas y se hará una idea». Y ahora aquí están, esparcidas por todo el tablero de mi mesa, ordenadas cronológicamente, las misivas que el gran pintor (incipiente cuando las escribió) le fue remitiendo puntualmente a su amigo Chema desde la ciudad de la luz, en un lapso de tiempo que abarca unos cuatro años.

—¿Cómo llegaron a sus manos? —le he preguntado a Blanca Luz con cierta sorpresa al ver quién era el destinatario.

—Bueno —ha replicado con una sonrisa ladina—, digamos que el bueno de Chema me las prestó y luego, cosas de mi mala cabeza..., se me fue olvidando devolvérselas.

—¿De verdad me está diciendo que se las birló?

—Por Dios, qué dramática es usted. Dicho así, parece horrible.

—Es que es horrible... Como para fiarse de usted.

—Sí, sí, pero ahora bien que le interesa leerlas, ¿verdad?

Pues sí, me muero por saber lo que dice esta letra picuda y amontonada, aderezada con tachones que delatan un titubeo o un arrepentimiento, o la repentina debilidad en la tinta, chivata de que el autor economizaba la presión porque se le había cansado el brazo (o el ánimo). Verla me impresiona de verdad, pues me he dado cuenta de que estas cartas me conceden línea directa con la trastienda de Martín Pendragón. El hombre transfigurado en sus palabras, habitante de su puño y letra. Se me ha antojado un privilegio de tan incalculable valor que he querido asegurarme bien. Nunca nada es tan bonito. Por bastante menos me han vetado préstamos en la biblioteca municipal: consulta en sala.

—¿De verdad que me las puedo llevar?

—Por supuesto. Leerlas y expurgarlas le va a costar un buen rato. Tendrá que irse a su casa a cenar. Y a dormir. Emplee todos los días que le hagan

falta. Así, descansamos también la una de la otra —ha dicho con picardía.

No me ha quedado claro si Blanca Luz hablaba en broma o en serio. Aun así, convertirme en depositaria de semejante legado (por el que un museo, un archivo o una casa de subastas pagaría gustosamente pingües cantidades) me ha apabullado de responsabilidad y aún me he resistido:

—Sabe lo valioso que es esto, ¿no?

Y ha sonreído.

—Entonces será que yo sí me fío de usted.

«... Ni falta que te hace. Solo necesitas conocer una palabra. La Ruche. Recuérdala bien».

Eso es lo que me dijo, y se quedó tan a gusto, amigo mío. Comprenderás que, por la cuenta que me traía, me la grabé a fuego en la memoria y en la lengua, y se la fui repitiendo como un sortilegio a cada parisino con el que me crucé. Más de uno pensaría que había perdido el juicio. Aunque si solo fuera el juicio... Lo peor, naturalmente, era que estaba perdido del todo. Llegué a creer que me iba a quedar para siempre atrapado, dando vueltas por esta gran ciudad, hasta que me detuvieran los gendarmes por vagabundeo. Y, sin embargo, pese a mi poca fe, con una indicación de Fulano, una pista de Mengano y la escasa orientación de este Zutano que suscribe, logré, contra todo pronóstico, componérmelas para encontrar La Ruche. Por si alguna vez te vieras en la misma tesitura, y para ahorrarte el interrogatorio callejero, te informo de que esta se halla en el pasaje Dantzig. Es decir, dejado de la mano de Dios, en medio del campo, ajeno al mundanal ruido con sus florecillas silvestres y su desconocimiento del automóvil: vamos, que parece que, en vez de haberme venido a la gran urbe, me he quedado en casa. En las inmediaciones, no pueden encontrarse más que las vías del tren y un matadero. Delicioso, ¿verdad? Por ello, seguramente te preguntarás que por qué te estoy dando todos estos detalles inútiles, que para qué querías tú venir a este moridero alguna vez, respondiéndote en el acto (si te conoceré yo, tío Camuñas) que te importa dos pepinos. Pero no te apresures en desdeñar, sabihondo, porque, para que lo sepas, el edificio se trata, ni más ni menos (agárrate), ¡del antiguo pabellón de los Vinos de la Exposición Universal de hace

veinte años, diseñado por el mismísimo señor Eiffel! Ahora te resulta más interesante, ¿cierto? Y no por el ilustre arquitecto precisamente, si lo sabré yo. Ya puedo imaginarte lamiendo las paredes por si ha quedado impregnado algo. Pero de todo esto me he enterado después. Cuando llegué, me encontré ante una estructura central de metal y ladrillo, de tres pisos, poliédrica, octogonal, rematada por una especie de campanario. Dispuestos a su alrededor, un jardín asalvajado con bastante encanto, y barracones, muchos (diría que unos cien a ojo de buen cubero). En la puerta, bajo una balaustrada, dos cariátides con dos pechos de piedra muy bien puestos (¿a eso te referías con lo de las tetas gabachas? Solo diré una palabra: decepción). Me quedé ahí, parado junto a la reja de entrada como un pasmarote. Ya las había pasado tan canutas simplemente para encontrarla que no me atrevía en ese momento a enfrentarme a ninguna prueba más. Quería estar tranquilo, aunque fuese solo un rato, y si me dirigía a alguien o hacía algo, comenzarían a ocurrir cosas, a desencadenarse acontecimientos... Y, en serio, amigo, era lo último que necesitaba. En cualquier caso, todo estaba en calma. Únicamente se oía el trino de algunos pajarillos entre los castaños. Y, de pronto, un rumor que fue subiendo de volumen, hasta que se convirtió en la escandalera de dos muchachos que salieron en tromba por la puerta y corrieron hacia donde yo estaba. O eso me pareció, porque ni siquiera repararon en mí. Venían riéndose, tomándose el pelo. Creo que uno llevaba una gorra y el otro se la había quitado y trataba de evitar que la recuperase. Se perdieron por la calle sin pavimentar, y entonces, detrás de ellos apareció una señora que les gritaba agitando los brazos: «¡Vous, enfants terribles!». O algo así. Se quedó meneando la cabeza con resignación, y las manos hundidas en el mandil que llevaba puesto. Y entonces, me divisó, a mí y a mi equipaje, y me hizo una seña con la mano para que me acercara. Me adentré por el sendero de grava, mientras ella me contemplaba con los brazos en jarras. «Qu'est-ce que vous voulez?». Enseguida me identifiqué como español: «Je ne parle pas français». No pareció que eso fuera un obstáculo. Luego he sabido que esto se trata de una pequeña Babel: aquí viven polacos, rusos, ucranianos, rumanos, italianos..., y no todos tienen un francés digno de Molière. Yo lo estoy aprendiendo lo más rápido que puedo, y te sorprendería comprobar mis progresos en el chapurreo. Ya casi puedo mantener una conversación con un niño de cuatro años. En aquel primer

encontronazo, me limité a señalar alternativamente mi maleta y uno de los talleres que salpican el jardín, para dejar constancia de que quería quedarme. La señora Segondet, que, según descubrí luego, es la portera, me entendió a la primera y, con un gesto enérgico y resolutivo, me invitó a que la siguiera. Me llevó a conocer al señor Alfred Boucher, el fundador de todo este tinglado. Para que te hagas cargo del personaje: un escultor especializado en monumentos funerarios para cementerios de postín (ahí es nada), de barba larga y frondosa, con una leontina cruzándole el chaleco. Me recibió con una amplia sonrisa y me dio la bienvenida sin apenas someterme a preguntas (no más de las susceptibles de responderse mediante señas y algún gruñido). Me indicó que uno de los ochenta talleres del pabellón central (la rotonda lo llamó) se había quedado vacante y que podía ocuparlo, que el alquiler costaba trescientos francos al año, pero que no me preocupase si, en algún momento, no me era posible pagarlos. Observación ante la que madame Segondet pronunció el nombre de uno de los inquilinos, que se me escapó, seguido de una exclamación regañona que hasta yo entendí: «Il a passé dix ans ici sans payer!».

Monsieur Boucher elevó las cejas, suspiró con resignación, y, sin más preámbulos, me invitó a recoger mis bártulos de su despachito para conducirme a mis nuevos aposentos: una pieza del segundo piso con forma de trapecio que contiene, junto a la puerta, una pequeña cocina y un trastero, y justo encima, un altillo con un camastro donde desgrano las noches y, a veces, el insomnio. A modo de separación entre esta zona y el espacio de trabajo, una cortina. Y enfrente de la puerta, en medio de la pared más grande, lo mejor de todo. Una inmensa ventana que vomita luz y que se abre al precioso panorama de París, como si se tratase de un tapiz bordado en la lejanía con sus elegantísimos y bellos edificios, sobre los que se alza una descomunal aguja de hierro que apunta al cielo, dispuesta a coserlo a la ciudad. En definitiva, que me enamoré de las vistas, a qué negarlo. Se apoderó de mí un entusiasmo desbordante. De pronto, delante de madame Segondet, monsieur Boucher y la torre Eiffel, me sentí un rey recién coronado. Capaz de todo, invencible, feliz. Sin embargo, he de reconocerte que, esa misma noche, cuando me acosté, me sobrevino una profunda melancolía. No ayudó que, a las cuatro de la madrugada, me rompieran el sueño unos alaridos que casi me paran el

corazón. Solo eran gritos, pero aterradores, como los de un ogro furioso y hambriento. «Où est la porte? Où est la porte? Où-est-la-porte?», repetía sin cesar y cada vez más encolerizado quienquiera que fuese.

La curiosidad me pudo y, aunque un poco temeroso, decidí hacer uso de mi magnífica ventana para averiguar a qué se debía aquel escándalo. A la luz de la luna, distinguí a un hombre de crenchas negras como tizones, que oscurecían aún más la propia negrura de la noche, con unos rasgos (labios, nariz) gruesos y abotargados, vestido con un trajecito abotonado de arriba abajo, con doble hilera, y un peculiar cuello de solapas redondeadas. Iba borracho y, entre tumbos y maldiciones, estaba dando vueltas alrededor de la rotonda como un pato mareado porque, al parecer, no conseguía encontrar la puerta para entrar. Más de uno se había despertado, como yo, y asomado a la ventana de su estudio. Pero no se mostraban tan medrosos y considerados, así que el alborotador recibió un pedrisco de gritos tan potentes como los suyos. Esa noche aprendí por la vía de urgencia cómo se dice «cállate» en francés, y sin necesidad de que nadie me lo tradujera. «Tais-toi, Soutine!». «¡Que cierres el pico de una vez, Chaïm!».

El aludido al principio se revolvió como si el asunto no fuera con él, les amenazó con el puño en alto, pero al final no le quedó más remedio que amedrentarse y replegar velas cuando, desde el piso superior al mío, le tiraron un cubo de agua. Ahí sí encontró por fin la puerta. Contado así, el episodio resulta hasta divertido, pero, aquella noche, los gritos destemplados, el susto, la trifulca, bastaron para acabar de trastornarme. Me arrebujié bajo las mantas, hecho un ovillo, y estuve añorando mi buhardilla de la casa de la calle Campana como a un sol de invierno hasta que el propio astro rey amaneció en mi ventana. Al levantarme, me rugía el estómago, y salí a por un poco de pan y mantequilla. Me duraban el aturdimiento y el ánimo pesaroso, pero, al pasar por el jardín, completamente en calma tras el jaleo nocturno, me deslumbró un reflejo que las primeras luces de la mañana arrancaban al bronce. Fue así como reparé en una escultura camuflada junto a un macizo de flores en la que no me había fijado el día anterior, y que sirvió para alegrarme ese que apenas empezaba. Eran tres muchachos, representados a tamaño natural, corriendo como posesos, flotando casi, como si fuesen a echar a volar más pronto que tarde, apoyados en un solo pie, los unos sobre los otros, con

los músculos en tensión, los brazos extendidos hacia delante, los rostros expectantes, capturados justo en el momento de alcanzar algo que ansían con todas sus fuerzas. Van desnudos, pero, aun así, no pude evitar que me recordaran a cierto trío de jóvenes que se preparaban para convertirse en pintores inmortales en la casa de la calle Campana. Seguro que, como a mí, te resultarán familiares. Más tarde, monsieur Boucher me explicó que el conjunto escultórico era obra suya. ¿Adivinas cómo se titula? Au but, que significa «el propósito», «la meta». Mi meta consistía en venir a pintar a París, y aquí estoy. Pero la más importante era escribirte hoy, amigo mío, así que la doy por cumplida y termino ya mi carta. Espera una próxima. Sinceramente tuyo...

Al leer las cartas de Martín Pendragón, puedo imaginarme, en efecto, una colmena en la que todo hombre que se preciara de saber hacer algo con las manos podía sentirse un cortesano de pleno derecho. Un cortesano andrajoso si se quiere, con el estómago doliente, y para quien lo único soberano era la anarquía de horarios. En aquella casa comunal, por la que desfilaron apellidos tan exóticos para el viejo París como Archipenko, Lipchitz, Zadkine, Brancusi, Modigliani o Marevna, todo se supeditaba a la libertad de creación, y a las musas se les otorgaba unas prerrogativas que no conocían límite. Se las invocaba al subir por las escaleras, al abrir las ventanas, al cerrar las puertas, tras cada trago de absenta y hasta el acto de orinar exhibía un lado artístico para aquella pléyade sin prejuicios, que se consideraba heredera de esa divisa decimonónica que preconizaba el desprecio al burgués. El individualismo de los más geniales, que podían permitirse el privilegio del egoísmo, se entrecruzaba con el asociacionismo en torno a corrientes y movimientos de diverso cuño que, con sus postulados, creían estar llevando adelante sucesivas revoluciones estéticas o conceptuales, según les diera. Pero unos y otros se igualaban con el rasero de esa camaradería que se alquitaraba en cafés como el Dôme o La Rotonde, figones y teatros donde se bebía, se discutía, a gritos o en murmullos, del arte que a todos les robaba el sueño, y se fraguaban lances amorosos, lealtades y piques de egos inflados. Mas todo con pasión, proclive o inasequible al desaliento según los casos, y con la conciencia vaga pero entusiasta de que estaban protagonizando una aventura nueva y refrescante de la que alguno podría salir proclamado héroe.

... Aquí todo se vive como si fuéramos a morir mañana. De hecho, muchos de mis compañeros han estado hasta hace no mucho combatiendo en el frente, en sus respectivos países, y ahora, de vuelta en París, solo quieren apurarlo todo de un trago y hasta el final. Por eso las noches se alargan. Por eso se ama tanto y atolondradamente. Por eso se contraen deudas. Por eso se llevan desgastadas las coderas. Por eso el barbero no nos ve el pelo. Por eso pasamos sin agua caliente. Por eso aceptamos a las ratas como mascotas. La pobreza es un lujo en Montparnasse. Por eso nos aferramos entre nosotros, que nos comprendemos, como a clavos ardiendo. A mí me han prestado lienzos, pinceles, pigmentos, palabras en francés y el rango de compañero. Esa era la idea de monsieur Boucher al fundar La Ruche: crear una especie de sindicato artístico, una asociación para que pongamos en común nuestros sueños, ambiciones, esfuerzos y, sobre todo, nuestras necesidades. Él siempre repite «la unión hace la fuerza». Por eso trabajamos mucho y nos ayudamos en todo lo que podemos. Aunque, en ocasiones, de maneras inimaginables y que no se aprobarían. De hecho, y dado que somos tan propensos a interpretar a nuestra conveniencia sus consejos, tanto artísticos como de conducta, y a tergiversarlos según nos parece, él mismo bromea equiparando su situación con la de «la gallina que incubaba huevos de pato».

Como sé que me guardas el secreto, te cuento que, sin ir más lejos, el otro día, uno de mis compañeros, un ruso que se llama Léon, dijo que le hacía falta piedra para una escultura de gran formato que quiere acometer. Así que nos propuso una excursión «a la cantera». Cuando lo sugirió, a la hora de la comida, todos se animaron mucho y, al manifestar yo extrañeza («No sabía que por aquí cerca hubiese una cantera»), intercambiaron unas sonrisas sospechosas. Léon me puso su manaza en la espalda y al corriente de lo que tramaban. «Nos resultarás útil, Martín. Dos brazos fuertes como los tuyos nunca están de más». Al parecer, las visitas a la supuesta cantera son frecuentes: como te he dicho, aquí la gente siempre anda pasando estrechez económica, de modo que, cada vez que uno precisa de material, se organiza una expedición a las antiguas fortificaciones de la Puerta de Versalles, que no caen lejos, para robar piedras. De inmediato, me uní al plan. Cuando les conté que había sido albañil en España, levitaron de contento. «Nos vienes de perlas, chico. El destino ha puesto el picapedrero que necesitábamos en nuestro camino».

Salimos esa misma noche, a hurtadillas, al amparo de la oscuridad. Éramos un grupo de cinco o seis, encabezados por el escultor interesado. Parecía que nos dirigíamos a una fiesta. Si no fuese porque queríamos pasar inadvertidos, nos habríamos puesto a cantar. Como buen novato, los demás hacían chistes a mi costa todo el rato. Se me debía de notar la expectación y el susto que llevaba metidos en el cuerpo. Te parecerá una tontería, pero me había emocionado muchísimo que me invitasen a participar. Era la primera vez que me sentía uno más, en igualdad de condiciones que el resto, supongo que sabes a lo que me refiero. Estábamos de un humor excelente. Llevábamos unos hachones para alumbrarnos, y herramientas: palancas y rodillos que entrechocaban dentro de un saco. El trayecto se me hizo corto. Cuando me quise dar cuenta, habíamos llegado a lo que queda de la muralla. Una mole un tanto lúgubre que se recortaba en la negrura. «Bueno, manos a la obra, muchachos». Nos repartimos las palancas como si fuesen caramelos y comenzamos a desgajar los pedruscos, que íbamos apilando en un rincón. Al principio, nos aplicamos con una energía y un ímpetu descomunales. «Esto es pan comido». La sensación de estar ayudando a un amigo y haciendo algo prohibido a la vez era lo mejor de todo. Cuchicheos, risotadas, canturreos. Uno de ellos, un joven pelirrojo cubierto de pecas, le lanzó a León una china contra el culo, con tan certera puntería que le sonsacó un aullido. «Por alejarme de la cama en la que debería estar metido ahora mismo, y tenerme aquí picando piedra como un esclavo. ¡Negrero del demonio!». «Ahora verás, imbécil...». Los demás seguimos a lo nuestro, mientras ellos se perseguían, trepando y deslizándose entre las rocas como las cabras. Una hora después ya estábamos exhaustos. Se nos había enfriado el sudor en la piel y en las ropas. Así que se habló de volver para no pescar un resfriado. «¿Tendrás suficiente con esto, León?». «De sobra. Así ya tenemos reservas por si algún otro compañero las necesita dentro de poco». De modo que emprendimos el camino de vuelta. Si extraer la piedra había sido ingrato, ahora venía una parte aún más espinosa. Transportar los bloques, pesados y aparatosos. El bullicio de un par de horas atrás se había desvanecido. El ejercicio de fuerza bruta nos había dejado mansos y para el arrastre. Yo ya ni oía. Pero, mecánicamente, obedecí las instrucciones que me iban dando mis expertos camaradas sobre la delicada operación de depositar los pedruscos sobre

los rodillos y, valiéndonos de las mismas palancas que nos habían servido para arañárselos al baluarte, irlos empujando poco a poco. Una tarea extenuante, que se complicó hasta lo indecible cuando llegamos a las intrincadas callejuelas que mediaban entre nosotros y La Ruche. Aquel estruendo de guijarros rodantes sonaba monstruosamente alto en mitad de la noche. Todo estaba en calma a fin de dejarnos en evidencia. A cada instante, temía que fuese a aparecer un guardia al torcer de una esquina. Me había olvidado de preguntar cómo debíamos proceder en el caso de que hubiera que echarse a correr. Nuestro cargamento complicaba ligeramente la situación. Ya me imaginaba remolcándolo a pulso como un atlante, porque abandonarlo después de todos los desvelos sufridos, ¡jamás! Avanzábamos en la penumbra, para que, al menos, las sombras estuvieran de nuestro lado si habíamos de vérnoslas con la autoridad. Yo iba con el corazón en un puño y procurando que no se dieran cuenta mis amigos, que lucían muy valentones, aun con temple para arrojar una broma de tanto en tanto. Ya casi estábamos llegando a nuestro destino, a tiempo de ponernos a salvo y rematar felizmente la aventura, cuando escuchamos un alarido: «¡Callaos, gamberros! ¿Qué escándalo es este? ¡Dejad dormir a los pobres cristianos o llamo a la policía». Desde la primera planta de una casa cercana, una vieja en camión, asomada a la ventana, vociferaba y blandía su puño hacia nosotros en actitud desafiante. León trató de apaciguarla: «Ya mismo nos marchamos, señora. No la perturbamos más, no se preocupe». Pero ella no permitió que la convencieran aquellas buenas palabras y mejores razones. De repente, para nuestro pasmo, recibimos una lluvia de piedrecitas. ¿Te puedes creer que la vieja tenía una lata llena de chinitas para protegerse de maleantes como nosotros y nos las estaba lanzando con saña? ¡A nosotros, que portábamos unas rocas del tamaño de una sandía! Era tan absurdo que, a pesar de que se nos estaban clavando en la carne y nos bombardeaban por todos lados, no pudimos evitar reírnos a carcajada limpia. Todavía más cuando León levantó con las dos manos uno de los pedruscos por encima de su cabeza y se lo mostró orgulloso a la vieja con la siguiente amenaza: «Señora, deténgase, o le lanzo yo esta que tengo aquí y le arreglo el cristal». Llorábamos de la risa, retorcidos como lombrices. Como pudimos, nos las apañamos para salir de allí, empuja que te empuja, sin que aquella granizada nos diera tregua ni un segundo. Por fin,

traspasamos la puerta de La Ruche y escondimos las piedras en uno de los cobertizos. Antes de que nos retiráramos a nuestras respectivas habitaciones, Léon nos fue estrechando muy solemnemente la mano de uno en uno, y con voz ceremoniosa nos despidió: «Caballeros, fue un placer delinquir con ustedes esta noche. Recuerden que lo hacemos por amor al arte». Y lo refrendábamos repitiendo como un eco a cada apretón: «Sí. Por amor al arte». Caí rendido sobre mi camastro y dormí como un bendito hasta bien entrado el mediodía.

Me hago cargo, Chema, de que, con estas calaveradas que te relato, se te estarán poniendo los dientes largos. Pero no pretendo darte celos, ni a entender que tengo unos nuevos amigos que te están suplantando. Más bien al contrario: pese a que, como puedes ver, no me lo paso del todo mal, te sigo echando de menos como el primer día. Nada me gustaría más que fueras partícipe de estas peripecias. Y para probar que lo que te digo no es palabrería de cura fariseo, te contaré algo: los barracones que hay desperdigados por el jardín de La Ruche se hallan comunicados por unos corredores que, con el fin de que podamos distinguirlos, ostentan unos nombres... bueno, tú dirías que cursis; ellos prefieren considerarlos evocadores: calle de las Flores, calle de los Tilos... y calle de los Tres Mosqueteros. Cada vez que la mencionan, no pienso en mis camaradas de aquí, sino en los dos que dejé en la casa de la calle Campana. También hay un corredor que llaman el del Amor, pero prefiero omitir a quién me recuerda ese. Cuídate, amigo mío. Terminó ya esta carta. Espera la próxima...

Y la próxima es una que dice...

... He de reconocerte, Chema, que tengo más hambre que Dios talento. La penuria que se pasa aquí es preocupante. La Ruche dispone a la entrada de una sala de exposiciones para que los residentes podamos exhibir nuestras obras y, si suena la flauta, que algún benefactor nos las compre. Yo lo he intentado con un par, pero no ha funcionado. En sendas ocasiones, me senté muy de mañana junto a la puerta del recinto, con el más logrado de mis lienzos apoyado contra la pared, bien visible, en el mejor de los ángulos, y me dispuse a esperar, para qué negarlo, con un talante optimista: me llegué a hacer ilusiones ante la perspectiva de que la

fortuna pusiese en mi camino a un ricachón que se fijara en mi cuadro, quedase deslumbrado con una sola mirada y, sacándose un fajo de billetes del bolsillo y el encargo de veinte telas más, me convirtiese en el acto en un pintor profesional. La noche anterior, al confiarle a uno de mis compañeros mis intenciones y mis esperanzas, se rio de mí hasta que quiso y me desengañó: «Eso de la sala de exposiciones es un engaño bobos. Si pretendes hacerte rico así, vas listo». Me molestó que me pusiese en solfa de esa manera: «Bueno, si ni siquiera lo intento, está claro que no me van a dar ni las gracias. Quién sabe, igual tengo un golpe de suerte...». Se encogió de hombros. «Como quieras. Eres muy libre de perder tu tiempo como más te apetezca». Y, en efecto, a las tres horas de ver correr el aire delante de mí, me di cuenta de que el plan presentaba un grave problema: por allí no pasaba nadie. En todo el rato que estuve allí apostado solo perturbó la acera un hombre grandullón y malcarado al que, por pura desesperación y soberano aburrimiento, me atreví a incordiar con un: «¿Le apetecería comprar un cuadro?», al tiempo que señalaba el mío con una sonrisa, ejem, cautivadora (no, no te rías de mí, basta, que te veo). El viandante me dedicó una mirada bastante hostil, a qué negarlo, bufó, y me contestó: «Tengo trabajo». Y, ni corto ni perezoso, blandió, para que yo lo viera, un descomunal cuchillo cubierto de sangre. Pegué semejante brinco hacia atrás que me di un topetazo contra la pared y, de la impresión, ni siquiera sentí el golpe. Se me habían desorbitado los ojos y no era capaz de apartarlos del cuchillo; la camisa no me llegaba al cuerpo ni la saliva a la garganta. Al ver que me había asustado, el fanfarrón empezó a reírse de mí. Se acercó al lugar de donde yo no podía ni moverme y me enseñó la hoja manchada, pasó el pulgar por el filo y me dijo, echándome el (mal) aliento en la cara: «No te pongas nervioso, muchachito, que no pasa nada. ¿No ves que solo es sangre de un gorrino? Voy a Vaugirard, soy el encargado del matadero. Pero pierde cuidado, que a los artistillas no os hacemos nada». Me palmeó el hombro y, antes de que me diese tiempo a responder nada, se alejó con un cascabeleo de risas, encantadísimo de haberse conocido. Aquella mañana solo recibí una visita más, bastante menos amenazadora que la previa: la de una niña con trenzas rubias y ojos azules muy despiertos que se aproximó tímidamente, en un merodeo, asomando la cabeza por la puerta con tanta curiosidad como miedo. Contento de poder desempeñar yo esta vez el papel de valiente dueño de la

situación, la invité a pasar. Hicimos las presentaciones. Me preguntó por mi cuadro. Se asombró mucho cuando le dije que lo había pintado yo. Le agradecí el voto de confianza. «Sí, en serio. No soy tan palurdo como aparento». Creo que no me entendió, pero declaró que le parecía muy bonito (el cuadro). Fue derecha con el dedo extendido a tocarlo. Me di cuenta de que traía las manos bastante mugrientas, de modo que le improvisé un dibujo a lápiz en unos papeles que llevaba, con tal de que se marchara de allí antes de desencadenar una catástrofe. Lamentó que el boceto no tuviera tantos colores como el cuadro, pero como había representado a una niña que se asemejaba bastante a ella, me dio las gracias por el regalo y desapareció no poco halagada. Como ves, mi experiencia en la sala de exposiciones de La Ruche ha sido bastante frustrante. De modo que, mientras tanto y hasta que no vire la suerte, paso hambre, como tantos otros aquí. Ni siquiera en eso soy muy original. Aparte de que el nuestro es un oficio solo apto para abrazar la escasez, las provisiones no son tan fáciles de conseguir. La guerra ha dejado muchas panzas vacías. Gracias a Dios, contamos con el auxilio de madame Segondet, la portera; supongo que la recordarás de alguna de mis anteriores cartas. Esta mujer es una santa. Por aquello de que vivimos en una colmena, nos llama «mis pobres abejas», y, asumiendo la posición de reina del enjambre, ha acogido a los más menesterosos (entre los que me cuento) bajo su tutela. Tutela que toma la forma de sopa y patatas gratis. Las primeras veces que me ofreció este sustento, me negué. Cómo no hacerlo. Me daba una vergüenza terrible. Prefería mil veces pasar hambre a pasar por encima de mi amor propio. Ella insistió e insistió como quien no quiere la cosa. Y yo siempre rehusaba, a pesar de que veía cómo, a mi alrededor, muchos de mis condiscípulos aceptaban con alegría y desenvoltura su caridad. Yo, por no ofenderla tampoco, me iba inventando excusas para declinar sus invitaciones: «He comido ya fuera, madame Segondet. Pero muchas gracias de todas formas», «Hoy me duele el estómago, madame Segondet. Pero muchas gracias de todas formas», «Tiene una pinta excelente, madame Segondet, pero voy a encontrarme con un amigo. Muchas gracias de todas...». Hasta que una vez, justo al mismo tiempo que yo la capoteaba con el pretexto de marras de aquel día, mi cuerpo hambriento me ponía en evidencia con un corrimiento de tripas que debió de oírse hasta en Versalles. Enrojecí hasta los tuétanos,

mientras ella me sometía a un escrutinio de sus ojos miopes y me dedicaba una mirada de inteligencia. No aventuró, sin embargo, ningún comentario. Horas después, en la puerta de mi taller, encontré un cuenco de sopa todavía humeante, cubierto con un paño. Habría querido devolverlo, o dárselo a algún compañero famélico, pero en el caldo flotaban unos trozos de patata y unas láminas de cebolla que despedían un olorcillo al que tuve que rendirme. Lo engullí, y me supo a manjar de dioses. Una vez limpio, lo dejé en la portería. A partir de entonces, ese misterioso intercambio se ha venido repitiendo periódicamente. Por arte de magia, en el umbral de mi puerta florecen cuencos llenos de potaje, y, horas después, esos mismos cuencos aparecen en la portería, ya vacíos. Por delicadeza, ni madame Segondet ni yo hemos hecho ninguna alusión al respecto. Pero no podemos evitar sonreírnos cada vez que nos vemos. Supongo que se siente muy orgullosa al comprobar que he dejado de adelgazar a ojos vistas. Sin embargo, este cambalache que ella y yo nos traemos me deparó un disgusto el otro día. Al regresar a mi habitación, tropecé con un bulto blando que casi me hizo caer al suelo. No era un cuenco, sino, como constaté con sorpresa, un pollo. Me agaché, lo recogí, lo observé a la luz detenidamente, sin salir de mi estupor. Sí, era un pollo medio desplumado, gordísimo, que pesaría sus buenos tres kilos de ave blanca y tierna. He de admitir que casi me pongo a llorar de la emoción. Hacía meses que no comía carne. En esta ocasión, madame Segondet se había portado..., era un obsequio que sobrepasaba con mucho... En fin, que nunca la había visto ayudar a nadie con un pollo entero. Una cosa eran las sopas aguachinadas y otra muy distinta, aquella magnífica pieza. Estuve a punto de correr escaleras abajo para darle las gracias y besarle las manos. Ya tenía un pie en el escalón cuando sentí ese mismo pudor que había hecho que, hasta ese momento, no hablásemos nunca abiertamente de su beneficencia conmigo. Se me ocurrió que tal vez resultaría violento para los dos si aparecía de pronto en la conserjería, agarrado a mi pollo, y la abrumaba con mi gratitud. De modo que pensé que sería mejor para ambos que nuestro acuerdo siguiese siendo tácito, y que ya la recompensaría yo de alguna otra manera: regalándole una pintura que le pudiese gustar, cortando unas flores para ella o ayudándola en cualquier tarea en la que le resultase útil. Por el momento, me apresuré a meterme en mi estudio y estuve toda la tarde cocinando aquel tesoro con plumas

que me había encontrado en la puerta, como caído del cielo. Cuando lo tuve listo, convoqué una cena con todos los compañeros que me iba topando por los pasillos y las escaleras. Al ver el pollo, dorado y crujiente, y sobre todo al oler aquel aroma de las especias que había logrado reunir, a todos se les ponía cara de fiesta, y palmoteaban como niños. En menos que canta un gallo, montaron una mesa en el jardín, desplegaron un mantel, trajeron platos y cubiertos, y nos sentamos en torno al festín, riendo, brindando y celebrando las sorpresas de la vida. Comimos con tal ansia que el pollo no duró ni dos asaltos. Pero nos supo a gloria bendita, y nos quedamos igual de satisfechos que si hubiésemos asistido a un banquete real. Permanecimos en nuestros asientos, disfrutando de la brisa de la tarde, fumando plácidamente algunos, casi dormitando otros, tocando la guitarra uno que sabía y que estaba muy contento. Por eso, no estábamos preparados para los gritos que súbitamente tronaron por todo el jardín, y que decían: «¿Dónde está mi pollo?, ¿dónde está mi pollo?, ¿DÓN-DE-ES-TÁ-MI-PO-LLO?». A todos se nos heló la sangre en las venas, y juraría que el pollo se encogió de miedo en nuestros estómagos y amenazó con salirnos volando por la boca. La cadencia, el volumen, la repetición de ese rugido tonante yo ya los había escuchado antes, me recordaron inmediatamente a...

«¡Soutine!», alertó uno de los amedrentados comensales.

En efecto, el hombre que dobló la esquina de la tapia para acercarse a nosotros a grandes zancadas era el mismo que aquella primera noche en La Ruche, y que por aquel entonces veía ya tan lejana, había despertado a todo el mundo con sus bramidos porque una cogorza no le permitía encontrar la puerta. Ahora, era un pollo. Al parecer, se pasaba la vida perdiendo cosas. Cuando se halló ante nosotros, nos miró con recelo, contempló la grasa que reposaba en la loza y, sabiendo ya la respuesta pero sin querer oírla, lo preguntó una vez más: «¿Sabéis dónde está mi pollo?».

Todos me acuciaron con la mirada para, acto seguido, enterrarla en el plato. Yo no sabía ni dónde meterme, Chema. Creo que no he pasado mayor apuro en mi vida. Ese hombre debía de tener un carácter endiablado, y era muy vehemente. Desde aquella primera noche, siempre me había inspirado un poco de respeto..., por no decir miedo, vamos a hablar a las claras. En aquel momento, echaba chispas por los ojos y le

temblaba la barbilla. Pero no me quedaba otro remedio, así que me levanté, di un paso al frente, carraspeé y le dije: «Pues creo que nos lo hemos comido».

Soltó un juramento. Se acercó todavía más y quiso saber entre improperios y maldiciones que cómo era eso posible. Temí que, de un momento a otro, me agarrara por las solapas y me zarandease. ¿Caería un puñetazo tal vez? Por si acaso, cerré el ojo izquierdo y adelanté una disculpa: «Lo siento mucho, de verdad. No sabía que ese pollo era tuyo. Si no, no le habría puesto ni un diente encima. Ha sido todo un terrible malentendido». Pateó el suelo. Escupió. Se indignó: «Pero ¿a quién se le ocurre?». Y entonces yo también me indigné un poco. Lo suficiente para reprocharle: «Oye, de todas maneras, el pollo estaba por ahí tirado. Me lo he encontrado al lado de mi habitación. No tenía forma de saber que te pertenecía. Si te lo querías comer, no tendrías que haberlo descuidado así».

Su cara enrojeció. «¡No me lo quería comer! Lo tenía en el cobertizo de trabajo, y alguien ha debido de cogerlo para gastarme una broma. Como pille al mal nacido que...».

Hizo crujir los nudillos, y al ver que volvía a enfurecerse, mi amigo Léon llamó su atención desde la mesa: «Venga, Chaïm, déjalo estar. No te hagas más mala sangre y ven a disfrutar del pollo con nosotros. Mira, te guardamos un poquito de muslo», y entresacó con el tenedor una piltrafilla que había subsistido debajo de las patatas.

Al ver que todos lo contemplaban expectantes y que aquel enojoso asunto ya no tenía arreglo, Soutine se arredró, resopló, se rascó el cogote y, finalmente, se dejó tentar por el pedazo de carne. Él también debía de estar hambriento. Trinchó los restos pegados a los huesos y los devoró de un bocado. Mientras bebía y apuraba la salsa con unos mendrugos de pan, nos contó, con la boca abierta y sin dejar de masticar, que, de un tiempo a esa parte, hacía incursiones furtivas al matadero de Vaugirard para afanar alguna pieza. «Siempre cosas pequeñas, que no se noten mucho, como el pollo que os habéis comido, tunantes». Pero no para aplacar el hambre voraz que se ve a la legua que le tortura, sino para copiarlas en una serie de bodegones peculiares que está empezando a ensayar. No de naturalezas muertas, sino, más bien, asesinadas. «Es una idea que me lleva rondando en la cabeza muchos años», nos explicó, un poco como

excusándose. «De niño, vi a un carnicero cortar la garganta de una oca. Quise gritar, pero la mirada alegre del matarife me cerró el grito en la garganta. Ese grito siempre lo he sentido ahí, siempre he intentado deshacerme de él. Y, al pintar estas cosas, estos animales muertos, es lo que intento: liberarme de ese grito». Mientras lo contaba, se aturullaba un poco con las palabras e intentaba ayudarse con los dedos, aún manchados de grasa. Algunos de mis compañeros lo miraban con cierta aprensión, repugnancia incluso. Para aligerar la tensión, Léon le preguntó que por qué no se comía la carne una vez que ya le había servido de modelo. Soutine se encogió de hombros y replicó con llaneza: «Para cuando termino el cuadro, la carne siempre está podrida».

Por muy truculento que pueda parecer este señor, he de reconocer que me impresionó muchísimo la entrega a su arte. Pasar esas privaciones, esos sacrificios, con tal de pintar lo que él cree que debe pintar. Pocos llegarían a esos extremos. Robar, no para comer, sino por sus cuadros. En él, la necesidad de alimentar su obra es más fuerte que la de alimentarse a sí mismo. Nunca había visto nada suyo, y me produjo tanto interés que, esa misma noche, llamé a su estudio y le pedí con toda la humildad del mundo que me enseñara alguno de esos bodegones que estaba creando. Al principio dudó. Es huraño. Pero, al final, debió de apiadarle mi sincera curiosidad y se hizo a un lado para dejarme paso. No sé, Chema. Lo que vi eran apenas unos bocetos, y cualquiera te podría decir que desagradables, macabros, feos... Pero no... Crudos, sí. Una pincelada que se hace víscera. Un color y una textura en carne viva... Un hombre que, creo, se siente igual que esos cuerpos desollados, abiertos en canal. Puede que no sea hermoso, pero sí lo más honesto que he visto nunca en un lienzo. Y con eso parece bastar. No se lo dije, pero le di las gracias por mostrármelos y le volví a pedir perdón por el hurto del pollo. Le quitó importancia meneando la cabeza, y sonrió cavilosamente. «Al menos, estaba rico».

De vuelta en mi habitación, antes de dormirme, me dio por pensar cómo se ha de sentir Soutine cuando pinta esas cosas y de esa manera. Y algo me dice (la intuición, no sé) que, aunque yo no pinte pollos muertos, tal vez sí me sienta un poco como él [...].

A pesar de esta identificación que Martín pareció trabar con Soutine, paulatinamente deja de sacarlo a colación en sus cartas y, en cambio, en otras

fechadas con posterioridad, comienza a mencionar con asiduidad a otro pintor célebre que, a tenor de lo que le relata a Chema y los términos en los que se expresa, llegó a convertirse en uno de sus mejores amigos de aquella época: Marc Chagall.

Un bielorruso que acababa de regresar a la capital francesa después de una ausencia de varios años transcurrida entre su ciudad natal, Vítebsk, y Moscú. Su primera estadía en París la había pasado como inquilino de La Ruche y así es como su obra llegó a conocimiento de Martín.

... Me hicieron subir al tercer piso de la rotonda para ayudar a un compañero a trasladar un cuadro de gran formato. Nunca me había visto en la necesidad de visitar esa planta y, al hacerlo, descubrí que es idéntica a la mía, pero que el tejado está totalmente parcheado. Se encuentra en un estado calamitoso, lleno de brechas y boquetes, que mis camaradas han cegado y contenido como buenamente han podido, tirando de ingenio y de cualquier desecho que les ha pillado a mano: telas, trapos, maderos, mallas, incluso ramas. Sabía que La Ruche estaba pasando por apuros económicos después de la guerra, pero hasta ese momento no me hice cargo de la situación real. Parecía un barco naufragado que llevara varios años embarrancado en una isla desierta. Me detuve a contemplarlo, y entonces me llamó la atención una tabla que apuntalaba una gotera. Me había dado la impresión de que estaba pintada, de modo que me acerqué y, entonces, descubrí que, en efecto, se trataba de un cuadro. Estaba húmedo, mohoso, infestado de borrones y manchas. Pero, aun así, lo que vi me dejó anonadado. Sin apartarme de él, alcé la voz para preguntarles a mis compañeros: «¿De quién es esto?». Uno se aproximó y me respondió: «¿Eso? De Marc Chagall».

Martín sigue abundando en la perenne impresión que le produjo aquella pintura, que más bien parecía un sueño, y la consternación al enterarse de que estaba sirviendo para taponar un agujero del techo y que no se colara la lluvia. «¿Cómo demonios es posible?». Pronto le pusieron al corriente de que el propio autor era el primero que no atribuía gran valor a sus cuadros cuando vivía en La Ruche. «Ah, ¿que vivió aquí?». «Sí. Y los que le conocieron cuentan que, cuando terminaba uno que no le gustaba, lo agarraba y lo tiraba con rabia por la ventana, al jardín, de donde lo recogía el trapero de

madrugada para llevárselo junto con toda la basura. Suponemos que alguien pensó que este, al menos, podía resultar más útil, impidiendo el paso al agua». Martín quiso ver más pinturas de aquel hombre, para el que la vida se asemejaba a un cuento en el que las personas tenían dedos de más, cabezas de cabra y cuerpos de trapo, daban volteretas por el espacio y sobrevolaban, gráciles y ligeras, pequeñas aldeas nevadas. Una ensoñación de azules profundos, cálidos rojos, verdes misteriosos y amarillos espléndidos, en la que amar parecía lo más fácil y natural del mundo. Cuando se enteró de que Chagall volvía a residir en la ciudad, pidió a los que le habían tratado que se lo presentaran. Su forma de pintar le había trastornado. Tanto insistió que, al final, accedieron. Y el caso es que, bien porque Martín había tenido una corazonada sobre la afinidad que tendría con ese hombre, bien porque se empeñó en que así fuera, ambos entablaron una fructífera amistad.

Chagall le sacaba más de una década, pero al joven Pendragón le agradaba su afabilidad, el modo en que hablaba de su esposa Bella y, sobre todo, cómo la representaba en sus cuadros. Por eso se sentía atraído como un imán, y se sinceraba con él como con nadie, como si fuese el hermano mayor que jamás habría imaginado tener. Los puedo ver una tarde cualquiera de tantas que compartieron, sentados los dos ante una mesa del concurrido Café de la Rotonde, tomando una taza de café que Martín no se puede pagar. Y, desde la vehemencia y el inconformismo de su juventud se queja de la ingratitud del arte y del amor, con palabras rotundas y altisonantes de más de cuatro sílabas, y con el fatalismo del hombre resabiado que está de vuelta de todo tras probar incontables sinsabores, aunque en verdad aún se enjuagara con los calostros. Y a Marc Chagall le resulta graciosa esa pose. Mira a Martín con la misericordia de quien sabe algo más, aunque solo sea por esos trece años que le gana en experiencia, y le repite con serenidad:

—En nuestra vida, como en la paleta del pintor, solo hay un color que da sentido a la vida y al arte: el color del amor.

—Una vez creí saber cuál era ese color: ¡el de la luz! Pero ahora ya..., permítame que dude de todo —le responde Martín, descorazonado, dándole un sorbo a su café.

Y Chagall sonríe y le da la venia:

—Dude, dude. Está en su derecho.

—Pero tiene toda la razón en algo. El arte es como el amor. Nos dedicamos a escribir libros que nadie leerá, a pintar cuadros que no colgarán

de ninguna pared y a enamorarnos de gente que jamás nos corresponderá. Lo sabemos y, aun así, lo seguimos haciendo. El ser humano es la única criatura de la naturaleza que se empeña en cosas tan poco prácticas. ¿Por qué será?

—No lo sé, pero usted, que es tan joven y tan sabio, seguro que ya ha meditado sobre ello y me lo va a decir, ¿o me equivoco? —inquire Chagall.

Martín se ruboriza ante el suave tono irónico del bielorruso, que lo ha pillado *in fraganti*. Sonríe a su vez, solicitando un indulto a su falta.

—Bueno, solo si usted está interesado en escucharlo...

—Por favor, le suplico que no me prive de su teoría.

Ante este gesto de connivencia, Martín amplía su sonrisa, hasta volverla radiante. Envalentonado, se inclina sobre la mesa y, dándole toquecitos con el dedo índice, dice:

—Pues verá, yo creo que es porque el ser humano es el único ser de la naturaleza que sueña. Y los sueños son rabos de lagartija: por muy muertos que los veamos, de pronto son capaces de asestar un coletazo que desmiente la defunción en que los creíamos. Tienen vida propia, y se las apañan para conservarla pase lo que pase. Por eso, nuestros sueños, siempre que los soñemos al cien por cien y sin fisuras, mientras los queramos con toda nuestra alma, logran hacer de nosotros lo que les da la gana: incluso que los cumplamos.

Martín se calla, ahuecado y sin aliento por la brillantez de su conclusión, intentando que no se le note demasiado lo orgulloso que está de sí mismo. Marc Chagall sonríe con afecto ante su ardor y lo premia replicando:

—¿Ve? Ya sabía yo que merecía la pena que me quedase a escucharlo.

Cuando ambos se levantan para marcharse, Martín se aproxima al mostrador, tras el que el señor Victor Libion, el propietario del café, atiende a la caterva de sinvergüenzas talentosos que se aprovechan de la laxitud de su caja. Lo aborda diciéndole con humildad:

—Señor Libion, hoy ando corto de liquidez...

—Y ¿cuándo no, Pendragón, y cuándo no? Siempre anda usted corto de liquidez, pero bien que se bebe mis líquidos.

—Ya..., bueno, pero le traía otro dibujo... como garantía de que le pagaré, ya sabe usted.

Martín siempre se ve obligado a interpretar esta pantomima cuyo resultado ya conoce. El señor Libion, invariablemente, acaba fiando los tragos sobre las espaldas del arte (y menudas tragaderas eran esas), no solo a él, sino a la

mayor parte de sus parroquianos. De esta costumbre da testimonio el nutrido mural de bosquejos de todo pelaje y condición que cubren las paredes de su local, que más bien se trata de una casa de empeños de dudosa solvencia o de la más alta institución del mecenazgo abierta en aquellos contornos. El señor Libion se permite, eso sí, el lujo de adoptar un aire regañón, de enarbolar siquiera una tibia resistencia, para insuflar más emoción al trámite de intercambio. Pero siempre cede. Y, especialmente, con Martín, a quien, además, recompensa con un comentario del tipo:

—Lo hace usted condenadamente bien, Pendragón. Dan ganas de quedarse el dibujo.

—Pues quédeselo, hombre de Dios, quédeselo.

—Pero no se olvide de pagarme, ¿eh?

—Antes morir —responde jovialmente Martín.

Y así, se congraciaba con él.

El que pueda imaginar con tanta nitidez la escena se debe a las abundantísimas referencias a la época de Chagall y los cafés que salpican las cartas a Chema. Se repiten en un montón de ellas, pero una me ha llamado especialmente la atención. En ella, Martín dice:

Aunque tú seas mi amigo del alma, no sabes la falta que me hace tener aquí a Marc. Esta es una etapa muy oscura, y su apoyo me está resultando fundamental para no derrumbarme después de lo que pasó. Solo hablar con él largo y tendido me alivia un poco, al menos, por un rato. En el fondo, y pese al mucho tiempo que ha transcurrido, sigo devastado...

Lo leo y me alarmo por Martín. Un escalofrío me encoge el corazón, acaricio el papel, como si eso pudiera servirle de consuelo, y siento el impulso de llamarlo para preguntarle que qué le ocurre. Al segundo siguiente, me estoy riendo. ¿Cómo diablos voy a llamarlo? Cualquiera que sea la mala noticia a la que alude, ocurrió hace sesenta años, y se la contó a Chema, no a mí. De la preocupación al alborozo por lo tonta que soy, y, en medio, la curiosidad más certera. ¿Qué pasó en la vida de Martín Pendragón para devastársela? Ahora que se le notaba feliz, repuesto de las heridas, satisfecho por lo conseguido —sus pinturas, su París, sus amigos—, con las riendas de su existencia en la mano... Había conseguido sacar cabeza, y, al parecer, la realidad se había visto en la obligación de tirarlo del pedestal. Comienzo a

rastrear las cartas palmo a palmo, como un topógrafo, en busca del renglón, de la palabra entre líneas que me dé la pista definitiva. Pero ya no veo. Letras y letras, las unas sobre las otras, jugando al despiste y burlándome las muy bellacas. Me contengo para no lanzarlas por los aires. Así que, viendo que me estoy poniendo yo sola de los nervios y para evitar males mayores, cojo la carta que ha levantado la liebre y un taxi para plantarme en casa de ella. Blanca Luz me abre la puerta guiñando los ojos. Consulta su reloj de pulsera y dice en un bostezo:

—Es tardísimo...

Y alego:

—Es que si no me lo explicaba, yo no iba a poder dormir.

Invitándome yo sola a pasar, le tiendo la misiva y le señalo el enigmático párrafo. Se coloca sobre la nariz las gafas de presbicia que lleva usualmente colgadas de una cadenita, y lo lee frunciendo mucho la frente, el ceño, las cejas. Consulta la fecha del encabezamiento. Inmediatamente se espabila. Levanta el cuello, envara la espalda. Humedece los labios para después chasquear la lengua.

—¿Sabe a qué se podía estar refiriendo Martín con eso? ¿Tiene alguna idea de qué le sucedió? —insisto.

Me mira con fijeza. Sus ojos inquietantes se adentran en los míos, como calibrándome. Al fin, se encoge ligeramente de hombros. Y dice:

—Bueno, supongo que ahora llega la parte en la que yo empiezo a quedar realmente mal.

Y trae otra carta.

Al volver a La Ruche aquella tarde, Martín abrió el buzón y encontró una carta en la que relumbraba la inconfundible caligrafía de Chema, quien también le escribía con regularidad. Verla le provocó un confortable pellizco en el estómago y una sonrisa le curvó los labios. Se apoderó de ella y, con dedos impacientes, rasgó el sobre y se enfrascó en su lectura mientras ascendía mecánicamente por las escaleras, dejándose llevar por el conocimiento que sus pies habían trabado con los escalones del inmueble. Una claridad mortecina se colaba por los ventanucos de la rotonda, y alumbraba la carta a retazos. De un solo vistazo, Martín comprobó que se

trataba de una misiva muy corta. Le sorprendió que Chema se hubiera molestado en escribir con tan poco que contar, dado que, además, su amigo no se caracterizaba por la parquedad de discurso.

Querido Martín. ¿Cómo estás? Espero que París te esté tratando bien. En cuanto puedas, tienes que mandarme otro relato pormenorizado de todas tus aventuras. Puedes incluir alguna fanfarronada, que no me molestaré, y seguro que así la carta gana en interés y me haces el inestimable favor de entretenerme un rato. Y ahora voy a dejar de irme por las ramas, compañero. He de contarte una cosa que no te va a gustar. Siento ser yo el mensajero. Tengo la ventaja de que, como estoy lejos, me ahorraré tu petición de que me decapiten, como les hacen siempre a los pobres intermediarios. ¿Lo ves? Es difícil decirte esto, ya me he puesto otra vez a divagar... En fin, suelto la bomba. Allá va. Blanca Luz está prometida. Va a casarse con Eduardo. Lo lamento, Martín. Te daría más detalles, pero no sé mucho más...

Martín no siguió leyendo. No pudo, porque, de pronto, la vista se le nubló. Un vahído le golpeó la cabeza, que se le vació de todo pensamiento. No entendía nada. ¿Qué? ¿Cómo? Ya no sabía dónde estaba. Si en ese momento le hubiesen preguntado su nombre, no habría podido responder. Se habría quedado mirando idiotizado a su interlocutor, con la mente completamente en blanco. Sin ser consciente de lo que hacía, bajó otra vez la vista y releyó la carta, como si estuviese redactada en otro idioma, y quisiera cerciorarse bien del significado. «Blanca Luz está prometida. Va a casarse con Eduardo». Vaya. Aquellas palabras seguían allí. Negro sobre blanco. Iba a ser verdad y todo. Chema jamás habría bromeado con algo así. Entonces notó que una flaqueza avasalladora le trepaba por las piernas, y se dio cuenta con asombro de que llevaba dos minutos temblando como un flan, con las manos empapadas de sudor frío, con el corazón a punto de salirse del pecho y con unas ganas punzantes de vomitar. Aún tenía los pies posados sobre peldaños distintos, uno más abajo que el otro. Se sentó en un escalón, con la espalda apoyada en la pared, y se le agolpó en la garganta una risa histérica, de hiena, que, en cuestión de instantes, se le transformó en un llanto salvaje, desgarrador, incandescente. Estrujó la carta y estrelló los nudillos contra la piedra del muro. El hueco de la escalera le devolvió el eco de sus sollozos

endemoniados. Le habían tirado encima un caldero de agua hirviendo. Y no podía sacudirse el dolor de ninguna manera. Se revolvió como una bestia herida, aullando, pero el daño seguía ahí, quemándole en la piel como un tatuaje recién hecho. ¿Y a quién podía reclamarle? ¿Cómo podía desquitarse? ¿Contra qué podía arremeter? Nada. No podía hacer nada. La impotencia le clavó más adentro las banderillas que le habían hincado en el lomo. Se levantó desesperado y descargó los puños en la pared, bramando como un miura, sin dejar de llorar. Sentía las entrañas abiertas en canal. Entonces unos pasos presurosos se acercaron por la escalera, y *madame* Segondet asomó la cabeza con una mueca de reproche contorsionándole las facciones.

—¿Qué sucede? ¿Y esos gritos?

Martín se la quedó mirando, como si fuera un ser venido de otro planeta. No tenía sentido ni responderle. Los muertos no responden y a él lo acababan de matar. Supo que, si la escuchaba un segundo más, terminaría empujándola escaleras abajo, así que, como la apreciaba, decidió arrastrarse hasta su habitación. Cerró la puerta a su espalda y se quedó mirando con incredulidad los familiares objetos que había diseminados por el cuarto, estupefacto de que continuaran allí, tal como los había dejado aquella mañana, después de que a él le hubieran despedazado. Al parecer, el mundo tenía previsto seguir con aquella rutina suya de girar sobre su eje. Pero Martín, más que nunca, sintió que lo habían arrojado de un tren en marcha mientras dormía. Se encontró a sí mismo musitando unas palabras, aferrándose a ellas como si se trataran de un conjuro que había que repetir, aunque no supiera a ciencia cierta para qué. Eran unos versos del poeta Bécquer, que había aprendido en su adolescencia.

*Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas,
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche,
en ira y en piedad se anegó el alma,
¡y entonces comprendí por qué se llora!
¡y entonces comprendí por qué se mata!
Pasó la nube de dolor... con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo...*

Me hacía un gran favor... Le di las gracias.

Pues sí... Eso mismo era. Antes a otros ya les había pasado aquello mismo, pero no por eso laceraba menos. En su próxima carta tendría que darle las gracias a Chema.

Blanca Luz había vuelto triste a su casa el día que despidió a Martín en la estación de tren. Por el camino, se dio cuenta de que, a pesar de que el dolor por aquel adiós lo iban a sentir ambos (no había más que verle la cara a Martín mientras se lo decía), él emprendía una nueva vida, lejos de los recuerdos, en otra ciudad, que le ofrecería un escaparate de maravillas con las que podría fabricarse el olvido. Pero ella se quedaba allí. Atrapada en la casa de la calle Campana, donde todos los muebles estaban amortajados por la memoria de momentos más felices. Una casa en la que había tenido todo y en la que no quedaba más que olor a naftalina de una plenitud que ya habían gastado. Y esta idea tan descorazonadora le aterró. Cuando llegó, se refugió en el estudio de pintura, que aquel día estaba vacío porque no impartían clase. Su padre estaba buscando un sustituto para llenar la plaza que Martín había dejado vacía. Blanca Luz se acercó al caballete en el que Martín solía pintar. No había lienzo. Los techos del estudio le parecieron muy altos. Un sol enmarañado y melancólico rebotaba en los cristales y los dejaba en evidencia al denunciar que estaban sucios con varios restregones. Blanca Luz se sentó en el suelo, sobre un cojín y se abrazó las rodillas. Reclinó la cabeza sobre ellas, ladeándola. Martín se había marchado. Ella le había dejado ir. Había abierto la puerta de la jaula, el pajarito se había resistido a abandonar el nido, pero ella lo había ahuyentado con grandes aspavientos y el gorrión, finalmente, había emprendido el vuelo. Tenía que volar alto. Y ella tendría que ingeniárselas para seguir con su vida como fuera. En cierto sentido, Blanca Luz se sentía tan libre como el pájaro que acababa de marcharse. Ya no tendría que volverse continuamente y con angustia hacia la jaula, para comprobar que el ave no la había dejado. En eso pensaba cuando, de pronto,

un ruido la sacó de sus reflexiones. Levantó la cabeza con sobresalto, ya que la habían sorprendido regodeándose en el censurable vicio de la autocompasión. Era Eduardo, que entraba confiadamente en la habitación y que, al reparar en ella, se detuvo en el umbral.

—Ah, hola, Blanca Luz, no esperaba encontrarte aquí.

Ella esbozó una desganada sonrisa y respondió:

—Ya, ya imagino... No tendría por qué estar en realidad.

—Bueno, es tu casa —apuntó Eduardo.

—Sí, claro... —concedió Blanca Luz, como si no estuviera segura del todo.

Eduardo se la quedó mirando, a ella y a su abstracción, con cierta extrañeza.

—Yo he venido a recoger unos pinceles que se me olvidaron aquí el otro día...

—Oh, pasa, por supuesto. Con total libertad —le dijo Blanca Luz con un ademán de la mano que pretendía ser hospitalario.

Eduardo se adentró en el estudio con una breve sonrisa, como si solicitara indulgencia por las molestias causadas, y por interrumpir algo que no sabía a ciencia cierta de qué se trataba, pero que, sin embargo, fluía por la habitación. Blanca Luz se evadió de nuevo en su universo paralelo de nostalgias, hasta que se dio cuenta de que Eduardo estaba plantado delante de ella. Se lo quedó mirando con aire interrogante.

—Lo siento, Blanca Luz —titubeó él—. Es que... los pinceles están detrás de ti...

Parecía completamente consternado, y al ver su apuro, Blanca Luz prorrumpió en carcajadas. Se reía con tantas ganas que su jovialidad catártica contagió también a Eduardo y ambos se rieron en armonía durante un minuto y medio. Blanca Luz tanteó a su espalda, sin voltearse del todo, hasta que sus dedos tropezaron con los pinceles y se los tendió a Eduardo al tiempo que decía:

—Toma, disculpa.

—No pasa nada —contestó él mientras se agachaba para cogerlos de su mano.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —preguntó ella repentinamente.

—La verdad es que no.

—¿Te apetece quedarte un rato? Estoy aburrida.

—Claro —respondió Eduardo, sentándose a su lado, sobre el entarimado.

—¿Para qué querías los pinceles?

—Tenía que limpiarlos. Se me olvidó hacerlo el otro día.

—¿Qué estás pintando ahora?

—La verdad es que ahora mismo nada concreto. Bocetos aquí o allá, pero no estoy muy cristiano. Periodo de sequía.

—Eso es que te faltan estímulos —diagnosticó Blanca Luz con una pálida sonrisa.

—Puede ser.

—¿Y no lo pasas mal?

—¿Cómo dices?

—Que si no lo pasas mal. Por la falta de inspiración quiero decir. Cuando Martín no sabía qué pintar se desesperaba y sufría mucho. —La voz se le fue muriendo a medida que completaba la frase.

Eduardo se la quedó mirando con curiosidad y dijo:

—Hombre, te sientes un poco molesto, pero tanto como para desesperarte... —Se quedó un segundo en silencio y agregó—: Supongo que Martín era muy intenso.

—Sí —otorgó Blanca Luz, con la mirada ensimismada.

—Pero eso también le hará llegar más lejos de lo que ninguno de nosotros atisbará siquiera. Aunque por el camino se despellejará las rodillas.

—También yo lo creo. Solo espero que no le duela mucho —musitó Blanca Luz.

Ambos se quedaron en silencio un rato, hasta que ella confesó de pronto:

—Hoy he ido a despedirme de él.

—No me sorprende —la tranquilizó Eduardo—. ¿Y qué tal ha ido? Si no es indiscreción, por supuesto.

—Bueno, ha sido triste, pero supongo que necesario.

—Ya... Bueno, si piensas que era necesario, es lo mejor que has podido hacer. No se pueden forzar estas cosas.

—No, claro que no —se reafirmó Blanca Luz.

—Es comprensible que ahora duela, pero se acabará curando. No sé mucho de estos asuntos, pero es bien conocido que desde Romeo y Julieta nadie se ha muerto de mal de amores. Y también sería mala suerte que, después de cuatrocientos años, tú fueras la primera a la que le pasara.

Blanca Luz profirió una risa reconfortada.

—Es cierto. Sería una suerte pésima. —Se quedó un momento pensativa y

agregó—: ¿Y dices que tú no sabes mucho de estas cosas? Yo pensaba que usted era un castigador en asuntos de amoríos, señor Izquierdo —se burló.

—¿Por qué? —se extrañó Eduardo.

Su expresión denotaba un desconcierto real, como si la idea que acababa de formular Blanca Luz le pareciera lo más descabellado que le habían dicho nunca. Su asombro desarmó a Blanca Luz que, de repente, también se percató con estupor de que no sabía de dónde había sacado esa percepción sobre él. Cayó en la cuenta de que jamás se había interesado por la vida personal de Eduardo, y de que no tenía ni la más remota idea acerca de lo que podía hacer aquel muchacho durante las horas que pasaba fuera de la casa de la calle Campana. ¿Por qué le había pasado siempre tan desapercibido el pelo negro y ensortijado de Eduardo Izquierdo, su barba cerrada, su frente estrecha surcada por unas arrugas prematuras que se le habían colado a base de fruncirla, su nariz aquilina y desafiante, su cuerpo delgado, elástico y vivaz, sus hermosas manos de largos dedos, su porte altivo, sus ojos rasgados y aterciopelados? Entonces se dio cuenta de hasta qué punto la había absorbido Martín. Le había puesto una venda que no le había permitido ver nada más allá de sus estrechos confines. Ahora fue ella la que vaciló al responder, entre tartamudeos:

—Bu-bueno, no sé, porque eres un joven apuesto, educado, de buena familia, ¿qué dama no se derretiría ante tus encantos?

Intentó que esta enumeración sonara lo más neutral posible, incluso con un tono de chufla, pero fracasó estrepitosamente y, sin poderlo evitar, se puso encarnada hasta las orejas. Eduardo aguantó el tipo y comenzó a reírse, con idénticas dosis de incredulidad y nerviosismo.

—Vaya, gracias, señorita Blanca Luz. Es usted muy amable y me siento halagado, aunque no la crea. Pero el caso es que anda muy desencaminada si piensa que me dedico a ir por allí y por allá rompiendo corazones.

Blanca Luz logró rebajar el rubor de su cara, aliviada por que Eduardo se lo hubiera tomado con liviandad.

—Hum, pues no entiendo por qué.

El rostro de Eduardo se tornó serio repentinamente y repuso:

—No sé, Blanca Luz. No he conocido a nadie que me interesara realmente. A veces, un joven como yo, educado, de buena familia..., como has acertado en calificarme, no lo tiene tan fácil como parece. Se nos dan por supuestas cosas que, en realidad, no son tan sencillas de conseguir. Esta ciudad es

pequeña, vemos siempre a la misma gente, el círculo ya está muy cerrado..., y no es que pasen muchas cosas. Siempre está la opción de convertirse en un crápula e ir persiguiendo criadas por ahí para dejarlas encinta. Pero, a poco decente que quieras ser, las posibilidades se limitan bastante.

—Nunca lo había visto así. Pensaba que para los muchachos era más simple —arguyó Blanca Luz, mirándolo con súbito interés.

—Además, digamos que yo no tengo el carácter más abierto del planeta. Puedo ser correcto, agradable..., pero no el tipo de persona que levanta pasiones. Resulto un poco retraído y, desde luego, no brillante. Mi sitio es el segundo plano. Supongo que, en el fondo, tampoco me sentiría cómodo en un papel de primera fila. No suelo dejar que nadie me conozca demasiado.

—Bueno, pero ahora estás hablando conmigo, y expresándote con franqueza.

—Sí, no sé. Supongo que me he sentido a gusto contigo, y me ha apetecido romper mis hábitos.

Blanca Luz le sonrió.

—Pues que sepas que eres muy agradable rompiendo hábitos.

—Me alegra saberlo —replicó Eduardo, correspondiéndole con otra sonrisa.

Más tarde el joven se levantó y se marchó diciéndole a Blanca Luz que había sido un placer charlar con ella y que a ver si lo repetían más a menudo. Ella se quedó contemplando la puerta por la que había desaparecido, consciente, sin salir de su sorpresa, de que acababa de descubrir algo: cabía la vida después de Martín Pendragón.

Y así pasó casi un año. Blanca Luz comenzó a intimar más y más con Eduardo Izquierdo. Descubrió en él a un hombre sumamente agradable, que lograba que estuviera contenta y que siempre tenía una palabra amable y encantadora dirigida a ella en el momento oportuno, pronunciada en medio de una charla amena. Además, tenía unos ojos adorables y tímidos que la miraban con reverencia y que la conmovían. Un día, Eduardo reunió valor suficiente para besarla, y Blanca Luz se lo permitió de buen grado. Sus labios, huérfanos desde hacía ya tiempo, lo agradecieron. Era el proceso natural de incubación que hay que seguir para olvidar a un antiguo amor. Su corazón volvía a abrirse, alcanzando esplendorosamente la etapa de crisálida.

Y un día en el que ambos se encontraban vagando sin demasiado rumbo por la vereda del río, Eduardo se detuvo, se apoderó de las manos de Blanca Luz y le preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella se lo quedó mirando, atónita, pero no dijo que no. Abrumada, se pasó la mano enguantada por la frente, exhaló una risita nerviosa e inquirió:

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, Blanca Luz. ¿Cómo crees que podría bromear con algo así? Te propongo matrimonio completamente en serio —le replicó con un semblante casi ofendido.

—Ya veo..., pero ¿lo has pensado bien? ¿Eres consciente del incordio de mujer que pretendes echarte encima? —le preguntó con coquetería.

—¡Sabes perfectamente que no eres un incordio! —protestó Eduardo, tal como dictaba la convención en una tesitura de esas características—. Te quiero, Blanca Luz. Eres lo mejor que ha llegado nunca a mi vida. Me haces sentir tan..., tan bien, tan fuerte, tan optimista. Jamás había sentido esto por nadie, y no lo sentiré por nadie más. Por eso quiero que te conviertas en mi esposa. Si accedes, me harás el hombre más feliz de la tierra. Nunca había estado completo hasta que te conocí.

Blanca Luz sonrió, sintiéndose arrullada por las halagüeñas palabras del joven.

—Oh, Eduardo. Tú también me haces muy feliz a mí. De verdad que sí. Me has devuelto la alegría. Me has demostrado que me podía volver a enamorar... Jamás lo habría superado sin tu ayuda. Y te quiero tanto por eso..., y por ser tan bueno, dulce y atento conmigo... Pero una boda es un paso muy importante. Supondría que comenzaríamos una vida en común y...

—Por eso no te preocupes, Blanca Luz. He pensado en todo. No te lo pediría si no tuviera un buen plan de vida. Sé muy bien lo que mereces, y no osaría ofrecerte menos. Verás, mis abuelos me dejaron en herencia una casita aquí mismo, en la ciudad, en la que podremos vivir cómodamente. No es muy grande, pero para nosotros dos es más que suficiente. Además, voy a ocupar un puesto en el negocio familiar. Comenzaré desde una posición modesta, claro, porque no quiero que se me acuse de nepotismo. Quiero hacerme valer. Así que el sueldo no será muy alto al principio, pero estoy seguro de que pronto prosperaré si trabajo duro, y podremos mejorar nuestras condiciones en un plazo de tiempo no muy largo... Además, tengo algunos ahorros, que

nos servirán para empezar. ¿Qué dices? —le preguntó, presa de la emoción.

Blanca Luz se enterneció ante los ilusionados ojos de Eduardo, pendientes de su más mínima reacción, como si en su mano estuviera depararles un cielo infinito o la condenación eterna.

—Pero ¿y la pintura? ¿No vas a continuar con tu carrera artística?

—No, Blanca Luz. Voy a renunciar a ella. Soy muy consciente de que nadie vive de pintar, y nadie puede formar un hogar con los pinceles... Y desde luego, comparada contigo, la pintura no deja de ser un pasatiempo sin el que sabré pasar muy bien, mientras te tenga a ti a mi lado. Tú eres lo que verdaderamente me importa.

Aquellas palabras arrojaron un peso en la balanza que estaba oscilando en el pecho de Blanca Luz. Se dio cuenta en ese preciso instante, al escuchar a Eduardo, que él le estaba ofreciendo lo que Martín nunca había sabido darle. Ahí estaba, expuesta totalmente al aire, la diferencia entre ellos. Ser la musa de alguien era algo muy romántico. Pero, en el fondo, lo que a ella le hacía falta era ser la mujer de alguien. De Eduardo. Él la quería de verdad. Con realidades sólidas, no con un mundo pintado. Por eso Blanca Luz había dejado a Martín, y, en cambio, a Eduardo lo miró a los ojos y, resueltamente, le dijo:

—Sí.

Al llegar a este punto, la lorita me cuenta que he interrumpido a Blanca Luz Miranda. En la cinta que estoy escuchando, ya de vuelta en mi casa, no queda recogido, pero los ojos me centelleaban. No daba crédito.

—¿Cómo pudo hacer algo así, joder?

En la grabación sobreviene un silencio, que corresponde al momento en que se ha alzado de hombros. Luego, se la oye decir:

—Ocurrió.

—¿Cómo que ocurrió? ¿Desde cuándo esas cosas «ocurren»? —Mi voz se nota exaltada—. Es flipante, vamos. Ya no lo digo solo por usted, que bueno, ya había tenido el delito de dejar a Martín y todo eso. Pero ¿y Eduardo? ¿Cómo se prestó a semejante guarrada? Prometerse con la ex de un antiguo compañero..., qué feo y qué chungo. ¿Es que no tenía amor propio ni sentido de la dignidad?

—Eh, oiga. Pare esa insolencia, señorita. Tanto Eduardo como yo estábamos en nuestro derecho de rehacer juntos nuestras vidas. ¿Tan inverosímil le resulta que él pudiera enamorarse de mí?

Recuerdo que me he tenido que morder la lengua ante la respuesta de Blanca Luz.

—No, claro. Entiendo que usted sería guapísima y vivaracha, y que se los traería a todos de calle con las hormonas y todo eso, pero aun así, es fuerte... Con la cantidad de mujeres que hay en el mundo, tener que ir a fijarse en usted...

Se ha quedado un momento pensativa, rumiando algo, con las velas replegadas.

—Bueno, es cierto que Eduardo se enamoró perdidamente de mí. No estoy siendo arrogante al afirmarlo, sino diciendo la pura verdad. Pero supongo que, en el fondo, él también sintió una gran satisfacción al pensar que le estaba quitando algo a Martín. De hecho, lo que más deseaba.

—Pero... ¿por qué querría Eduardo hacer algo así? —Me he desconcertado —. Tenía entendido que se llevaban bien.

—Oh, sí. Entre ellos nunca había existido nada que no fuera extrema cordialidad y buenas palabras. Se respetaban y su trato resultaba irreprochable. Pero yo creo que, a kilómetros de distancia de la superficie de corrección y templanza que mostraba siempre, Eduardo envidiaba a Martín.

—¿Por qué?

—Obvio, ¿no? Porque donde Martín era un pintor brillante, él solo llegaba a lo aceptable.

—¿Alguna vez se lo dijo?

—No, jamás. Pero una vez, bastantes años después, me contó algo que me induce a pensar que así era. Eduardo no solía hacer confidencias, pero aquella noche había bebido más vino del que le convenía y miraba con una intensidad mayor de lo habitual. Y empezó a rememorar que, cuando él y Martín estudiaban juntos en la academia de mi padre, en una ocasión, muy al principio, este les puso como ejercicio que pintaran un cuadro que respondiera al siguiente título: *El frío*. Ambos salieron juntos de clase y emprendieron el camino de regreso a sus casas. Pero al llegar a una bifurcación, Martín se desvió. Según parece, se dirigía a algún otro sitio. A Eduardo le picó la curiosidad y le preguntó si podía ir con él, a lo que no se opuso. Tomaron el sendero que conducía al río, y lo siguieron en silencio.

Martín en ningún momento comentó nada, y Eduardo no indagó, hasta que llegaron a una poza bastante profunda que formaba el río, a la cual la gente de la ciudad acudía a bañarse durante el verano, solo los días de más calor. Por aquel entonces era invierno, y el hielo se acumulaba en las orillas, aunque no había llegado a cubrir toda la superficie del agua, que en aquella época del año siempre estaba oscura y tersa como un cristal. Según Eduardo, había nevado la noche anterior, y el aliento se cortaba en cuanto entraba en contacto con el aire. Él había hecho el trayecto tiritando. Entonces, Martín comenzó a despojarse de todas las ropas que traía encima. La chaqueta, los pantalones, las botas..., hasta que se quedó en camisa, y hasta esa se la quitó. Ninguno de los dos pronunció ni una palabra mientras lo hacía. Ya desnudo, Martín señaló las prendas amontonadas sobre la hierba, y solo entonces habló para pedirle a Eduardo: «¿Me las vigilas?». Él asintió, sin poder apartar la vista un segundo. No sabía qué pensar de todo aquello. Martín le dio las gracias y, acto seguido, enfiló hacia una pequeña plataforma de roca que sobresalía por encima del agua remansada y, limpiamente (Eduardo perjuró que sin asomo de duda), saltó dentro de la poza. La gélida negrura se lo tragó, y tras la conmoción de la zambullida, todo se quedó en silencio. Eduardo se alarmó y comenzó a escrutar el agua, convencido de que su compañero había perdido el juicio y que tendría que empezar a gritar para pedir ayuda. Pero dos segundos después la lámina estalló en añicos, y la cabeza de Martín emergió para tomar una bocanada de aire y soltar un aullido salvaje y pletórico. De gozo animal, lo calificó Eduardo. Volvió a sumergirse, apenas un instante, y en un par de brazadas, alcanzó la orilla y salió a tierra con la piel entera erizada y enrojecida. Todo había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos. Se sacudió como un cachorro, y con la misma naturalidad con que minutos antes se había desprendido de ella, empezó a ponerse la ropa. Ni siquiera Eduardo, con toda su contención, pudo permanecer un momento más sin preguntarlo: «¿Por qué demonios has hecho eso?». Y, sin darle mayor importancia, Martín respondió: «Ahora ya sé cómo se pinta el frío».

»Eso le dijo, y, al contármelo en aquella noche de vino, Eduardo lo repetía una y otra vez. «Ahora ya sé cómo se pinta el frío, ahora ya sé cómo se pinta el frío, ahora ya sé cómo se pinta el frío. Esa fue su respuesta». Y después añadió: «Aquel día, me di cuenta de que ese hombre podría pintar cualquier cosa. Sencillamente, porque se atrevía a vivirlo todo». No escondía su amargura al hacer esa reflexión, que me chirrió apenas la escuché. «¿Y no

será que se atrevía a vivirlo todo porque iba a pintarlo?». «¿Qué quieres decir?». «¿Qué va antes: la pasión por el arte, que nos empuja a la vida para que lo nutramos, o la pasión por la vida, que acaba transformándose en arte para hacerse eterna?». Eduardo lo pensó, apoyando el dedo en la sien. Tal vez le dolía. Yo lo observé entre tanto. Y entonces, con una risa pastosa pero bienhumorada, admitió: «No lo sé. Jamás supe resolver el acertijo del huevo y la gallina».

»Nos quedamos en silencio, y él comenzó a adormilarse, una vez más por efecto del vino. Iba a marcharme de puntillas, cuando se despertó sobresaltado y, aferrándose la mano, me contó muy deprisa, con palabras atropelladas, que, días después de la excursión con Martín, él había vuelto solo a la poza. Que también quería quitarse la ropa y lanzarse al agua. Que, al final, únicamente metió un pie y se lo secó enseguida con una toalla que había llevado. Que, muy enfadado consigo mismo, se fue a su casa y que estuvo pintando toda la tarde. Que, cuando terminó, en la esquinita inferior del lienzo puso el título de *El frío*. Que a la mañana siguiente había que exponer las obras. Que la llevó a clase, muy apretada debajo del brazo. Que Martín mostró su cuadro. Que cuando mi padre lo vio, asintió y dictaminó: «Exacto. Así es el frío». Y que cuando vio el suyo, lo pensó un momento y le dijo: «No está mal».

Al terminar de hablar Blanca Luz, he tenido que reconocer:

—Sí, por esa historia, no parece una locura afirmar que Eduardo estuviera celoso de Martín, y que no le disgustara demasiado tomarse la revancha por medio de usted. Aun así, me parece ultra mega fuerte.

—Bueno —ha suspirado—, no es usted la única a la que le ha parecido... ¿ultra mega fuerte? Supongo que es la manera que tiene de manifestar su asombro y su desacuerdo. Como le comento, hubo más personas que también expresaron ciertos reparos ante esa boda. El primero, mi padre.

Y me ha seguido contando.

El fuego crepitaba en la chimenea. Blanca Luz se demoraba con remoloneo en una labor de costura que no iba a desembocar en nada. Francisco Miranda, sentado en el sillón orejero, fingía leer y se mesaba una patilla. Eduardo acababa de marcharse, tras pedirle a su hija en matrimonio. Definitivamente,

a aquel muchacho le gustaba hacer las cosas bien y en condiciones. «Lo supe desde que lo vi pintar. Lo hacía a conciencia, como todo lo demás en la vida», pensó Blanca Luz, al tiempo que se enredaba con un punto. Por fin, el señor Miranda carraspeó.

—¿Lo has pensado bien, hija?

—Sí, padre. Lo quiero.

—Eso está muy bien.

—Sí. Suele estarlo cuando te vas a casar con esa persona —se burló Blanca Luz.

—Lo que me pregunto es cómo ha ocurrido. No hace ni un año suspirabas por los huesos de Martín Pendragón, y, de pronto, te vas a casar con alguien que no pasaba de ser su compañero de las clases de dibujo. —Había cierto sarcasmo en la voz del señor Miranda.

—Padre —contestó Blanca Luz, elevando la mirada al techo—. Lo mío con Eduardo es real. Nos queremos, de una manera firme. Es un hombre cabal, que sé que me hará feliz. Martín era excepcional, desde luego... Pero no todos podemos ser héroes en esta vida e ir tras sueños inalcanzables ni dejar nuestra huella en la historia, y toda esa parafernalia. No. Qué va —agregó meneando la cabeza y dejando escapar un suspiro—. Ese destino es para quien pueda vivirlo. La mayoría de la gente tan solo necesitamos existencias reales. Nos conformamos con que alguien vuelva a casa después del trabajo deseando vernos. Y por eso me ilusiona casarme con Eduardo. Él ha logrado ahuyentar todos mis fantasmas, hacer que me sienta tranquila, en paz, capaz de afrontar el resto de mi vida sin temores. Por eso él es para mí. Y espero que me apoye en esto.

En su tono latía cierta súplica, y adelantó una de sus manos para posarla sobre la de su padre. El señor Miranda frunció levemente el ceño.

—¿Se lo has contado a Martín?

Blanca Luz se envaró de pronto, como si le hubiesen propinado un pellizco, bajó los ojos y barbotó:

—No..., pero tampoco creo que sea necesario. Saberlo solo le causaría dolor y, a fin de cuentas, él está muy lejos, y ha salido de mi vida por completo. Ahora somos... como dos extraños. Es mejor no remover las cosas. Seguro que él ha seguido adelante con su vida, y que yo vuelva a aparecer no puede traer nada bueno. Además, no tiene sentido.

—¿Y no será que le tienes miedo? —preguntó el señor Miranda.

Blanca Luz sacudió la cabeza y dijo:

—No..., no es miedo. Es simplemente... raro. Ahora mismo me da la sensación de que lo que viví con Martín pasó en otra vida, y que él pertenece a otro mundo, completamente distinto del mío... Y hacer que esos mundos interfieran otra vez..., no. Prefiero dejarle al margen de todo esto. Nuestros caminos se han separado demasiado. —Al ver que su respuesta no satisfacía a su padre, Blanca Luz sacó la artillería pesada—: Además, ¿no fue usted quien se aseguró de alejar a Martín de aquí? No entiendo que se convierta ahora en su abanderado. Me hizo un favor, que lo sepa. Si no lo hubiese hecho, jamás me habría fijado en Eduardo. Y mire lo que me habría perdido.

Francisco Miranda se removió incómodo en el sillón ante este recordatorio y resolvió firmar el armisticio en los términos redactados por su terca hija.

—Está bien. De todos modos, ya has accedido. Sé que te casarías con él igual, dijese lo que dijese. Solo quería cerciorarme de que estabas plenamente convencida. Lo único que deseo en esta vida es que tú y tu hermana seáis felices.

A Blanca Luz le centellearon los ojos de ternura y apretó la mano de su padre.

—Lo soy. De verdad. Soy muy feliz. Se lo juro. Y con Eduardo todavía lo seré más. Lo sé.

Francisco Miranda sonrió por primera vez desde que había iniciado la conversación, le acarició la mejilla a Blanca Luz como si fuera una chiquilla traviesa y consentida y declaró:

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar.

Sofía revoloteaba en torno a ella, con su vestido de organza color lavanda. Estaba fuera de sí, y Blanca Luz le tomaba el pelo y se mofaba de su inquietud y seriedad.

—¿Cómo es que estás tan tranquila? —se asombraba—. Pero ¿cómo puedes estar tan...? Oh, Blanca Luz, ¡estás guapísima!

Sofía la contempló arrobada, mientras Blanca Luz salía de detrás del biombo en el que se había puesto su traje de novia. Se veía deslumbrante, con sus rizos encendidos cayéndole sobre la espalda abotonada de raso, parapetados tras un vaporoso velo de muselina y encaje, con su esbelto talle ceñido, antes de dar paso a una soberbia falda bordada.

—¿Sí? ¿Te gusta? —preguntó inclinándose ante el espejo del tocador.

—¡Pues claro que sí! —replicó Sofía, precipitándose a darle un abrazo—. No quiero arrugarte el vestido, pero...

—No te preocupes por eso, boba. Ven aquí —la tranquilizó Blanca Luz abriéndole los brazos.

—Te vamos a echar de menos en casa. Yo y papá. ¿Lo sabes, verdad?

—Algo así intuía —bromeó Blanca Luz jovialmente.

—¿Lo quieres mucho? —indagó su hermana menor, con la voz llorosa.

—Que sííí —repitió la novia—. Y ahora, señorita, déjese de pucheros, y vámonos. Es la mañana de mi boda y no quiero llegar tarde.

—Bueno, está bien que las novias se hagan esperar un poco, ¿no? Al menos, eso es lo que dicen —apuntó Sofía.

Blanca Luz se sorprendió al oír semejante consejo de labios de su hermana pequeña. Estaba creciendo rápidamente.

—¿Y quién lo dice?

—No sé. Se lo he escuchado a las vecinas.

—Pues igual tienen razón.

Pero las hermanas Miranda decidieron no prolongar la agonía del novio y del resto de convidados más de los diez minutos de cortesía. Francisco Miranda esperaba a su primogénita, con una gardenia languideciéndole en el ojal, al pie de las escaleras de la casa de la calle Campana, que a partir de entonces, dejaría de ser el hogar de la joven. Tras congratularse, realmente emocionado, de tener una hija tan hermosa y besarla con fervor, le ofreció el brazo y la condujo afuera. Desde la calle de los Tilos, oculto en una esquina, Martín Pendragón los vio salir por la puerta, bajar los escalones y meterse al coche que les había prestado un pariente de Eduardo y en el que iban a llegar hasta la iglesia. Martín tenía previsto encararse con Blanca Luz. Para algo había hecho un extenuante viaje desde París, tras sonsacarle a Chema la fecha del enlace, gastarse todos sus ahorros y empeñar su abrigo; y se había apostado enfrente de la casa en la que había sido feliz, viviendo con una mujer que le había abandonado y que, a sus espaldas, iba a unirse para siempre con otro hombre. Un hombre al que él conocía, que le había estrechado la mano y con el que había aprendido a pintar. Sin embargo, en el último momento, se arredró. No se sintió con la suficiente fuerza como para agarrar al toro por los cuernos. Le arrollaría. Prefirió dejar que las cosas siguieran su curso, al menos un rato más. Por eso, una vez que el coche

arrancó, él se encaminó hacia la iglesia a pie. De todos modos, la ceremonia sería larga, así que le daba tiempo de sobra a llegar. Una vez allí, ya vería lo que hacía. No había anunciado a nadie su regreso. Ni a su familia (aunque tal vez aprovecharía para hacerle una visita furtiva a su madre). Ni siquiera a Chema se lo había confirmado.

«Solo vas a venir para joderte más todavía. Eres masoquista. Quédate en París, hombre de Dios. No pierdas el tiempo con alguien que te ha hecho semejante judiada. Sé que es una mujer difícil de olvidar, pero acepta de una vez que lo vuestro se ha acabado y que ella va a rehacer su vida con Eduardo. No te pido que te alegres por ellos, pero, al menos, intenta entenderlos y no removerlo más», le recomendaba con acritud en la carta en la que, a regañadientes y tras muchos ruegos enconados por parte de Martín, le había revelado el día de los esponsales. Pero ¿cómo podría haber dejado de ir? No habría soportado estar en París, paseando plácidamente por los Campos Elíseos sabiendo que, en esos precisos momentos, a cientos de kilómetros de distancia, la única mujer a la que había amado se estaba entregando a un individuo al que tenía ganas de partirle los dientes, justo antes de desollarlo vivo. Por lo menos, quería tener la oportunidad de enfrentarse a ella. De llamarla cobarde. De espetarle que aquella farsa que había culminado con un matrimonio no le serviría para olvidarse de él. Que lo lamentaría el resto de su vida. De decirle que era un monstruo, porque no se podía calificar de otro modo a alguien capaz de infligir un daño de esa magnitud a una persona a la que se ha amado solo para salvar el propio pellejo. Egoísta. Mezquina. Zorra.

Hacía un día azul precioso. Corría una ligera brisa. El familiar paisaje no le producía ni la más mínima emoción. Efectivamente, no le quedaba nada allí. Y lo único que podría haberle retenido en aquel suelo se lo iban a arrebatar, en un altar y con beneplácito divino mediante, en el plazo escaso de una hora. Comenzó a silbar una tonadilla. Cuando llegó a la iglesia, la misa ya había empezado. Todos estaban dentro, y él se sentó en una de las bancadas de la parte trasera del templo. Los vio juntos ante el retablo barroco, arrodillados en el reclinatorio, recibiendo las bendiciones del cura. Se había mentalizado de que presenciarlo sería devastador. Pero dolió un poco más de lo calculado. Sintió que sus vísceras se resquebrajaban una a una. Sus pulmones se negaban en redondo a suministrarle aire. Su mente escocía como una herida abierta rociada con jugo de limón. Se habría dado de cabezazos contra las losas del suelo, no sin antes haber estrellado contra ellas la testa de Eduardo

Izquierdo. Necesitaba hacer daño a ese cabrón. Sabía que dirigir tantísima rabia contra él era injusto. Al fin y al cabo, Eduardo no le debía ninguna lealtad: si alguna vez pudo considerarlo un camarada, fue únicamente por las circunstancias y no por una afinidad mutua. Nunca habían sido verdaderos amigos. Y, sin embargo, se sentía traicionado de una manera intolerable. Que Blanca Luz lo hubiera reemplazado por otro ya resultaba duro, desde luego, aunque también previsible que ocurriera tarde o temprano. Pero tan pronto y que, encima, el sustituto fuera el insípido Eduardo le ponía la sangre a hervir. Imaginárselos juntos era más de lo que podía soportar. En esos momentos, separarlos se trataba para él de una necesidad física. Y sí, tuvo ganas de matarlos.

Pero, entonces, Blanca Luz se levantó el velo, que le había ocultado el rostro hasta ese instante, y giró levemente la cabeza, de modo que pudo vérselo. Aún no lo había contemplado, porque, cuando salió de su casa, ya lo llevaba cubierto. Y de pronto, la vista de sus ojos, de su boca sonriente, de su perfil, apagó todos sus instintos sanguinarios. Una sensación cálida y blanda se expandió por todo su cuerpo, reemplazando la ponzoña que le había hervido momentos antes. Era ella. Jamás podría odiarla. Siempre la querría. Y entonces, anonadado, se dio cuenta de que la felicidad de Blanca Luz le importaba más que su infelicidad. Y sintió que su corazón se embargaba de una satisfacción inesperada. Él, Martín Pendragón, había aprendido a amar de verdad. Y se lo debía a Blanca Luz. Ella le había convertido en una persona mejor. Le había brindado la oportunidad de querer. Así que Martín se rindió a una dolorosa pero reconfortante evidencia: estaba en disposición de perdonárselo todo. Incluso podía perdonarle que se casara con otro. No sabía de dónde había sacado ese pensamiento, ni por qué le daba fuerza, pero se aferró a él.

Entonces abandonó la nave de la iglesia. Salió a la plaza. La fuente cristalina canturreaba en el medio. Se sentó en uno de los soportales que la circundaban, reclinó la espalda contra la piedra fría y ambarina, sacó del bolsillo un lápiz y un pedazo de papel que había llevado consigo, y comenzó a escribir.

De pronto, escuchó un revuelo. Alzó la cabeza y constató que los primeros invitados comenzaban a arremolinarse en las escaleras del templo. Se retiró prudentemente tras una de las columnas, y aguardó el momento propicio, sin tener una idea clara de bajo qué forma se presentaría. Divisó al señor

Miranda, rodeado de parientes. A unos pocos amigos entusiasmados, entre ellos a Chema, a quien sintió impulsos de agarrar del brazo y llevárselo a un rincón apartado para sentarlo delante de una frasca de vino y contarle sus penas. Pero no. No sería justo. A fin de cuentas, aquel no dejaba de ser el día de Blanca Luz y Eduardo, y Chema también era amigo suyo. De hecho, allí estaba, como el que más, lanzando arroz a puñados, a unos novios doblados sobre sí mismos, que trataban de guarecerse de los perdigones de almidón. Al verlos, aún sintió una punzada candente en un lugar de los riñones, pero se sobrepuso, desafiándose a hacer de tripas corazón. La concurrencia se fue disolviendo, y él no acababa de ver clara la ocasión. Apenas unos instantes después, solo los rezagados quedaron deambulando por la plaza vacía, en la que aún resonaban ecos evaporados de festejo. Martín se estaba preguntando si no habría hecho el primo y perdido su oportunidad, cuando, de pronto, vislumbró una figura conocida que regresaba apresuradamente a la plaza. Se trataba de Sofía, que parecía muy apurada. Aquel era el momento. Martín le salió al paso, con andares idénticos a los de un depredador cerniéndose sobre una gacela.

—¡Sofía! —le siseó imperiosamente.

La muchacha se volvió y, al reconocerle, dio un respingo. Siempre había sido asustadiza.

—¡Martín! ¡Hola! ¿Qué haces aquí?

—He venido a dar un paseo.

—Pero ¿no estabas en París?

—Sí..., estaba, pero ya ves, los franceses no me han encerrado ni nada parecido. Me han dado su consentimiento para salir cuando me plazca. Son muy buena gente —bromeó Martín con un tono burlón y desenfadado.

Sin embargo, segundos después, se apiadó de la chiquilla, que mostraba un desconcierto real aderezado con una pizca de terror. No sabía si podía hablar con él. Las cosas en su casa habían quedado un poco confusas respecto a ese punto.

—Oye, estás guapísima.

—Gracias —musitó ella, con una sonrisa desvaída—. Oye, Martín, me tengo que marchar o me regañarán. Me he dejado el rosario olvidado en la iglesia, así que bueno... Me alegro de verte —concluyó, recordando en el último momento las fórmulas de cortesía a las que una verdadera dama jamás debía renunciar.

—Sí, claro, no es mi intención retrasarte. Es solo que... Sofía, quería pedirte un favor... Verás, te agradecería mucho que le entregaras esto a tu hermana, únicamente cuando puedas, cuando no esté ella ocupada, para que pueda leerla con tranquilidad —le dijo Martín, alargándole la carta que había estado redactando en la plaza.

Sofía miró la epístola con aprensión, como si se tratara de un bicho venenoso que podía saltarle a la yugular para picarle en el momento más inesperado.

—Martín, yo...

—Sofía, es muy importante para mí que lo hagas. Si no, no te lo pediría. Por favor, necesito hacérsela llegar. No es nada malo, te lo prometo. De hecho, creo que a tu hermana le alegrará leerlo.

Sofía miró fijamente la carta, con suspicacia, sin acabar de decidirse. Martín siempre le había caído simpático. Desde aquella vez en que la trató con tanta deferencia, el día que ella arrastraba por una calle desconocida una maleta que la doblaba en volumen. Pero no podía evitar que le oliese a chamusquina que aquel hombre, después de haber dejado de hablarse con su hermana, de la que había sido tan amigo, hubiese desaparecido de su casa (y Blanca Luz aquella noche lloró encerrada en su dormitorio, ella había escuchado los sollozos contra la almohada a través de la puerta), y que ahora regresase de la nada, justo el día del casamiento. Demasiada casualidad, incluso para una niña boba como ella. Pero Martín agitó la carta con impaciencia y, con ojos implorantes, repitió:

—Por favor.

Su voz sonaba tan sincera que, finalmente, Sofía no pudo negarse:

—Está bien. Se la daré. Espero que no me hayas mentido, y que esto no la disguste.

—Te aseguro que no. Se pondrá contenta, ya verás —contestó él—. No sabes cómo te lo agradezco, Sofía. Siempre has sido una gran chica.

La muchachita se ruborizó ante esta observación, al tiempo que introducía la carta en la pequeña faltriquera que llevaba. Custodiar aquel secreto no dejaba de ser emocionante, aunque no podía desprenderse de la sensación de que se estaba cargando al hombro una bomba de relojería, que tal vez estuviera programada para estallarle a su hermana en la cara no mucho tiempo después. Se despidió de Martín con una ligera inclinación de cabeza y se encaminó hacia la iglesia, en busca de su rosario. Su despiste la había

acabado liando a base de bien. Así aprendería a no olvidarse las cosas. Sin embargo, no se resistió a volver la cabeza para mirar a Martín. Seguía parado en mitad de la plaza, como si estuviera perdido y no supiera adónde ir, aunque con un aura indeleble en torno a él que lo rescataba de todo.

—¡Martín!

Él alzó la vista, con gesto interrogante.

—Suerte. Tú también fuiste siempre un gran chico.

Martín le dedicó una sonrisa, y ella no pudo evitar corresponderle con otra.

Sofía penetró en el recinto sagrado, quieto y calmoso tras el jolgorio. Todavía olía a incienso. Estaba sumido en una penumbra fresca. Un rayo de sol penetraba por las vidrieras e incidía sobre una de las lápidas del suelo. Se agachó para recoger el rosario de los bajos de la bancada donde había asistido al rito nupcial y al tiempo que al incorporarse de nuevo se pegaba un cabezazo contra el canto de madera, en su mente irrumpió un fogonazo envuelto en la llamarada del dolor: «¿No se habrá equivocado Blanca Luz?».

Durante todo el banquete, Sofía se estuvo removiendo en su asiento, hostigada por las dudas y un ligero pero punzante remordimiento. Había aceptado la carta de Martín, así que no podía dejar de dársela a Blanca Luz. Pero no veía el momento apropiado para hacerlo. Su hermana parecía tan imbuida en sus circunstancias de novia recién casada, atendiendo a los invitados en la casa de la calle Campana con una sonrisa radiante, apretando la mano de su esposo, degustando el cordero con menta y el vino, que entregarle aquella misiva se le antojaba un acto totalmente fuera de lugar. Y, sin embargo, no podía postergarlo, ya que Blanca Luz y Eduardo partían al día siguiente muy temprano de viaje de novios. No se iban lejos, pasarían en Sevilla un par de semanas. Tal vez sería mejor dársela a su vuelta... Sofía no sabía a qué atenerse, y se mordió el labio inferior. Además, no solo le preocupaba hallar el momento idóneo, sino también las palabras con las que acompañaría el servicio de mensajería. ¿Cómo se lo tomaría su hermana? ¿La reprendería si descubría que había retenido la carta durante dos semanas? ¿Habría deseado recibirla inmediatamente? ¿Habría preferido que no se la hubiese hecho llegar nunca? Resultaba imposible responder a tantas preguntas. La reacción de Blanca Luz era imprevisible por completo. Un chillido raptó momentáneamente a Sofía de sus cuitas y dilemas. Lo había

proferido una de sus primas lejanas, con la que la habían sentado a la mesa y que tenía nueve años. El causante de su desasosiego era su hermano, que tenía dos menos. El muy truhán se las había ingeniado para deslizar en el bolsillo de la pequeña un escarabajo muerto que había encontrado, y cuando esta metió la mano para sacar su pañuelo, sus dedos se tropezaron con el finado. La primita rompió a llorar, mientras su cruel hermano se convulsionaba de risa, con unas estentóreas carcajadas que no le cabían en el cuerpo y palmeándose los muslos. A Sofía, la broma le pareció de muy mal gusto, y miró con la nariz fruncida por el desagrado a su primo. Menuda alhaja. Pero, de pronto, una idea luminosa le surcó la cabeza. ¡Pues claro! Emularía aquella chiquillada. No le entregaría la carta personalmente a Blanca Luz. La depositaría en algún lugar donde ella fuera a encontrarla con toda seguridad. Así, se ahorra el enojoso asunto de elegir el momento, que sería decidido por el azar, y las palabras de explicación. Muy ufana con esta salomónica resolución, Sofía pudo empezar a gozar del convite con un profundo alivio. Cuando los raudales de vino se acabaron y las panzas se saciaron, dio comienzo el baile. Un baile bajo un estado de torpor por los efluvios etílicos, y en el que todo el mundo puso mucho entusiasmo y muy poco arte. Lo abrieron Blanca Luz y Eduardo, como era preceptivo, moviéndose con relativa gracilidad, y, poco a poco, las demás parejas, algunas consolidadas y otras improvisadas, les imitaron. Sofía se quedó sentada al lado de su padre, que también observaba cómo su hija mayor se movía entre los brazos de Eduardo. Sonreía, y él también. Hacían buena pareja, pero ¿no faltaba algo? Francisco Miranda quiso creer con todas sus fuerzas que eran figuraciones suyas, erigidas al calor del recuerdo de Martín, que, en aquella señalada ocasión, le martilleaba la cabeza haciéndole sentirse especialmente culpable. Desde que el muchacho se marchó a París, no había dejado de pensar en él ni un solo día. Y no podía evitar preguntarse si no había notado a Blanca Luz más feliz durante el tiempo en que ella y él estuvieron juntos. ¿No se hallaba entonces más viva, con los ojos más brillantes y la risa más encendida? Don Francisco desechó de un manotazo estas elucubraciones que no conducían a ningún lado y, para distraerse, le tendió a Sofía la mano con una amplia sonrisa para invitarla a bailar. Ella la aceptó como si se tratara de un bote salvavidas.

Todos dieron vueltas hasta que les dolieron los pies y las gargantas se quedaron afónicas, y entonces, de tácito acuerdo, el grupo determinó que

había llegado el momento de disolverse. Blanca Luz y Eduardo ejercieron de perfectos anfitriones hasta el final, sin denotar cansancio o hartazgo, recibiendo estoicamente todos los parabienes. Después de aquel ritual, Blanca Luz tenía que quitarse el traje de novia y recoger su equipaje, que ya había dejado dispuesto para la luna de miel, antes de pasar la primera noche junto a su esposo en la casita que este había heredado. Sofía se ofreció a ayudar a Blanca Luz a ultimar el equipaje, mientras el señor Miranda y Eduardo las esperaban en la planta de abajo. En un momento en el que su hermana mayor se dirigió al baño para coger unos frascos de sales, Sofía aprovechó para introducir la epístola en el bolso de mano en el que esta iba a llevar sus enseres más íntimos.

—Bueno, Sofía...

Oyó la voz de Blanca Luz, que regresaba al cuarto trayendo los tarros, y se volvió hacia ella con una expresión culpable en el rostro y las manos anudadas a la espalda. Por fortuna, Blanca Luz ni se dio cuenta. El dominio de sí misma que había demostrado durante toda la jornada se había evaporado súbitamente. Revoloteaba como una mariposa atrapada, pegándose contra las paredes de una jaula de cristal, sin acertar a salir, pero incapaz de quedarse quieta.

No era la primera vez que iba a compartir su intimidad con un hombre, pero, hasta el momento, sus incursiones con Martín habían sido siempre fruto de la pasión, un ritual propio, que habían inventado entre los dos y que tenía mucho más de juego espontáneo que de convención reglada. Pasar aquel peaje con Eduardo, descubrirle a él en aquella vertiente, le ponía nerviosa. Con Martín todo había sido fácil e intenso, como una chispa que prende en la yesca y se propaga por todo el bosque hasta reducirlo a cenizas sin siquiera proponérselo. Lo que iba a vivir con Eduardo se parecía más a tener que frotar el pedernal para encender una fogata en una noche de frío, porque es lo que el ser humano está programado para hacer en esas circunstancias desde que descubrió el fuego. Por un lado, deseaba a su marido, pero, por otro, no podía apartar de su mente la sensación de que se trataba de un deber pautado y de que iba a añorar algo mientras lo cumplía. Después de romperse la cabeza dilucidando si aquella primera noche convenía más elegir el camisón crudo o el azul, finalmente, decidió que llevaría el rosa. En cualquier caso, el ajuar era precioso y, además, se suponía que tenía que durar poco puesto. Este pensamiento, que pretendía ser una broma, solo sirvió para turbarla más.

Para aligerarse de la tensión que comenzaba a agarrotarle los hombros, abrazó a su hermana en el umbral del dormitorio, sujetando ya el asa de la maleta grande que contenía todo su guardarropa.

—¿Te portarás bien?

—Claro. Pero te echaré en falta.

—Y yo a ti. Pero bueno, nos visitaremos todo el rato. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Y yo me ocuparé de papá, no te preocupes.

Blanca Luz sonrió al escuchar aquel solemne propósito.

—No sabes cuánto me alivia.

Las hermanas Miranda se separaron y, entonces, Sofía se acordó de golpe de la misión que se le había encomendado en aquel asunto. Y quiso asegurarse de que todo salía a pedir de boca.

—Te llevo yo el bolso de mano —se ofreció, sonrojándose levemente al mencionar el vehículo de su pequeña travesura.

Después, Blanca Luz se despidió de su padre, quien apenas pudo reprimir las lágrimas, mientras Eduardo aguardaba respetuosamente.

—Cuidaré de ella, señor Miranda —se sintió en la obligación de decir con su voz aplomada.

—Lo sé, Eduardo. Prueba a hacer lo contrario y te las tendrás que ver conmigo —bromeó el interpelado.

Blanca Luz y Eduardo cargaron el maletero con todos los bultos que acompañarían a la joven en su nueva vida de casada y, agitando las manos, dijeron adiós una vez más a Francisco y Sofía Miranda, que salieron hasta la entrada para verlos marchar.

Cuando los esposos se encontraron dentro del coche, que Eduardo conducía, se quedaron en silencio. Había sido un día muy ajetreado y ambos sabían que tenían que culminarlo.

—Ha sido una bonita boda, ¿verdad? —apuntó Blanca Luz, con la voz más dulce de su repertorio.

—Sí... Ha sido perfecta —concedió Eduardo. Tras una pausa, añadió—: Mañana nos espera un largo viaje.

—Así es —contemporizó la flamante esposa.

Cuando llegaron a su casa, Blanca Luz decidió que se encontraba demasiado cansada como para inspeccionarla a conciencia. Por el momento, se haría a la idea de que se alojaba en un hotel, para no tener que adueñarse todavía de ella. No en vano, aún se sentía como una extraña en sus

dependencias. Sí. Lo mejor era esperar al regreso de la luna de miel para tomar posesión de su hogar plenamente.

—Te esperaré en el dormitorio. Tú puedes entrar al aseo para cambiarte — le indicó Eduardo, con cierta timidez en la voz, pero sin perder la compostura.

—Está bien —accedió Blanca Luz.

Tomó la prenda que iba a ponerse esa noche y el bolso de mano, ya que allí había metido artículos de baño que pensaba usar, como una pastilla de jabón o un bote de perfume, y porque dejaría en él las horquillas y los pendientes. Blanca Luz se encerró en el baño y, por un momento, se sintió profundamente aliviada. La perspectiva de que, en lo sucesivo y para siempre, tendría que compartir todo con Eduardo la había agobiado de pronto. Necesitaba aquel espacio para ella sola, sin intrusiones. Se contempló en el espejo. Estaba un poco pálida, pero hermosa. Se tocó la mejilla con la palma de la mano, para comprobar la tersura de su piel. Con una esponjita, se quitó parsimoniosamente el maquillaje, con un cuidado infinito, como si estuviera haciendo algo de suma importancia. El silencio en torno a ella era sepulcral. Tan sólido y aplastante que rebotaba contra la loza blanca de la bañera y los grifos de latón. Eduardo, en la habitación contigua, no emitía ni el ruido más ínfimo. Blanca Luz se desabrochó la blusa, dejó caer la falda a sus pies, decidió no quitarse todavía la combinación de raso color marfil y se pasó por la cabeza el camisón rosa. Se observó los brazos, bien torneados y tan blancos como el mármol, emergiendo de las puntillas del camisón. Suspiró y abrió el bolso de mano para sacar el frasco de perfume y echarse unas gotitas en la parte interior de las muñecas y en el cuello, y, al hacerlo, reparó en una hoja de papel que sobresalía entre los adminículos de belleza. ¿Qué era aquello? Intrigada, la cogió.

Igual de intrigada la he cogido yo hace tan solo un rato. En la lorita no se escucha el vértigo que he sentido al tomar de manos de una Blanca Luz, ahora anciana, la carta que ha conservado intacta durante todos estos años, tal y como la encontró en su noche de bodas.

«Para Blanca Luz», rezaba en el encabezamiento. Y, entonces, con sobresalto, se dio cuenta de que aquella letra era de Martín. El corazón pisó el acelerador dentro de su pecho y lo escuchó derrapar. Le latía tan fuerte que lo notó retumbar en sus sienes. Se sentó en el borde de la bañera, porque temió caerse redonda al suelo. En efecto, estaba firmada por Martín. ¿Cómo había llegado allí? ¿Quería leerla? Blanca Luz cerró los ojos e inspiró hondo. Pues claro que quería. Ardía en deseos de hacerlo, aunque también sentía cómo el pánico le escalaba por la espina dorsal y le atenazaba la nuca. Se enfrentó a la carta, sosteniéndola en alto, mientras el pulso le temblaba. ¿Qué querría decirle Martín Pendragón?

Querida Blanca Luz, ya sé que te casas. Mejor dicho. Ya sé que te has casado. Os he visto. A ti y a Eduardo. Me lo contó Chema y, bueno, no pude evitar volver a la ciudad. No iba a permitir que te me escaparas a la chita callando, sin darme siquiera una explicación. He de admitir que venía furioso, dispuesto a gritarte, insultarte, echar tu boda por tierra si fuera preciso. Cuando me enteré de que te casabas, y encima con Eduardo, en fin... Creo que aquella noche fue la peor de mi vida. No te ocultaré que es inmensamente cruel lo que has hecho, Blanca Luz. Me destrozaste. No me avergüenza reconocerlo. Aún tienes el poder de destrozarme o de hacerme feliz a tu capricho. Pero seguro que tú ya lo sabes. Y, como te conozco, me atrevo a suponer que, en el fondo, reconoces que lo que has hecho es cruel. Pero, por otra parte, tú y yo habíamos acabado, aunque yo me negué a verlo, así que tenías derecho a dar este paso. Supongo que los besos que hubo en nuestra despedida, cómo nos brillaban a los dos los ojos al mirarnos, me dejaron con la sensación de que lo nuestro en realidad no se había acabado. Creí que cuando el amor se ha agotado realmente entre dos personas, cuando ya no queda nada entre ellas, se nota, sin que quepa lugar a dudas. Y la última vez que nos vimos, yo sentí que el espacio que mediaba entre tú y yo aún estaba lleno de cosas. De palabras que tarde o temprano se dirían. De promesas que nos hacíamos y que algún día no tendríamos más remedio que cumplir. De caricias que dejábamos pendientes. De un deseo que nos seguía devorando y al que daríamos rienda suelta en la próxima parada. De besos que empeñábamos, pero que recuperaríamos en cuanto nos fuera

posible. Eso es lo que yo sentí. Que entre nosotros no se había muerto nada. No había cadáver al que echarle la culpa por ninguna parte. Tan solo era un hasta luego, porque teníamos toda la vida por delante para encontrarnos de nuevo en el camino, como dos arrieros, ¿te acuerdas? Pero es cierto que en el mundo real de sensaciones como la que yo tuve no se vive. Hay que enfrentarse al día a día, y tú necesitas a un hombre a tu lado que te quiera. No es raro que Eduardo esté dispuesto a desempeñar ese papel. Eres una mujer excepcional, Blanca Luz, y siempre lo creeré así, hagas lo que hagas. Al verte en la iglesia, me he dado cuenta. Estás en tu derecho a ser feliz con quien elijas, y no te querré menos por ello. Te deseo que la vida te dé todo lo que mereces. Tú a mí me has dado tanto... Hasta un color que solo conozco yo. Jamás dejaré de estar en deuda contigo por eso..., y por tantas otras cosas. Ahora sé que me toca decirte adiós. Aunque he logrado reunir la lucidez suficiente para decirte todo esto, he de admitir que, esta noche, en mi cama, se me llevarán los demonios y las pasaré moradas para que no me duela el vacío que me has dejado. Pero lo correcto es permitirte que sigas adelante, tranquila, sin remordimientos, buscando tu propio lugar, aunque esté lejos de mí. Tenía que hacerte saber que, en París, o en cualquier otro lugar al que me lleve el azar, habrá un pintor que en todo momento te recordará con un cariño infinito y sintiéndose agradecido por haberte conocido. Gracias por haber estado en mi vida y por haberme enseñado a querer. Siempre tendrás un hueco en mi corazón. Por algo dicen que el primer amor nunca se olvida.

*Adiós, Blanca Luz. Te quiere,
Martín*

Blanca Luz se quedó un momento inmóvil. Acto seguido, se incorporó, dobló la carta y la volvió a guardar en el bolso donde la había encontrado. Posó la mano en el pomo de la puerta y lo giró. Despacio, la abrió. Ante el chirrido, Eduardo, que estaba sentado en la cama, volvió la cabeza. La contempló extasiado, una sonrisa le sombreó el rostro, y dijo con un tono tierno y afectuoso:

—Soy un hombre afortunado. Estás espectacular, mi vida.

Blanca Luz sonrió brevemente y, sin articular palabra, se dirigió a él con resolución y le besó en los labios, con un beso voraz. Cuando sus caras se separaron, Eduardo aprovechó para mirarla, sorprendido por su arranque pero

complacido. La mirada de su mujer flameaba, y esto inflamó a Eduardo, que la tomó en sus brazos. Blanca Luz se dejó llevar. Eso era. Tenía que dejar que la arrastrara la corriente, que la arrebatara río abajo, sin pausa, aunque se golpeará contra las piedras de los meandros. Abrió las compuertas de su cuerpo para que la inundara la marea y se llevara con ella sus pensamientos. Eso era. Solo sensación. Solo piel. La mente en blanco, invadida por el placer y el trastorno. Que le impidieran pensar. Solo movimientos. Uno detrás de otro. Transporte a otra dimensión. Sentirse embargada. Eso era. Solo labios. Solo la oscuridad de la habitación. Solo abandono de sí misma. Solo olvido. Eso era. Solo el cuerpo de un hombre dentro de ella por primera vez. Solo su espalda y sus manos. Solo la rendición al clímax. Solo el placer y el delirio, que ya llegaban. Solo la plenitud. Ya. En ese instante. Solo...

—¡Martín!

El nombre brotó de su garganta como una detonación, avasalladora, incontenible. Eduardo se detuvo, como si lo hubieran fulminado. Ella también se quedó quieta, pero con el corazón todavía trepidándole. Aterrada. Eduardo salió de ella, en completo silencio, y se tendió a su lado. Sin mirarla. El pecho de Blanca Luz subía y bajaba, pero ella no se atrevía a respirar.

—Eduardo..., yo... lo siento.

Él resolló, pero siguió sin decir nada. Se quedaron unos minutos en silencio, mirando fijamente al techo, sin tocarse, sobre la ropa de cama fría. Fue un tiempo tan interminable que varias estrellas se murieron mientras tanto.

—Estás cansada. Ha sido un día largo. Continuaremos mañana —dijo al fin Eduardo.

Le volvió la espalda, apagó la lamparilla y se arrebujó entre las sábanas, que olían a tela limpia y conservaban el apresto de no haber sido nunca usadas. Blanca Luz continuó tendida sobre su espalda, sin taparse, y musitó:

—Buenas noches.

En la oscuridad, sintió cómo dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Y entonces supo que no solo no había escapado de ellos, sino que los fantasmas acababan de llegar al baile. Sin invitación, pero dispuestos a quedarse, y a danzar hasta el final. Hasta que los pies les sangraran.

En esos instantes, Martín Pendragón, ignorante de que a cientos de kilómetros acababan de llamarlo a gritos, intentaba conciliar el sueño, revolviéndose en la estrecha litera de un coche-cama maloliente y

traqueteante en el que volvía a París.

No sé qué tiene el nombre de Martín Pendragón, pero, efectivamente, surge en los momentos más inesperados. E inoportunos. Ayer por la mañana, durante uno de los escasos paseos que me regalo para despejarme y concederle tregua a la lorita, no vaya a marearse de tanta vuelta y revuelta, me vine a dar de bocas con una antigua compañera del colegio. Digamos que nuestra relación durante aquellos largos años escolares no resultó del todo óptima. Nunca fui precisamente un ejemplo de popularidad entre los demás alumnos, porque en los recreos solía quedarme en un banco leyendo o garrapateando, antes de que se me olvidara, alguna historieta sobre duendes y animales parlantes que se me hubiera ocurrido durante la clase de Matemáticas. En las visitas a los museos era de las pocas que no se quejaba y que se acababa aprendiendo el nombre de los pintores y eso, al parecer, suscitaba alguna que otra ira. También se metieron durante una temporada con un parche que tuve que adherirme al ojo izquierdo, que, al decir del oftalmólogo, era un vago redomado, para potenciarme la «agudeza visual», lo que, a mi entender, me confería un aspecto de pirata bastante chulo. O eso es lo que quise creer, porque, para los demás, aquel esparadrapo de color terroso que me espachurraba las pestañas lo único que atestiguaba era mi condición de pardilla. Por este y otros motivos había quien me daba más leña que otros. La mayoría solo permanecía en silencio y se dedicaba a pasar olímpicamente de mí. La condiscípula con la que me crucé, en cambio, solía llevar la voz cantante cuando se trataba de poner de relieve algún defecto mío para mover a la risa general. Lo de «tuerta» y «leoncia» (un ingeniosísimo apelativo para afearme que leyera tanto) lo había tenido que aguantar de su boca, catapulta de risotadas, ni sé la de veces. Pero claro, la supuesta madurez que nos había limado a las dos durante todos los años transcurridos desde aquella época de uniforme, saltos a la comba, padrenuestro a primera hora y aulas con olor a naftalina, hizo que ayer por la mañana nos detuviésemos en mitad de la calle para saludarnos como si nunca hubiese pasado nada, nuestros recuerdos comunes por fuerza tuvieran que ser estupendos y nuestras hostilidades irreconciliables reducidas al rango de niñerías.

Desde luego, la voz aflautada con la que ayer me aseguró que se alegraba

horrores de verme en nada me recordaba a aquella otra, rasposa y estridente, que hace década y media me repetía a la menor oportunidad que el parche me hacía cara de topo. Por lo demás, no ha cambiado mucho. Se la reconoce de inmediato en la piel de porcelana de la que tanto alardeaba; la melena lustrosa que entonces recogía en unas trenzas y, ahora, en una cola de caballo; en la nariz de tabique estrecho y afilado con la que husmeaba en las debilidades de los demás como un perdiguero, y en la boca de piñón con la que tanto le gustaba componer ofensivos mohínes de asco. Pero ayer, esa misma boca me estampó dos besos, uno en cada mejilla, eso sí, sin rozar piel apenas, y acto seguido se dedicó a soltar una ristra de zalamerías más falsas que una moneda de trescientas pesetas:

—¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría más grande! Oye, qué guapísima te veo. Pero cuéntame, ¿qué haces tú por aquí? Si tu madre le contó a la mía hace nada que estabas trabajando en Nueva York...

—Pues ya ves, me he vuelto...

—Ay, qué pena, con lo ideal que es Manhattan. Fui en Navidad y es que me quería morir de lo divino que era todo. ¿Y cómo es que has vuelto? —inquirió, escudriñando el aroma a un posible fracaso.

Y la verdad sea dicha, al escuchar la pregunta así formulada, en toda su crudeza, no supe qué contestar. La explicación real parecía una chaladura completa. En efecto, cuando se pronuncia en voz alta, suena fatal. Es lo que se encarga de recordarme mi madre con una reprobación, muda a veces, otras mascullando «a quién se le ocurre dejar un trabajo tan bueno para...» a cada ocasión, cuando ve como me escabullo por la puerta para ir a reunirme con Blanca Luz, o me sorprende rebobinando incansablemente, para que la transcripción sea más fiel, las cintas de la lorita que ya empiezan a acumularse en inestables torrecillas y montoncitos por toda mi habitación de adolescente retornada. Así que ayer, mientras mi condiscípula me miraba, ávida como un vampiro de fundadas razones que justificaran mi decisión, sentí que volvía a tener el ojo señalado con un parche. Intenté escaparme por la tangente:

—Bueno, aquello ya me cansaba. Puede resultar muy agobiante. Pero en fin, ¿y tú qué? ¿Qué tal va todo?

Ciertamente desilusionada por una explicación tan pobre y magra de carnaza, tuvo que compensarlo con una loa a su propia vida:

—Huy, pues genial genial, porque ¿sabes? ¡Me caso!

Esto lo dijo agudizando un poco más la voz y dando un saltito de incontenible emoción. Tuve que sonreír. Las convenciones sociales, ya se sabe.

—Enhorabuena.

—¡Gracias! Eres un encanto. La boda es dentro de dos meses. Te habría invitado, pero es que, ya te imaginas, te pones a sumar a unos y a otros, que si todas mis primas, que si todos los colegas de despacho de mi Juan Carlos (es ingeniero, ¿sabes?) y, a la que te das cuenta, te has juntado con trescientas personas... En fin, una locura. —Una risita merecedora de la pena de muerte —. Menos mal que lo celebramos en el monasterio de El Escorial, que ahí cabe una barbaridad de gente. Además de que el marco es incomparable, claro.

—Claro, claro.

—Bueno, y tú —había llegado el momento de vengarse de mí por haber salido antes tan bien librada y, sobre todo, era hora de que su existencia pareciera todavía más maravillosa por mera comparación con la mía de niña-topo—, ¿tienes novio?

Y entonces, sin pararme a pensarlo y sin saber por qué, lo dije:

—Sí. Se llama Martín Pendragón.

Apenas lo solté, me mordí la lengua. ¿Cómo podía ser tan estúpida? En su cara se pintó el desconcierto, y yo empecé a ponerme roja de bochorno. Le había dicho que mi novio era uno de los pintores más famosos y aclamados del siglo XX sin despeinarme. Ya puestos, por qué no añadir que también era sobrina, por ejemplo, de Miguel de Cervantes. Menudo ridículo. Recé para que, al menos, se lo tomase como una broma, «Ay, querida, qué cosas tienes», pero entonces, algo en su mirada me reveló que la sorpresa solo se debía al hecho improbable de que yo estuviera ennoviada, y no a la identidad del novio. En efecto.

—Ah, qué bien, qué maravilla. No sabes lo que me alegro. Tiene un nombre muy aristocrático, sí señora. ¿A qué se dedica?

—Es dueño de una fábrica de embutidos.

Se estaba quedando cortada por instantes.

—Oh, entonces no os faltarán cosas ricas en la mesa. Estupendo, estupendo.

—Volví de Nueva York por él. Nos conocimos cuando estaba de viaje de

negocios en Estados Unidos para cerrar unos contratos de exportación de chorizo.

—¡Ah! Eso antes te lo habías callado, pillina. Claro, claro que sí. Lo entiendo perfectamente, que te volvieras por él... Qué historia tan bonita y romántica. Pues nada, oye, que seáis muy felices. A ver si os casáis pronto. Me alegro de verte y ¡hasta la próxima!

—¡Lo mismo digo!

Mientras volvía, y ya en mi casa, no podía parar de reír. Pobrecita. Mucha boda en El Escorial, pero siempre había sido una cazurra. Es que no te lo pierdas. Martín Pendragón, mi novio. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué invocarlo de esa manera? Bueno, a lo que parece, Blanca Luz también lo había hecho en su noche de bodas. Esa sí que fue gorda. Cómo salvar los muebles en una metedura de pata así..., madre mía, es que no me lo quiero ni imaginar. Pulso la tecla y la lorita empieza a hablar.

Estaban sentados en un café al aire libre, guarecidos bajo las ramas de un magnolio del sol, que ya caía despiadado a la hora del desayuno. Eduardo removía con desgana el café con la cucharilla. Estaba guapo, con una camisa azul de tela ligera y el rostro ligeramente bronceado. Blanca Luz mordisqueaba una magdalena y la desmigaba sobre el platillo de porcelana pintada.

—Estás muy callado... —observó con dulzura y un tono conciliatorio.

—Hum —masculló Eduardo, negándose a ser atrapado en aquellas redes.

Ambos se volvieron a quedar en silencio. Solo se oía el trino apagado de algunos pájaros en aquella plazuela sevillana. De cuando en cuando, se levantaba una tenue brisa, apenas un soplido. Eduardo se llevó la taza a los labios y sorbió el café. Después, se los limpió con una servilleta, con la elegancia y el dominio de sí mismo que destilaban todas sus acciones. Blanca Luz tragó el trozo de magdalena que había estado paseando por la boca y se sacudió las manos para quitarse las partículas de dulce dorado que se le habían quedado adheridas.

—Eduardo —le llamó.

Su marido levantó la vista, con mirada interrogante, pero sin despegar los labios.

—Mira, tenemos que hablar. No podemos dejar correr algo..., algo así. Sé

que lo que ocurrió en nuestra noche de bodas es algo terrible, y no tengo excusa —vaciló antes de continuar, mientras sentía cómo los ojos de él la contemplaban impávidos—. Imagino cómo debiste de sentirte. Todo un jarro de agua helada por encima, vamos. Pero, oye..., contra lo que pueda parecer no es nada importante. A fin de cuentas, el primero... fuiste tú.

Eduardo bufó con sarcasmo y reprimió una risotada gélida, al tiempo que se reclinaba en la silla, incrédulo con lo que acababa de escuchar.

—No, Eduardo, hablo en serio. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado conmigo, pero te juro que no tienes de qué preocuparte. Es cierto. Grité un nombre que no debía en el momento más inoportuno. Pero eso no significa nada.

Eduardo se inclinó hacia ella, hasta apoyar los antebrazos en el cenador que mediaba entre ellos, juntó las manos y la miró aviesamente.

—Pero ¿qué cuento me quieres vender, Blanca Luz? Oí lo que oí y...

—Claro que oíste lo que oíste. No lo niego. Pronuncié el nombre de Martín. Él ha sido un hombre importante en mi vida. Eso es así, y no se puede cambiar. Es lo que tiene el pasado. Que no cambia, por mucho que nos empeñemos. Pero lo verdaderamente importante es que es pasado. Y no tiene nada que ver con el presente. Con nuestro presente. Tuyo y mío —recalcó Blanca Luz extendiendo la mano para tocar la de Eduardo.

Ante su roce, este la apartó y cruzó ambos brazos sobre su pecho, ladeando la cara. Blanca Luz retiró la mano, apesadumbrada, pero decidió insistir.

—Eduardo, mírame.

Él hizo caso omiso.

—Por favor —suplicó ella.

Eduardo suspiró con resignación, y cedió. Volvió a mirarla de frente.

—Tienes que escucharme. Y, sobre todo, tienes que perdonarme. Si no, ¿qué vamos a hacer? ¡Estamos casados! Y esa es toda la demostración que necesitas de mi amor por ti. Tú eres el único hombre que hay en mi vida. Por eso te dije que sí. Por eso me entregué a ti. Pronuncié el nombre de Martín. Sí, ¿y qué? Fue un lapsus. La costumbre. Pero él ya no representa nada en mi vida. Solo es alguien de quien conservo un cariñoso pero inofensivo recuerdo. Mi realidad eres tú. Si hubiese querido seguir con él, lo habría hecho. Y no fue así. Decidí que mi vida tenía que transcurrir a tu lado. ¡Diablos! ¡Me casé contigo! ¿Puede haber prueba más fehaciente que esa de que te quiero? —Se enervó Blanca Luz, con los ojos centelleantes. Dentro de

sí sentía un grito sublevado que decía que él tenía que creerla. Tenían que seguir adelante. Juntos. Tenían derecho a ser felices. Y ella tenía derecho a quererlo. A haberse enamorado de él.

Eduardo se removió incómodo en su asiento. Lo estaba ablandando. Resultaba tan halagüeño dejarse convencer. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ella tenía razón en lo que decía. Había aceptado casarse con él. Y, en cambio, a Martín lo había abandonado. Eduardo sabía de buena tinta que este le había rogado que no lo dejase, y ella, sin embargo, se había mantenido firme en su postura. Lo que había hecho no tendría sentido si hubiese seguido amando a Martín. La realidad era que se había entregado a él por propia voluntad. Era suya. Martín solo era una palabra. Y las palabras se las lleva el viento. Se desvanecen en el aire. Y, de pronto, nunca existieron.

—¿Estás segura? ¿Me quieres de verdad? ¿A mí y solo a mí?

—Pues claro, bobo —exclamó Blanca Luz, con la emoción y el alivio golpeteándole en la voz—. Si no, no se lo habría jurado a un cura. Y tampoco estaría tan ansiosa por recuperarte.

—¿Y Martín? ¿Qué pasa con Martín? —receló aún.

—Martín nada. Martín está tan fuera de mi vida... Ya no tiene nada que ver conmigo.

—Ay, Blanca Luz —dijo Eduardo, alargando la mano para entrelazarla con la que antes había rechazado—. No sabes qué peso me quitas de encima... Yo, estaba... tan confuso, tan...

—Lo sé, Eduardo. Y no sabes cuánto siento haberte causado este dolor innecesario. Lo siento, mi amor. Perdóname. Pero te prometo que estoy contigo porque quiero. Porque te quiero a ti. Y que eso es real. Tú eres mi aquí y mi ahora.

Eduardo, con una sonrisa enternecida y bobalicona, le apretó el dedo anular, en el que refulgía la alianza que él le había puesto al tiempo que le juraba amarla y respetarla en esta vida, hasta que les separara la muerte. Y, para hacerlo en condiciones, no le quedaba más remedio que creerla.

Es un hombre guapísimo. De esas bellezas que duelen un poco. Más que nada, porque resultan injustas para el resto de la humanidad. De pronto, te ves obligado a envidiarlas o a amarlas. De alguna manera, se te imponen, te crean una necesidad, te atan a un compromiso: la de no dejarlas pasar sin más. Por eso, cuando me saluda moviendo un par de dedos, al darse cuenta de que me he quedado embobada (ad)mirándolo, creo que estoy viviendo una alucinación. La grana que me tinta las mejillas y las raíces del pelo podría haberle hecho la competencia seguramente al libro rojo de Mao. Me atraganto con mi propia saliva cuando farfullo un «ho-hola». Y, sí, ocurre. Se acerca sonriendo hasta donde yo estoy, es decir, justamente a la baldosa del suelo del Museo Nacional que hay alicatada delante de un Pendragón de 1928 titulado *Refracción*.

—¿Te gusta este cuadro? —me dice. Tuteo: buena señal.

—Sí, aunque me has gustado más tú.

Juro y perjuro desconocer dónde paran en este momento los filtros que siempre deben estar a mano en la mente de una persona, engrasados y listos para deslindar lo que se dice de lo que se piensa, al objeto de no quedar ante tus semejantes como un redomado sociópata. Los míos, como digo, no sé..., sigo buscando. Entre tanto, en la cara de él se dibuja una franca sorpresa.

—Oh, bueno...

—No digas nada, por favor. A cambio, yo no te molesto más. Me voy de inmediato a buscar un agujero en la tierra que pueda tragarme bien.

Lo insólito es que se ríe y me tiende la mano para que se la estreche.

—No negaré que esto es ir un poco rápido, pero ¿qué diantres? ¿Para qué queremos la hipocresía? Tampoco negaré que tú a mí también me has

gustado.

Así de fácil. Cuando me quiero dar cuenta, estamos conversando en la cafetería del museo.

—Seamos canónicos —propone—. ¿Estudias o trabajas?

Y le doy un sorbo a su cerveza. Yo chupo la pajita de mi zumo de tomate.

—Escribo un libro. Eso, ¿en cuál de las dos categorías entra?

—Hmm, interesante. No estoy muy seguro. ¿Un libro sobre qué?

—Un pintor. Martín Pendragón.

—¡Ah! ¡Acabáramos! Ahora ya entiendo lo que hace una chica como tú en un sitio como este.

¿No es totalmente encantador? Por eso, a grandes rasgos y por espacio de media hora, le voy contando todo el periplo de cómo conocí a Blanca Luz Miranda y por qué soy su cronista.

—Bueno, pero basta de hablar de mí. Y tú, ¿qué? ¿A qué te dedicas?

Historiador. Es historiador. Su especialidad, la Segunda Guerra Mundial.

—Por eso me resulta apasionante lo que estás haciendo con esa mujer... Miranda, ¿no? Según parece, ella es historia viva del siglo xx. Enhorabuena, sí, señora. Te envidio.

—Pues brindemos por ello.

—¿Por qué? ¿Por la envidia?

—Sí, por eso.

Y entre risas entrechocamos los vasos. Luego, me lleva a un garito de la Gran Vía, y mi estómago, acolchado con unas simples aceitunas que nos han puesto de tapa en el museo, soporta el chaparrón de un güisqui a palo seco. Me acuerdo de Leidy, allá en Nueva York, prescribiéndome locura en vena. Estarías orgullosa de mí, ¿eh, amiga mía? No sabe el papito tan bello, que dirías tú, que, en la oscuridad atronadora en la que berrean las «Maneras de vivir» de Leño, me aroma la boca de alcohol, al tiempo que me consulta, por debajo de la falda y de la música:

—¿En tu casa o en la mía?

—No me lo puedo creer... ¡Qué tópico!

—Habíamos quedado en ser canónicos, ¿no?

Al final, es en la suya. Más que nada, por no molestar a mis padres. Sin embargo, después de esa consabida última copa antes de entrar a pronunciar las palabras mayores, cuando en su sofá ya empiezan a sobrarme los paños

menores, consulta su reloj y dice:

—Se ha hecho muy tarde. ¿Lo dejamos mejor para otro día?

—Cla-claro. —Es lo único que se me ocurre replicar mientras trago, a duras penas, la tónica que me ha servido, acompañada de un doble de jarro de agua fría.

—Te pido un taxi.

Con un ligero tambaleo, por los destilados y la decepción, le sigo hasta la puerta. Baja conmigo al portal.

—Discúlpame, es que mañana trabajo, me tengo que levantar temprano, y estoy molido de todo el día de acá para allá... No haría un buen papel esta noche. Pero, oye, no te pienses cosas raras que no son, que me lo he pasado muy bien contigo.

—Sí, por supuesto. Yo también.

—Otro día repetimos. Mira, allí está tu taxi.

En efecto, allí está. Aparcada en doble fila, con el motor al ralentí, la calabaza preparada para llevarse a Cenicienta a dormir la mona a su casa. Ya me voy a despedir con dos besos, cuando, por lo menos, premio de consolación al canto, me busca la boca. Y, mientras cierra la puerta del portal tras de sí, me promete (canónico hasta el final):

—Te llamaré.

No me queda más remedio que creerlo, igual que le ocurrió a Eduardo Izquierdo en su luna de miel.

Al llegar a mi humilde morada familiar, tan alejada de los escauceos amorosos, y donde el «aquí te pillo, aquí te mato» siempre parece que le ha sucedido a otra, trato de conciliar el sueño. Vano intento. Así que, a falta de algo más interesante que hacer, decido ponerme a leer unas cartas que me quedan de Martín, datadas en 1926, y luego, si Morfeo me sigue siendo esquivo, dedicarme a lo mío que, según parece, no es el libertinaje sino la escritura. Que oye, tampoco está mal.

—¿Me puedes explicar qué significa esto, Benveniste?

Y Max lo empujó con furia contra la pared. Ambos se habían instalado recientemente y casi al mismo tiempo en La Ruche. El primero, de nombre Benjamín, era un judío proveniente de Salónica. Su nariz no desmerecía a

ninguna de las doce tribus de Israel, y llevaba la oreja atravesada por un pendiente que le valió la consideración de excéntrico incluso en aquella colmena. Pero la fama no se debía tanto a la apariencia como al comportamiento que exhibió desde el primer día. No trató de simpatizar con nadie pero, en cambio, se dedicó a huronearlos a todos. Se las ingeniaba para saber quién hacía qué en cada momento: si Constantin, en el primer piso, estaba enfrascado en una escultura en bronce de líneas rectas e influencias primitivistas; si en el segundo, Jacques se dedicaba a ilustrar sus lienzos con mujeres filiformes de mirada lánguida; o si el barracón de la entrada atesoraba ya el mural que Alexandre llevaba semanas nutriendo a base de anuncios clasificados del periódico, billetes de metro y retales de mezclilla desechados por *madame* Segondet. Al principio, esta avidez de información había escamado a más de uno. Cundió el temor de que aquel Benjamín Benveniste albergase la intención innoble de copiar sus creaciones. Sin embargo, estas aprensiones se desvanecieron en cuanto pudieron ver terminada su primera obra. Se trataba, probablemente, del cuadro más mediocre que hubiera salido nunca de los hornos de La Ruche. Representaba a un arlequín, inspirado con demasiada obviedad en los de la etapa rosa de Picasso, pero ejecutado con el peor de los diletantismos: el que se da ínfulas. Parecía un muñequito roto, sin un mínimo sentido de las proporciones, la composición, el color o, incluso, de ese que, al menos, confiere el beneficio de la duda: el de la originalidad. Resultaba totalmente inane, acartonado, vacuo, prescindible. Uno de sus compañeros, precisamente Max, un joven que acababa de llegar a La Ruche, había señalado cruelmente el cuadro del arlequín y preguntado a su autor:

—¿Habías pintado algo alguna vez? ¿Paredes quizá?

Algunos le rieron la baladronada. Pues Max, pendenciero, estaba tratando de ganarse el respeto con la vieja táctica de anticipar siempre el golpe para dejar fuera de combate a contrincantes que todavía no lo eran, de modo que así no le golpearan después a él.

—Oye, no os metáis con el muchacho —arguyó otro—. Que esto le puede quedar muy bonito de calzador de mesas.

A partir de entonces, habían apodado a Benjamín Benveniste como el arlequín.

Precisamente, en aquel momento, no pocos de sus condiscípulos coreaban su sobrenombre en corro, con una cadencia primaria, tribal, de cónclave de

gorilas:

—¡Arle-quín, arle-quín, que te sacuden, arle-quín!

—¡Dale duro, Max!

Este lo había arrinconado. Se acercaba a él con andares amenazantes, frotándose los puños, y empapándose en la algarabía que reclamaba sangre. Señalaba una pintura que había apoyado contra una columna, como aquel día había señalado la primera de su víctima, quien en ese instante temblaba, igual que en aquella ocasión. Ahora, de miedo. Semanas atrás, de humillación. O así lo había percibido entonces Martín al ponerle una mano en el hombro para recomendarle:

—No les hagas ni caso. Lo importante es que lo intentes. Ya mejorarás. Nadie llegó aquí siendo un Rembrandt.

Benjamín Benveniste lo había mirado con desconfianza, emitió un gañido: «Que se rían hasta reventar si les da la gana», y luego pasó olímpicamente de la sugerencia de Martín, porque no volvió a pintar ni un posavasos. En cambio, comenzó a seguir a aquel improvisado consejero con un interés inédito y una abnegación que lo convirtió en un engorro. Uno que le salía a Martín al paso en las escaleras, los recodos del jardín y la puerta de su estudio.

—¿En qué andas ahora, Pendragón?

—Estoy empezando una nueva tela, Benjamín.

—¿Me la enseñas?

—Aún no. Cuando esté un poco más avanzada, hombre.

Y, al día siguiente, otra vez de vuelta con la misma canción:

—¿La puedo ver ya?

A Martín le exasperaban estas impertinencias tenaces, pero tenía la mala suerte de haber recibido una buena educación. Esta y un sentido de la deferencia para con su prójimo le impedían quitarse a Benjamín Benveniste de encima. Además, le profesaba cierta lástima. Esta se acentuó cuando, atraído por los gritos enardecidos, llegó a la sala donde algunos de sus compañeros jaleaban a Max para que zurrara al arlequín. Trató de hacerse un hueco para llegar hasta los contendientes. ¿Cómo era posible que se hubiera desatado esa trifulca?

—¡Así aprenderás!

—¡Dale su merecido, Max!

—¡La próxima te lo pensarás dos veces antes de poner tus cochinas manos

en...!

Martín no entendía nada en aquel vocerío. De repente, localizó la espalda de León, y lo asió del brazo. Agachando las cabezas para sustraerse al clamor, le pidió que se lo explicase.

—Al parecer, el arlequín le robó a Max un cuadro que había terminado hace no mucho. Max lo estuvo buscando por todas partes hasta que llegó a darlo por perdido. Pero ayer, al visitar una sala de exposiciones, cuál no sería su sorpresa cuando vio que ahí, colgada en la pared, ¡estaba la pintura que creía extraviada! Preguntó cómo había llegado allí y los encargados de la galería le describieron a la persona que se lo había vendido a ellos, y por un buen pellizco, por cierto: un narigón con pendiente. Y, según le dijeron, les había prometido más obras.

Martín se quedó contemplando a Benjamín Benveniste, tan acorralado y cubierto de sudor frío, con las manos tentando la pared en busca de una salida imposible y el rostro deformado por el miedo, y no pudo evitar pensar si, entre esas pinturas que había ofrecido, no se contaría esa en la que él llevaba trabajando más de un mes, poniendo en ella lo mejor de sí mismo: todo lo que la vida le había permitido saber y sentir hasta ese momento, y con la que el arlequín había llegado a obsesionarse en los últimos días.

—Eres genial, Pendragón. De los más brillantes que hay aquí, ya lo sabes. Pero esto supera de largo todo lo que te he visto hasta el día de hoy...

—No exageres, Benjamín.

Fueron muchos los halagos...

—Oye, Pendragón, es sublime esto que estás haciendo. De verdad te lo digo, no por adularte. Yo no sabré pintar, pero sí distinguir una obra excepcional cuando me la echo a la cara. Y esta lo es. Esos colores, esas formas, esa pincelada, esa emoción...

—Gracias, Benjamín. Me alegro de que te guste.

Se convirtió así en un perseguidor...

—Mira, Pendragón. ¿No habría manera de que me la des cuando la termines?

—Por supuesto que no. ¿Estás loco?

Sin rendirse nunca...

—En serio, Pendragón. Necesito esa pintura. Lo he estado pensando, y sí..., estoy dispuesto a comprarla.

—¿Qué dices? ¿Has perdido el juicio?

—No. Me encuentro totalmente en mis cabales. Dame un precio.

—Lo que te doy es las buenas noches. Hasta mañana, Benjamín.

Y siempre rozando la obsesión en su insistencia...

—Pendragón. ¡No, espera, no me rehúyas! Te ofrezco trescientos francos. Eso es todo un año de alquiler en La Ruche.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. Esta vez, no vas a poder negarte.

Martín lo había remirado con escepticismo, luego, con desconcierto; por primera vez, había dudado.

—Eso es mucho dinero...

—Sí, equivaldría a convertirte en profesional...

El así tentado se había mesado los cabellos, se rascó la oreja, se observó los pies mientras en él se libraba una lucha interna que duró milésimas de segundo y, alzando la vista de nuevo, profirió el veredicto:

—Lo siento, pero no puedo. Ni por todo el oro del mundo.

—¡Vive Dios! ¿Por qué? —Se había hecho cruces el otro.

—Porque... es un regalo.

—¡Pues sí que te va a salir caro! Un regalo, ¿para quién, si puede saberse?

—... Te lo digo si me dejas en paz de una santa vez —había advertido Martín, más que hartó.

—Te lo prometo.

—Para una vieja amiga, ¿contento?

—Huy, para una vieja amiga... eso huele a lío de faldas, truhán. Conque una novia...

—En absoluto —había enrojecido—. No se trata de nada de eso. No es más que la hija de mi antiguo profesor. Confió en mí cuando estaba aprendiendo a pintar y es mi forma de agradecersele...

—O sea, ¿que ni siquiera va a haber coyunda? Y solo porque tú le quieres dar las gracias a una..., ¿¿me tengo que quedar yo sin el cuadro??

Se había desesperado Benjamín Benveniste, al tiempo que se tironeaba de la barbita de chivo que le nacía en mitad de la quijada con frustración, justo como le vio hacer ahora Martín, pero de pura impotencia, cuando el corpulento Max lo cogió en volandas de un fiero zarpazo y anunció:

—¡A la cuba del yeso con él!

Se elevó un rugido de la pléyade de artistas.

—¡Eso! ¡A la cuba del yeso con él!

—Así tendrá las manos quietecitas de hoy en adelante.

—¡No! ¡POR FAVOR! —imploró el desgraciado, tratando de protegerse la cabeza con las manos y de aferrar los pies al suelo para que no lo arrancaran de ahí.

—¡Claro que sí, hombre! ¡Vas a ser un molde magnífico!

Max comenzó a arrastrarlo, y él se debatía, arrojándose a tierra cuan largo era, mientras sus piernas de saltamontes patinaban en un pataleo frenético y desesperado, y los demás se adelantaban para empujarlo. Martín se apuró, viéndose en la obligación de intervenir, una heroicidad que no le apetecía nada pero que no tenía más remedio que...

—¿Qué está pasando aquí?

La voz más tonante de Alfred Boucher sonó como un estampido en la estancia. El griterío cesó en el acto. Max soltó de golpe a Benveniste, que cayó a plomo al suelo. Todos se retrajeron, como si despertaran de pronto de un raptó de enajenación, tomando conciencia, con auténtico bochorno y estupor de sí mismos, del extremo animal al que habían llegado. Identificado el foco de la discordia, Alfred Boucher indicó a los dos protagonistas con un único pero inapelable movimiento de cejas que lo acompañaran. Así lo hicieron, mientras los demás permanecían mudos, mirándose entre ellos, sabiéndose cómplices de aquella tentativa de linchamiento. Sin intercambiar una sola palabra, se fueron retirando uno a uno, dispersándose en todas las direcciones hasta que, del grupo convertido en turba, no quedó nada. Horas después, Alfred Boucher reunió a todos los residentes de La Ruche para comunicarles que sus dos compañeros habían sido expulsados.

—En todos los años que este proyecto lleva en marcha, nunca me había visto obligado a adoptar estas medidas drásticas, pero no hay otra opción. Pese a las muchas y muy diversas gentes que han ido pasando por esta casa, la paz más completa ha reinado siempre entre nosotros. Aquí no tenemos otras luchas que no sean las del trabajo, ni más rivalidades que las del talento. Los artistas, especialmente los jóvenes, son casi siempre excelentes camaradas, y nosotros hemos sido prueba de ello. Por eso, tengo que deshacerme de estos zánganos que amenazan con molestar la laboriosa tranquilidad de esta colmena. Una colmena que, no obstante, debería ser desalojada al completo. Estos dos que se van son los chivos expiatorios, pero no olvidaré el comportamiento execrable que he visto esta tarde en muchos

de ustedes. Espero que este castigo ejemplarizante les sirva para reflexionar, para que se avergüencen, y se forjen el firme propósito de que hechos de este cariz no vuelvan a repetirse bajo este techo. Aquí estamos para crear, señores, no para destruir.

Minutos después de esta alocución, Martín pasaba por delante del estudio de Benjamín Benveniste para despedirse de él. Estaba plegando sus escasas pertenencias dentro de una maleta.

—Pasa, Pendragón. Yo ya me marcho.

—Siento lo que ha pasado esta tarde, Benjamín. Ha sido muy desagradable.

—Bueno, supongo que yo también me lo busqué.

—Es que, ¿cómo se te ocurre robar el cuadro de un compañero para venderlo?

—Cada quien tiene sus talentos. Y yo tengo ojo para aprovechar el de los demás. Logré que me dieran por ese cuadro lo que él no habría conseguido ni en cincuenta años de mendigar y tocar puertas. Pero en fin, no te voy a rendir más explicaciones, ni a ti ni a ninguno de esos botarates. Ellos se lo pierden. Podría hacer rico a cualquiera de ellos. A ti, para empezar...

—Benjamín, lo siento, pero...

—Vale, vale. No te preocupes. Ya lo sé. Es un regalo. Para la novia esa, o lo que sea, que se te quedó en el pueblo.

Martín hizo un amago de protestar. Benjamín Benveniste lo atajó.

—Que no me cuentes milongas. No me interesa oír las. Pero escucha lo que te digo, Pendragón: yo no sabré pintar cuadros, pero, algún día, conseguiré los de todos estos. Si no, al tanto. Y el tuyo, en especial el tuyo, no será una excepción. Por estas.

Se besó las puntas de los dedos. Y hecha la promesa, el arlequín no perdió más tiempo en cerrar la maleta y también la puerta de La Ruche.

Aquel día de febrero, Blanca Luz cumplía veintiséis años, y ya llevaba cuatro casada con Eduardo. Su matrimonio era apacible y, exceptuando algunas épocas, siempre pasajeras, en las que caía presa de una rara melancolía, se sentía bien y cómoda con su marido, que la trataba como una reina. Sin ir más lejos, acababa de regalarle un chal bordado por su cumpleaños. Se lo había dado al despertar, y luego se había marchado a trabajar a la fábrica, a la

que estaba dedicado en cuerpo y alma, como el laborioso y abnegado director que era. Blanca Luz se quedó remoloneando entre las sábanas y desayunó chocolate caliente, como cuando era una niña. A media mañana, pasaron a repartir el correo. Aparte de dos cartas para Eduardo, le entregaron un voluminoso paquete dirigido a ella. Tomó el paquete con despreocupación, pensando que se trataría, sin ningún género de duda, de un obsequio de su padre y de su hermana. Pero la jovialidad se le evaporó del rostro cuando leyó el remite. Aquel sobre grande, de papel de estraza, ligeramente arrugado, era de parte de Martín y venía de Madrid. Sintió cómo el corazón se le desbocaba en apenas unas milésimas de segundo. Martín llevaba cuatro años fuera de su vida. Los espectros no podían desbaratar las entrañas de esa manera. Lo cierto era que, en ese tiempo, Blanca Luz había logrado olvidarse de él, al menos en cierto modo. Si bien lo recordaba todos los días, la mayoría de las veces no se daba ni cuenta. Se trataba de un zumbido confuso en el que no paraba mientes. Y, al fin, su recuerdo había terminado por convertirse en una galleta seca: no sabía a nada y se desintegraba en migajas si se tocaba. Con las manos poseídas por un temblor incontrolable, rasgó el sobre. De pronto, sentía muchísimo miedo, un pavor que la atenazaba. Era un lienzo. Antes de que pudiera verlo, el espasmo de sus manos hizo que se le cayera al suelo, causando un pequeño estrépito. Quedó boca abajo. Blanca Luz permaneció muy quieta, con los ojos fijos en él, pero sin atreverse a tocarlo. Necesitaba aquella tregua, aquel tiempo muerto. Podía oírse a sí misma tragando saliva. Era lo único audible en la habitación. Se aferró al canto de la mesa que tenía detrás, sin despegar la mirada de aquel rectángulo claro que continuaba tendido sumisamente, con la cara oculta. Podía dejarlo allí y fingir que no lo había recibido. Resultaría más fácil. Aunque, por otra parte, ardía en deseos de descubrir qué era. Al final, se agachó, conteniendo su respiración agitada. Antes de voltearlo, lo empujó con la punta del pie para alejarlo unos centímetros de ella, como si fuera a engullirla de un momento a otro. Pero el lienzo continuó comportándose con la docilidad y el ánimo poco beligerante que se les presupone a los objetos inanimados. De modo que a Blanca Luz no le quedó otro remedio que cogerlo. Despacio, lo alzó del suelo, al tiempo que ella misma se iba incorporando, lentamente, como si hacerlo con demasiada brusquedad fuera a arrebatarle el equilibrio y a derribarla. Aspiró una bocanada de aire y reunió fuerzas para enfrentarse al rostro de aquel lienzo que había viajado desde la capital para verla. No le

sorprendió lo que encontró. Era inconfundible. Unos trazos ígneos, incandescentes, anudados con furia, con fuerza, con pasión, en un revoltijo que amordazaba el aliento. Una explosión de pintura hecha materia, carne, tormento, y cuya onda expansiva impactaba en la cabeza y se quedaba detonando en ella, como un fogonazo efervescente, o un mazazo traducido en una miríada de colores brillantes que no se respetaban, pero que se fundían con un abrazo tan conmovedor e intenso que revelaba que se necesitaban de esa forma y no de otra. Y, por mucho que pudieran protestar las pupilas, se lo rebatían todo, y salían triunfantes de la discusión, tras convencerlas de que aquella insólita alianza era la más poderosa que pudiera alumbrar un pincel en esta tierra. Y, como si aquello no bastara, por encima de todo, incluso de una incierta silueta de mujer, relumbraba aquel rayo de luz blanca, que dominaba el espacio y se imponía a lo demás, como una presencia aplastante, ineludible e inolvidable, que se agarraba a la retina e inundaba los recovecos de la mente hasta fulminarla. Era un cuadro desbordante, que dolía cuando se lo contemplaba, porque en él había un alma atrapada. Un alma que se había quedado a vivir allí, expuesta, tendida, sin piel. Vestida solo con unos colores que estaban rotos, derramados, pero que, quizá por eso, fulgían con un resplandor más rutilante que el de las piedras preciosas. No podía decirse que fuera bonito. De hecho, no se podía decir nada de él. Y eso era lo más terrible, lo que resultaba perturbador. No se podía explicar, nada se le podía oponer. Blanca Luz no era capaz de defenderse de ninguna manera. Se trataba de un cuadro tan desgarrado, tan a flor de piel, tan abierto en canal, que desarmaba hasta la última barrera. Era como tener frente a frente a un hombre desnudo, que no pronunciara palabra. Pertrechado solo con una mirada turbadora, profunda como un pozo oscuro, sin pestañas en el brocal, y que enseñara las manos, poniendo las palmas hacia arriba. ¿Qué se le podía decir a ese hombre? ¿Qué se podía pensar de ese cuadro? Solo era un golpe, un atropello, una vorágine que le arrancó el corazón a Blanca Luz. Sintió un vahído súbito, y supo que tenía que apartar aquella visión de sus ojos si no quería desplomarse. Así que le dio la vuelta, y entonces reparó en algo que no había visto mientras el lienzo estuvo tumbado boca abajo sobre las baldosas. Por detrás, había unas líneas escritas a lápiz, con la letra picuda y amontonada de Martín. Las leyó.

«*La lumière c'est toujours blanc*. Para ti. Porque me pediste que pintara, en la estación de tren de una ciudad del norte, la última vez que tú y yo nos

vimos».

Blanca Luz notó que los párpados se le humedecían irremediablemente. Los sollozos comenzaron a escalarle por la garganta. Le nacían del alma, después de habérsela partido en dos. Sus gemidos, irreprimibles y desollados, pronto llenaron la habitación. Estuvo llorando un buen rato, sin saber por qué. Cuando al fin se serenó, el sufrimiento se vio reemplazado por la ira, que le hervía por dentro como un ciclón. Aquellas palabras en francés que no entendía la soliviantaban. Era lo que más la sacaba de quicio de todo aquello. Envolvió el lienzo con los restos del papel de estraza, tras fijarse en la dirección del sobre. Lo habían enviado desde la Residencia de Estudiantes, en la calle del Pinar 21, y lo escondió debajo de la cama. Acto seguido, salió de casa dando un portazo y enfiló la calle, secándose las lágrimas a papirotazos, raspándose la fina piel de debajo de los ojos con el tergal de la manga.

Se dirigió a la casa del sastre, quien había pasado una temporada en Francia para descubrir los intrínquilis de la moda parisina y darle la vuelta a sus costuras. Cuando llegó, lo abordó sin más preliminares, ninguneando las zalamerías con que agasajaba a toda buena pagadora.

—Perdone, señor Galíndez, ¿le importaría traducirme unas palabras del francés? Si fuera tan amable..., las he leído en una novela, y me he quedado sin saber el significado completo del diálogo.

El sastre se envaneció como un pavo real. Le encantaba alardear de sus conocimientos de la lengua de Molière, escasamente apreciados por sus convecinos en el desarrollo de la vida cotidiana. Una oportunidad así no se presentaba todos los días.

—Pues no faltaba más. Dígame, que será un placer sacarla de sus dudas.

A Blanca Luz aquellas palabras se le habían quedado grabadas a fuego.

—*La lu-mie-re cest tou-jours bl-an-c* —silabeó.

Su deficiente pronunciación, trasquilada con tajos literales, dejó en blanco al señor Galíndez.

—¿Disculpe?

—No sé pronunciarlo correctamente —aclaró Blanca Luz, a la par exasperada y avergonzada.

—No se preocupe —la indultó afectuosamente el sastre Galíndez, ufano de poder sacar a pasear su aire más paternal y perdonavidas—. Repítalo lentamente, que nos acabaremos entendiendo. La... franqueza de su acento me ha pillado un poco desprevenido, eso es todo.

—*La lu-mie-re cest tou-jours bl-anc* —martilleó Blanca Luz, con ganas de arañar a aquel repipi por sus eufemismos aduladores, con los que solo pretendía burlarse de ella.

Sin embargo, la humillación mereció la pena, porque el sastre Galíndez palmoteó de contento y exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya la he entendido! Lo que quieren decir en su novela es «la luz siempre es blanca». ¿Le cuadra con el resto del diálogo?

Sus palabras le llegaron desde muy lejos. Blanca Luz no estaba blanca, sino lívida. Tanto, que el señor Galíndez le puso con preocupación la mano en el hombro y preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Blanca Luz volvió hacia él unos ojos desvalidos, cerró los labios, que se le habían quedado entreabiertos, y asintió.

—Sí, sí, no se preocupe. Me ha sido usted muy útil. Le quedo muy agradecida.

Con el peso del título del cuadro lastrándole los bolsillos del abrigo, llegó de nuevo a su casa, se encerró en el salón y descolgó el auricular del teléfono, con el pulso ligeramente trémulo. Lo estuvo manoseando un buen rato. Volvió a dejar el auricular sobre el aparato, sin hacer la llamada. Quiso delegar la responsabilidad en el azar, lanzando una moneda al aire, pero, para cuando esta cayó, un par de segundos después, no había decidido aún si telefonaría en caso de que saliera la cara o la cruz. Al final, dejó la decisión en manos de sus tripas, de lo que le pedían sus borborigmos desde bien adentro. En el fondo, desde el principio había sabido que iba a marcar. Bebió un vaso de agua para que el paladar no se le quedara seco nada más empezar la conversación. Descolgó de nuevo. Puso la ruedecilla a girar. Oía el tono de la línea, al compás de los latidos de su propio corazón, convertido en el percutor de un revólver. En ese estado infartado, esperó medio minuto. La voz de la operadora le preguntó con quién quería hablar.

—Con Madrid, por favor, con la Residencia de Estudiantes.

—Un momento, por favor.

Aguardó un rato que se le antojó larguísimo, consumida por la impaciencia, haciendo repiquetear las uñas contra la mesa. Incluso fantaseó con la idea de volver a colgar, confiando en que si dejaba reposar el asunto, este se terminaría diluyendo y ya no sentiría la urgencia y la ansiedad de seguir adelante con él, pero, al fin, la voz aflautada de un hombre se lo

impidió al decir:

—Buenos días, Residencia de Estudiantes. ¿Qué desea?

Inhaló aire y, sintiendo que el pecho iba a explotarle y que el corazón se le subía de nuevo a la boca al pronunciar el nombre de aquel fantasma, replicó:

—Quiero hablar con Martín Pendragón.

—¿Martín Pendragón? Disculpe, pero ninguno de nuestros residentes se llama así.

La verdad es que a la propia Blanca Luz le habían parecido extrañas aquellas señas. No se le ocurría qué podía estar haciendo Martín en una residencia estudiantil madrileña, pero se trataba del único cabo del que podía tirar, así que decidió aferrarse a él a la desesperada.

—He recibido un paquete de Martín Pendragón, y en el remite indicaba que lo enviaba desde la Residencia de Estudiantes, en calle del Pinar 21, Madrid.

—Sí, esa es nuestra dirección, pero entre nuestros residentes no figura ningún Martín Pendragón.

Blanca Luz se atrincheró tras un silencio granítico, que, al parecer, intimidó al hombre del otro lado de la línea, porque, con voz vacilante, agregó:

—No obstante, espere. Por aquí pasa tanta gente que quién sabe... Voy a preguntar.

—Gracias.

Se hizo el silencio, roto únicamente por el golpeteo del corazón de Blanca Luz. Y por el eco de una conversación que reverberaba en las baldosas de un pasillo, a quinientos kilómetros de allí:

—¡Devuélvemelo ya, Salvador!

—Ni hablar, Federico. ¡Ni por todos los grandes masturbadores del mundo!

—¿Por todos los qué?

—Verás, es una idea que he tenido...

La voz aflautada reapareció al otro lado.

—¿Sí? ¿Sigue allí? Perdona, Martín Pendragón no es uno de nuestros residentes, pero sí se está alojando aquí durante unos días como invitado, por eso no le tenía localizado. Disculpe las molestias. Ahora mismo le avisan y le paso.

—Gracias —respondió Blanca Luz, con un hilo de voz.

Y, unos segundos después, lo oyó. Emergiendo de un teléfono cuatro años después, como si no hubiera pasado el tiempo. A pesar del agua que había bebido, el paladar se le había secado por completo, y tuvo que hacer un esfuerzo supremo por despegar la lengua.

—¿Martín? —inquirió retóricamente, para ganar unos segundos.

—Sí, soy yo —confirmó él.

A ella solo se le ocurrió decir:

—Soy Blanca Luz.

Entonces al que le tocó el turno de quedarse mudo fue a Martín. Sin embargo, se recuperó pronto del embate del desconcierto.

—Blanca Luz... Hola, qué sorpresa.

Sus titubeos le infundieron a ella el ímpetu necesario para decir sin ambages.

—Ya supongo. La misma sorpresa que me he llevado yo al recibir tu cuadro.

—Ah, eso. Me pareció que era el mejor regalo de cumpleaños que podía hacerte. Espero que te haya gustado.

El deseo de aprobación que resonaba tímidamente en su voz estuvo a punto de quebrantar la animosidad de Blanca Luz, pero consiguió sobreponerse.

—Bueno, que me guste o no está de más. Lo que no entiendo es qué necesidad tenías de hacerme un regalo de cumpleaños.

Martín vaciló.

—Bueno, tampoco veo por qué no. No me parece tan raro. Había terminado el cuadro, me sentía bastante satisfecho con el resultado, y, como siempre me dijiste que estarías orgullosa de mí si pintaba, pensé que te haría ilusión comprobar mis progresos. Han empezado a reconocermme, ¿sabes? Eso me ha permitido trasladarme a un estudio en París. ¡Un estudio propio, Blanca Luz! Ya no tengo que vivir en ese panal de abejas en el que estaba. Hice amigos allí, pero ya empezaba a necesitar un espacio para mí solo, así que estoy muy contento con el cambio, aunque el estudio sea diminuto. Y luego, me han invitado aquí, a Madrid, para que expusiera algunas obras. Esta gente de la Residencia está interesada en mi trabajo, y no te creas tú que son de los que aplauden cualquier cosa. Son tipos con cosas valiosas en la cabeza. Sin ir más lejos, hay otro pintor, catalán y un poco más joven que yo, que es brillante. Salvador. Está como una regadera el tipo y es bastante presuntuoso, pero tiene motivos. De hecho, dice que también quiere probar

suerte en París. Si puedo, lo ayudaré. No te imaginas lo estimulante que resulta todo esto..., descubrir que en España también hay personas capaces de apreciar las nuevas ideas, que no demonizan lo que suena a diferente... Ganas me han entrado de reconciliarme con este país. Y, bueno, ya que volvía a estar un poco más cerca de ti gracias a este viaje, y que las fechas coincidían con tu cumpleaños, se me ocurrió enviarte el cuadro. Desde aquí era más sencillo hacértelo llegar y demostrarte que sigo pintando, cada vez con más ganas. De alguna forma, sentía que te lo debía. Siempre me apoyaste y creíste en mí. Es mi manera de darte las gracias.

Blanca Luz tragó saliva y continuó con su invectiva.

—Me parece fenomenal que pintes, pero no creo que sea lo más apropiado que me vayas enviando cuadros para llenarme las paredes.

Martín soltó una risotada incrédula, que enervó a Blanca Luz todavía más.

—¿Te estás burlando de mí?

—No, no me burlo de ti. Pero me parece que estás siendo bastante irracional —puntualizó él con tono sereno.

—¿Irracional? ¿Irracional yo? ¿Tan raro es que recibir un cuadro tuyo me parezca un gesto que está completamente fuera de lugar? ¿A qué viene? No tiene sentido. Hace cuatro años que no nos vemos, que no tenemos nada que ver el uno con el otro. Tú y yo ya no somos nada —pontificó con agresividad.

—Vale, lo puedes decir más alto, pero no más claro. Yo pensé que seguíamos siendo amigos. —Sonaba dolido—. Pero, bueno, está visto que no opinas lo mismo, así que tranquila, que no volveré a importunarte con mis cuadros.

—Podemos ser amigos, pero no creo que a todos les vayas mandando cuadros. Y menos con esos títulos tan..., tan... obvios —le refutó Blanca Luz, casi como si le escupiera.

—No, claro, por supuesto —concedió Martín con la voz apagada—, disculpa mi atrevimiento. No volverá a ocurrir: no te pintaré nunca más. Te lo juro. ¿Y sabes qué, Blanca Luz? Que solo es un lienzo. Arde con mucha facilidad. Así que quémallo si te da la gana. Adiós. Que cumplas muchos más.

Y colgó. Blanca Luz se quedó petrificada, en la soledad del salón, sin soltar el auricular todavía, clavándole las uñas. Luego, muy despacio, como una autómatas, fue saliendo de su ensimismamiento, mientras las palabras que acababan de decirse colisionaban vertiginosamente en su cabeza devastada. Lo que más le molestaba de todo aquello, pensó mientras contemplaba

fijamente el cuadro tras rescatarlo de debajo de la cama y tenderlo sobre la mesa de la cocina, era el saber que nunca lo quemaría. Antes se echaría a las llamas ella misma. Muy al contrario, iba a tener que mirarlo el resto de su vida. Pero descargó su rabia raspando el título con una piedra pómez. Ya que para ella la luz no era blanca, al menos nadie más sabría que hubo un tiempo en que sí lo había sido.

Chema llevaba allí unos días y ya se marchaba de vuelta a España. Martín lamentaba no haber estado enteramente pendiente de la visita de su amigo, pero no le había sido posible disfrutarla como cabía esperar. Tenía la cabeza en otra cosa más absorbente. En concreto, en aquella carta que había recibido casi a la par que a Chema. Y sí. La única persona capaz de acaparar su interés y de obligarle a soslayar el que sentía por su camarada era ella. Esa bomba de relojería siempre a punto de estallar. Blanca Luz Miranda. Subordinándolo todo a su paso. En esa ocasión le había dado por jugar a las cartitas. Y allí estaba él. Sin dejar de darle vueltas a las palabras que contenía aquella que la muy puñetera le había escrito hacía una semana con su caligrafía alargada y oblicua. Empezaba con cordialidad. Disculpándose por la brusquedad con que le había tratado la última vez que habían hablado, a causa del cuadro que él le había regalado, hacía poco más de un año. Hasta ahí, todo entraba en los parámetros de la normalidad. Casi resultaba de agradecer su cortesía. Era lícito que quisiese arreglar el mal rastro que hubiera podido dejar con tan atrabiliaria reacción. Luego le preguntaba por su pintura, por su vida cotidiana en París. Todo irreprochable. Pero, a partir de ese punto, los derroteros por los que discurría la epístola comenzaban a torcerse, y se adentraban en territorios pantanosos, desconcertantes, incomprensibles. Marca de la casa. La muy condenada. ¿A qué venía ese interés repentino y afilado acerca de si había instalada una mujer nueva en el corazón de Martín? Como si a ella le importara.

No son pocas las veces que me pregunto, Martín, si alguna otra mujer ha entrado en tu vida para ocupar mi lugar. He de confesar que el simple hecho de pensarlo me hace remover incómoda en el asiento desde el que te escribo. Perder esos privilegios, el escaño preeminente que siempre me reservaste en tu corazón, no es plato de buen gusto. Soy consciente de que,

si yo aún ejerciera allí mi señorío, no estaría sino detentándolo. Si ahora lo ocupa otra, se encuentra en todo su derecho. Pero, aun así, prefiero imaginarte con ese espacio vacante. Es mi fantasía, aunque sea infundada, así que no me la tires por tierra. Concédele ese capricho a esta niña tonta.

Pues sí. Tonta de remate. Y eso no era todo. Unas líneas más abajo se dedicaba a divagar sobre la relación que ambos habían mantenido en un pasado y que a Martín aún le escocía.

En ocasiones, me sorprendo a mí misma pensando cosas como si te las estuviera contando a ti. Ya sabes, articulo mis reflexiones como si estuviésemos sosteniendo una conversación y te las estuviera explicando. Supongo que es por la confianza que llegué a incubar contigo. Eso es verdaderamente difícil de encontrar. En lo de conversar y entenderme eras insuperable. En cuanto al resto, bueno..., supongo que lo nuestro fue un fuego fatuo. Entró en combustión rápido, ardió como el papel, con llamas muy altas, pero el precio a pagar fue que enseguida se consumió. Y, de pronto, ya no quedaba nada. O solo cenizas de lo que fue. Es lo que tienen los amores que abrasan. Son tan intensos que duelen, te dejan exhausto, te catapultan a las nubes y, al momento siguiente, te despeñan por el barranco, como si estuvieras subido en una montaña rusa. Y un amor que duele y extenua no puede durar. Desaparece de la misma forma que prende. Supongo que es puro instinto de supervivencia. Nadie resiste durante demasiado tiempo a una persona que sabe que le puede hacer añicos. A mí me pesaba que me quisiera alguien que pretendía hacerme inmortal con su arte. Soy demasiado mundana para esas sutilezas y para tu acendrada sensibilidad, imagino. Pero quizá eso es lo que hace que te recuerde con el más inmenso de los cariños y de los respetos, y que jamás me sea indiferente todo lo que a ti concierne. Por eso me encantaría que alguna vez tú y yo nos volviésemos a ver. Eres la clase de persona a la que hay que tener cerca, porque mereces tanto la pena...

Con aquellos párrafos, Martín no sabía a qué atenerse. Se sentía mareado. Le irritaba profundamente la condescendencia complaciente que Blanca Luz usaba con él, y aquel coqueteo solapado. ¿Se pensaba que era un muñeco al que podía manejar a su antojo? Si lo había apartado de su vida, si lo había

espantado a gritos con una llamada telefónica cuando él había pretendido convertirse en su amigo, ¿por qué no lo dejaba tranquilo? Aquella carta había logrado que a Martín se lo llevaran los demonios. Pero puede que también, muy en el fondo, le alegrase aquella irrupción, que testimoniaba que Blanca Luz, aunque de forma extemporánea, estaba haciéndose la encontradiza. Lo que significaba, en definitiva, que no se había olvidado de él. Por eso hacía dos noches se había desvelado a las tres de la mañana, y había permanecido despierto, cavilando, con las palabras de ella agujijoneándole. Hasta que se hartó, cebó una vela y, a su lumbre, redactó una carta de contestación, azuzado por la clarividencia descarnada que confiere la madrugada. Ahora cargaba la carta allá donde iba, sin acabar de decidir si convenía arrojarla al mundo o quemarla y olvidarse de ella. Intuía que ninguna de las dos opciones le reportaría paz. Pero, ante dos posibilidades igual de malas, inclinaba uno de los platillos de la balanza el convencimiento de que no era lo suficientemente fuerte como para ser una víctima de moralidad intachable demasiadas veces seguidas. Hasta ese momento siempre había aguantado, había perseverado en el propósito de hacer lo correcto, de echarse a un lado, de poner la otra mejilla, de actuar con cabeza, de evitar la discordia. Pero ya no soportaba más la injusticia de tener que empeñarse en aquel esfuerzo, cuando todos los demás lo hacían tan mal, al parecer sin remordimientos y sin temer consecuencias. Así que, al despedirse de Chema, le dijo:

—Ah, por cierto, se me olvidaba. Blanca Luz me escribió el otro día y he pensado que, ya que estás aquí, podrías llevarte contigo mi respuesta y entregársela en persona cuando la veas. Así, me ahorro el tener que echarla al correo y los sellos.

Chema cogió la carta con la punta de los dedos, la husmeó, frunció la nariz con disgusto, como si le hubiera llegado una vaharada putrefacta, y le reconvinó:

—Martín, me estás poniendo en un compromiso. Me estás obligando a que se la dé en presencia de Eduardo, para que él se entere de que Blanca Luz se cartea contigo. Y lo peor es que lo sabes. Sabes de buena tinta lo que estás haciendo.

—Pero ¿qué estás diciendo, Chema? Por supuesto que no. No te estoy pidiendo que se la des cuando esté Eduardo delante, ni mucho menos.

—No, claro. Pero sabes que lo haré, porque dársela bajo manga y de tapadillo sería una deslealtad hacia Eduardo, que también es mi amigo y, a fin

de cuentas, su esposo. Tú lo que quieres es que él se entere. Y si para conseguirlo tienes que usarme a mí, bueno, eso es un daño menor, ¿no? Sacrifiquemos al gordo y no lloremos por ello.

—Pero ¿se puede saber de qué demonios hablas?

—Que sí, Martín, que sí. Engáñame a mí y haz como si te engañaras a ti mismo si te da la gana. Pero no me la das con queso. Eso sí que no...

La habitación se había quedado congelada de pronto, y Martín miraba a Chema como si nunca antes lo hubiera visto. Al final, su amigo resolvió zanjear la azorada situación diciendo:

—Mira, voy a hacerlo. Le entregaré esta carta a Blanca Luz. Pero desde ahora voy a dejarte una cosa muy clara, así que grábatela bien en la sesera porque no pienso volver a sacar el tema: esta es la última vez que me atrapas en medio de este fuego cruzado que os traéis Blanca Luz y tú. Y en el futuro, comeos un poco el egoísmo y sed conscientes de que podéis herir a alguien mientras jugáis. Por una vez, ponte en mi pellejo. Imagina lo que supone ser el tipo gracioso, afable, bonachón, regordete, del que nunca se enamoraría una mujer como Blanca Luz. El tipo que sabe que está condenado a vivir eternamente a la sombra del amigo genial que pasará a la historia, del héroe que va dejando huella allá por donde pasa. El tipo al que no le queda más remedio que renquear detrás de esas huellas, de ser la mera comparsa. Ni siquiera es un tipo. Solo un arquetipo para desengrasar las obras teatrales en los entreactos, al que se utiliza para provocar la risa y para servir de enlace a los protagonistas. Pero no te olvides de que yo no soy un personaje de novela. Yo tengo que vivir con eso. ¿Crees que tu existencia es trágica y difícil, Martín? Pues la mía también lo es. Parece que siempre me lo estoy pasando bien, que no sangro, ¿a que sí? Cuando la verdad es que ser ese tipo es una soberana jodienda. Así que, por lo menos, ten la consideración de pensar alguna vez en mí, y de anteponerme a tus intereses. Aunque te resulte inconcebible, Blanca Luz y tú no sois tan importantes.

Martín se había puesto del color escarlata del bochorno. Las orejas le ardían y apenas podía mirar a su amigo a los ojos. Sabía que sus reproches estaban bien fundados, y se los había colocado sin cortapisas delante de los ojos. De pronto, Martín se asustó de que cupiera tanto egoísmo en su pequeño corazón, y que de tanto amor, pudiera nacer tanto dolor. Los hijos que habían engendrado entre él y Blanca Luz eran monstruos.

—Chema, yo...

Pero José María Casabella no le dejó continuar. Azotó el aire con un manotazo, para desbaratarle la tentativa de disculpa y se encaminó hacia la puerta.

—Me marchó. Te volveré a escribir cuando se me pase un poco el cabreo —le espetó, metiéndose el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

Martín lo vio desaparecer al otro lado del umbral, al tiempo que recordaba aquello de que el hombre es dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras. Las suyas iban escritas en esa caja de Pandora, que volvía a España con el caos dentro.

Chema se había imaginado miles de veces cómo se desarrollaría la escena en casa de los Izquierdo antes de llegar allí. El cabrón de Martín le había puesto en un buen brete. Le resultaba tan enojoso lo que tenía que hacer que, para evitarse la vergüenza y la incomodidad, había pensado varias veces en darle la carta a Blanca Luz en privado, a espaldas de Eduardo. Pero, al final, siempre llegaba a la conclusión de que se trataba de una mala idea. Realmente, no sabía a ciencia cierta qué había escrito Martín y, si luego resultaba no ser nada comprometedor, el darle a aquella misiva el rango de un arcano equivaldría a estar echando leña a unas pavesas inocuas. Si luego Eduardo descubría que Blanca Luz había recibido a escondidas una carta de Martín a través de él, tendría sobrados motivos para desconfiar y sentirse víctima de una confabulación. Mejor era llevar aquel asunto con transparencia y a la luz del día. Sí, mejor no sembrar la cizaña. Pero, momentos después, le asaltaban unas dudas implacables sobre las buenas intenciones de Martín y se moría de ganas de rasgar el sobre y leer la epístola para darle el visto bueno. Pero ¿acaso era un censor? Martín no le había autorizado para hacer aquello. Y, al final, entre cábalas y elucubraciones, llegó a casa de sus amigos. Le recibieron obsequiosamente con un café y se interesaron con entusiasmo por su estancia en París. Pero ninguno de los dos le preguntó si había visitado a Martín. No obstante, aunque nadie lo mentara, Chema notaba que la presencia de su amigo ausente flotaba en el ambiente. Chema se sentía arrinconado, aplastado contra el respaldo de su butaca. En un momento dado, tuvo que dejar la taza de café sobre la mesa y meterse un dedo entre el cuello y la camisa, porque le daba la sensación de que la corbata le estaba ahogando. Tosió varias veces, a cada cual con más escándalo.

—¿Estás bien, Chema? —se inquietó Eduardo.

Blanca Luz se le acercó solícita y alarmada.

—Sí, sí..., tranquilos, estoy bien... coj, coj. Es solo que antes de que se me olvide..., toma, Blanca Luz. Martín me dio esto para ti.

Ya estaba. Ya lo había soltado. No aguantaba más. Aquella carta le chisporroteaba en la chaqueta. A ese paso, le iba a agujerear la tela, como una colilla. Sin enfrentarse a sus ojos, Chema alargó el sobre hacia Blanca Luz, que se lo quedó mirando de hito en hito, completamente paralizada. Un silencio atroz se instaló en el salón. Solo se oía el golpeteo de una ventana que se había quedado abierta en alguna habitación de la casa. Como siempre, el primero que se sobrepuso fue Eduardo. Forzó una sonrisa y dijo:

—Conque fuiste a ver a Martín. Espero que le encontraras bien. ¿Qué se cuenta? Aunque, bueno, ya que él se ha tomado la molestia de escribirnos, lo mejor es que nos enteremos de su puño y letra, ¿no te parece, querida?

Blanca Luz estaba lívida, sin atreverse a levantar la mirada.

—Querida, coge la carta —le indicó Eduardo con un carraspeo.

Ella obedeció, pero solo con la punta de los dedos. Sostuvo la carta, como si no supiera qué debía hacer. Chema tampoco la miraba. Eduardo ordenó:

—Léenos la carta en voz alta, querida. Para que sepamos todos cómo le va a Martín.

—No..., no creo que sea una buena idea —murmuró ella con voz ronca.

—¿Y por qué no, Blanca Luz?

Con desvalimiento, ella se encogió de hombros:

—No sé. Tal vez..., no sé.

—Venga, no te hagas de rogar. ¿A qué vienen esos reparos? —insistió Eduardo, inexorable.

Ella continuó en silencio. Pero él no se lo toleró.

—Que le-as la car-ta, que-ri-da —exigió, con sonrisa, voz y voluntad de metal—. Por favor.

Blanca Luz suspiró y, abriendo el sobre con dedos trémulos, dijo:

—Está bien, como gustes.

Se aclaró la garganta, se acercó la carta a los ojos. Aún vaciló un instante, y entonces, comenzó.

—«Querida Blanca Luz, yo estoy bien. Me alegró mucho recibir tu carta y comprobarte tan vivamente interesada por mis progresos y mi estado de salud».

Eduardo, que permanecía de pie, con el brazo apoyado sobre la repisa de la chimenea, cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro. Chema lo observaba por el rabillo del ojo, consternado e inflamado de vergüenza. Blanca Luz flaqueó. Haciendo de tripas corazón, continuó, aunque el timbre de su voz arrancó agitado por un ligero temblor.

—«En atención a tus afectuosas palabras, he de decir que por París todo marcha sobre ruedas. Pinto mucho y cada vez conozco a más gente. No todos me desalientan. A algunos incluso les gusta lo que hago. Y puede que unos pocos hasta lo entiendan. Aunque mejor no hacerse excesivas ilusiones. En referencia a lo que me preguntas acerca de cómo paso mi tiempo y si ha aparecido alguna dama en mi vida, he de confesarte que sí. Una muy alta, que sobresale por encima de todas las demás. ¿Qué? ¿Celosa?».

Blanca Luz titubeó, esperando que Eduardo la indultara y detuviese aquella farsa. Pero no. El silencio sepulcral la exhortaba sin piedad a que prosiguiese la lectura. Inhaló aire y así lo hizo.

—«Para tu tranquilidad, has de saber que no tienes motivos para caer en el vicio de Otelo. La dama a la que aludo es de hierro, y no de forma figurada. No se trata simplemente de que tenga el corazón duro. Es que no tiene. No lo tiene porque es la torre Eiffel. Cada vez me gusta más, y me quedo largos ratos contemplándola. Su visión invita a reflexionar, y, así, entre reflexiones e imágenes de cosas bellas, me acuerdo de ti. Será asociación de ideas».

Blanca Luz tragó saliva y aceleró el ritmo de su voz. Tenía que acabar aquello cuanto antes. Era como correr descalza sobre un lecho de arena abrasadora.

—«Porque me acuerdo de ti, y hay un pensamiento que me tortura: el de saber que yo estoy vivo, y que tú estás viva, y que en el mundo existen un montón de camas en las que nos podríamos meter juntos. Y, fíjate, no estamos usando ninguna de todas las que nos esperan, por aquí y por allá, con las sábanas abiertas. Qué desperdicio. Sé que gustosa le pondrías solución a semejante despropósito».

A Blanca Luz la piel le ardía. Notó cómo las lágrimas del bochorno le acudían a los ojos, mientras su voz resonaba como la de una extraña por todo el cuarto, retumbando sin remedio en el espacio, sin poder escaparse de aquel torrente que ella misma estaba desembalsando y que la iba a ahogar.

—«Sin embargo, ya sé que ahora eres una respetable mujer casada. Y, no me entiendas mal, Blanca Luz, no es que eso me importe, pero comprenderás

que albergue mis reticencias. Quizá sea culpa de toda esta parafernalia de la bohemia parisina, pero me temo que probablemente te notara tan cambiada que, en el último momento, me echara para atrás. Y no querría infligirte tal desplante. No conozco a la respetable dama casada en la que te has convertido, pero seguramente no sería capaz de enamorarme de ella. De quien sigo enamorado es de la niña que se tendía conmigo en el colchón de la buhardilla pidiendo que la quisieran, o, lo que es lo mismo, de esa mujer desnuda que lograba que no importara nada más allá de sus confines. Porque, a fin de cuentas, ¿qué es una persona desnuda, sino un niño con los genitales un poco más grandes?».

Llegados a ese punto, la voz se le quebró a Blanca Luz en un estertor de humillación, mientras las lágrimas de la ignominia le resbalaban ya sin recato por la cara.

—Por favor, Eduardo, ya basta. Déjame parar —le suplicó, con la voz bronca y enrojecida. Tan enrojecida como sus ojos.

El interpelado dio un sorbo a su café, y dirigiéndose a Chema, que quería desaparecer de la tierra, hizo constar:

—Vaya. Martín no me manda saludos. Según parece, no se ha acordado de mí. Qué poco considerado es el muy truhán.

Cuando Blanca Luz subió aquella noche a acostarse, Eduardo la estaba esperando, sentado en el butacón del dormitorio, con una maleta cerrada a sus pies. Ella le dirigió una mirada interrogante.

—¿Qué es esto?

—¿Tú qué crees?

Blanca Luz tragó un carámbano de saliva helada, porque lo sabía de sobra.

—Aquí están guardadas tus cosas. He querido ahorrarte tiempo, para que puedas marcharte cuanto antes.

Ella forzó una sonrisa para no darse por enterada.

—Pero... ¿qué estás diciendo, Eduardo? ¿Marcharme adónde?

—Ah, adonde tú quieras. Eso ya no es asunto mío.

—Pero, vamos a ver..., que no estoy entendiendo nada. ¿Por qué tendría que marcharme?

Eduardo se rio estrepitosamente. Con una risa que raspaba.

—Bueno, lo que me faltaba por oír. Esto ya es el colmo de la

desvergüenza. Pero ¿cómo puedes preguntarme eso? ¿A ti te parece normal lo que ha sucedido esta tarde?

—¿Lo dices por lo de la carta?

—¡Oh! ¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor! ¡A doña Blanca Luz Miranda se le están empezando a aclarar las ideas!

—Oye, no emplees conmigo ese tono sarcástico. Y es más, debería ser yo quien te estuviera recriminando algo, después de que me hayas obligado a pasar semejante agravio leyendo la carta en voz alta delante de Chema...

—Esto es increíble. No, Blanca Luz, no hagas eso. No trates de darle la vuelta al asunto, porque eso sí que no lo tolero. Vamos, lo que me faltaba por oír... Y ¿sarcástico dices? ¿Tono sarcástico? Agradece que sea solo sarcasmo lo que estoy empleando contigo, porque, vamos, otro en mi lugar, no sé qué atrocidad no haría... Me has dado sobradas razones para volverme loco. —A Eduardo le centelleaban las pupilas—. ¡¿Piensas que le estás guardando a tu marido el respeto que le debes..., que ME debes?! No lo olvides jamás, Blanca Luz. ¡Soy tu esposo! ¡Y no permitiré que juguetees conmigo, que me trates como si fuera un tonto! Eso sí que no te lo consiento. Ya son varias las veces que he hecho la vista gorda y...

—¿A qué te refieres?

—¿Te crees que no sé que escondes un cuadro de Martín debajo de la cama? ¿Cómo se supone que tengo que reaccionar ante eso?

Blanca Luz se quedó lívida.

—Eduardo... —flaqueó—. Martín se lo envió a mi padre hace tiempo, simplemente me gustó y él me lo regaló. «Toma, este cuadro un día será valioso, y me quedo más tranquilo si lo tienes tú. Podría sacarte de un apuro». Y, bueno, pensé que no hacía ningún daño al aceptarlo. No te lo conté porque imaginé que podía sentarte mal... A la vista está que imaginé bien.

—No, no..., no me hagas comulgar con ruedas de molino. Ni me pintes como un hombre desconfiado y poco razonable, porque, como te digo, lo descubrí hace un tiempo y guardé la prudencia de callarme. Me he portado todo lo civilizadamente que he podido. Todo lo civilizadamente que me has dejado. Pero esto ya... supera con creces el límite de lo admisible, de lo sano. No tengo por qué aguantarlo. Más que nada, porque no me lo merezco. Creo que yo a ti te he tratado siempre con el mayor decoro y afecto, y exijo recibir lo mismo. Así que, si estás dispuesta a burlarte de mí, ya puedes coger esa

puerta y desaparecer por ella.

La voz le vibraba en un tono muy ronco, muy quedo.

—¿Ya has terminado? —inquirió Blanca Luz imperturbable, sin que se le agitara ni un pelo.

Eduardo la miró casi con odio.

—Bien, porque, si lo has hecho, ha llegado el momento de que me escuches. No puedo creer que te hayas tomado a pecho esa estupidez de carta.

—¿Estupidez de carta?! ¿Te parece irrelevante lo que decía? Desde luego es completamente inocente y neutro hablarle de genitales a una mujer casada con la que en el pasado se tuvieron más que buenas palabras...

—¡Eduardo! ¡Basta! ¡Abre los ojos! Es Martín quien ha escrito esa carta. El mismo Martín que sigue despechado por cómo terminó nuestra historia, porque me fuera contigo... No lo ha superado. No ha logrado olvidarme. ¿Es que no lo ves? Solo intenta enredar las cosas... Y tú, dándole crédito, se lo estás permitiendo. Es él quien ha escrito la carta. ¿Tengo yo acaso la culpa?

Eduardo la contempló fijamente, con todos los músculos de la cara en tensión.

—Él ha escrito esa carta porque tú previamente le habías enviado otra... Se refiere a ella en el texto.

Blanca Luz asintió.

—Es cierto. Cometí ese error. De eso no puedo exculparme. Le escribí. Le escribí preguntándole cómo estaba.

—Pues ahí lo tienes.

Eduardo adelantó los brazos para entronizar su acusación.

—Bueno, pero ¿qué tiene de malo? ¿Qué hay tan censurable en ello? ¡Solo le escribí por amabilidad, para saber cómo le iba! ¡Nada más!

—Pero, vamos a ver, ¿¿qué necesidad tenías tú de escribirle??

—¡Necesidad ninguna! ¡Me preocupaba por él! ¡Eso es todo! Hacía mucho tiempo que no sabía nada de su vida. Y me interesa lo que le pase. No puedo evitarlo. Fue alguien importante para mí. Tú ya lo sabías cuando te casaste conmigo. Que él me importe no significa que a ti no te quiera. Una cosa no va reñida con la otra, y deberías saber distinguirlas.

Eduardo se apretó el entrecejo.

—Se me hace muy difícil, Blanca Luz. Muy difícil. ¿Cómo pretendes que me quede de brazos cruzados después de...?

—¿De recibir una carta? ¿Es un trozo de papel lo que te ha puesto así?

¿Tanto poder tiene como para desbaratarlo todo? Muy bien. Arreglémoslo. Si tú me has obligado antes a leer una carta en voz alta, ahora tendrás que escuchar otra. La que le voy a escribir a Martín, en respuesta a sus... atentas líneas. Dame papel y pluma.

Eduardo se la quedó mirando sin asimilar lo que estaba pasando. El espectáculo, a un tiempo fascinante y espantoso, de cómo aquella mujer (¡su propia mujer!), en cuestión de segundos, estaba tomando por las bridas al caballo desbocado que había estado a punto de aplastarla con sus cascos.

—Pero ¿qué...?

—Que me des papel y pluma.

Eduardo le dedicó una última mirada llena de aprensión antes de obedecerla facilitándole lo que le pedía.

—Gracias —dijo con sequedad—. Muy bien. Comencemos —Blanca Luz carraspeó—. «Querido Martín...». No, querido, no. Visto lo visto, Martín podría tomarse hasta la más elemental fórmula de cortesía como una concesión para dar rienda suelta a sus licencias. Mejor «Estimado Martín», sí. «Estimado Martín, no sabes la estupefacción que me ha causado tu carta. Uso esta palabra por no decir “malestar”. No sé qué pretendes, pero cuanto decías en ella está, completamente y sin ninguna duda, fuera de lugar. Malinterpretaste mi interés por ti y me achacaste unas intenciones que están muy lejos de ser reales. Yo únicamente trataba de ser amable. Una buena amiga, si así prefieres verlo. Pero en ningún caso insinuaba nada más allá de los límites de una estricta cordialidad. La única explicación que encuentro a tus palabras fuera de tono es que es el resentimiento el que habla por ti. O, quizá, una vana esperanza. Ves cosas donde no las hay porque quieres verlas. Yo no sabía que este era todavía un tema tan sensible para ti, debido al tiempo transcurrido, y, por eso tal vez, pero siempre inconscientemente, alimenté ese deseo tuyo de ver oasis en el desierto. Así pues, antes de que lleves esta insensatez más lejos, me siento en la obligación de actuar, quizá con crueldad, pero atendiendo a la más rigurosa verdad, y desengañarte. Decirte a las claras que lo nuestro está muerto. Que, por mucho que te empeñes en resucitar fantasmas, ya no siento nada por ti. Hace mucho que dejé de sentirlo. Creo que no hace falta recordarte que mi sitio ahora está con Eduardo. Es a él a quien quiero. Él es el hombre de mi vida. Mi esposo. Tú solo eres un recuerdo. No quería que te vieras reducido a eso, y por ese motivo traté de acercarme a ti, espoleada por el más puro de los propósitos,

pero ahora, a tenor de tu reacción, me doy cuenta de que me equivoqué. Calculé mal. Fui imprudente. Así pues, creo que será lo mejor para todos que te quedes en la memoria, el baúl de donde nunca debí sacarte. Mantenerte en mi presente no puede traer ningún bien a nadie. Disculpa las molestias que haya podido ocasionarte. Por mi parte, ten por seguro que no volveré a molestarte más. Me despido sin rencor, deseándote un feliz porvenir. Un cordial y último saludo». Y ahora, firmo... —dijo, al tiempo que garrapateaba su rúbrica—, y ya está lista para sellar y ponerla en el correo. ¿Quieres leerla para asegurarte de que he transcrito cuanto he leído, palabra por palabra?

Blanca Luz le alargó a Eduardo la misiva, con un pulso firme y chuzos de desafío en la mirada. Él se enfrentó como pudo a sus ojos tormentosos y replicó:

—No. No será necesario.

—Muy bien. Envíala tú mismo mañana por la mañana. A primera hora. No quiero que se retrase la conclusión de este desagradable asunto ni un minuto más de lo debido.

—Como gustes. Lo haré sin falta —aseveró Eduardo, sin poder ocultar su satisfacción y su alivio.

Blanca Luz comenzó a deshacer la maleta.

Debajo de las ropas que guardaba en el armario, las manos le temblaban.

Al describirme Blanca Luz la carta que le hizo redactar a Eduardo para mandársela a Martín, no me recato a la hora de mirarla con reproche.

—Era usted...

Y, encogiéndose de hombros, me pide:

—Ahórrese el adjetivo. Ya sabemos que usted siempre se pone de parte de Martín. Ay, ese Martín de sus amores...

Puedo imaginarme al susodicho cuando la recibió. Sus ganas de matar. Las mismas que me toman por asalto cuando, de camino a casa, decido dar una vuelta por el barrio del tipo al que conocí el otro día en el museo (sí, el que me besó en un bar y en su casa me pidió un taxi) y lo divisó a lo lejos paseando con otra mujer. Así que, en efecto, y salvando las distancias (en mi caso se trata del coito frustrado de una noche; en el suyo, del amor de su vida), algo soy capaz de intuir acerca de cómo se sintió Martín. Como yo

ahora, llevaría un rato paseándose a zancadas por la habitación, estrujando la carta que acababan de entregarle, agradeciendo en el alma que le separasen tantos kilómetros de su autora, ya que de no ser así él habría pasado la noche en presidio acusado de un asesinato por estrangulación. El colmo, vamos. Acabar con una perpetua encima por semejante... individua. De todos modos, la versión más pura y mordiente de su rabia se dirigiría contra sí mismo. Donde reina el disparate es el cuerdo el único que puede poner orden. Correspondía a su mano asumir esa tarea y, en vez de hacerlo, le había seguido el juego a ella, como un necio. Lo que no lograría entender, por mucho que se rompiese la cabeza, sería el motivo por el que estaba enamorado de una persona como esa. En este caso, su corazón y su raciocinio, que habitualmente se mostraban tan bien avenidos, se habían disociado por completo y cada uno marchaba por su lado, hablando en idiomas distintos. Su propia mente no le reconocería en aquella querencia. Amar a Blanca Luz le alejaba de sí mismo, de todo lo que creía o lo que era. Aunque, poco a poco, iría creciendo en él la sospecha de que, en verdad, no tenía ni la más remota idea de quién era realmente Blanca Luz Miranda. No sabría si es que ella, en ese largo tiempo, había cambiado mucho, hasta convertirse en otra, o si es que nunca fue quien él pensó, cuando la vislumbraba a través de la ceguera del amor. Una ceguera paradójica que le había hecho ver la luz blanca. Siempre había creído que esa luz le había iluminado la vida. Quizá solo le había deslumbrado. De otro modo, no acertaba a comprender su empecinamiento por alguien tan cínico y exasperante como esa mujer. Resultaba dañina. Aborrecible. ¿Dónde estaba la muchacha dulce, buena y conmovedora que él había conocido? O bien había desaparecido, o tal vez jamás había existido. Imposible saberlo. Lo que sí sabría Martín, y muy bien, sería la frustración y el hartazgo que le producía perseguir a aquella otra, resabiada, rimbombante, presuntuosa, afectada, amarga y cortante; aquella extraña con la que no tenía nada que ver y a la que nada le debía, a excepción de la recua de sinsabores que le había hecho probar a él. Pero no albergaría ni la más mínima intención de devolvérselos, de hacérselos pagar. Porque persistir en aquel empeño minaba, corroía. Como lo hacía el toparse de bruces una y otra vez con aquella afirmación suya de que quería a Eduardo. A Martín se lo llevarían los diablos de los celos tratando de averiguar qué había encontrado ella en él para aferrarse a su relación mediocre y anodina cuando, en cambio, la que ellos tenían, la había

desechado con el desprecio y la ligereza con que se despachaba un engrudo de papel. Aunque, por supuesto, Martín sería lo suficientemente inteligente como para contemplar la posibilidad, por mucho que doliera y laminase, de que Blanca Luz dijese la verdad. Que amara a Eduardo sinceramente, más de lo que nunca lo había amado a él. Y que fuera altanería presuponer que no pasaba de ser un parche insulso la historia entre ella y aquella medianía de hombre (allí estarían otra vez la soberbia y el desquite poniendo calificativos peyorativos en su boca, ya que en el fondo sabía que Eduardo solo era una víctima más, sin culpa ninguna en aquel asunto, o, en todo caso, con la misma que él). De hecho, Eduardo era, en muchos aspectos, un hombre muy superior a la media. Noble, recto, trabajador, bueno. Hasta en eso, en el siempre arriesgado recambio de pareja, tenía suerte la condenada Blanca Luz, por mucho que no la mereciera, por más que la dilapidase. Pero una cosa es que Eduardo fuera superior a la inmensa mayoría y otra muy distinta que le superase a él. Si de algo pecaría Martín es de un adiposo ego de artista, que le hacía aceptar la grandeza ajena y alegrarse por ella siempre y cuando no hiciera sombra a la suya, y menos en lo tocante a las cosas que eran radicales y absolutas para él. La vida le había enseñado a Martín desde muy pronto que era diferente a los demás, y esos mimos y distingos habían traído consigo que tuviera muy mal perder.

Sin embargo, por mucho que la idea le resultara odiosa, sería más que razonable abrigar esta duda molesta y perturbadora acerca de los sentimientos de Blanca Luz por Eduardo. A fin de cuentas, el susodicho, como ella bien señalaba, era su realidad. Su marido. El que ella había elegido. Con el que estaba pasando su vida, al fin y a la postre. Así pues, ¿por qué seguir torturándose?

Blanca Luz era una cadena de bicicleta que se salía de la rueda en cuanto se intentaba avanzar un metro con ella, que saltaba como un látigo y te cruzaba la cara, propinando dolor en el haz y escozor en el envés, lastimando el amor propio de mala manera. Eran ya demasiadas veces. No habría una más. Martín decidiría aquel día rendirse, porque, en no pocas ocasiones, la única victoria consiste en saber retirarse a tiempo. Y porque, a enemigo que huye, puente de plata. Por eso no se infligiría la desazón de leer la carta de nuevo. El destino que le daría sería la paleta donde mezclaba sus pigmentos, para que, al menos, del despropósito y el absurdo, naciese algo bueno. Allí, con el paso de las semanas, las letras irían siendo sepultadas, bajo capas

espesas e indelebles de pintura mezclada, hasta que las palabras de Blanca Luz quedaran convertidas en una mancha. Una mancha que era de todos los colores. Y, por supuesto, de ninguno.

Y llegó el año 1936 y estalló la guerra en España. Se apoderó, cómo no, de la vieja ciudad del norte, igual que del resto de rincones del país. Eduardo Izquierdo no tenía más convicciones políticas que las de repetir a cada momento que aquello era un desastre y que no podía terminar bien. Pero no por posicionarse poco la sufrió menos. Desde luego, eso no le libró de que a la fábrica que su familia había fundado cuatro generaciones atrás le cayera encima un proyectil, lanzado desde un cazabombardero del que nunca se supo a ciencia cierta bajo los mandos de qué bando surcaba los cielos heridos de aquella tierra. Lo mismo daba. El resultado fue el mismo. Cinco trabajadores muertos y su medio de subsistencia destripado como un terrón. Blanca Luz, desde que comenzó la guerra, se había preguntado secretamente de qué lado se colocaría Martín, que estaría observando el conflicto desde la barrera, tras aquel burladero que eran los Pirineos. Intuía que se habría proclamado republicano. A fin de cuentas, era un artista, y la mayoría de los intelectuales de la nación estaba tomando aquel partido. Sin embargo, en cuanto la bomba dejó la fábrica reducida a escombros humeantes, aquella duda dejó también de importarle. Solo tenía cabeza suficiente para angustiarse pensando cómo sobrevivirían a partir de ese momento. Los cimientos de su vida se tambalearon con un estampido seco, que le llenó el paladar de un sabor acre a pólvora y a sangre. Comenzó la tristeza de las economías forzosas, las cartillas de racionamiento, el temor por las noches y las carreras al sótano con el colchón a cuestas, para convertirlo en parapeto, en cuanto sonaba el ulular siniestro de la sirena, que se metía hasta el

estómago y lo cogía en un pizco. En todas partes hacía frío. En el hogar sin lumbre ni vino de Blanca Luz y Eduardo empezó a escucharse a hurtadillas y en susurros la palabra exilio. Tal vez en el extranjero podrían empezar de nuevo, lejos de los horrores de la guerra que les había arrebatado todo. La sombra de Francia planeaba sobre sus cabezas en las conversaciones desmedradas y alicaídas de las sobremesas cuando, previamente, en la mesa, el pan apenas había hecho acto de presencia. Francia... era la salida más a mano, pero, aun así, se les antojaba inalcanzable desde la perspectiva de quien carece de recursos para iniciar en la nueva tierra una vida que parte de tabla rasa. ¿Bajo qué techo se cobijarían? ¿Dónde los emplearían? ¿Qué sal tomarían? Los pocos ahorros con los que contaban se los estaban comiendo allí, en las estrecheces patrias. Y eso les retenía, junto a la magra ayuda que les podía prestar Francisco Miranda. Mientras tanto, Eduardo salía todos los días a buscar trabajo, a hablar con conocidos, sin que sus gestiones dieran por el momento ningún fruto.

—... Así que, un buen día, sería el año treinta y ocho, aprovechó que me rugieron las tripas para mirarme con mucha seriedad y decirme que había llegado la hora de que vendiésemos el cuadro de Martín Pendragón. El que yo guardaba debajo de la cama, ya sabe. Sí, así mismo, igual que a usted, se me abrieron los ojos al escucharlo. «¿Cómo?», le respondí. «Verás, querida —comenzó a explicarme—, resulta que hace unos meses vino a la ciudad, desde París, un intelectual apasionado por el arte que me presentó tu padre: Eugenio d’Ors. A lo mejor te suena, escribe en el *Arriba*. Tenía una conversación realmente agradable, y una cultura vastísima. Se le notaba un tufillo falangista, pero desplegó un gran y muy fino sentido del humor. Sintió curiosidad cuando le conté que en mi juventud yo había pintado. “¿De veras?”. “Oh, sí, pero me casé y lo dejé. Nunca se me dio bien del todo”. Por eso, lo que verdaderamente le interesó fue enterarse de que había compartido aula con Martín Pendragón. “Claro que he oído hablar de él: en París su nombre ya suena. Es muy bueno, aunque algo agitado para mi gusto”. La cosa quedó allí, pero ahora Eugenio d’Ors ha sido nombrado, por el gobierno de Franco, secretario de una cosa que han llamado el Instituto de España, y que no es más que la unión de las distintas Academias, amén de jefe nacional

de Bellas Artes. El caso es que, desde su nueva posición, está promoviendo una iniciativa para impulsar la figura de pintores españoles contemporáneos sin vinculación política para, de alguna manera, lavar la cara del gobierno de Franco desde un punto de vista cultural..., ya sabes, bañarlo con una pátina de modernidad y de querencia por las artes. Me acordé de la buena opinión que le merecía Martín y me pareció que se trataba del candidato ideal para lo que se propone D'Ors. A fin de cuentas, él no se ha significado ideológicamente y, en cambio, la fama que se está labrando en los caballetes europeos les daría crédito a ellos si lo auspiciaran y apoyasen su labor. Lo estuve barruntando, y el otro día me puse en contacto con D'Ors para ofrecerle la pintura que tenemos. Mostró un gran interés cuando le enumeré las características del cuadro y me confirmó que les gustaría verlo, tasarlo y, llegado el caso, adquirirlo... y ya me adelantó que, si cumple los requisitos, por un precio no menor precisamente». A esas alturas de la explicación, como se imaginará, mi cara era todo un poema. Miraba a mi marido con la mandíbula desencajada, sin acabar de creérmelo. «¿Que tú pretendes vender un cuadro de Martín a los franquistas? Pero ¿te has vuelto loco? Esto es lo que me faltaba por oír... Ni lo sueñes, vamos, pues estaría bueno...». A lo que me respondió que se trataba de nuestra única opción: «Tenemos que marcharnos de aquí. Esto es insostenible. El país se desangra y nosotros nos morimos de hambre». Protesté, me deshice en imprecaciones, me desgañité hasta quedarme seca, creo recordar que hasta pataleé. «¿Acaso le has preguntado a Martín si le hace gracia que su cuadro lo compren los sublevados y lo tengan como rehén propagandístico? Di, ¿le has consultado?». No, pero tampoco hacía falta. Eso me espetó. Que lo que querría Martín, yo mejor que nadie lo sabía, era que estuviésemos bien y seguros, y que si había que sacrificar un cuadro por esa causa, que lo daría por bien pintado y empleado. Y entonces, como armamento pesado, para volverlas contra mí, el muy zorro sacó a desfilar al patíbulo mis propias palabras. «¿No te lo regaló tu padre para eso: para que nos sirviera de salvoconducto en caso de apuro? Pues ha llegado el momento, Blanca Luz. Esto es una emergencia. Salvo el cuadro, no tenemos nada». Me había acorralado, pero, ya a la desesperada, simplemente me negué: «Una y mil veces más, no. Me da igual lo que me digas o los argumentos que blandas. Es mi cuadro. Mío. Lo quiero, y lo quiero conmigo. No me voy a desprender de él. Es el único recuerdo que me queda de un

amigo. Uno que significó muchísimo para mí. Venderlo equivaldría a olvidar su importancia en mi vida, lo que fui y, por tanto, lo que soy. Y eso nunca. Antes me muero de hambre, fíjate bien lo que te digo». Yo echaba chispas por los ojos en aquel momento y, mientras lo decía, apuntando a Eduardo con el dedo, sentía que me ardía todo por dentro, como si me hubiesen puesto brasas debajo de la lengua y de la piel, que, por cierto, debía de estar tan roja como mi pelo de entonces. Eduardo tuvo que refrenarse aquel día para no saltar sobre mí. Tenía los puños apretados, furiosos, y la tez, blanca de la impotencia. Pero, vista mi oposición total y absoluta, no le quedó otro remedio, así que transigió. Y me ofreció un trato. «Está bien, me dijo, no venderemos ESE cuadro, si es lo que verdaderamente te preocupa. Conservamos la tabla. Pero déjame que pinte una copia. Se la venderemos como auténtica a D'Ors».

—¿Me está diciendo que Eduardo falsificó un cuadro de Martín?! — interrumpo, dando un salto en mi silla.

Blanca Luz sonrío ufana al ver mi completo estupor.

—Me quedé tan atónita como usted cuando me expuso sus intenciones. En realidad, era sencillo. Nadie salvo nosotros había visto esa pintura, de modo que no teníamos que temer que algún quisquilloso notara la más mínima diferencia. Por otro lado, al disponer de la obra original a su entera voluntad, Eduardo podría reproducirla con todo lujo de detalles, como si fuera un calco. Y no olvidemos que nadie mejor que él conocía el estilo de Martín Pendragón: habían aprendido a pintar juntos. Sabía de primera mano todos sus recursos, cómo movía el pincel, la forma en que mezclaba los colores e introducía la luz, sus vicios, los que ni siquiera un experto habría sido capaz de detectar y sobre los que, en cambio, mi padre le había aleccionado en su presencia cientos de veces en el estudio. En cierto modo, la propuesta de mi marido me hizo hasta gracia. En ella, había una especie de justicia poética. A fin de cuentas, ¿qué había sido toda la vida, sino una copia de Martín?

—¿Eso pensaba ya entonces? ¿Que Eduardo no era más que un sucedáneo?

—No lo sé. Puede que antaño no lo hubiese formulado de esa manera, pero supongo que sí lo intuía. El caso es que accedí. El plan era simple. Todo parecía cuadrar a la perfección. Así que supongo que por eso me confié.

—¿A qué se refiere?

Eduardo Izquierdo, después de tantos años, desempolvó sus pinceles. Le pidió a Blanca Luz el cuadro que llevaba más de una década celosamente guardado bajo su cama. Con él, se instaló en un cuartito para trastos que tenían en la casa y, en el plazo de dos semanas, se enfrascó en imitarlo. No lo reclamaba ninguna otra obligación, de modo que se dedicó en cuerpo y alma a aquella peculiar actividad pictórica. Su esposa apenas lo veía. Solo a la hora de la cena, cuando ella ponía en el plato lo poco que hubiese podido rapiñar aquel día en el mercado, él salía de su encierro y se sentaba a la mesa con un churrete bermejo punteándole la sien, o un florón amarillo verdeándole en un puño de la camisa blanca. Su mujer se reía de él:

—Hijo, parece que vienes de la guerra.

Precisamente, la guerra continuaba librándose allá afuera. Marcharse se hacía perentorio. Así que Eduardo prometía:

—En un par de días, lo acabo.

Y así fue. Cuando dio la última pincelada, le presentó el resultado a Blanca Luz, quien, durante todo el proceso, había preferido mantenerse al margen. Ver cobrar forma a aquel plagio del trabajo de Martín le producía la sensación de que, de alguna manera que no acertaba a explicar, estaban violando algo que era sagrado. O, al menos, trivializándolo. Pero, al final, no le quedó más opción que someterlo a escrutinio.

—Tiene que cotejarlo alguien que sea imparcial. Yo los veo iguales, pero soy juez y parte, y eso no nos sirve... —insistió el autor.

Blanca Luz tuvo que reconocer que su marido había ejecutado un trabajo notable. Para un profano, ambos cuadros resultarían prácticamente intercambiables. Si se contemplaban el uno al lado del otro, ciertamente el de Martín refulgía con una pulsión de la que carecía el de Eduardo. En comparación con el de aquel, el de este parecía mortecino, apagado. Y es que, tal y como se encargaría de reconocer la Historia, la forma en que Martín Pendragón pintaba la luz era, sencillamente, única. No obstante, tomadas por separado, la falsificación resultaba asaz convincente, así que Blanca Luz no objetó nada.

—En verdad te has esmerado —le premió.

—¿No crees que noten ninguna diferencia?

—Tendrían que ser unos lince.

De modo que Eduardo, dándose por satisfecho, resolvió que, al día

siguiente, llevaría la pintura a la cercana ciudad de Vitoria, donde había instalado su sede el Ministerio de Educación, del que dependía el Servicio de Bellas Artes, con el fin de entregarla. La original, después de la atención de que había sido objeto en las últimas semanas, regresó a su letargo bajo la cama. Eduardo partió muy temprano, cuando Blanca Luz aún dormía. Le rasgó la duermevela con un beso en la mejilla. A través de las pestañas, ella lo entrevió en la penumbra del umbral del dormitorio, impecablemente vestido, con el traje recién cepillado, su sombrero fedora y los guantes de gamuza. Uno de ellos, el izquierdo, aferraba el cuadro, embalado con pulcritud y arrimado al costado, guareciéndolo bajo el nido de la axila.

—Saldrá bien, suerte —le deseó ella soñolienta, al socaire de las sábanas y de un bostezo.

Cuando horas más tarde despertó, Blanca Luz tomó conciencia de que su marido estaría en esos momentos convirtiéndose en un estafador ante un gobierno militar y autoritario por obra y gracia de un cuadro de Martín. Sin duda, sus vidas habían tomado en los últimos tiempos un rumbo extraño. Le escamó tanto que no pudo sustraerse a la tentación de sacar otra vez la pintura, como una forma de cerciorarse de que aquella inverosimilitud estaba ocurriendo en realidad. Sobre la mesa del comedor, retiró con parsimonia la tela con la que ella misma había protegido el cuadro la noche anterior. Este surgió ante sus ojos, enarbolando sus colores. Los segundos previos a destaparlo, Blanca Luz había estado aguardando con ansia de drogadicto ese secreto e íntimo estremecimiento que siempre le había removido la entraña en las ocasiones en que se había atrevido a contemplarlo en soledad. Por eso se sorprendió al sentir una instintiva decepción cuando lo tuvo frente a ella. El sobrecogimiento que esperaba no llegó. Se quedó fría. Al principio, no lo quiso reconocer. Estaba dispuesta a perdonárselo todo a aquel cuadro. Le otorgaría el beneficio de la duda hasta el final. Con tal de que no la defraudara, se mentiría a sí misma si hacía falta. Sí, claro, el cuadro era el de siempre. Por supuesto que sí. Igual de hermoso, igual de brillante, igual de conmovedor, igual de... Tal vez el problema era suyo. A veces, el problema no se halla en los cuadros, sino en los ojos de quien los mira. Ellos permanecen, resisten al tiempo, mientras que las personas cambian, flaquean, se hacen peores y descreídas, se vacían, les fallan. Sí, desde luego. Sería eso. Se alejó de puntillas, para no tener que seguir preguntándose nada. Se enroló en minucias a fin de que transcurriese todo lo que restaba de jornada. Que era

mucho. De vez en cuando, al pasar por el comedor, no podía evitar lanzar miradas a hurtadillas al cuadro, que seguía pareciendo ausente de sí mismo. Un cuadro con un mal día. Le faltaba algo. ¿De qué se trataba? Finalmente, cuando la tarde ya estaba bien entrada, Blanca Luz no pudo más. Se lo echó a la cara. Lo acució con la mirada. ¿Qué tienes? ¿Dónde te duele? ¿Y a mí? ¿Por qué estás...? Apagado. El pulso le tembló. Dio la vuelta a la tabla. La luz siempre es blanca. *La lumière c'est toujours blanc*. Ya no. No en ese cuadro. Ese cuadro en el que ya no había título, bautismo de la letra picuda y amontonada de Martín. Pero no porque lo hubiera hecho desaparecer la piedra pómez con la que ella lo había frotado (no había raspadura), sino porque jamás había estado. Esa que sostenía entre las manos era la falsificación. El imbécil de Eduardo se había llevado el original. Blanca Luz aulló. Y lo tiró al suelo con tanta fuerza que el cuadro se partió por la mitad.

—¿Se equivocó?!

Blanca Luz suspira.

—Eso es lo que preferí creer hasta que regresó. En esas horas angustiosas, me repetía una y otra vez que el muy estúpido se había confundido, y había cogido el que no era. Resultaba igual de doloroso, pero, al menos, me ahorraba el suplicio de pensar que mi marido me había traicionado. Es que era venírseme la sola idea a la mente, y..., y sentir que me clavaban unas agujas debajo de las uñas. Pero, en el fondo, yo sabía que había dado el cambiazo a propósito. El muy cobarde había preferido burlarme a mí antes que al gobierno de Franco. En caso de que llegase a descubrirlo, y por muy furiosa que me pusiese, las represalias que yo podía tomar le asustaban menos que las del régimen. Así me lo confirmaría más tarde, cuando volvió a casa, ya sin el cuadro: «Pero, Blanca Luz, entra en razón, era mi deber hacerlo. ¿No ves que si se hubiesen dado cuenta no lo habríamos contado? No solo yo. Tú tampoco. Tenía que protegernos, ha sido por nuestro bien... únicamente una mentira piadosa». Creo recordar que le lancé un plato a la cabeza. Lo agarré de las solapas, lloré contra ellas, le propiné puñetazos, lo zarandeeé, le di varias bofetadas. Y le dije que para mí estaba muerto. Pero no sirvió de nada. El mal ya estaba hecho.

—El cuadro, vendido...

—Y, en el bolsillo, el dinero que le pagaron por él. Una cantidad más que suficiente para que nos marchásemos a Francia. Yo me negué, por supuesto. No quería ni oír hablar de irme con Eduardo ni a la vuelta de la esquina. «Vete tú, yo me quedo». Era la excusa para perderlo de vista para siempre. Pero él porfió, la guerra estrechaba el cerco y, en esos tristes días, me quedé completamente sola.

—¿Por qué?

—Coincidió con que mi padre murió justo entonces.

—¿Don Francisco? Vaya, lo siento mucho.

—El pésame llega con más de cuarenta años de retraso, pero gracias de todos modos.

Blanca Luz me mira con sorna. Yo me pongo roja.

—Bueno, entiéndame, para mí es como si acabase de... En fin, ¿qué le pasó?

—Padecía problemas respiratorios; tenía los pulmones enfermos y débiles y, al final, sufrió complicaciones... Pero, en el fondo, yo creo que se dejó morir un poco. De tristeza. Mi padre no llegó a superar lo de la guerra. No asimiló jamás eso de que el país se hubiera puesto de acuerdo para matarse. Sobre todo, por el contraste de lo que había vivido justo antes. Para una persona de su edad fue un cambio excesivamente brusco y la comparación, demasiado odiosa.

—¿Se refiere respecto a la República?

—Sí. No es que a mi padre le importase mucho la política, y no estaba especialmente encariñado con la idea del republicanismo. El rey Alfonso y Primo de Rivera nunca le habían molestado. Monarquía o república, el régimen que hubiera instaurado le resultaba bastante indiferente. Y, sin embargo, yo jamás vi a mi padre tan ilusionado como en esos escasos cuatro años. En el 31 se enteró de que a un antiguo profesor suyo del Ateneo de Madrid, un tal Manuel Bartolomé Cossío, que era historiador del arte, lo habían nombrado presidente de un nuevo proyecto educativo puesto en marcha por el Gobierno: las misiones pedagógicas. Con ellas querían llevar la cultura a los pueblos más recónditos de España para instruir a la gente y tratar de reducir el analfabetismo. Necesitaban profesores, artistas, incluso estudiantes, que se prestaran a desplazarse a las aldeas elegidas para acercar a la población una biblioteca ambulante, coros, teatro, cine. También estaba contemplando otorgarle su espacio al arte mediante un museo circulante. La

idea consistía en mostrar copias de obras del Museo del Prado, de la Academia de San Fernando o grabados de Goya, y luego explicarlos de una forma que resultase sencilla y comprensible para todo el mundo. A mi padre le entusiasmó el proyecto y se ofreció para convertirse en uno de estos misioneros pedagógicos. Habría tenido que verlo, con más de cincuenta y cinco años, recorriéndose toda la región en cuanto se lo pedían, con una energía desbordante, que le venía dada por creer ciegamente en el valor de lo que estaban haciendo. No había lugar para la palabra fatiga cuando se trataba de subirse a ese camión traqueteante, en el que yo más de una vez pensé que se iba a matar, cargado hasta los topes con las reproducciones de las obras, a tamaño casi natural, y no se lo pierda... ¡Con un viejo episcopio con el que proyectaba diapositivas! Vamos, todo un cuadro, nunca mejor dicho. Llegaba a la aldehuela de turno, que solía estar de fiesta o en feria, se encargaba él mismo de acondicionar el local donde se iban a exponer las pinturas y, una vez arreglado, ¡hala!, se tiraba una semana disertando sobre arte, en su salsa, como un niño con zapatos nuevos. Por las noches hacía las proyecciones luminosas, con diapositivas de Velázquez, de Rubens, de Fra Angélico, de Van Dyck, de Van Gogh... Siempre en salas humildes, que muchas veces no disponían de electricidad, por lo que tenían que usar generadores de gasolina. Pero, precisamente por eso, él contaba que cuando estas imágenes maravillosas irrumpían de pronto, como un fogonazo, en la oscuridad de esos pueblos perdidos, parecía cosa de magia. Una especie de milagro en la tierra. A la salida de la sesión regalaban a los asistentes fotografías de las obras que habían enseñado, y decía que había personas que guardaban esas fototipias y huecograbados junto a las estampas de santos que llevaban en los monederos, como si esos cuadros que acababan de contemplar, por primera y seguramente última vez, fuesen para ellos algo sagrado. Y eso a mi padre se lo compensaba todo. Las incomodidades de los viajes, el tener que aparcar momentáneamente su vida..., todo. Siempre regresaba feliz, rejuvenecido, con los ojos radiantes y una sonrisa que no se le borraba en los siguientes quince días. Y no se quedaba en eso su actividad, sino que ¡incluso volvió a pintar! No en serio, pero, en una ocasión, uno de sus colegas de las misiones pretendía representar una obra de teatro y, la noche de antes, cayó tal tormenta que el agua entró en tromba al camión donde guardaban los decorados y estos quedaron totalmente inservibles. Para ayudarles en semejante apuro, a mi padre no se le ocurrió otra cosa que pintar el paisaje y

el mobiliario en unas telas enormes que consiguieron en el pueblo. Quedó tan realista y tan original que, luego, el mismísimo alcalde pidió que les regalasen las telas para conservarlas. Esto animó tanto a mi padre que, a partir de entonces, siempre que podía, aprovechaba para pintar decorados, y así él también colaboraba con su granito de arena en la difusión del teatro.

»Además, influido por sus compañeros de las misiones pedagógicas, que estaban muy vinculados a la Institución Libre de Enseñanza, comenzó a leer textos de un filósofo llamado Krause, que tenía mucho predicamento entre ciertos profesores, y él también incorporó algunos de estos métodos a su sistema pedagógico. En primer lugar, amplió el cupo de gente que podía estudiar en la academia. Siempre había sido fiel a la idea de admitir a un círculo muy reducido de alumnos, para poder proporcionarles una educación selecta y apadrinarlos en condiciones. Pero, de pronto, se sintió con fuerzas para atender a muchos más jóvenes. Cuantos más, mejor. Nació en él el convencimiento de que tenía que esforzarse para llegar a las capas más modestas, con el fin de brindarles la oportunidad que la vida les había negado, como algo que él le debía a la sociedad, porque era su deber mejorarla. Y el caso es que no solo abrió las puertas de la academia, sino que también se abrió al mundo. Esta filosofía del krausismo propugnaba que había que beber de la realidad para aprender, así que abandonó las aulas cerradas de la calle Campana y comenzó a salir con sus alumnos al campo, de excursión, siempre que el tiempo se lo permitía, como cuando era joven, para que pudieran pintar al aire libre, tomando conciencia de lo que tenían alrededor, de la anchura del universo, con el fin de que su pintura se enriqueciera con todo lo que ofrecía en esos momentos la naturaleza. De sus estancias en el campo, se le bronceó la piel, se le fortalecieron las piernas... Desprendía un aire saludable y vigoroso como no había tenido ni una década antes. Puede decirse que, en esos años, mi padre alcanzó una plenitud física y mental. Inesperadamente, la vida le regaló un florecimiento con el que nadie sueña cuando está encarando la vejez. Supongo que él decidió ser generoso y por eso la vida decidió ser generosa con él. A veces sí se imparte esa rara justicia.

»Y por eso mi padre apreciaba la República. Porque la asociaba con una etapa hermosa. No es que el nuevo régimen fuese su causa, pero sí había alumbrado las condiciones que la hicieron posible. Y estaba agradecido por eso. Aunque, por supuesto, era consciente de que no estábamos viviendo un

plácido camino de rosas. Muchas veces leía cosas en el periódico que le hacían saltar de indignación y que le ensombrecían el semblante con malos augurios. A fin de cuentas, él siempre fue un moderado, y era consciente de que la República había motivado que se radicalizasen las posturas y que la situación política se tornase convulsa e inestable, con todos esos levantamientos anarquistas y las provocaciones violentas a la Iglesia, que recrudecían el odio de los conservadores... Veía el peligro que entrañaba, y se temía que no fuese más que una excelente idea en la teoría y un completo desastre cuando se sacaba del papel al mundo crudo de la práctica. Y en efecto, en la práctica se convirtió en un infierno. Y mi padre lo acusó más que nadie. Íntimamente.

—¿Por qué?

—Porque ocurrió algo terrible. Al poco de empezar la guerra, unos militares del bando sublevado se presentaron en la calle Campana, mientras él estaba dando su clase. Cuando llamaron, fue a abrir la puerta, confiado, y, para su sorpresa, lo apartaron de un empellón, entraron en casa como una exhalación, se dirigieron a la sala donde estaban practicando los aprendices, cogieron a uno de ellos y lo sacaron a rastras, en un abrir y cerrar de ojos. Nadie pudo hacer nada. Se lo llevaron, mientras el chico pataleaba y se debatía. Su resistencia fue inútil. Eran tres e iban armados. Mi padre salió corriendo detrás de ellos, aunque ni siquiera se imaginaba qué pretendían hacer con el muchacho, que no había cumplido ni los veinte años. Era más joven de lo que lo eran Martín, Chema o Eduardo cuando estudiaban en la academia. Al llegar a la tapia de San Nicolás, lo acribillaron a tiros. Sin un juicio. Sin un motivo. Sin misericordia. ¿Cuál era el delito? Que era hijo de un rojo. A su familia la habían fusilado dos horas antes, justo cuando él ya había salido de su casa para asistir a las clases. Una muchacha del servicio confesó dónde estaba, y no se les puso nada por delante a la hora de ir a buscarlo y descerrajarle una buena porción de plomo entre pecho y espalda. Mi padre se enfrentó con ellos, les exigió una explicación y amenazó con denunciarlos. Lo que recibió fue un guantazo que le ensangrentó toda la boca y la advertencia de que no dijera una palabra más si no quería correr la misma suerte. Al día siguiente clausuraron la academia, alegando que era un nido de disidentes y que allí se maleaba a la juventud. Mi padre se habría negado y habría defendido la pervivencia de la academia con su vida, si no hubiese sabido que con su oposición tan solo conseguía arriesgar la de sus alumnos.

Con aquella muerte que había presenciado ya tenía más que suficiente, de modo que acató las órdenes. Cerró la academia, después de haberla llevado a su esplendor. La obra de la que se sentía más orgulloso, aniquilada. Por supuesto, las misiones pedagógicas se disolvieron. Así pues, a mi padre no le quedó nada.

»La guerra le arrebató todo aquello por lo que había luchado. Aún conservó la esperanza durante algún tiempo, pensando que, cuando terminara la contienda, tal vez las cosas volverían a la normalidad, que podría reabrir la academia, que los jóvenes regresarían a las aulas. Esperó sin cuartel, sin desfallecer ni un momento, aferrado a esa ilusión. Pero, poco a poco, se fue dando cuenta de que su esperanza no tenía fundamento. Nada podría volver a ser como antes, al menos durante mucho mucho tiempo. La guerra había marcado una brecha demasiado grande, y el escenario desnudo que quedaría no tenía nada que ver con ese otro en el que él había vivido hasta entonces y que había sido arrasado hasta los cimientos. Ya nadie tenía ganas de pintar. Solo querían comer, sobrevivir. Él no se acostumbró a vivir en el nuevo mundo. Con todos los progresos que había traído el siglo XX, todas sus comodidades y sus avances tecnológicos, había llegado a creer que la civilización solo podía marchar hacia delante, que todo indefectiblemente sería para mejor... Y, de pronto, aquello... Se percató de que no había entendido nada del mecanismo de la historia ni del ser humano. Y cuanto más alto has llegado, más estrepitosa es la caída y más lejos salpica. Así fue la caída de mi padre. Eso lo mató. Y, sin él, yo me quedé muy sola.

—¿Y su hermana Sofía?

—Se había casado. Con un hombre del bando nacional. ¿Sabe que antes de eso Chema llegó a cortejarla? Ese bobo le llevaba flores frescas todos los días, pero ella no le hacía ni caso. Se prometió en cambio con el tal Ramiro, un hombre adusto y aburrido, aunque creo que no malo del todo. Poco a poco dejé de verla y, cuando empezó la guerra, se mudó con su marido a Madrid, donde tuvieron dos hijos, y, por increíble que parezca, perdimos el contacto casi por entero. Son horribles, y también inesperadas, las consecuencias de una guerra. Lo desbarata todo, pocas cosas de las que tenías cuando empezó se mantienen en pie para cuando acaba. En esa época, dejé de seguirle la pista a todos los que eran mi mundo. Familia, amigos... Con Chema, por ejemplo, las visitas se fueron espaciando, hasta el punto de que podían pasar meses sin

que nos reuniéramos, y cuanto menos nos veíamos, menos nos apetecía; hasta que nos rendimos a la evidencia de que, aparte del pasado, ya no compartíamos nada. Después de la guerra le escribí una carta para saber cómo estaba y no me contestó. Al parecer, ya no vivía en esa dirección. He de reconocer que no lo intenté más. La gente puede evaporarse de nuestra vida con más facilidad de la que cabría suponer... Eso aprendí yo en aquellos días, a base de perderlos a todos. Y he de reconocerle que descubrirlo me asustó. Mucho. Tanto que acabé marchándome con Eduardo. Simplemente por sentir que conservaba un lazo que me unía a alguien. Aunque lo odiase.

Así que, pocos días después, gracias a la intermediación de unos contactos que les facilitaron dos asientos en un camión bamboleante que cruzó la frontera por Hendaya en una noche lluviosa y sin luna, el matrimonio Izquierdo se hallaba afincado en Bayona. Encontraron una casa minúscula pero pulcra en la que Blanca Luz, sumida en la apatía y la tristeza, se encerró bajo siete llaves. Eduardo, por su parte, se enteró de que un comerciante de la ciudad, Stéphane Giron, quería retirarse tras treinta años de oficio en un colmado. Le afligía la desgracia de no dar con un comprador a quien traspasar un negocio de tanta solera, y Eduardo decidió visitarlo con el fin de sopesar si ellos podían ser las personas adecuadas para recoger aquel testigo. Obligó a Blanca Luz a que lo acompañara, preocupado por el aspecto y el ánimo enfermizo que mostraba, y confiado en que aquella perspectiva de futuro la alentase. Al llegar a la tienda, comprobaron que se trataba poco menos que de una covacha que hacía siglos que no se ventilaba, como atestiguaba el acerado hedor a humedad, a rancio y a queso, atestada de los más desaparejados cachivaches y fruslerías del Pleistoceno, arracimados en los anaqueles, rinconeras y burós que abigarraban con su anarquía y apretura el local penumbroso. El regidor de este lóbrego bazar de morralla estratificada era un hombrecillo giboso, que escrutaba el mundo sobre el filo de sus lentes de media luna montados en carey. Nariz aguileña, mentón anguloso trufado con cuatro cerdas de cepillo encanecido, y una boca que era poco más que un orificio, con la que bisbiseaba al hablar. Sus ojos azules y acuosos se alegraron al verlos franquear el umbral, anunciados por el tintineo de una zampona que colgaba en la puerta. Al internarse en las estrecheces del local,

Blanca Luz tropezó con un escabel deshilachado sobre el que se apilaban unas cajas de puros. En aquel ultramarinos convivían, al parecer sin desentonar ni tirarse de los pelos, los alimentos (desde embutidos a pasteles, pasando por latas de conservas y frutas pochadas) con los artículos de mercería, prendas de vestir deslavazadas, algunas piezas de chatarrero, unos pocos juguetes y un expositor dedicado a las antigüedades, que contenía unos cuantos sellos de dudoso valor y un rimerero de libros escritos en sánscrito, arameo, latín, griego y esperanto, aquejados de oprobiosas manchas de moho. La visión de semejante cueva de Alí Babá descorazonó por completo a Blanca Luz, que comenzó a lamentar haber acudido. Habían ido allí a perder el tiempo. Eduardo sabía francés, así que había trabado una animada conversación con Stéphane Giron. Este parecía estar suministrándole cumplidas explicaciones, con pomposos gestos que abarcaban todo el local. Eduardo le escuchaba atento y cabeceaba de vez en cuando, intercalando palabras que Blanca Luz no entendía. Por eso se limitaba a mantener una sonrisa postiza en la cara, fingiendo que seguía allí. Una carcajada de Stéphane Giron la raptó de su ensimismamiento. Al parecer, su marido acababa de decir algo muy divertido. ¿De qué se reían aquellos dos?

—*Bon. Alors, nous sommes d'accord.*

Un momento. ¿Qué hacían? ¿Por qué se estrechaban calurosa y cordialmente las manos? ¿Por qué el rostro de Stéphane Giron resplandecía? ¿Por qué el de Eduardo se mostraba tan ufano? ¿Por qué parecían dos personas satisfechas que acababan de cerrar un negocio? Blanca Luz le dirigió a Eduardo una mirada perentoria. Exigía una explicación a esa desconcertante estampa de la que la habían excluido. Eduardo afianzó una sonrisa cortés, llena de dientes nacarados, y se despidió de Stéphane Giron, que le tributó a Blanca Luz una respetuosa y afable inclinación de cabeza mientras el matrimonio abandonaba la tienda. Una vez fuera, Eduardo posó una mano en la cintura de Blanca Luz para acompasar su paso al de ella.

—¿Podrías aclararme qué ha ocurrido?

—Pues que *monsieur* Giron y yo nos hemos puesto de acuerdo.

—Sobre qué —inquirió Blanca Luz, al tiempo que palidecía.

—Pues sobre qué va a ser. Sobre el precio y las condiciones en las que nos vende la tienda.

—¿¿Cómo?? Pero ¿tú te has vuelto loco?

Blanca Luz se paró en seco, en mitad de la calle, sobrepasada por el

anonadamiento y aniquilando a Eduardo con la mirada. Él la observaba con decorosa calma.

—Baja la voz.

—¿Que baje la voz? Pero... ¿cómo has podido acceder a semejante trato?

—Si todavía no sabes las condiciones... Es una bicoca, Blanca Luz. Sería un estúpido si me hubiese negado. No podíamos haber encontrado una inversión más ventajosa ni en nuestros mejores sueños. De verdad, confía en mí. Sé de lo que hablo.

—Pero ¿tú y yo hemos estado en la misma tienda? ¡Era una cochambre repugnante!

—Blanca Luz..., eso tiene arreglo. Lo importante es su excelente ubicación y que tiene una clientela fija y fiel. No te preocupes, que me he informado al respecto. Además, se me han ocurrido unas cuantas mejoras que podemos introducir con muy poco coste y que multiplicarán los beneficios. No te quedes en la superficie.

Ella se rio desdeñosamente.

—¿En la superficie dices? Pero, por Dios bendito, si eso está podrido hasta las raíces. Te han engañado, Eduardo, y tú te has dejado como un completo mentec...

—¡Eh! —la interrumpió él con una severa mirada de advertencia—. ¡Alto ahí, Blanca Luz! No te pases ni un pelo. Ya has expresado tu opinión, yo la he escuchado, pero creo que no hace falta recordarte que aquí el que lleva dedicado a los negocios desde los veinte años soy yo. Que yo sepa, tu experiencia en ese ámbito es bastante... limitada. Así pues, deja que me encargue. Sé lo que me hago.

Blanca Luz lo miró con toda la frialdad del mundo.

—¿Y hace falta que yo te recuerde de dónde procede el dinero con el que vas a comprar ese tenducho? ¿Para esto va a servir la pérdida del cuadro de Martín?

Las últimas palabras ya las había dicho chillando. Eduardo se quedó inmóvil, con el rostro pétreo. Algunos viandantes se volvieron a mirarlos.

—Sssh, Blanca Luz. Baja la voz. Acabamos de llegar a esta ciudad y pretendo abrir un negocio en ella. No nos conviene armar escándalos.

—¿Ah, sí? Pues a mí no me conviene hacer lo que a ti te dé la santa gana.

Ambos se miraron desafiantes, justo antes de que ella abriese la boca y comenzase a gritar a todo el que quisiese escucharla (y al que no, también):

—¡Este hombre es un tirano!! ¡Este hombre es un tirano!! ¡Cuidado con él!! ¡Es un tirano!!

El español de los bayoneses que pasaban por allí no era lo suficientemente depurado como para entender nada, salvo que aquella mujer estaba brindando un espectáculo tan colosal como inquietante. Eduardo la miraba horrorizado mientras ella se descomponía en alaridos.

—¡Este hombre es un tirano!! ¡Este hombre es...!!

El tirano le tapó la boca, la agarró del brazo y, prácticamente a rastras, la condujo de vuelta a casa. Una vez allí, la empujó sobre el sofá y le dijo que muy bien, que ella lo había querido, que si no estaba dispuesta a colaborar, se quedaría recluida entre aquellas cuatro paredes, que lo haría todo él solo. Y que, por si había quedado alguna duda, ese todo incluía comprar el negocio, le gustase o no.

—Está visto que tengo que protegerte de ti misma.

A Blanca Luz no le quedó otro consuelo que el de llorar hasta caer rendida.

Sus lágrimas, desde luego, no fueron óbice para que Eduardo comenzara a regentar la tienda de comestibles. La aireó, frotó con estropajo el suelo y las paredes, la iluminó, la atildó con un toque de modernidad gracias a una serie de espejos que daban una engañosa pero eficaz sensación de amplitud y comenzó a ofrecer productos frescos que hacían las delicias del paladar con solo mirarlos. De la caverna pestilente y tenebrosa que había heredado no quedó ni el recuerdo y su establecimiento se convirtió en uno de los más reputados y atractivos de toda la ciudad. Efectivamente, la política de Eduardo para los negocios se había demostrado sagaz y acertada. Pero la que había impuesto en su propio hogar, no tanto. Blanca Luz se escapó de casa, poco tiempo después, sin una despedida y para no volver.

Llegó a París por la mañana, bien temprano, y, valiéndose del poco francés que había aprendido en aquel tiempo, consiguió que la guiasen para poner rumbo al barrio de Montparnasse. Este era el nombre que, recordaba, aparecía en el remite de la última carta que había recibido de parte de Martín, hacía ya unos cuantos años: esa en la que le había dicho que una persona desnuda solo es un niño con los genitales un poco más grandes. En el fondo, no entendía para qué demonios estaba caminando hacia su guarida, un paso detrás de otro. ¿Qué estaba buscando, después de tanto tiempo? ¿Qué pretendía yendo a su encuentro? ¿Qué heridas estaba dispuesta a abrir? ¿Qué recuerdos se proponía remover? Le daba miedo lo que estaba haciendo. Le daba miedo ver

a Martín. Pero le daba el mismo miedo no verlo. Si se encontraban, podían pasar dos cosas: o que ella se abrazara a su cuello y ya no fuera capaz de soltarse, o que su visión le fuera indiferente, que no le doliera como cuando se despidieron en la estación de la vieja ciudad del norte, la última vez que se vieron, diecinueve años atrás. Tal vez fuese él quien no la quisiese ni ver. «Lo siento. Eres una extraña. Ya no te necesito en mi vida». Quizá la acompañase a la estación de regreso, por cortesía, pero también para asegurarse de que se iba y bien lejos. La historia se repetiría entonces a la inversa: en esa ocasión, él se quedaría en el andén, mientras ella se sumergía en la distancia, mirándolo desde el otro lado de los cristales de un tren. O, tal vez no. Quizá ahora, en una estación de París, pudieran enmendar aquella escena irredenta. Puede que ella se subiera al vagón, con el alma nuevamente partida, y entonces él, de pronto, comprendiese y la llamara, ella se volviera con los ojos empañados e interrogantes, y él le dijese sonriendo: «Qué diantre, compro un billete y me voy contigo, y así podemos seguir hablando todo el viaje, y luego llegamos a casa, a nuestra vieja ciudad del norte, y paseamos y seguimos hablando, toda la noche si hace falta».

Por eso sus pies seguían adelante, impelidos por una fuerza ciega que se imponía a su propia voluntad. ¿O acaso era su sola voluntad disfrazada ante sus ojos de otra cosa? Prefería no saberlo. Cuando se quiso dar cuenta, había llegado a la calle de Martín Pendragón. Aunque ni siquiera sabía si seguiría viviendo allí... La recorrió de abajo arriba. De arriba abajo. Y ya iba a apostarse en el portal cuando, de pronto, apareció él. Sin más excusas. Como si hubieran acordado previamente que se reunirían en aquel punto. Así de sencillo. Solo él. Casi dos décadas después. Parecía un poco más cargado de hombros y, quizá, tenía la frente más ancha, pero, en cualquier caso, allí estaba, acercándose despreocupado y con aire distraído por aquella rúa angosta de Montparnasse, hasta que de repente se detuvo, frunció el ceño y entrecerró los ojos como un vigía que hubiera divisado un espejismo y quisiera asegurarse de su irrealidad antes de que la razón lo desechara. La había divisado a ella. Y no podía creerlo. La sorpresa se dibujó en su rostro: en la mandíbula, en las aletas de la nariz, en las pupilas.

—¡Blanca Luz!

Y ella no pudo soportarlo. La invadió el pánico. No se sentía capaz de enfrentarse a Martín. Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Había llegado demasiado lejos en aquel juego de hacerse la contradiza. La única

salida que se abría ante ella consistía en huir. Y, ni corta ni perezosa, echó a correr. Calle adelante. Lo más rápido posible. Cuanto le permitían las piernas. Las suelas de sus zapatos resonaron estruendosamente por toda la calzada. El sol comenzaba a colorear las paredes de las casas soñolientas. Un reguero de agua discurría por la acera después de que una portera hubiera salido a la calle a verter el contenido de un cubo. Blanca Luz lo esquivó para no resbalar y, al hacerlo, giró levemente la cabeza. Lo suficiente para darse cuenta de que Martín corría tras ella. ¡¿Qué diablos?! Había permanecido un minuto parado, indeciso, desconcertado. Por la aparición y por su reacción. Pero, finalmente, había salido en su persecución. Las zancadas de los dos maltrataban el pavimento y el silencio matutino de París. A Blanca Luz le habían bastado aquellos momentos de duda de Martín para sacarle varios centenares de metros de ventaja. Enseguida llegó a la embocadura del bulevar Saint-Michel. Y lo enfiló dispuesta a correrlo entero si era preciso. Apenas había transeúntes a esa hora. Un quiosquero ya se había parapetado tras sus rimeros de periódicos y sus chocolatinas. Algún coche rodaba airoso por la carretera. Y dos locos corrían, el uno detrás del otro. Blanca Luz sin saber hacia dónde. Martín sin saber por qué. ¿Por qué la seguía? Era ella la que había aparecido sin que nadie la hubiera llamado. Ella la que pretendía desaparecer. Y, sin embargo, allí estaba. Embalado en una carrera cuya meta no le habían revelado. Empeñado en alcanzarla sin saber cuál era el premio. Corrieron y corrieron, mientras los minutos corrían también. A la altura del jardín del Luxemburgo, Martín comenzó a notar que el aire le apuñalaba el esternón. Le lanzó una estocada tan fuerte y aguda que, sin poder remediarlo, hubo de detenerse y doblar el torso para recuperar el aliento, con unas cuantas toses. Tenía un palmo de lengua fuera y le dolía respirar. Las sienas le latían, a punto de estallarle, y la cabeza se le había llenado de agujas, que se le clavaban detrás de la frente y bajo el cuero cabelludo. Maldita Blanca Luz. Loca. Loca de atar. Y él más, por correr en pos de ella. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Ahí. Unos quinientos metros por delante. También había aprovechado para hacer un alto. ¿Se estaría burlando de él la condenada? El sol seguía escalando por el firmamento. Los comercios empezaban a abrir las puertas. El aire olía a mañana fresca. Las mesas de un café se iban ocupando con comensales muy dispuestos a desayunar. Martín, de buena gana, se habría sentado con ellos para tomar un café bien cargado, un cruasán, y olvidarse de aquel perturbador incidente. Pero el caso..., el caso era que la muy

desgraciada se iba a salir con la suya. Se le iba a escapar. Y él se quedaría con varias preguntas sin respuesta provocándole migrañas y unas cuantas noches de insomnio. Salía más a cuenta un poco de flato matutino. Oh, qué diantres... Reanudó la carrera. Fijó la vista al frente hasta que distinguió la mota que se perfilaba delante de él. La distancia entre los dos se mantenía constante, no había disminuido. Ella no se había quedado a esperarle.

Un caballero que paseaba con el periódico debajo del brazo se lo quedó mirando al pasar, con extrañeza y un atisbo de sospecha. Lo que le faltaba. Que los transeúntes, o incluso los gendarmes, lo detuvieran en la creencia de que era un maníaco persiguiendo a una dama indefensa. ¡Indefensa! «¡Ja!», les diría, «esa dama sabe muy bien cómo partirle el corazón a un hombre. Es toda la defensa que necesita. Guárdense de ella».

Pensar aquellas tonterías le hacía olvidar el implacable agotamiento físico y seguir corriendo, aunque ya llevaban veinte minutos haciéndolo. Al fondo, se columbraba el río. El chapitel de la Santa Capilla se erguía con donaire madrugador en el horizonte. El frío de las horas tempranas le cuajaba a Martín el sudor sobre la piel. Imperceptiblemente, durante los últimos minutos, él había ido recortando la distancia que le separaba de su fugitiva. A fin de cuentas, tenía las piernas más largas. El cansancio también había hecho mella en Blanca Luz. De hecho, la tenía ya muy cerca. Si alargaba un poco más los pasos, si no flaqueaba en el último momento... Sí, tenía posibilidades muy reales de darle alcance. Ambos cruzaron, uno detrás de otro, el Quai des Grands-Augustins, y al llegar al puente de Saint Michel, Martín aceleró el ritmo con sus últimas fuerzas. Ya la tenía, ya la tenía... Tanto, que se la llevó por delante. Blanca Luz se había parado de repente, en seco. Martín no tuvo tiempo de imitarla y la arrolló. Los dos se cayeron al suelo, en medio del puente. El Sena fluía mansamente por debajo, ajeno a sus mamarrachadas. Notre Dame se desperezaba a su derecha, asistiendo con su ojo central recién abierto, rosetón entre curioso y desdeñoso, a aquel espectáculo circense con el que le habían amenizado el despertar. Martín y Blanca Luz se quedaron unos instantes tirados, desparramados, con las piernas enredadas. Martín fue el primero en levantarse. Se sacudió los faldones de la chaqueta, las rodilleras del pantalón y le tendió una mano a Blanca Luz, que se había roto una media. Ella se la tomó. No se habían tocado en diecinueve años. Una vez estuvo en pie, miró a Martín y le espetó:

—¡Martín! ¡No te había visto! ¡Qué sorpresa haberme tropezado contigo!

Ya lo dice el refrán, que arrieros somos, y en el camino nos encontraremos... Y que digo yo... que sienta bien un poco de ejercicio nada más empezar el día, ¿no? Y, mira por dónde, he vuelto a cruzar yo el puente antes que tú. Ya en nuestra vieja ciudad del norte te ganaba todas las carreras. Así que a ver si entrenas un poco más, ¿eh?

Martín la contempló de hito en hito. Ella le sostuvo la mirada. Sin vergüenza ninguna. Y entonces él empezó a reírse con todo el cuerpo. Blanca Luz esbozó una sonrisa traviesa antes de comenzar a reír también. Y así se quedaron. Los dos parados en mitad de un puente de París, riéndose juntos, muy fuerte y muy alto, hasta que les dolieron las costillas.

Blanca Luz se inclinó sobre uno de los lienzos. Lo contempló con detenimiento.

—Este me gusta —proclamó.

Martín sonrió a su espalda.

—Me alegro.

Siguieron paseando entre los distintos cuadros que se amontonaban en rincones inverosímiles del taller abuhardillado en el que vivía y trabajaba Martín Pendragón, un ático de ladrillo visto, diáfano, sin apenas mobiliario, a excepción de una estantería endeble en la que se apretujaban útiles de pintura, un camastro y una cortina de ducha perfilada tras la puerta del baño que se entornaba al fondo del pasillo. El techo estaba perforado por una claraboya que dejaba ver el tapiz de los tejados de París y que franqueaba la entrada a un chorro de luz cargada de polvo que constituía todo el patrimonio que poseía Martín: la luminosidad de esa casa era la que le permitía pintar sus obras. Las iba mostrando, como un cicerone descubriendo las maravillas del Parnaso. Sin lograr disimular su orgullo. Blanca Luz atendía sus explicaciones con entusiasmo.

—Es fascinante. No sabes la de veces que he tratado de imaginar cómo sería este sitio.

—¿En serio? —preguntó Martín, parándose de repente.

—Sí...

Al admitirlo, Blanca Luz bajó los ojos y se ruborizó ante la mirada de él. Martín se cruzó de brazos y, con un tono burlón, se aprovechó de la confesión para decir:

—Conque sí, ¿eh? ¿He de suponer entonces que piensas mucho en mí?

Blanca Luz reaccionó en el acto, como si le hubieran pinchado la nalga con una aguja.

—Oye, oye, guapito, no te apresures en sacar conclusiones. No cebes más a tu vanidad, o reventará.

—¡Ja! ¡No te hagas la ofendida! Eres tú la que ha reconocido que pierde el tiempo en representarse el estudio de un pobre artista ególatra como yo.

Blanca Luz le sacó la lengua, pero no pudo reprimir la sonrisa.

—Es que juegas con ventaja... Todo ese misterio de la bohemia parisina... Es normal que nos intrigue a los rancios burgueses. Pero no te tomes mi interés como algo personal.

—Oh, claro, por supuesto. Prometo no volver a caer en el mismo error, *madame* —se mofó Martín, cogiéndole la mano para besársela como un siervo arrepentido.

—Bueno, ¿y es verdad todo lo que cuentan?

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué va a ser? Sobre vuestra depravada existencia, llena de vicio y libertinaje. De todos es sabido que los artistas sois unos degenerados.

Martín soltó una carcajada.

—¡Por supuesto que no es cierto!

Blanca Luz enarcó una ceja, sin abandonar una sonrisa escéptica. Martín se acercó risueño hacia ella, le apartó un mechón de pelo, se aproximó a su oído y le susurró:

—Es peor.

Blanca Luz, socarrona, se volvió para mirarlo y, afectando un aire de dignidad, dio un manotazo delante de sus narices con el que quiso decirle: «Marrullero»; y se alejó hacia el cuadro más próximo.

—Ese es de los primeros que pinté. Es un estudio preparatorio de aquel que te mandé por correo desde Madrid como un regalo de cumpleaños... Cumplías veintiséis. ¿Te acuerdas?

—Hum —masculló Blanca Luz, poniéndose rígida de pronto.

—Yo lo recuerdo perfectamente. Como para no hacerlo. Montaste en cólera. Me telefoneaste para ponerme firme. Me acuerdo de que me quedé perplejo por tu reacción. Supongo que éramos demasiado jóvenes. Y pasionales. ¿No crees? —apuntó Martín, encogiéndose de hombros.

—Supongo que sí —musitó Blanca Luz, tragando saliva y sin volverse.

—Imagino que no lo colgarías, ¿verdad? —inquirió Martín súbitamente, como si no le importara, pasando por las sílabas con la ligereza de un patín de hielo, pero dejando al descubierto el filo de su cuchilla.

—No —confirmó ella—. No lo juzgué apropiado.

—Claro —concedió él.

Luego ambos se quedaron en silencio y prosiguieron el paseo entre el resto de pinturas. Pero Blanca Luz ya no las veía realmente. Y entonces Martín preguntó de golpe:

—¿Y qué hiciste con él?

—¿Con el cuadro que me regalaste?

—Ajá.

—Lo vendí —espetó Blanca Luz, conteniendo el aliento.

Martín se detuvo.

—¿Cómo?

Ella se rascó el codo. Y puntualizó:

—Bueno, lo vendimos.

—¿Lo vendisteis? ¿Quiénes?

—Eduardo y yo —repuso ella, reuniendo fuerzas para que no se notara el temblor que la dominaba—. ¿Qué pasa? ¿Te molesta?

Él se había quedado inmóvil. Se tomó un momento antes de responder.

—No..., es solo que... no me lo esperaba —titubeó un instante—. ¿Y a quién? ¿Por qué?

Blanca Luz tragó saliva y, en un susurro apenas audible, confesó:

—Al gobierno franquista.

—¿¿Qué??

Martín dio tal respingo que derribó un caballete que había detrás de él. Ni lo notó. A ella se le agolparon las palabras:

—Estábamos pasando por una mala situación económica. Eduardo había perdido el negocio, por la guerra, ya sabes, y el cuadro era nuestro último recurso... Deberías sentirte halagado, desde instancias gubernamentales nos ofrecieron un alto precio por él... No nos quedó más remedio que acceder.

—Oh, entiendo.

El semblante de Martín se había tornado de granito.

—No fue de mi agrado desprenderme del cuadro, pero estábamos muy apurados —prosiguió Blanca Luz—. Aquella oferta nos salvó de una buena.

—Claro, no tienes por qué justificarte. Si sirvió para ayudaros a ti y a

Eduardo, me alegro —aseveró Martín, muy serio, muy quedo.

Y entonces ella no pudo más. Rompió a llorar como si no hubiese llorado nunca. Se le juntaron las lágrimas que le tensaban el cuerpo en ese momento; las de la emoción de tener allí de nuevo, como si jamás se hubieran separado, a Martín, que encima la comprendía; las de la soledad en que la dejó la muerte de su padre; las de la tristeza que había vivido con Eduardo desde que llegaron a Francia; las de la rabia por su traición, y de dolor por haber perdido el cuadro; las del arrepentimiento por los últimos veinte años de su vida; las de la nostalgia que la seguía a todas partes desde que se marchó de una estación de tren en la que se le acabó el corazón. Martín, sorprendido y alarmado, se acercó a ella. Al principio, no se atrevió a tocarla. Fue solo un roce. Pero, enseguida, se convirtió en un abrazo.

—Sssh, oye, ¿qué ocurre?

Sin hacer nada por detener sus lágrimas, Blanca Luz, mirándole a los ojos (y Martín sintió un pequeño vahído al verlos otra vez tan cerca, tan fijos en él), lo soltó todo:

—Fue Eduardo quien lo vendió. Me engañó. Yo no quería... Jamás lo habría... De verdad. Lo siento mucho... Lo siento tanto...

Martín, que la mantenía sujeta, le acarició el hombro para confortarla.

—Eh, tranquila. No pasa nada. Todo está bien.

Blanca Luz le contó lo sucedido. Al llegar a la parte de la historia en la que ella abandonaba a su marido, Martín sintió cómo un relampagueo lo atravesaba de lado a lado, dejándolo clavado en el suelo y con un hormigueo en los pies. Pero no dijo nada. Poco a poco, ella se calmó, y volvieron a quedarse en silencio. Cohibidos de repente, sin saber qué hacer, siguieron paseando distraídamente entre los cuadros.

Al cabo de unos minutos, él hizo un anuncio, que sonó como una justificación. O como una amenaza:

—Voy a pintar. Me ha entrado el antojo.

—¿Puedo quedarme a ver cómo lo haces?

—Que yo recuerde, jamás has encontrado ningún impedimento para eso. Incluso eras capaz de esconderte en un armario, como una indeseable espía, para fisgar a los artistas. Sinvergüenza. Descarada —le espetó Martín.

Ella sonrió al evocar aquella travesura. Él se dirigió hacia el lienzo, pero no sin antes volver la cabeza para dedicarle una mirada en la que chispeaba la complicidad del pasado común. Solo entonces recogió sus pinceles y sus

botes de pintura y dejó de atender a Blanca Luz. Esta se colocó a su espalda, que se curvaba como los nervios de una bóveda gótica. Observó cómo una de las manos encallecidas y ligeramente velludas de Martín se prendía en su nuca, en el lindero entre la piel y el cabello de su cabeza morena y hermosa. Él ya estaba a lo suyo, sosteniendo el pincel en alto, como si tomara unas medidas invisibles. Luego lo dejó momentáneamente y posó las palmas de las manos sobre el lienzo. Comenzó a recorrerlo separando poco a poco los dedos, en distintos grados y ángulos, pero sin despegarlos ni un instante de su superficie. Se adivinaba la suave presión que ejercía y la delicadeza con que lo rastreaba, palpándolo con la punta de los pulgares, con las yemas de los anulares y el borde de los índices y los meñiques. Realizada esta concienzuda prospección, mojó en agua el extremo del pincel y, acto seguido, se lo llevó a la boca y lo chupó él mismo, para afinarlo por completo. Cuando su lengua se dio por satisfecha, lo introdujo despacio y diríase que con dulzura en el frasco de pintura negra. Tomó unas gotas, espesas y lentas como la miel, y las mezcló, en una paleta que equilibraba sobre su antebrazo, con una mancha de rojo. Lo aplicó sobre el lienzo, como si depositara un capullo antes de abrirlo en floración, y luego lo difuminó con su propio dedo hasta embadurnárselo. Embebido, sin ser consciente de lo que hacía, se lo llevó a continuación a los labios, dejando en ellos un reguero y carnaciones en la barba. Se movía con una flexibilidad y un aplomo hipnóticos. Blanca Luz, al verlo, se sentía mecida por una fuerza invisible y caudalosa que la volvía ingrátida, que la aislaba de todo. El tiempo fluía rápidamente a su alrededor, pero no la tocaba. Porque estaba a salvo. Las horas pasaron así sin que las advirtieran. Cada uno en su mundo, pero sabiendo que el otro seguía allí, para hacerlo más perfecto; notando su mutua e ineludible presencia, aunque no intercambiaban una palabra. Al menos, hasta que Blanca Luz se atrevió a quebrar aquella esfera de cristal para preguntar:

—¿Cómo vas, artista?

—Pues aquí. Alternando con las musas.

—Ajá. ¿Y qué te dicen?

—Lo que tengo que pintar. Son unas tiranas.

—Pues ya podrías rebelarte, ¿no?

—Me temo que no, *madame* —replicó Martín, risueño.

Blanca Luz se incorporó. Rodeó el caballete. Se asomó por detrás. Se inclinó sobre la superficie pintada, con las manos anudadas a la espalda.

—Muy bonito... Pero ¿no resulta un poco oscuro?, ¿no crees que le falta algo?

—¿El qué?

—Le faltó yo.

Repentinamente, su semblante se había nublado. A la vista de su expresión seria y torva, Martín quedó desconcertado. ¿Qué había sido de la broma con la que, segundos antes, habían estado jugando a la pelota?

—¿Tú? No te entiendo...

—Sí, yo. ¿Por qué no me pintas, Martín? Por lo que he visto en este estudio, no aparezco en ninguno de tus cuadros.

Él permaneció un momento inmóvil. Un tiempo muerto que necesitaba. Los ojos de ella eran dos escalpelos adentrándose en su carne. El silencio se hizo ominoso.

—¿Que por qué no te pinto? No sé, Blanca Luz, creo que estoy en mi derecho de no hacerlo. —La voz de Martín se había convertido en un guijarro: frío y duro—. Tú misma me reprochaste que te pintara cuando te regalé aquella obra. Pero vamos, que tampoco es tan importante...

—No. Sí que lo es. Por supuesto que lo es. Cómo no va a serlo, si la pintura es lo más importante para ti. Tú eres tu pintura.

Ambos se quedaron sumidos en un silencio sepulcral, mirándose las puntas de los pies para no mirarse entre ellos. Hasta que ella se decidió a franquear el paso a las palabras, por mucho que dolieran al venir preñadas de tanta verdad; por más que le desgarraran las entrañas en su intento de abrirse camino hacia la luz.

—No me pintas porque tú me querías blanca, y te diste cuenta de que solo soy gris, como la mayoría de las personas. ¿Sabes? No todos podemos ser seres radiantes y luminosos como tú, Martín Pendragón. No puedo convertirme en alguien distinto, ni siquiera en alguien mejor, para encajar en tus cuadros..., o en tu vida. Quizá sean pocas las cosas que tengo claras, pero hay una que sí sé: que tienes que estar con la persona en cuya vida encajes por el simple hecho de ser quien eres. Y, por mucho que me hiera, está visto que yo no soy esa persona para ti.

Al decir esto, tan honesto como irremediable, se dio cuenta de que la loca esperanza que la había llevado hasta París (que el tiempo no hubiese pasado, que ellos aún fueran el uno para el otro, o tal vez solo posibles) no tenía ningún fundamento (¿cómo iba a tenerlo?), que solo se había engañado una

vez más, y, ante este pensamiento, se puso a llorar sin consuelo. Se volvió hacia la pared, rodeándose a sí misma con los brazos. Pasaron mudos unos minutos eternos, hasta que, a su espalda, sonó la voz de él, un poco rota, un poco dolida.

—Pues fíjate, yo en cambio me creí demasiado a pies juntillas que tú eras mi mitad, la que necesitaba. Ya sabes, toda esa mística del amor, de que dos que se aman llegan a ser uno y que lo son para siempre..., esas memeces de Platón que te conté.

—Bueno, tú y yo nunca llegamos a ser uno —apuntó ella, notando cómo una ola cálida de sangre le teñía el rostro.

—¿Y qué crees? —bufó Martín—. ¿Que si hubiéramos follado no nos habríamos desencajado a la primera de cambio, como dos piezas de rompecabezas que no ajustan la una con la otra?

—No lo sé —contestó ella, flameando de pies a cabeza—. Así que tú también lo piensas, ¿no? Que fuimos y somos dos piezas de rompecabezas que no encajan.

—Eso te empeñaste en sostener tú —la acusó Martín, airado de reproche.

—Es verdad. Lo olvidaba. Pues entonces, si tan incompatibles somos, no sé qué hago aquí.

—Yo tampoco. Has sido tú la que ha venido. Yo no te he llamado.

—Cierto... —murmuró Blanca Luz, temblando con todo el cuerpo y dirigiéndose a la puerta del estudio.

Se habían apoderado de ella unas convulsiones que la recorrían entera, hasta los dientes, haciendo que le castañetearan. Apoyó la mano en el picaporte, y antes de bajarlo, se volvió para mirar a Martín, que se había quedado parado en medio de la habitación, blanco y exhausto. Y entonces ella sintió, irrefrenable, que le picaba en los costados la espuela del deseo. Abandonó la puerta y se abalanzó sobre él, que ya tenía los brazos abiertos de par en par para recibirla.

Hicieron el amor como salvajes. Saldando una cuenta pendiente. Ninguno de los dos quería pasar por moroso. Se colmaron las bocas con las lenguas. Les sabían a sal. Se abrasaron la piel a base de rozar la una contra la otra, la yesca contra el pedernal, para encender una fogata que les ardía dentro. Cuando Martín penetró en ella, sintió algo muy parecido a volver a entrar en la casa familiar. Una casa en la que uno creció, donde pasó su infancia, que ha permanecido cerrada durante décadas, y a la que se regresa convertido de

pronto en su propietario, en su legítimo dueño. Con las llaves tintineando en la mano. Blanca Luz no tenía espacio para nada más. Debajo de la epidermis le estaba estallando un arsenal de minas. Una tras otra. Sin tregua. Intermitentemente. Cada vez que un dedo de Martín entraba en contacto con su piel. O cuando succionaba los arabescos de su oreja en cuanto se inclinaba sobre ella y se la lamía por dentro, mientras le aferraba el pelo. Solo se detenía para gemir de placer y corresponder a los jadeos de él. Notaba cómo su cabeza chocaba contra la pared, pero no le importaba. Se imponían los golpes de cada acometida, de aquel ariete de asalto, encendido como una antorcha, que se estrellaba contra sus puertas, haciéndolas ceder con sacudidas que la estremecían hasta las entrañas y que se las prendían con el fuego que humeaba en el glande. Lo necesitaba más adentro. Le arañó la espalda hasta dejarle marcado el surco de sus uñas. Él le pellizcó un pezón. Ya estaba completamente erizado. No podía quedar ternura ni indulgencia. Solo aquello. Fuera lo que fuera. Las compuertas del embalse no podían aguantar más. La presa saltó, hecha pedazos, y el río se los llevó corriente abajo.

Se quedaron dormidos, pero el resto de la noche, en la oscuridad, embotados en el embrujo de la duermevela, sin saber quiénes eran ni dónde estaban o qué querían, siguieron buscándose el uno al otro. Eso era lo único que sabían.

Blanca Luz se hallaba sentada en la cama, con las rodillas flexionadas, mirando a la aurora colarse por la ventana, todavía pálida y suave. Había cubierto su desnudez con una camisa de él color champán. Martín se frotó los ojos. La voz de ella le llegó muy tenue, apenas esbozada.

—Martín, ¿por qué me has esperado durante tanto tiempo?

Él se quedó un momento en suspenso. Mierda. Tocaba conversación trascendental nada más despertarse.

—No lo sé. Supongo que eso no se elige.

Blanca Luz volvió la cabeza para mirarlo y apoyó la barbilla en su propio hombro.

—Ya...

Él, con el torso desnudo todavía, se incorporó sobre las almohadas y permaneció recostado sobre sus codos. Blanca Luz hizo ademán de levantarse para abrir del todo las cortinas.

—Creo que porque tenía miedo de no volver a ser tan feliz como lo fui

entonces.

Al escucharlo, ella se detuvo y se sentó de nuevo, esta vez en el borde de la cama.

—La felicidad crea adicción. Es una droga. Estás feliz un instante y te crees con derecho a serlo de por vida —agregó.

Después, hizo crujirse los nudillos, para desentumecerlos.

—¿No crees que se pueda ser feliz toda la vida? —preguntó Blanca Luz, sin mirarlo.

Él lo pensó un instante.

—¿Te quedarías conmigo para siempre?

Blanca Luz tragó saliva. Porque ahora sabía la respuesta.

—No.

—Pues ahí lo tienes.

Su voz era un témpano, y Blanca Luz inclinó la cabeza, mientras las lágrimas se le venían a los ojos.

—Blanca Luz, no hay remedio. La felicidad son pequeños intervalos que dos personas roban para encontrarse. El resto del tiempo..., bueno, no sirve para mucho. La mayoría de la gente se pasa la vida esperando que alguien llegue o que alguien vuelva. Y, cuando al fin ocurre, tampoco dura mucho.

Ella asintió sin mirarlo, se sorbió las lágrimas silenciosas por la nariz, se levantó, y comenzó a ahuecar su almohada, con gestos enérgicos e innecesarios. Un chorro de luz incidía sobre la tela blanca. Entonces, Martín contempló cómo se curvaba su espalda delgada, tras la camisa de champán, y se cansó de ser sabio.

—¿Y se puede saber por qué no, Blanca Luz?

—¿Por qué no qué?

—¿Por qué demonios no te quedas esta vez?

Ella dejó de abatanar el almohadón.

—No fui yo quien se marchó la última vez.

—Bueno, tú, yo..., lo mismo da quién vaya o quién venga —se exasperó Martín.

—Ahí lo has dicho. Da igual. Ahora ya da igual. —Su voz sonaba ronca.

Martín estrelló el puño contra el colchón, y, como los puñetazos solo logran descargar la rabia si provocan un estruendo, repitió el rechazazo contra el cabecero de madera de la cama. Esta vez consiguió su objetivo.

—Tú eras mi casa. Por mucho que me marchara, por muy lejos que me

fuera, sabía que tenía un sitio al que volver. Tus brazos. Tus brazos eran mi hogar. Tú eras mi casa y, cuando me quise dar cuenta, me habían desahuciado. Me encontré todos los muebles ya fuera, con la orden de desalojo clavada en la puerta. Y ya no solo es que me echaras una vez, cuando me dejaste. Luego te casaste con Eduardo. En cuanto me di la vuelta, cambiaste la cerradura, para asegurarte de que no pudiera volver a entrar. Y no lo entiendo, Blanca Luz. Por mucho que lo he pensado todos estos años, he seguido sin entenderlo. ¿Por qué no me dejas que viva en ti, joder? —gritó.

Blanca Luz se volvió hacia él, con los ojos arrasados por las lágrimas.

—Pero, Martín..., ¿no te das cuenta? ¿No te das cuenta de que estoy vacía? Soy una casa inhabitable. No doy cobijo a nadie. Tengo el techo agujereado, y las palomas se han cagado dentro. ¡Tú me lo has hecho ver! —exclamó, abriendo los brazos en toda su impotente envergadura—. Soy la misma mujer que le juró a Eduardo que lo amaría eternamente y que hoy está en esta habitación contigo. La mujer que le prometió que se casaba con él porque lo quería y que ahora duda si alguna vez supo el significado de lo que decía. La mujer que fue capaz de hacerte a ti todo el daño del mundo, cuando tú no habías hecho otra cosa que quererme bien. Fui capaz de tirarlo todo por la borda sin pestañear. Y eso no se puede cambiar. Está claro que no sé cómo vivir. Soy incapaz de amar. Estoy vacía. ¿Quieres una casa? Pues soy toda escombros. —La voz le temblaba, mientras las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas—. En realidad, yo me lo he buscado. No se trata de ti ni de Eduardo. Se trata solo de mí. De que estoy vacía. Soy una persona deshecha. Y me odio a mí misma. ¡Me odio! Por eso no puedo dejar que me quieras. ¡Me niego a que me quieras! No lo soporto. Aléjate de mí. Solo sé hacer daño. Estoy vacía... —Se cogió la cabeza entre las manos y ocultó el rostro tras las palmas.

—Cálmate, Blanca Luz... —dijo Martín, testigo de su sufrimiento, al que no sabía cómo poner fin.

Blanca Luz bajó las manos.

—Martín, ¿te has odiado alguna vez?

Él lo pensó un momento.

—No.

—Pues eso. Tú no has hecho daño a nadie en tu vida. Es imposible que me entiendas. Esa es la gran diferencia entre tú y yo. Quizá el mundo esté

dividido entre aquellas personas que se odian a sí mismas, o las que, al menos, se han odiado alguna vez, y las que no lo han hecho nunca. Y no creo que unas y otras puedan llegar a comprenderse.

Martín la contempló fijamente y dijo:

—Está bien. Vete. No te voy a pedir nada ni a esperar que me lo des.

—Bien —contestó Blanca Luz.

—Mi problema es que quiero a alguien que no me quiere. El tuyo es que no eres capaz de querer a alguien que te quiere como nadie te querrá jamás. La verdad, no sé quién de nosotros dos merece más compasión.

A esto Blanca Luz no contestó. Cogió sus ropas del respaldo de la silla y se guareció en el baño. Martín permaneció sentado en la cama, observando el dedo gordo de su pie. Era lo más fascinante que había en aquella habitación. Todo estaba muy silencioso. Al cabo de un rato, oyó la puerta del aseo, y Blanca Luz apareció en el quicio, vestida, con su falda y su blusa arrugadas. Con las medias rotas. Se plantó delante de él y le espetó:

—Es mejor así. Para ti, desde luego. No pierdas más tu tiempo pensando en un ser como yo, Martín. No valgo la pena. Te lo aseguro.

Martín apretó los labios hasta convertirlos en una línea, fina y dura. Blanca Luz se dirigió hacia la puerta de salida, pero, cuando ya la había abierto, volvió la cabeza y, sin saber por qué, preguntó con ansiedad:

—Martín. Solo una cosa. ¿Volverás a pintarme?

Él pestañeó tres veces, muy rápido.

—No creo.

—Oh. Está bien. Solo quería saberlo.

—Antes te veía con claridad. Pero ahora, no sé... Siento que te has convertido en una extraña. No te reconozco. Tú lo has dicho antes. Es como..., como si la luz bajo la que siempre te vi se hubiera apagado. Ahora... estás a oscuras.

Blanca Luz agachó la cabeza y desapareció, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Sin hacer ruido. Mientras se marchaba en el tren, sola como había temido en la peor de sus imaginaciones —que casi siempre es la más realista—, se dio cuenta de por qué había formulado aquella última pregunta a Martín. La única forma en que podía tolerar que él la quisiera era a través de sus cuadros. Que volviera a pintarla blanca, llena de luz, sin que la hubieran emborronado los errores con que la habían cargado sus debilidades y su egoísmo. Quería volver a existir dibujada en los colores de quien todavía no

ha vivido lo suficiente como para haberse odiado nunca. La única manera en la que aún podía redimirse era a través de la pintura de él, que la había fijado para siempre en aquella época en la que la conoció hermosa, inocente, pura. Cuando la luz era blanca. Solo podía salvarse viéndose con los ojos de Martín. De modo que, si él no pensaba pintarla más, porque ya no la veía, a ella no le quedaba más remedio, para recuperarse a sí misma, que recuperar el cuadro perdido de Martín Pendragón. Y aquel día se juró que no se moriría sin lograrlo. En ello le iba la vida. Y la expiación.

Martín se quedó un buen rato en la cama tibia, que, poco a poco, se iba enfriando. La luz entraba ya en la estancia a brochazos. Estaba confuso tras lo que acababa de pasar. La había recuperado. Un instante. La había perdido. Puede que para siempre. Se odiaba. No quería que la quisiera. No quería que la quisiera él. Pero tampoco quería que la quisiera Eduardo. Lo había dicho. El problema era solo de ella. Y pensarlo le producía a Martín un regocijo pueril. En cierto modo, ese tormento que llevaba torturándole casi dos décadas había cesado. La habitación estaba extrañamente silenciosa sin su zumbido. Le aliviaba saber que el problema no era que Blanca Luz no le pudiese querer a él. No podía querer a nadie. Y eso le daba paz. Pero, a la vez, le producía una desazón. Si a él le alegraba algo que a ella le hacía sufrir, ¿era posible que la amara tanto, tan desinteresadamente, como siempre había creído?

Blanca Luz pasó lo que restaba de la Guerra Civil en la pensión de un pequeño pueblo de los Pirineos franceses, ganándose la vida como modista, una de las pocas habilidades prácticas que había adquirido durante su infancia. Al término de la contienda, regresó a España y a Madrid, con la ayuda del marido de su hermana Sofía. Gracias al oficio que había aprendido, se empleó en un taller de costura. Allí, la paga era escueta y la vista se le resentía, pero en cada puntada que daba encontraba una extraña liberación que ni siquiera acertaba a explicarse. Y, sobre todo, trataba de olvidar. Sin embargo, las heridas que había ido dejando sembradas a lo largo de su vida, como surcos y plantíos abiertos al sol, estaban lejos de haber cicatrizado del todo. Ella misma lo había dicho: se lo había buscado. El destino es un guasón incorregible y parsimonioso. Siempre se toma su tiempo para actuar, pero nunca se olvida de nadie. Se vale de una argucia llamada azar, que tiene unas ironías ante las que uno no sabe si quitarse el sombrero o propinarle un bofetón. En el caso de Blanca Luz tardó años, más de una década, pero desde luego que regresó para ajustarle las cuentas.

Lo hizo a través de un periódico que Blanca Luz usó para dibujar uno de los patrones con los que confeccionaba las prendas. Se hallaba aquella mañana recortando la página impresa con la forma de una manga, cuando sus tijeras se detuvieron bruscamente, como si tropezaran contra las letras, a las que infligieron un desgarrón. Aquel titular malherido podía hablar más alto pero no más claro en medio de su estertor. El madrileño Museo Nacional había instalado una eminente obra de Martín Pendragón para que todo el

mundo pudiera disfrutar de ella. Blanca Luz desencalló las tijeras del papel y verificó que la información venía acompañada de una fotografía. A pesar de que la pobre reproducción del diario le había hurtado sus tan característicos colores, el cuadro era inconfundible. Sobre todo para alguien que lo había tenido debajo de su cama durante más de diez años. Se trataba, sin ningún género de duda, de la pintura que Eduardo había vendido. Ella siempre, desde aquellos lejanos días, se preguntaba qué habría sido del cuadro. Se suponía que el régimen lo había adquirido para remozarse la facha, pero luego, por mucho que había investigado y permanecido alerta para averiguar qué destino le habían dado, no había vuelto a saber de él. Era como si se lo hubiese tragado un agujero negro. Había terminado por asumir que se lo habría quedado algún jerarca, quien lo tendría colgado encima del urinario, posición poco honrosa pero en la que, según había escuchado, se había visto hasta la mismísima Gioconda. Y ahora, en aquella revuelta del camino, volvía a salirle al encuentro. Bien podía hacer caso omiso a las provocaciones de la suerte y no darse por aludida. Que se desgañitaran los hados mandándole señales, que ella haría oídos sordos con un inexpugnable desprecio. Pero muy pronto se desengañó. La triquiñuela del esquinazo no valía. Ya se había enterado, y no había vuelta de hoja. Ahora ya sabía el paradero del cuadro, y que estaba a su alcance. A su alcance y al de todo aficionado al arte que pudiera permitirse comprar una entrada a un museo. Era así de sencillo. La pintura se le había puesto a tiro. A tiro de piedra. Pero la que había recibido la pedrada era ella. No había podido esquivar el impacto. Y había sido más bien una deflagración: los ecos del descubrimiento se le habían metido dentro y le resonaban en la cabeza. Acabaría yendo a ver el cuadro. Hasta que no cediera a la tentación, no tendría paz. De modo que, cuanto antes se plegara a este imperativo, menos sufriría con imposturas ante sí misma. A partir de dicho descubrimiento, le resultó imposible concentrarse en el trabajo. Todos los respuntes le quedaron torcidos. En cuanto salió del taller, se encaminó al Museo Nacional. Restaban apenas veinte minutos para que lo cerraran, pero eran más que suficientes para ella. Una vez dentro de la pinacoteca, notó cómo se le aceleraba el pulso. Y cuando se quiso dar cuenta, ya estaba corriendo por las distintas galerías, en busca de la única que le interesaba. Los demás visitantes se la quedaron mirando asombrados, y algunos incluso con recelo, pero no le importó. El intrincado diseño del museo hizo que se perdiera. Se detuvo sin aliento en una sala atestada de Rubens, desorientada e

inerte. Las orondas y rutilantes figuras del flamenco parecían burlarse de ella desde las paredes. Unas gotas de sudor le perlaban la frente y se sentía presa de un mareo. Alguien le tocó el hombro por detrás. Se giró y se encontró con uno de los empleados del museo, que le preguntó si le ocurría algo.

—Estoy buscando la sala en la que han expuesto el cuadro de Martín Pendragón. Ese nuevo que han colgado. Lo he leído en el periódico.

El empleado sonrió con mansedumbre y, valiéndose de un plano en el que aparecían las salas numeradas, le explicó cómo llegar. Aferrándose a sus indicaciones como un náufrago a una tabla flotante, Blanca Luz se precipitó de nuevo a la exploración del museo, esta vez con más fortuna. Desde el umbral de la puerta, comprobó desolada que mucha más gente había tenido la misma idea y había acudido al reclamo del Pendragón recién incorporado a los fondos museísticos. De pronto, Blanca Luz se dio cuenta en toda su crudeza de que iba a tener que pelear con una masa de desconocidos para contemplar un cuadro que le habían regalado a ella, que, prácticamente, había compartido su lecho, y que, en definitiva, había sido suyo. Hubo de contenerse para no gritar: «¡Largo, fuera! ¡No tienen derecho a estar aquí! ¡Solo yo puedo verlo! ¡Es mío! ¡No lo miren! ¡Márchense! ¡Déjenme con él a solas! ¡Es mío!». Suya era la luz que brillaba en la pintura. Y, sin embargo, nadie lo habría creído. Ni musa ni dueña. Ya solo una espectadora más en aquel ejército de desposeídos. Y puede que la más desposeída de entre todos ellos. Aun así, decidida, avanzó hacia la obra, estrellándose contra los cuerpos compactos que le cerraban el paso y que se la ocultaban. Intentó abrirse un hueco, luchando a codazos, agobiada por la mole que la cercaba por todas partes. En medio de todas esas personas, de todos esos extraños que la reconvenían por su rudeza, sintió que se ahogaba, que le faltaba el aire. Alguien la pisó y se mordió la lengua, mientras se tragaba los sollozos que le estaban escalando la garganta con sus botas provistas de cuchillas. Bandeando la carne asfixiante y sudorosa de aquellos intrusos que se obstinaban en no moverse de su sitio, logró abrir una aspillera, un resquicio desde el que mirar. Sus ojos pudieron ver por fin la pintura. Fue una visión cicatera y fugaz, obstruida por hombros, manos y otros fragmentos anatómicos ajenos, regada por comentarios airados que la acusaban con santa indignación de ser una grosera y de colarse. «¡Eh! Pero ¿qué demonios está haciendo? ¡Es usted una maleducada!», le ladraron unos labios resguardados

bajo un bigote. Pero ella no atendía. Solo miraba el cuadro, como idiotizada, insensible a los zarandeos a que la sometía el apretado gentío que se remansaba a su alrededor. Ni siquiera se dio cuenta de que se había quedado sola y de que unas manos la empujaban con suavidad pero con firmeza fuera de la sala advirtiéndole de que el museo iba a cerrar y que ya era hora de que lo abandonara. Tampoco se percató, hasta mucho más tarde, cuando ya se encontraba en la escalinata exterior, guiñando los ojos bajo la luz de un sol crepuscular, de que estaba llorando. Solo era consciente, con una prístina claridad, de que acababa de reencontrarse con un viejo amigo. Hacía quince años que no lo veía. Y cuánto lo había echado de menos.

A partir de entonces, Blanca Luz regresó todos los días a visitarlo, sin faltar uno. En cuanto finalizaba su jornada laboral, se apresuraba a acudir al museo para colocarse delante del cuadro y escrutarlo hasta que la echaban. Los fines de semana tampoco eludía esa cita que se había impuesto ella misma. Otorgó a aquel espacio una posición nuclear en su existencia, rastreaba la pintura palmo a palmo, se perdía en sus más ínfimos detalles, se la comía con los ojos, al considerarla un tesoro en el que siempre quedaban átomos por descubrir si uno se afanaba en sorprenderlos con abnegación. Y, en efecto, Blanca Luz cada vez veía un trazo nuevo, descubría un matiz que jamás había notado, como si Martín se hubiera deslizado en el museo la noche anterior para agregarlo. Se trataba de una obra inagotable, que se multiplicaba como las facetas de un brillante. En esa contemplación, la vida transcurrió monótona y sin tropiezo hasta que, un buen día, dos años después, Blanca Luz apartó la mirada del cuadro y esta fue a dar de bruces con un hombre gordísimo que, como ella, se había parado ante la pintura para examinarla, con unos ojos reconcentrado bajo los párpados, y el puño hincado con seriedad y empeñamiento en una barbilla que se desbordaba en sucesivas papadas. Algo en él, no se sabe qué, la fidelidad a una imagen que guardaba su retina tal vez, hizo que Blanca Luz se lo quedase mirando. Tanto y tan a propósito que el hombre se vio en la obligación de darse por aludido. Sus pupilas abandonaron el cuadro para devolverle el vistazo, y fue entonces cuando se reconocieron.

—¡No me lo puedo creer! ¡Blanca Luz Miranda!

—¡Chema!

Se precipitaron en un mullido abrazo que suscitó un gruñido reprobador entre los dientes del vigilante. Escándalo público. Así que decidieron salir,

donde ya la tarde declinaba. Y en un parque, echando a las palomas mendrugos de pan que Chema atesoraba en los bolsillos, se relataron lo que había sido de sus vidas como lo hacen las personas que se aprecian.

—Bueno, ¿y cómo te va? ¿En qué has estado metido estos últimos... ¿veinte años? ¿Te ha cundido? Dime que sí.

—Pues mucho tiempo ha...

Y Chema se reía por el dramático arcaísmo, para después contar que llevaba una eternidad en Madrid. Que no se había casado. Que no tenía hijos. Pero sí un pez dorado como el de Klimt, al que había pensado bautizar con el apellido del ilustre autor, aunque luego quiso rebajarle la solemnidad designándole por el nombre de pila, Gustav, y finalmente, al comprobar que el pez se encontraba incómodo y no se apañaba con aquella identidad austriaca que le había encasquetado, lo llamó simplemente Bartolillo, que bien ricos que estaban en Semana Santa.

—No todos están preparados para la grandeza.

En fin, que, en realidad, todo había seguido siendo un poco más de lo mismo. Durante el relato de estos pormenores, Blanca Luz no podía dejar de reír. En efecto, Chema no había cambiado.

—¿Y tú qué?

—Yo ahora coso.

—Bueno, yo desatasco cañerías.

—Qué desastre.

—¿Verdad? Para lo que hemos quedado... ¡Qué poca gloria!

—Es que, como dices, no es para todos.

Y así llegaron al tema.

—No es casual que nos hayamos encontrado precisamente en el museo, en esa sala, delante de ese cuadro... —apuntó Blanca Luz, arrojando al desgaire el comentario y las últimas migas a una tórtola hambrienta.

Chema permaneció impasible. Se sacudió la chaqueta. Respondió serenamente:

—Era cuestión de tiempo. Nos guste o no, tenemos a ese gran hombrecito en común.

—Ya.

—Algún día tengo que dejarte las cartas que me enviaba desde La Ruche cuando acababa de llegar a París, contando todas las aventuras y desventuras que le ocurrían. De vez en cuando las releo. Ahora, a toro pasado, son para

mondarse de risa... El candor que tenía... ¡y las ganas que le echaba! Es normal que haya llegado tan lejos.

—¿Sí? Pues ya me las prestarás...

—Claro. Pero con devolución, ¿eh?

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

Se quedaron en silencio, con las manos quietas. Las palomas que les habían hecho corro entusiasta se fueron dispersando en la rosa de los vientos.

—¿Te gusta?

—¿El qué?

—El cuadro.

—Ah... Sí —respondió Chema—. ¿Te quieres creer que era la primera vez que lo veía?

—¿En serio? Si lleva dos años expuesto —se sorprendió Blanca Luz.

Y él confirmó:

—Ya ves, la desidia...

Ella lo reprendió con una sonrisa.

—Aunque bueno, he de reconocerte que he ido demorando la visita... Los cuadros de Martín siempre me ponen un poco... —dudó.

—¿Cómo?

—No sé. Pudoroso. Son demasiado... O tal vez triste. Me recuerdan a cuando yo era un buen mozo y las mujeres se derretían por mí.

Blanca Luz miró con dulzura lo que se escondía tras la cuchufleta:

—Sigues siendo un buen mozo.

—Ya, bueno. Más o menos —replicó con una falsísima falsa modestia, limándose las uñas en las hombreras del traje y soplándoselas con una sonrisa de autoindulgencia—. El caso es que, si me llego a descuidar un poco más, este cuadro me lo pierdo. Y habría sido una verdadera lástima, porque la crítica no exageraba: es soberbio, de lo mejor que le he visto al cabrón de Pendragón. Eh, rima.

Blanca Luz frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con que te lo habrías perdido?

Y fue así, sobre un banco frío y tachonado de excremento de paloma, como se enteró de que iban a vender el cuadro que ella había estado visitando diariamente durante dos años. El propio Martín se lo había contado a Chema. Que la dirección del Museo Nacional, por problemas presupuestarios, había creído necesario desprenderse de la pintura, a cambio de una atrayente suma

ofrecida por una prestigiosa galería de Nueva York. El patronato, acuciado por las deudas, había dado ya el visto bueno a la operación. Aquel Martín Pendragón estaba sentenciado a abandonar las paredes que se habían convertido en su casa. Se iba muy lejos. Cruzaría el océano. Y Blanca Luz lo perdería.

—Pero... ¿qué estás diciendo, Chema? No entiendo nada... ¡Si no hace nada que lo expusieron! —refutó, tratando de orquestar en un instante su propia coartada, con el fin de demorar el momento más cruel de todos: el de rendirse a una evidencia que nos desbarata la vida.

—No sé, Blanca Luz, así son las cosas... El parné, querida. La pela, la pasta, el vil metal, las perras, como lo quieras llamar, pero todo lo mismo. Parece que se ha revalorizado y esa galería neoyorquina está dispuesta a pagar un precio considerable..., lo suficiente para tapar agujeros en el presupuesto del museo.

Blanca Luz se resistió con denuedo, con la voz hecha un ortigar:

—Panda de mentecatos... Han hecho un negocio redondo con ese cuadro. Qué forma tan estúpida de dejarlo escapar.

—Es un poco lamentable, sí.

—¿Y dices que se lo llevan a Nueva York?

—Sí.

—Valiente papel hará allí... —espetó Blanca Luz, triturando las palabras entre los dientes con una rabia leonina.

—A Martín no le importa demasiado la mudanza; no te creas que le agrada que su cuadro esté en el Museo Nacional sirviéndole de estandarte y reclamo a esa panda de cretinos de la dictadura —observación susurrada de Chema ante la que ella enrojeció por la parte que le tocaba—. Pero le consta que ha habido gente de la casa, algunos por criterios realmente artísticos, que han protestado enérgicamente y han batallado para evitarlo, que incluso se han enfrentado al director del museo, sugiriendo todas las alternativas imaginables para sanear las cuentas sin tener que recurrir a la venta... Pero no ha habido manera. Solo les ha debido de faltar ponerse de rodillas.

—Pues ojalá fuese ese el modo de detenerlos, porque, de ser así, no dudes que yo misma me pondría de hinojos y me arrastraría hasta besarles las plantas de los pies.

Los ojos le llameaban a Blanca Luz.

Chema dirigió a su amiga una mirada inquieta ante aquel aserto esculpido

en cuarzo. De inmediato, se le inundaron los ojos de comprensión y, con afecto, le palmeó la mano:

—No lo dudo, Blanca. Pero ya te anticipo que despellejarte las rodillas no te serviría de nada.

Blanca Luz se dejó caer sobre el respaldo del banco. Entrelazó los dedos, como si rogara protección a un dios en el que no creía.

—¿Cuándo se lo llevarán? —preguntó con un hilo de voz.

—Dentro de unas semanas —replicó Chema.

—Pero... ¿es definitivo... o se lo están pensando? —insistió Blanca Luz, negándose a que le escamotearan el último cabo de esperanza.

—Pues parece que definitivo e irrevocable —confirmó él, meneando la cabeza—. No hay vuelta de hoja. Ya está apalabrado. Esta prórroga solo se debe a los trámites que tienen que realizarse. Pero es cosa hecha. No sé qué significa ese cuadro para ti, aunque me puedo hacer una ligera idea... Sea lo que sea, lo siento, Blanca Luz. Pero me temo que esa guerra tuya está perdida. —Lo pensó un instante y agregó—: ¿Ahora me entiendes cuando te digo que, por a o por be, las obras de Martín tienen la maldita virtud de ponerme triste? Siempre lo lían todo...

Ella contemplaba inmóvil algún punto del infinito, con el rostro estragado, como una escayola cuarteada por la humedad. Se zambulló en un torbellino de pensamientos que no conducían a ninguna parte, porque, en ese momento, todo su ser se agitaba convulsamente en la boca del estómago, donde había florecido un hematoma que había capturado su sangre por entero, dejando sin irrigación al cerebro. Ese lugar concreto de su cuerpo latía con un zumbido agudo y repentino. La había sorprendido con la rudeza y la violencia de un atraco. Sin darle tiempo a que se repusiese, la voz de Chema brotó de alguna lejanía para rescatarla de aquellas ensoñaciones con regusto a metal.

—De todas formas, Martín me ha extendido una invitación para que asista a una recepción que el Museo Nacional ofrecerá dentro de unas semanas en honor de los compradores americanos que van a llevarse el cuadro. En el acto lo van a exhibir por última vez. Estaría encantado de contar con tu compañía en esa ocasión.

Blanca Luz alzó la cabeza de un respingo y le dirigió a su amigo una mirada desvalida, suplicante, en la que aleteaba una pregunta muda con desesperación. Y Chema, que la entendió, se la contestó:

—No, él no va a venir.

Ella suspiró de alivio. De desilusión.

—Pero sí me acompañará un invitado especial.

—¿Un invitado? ¿De parte de Martín? ¿Qué quieres decir? —Blanca Luz lo acució con su extrañeza plisada en el ceño.

Y él dijo:

—Va a venir su hijo.

Blanca Luz se lo quedó mirando fijamente un instante. Pestañeó. Acto seguido, rompió a reír. Con carcajadas que eran guturales. Estentóreas. Cervales.

Ante esta reacción, Chema se quedó un tanto confuso, embargado por un asombro que le inhabilitaba para pedir unas explicaciones que su desternillada interlocutora le concedió de *motu proprio*.

—Me río, Chema, sí, me río. Pensabas que me la ibas a dar con queso, ¿eh? Pero ya te tengo calado. Como si no nos conociéramos... Una vez más, tú y tus bromas. Eres incorregible. Ay, qué tunantuelo. Siempre a vueltas con tus chistes..., en fin, ya ves tú. ¡¡Martín no puede tener un hijo!!

¿Cómo iba a tener Martín Pendragón un hijo? Era una hipótesis totalmente descabellada, ridícula. Ella se habría enterado de algo así... Aceptar esa información putrefacta que le estaban colocando delante de las narices constituía un auténtico disparate. ¿O no?

El semblante de Chema seguía imperturbable. Con una voz tan suave como inapelable, escrutándole los ojos, replicó:

—¿No lo sabías?

Blanca Luz cruzó las piernas. Las volvió a descruzar. Las entretuvo en un balanceo que pretendía ser indolente y despreocupado, pero con el que se estaba practicando un torniquete, y preguntó afanosamente:

—¿Seguro que no estás equivocado?

—Blanca Luz... —susurró Chema, con verdadera consternación—. Te lo podría jurar, pero no creo que sea necesario... Hace unos días recibí una carta franqueada en París, escrita de puño y letra de Martín, en la que me pedía que acogiera durante unas semanas a su hijo, que viene a conocer España. Al parecer, quiere que el chico practique aquí el idioma, para afianzarlo y, de paso, que aprenda algo, *in situ* y de primera mano, acerca de la arquitectura y la pintura de su país paterno. Yo creo que desea que el niño continúe sus pasos artísticos, aunque eso ya no lo sé con seguridad. A Martín ya no le quedan familiares aquí: su madre murió hace tiempo, y ya sabes que con su

padre..., bueno, nunca llegaron a reconciliarse. Por eso me pide que sea yo quien lo aloje en mi casa. Su llegada coincide con la fecha de la recepción, así que será una ocasión inmejorable para que vea la obra de su padre expuesta en todo su esplendor.

Blanca Luz escuchaba atónita aquella historia de ciencia ficción que culebreaba en la boca de Chema, justo enfrente de ella, socavando todas sus defensas. Este, al verla en ese estado catatónico, se adelantó a apretarle el hombro con honda y sincera preocupación.

—Oye, ¿estás bien? Tal vez no he debido soltártelo así de golpe, pero creía que lo sabías. Ni siquiera me ha dado por pensar que pudieras no... —Y para tratar de quitarle hierro—: Me he pasado de listo. Suele ocurrirme. Lo de cagarla. Así que no te lo tomes como algo personal. —Una sonrisa compungida. Le frotó el brazo—. De todos modos, lo siento.

Blanca Luz le devolvió otra, más bien débil. No podía asimilar nada de todo aquello, era demasiado, un choque de asteroides, un reventón de galaxia. Pero, vista la aflicción de Chema, se dio cuenta de que tenía que reconstituirse de aquel envite como fuese. Al menos, salvar los muebles.

—No te preocupes, Chema, no pasa nada, en serio. Más lo siento yo por este papelón. Soy una estúpida. No me hagas caso. Supongo que cuando alguien ha formado parte de tu pasado de la manera tan intensa en que lo hizo Martín, llegas a pensar, absurda pero inevitablemente, que la persona que conociste no va a cambiar jamás. Su imagen, sus relaciones, sus cosas cotidianas se quedan congeladas, como un punto fijo en retaguardia, por mucho que tú avances. Crees que conoces cuáles son sus miedos y sus deseos, sencillamente porque, en su día, los supiste, y descartas la posibilidad de que los haya desechado y que, ahora, albergue otros bien distintos. Fantaseas con la idea de que aún podrías acceder a su intimidad si quisieras, únicamente porque hace tiempo tenías el paso franco, cuando lo más probable es que la haya encerrado bajo siete llaves y no sirva ninguna de las que te dio en su momento. En fin, que, desde el pasado, desde el mismo lugar donde la dejaste, prolongas a esa persona, sin darte cuenta de que lo que llega hasta el presente tan solo es, necesariamente, una sombra. Un recuerdo, que no puede corresponderse apenas con su verdadera vida, por el simple hecho de que la ha continuado por su cuenta, sin ti. Pero, aun así, cuando de pronto descubres un acontecimiento que ni sospechabas, incluso una nimiedad de esa vida que antes te implicaba y ya no, te sientes casi ofendida, o, al menos,

descolocada, como si te hubieran estado ocultando algo que tenías derecho a saber desde el principio. Eso me ha ocurrido a mí con Martín. No tenía elementos que me llevaran a pensar que podía ser padre. Ni siquiera lo había imaginado. Por eso se me han roto totalmente los esquemas. Es como si, de un día para otro, tu hermana pequeña, a la que siempre verás como una niña, te dice que tienes un sobrino que..., yo qué sé..., ¡que va a ingresar en el Ejército! ¿De locos, no? En fin, ya ves que ha sido una tontería, pero ¿comprendes lo que te quiero decir?

Tras esta parrafada, Blanca Luz miró ansiosa a Chema, que la contempló con fijeza durante unos instantes, como si estuviera auscultando la veracidad de lo que le decía. Al fin, concedió:

—Sí, entiendo lo que te ha pasado. Tienes razón. Es común que la mente nos gaste esas jugarretas. —Pero, de repente, disparó a bocajarro—: ¿No lo amarás todavía?

—Pfff, por favor, Chema..., claro que no. Eso es agua más que pasada. Y ya sabes lo que dicen del agua pasada...

—Que no mueve molino.

—Eso es.

Ambos se quedaron en silencio, más tranquilos el uno con la otra. Al menos, aparentemente. A Blanca Luz todavía le hervían dentro muchas dudas, que le quemaban la sangre. Tenía que extirpárselas una a una. Así que decidió incoar el doloroso proceso cuanto antes y preguntó de sopetón:

—¿Cuántos años tiene?

—¿El hijo de Martín? Unos doce.

Blanca Luz tragó saliva. Hacía quince que no sabía nada de él.

—Pero, si dices que él no va a venir a España, ¿cómo es que permite a un muchacho tan pequeño viajar solo a otro país y...?

—¿...Y lo deja en mis manos? —completó Chema con sorna—. No veo dónde está el problema. Ni el chico es tan pequeño ni la excursión tan peligrosa. Además, Martín quiere educar a su hijo para que sepa valerse por sí mismo y desenvolverse en el mundo. Como le tocó hacer a él cuando tuvo que marcharse a París completamente solo, cuando todavía era tan joven.

Los nudillos de Blanca Luz se tensaron en el filo del banco imperceptiblemente. Descolgó un brazo por el otro lado del respaldo con pretendida displicencia. Alargó los dedos hasta apoderarse de unos mendrugos que aún le sobraban a Chema. Los estudió, como si se tratara de

unas gemas raras y preciosas. Tras unos segundos, los lanzó con todas las fuerzas de que fue capaz a las palomas despistadas que todavía remoloneaban en torno a ellos. A una, el pan duro le rebotó en la cabeza agrisada y salió zumbando de allí entre zureos de espanto. Escorando el rostro para clavar los ojos en los de Chema, remachó:

—Bueno, tampoco era tan joven. Si no recuerdo mal, tenía casi diez años más que ese niño.

—Bueno..., pero ya me entiendes. Supongo que lo estará preparando para que pueda afrontar cualquier cosa. Además, también lo hace por motivos prácticos. Al parecer, tanto él como su esposa están muy ocupados como para acompañar al chiquillo.

Su esposa. Ya había salido a relucir la palabra leprosa cuyo contacto había estado evitando. Llegaba la parte difícil de la conversación.

—Tampoco me imaginaba a Martín Pendragón casado —adujo con fingido desenfado.

—Pues lo está, lo está —ratificó su amigo.

—¿La conoces? —preguntó con cautela.

—Sí, me la presentó hace años, en una exposición. Se llama Gabrielle.

—Gabrielle...

—Sí. Siempre le acompaña en esos saraos. De hecho, es quien se encarga en gran medida de gestionar la parte de negocio que lleva aparejada toda carrera artística floreciente. Ya conoces a Martín, él prefiere mantenerse al margen de esos tejemanejes, para centrarse por entero en la dimensión pictórica, y es Gabrielle quien lleva los números y la agenda. Confía plenamente en ella. Y la verdad es que razones no le faltan, porque, al parecer, se ha demostrado bastante hábil en su labor. Es discreta y prudente, pero lo bastante lista para cazar la oportunidad cuando se presenta. A veces, esa clase de mujeres te sorprenden con talentos... inesperados. Se ve que el mundo cruel las espabila.

—¿A qué te refieres con «esa clase de mujeres»? —lo parafraseó Blanca Luz, frunciendo el ceño.

Él sonrió con suficiencia y bajó la voz unos cuantos decibelios, en actitud de cambalache.

—Pues verás, querida. Yo no te he dicho nada, pero la esposa de Martín era... prostituta. Qué cosas, ¿eh?

Blanca Luz se lo quedó mirando sin mover un músculo del rostro. Y dijo:

—¿Qué?

—Bueno, lo era cuando se conocieron. Ella posaba para uno de sus cuadros, y acabó surgiendo el amor, de modo que abandonó su... —Ejecutó una teatral carambola con los dedos, como si estuviera buscando la palabra precisa, hasta que se decantó por «ocupación».

Para Blanca Luz, cada nueva revelación que hacía su aparición en escena era un dardo que la alanceaba, mientras ella permanecía maniatada en un potro de tortura. Por fortuna, hacía rato que había traspasado el umbral del dolor, por lo que recibía los agujonazos con el talante de un anestesiado en la mesa de operaciones. Además, los alfileres no la hacían sangrar, porque venían amortiguados tras clavarse en el acerico del más riguroso desconcierto. Martín casado con una puta. Una puta que le había dado un hijo y que le llevaba las cuentas. Era el chiste más ingenioso que le habían contado en mucho tiempo. Allí arriba, los dioses debían de estar riéndose de ella a mandíbula batiente. Solo se le ocurrió decir:

—Me dejas a cuadros.

Aunque, bien mirado, tampoco resultaba tan extraño que Martín hubiese acabado con alguien así. Muy propio de él consagrar su vida a enderezar la de un ser descarriado. Se trataba de una empresa tan edificante, tan altruista, que a la rectitud moral del susodicho se le habían tenido que hacer los dedos huéspedes cuando conoció a la putita. Y a ella con él. Estaba claro que lo quería por interés. A esa sí que se le había aparecido la Virgen al dar con un ingenuo como Martín, con peligrosa tendencia a pensar lo mejor de los demás. Si te descuidas, incluso se habría quedado preñada de él adrede, para echarle la lazada sin dejar cabos sueltos. Menudo bobalicón. Lo habían engatusado a conciencia. Ojalá aquella puta le jodiera a base de bien. Así aprendería.

Y, entonces, Blanca Luz detuvo de un volantazo los pensamientos que se le habían desbocado en milésimas de segundo. Se dio cuenta de la mezquina amargura que supuraban. Y se asustó de sí misma. De lo miserable que era la ponzoña que le rondaba la mente. Y, con una lucidez súbita, como si hubiera prendido una bengala, Blanca Luz se percató de que, seguramente, la esposa de Martín jamás habría estado tan perdida como ella, por muy meretriz que fuera. A fin de cuentas, ramera o no, y a diferencia suya, había tenido la suficiente clarividencia como para apreciar a aquel hombre y quererlo en consecuencia. Hasta las últimas, de hecho. No en balde, había tenido con él

un hijo. Y entonces, ignorando de qué cavidades estaba extrayendo la audacia necesaria, Blanca Luz preguntó:

—¿Podrías presentarme a ese niño?

—¿A qué niño?

—Al hijo de Pendragón.

Blanca Luz contuvo el aliento, avergonzada de su propia osadía. Formular esa petición sonaba a irregularidad, a saltarse las reglas del juego. Aquello era propasarse, un abuso, estirar en demasía la cuerda. Pero no podía hacer otra cosa, salvo escupir aquel ruego. Chema arqueó las cejas.

—Bueno, si vienes, lo conocerás el día de la recepción. Ya te he dicho que voy a llevarlo.

—Ya, pero me refiero a antes.

—¿Antes? ¿Para qué? —La extrañeza de Chema era auténtica.

—Bueno, me gustaría verlo a solas. Para hablar con él, tranquilamente, en profundidad. Y no creo que en ese acto nos sea posible.

—Pero... —Se había quedado estupefacto—. Pero, vamos a ver..., ¿para qué quieres tú hablar a solas con ese crío? No le irás a decir ninguna barbaridad, ¿no?

—Por Dios, Chema, cómo puedes pensar...

—Blanca, Blanquita, no te hagas la santa, que nos conocemos.

Ante esta tácita reprimenda, Blanca Luz no pudo evitar sonreír, como una niña cogida en falta, mordiéndose los labios.

—Te juro que me portaré irreprochablemente —lo dijo con voz meliflua, levantando con solemnidad la diestra.

Al verla en esta pantomima, Chema apenas pudo reprimir las ganas de echarse a reír. Pero tenía que mantener la apostura de un negociador pedregoso.

—Pero, vamos a ver, que yo me entere, ¿qué es lo que te propones?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Sí, yo te lo pregunto —replicó el interpelado sin dejarse cazar.

—Nada, Chema, nada en absoluto. No hay ninguna intención oculta o espuria. Mis propósitos son nobles por entero. Simplemente me muero de la curiosidad. Estuve años de mi vida a vueltas con Martín. Tú bien lo sabes. Y, ahora, de golpe y porrazo, me sueltas la bomba de que por el mundo deambula una miniatura suya que, encima, viene hacia acá. Oye, chico, una tendría que poseer una templanza de acero para no sentir un mínimo de

interés... No sé, me ha despertado ternura pensar en ese crío. Quise a su padre, aún le guardo cariño, y me haría ilusión conocer a su retoño. Además, ¿tú sabes lo aburrida que se ha vuelto mi vida últimamente? Esto es un notición. ¿Y me vas a privar del placer de ser partícipe del vodevil? Eso no se hace, José María Casabella.

El aludido meneaba la cabeza, mordiéndose los labios, o, más bien, la sonrisa que se le había colado en ellos.

—Desde luego..., ¿no tienes remedio, eh? ¡Eres una cotilla!

—Me declaro culpable de los cargos —admitió cómicamente—. Eso sí, Chema. Si accedes, tendría que pedirte otro favor: que no le digas nada a Martín. No le cuentes que te he pedido conocer a su hijo.

El rostro de Chema, que se había ido suavizando, al oír aquello se tornó lóbrego. Sus facciones se volvieron de cartón.

—No, Blanca. Eso no. Siempre es la misma monserga. Maniobras raras, conciliábulos, manejos entre vosotros dos..., y yo en medio. El bobo en el fuego cruzado. Y, al final, saliendo escaldado para no variar. No hay que ser muy listo para verlo. Estoy harto. Esto ya me pilla con demasiados años. No me vas a embolicar de nuevo. Búscate a otro pazguato. No quiero líos.

Se había enfurruñado. Blanca Luz le tentó el antebrazo.

—Pero Chema, entiéndelo. Lo que te pido es totalmente razonable y comprensible. Me da mucha vergüenza que Martín se entere. Y es que no tiene por qué. No hay cuidado. Da igual que yo vea a su hijo o que no lo haga. No hay motivo para que lo sepa. Y, a cambio, por el mismo precio, tú me ahorras a mí un bochorno innecesario. Y yo te lo agradecería en el alma.

—Que no, Blanca. Que luego estas cosas turbias siempre salen a la luz, como los ahogados, y el que se tiene que abochornar soy yo. Que no se me pone a mí el carrillo colorado otra vez por vuestra culpa, demonio.

Blanca Luz se replegó. El brillo desapareció de sus ojos. Resolló.

—Está bien, Chema. Tienes razón. Tus reproches son justos. No te pediré que me conciertes un encuentro con el hijo de Martín. Hacerlo sería, en efecto, extralimitarme.

—Gracias —repuso él, más bien ufano y también un poco atónito al ver que se salía con la suya tan fácilmente.

—Peero... —Claro, ahí estaba. El peaje—... ¿Qué ocurriría si yo, por un casual, me enterase de que tú y ese niño vais a estar tal día, tal hora, en tal sitio y, siempre casualmente, no lo olvidemos, yo pasase por ahí? O, mejor

aún, que yo no me hubiese enterado, que no me lo hubiese dicho nadie. Que se tratase solo de una formidable coincidencia. A veces, esas cosas suceden, ¿no? Y, ¿a quién vamos a culpar por ello?

Chema la miró, ceñudo. Su expresión era angelical. Pura inocencia.

—¿Qué quieres, Blanca Luz?

—No que quedemos. Solamente un día. Una hora. Un sitio. Lo demás corre de mi cuenta. Tú no tendrás nada que ver. Todo se deberá el azar.

Él resopló:

—Mira, eres..., eres capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que quieres, ¿verdad?

El rostro de ella era una máscara de cera. Había dejado de jugar.

—Chema, es un favor que te pido. El último. Por los viejos tiempos.

Y alargó la mano para apoderarse de la muñeca de su amigo. La apretó con inusitada fuerza. Él la miró con un leve sobresalto. Muy fugazmente, solo por un instante, acertó a ver que los ojos de Blanca Luz relampagueaban. Y, como si su voluntad ya no le perteneciese, asintió. «Gracias», dijo ella en un susurro. Al segundo siguiente, ya lo había soltado, y se dedicaba a parlotear con jovialidad sobre aspectos prácticos.

—¿Qué dices entonces que harás en los próximos días?

—A ver, Blanca Luz..., no dispondremos de mucho tiempo. Si va a tratarse de un encuentro fortuito, tendrás que conformarte con que sea breve, o el chaval sospechará.

—Bueno, no tiene importancia —replicó Blanca Luz, inasequible al desaliento—. No es que quiera pasar la tarde entera con él. Con que estemos a solas unos instantes, me basta y me sobra.

—En ese caso, la tarde del martes 16 tengo planeado llevarle al museo para enseñarle la sala dedicada a su padre. En la que nos hemos encontrado hoy, vamos. Seguramente, le mostraré las pinturas a última hora, cuando haya menos gente, para que el crío pueda contemplarlas tranquilo. Lo mejor es que acudas a la puerta a la hora del cierre, y aprovechas para hablarle un momentito. Yo fingiré que tengo que hacer un recado por ahí cerca y así os quedáis en intimidad sin que nadie os moleste. Pero volveré pronto, que te quede claro. Y nada de temas comprometidos —le advirtió, moviendo el dedo muy serio—. Ya ves que me estoy fiando de ti, así que no me la juegues.

—Perfecto, Chema. Perfecto. Por mi parte, juraré y perjuraré que todo fue

obra de la casualidad.

—Que sí, Blanca Luz, que sí. Ay, Señor. Si es que no aprendo.

La noche empezaba a dejarse caer en los cepos de Madrid. Algunas farolas adelantadas a su tiempo ensayaban, ya a esa hora, unas fosforescencias sucias y mortecinas a las que el vigor último del ocaso todavía ganaba por la mano. Aunque no por mucho rato. Los letreros de los bares comenzaban a iluminarse con un aire turbio y equívoco. Triste. Los transeúntes apretaban el paso. El ruido de los coches se iba degradando hacia el ronroneo desgarrado. Los pájaros habrían roto a cantar para despedir el día si alguien hubiera estado dispuesto a escucharlos. Unas sombras crecientes como manchas de aceite derramado se engolfaban en la espesura de los parques y tomaban posesión de las plazas, desalojando a quienes momentos antes habían calentado los tableros de los bancos y habían sembrado el suelo con cáscaras de pipas. Un frescor oscuro comenzaba a condensarse en un aire al que se le estaba apagando el rojo, como el ascua exangüe de un cigarrillo que se vuelve ceniza. Y Blanca Luz se dirigía hacia el Museo Nacional. Una vez más. Pero en esta ocasión no iba a ver el cuadro. No podía creer que fuera a conocer al hijo de Martín. Prefería no pensarlo mucho, como si estuviera contemplando a otra desde fuera. La heroína de alguna tragedia griega a la que pudiera compadecer, pero en ningún caso meterse en su piel. Por si acaso. Por lo que pudiera sentir.

Cuando llegó, ascendió la escalinata de la entrada y se apostó en la puerta, como un cazador al acecho. Aunque, tal vez, en aquellos momentos, se asemejara más a la presa. Una presa que se había adentrado ella sola en la ratonera. Comenzó a pasearse a zancadas, consumida por la impaciencia, agarrando el fondo de sus bolsillos. De no contenerse, se habría puesto a saltar del nerviosismo, para entretenerlo en algo y que no le cabrilleara por dentro de las venas. Los últimos visitantes ya raleaban y se perdían calle adelante, tras una edificante tarde en el museo. Y, entonces, oyó el chirrido de los goznes a su espalda. Se abría una puertecita lateral. En su quicio, apareció Chema, acompañado por una esbelta figura que le llegaba por el hombro.

Al ver a aquel niño, Blanca Luz notó que su mente perdía pie. Era como haberse extraviado en un *dejà vu* y no encontrar la salida. En estos casos, el

presente suele acudir al rescate en cuestión de segundos, pero el cabo de soga que debía tirar de ella para atarla a través del tiempo no aparecía. Nadie puede quedarse más de un minuto en una fosa de la memoria sin sufrir un trastorno, y por eso se echó a temblar. Aquel jovencito contenía a Martín. Los ojos eran más claros, aunque de la misma forma, y el cabello, quizá menos ondulado. Pero la barbilla, el dibujo de los labios y, sobre todo, la altivez de la nariz, eran idénticos. Y aún había ese algo más, inaprensible, que no se puede transferir a las palabras. Un algo sustancial y definitorio que tal vez solo pueda ser apreciado por los que han amado esa esencia hecha de actitud, de gestos, de matices, de expresiones, de imperfecciones camufladas, de destellos, de reacciones, de instantes, de miradas.

Blanca Luz sonrió con ironía al establecer una analogía entre su caso y el de todos esos galanes de novela rosa y seriales radiofónicos que, un buen día, por azares caprichosos de la vida, se encuentran con el hijo de una mujer con la que compartieron pasión y lecho hace años (los mismos que tiene el muchacho al que acaban de conocer) y, con la angustia y el orgullo mezclados, se afanan en sorprender una forma de caminar o de mover las manos, un color de pelo, un aire en la sonrisa o un vestigio en los ojos, que les recuerde a ellos mismos, como una manera incontrovertible de saber que, del antiguo amor que creían extinguido, quedó más legado que el del mero recuerdo, y que la mujer a la que amaron ha tenido que vivir desde entonces reconociéndolos día tras día, teniéndolos siempre presentes en la imagen viva y corpórea de lo que gestaron juntos, en un tiempo que ya se esfumó.

Ella, en cambio, no podía jugar a esas adivinanzas, ni dejarse seducir por esas dudas. No había lugar a las cábalas o a las conjeturas. Como no podía ser de otro modo, tenía la plena certeza de que no lo había parido. Aquel niño no era de ella. Y sí de Martín. De él y de otra mujer, con la que había llegado a fundirse hasta el punto de echar al mundo una sola carne, una sola sangre, que provenía de ambos. Un hijo.

Blanca Luz, muy en el fondo, siempre había albergado la íntima soberbia de pensar que ella era el amor verdadero de Martín. La única posible. Que, pasara lo que pasara, no podría ser de otra manera. Que jamás él se uniría tanto a alguien como a ella. Que su historia era irrefutable, por nada ni por nadie. Pero de pronto aquello... Un hijo se trataba de un buen argumento en contra de su teoría. Un argumento demasiado insoslayable. Y tan contundente que la dejó fuera de juego. No era el momento idóneo para que aquel niño se

le acercara, pero Chema ya lo estaba empujando hacia ella con suavidad, y el encuentro mutuo se hizo inevitable. Tan inmersa se hallaba en el remolino de sus reflexiones, que captó a medias la farsa orquestada:

—... ¡Hombre! ¡Qué casualidad! ¡Lo que nos ha traído la marea! ¿Cómo estás, querida? Cuánto tiempo. Mira, salúdala, es una vieja amiga mía.

—Mucho gusto.

La voz del chiquillo sonaba cristalina, animosa, espontánea, mientras le tendía la mano para estrechársela.

Chema le dirigió a Blanca Luz una mirada en la que chisporroteaba un mudo reproche, con la que quería decirle que le tocaba el turno de apañárselas. Le traspasaba el bulto. Que lidiara ella con aquel pesado costal. Blanca Luz se hizo cargo. Apretó con cordialidad aquella mano que el pequeño le ofrecía.

—Me acerco un momento al estanco de la esquina a comprar unos cigarros. ¿Me esperáis los dos aquí? Así podéis charlar mientras tanto de pintura. ¿Sabes que esta señora es muy aficionada al arte?

Y Chema se alejó en busca de su coartada de nicotina, al tiempo que el chiquillo le preguntaba a Blanca Luz con los ojos muy abiertos si era verdad aquello.

—Oh, sí.

—Pues ¿sabe que mi padre es pintor?

El gran tema no había tardado ni dos asaltos en salir al cuadrilátero. Blanca tuvo que reunir aire para no ponerse verde.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama tu padre? Igual me suena.

—Martín Pendragón —repuso el niño lleno de orgullo.

Para entonces, ella ya se había preparado para fingir un pico de asombro.

—¿De verdad? ¡Pues claro que me suena! ¿Cómo no va a sonarme? Con lo famoso que es. Yo admiro muchísimo a tu padre.

El muchachito sonrió, jubiloso, y, acto seguido, arrugó su nariz pecosa y quiso saber.

—¿Le conoce usted?

—¿A quién? ¿A tu padre?

—Sí.

Blanca Luz había intentado ganar tiempo con aquella pregunta estúpida. Las rodillas habían empezado a temblarle.

—Pues... no, no... Ojalá, pero no. No tengo ese placer. Pero me hace

mucha ilusión conocerte a ti.

—Oh, ¿en serio? Pues muchas gracias. Pero es que yo... no pinto —se excusó el chiquillo, encogiéndose de hombros.

Blanca Luz se echó a reír de corazón.

—Por eso no te preocupes. No hace ninguna falta que pintes. Con que me digas tu nombre, me conformo. A este Chema desmemoriado se le ha olvidado. Ha hecho una chapuza de presentación.

El niño sonrió ufano y proclamó:

—Me llamo Francisco.

A Blanca Luz se le congeló la sonrisa y el corazón comenzó a baquetearle frenéticamente en las sienes. Se le hizo necesario tragar saliva.

—Ah. Conque Francisco, ¿eh? Es..., es un nombre precioso. Yo soy Blanca Luz Miranda —dijo sin saber bien ni lo que decía.

—Me lo puso mi padre —abundó Francisco—, por un profesor suyo. El que le enseñó a pintar. Quiso que me llamase igual porque le está muy agradecido.

—¿Ah, sí?

—Sí, sí. Se acuerda mucho de él. Lo nombra todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo?

—Bueno, todo el tiempo no —reconoció el chiquillo—. Pero ¡sí muchas veces! Dice que le debe un montón de cosas y que era un hombre muy bueno.

«Sí, y ese hombre tan bueno podía haber sido tu abuelo», pensó Blanca Luz para sí, contemplando a aquel niño con infinita dulzura. Tuvo que apartar la mirada de aquella carita menuda que sonreía con tanta franqueza, coronada por un par de ojos vivos y radiantes que a ella la arrastraban al pasado, a pesar de que, con ellos, Francisco Pendragón solo vería el futuro.

Blanca Luz se obligó a replegar las lágrimas y decir con alegría la primera frase flotador que le pasó a la deriva por la mente.

—Pues qué suerte que tengas un nombre tan bonito y que te llames igual que ese señor tan bueno.

El pequeño Francisco miró un momento el suelo.

—La verdad es que no me gusta mucho mi nombre.

—¿Ah, no? ¿Por qué? —se apresuró a preguntar Blanca Luz, aliviada por que la naturalidad infantil la requiriera en otra parte que no fuera su propio drama.

—Porque me parece muy largo, y muy serio. De persona mayor. Tal vez

cuando sea más viejo, empiece a gustarme. Pero, de momento, prefiero que me llamen Paco.

—¿Paco? —inquirió ella, sinceramente sorprendida y a punto de sucumbir de nuevo a la risa.

—Sí, Paco —confirmó el susodicho—. A mi madre no le convence mucho. Dice que es... «vulgar». Pero a mí no me lo parece. A mí me gusta.

—¿Por qué?

—No sé. —El chiquillo lo pensó un momento—. Porque en Francia no hay nadie más que se llame así. Y suena bien. Es un nombre gracioso... ¿A ti no te gusta?

—¿A mí? —Blanca Luz se llevó la mano al pecho, desarmada otra vez por aquel mocoso, por sus ojos transparentes y curiosos, que mostraban un interés tan sorprendente como real por conocer su opinión—. Sí, sí —balbuceó—. Sí que me gusta. Francisco es bonito, pero Paco te pega más. Si te parece, yo te llamaré así de ahora en adelante.

—Oh, genial —contestó él, al tiempo que se le ensanchaba la sonrisa—. Porque, además, no suelo contestar cuando me llaman de otra manera.

Blanca Luz se rio.

—Ya veo que eres un poco rebelde y que tienes las cosas claras... —«Igual que Martín», pensó. Por asociación de ideas, agregó—: ¿Y tu padre? ¿Qué piensa él de que quieras que te llamen Paco y de que no respondas por tu nombre completo? ¿Lo aprueba?

—Él siempre dice que lo más importante en la vida es saber lo que uno quiere y que, si es así y con quererlo no le haces mal a nadie, no debería haber razón para que los demás no lo quieran también e intenten convencerte de lo contrario.

Al oír aquello, Blanca Luz sonrió orgullosa hasta la médula de que Martín hubiera educado a su hijo de aquella manera. En aquellas palabras del niño reconoció al hombre al que ella había conocido y amado. Sus ideas, sus convicciones, que latían tras aquella apariencia que también era la de él. Ese cuerpo joven, facsímil de otro, que, sin embargo, ya no era para ella. Ahora solo le era lícito contemplarlo con ojos de madre, no de amante. Y entonces, como nunca, se dio cuenta de hasta qué punto había pasado su momento, mientras ella se entretenía en vivir dándose a sí misma gato por liebre, coleccionando farsas, huyendo a perpetuidad para que no le ocurrieran cosas reales como aquel muchacho. Toda su vida se reducía a un engaño

delicuescente. Y no había a nadie a quien culpar. La propia Blanca Luz había tendido la trampa. No podía llorar por haberse pillado los dedos en el cepo. Sin embargo, sentía cómo la garganta se le ocluía, con un miedo primitivo, físico, animal. Y para no asfixiarse con aquella serpiente que se deslizaba por su tráquea, sonrió a Paco con desesperación, diciéndole:

—Es un hermoso consejo ese que te ha dado tu padre. Por lo que veo, además de pintar como los ángeles, es un hombre sabio. Así que, hazle caso. Si le prestas atención a lo que te dice, te irá bien en la vida. Seguro.

—Lo intento —aseguró el chiquillo calurosamente.

—Bueno, bueno, ya veo por la charleta tan animada que lleváis que no me habéis echado de menos ni lo más mínimo —terció de pronto la voz de Chema, que ya regresaba con un paquete de Camel sobresaliendo por el bolsillo delantero de la chaqueta—. Ya me imaginaba que haríais buenas migas, pero me temo que Paco y yo tenemos que marcharnos. Si no, se nos va a hacer tarde.

Blanca Luz parpadeó bruscamente, regresando a la realidad. El tiempo volvió a correr a su ritmo normal.

—Sí, claro. Cómo no. Ha sido un placer, Paco. No sabes cuánto me alegro de haberte conocido.

—¡Yo también me alegro! —replicó el niño.

Sonaba sincero. Blanca Luz no pudo evitar inclinarse y atraerlo hacia sí para darle un beso. Le hizo bien sentir contra su boca aquella mejilla suave y pecosa. Aunque también resultó perturbador en cierto modo. Por fortuna, fue rápido. Cuando se incorporó, le acarició fugazmente la cabeza, mientras Paco Pendragón se volvía para irse con Chema.

Blanca Luz regresó a casa teniendo ya plena conciencia de no haber dejado ninguna huella. La siguiente generación, la vida que había continuado abriéndose paso al mismo tiempo que ella la dejaba escapar, era la prueba que necesitaba. Nada que mereciera la pena le debía su existencia. El suyo había sido un camino evanescente, sin un poso que lo fijara a la realidad. No había querido asumir y enfrentar el dolor que conlleva construir cosas auténticas. No se había atrevido a embarrarse hasta los codos. Y ahora le tocaba pagar la deuda.

—Hola, enano. ¿Cómo estás?

—¡Hola! Bien.

—¿Te está gustando España?

—Sí. Mucho. Tendríais que venir vosotros también.

—Lo intentaremos. Lo que pasa es que ahora tu madre y yo tenemos mucho trabajo por París.

—¿Estás pintando algo nuevo?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Aaah..., ¡eso no se dice! Que si no, ¡se gafa!

—Bueno. Pero ¿me lo enseñarás cuando vuelva?

—Déjame que lo piense...

—Por fa...

—No sé si me convences...

—Halaaa...

—Bueeeeno. De acuerdo. Así podrás sacarme faltas. Con todos los cuadros bonitos que debes de estar viendo en Madrid, estarás aprendiendo un montón. Vas a volver hecho un maestro.

—No sé yo...

—Que sí, hombre. A ver, cuéntame, ¿te ha gustado Velázquez?

—Sí. Pero creo que en el cuadro ese de Las Meninas pintó a demasiada gente junta. Y la rubia del centro es una cursi.

—Jajaja. Anda que..., mira el mocoso este. Enmendándole la plana a Velázquez nada menos..., menudo crítico estás hecho tú... ¿Y Goya? ¿Qué me dices de Goya?

—Está bien. Pero el cuadro del hombre ese que se está comiendo a su hijo me da miedo.

—¿Saturno?

—Sí. Ese. Tiene ojos de loco.

—Tienes razón. A mí también me asusta.

—Además, ¿por qué se come a sus hijos? ¿Está mal de la cabeza?

—Algo así... Es que es una alegoría.

—¿Qué es una alegoría?

—Pues es... como un símbolo.

—Ah. Y este, ¿qué simboliza?

—Al tiempo. Saturno es el dios del tiempo. Por eso devora a sus propias criaturas.

—¿El tiempo está loco?

Martín suspiró.

—Sí, hijo, sí. El tiempo es un demente. Ya te darás cuenta a medida que pase. Hace cosas muy raras.

—Y que lo digas. Si es capaz de comerse a sus hijos...

—Bueno. Si te sirve de consuelo, te prometo que, por muy padre tuyo que sea, yo jamás te zamparé.

—Ja. ¡Eso ya lo sabía!

—Ja. Vale, vale, Paquito. Ya veo que eres muy listo.

—Eh, no te burles... Bueno, papá, me voy a tener que ir a dormir.

—Sí, que ya es tarde, y las llamadas de teléfono cuestan un ojo de la cara. ¿Quieres que le diga algo a tu madre de tu parte?

—No. Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—Muy bien. Entonces buenas noches, cuídate mucho y port...

—¡Ah! ¡Papá! ¡Se me olvidaba contártelo!

—¿El qué?

—Que esta tarde en el Museo Nacional me he encontrado a una señora que me ha dicho que te admira mucho.

—¿Ah, sí? Qué amable. ¿La conozco?

—Me ha dicho que no, que no te conocía. Pero me la han presentado. Tiene nombre de cuento.

—Ah. Mira tú. ¿Cómo se llama?

—Blanca Luz Miranda.

Me he quedado hasta tarde escribiendo. Hasta muy tarde en realidad. Aun así, me he dormido antes de que acabara la cinta de la lorita. El botón ha saltado solo. Lo último que he escuchado es un retazo de conversación en el que yo le decía a Blanca Luz: «Así que cuando se enteró de que Martín tenía un hijo se lamentó por no ser la madre de ese niño..., vamos, que se quedó en plan “la cagaste Burt Lancaster”, ¿no?». «¿Qué? ¿Cómo dice? —La voz de la vieja sonaba escandalizada—. ¿Que me quedé en plan qué?». «Nada, olvídalo. Solo es una expresión, por la rima... Pero como le decía...». Y en ese momento ella me interrumpía y se excusaba: tenía que irse, al hospital de la Virgen de la Columna. Su hermana está ingresada allí. «¿Quién? ¿Sofía? —Me extrañaba yo—. No sabía que mantuviesen el contacto, como me dijo que lo perdieron durante la guerra, cuando ella se casó...». «Sí. —Se impacientaba ella en la cinta—. Pero lo recuperamos cuando me mudé a Madrid, y más en los últimos años, a raíz de que su marido falleciera. Hace una semana se rompió la cadera, y yo voy a visitarla casi a diario. No quiero que esté sola, los hijos no le hacen mucho caso...». A partir de ahí hasta ahora que me he despertado, pasadas la once y media de la mañana, se abre un hueco en mi cerebro. Desde que ando inmersa en esta historia, he perdido la noción del tiempo. Y ya no solo las veinticuatro horas que tiene el día, confusión que me hace levantar a las tantas, trasnochar como los búhos, desarreglar el orden de las comidas, no saber cuál es un buen momento para lavarme los dientes (o me los cepillo con una frecuencia excesiva o demasiado poco) y convertirme en un ser imprevisible y errático para quienes conviven conmigo, en concreto, mis padres, que ya piensan que comparten techo con una especie de Mowgli salido de la selva. Sino también el tiempo

en su sentido más amplio, el que necesita de los años y las décadas para desarrollarse en toda su extensión. Y así, ya no sé con mucha exactitud si vivo en los locos años veinte, si acaba de estallar la Segunda Guerra Mundial, si hace más de un decenio que vi a mis amigos por última vez, si esos recuerdos que Blanca Luz me cuenta pasaron hace un instante o si Victoria Prego sigue presentando el Telediario de la noche, porque, al fin y al cabo, ya nos encontramos en las postrimerías del siglo xx. En definitiva, que ahora mido el tiempo con los relojes blandos de Dalí, y por eso es casi la una del mediodía, y yo todavía ando desgañada, con unas legañas hurañas pegoteándome los ojos y con el antojo de tomarme una taza de café mientras peleo con la manga de mi bata para que se introduzca a lo largo de mi brazo, cuando mi madre irrumpe en el cuarto, arruga la nariz al verme las pintas y no me endosa una bronca porque tiene un recado que darme: no es de hogar decente hacer esperar a la persona que ha preguntado por mí al otro lado de la línea telefónica.

—Te llaman.

—¿Quién?

—No sé. No he reconocido la voz.

Y entonces, una intuición me remueve todo el cuerpo. ¿Será él? ¿Mi amante del museo? ¿Acaso está dignándose a ponerse en contacto conmigo, tal y como había prometido en nuestra decepcionante despedida? Me precipito pasillo adelante, como un pato con prisas, tropezando con mis pies palmípedos dentro de las pantuflas. Me propino un golpetazo en el hombro por calcular mal las distancias al doblar la esquina. No importa. Allí está el auricular lacado, de color ratón, aguardando sobre la mesa como una excitante promesa patrocinada por la Telefónica. Lo cojo con ansia, pero, antes de echármelo a la boca, adopto una postura de aplomo. Dominio de la situación. Vamos a ver, tranquilidad. Solo es un auricular descolgado. Solo es un hombre. Muy guapo, sí. Pero un mortal, a fin de cuentas. Inhalo aire y, ahuecando la voz, para que suene tan relajada, displicente y sexi como la de una cabaretera, susurro, toda sofisticación y malditismo:

—¿Dígame?

Y, entonces, una voz chillona de mujer pregunta por mí. Huelga decir el estrépito inconmensurable y helado con el que todo se me viene abajo. Desinflada como un globo en un jardín de cactus. No tardo ni dos segundos

en recuperar mi voz de diario, con la que aseguro que sí, que soy yo.

—Estupendo. Me llamo Úrsula Linares.

Lo siento, excelsa dama castradora de ilusiones, pero no tengo el honor de saber... Enseguida se explica:

—Soy la encargada de la sala de Martín Pendragón del Museo Nacional. El guarda jurado me ha pasado su teléfono, me ha contado que estuvo usted allí hace algún tiempo, muy interesada en los cuadros del autor, que quería hablar conmigo... —De pronto, la luz de la comprensión se enciende en mi cabeza, me había olvidado por completo de aquella correría que se remonta a la prehistoria de esta historia; ella continúa—: Ya disculparé la tardanza. Regresé hace poco de un viaje que me retuvo un mes fuera de Madrid, y luego he estado muy liada poniéndome al día con todos los asuntos que llevaba atrasados..., y se me han ido pasando las semanas...

La verdad sea dicha, lo último que me esperaba era recibir esa llamada. De modo que el vigilante no quería ligar. Solo ayudarme sinceramente. Yo, una desconfiada... y, visto lo visto, un callo malayo. Ya no es solo que pase de mi estampa el hombre más guapo de la tierra, sino que además un vigilante cincuentón, tripudo y aburrido de su sombra no había ni fantaseado con la idea de tenderme una celada amorosa. Pues vaya. Menuda racha. Antes de que el brote paranoide de autocompasión me abduzca en una espiral destructiva de las que sacan granos, la conversación con otro ser humano real, Úrsula Linares, me obliga a centrarme y a reconocer lo que es esto: una buena oportunidad. Tal vez pueda sacar algún provecho si cultivo esta relación que se me ha ofrecido en bandeja de forma tan desinteresada como providencial.

—Eh, ¿oiga? ¿Sigue ahí?

—Sí, sí, disculpe. Es que, como hacía tiempo de aquello, me ha pillado un poco desprevenida...

—Entonces, ¿está todavía interesada en que nos veamos?

—Claro. Por supuesto. Cuando y donde a usted le venga bien.

Y quedamos esta tarde en el museo. Oye, no del tipo que yo imaginaba, pero, al final, de esta llamada telefónica ha salido una cita. Quien no se consuela es porque no quiere.

Al remontar la escalinata exterior del museo creo distinguir las sombras de

una Blanca Luz cincuentona, sacudida por un temblequeo de rodillas y un sismo de recuerdos, en animada conversación con un muchachito despierto y curioso: el hijo de Martín Pendragón. Tal vez el estanco que hay en la esquina más próxima sea todavía el mismo al que Chema Casabella tuvo que recurrir para fabricarse un pretexto. La luz que, al ponerse, colorea la fachada es sin duda idéntica a la que les bañó entonces a todos ellos. Eso no ha cambiado. Al igual que las pinturas inmortales que pasan los años ahí dentro.

Úrsula Linares, jefa del departamento de Pintura Española Contemporánea del Museo Nacional, me estrecha la mano con calidez y firmeza. Es una mujer mayor e impecable, con los labios pintados de color rosa palo y cabello modelado en una permanente.

—Cuénteme. Qué la ha traído por mi ecosistema.

Hay franqueza en su tono. Y un timbre bienhumorado. Me inspira confianza en el acto. Así que, sin irme por las ramas más de lo indispensable, le explico que, aunque todos los Pendragones que conserva el museo son maravillosos, yo siento fijación por uno en concreto que, en el pasado, habían tenido colgado en sus muros, del que se desprendieron en los años cincuenta, y que acababa de ser subastado por la misma galería neoyorquina que se lo compró a ellos en su momento.

—Sé a cuál se refiere, claro. Fue una auténtica torpeza venderlo. Por aquel entonces, el patronato se regía por criterios un poco... Bueno, diremos que no eran los mejores. Es una lástima que una joya así haya acabado en manos privadas —supongo que Blanca Luz tendría algo que objetar a eso—, pero bueno, de nada sirve lamentarse, y menos por lo que hicieron mal otros. En fin, ¿y por qué ese vivo interés? Tratándose del cuadro de que se trata, no puedo reprochárselo; es magnífico, excepcional. Pero, aun así, ¿por qué esa pintura en particular? ¿Es curiosidad por el precio tan elevado que alcanzó en la puja?

No se me escapa que esta pregunta viene impregnada con un tonillo, si no peyorativo, cuando menos suspicaz. Y tengo la bendita intuición de que lo que realmente me está preguntando Úrsula es si mis razones para presentarme allí e interrogarla hunden sus raíces en el cenagal del morbo: el que invariablemente despierta algo que ha resultado carísimo y mediático (no en vano, yo misma había contribuido a esto último, con mi trabajo en la agencia de noticias). Lo que viene a insinuarme la experta es que ella solo se prestaría a hablar de la dimensión artística y espiritual. Si yo no soy más que una

superficial con ínfulas, ya puedo irme con viento fresco. Así que me apresuro a puntualizar:

—No, no, lo del precio, aunque impactante, no deja de resultar anecdótico...

Parece que acierto. Los músculos de su cara deponen la hosquedad... aunque la mantienen bien a mano para volver a esgrimirla si aquel señuelo de motivaciones elevadas no se corresponde con lo que aparenta. No le doy ocasión de enarbolarla.

Para que nuestro breve encuentro goce de continuidad, me invento en apenas unas milésimas de segundo que estoy escribiendo una tesis doctoral sobre Martín Pendragón, y que me he encallado en la parte que trata sobre ese cuadro. ¿No es lo más natural que acuda a las fuentes originales para documentarme y, así, desembarrancar? No me equivoco de táctica. Úrsula Linares aplaude la explicación con fervor. Y es que ella ha dedicado más de la mitad de su vida a algo tan delimitado como una sala de museo. Mucha gente no entendía cuando empezó, en los años cincuenta, y ni tan siquiera ahora, ya en los ochenta, que su tiempo se viese absorbido íntegramente por una estancia de sesenta metros cuadrados. Muy pequeña es su existencia si cabe allí. Que se haya consagrado a medrar en una carrera profesional en vez de recluirse en una cocina y en un paritorio ya es difícil de asumir. Pero que encima haya despreciado esos ámbitos vitales por unos cuantos cuadros cubiertos de manchurriones, arrojados por cuatro orates muertos de hambre, se trata de una extravagancia que por sí sola basta para sustentar el despelleje. Y es que, en los círculos eruditos, Martín Pendragón y sus colegas serán unos fuera de serie, pero, para el común de los mortales, si es que se atreven a la franqueza, resultan tan incomprensibles como se lo pareció a la concurrencia que se reunió en la casa de la calle Campana en 1920 para juzgar y abuchear una obra que ahora es un clásico y que entonces estaba recién pintada.

Así que esta rara avis, igual de incomprensible, se conmueve al constatar mi curiosidad. A fin de cuentas, una pasión compartida despierta los sentimientos más nobles en las buenas personas y los instintos más mezquinos en las malas. Puede ligar dos corazones con los lazos más fuertes o convertirlos en enemigos irreconciliables, dependiendo de en qué pecho palpiten. En el caso de Úrsula Linares, mis preguntas despiertan la predisposición más favorable. Automáticamente, se ofrece a guiarme con todo lo que sus conocimientos puedan aportar. Se lo agradezco de buen grado

y, así, nos hemos hecho amigas. Eso sí, juzgo prudente no revelar en ningún momento la relación que me une con Blanca Luz, ni nada de lo que he averiguado en este tiempo. En cambio, yo me cuido de extraer cuantiosa información... para mi tesis, por supuesto.

Así, me entero de que la propia Úrsula ya trabajaba en el museo cuando se instaló el cuadro de Pendragón. Como por aquel entonces ninguno de sus colegas mostraba ni el más mínimo interés por esa clase de pintura (más de uno despotricó y dijo con un bufido de desdén que se trataba de una moda pasajera y banal, y que llegaría el día en que verían salir aquella pintura por donde había entrado, desfilando en un ataúd, víctima de su propia futilidad), le asignaron a ella la sala, porque, al ser novata y mujer, la consideraban una advenediza a la que había que castigar con un muerto que nadie quería. Para ella fue un regalo, porque en cuanto vio aquel cuadro se quedó subyugada. Por eso no le importaba tener que personarse asiduamente en la sala en la que se exhibía, porque su colocación había suscitado, cómo no, quejas entre los compañeros a los que fastidiaba no haberla fastidiado. Para subsanar ese error de cálculo, insistían en complicarle la vida, alegando que el recién llegado, por sus proporciones y colores, rompía la armonía sobre cuya base se había articulado la distribución del resto de pinturas. Por ello Úrsula Linares, como máxima responsable, tenía que estudiar detenidamente los efectos que producía el nuevo conjunto y analizar, una y otra vez, las variaciones que podían devenir de sutiles cambios aquí o allá. Una queja habría supuesto su destitución, bajo el argumento de que no tenía «temple» para cargar con esa responsabilidad y con las críticas con las que cualquier profesional ha de saber lidiar. Ella no les dio ese gusto. Pero sí se dio a sí misma el de seguir estudiando concienzudamente la obra de Martín Pendragón.

Yo, hasta ahora, siempre he visto a este hombre, única y exclusivamente, a través de los ojos de Blanca Luz. Y, sin embargo, constituye un sorprendente hallazgo atisbarlo por primera vez desde la mirada de alguien que jamás ha hablado con él, pero que ha llegado a elaborar un fiel retrato de su persona, y ha penetrado en sus intenciones y sentimientos más recónditos. Úrsula Linares es toda una experta en Martín Pendragón. Inaudito enfoque el que me brinda esta mujer, y más feraz de lo que hubiese podido imaginar en un primer momento. Departir con ella es un baño fresco. Ella lee el alma de Martín a través de lo que él ha dejado tras de sí con los pinceles, enredado y palpitante en los lienzos. Blanca Luz es quien ha provocado muchas de las

emociones que habitan en sus cuadros, pero, sin la ayuda de Úrsula, quizá jamás habría llegado a entenderlas.

—El cuadro que le interesa pertenece a lo que podría denominarse la primera etapa del arte de Martín Pendragón —me explica Úrsula mientras nos extraviamos deliciosamente por la sala en la que una vez estuvo colgado—. Con un pintor contemporáneo, cuya producción suele resultar caótica, contradictoria, y tomar inesperados y asombrosos derroteros que desmienten toda la obra precedente, es más complicado establecer etapas, dividirla en compartimentos estancos o determinar influencias y clasificaciones. Sin embargo, en el caso de Martín Pendragón, se puede ver claramente que hay un punto de inflexión. En torno a 1941 se produce un giro en su forma de pintar. Abandona, o al menos aparca, un estilo compositivo, una combinación cromática y cierta iconografía (si es que se puede hablar de esta última en un artista que no es figurativo) que hasta ese momento, y desde sus primeros cuadros, habían presidido toda su obra.

—¿A qué se refiere?

—Se trata como de un hilo conductor, un *continuum* difícil de precisar, dado que no es una temática reconocible. Sin embargo, está ahí. Hay una unidad en la forma de tratar los colores, la pasión con la que estalla la paleta y, sobre todo, en un rayo de luz que se convierte en el elemento dominante de la composición. Es un fogonazo que, de una forma u otra, siempre se halla presente. Pendragón se las ingenia para introducirlo sea como sea. Hasta tal punto que, casi, casi, lo erige en *leitmotiv*. Es como una referencia a la que siempre vuelve, como un guiño al espectador, que puede tener la certeza de que si busca la luz, la va a encontrar. Esto dotaba a su obra de una solidez y una coherencia impresionantes. Permite identificar el sello Pendragón de un solo vistazo. Sin embargo, como le digo, llega un momento en el que, por algún motivo, esa constante, que tiene como exponente principal y más logrado la obra que nos ocupa, desaparece de sus cuadros.

—¿A partir del año 1941, dice?

Quiero cerciorarme, porque la mención de esta fecha me extraña en un primer momento. Según lo que me ha contado Blanca Luz, él dejó de pintarla, aproximadamente, a mitad de los años veinte, justo después de que él le regalara el cuadro y ella se lo reprochara con cajas destempladas. Ese, que él ya no la retratará, fue el motivo por el que discutieron cuando ella fue a buscarlo en el 1938, ¿no? Pero dejo que Úrsula prosiga.

—En efecto. El que este cambio sobrevenga en esta fecha tan simbólica, justo después de que los nazis entraran en Francia, donde él vivía por aquel entonces, ha inducido a muchos de mis colegas a atribuirlo a la ocupación de París. Es plausible, no digo que no. Como le he explicado, Martín Pendragón opta por eliminar de sus cuadros la luz. Y ¿qué es la guerra sino una pérdida de luz? En la obra de no pocos pintores, el estallido de los conflictos bélicos queda plasmado en un oscurecimiento de su paleta. La gama cromática se torna sombría, se plaga de tonalidades pardas, que reflejan en una perfecta lógica el pesimismo que tiñe el ánimo de sus autores..., y de países enteros. Cuánto más en obras en las que priman las emociones, de adscripción expresionista, como podrían considerarse las del señor Pendragón, salvando las distancias, por supuesto, con otros pintores de esa corriente, que pueden ser calificados bajo esta vitola con más pureza.

Y le tiro de la lengua.

—Entiendo más o menos lo que quiere decir... pero no sé por qué intuyo, Úrsula, que no está usted plenamente segura de que esa sea la explicación del cambio sufrido por Martín Pendragón.

—En fin, no digo que sea una interpretación errónea. La lógica que reviste es aplastante. Sin embargo, no me satisface del todo. Pero, bueno, mis reparos en admitir esa explicación se fundan más en una intuición que en pruebas empíricas, de modo que me es imposible justificarlos —replica con nerviosismo.

—Bueno, no le estoy pidiendo que publique su tesis en una revista, solo que me la confíe a mí. Ha logrado despertar mi curiosidad —la animo con la mejor de mis sonrisas.

Los ojos de Úrsula Linares brillan ante la ocasión que se le ofrecía de compartir con alguien una teoría temeraria, sin miedo a que la censuraran o abatiesen con argumentos mensurables y de peso, contra los que nada podría objetar.

—Pues bien, yo me inclino a pensar que el cambio en la obra de Martín Pendragón viene motivada por razones de índole... más personal. Creo que algo tuvo que pasar en su vida que lo hizo apartarse de la senda que siempre había recorrido fielmente, sin desviarse un palmo. Un acontecimiento íntimo que conmovió su mundo. Un desengaño o algo parecido. Es como si, hasta ese momento, siempre hubiese visto una luz que le había guiado y que, de pronto, se le apagó. No sé... Puede deberse a la guerra... Un desengaño

colectivo. Pero parece una decisión tan abrupta y deliberada que..., no sé. Me resisto a creer que se trate tan solo de un cambio de ánimo ante el panorama político. Podía haber dejado de creer en la humanidad o algo así ante las visiones desalentadoras y terribles de la invasión..., pero creo que ese proceso de desengaño hubiera sido más paulatino, más gradual... Si su vida personal hubiese continuado más o menos como hasta entonces, habría seguido encontrando motivos para representar la luz. Y, es más, con el fin de la contienda, ¿por qué no tendría que retornar la luz a sus cuadros, siquiera parcialmente? Y, sin embargo, no fue así. Además..., claro que no se puede explicar con palabras (en eso radica el embrujo, la fuerza y el desafío de la pintura de Martín Pendragón, en que no puede explicarse como no sea con el corazón en la mano), pero en los cuadros en los que sí aparece la luz hay algo que indica que el artista se está refiriendo a algo muy íntimo... Se siente. Esa pasión, ese ardor, esa entrega de cada pincelada, ese..., ese amor alude a la parte más intrínseca de su ser. Por eso el que la luz se desvaneciese de su pintura no puede ser sino la traducción de que, lo que quiera que se le apagara, le iluminaba dentro. Muy dentro.

Siento que las vísceras se me arrugan y, con un hilo de voz, prosigo con mis pesquisas:

—Y ¿qué pasa en su obra a partir de ese momento?

—Pues, como he dicho, en su producción posterior no hay ni rastro de luminosidad. Es como si Pendragón hubiera cegado un tragaluz. Prefiere continuar a oscuras, prescindiendo de ese emblema que durante años fue capaz de inspirar toda su pintura. La verdad sea dicha, lo que vino a continuación no es que sea peor. Es tal el talento que hay en su obra que esta no se degradó por desechar ese camino, sino que su trayectoria siguió por las nuevas vías sin que su valor sufriera menoscabo. Como artista tenía todo el derecho a innovar. Es más, casi era una obligación. Sí, todos lo hacen. Tarde o temprano, cierran capítulos y se prueban en nuevos terrenos. Los genios necesitan estímulos constantes, internarse en retos inexplorados.

Sin acabar de saber por qué, el alegato de Úrsula Linares me está deprimiendo profundamente y no puedo evitar proferir mi desencanto. Se me escapa un lastimero:

—Oh.

La aguzada sensibilidad de Úrsula lo percibe, claro, porque, adoptando el aire de la confidencia, añade:

—Bueno, ese es el discurso de puertas para fuera. Pero ¿sabe qué?, aunque cada quien pueda tener sus preferencias, para mí el mejor Martín Pendragón es el de la primera etapa, sin duda alguna. Puede que la última parte de su trabajo sea más compleja, su técnica más depurada e investida de soltura, que se adentrara en campos vírgenes con audacia y evolucionase, desde luego, y de forma muy satisfactoria, no lo niego. Sin embargo, pese a que los cuadros de sus inicios pueden resultar un poco... rudos, toscos o incluso ingenuos, la franqueza, la pasión, la inocencia que destilan son las que los hacen absolutamente arrebatadores y genuinos. Hay pureza, candor, porque Pendragón no se ha valido de ningún artificio, ninguna doblez, ningún parapeto... Por así decir, ha entrado en batalla a pecho descubierto, sin temor a que le hieran, sin ninguna reserva a presentarse tal como es, a revelarse tal como siente. Se ha fundido con la pintura por entero. La ha agotado hasta sus últimas consecuencias como medio de expresión, y la pintura lo ha agotado a él... Se ha dado a esa simbiosis, sin importarle perder su identidad en el arte. Pero, así, ha logrado que sea el arte quien lo salve a él... Bueno, me estoy poniendo muy metafísica. Perdóname, es que la pintura de este hombre me apasiona. ¡Precisamente porque a él también, y eso se transmite como una corriente eléctrica...! Y, en fin, ante semejante honestidad es muy difícil escaparse. No te deja opción. Solo puedes detenerte delante del cuadro y escucharlo, y resignarte a quedar cautivo de lo que te cuenta con esos colores. No existe lugar en el que sea posible esconderse de esa luz. Y por eso ese cuadro —dice Úrsula Linares, refiriéndose a la obra cuyo título, oportunamente borrado con una piedra pómez, no sabe y que, sin embargo, ha calado hasta los últimos pigmentos— es tan valioso. Constituye el estandarte más característico de la época dorada (o, por mejor decir, blanca) de Martín Pendragón. Una que, por sí sola, ha bastado para iluminar una página entera de la historia del arte del siglo XX... y que, por supuesto, ha marcado irremediabilmente la vida de su autor.

—Y ¿nadie ha averiguado cuál es esa influencia tan poderosa, capaz de provocar semejante revolución?

—No. Martín Pendragón vierte toda su sinceridad en el lienzo, la deja ahí y, más allá, ni una palabra que se avenga a explicar su obra. ¡A buen entendedor... ! No existe ninguna certeza sobre lo que hay detrás. A los que estudiamos su figura solo nos quedan las especulaciones. ¡Pobre pitanza!

—Y, sin embargo, Úrsula, usted parece tener motivos para creer, o conjeturar, que la obra de Martín Pendragón es el reflejo de su vida personal...

—En efecto —asevera la experta frunciendo sus labios de color rosa palo con suficiencia—. La responsable de que el señor Pendragón pintara así fue una mujer que lo volvió loco y que lo trajo por el camino de la amargura. Ni más ni menos.

La miro realmente estupefacta.

—¿En qué se basa? ¿Por qué piensa que todo se debe a un mal de amores?

Úrsula Linares sonríe con conmiseración.

—¿Y cuándo no, querida? ¿Y cuándo no?

Úrsula y yo seguimos hablando durante un buen rato. Y, en el curso de la conversación, sale a relucir la cuestión de cómo había llegado el cuadro al museo en el año 1953, en plena época franquista. De pasada, de hecho sin ninguna intención ni malicia, comento que, según tengo entendido, por haberlo leído en alguna revista, el gran promotor de la obra, quien había orquestado su adquisición para instalarla allí, había sido Eugenio d'Ors. Y, entonces, Úrsula entorna los ojos, me dirige una mirada cargada de extrañeza y me pregunta que de dónde he sacado eso.

—No lo recuerdo con exactitud... Durante la investigación de la tesis lo habré leído en alguna parte... Se emplea tanta documentación que, al final, una ya no sabe de dónde proviene cada dato, tendría que consultarlo... — Logro improvisar, y, de inmediato, inquiere—: ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no es cierto.

Su cara ha perdido la jovialidad que ha mostrado toda la tarde. Diría que hasta ha palidecido un poco. Trato de aparentar normalidad, como si no le concediese ninguna importancia al error.

—Bueno, me habré confundido. O la fuente estaría equivocada. Dígame entonces por qué cauce llegó el cuadro al museo. Me será de gran utilidad conocer una versión fidedigna.

Para estupor mío, Úrsula farfulla:

—Lo siento, pero eso no puedo decírselo.

Y, sin solución de continuidad, consulta su reloj con total descaro y me espeta que se ha hecho muy tarde, que el tiempo ha volado y que no puede quedarse más. Luego, momentáneamente, recupera la cortesía que ha demostrado hasta entonces y me asegura que ha sido un placer y que estará

encantada de atenderme en otra ocasión para ayudarme con la tesis. Pero esta predisposición la desdice la premura con la que recoge algunas carpetas que ha traído consigo, la brusquedad con que enfila la puerta y lo inapelable del ademán que me invita a que me marche de allí cuanto antes. Un tanto aturdida por cómo se han precipitado los acontecimientos, le estrecho la mano y, como una autómatas, salgo al pasillo principal del museo. Comienzo a caminar despacio, embebida en mis pensamientos: un remolino confuso y aledado en el que las cábalas no saben ni cómo tenerse en pie. Pero ¿qué ha ocurrido?, ¿qué he dicho yo?, ¿por qué ha reaccionado así?, ¿qué tecla he pulsado para que detonara aquella bomba?, ¿qué me ha dicho ella?, ¿que lo de D'Ors no era cierto? Eso. Y acto seguido ha pegado la espantada. Para no responder a mi pregunta. Una que, en apariencia, no puede resultar más simple: que cómo había llegado el cuadro al museo. Qué raro... y entonces ¡zas! Dos manos me tapan los ojos, arrebatándome la luz, y me obligan a detenerme. Me quedo paralizada. Un cuerpo se pega contra mi espalda y una voz planta un acertijo en lo más profundo de mi oreja:

—¿Quién soy?

No más pruebas ni enigmas, por favor. Con un deje suplicante, admito:

—No lo sé...

El telón vuelve a descorrerse y abandono las tinieblas para regresar al mundo del día. Impaciente, me giro sobre mis talones y... ¡él!

—¡Sorpresa!

—¿T-tú? —Es todo lo que logro balbucear.

—Ya ves.

El historiador guapo. El que no llamaba, el que no aparecía. Pues, de pronto, cuando menos lo espero, cuando menos me conviene, en ese momento crítico, allí está. Lucho por recomponerme, por aparentar frialdad. No me cuesta. En este instante, mis preocupaciones y mis dudas se encuentran bastante lejos, bastante por encima.

—Cuánto tiempo. Pensaba que no iba a volver a saber de ti.

—Claro. Es normal si te empeñas en darme esquinazo —me replica con una sonrisa en la que bailotea un suave reproche.

—¿Cómo?

—Te he estado llamando, y la operadora me decía que ese número no existía.

Parpadeo, perpleja.

—¿Cuál tienes?

Como un prestidigitador, saca una pequeña agenda del bolsillo y me recita una ristra de guarismos. Uno se ha colado por la cara. O, más bien, por el aturullamiento que me nublaba la cabeza la noche que se lo di. Esto, unido a mi tendencia innata a traspapelar los números (yo siempre he sido de letras), ha bastado para originar el entuerto. Se me pone roja hasta la punta de la nariz.

—Lo siento. Aunque pueda parecerlo, no lo hice aposta...

—Ya me lo imaginaba —responde, con lo que me parece cierta suficiencia—. No pasa nada. Lo que importa es que nos hemos vuelto a tropezar. Por lo que me contaste el otro día, intuía que sería fácil dar contigo por aquí, por eso he venido a probar suerte unas cuantas veces. No te has hecho esperar mucho.

Sonrío. Me alegra verlo. Me alegra que todo haya sido un malentendido. Y que él haya invertido algún que otro esfuerzo en encontrarme. Pero no soy capaz de apartar de mi cabeza la desconcertante escena que acabo de vivir con Úrsula. Y, sobre todo, lo que puede implicar. La inquietud no se debe tanto al pico de hielo que ha aparecido en el mar, sino a la enorme masa que tal vez aguarda debajo. Él lo nota.

—Oye, ¿te ocurre algo?

Me siento tan confusa que, aunque solo sea por ordenar mis ideas, registrándolas en el magín de otra persona, se lo vomito todo. Me escucha pacientemente y con atención.

—Bueno, pues entonces tenemos que averiguar quién hizo el depósito del cuadro, ¿no? —apunta resolutivo, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Cómo?

—Este museo tiene unos archivos inmensos y muy prolijos. Una vez, en la carrera, nos trajeron a visitarlos. Solo tenemos que colarnos y buscar lo que te interesa. Yo podría hacerlo en un periquete. Conozco el sistema de clasificación que usan.

Al ver que él aporta su parte de solución al problema, me veo impelida a no quedarme atrás, y pongo mi propio granito de arena.

—Yo conozco al vigilante de la sala de los Pendragones. Y creo que me tiene aprecio. Tal vez pueda contarle alguna milonga.

—Excelente. ¿Para qué necesitamos más?

Su entusiasmo me envalentona.

—Cierto. ¿A qué esperamos?

De modo que nos encaminamos de nuevo a la sala de los Pendragones. Yo, rezando para que Úrsula no rondase por allí. La fortuna está de mi lado. No se la ve por ninguna parte, y sí a mi amigo, al que ya he tenido ocasión de saludar hace unas horas, cuando me ha visto entrar con la jefa.

—Parece que hubo suerte, ¿no? Que la señora Linares la ha atendido. Ya le dije que era muy maja.

—Sí, mucho. Pero más majo es usted, que me hizo el favor.

El vigilante se encoge de hombros con falsa modestia, encantado con la coba y la gratificación que nos inunda cuando hemos sido útiles y, encima, nos lo reconocen.

—De nada, mujer. Para eso estamos. Para servir —dice mientras se rasca el oído con la uña del meñique.

Ya está. Sin él saberlo, por haber querido probar una dosis más de la droga de saberse necesario, se ha pillado las manos en el cepo. Porque aprovecho la rendija que deja abierta para entrar hasta el fondo y meterme en la cocina:

—Pues, ahora que lo dice, tendría que hacernos otro favor. Bueno, doña Úrsula me ha dicho que se lo pidiera a usted, que sabría lo que había que hacer y se encargaría.

Enarca la ceja, hincha el pecho, se cruza de brazos y pide que le cuente más.

—Tengo que consultar unos datos del archivo del museo. Doña Úrsula no se acordaba de unas fechas, y me ha permitido que las buscara yo misma, porque a ella no le daba tiempo. Como le he recordado que yo lo conocía a usted, ha dicho que entonces no había ningún problema, que le abordase directamente y que me proporcionaría el acceso.

Mi interlocutor frunce las cejas, me escruta dudoso. Trato de permanecer impasible, sin sudar, sin crujir los nudillos, ni apartar los ojos.

—¿Seguro que la señora Linares le ha dicho eso?

—S-sí. Claro. Son solo unos datos. Y un momentito. Los necesita mi amigo. Es historiador.

No sé por qué, tal vez porque quiero que me secunde en esta farsa en la que tan alegremente me he embalado yo sola (para mi propia sorpresa, todo hay que reconocerlo), me vuelvo hacia mi acompañante, que, menudo alivio, sigue ahí. Con admirable desenvoltura, acepta el testigo:

—Sí, soy de la Asociación de Historiadores Españoles. Ya sabe que tenemos derecho a consultar los fondos del museo. Mire, aquí puede verlo.

Y, con la misma ligereza con la que antes ha hecho aparecer la agenda, esta vez conjura, desde uno de los pliegues de su cartera, un carnet que pone bajo las narices del vigilante con perfecto aplomo. Sigo con la máxima atención cada uno de los finos trazos que se van dibujando en la faz de nuestro cancerbero a medida que completa el escrutinio del documento. Se rasca el cogote.

—Sí, tienen derecho, pero si lo solicitan con antelación, y no todas las secciones. Irrumpir así por las buenas en el archivo es un poco irregular...

Me alarmo. Si la negociación se convierte en una pelea de gallitos por demostrar quién lleva la voz cantante y está investido de más derechos, ya podemos dar por abortada la misión. Así que intercedo:

—Lo sabemos. Lo sabemos. Hay un procedimiento que, la próxima vez, cumplimentaremos encantados. Pero es que esto nos corre un poco de prisa. Úrsula lo sabe y nos lo ha querido facilitar, ya sabe... Una forma de compensarnos, porque, desde que vine a preguntar por ella hasta que me contestó, transcurrió mucho tiempo...

—Porque estaba de viaje. Que yo le di su teléfono en cuanto la vi.

—Claro, claro. Por eso. Yo sé que usted cumplió como pocos lo habrían hecho.

Al ver que le doy la razón y que le dirijo el mohín más seráfico de mi repertorio, sus reservas ceden.

—Bueno, está bien, si la señora Linares les ha dado permiso... —Y por un *walkie talkie* que lleva al cinto le comunica a su homólogo en los archivos que vamos para allá y que nos dejen pasar. Que son órdenes.

Mientras nos dirigimos a zancadas hacia el ala de los fondos museísticos, incrédulos con nuestra credibilidad («Sobre todo la tuya, has estado espléndida»), me felicita con una sonrisa radiante, traviesa, y un apretón elogioso en el hombro que me hace esponjarme de placer), no puedo dejar de maravillarme por la audacia, o temeridad, que he mostrado. No tenía ni idea de que yo albergara esa capacidad de echarle tanto morro al asunto. Me siento ingrávida, poderosa, desafiante, juguetona, eufórica. Genial. En efecto, al llegar, nos franquean la entrada y, una vez en el interior, mi compañero toma los mandos. Él es quien se maneja ahí. Y menos mal, porque la grandiosidad de aquel continuo de salas, a cada cual más atiborrada, exuberante y laberíntica, resulta inabarcable y un poco abrumadora. A partir de las indicaciones que yo le suministro, escoge una estancia; y en esa estancia, un

pasillo; y en ese pasillo, una estantería; y en esa estantería, una balda; y en esa balda, una signatura; y en esa signatura, un archivador; y en ese archivador, un separador; y en ese separador, un simple recibo; y dentro de esa muñeca rusa, un nombre.

—Eureka.

—¿Sí? ¿Ya lo has encontrado? ¿Quién le vendió el cuadro al museo? — Me impaciento—. ¿Fue D’Ors?

En un primer momento no me responde. Tiene el ceño fruncido. Se ladea para que el reguero de una luz indirecta del techo le alumbre el papelillo, fino como un cabello. Lo releé varias veces.

—¿Y bien?

Parpadea, como para salir de una ensoñación.

—Eh..., no. No fue Eugenio d’Ors.

—Pues ¿quién fue?

—Aquí pone que Hildebrand Wolf.

Me encojo de hombros.

—No me suena de nada.

Y entonces me mira fijamente a los ojos y me aclara:

—Pues a mí sí. A cualquier historiador le sonaría.

—¿Por qué?

Y se ríe nerviosamente.

—Porque fue un jerarca nazi.

—Normal que la pájara esa no haya querido contarte de dónde procedía el cuadro.

Ya estamos fuera, en una cafetería, y yo mareo una tila, incapaz de calmarme y de tomármela. Él sigue perorando, atorado de indignación.

—A un nazi, nada menos. ¡Se lo compraron a un nazi!

—No sé..., yo no entiendo nada....

—Pues está muy claro. Las fuerzas de ocupación nacionalsocialistas se dedicaron a arramblar durante la guerra con todas las obras de arte que encontraron desde los países eslavos hasta Francia, pasando por Austria, Holanda, Bélgica, la propia Alemania... Se calcula que solo en Polonia pudieron llevarse medio millón de piezas: ¡casi la mitad de todo su patrimonio artístico! En el este, saquearon museos, iglesias y colecciones

privadas. En el oeste, desposeyeron a los judíos con una impunidad total. Explotaron de todo: esculturas, relieves, tapices, orfebrería, libros incunables... y, por supuesto, cuadros. Renacentistas y barrocos, que eran los que más les gustaban, pero también de vanguardia, a pesar de que ellos lo consideraban «arte degenerado». De hecho, el Tercer Reich ya había retirado con anterioridad de los museos alemanes toda obra que pudiera considerarse moderna: impresionista, expresionista, cubista, surrealista, abstracta... El Pendragón se encuadra en esta categoría, claro. Pero, aun así, les interesaría, porque sabían que era rentable. Muchos dirigentes nazis trataron de colocar estas piezas en los países neutrales. Y está visto que en España lo tuvieron fácil. Los negocios de Hitler no nos molestaban demasiado.

—Lo que me resulta increíble es que el museo haya conservado el recibo. Una prueba que, en el fondo, está al alcance de cualquiera... Si se supiera...

—Bueno, esto es España..., hacemos las cosas de esta manera. El tipo que lo archivó no sabía que Hildebrand Wolf era un nazi, o presupondría que éramos los demás, los catetos de sus compatriotas, los que no lo sabíamos, por lo que no había peligro en dejar un rastro. Así funciona: o somos imbéciles o nos pasamos de listos. De todos modos, en el recibo he visto que el cuadro lo compraron en 1942, y hasta la rendición alemana, tres años después, Franco no suscribió los acuerdos de Bretton Woods, por los que se declaraba ilegal cualquier transacción comercial que hubiera tenido lugar durante la guerra entre el Estado germano y los habitantes de los territorios ocupados. De modo que el museo no estaba infringiendo la ley. Todavía no tenían ni que sentirse unos delincuentes por estar incorporando a su colección la obra que un boche de mierda habría robado a algún pudiente judío justo antes de mandarlo a un campo de exterminio, o que le habría comprado por un precio de saldo en el mejor de los casos. Todos hicieron lo mismo. Para el mundo civilizado y endeble de la posguerra, era necesario y conveniente acogerse al olvido de los horrores recién vividos y barrer a los muertos debajo de la alfombra, con la coartada moral y estética de que habían rescatado tesoros de la pira y de la náusea, y que no hacía falta formularse más preguntas incómodas. Y luego, en cuanto vieron que la comunidad internacional podía llegar a ponerse exquisita y quisquillosa con el tema, y más tratándose de una institución pública, vendieron el Pendragón oportunamente. Lo de los problemas presupuestarios..., un camelo. Puede que tuvieran problemas económicos, sí. Pero el motivo principal de la venta sería

que vieron la ocasión perfecta para deshacerse de él. Hala, el bulto escurrido a los americanos. A una galería privada, que no se iba a poner escrupulosa o a la que ni siquiera le interesaba enterarse. De paso, el museo se quedaba con un pico, pero, sobre todo, se lavaba las manos como Poncio Pilatos. Jugada perfecta.

Su voz se va encabritando, aprovisionándose de sarcasmo amargo. Concluye propinando una palmetada en la mesa. Yo me estoy mareando.

—Tu teoría tiene sentido. Lo que no acabo de comprender es..., has dicho que ese Hildebrand Wolf probablemente le arrebataría el cuadro a algún judío, y que a él se lo compró el Museo Nacional en 1942. Pero Eduardo se lo vendió a Eugenio d'Ors en 1938, precisamente para que lo tuviera el museo en el futuro... No sé. No logro ver la conexión. Hay algo que no cuadra. Pasos intermedios que faltan en el rompecabezas...

Me froto el entrecejo, totalmente desalentada. Con mi visita al museo, las cosas se han enredado de una manera prodigiosa. No sé de qué hilo tirar. Todo es una madeja inextricable. Le tengo que preguntar a Blanca Luz, a ver si, con suerte, ella sabe algo o puede arrojar alguna pista, por pequeña que sea. Quizá un conocido de su marido que fuese judío, o que le suene que este pudiese tener tratos con algún alemán..., a fin de cuentas, había sido comerciante, ¿no? Entonces, siento una leve presión en el codo. Él, apretándolo.

—Eh, no te preocupes. Ya lo averiguarás.

Le sonrío, agradecida. Y, para afianzar el terreno ganado con la aventura, proclamo:

—La verdad es que formamos un buen equipo.

—Oh, sí, parecemos Holmes y Watson.

—Ha sido increíble cómo nos hemos colado en los archivos —apunto con una risita exultante.

—Me lo he pasado muy bien, ciertamente —admite.

Esa pequeña victoria, y el que me sienta muy a gusto con él, tan cómplices, tan cercanos, me insufla la confianza necesaria para preguntarle algo que me lleva bastante tiempo quemando las meninges:

—Oye, he de reconocer que, durante estas semanas que hemos estado sin saber nada el uno del otro, me acordaba de ti, y, al igual que tú me buscaste en el museo, yo no pude evitar dejarme caer por tu barrio, por si nos topábamos casualmente... Bueno, había ciertas probabilidades, ¿no? A

cualquier Holmes, incluso a Watson, se le puede ocurrir la idea, a poco que le dé un par de vueltas... El caso es que te vi. Tú a mí no, porque me escondí. Me escondí porque bueno... ibas con otra mujer.

A medida que me escucha, la boca se le va abriendo de la sorpresa, los ojos se le enfurruñan y la alarma le ensombrece el rostro. Pero yo no puedo dejar de hablar. Necesito extirparme las dudas. Que me diga que todo ha sido un equívoco, como el del número de teléfono. Que solo se trata de su hermana. O de su prima segunda.

—¿Me espiaste?

—No, no..., nada de eso. No te espié. Solo fui a tu barrio y te vi de lejos...

Se cruza de brazos, estira las piernas, se repantinga en la silla y exclama mordaz:

—¿Y esto qué es? ¿Un interrogatorio?

Bajo la vista y replico con voz ronca:

—No. Porque puedes no contestar.

—Entonces, perfecto.

Toda la sintonía se evapora en milésimas de segundo. Permanecemos en nuestros asientos un par de minutos más, sin mirarnos, en un silencio rocoso, yo caracoleando la tila con la cucharilla. Hasta que él se levanta, me da un par de besos en las mejillas y se despide con una frialdad ártica:

—Bueno, mucho gusto en haberte visto de nuevo. Ha sido divertido. Suerte con tu investigación.

Y, sin más, se marcha. Qué guapo. Pero qué imbécil... Que le den. Aquí la menda se apea de este carro. ¡Pues será por peces en el mar!

—Blanca Luz, necesito hablar con usted.

—¿Hoy? Creo recordar que no tocaba. La emplacé para dentro de dos días. Es muy temprano y tengo recados que hacer...

—Me da igual —repongo mientras la aparto a un lado para pasar—. Es urgente.

Me sigue al interior de la casa, y, viéndome tan alterada, ni siquiera se atreve a afearme la brusquedad.

—¿Qué ocurre? —Ella también comienza a denotar cierta preocupación, al tiempo que toma asiento y me indica un sillón.

—He descubierto algo acerca del cuadro de Martín un tanto... inquietante.

Y tal vez usted esté al corriente de algo y pueda darme alguna clave. Todo es muy misterioso.

Frunce el ceño.

—¿Sabía que la pintura se la vendió al Museo Nacional un tal Hildebrand Wolf?

—¿Cómo? ¿Quién...? No conozco a ningún Hildebrand Wolf. —Parece realmente desorientada.

—Yo tampoco. Pero, al parecer, era un nazi.

El color huye de su cara. Los labios empiezan a temblarle. Los ojos, esos ojos indefinibles, se le velan. Se lleva una mano al corazón.

—¿Tiene alguna idea de cómo acabó el cuadro en sus manos? ¿Eduardo pudo haber...?

Me interrumpe, sin decir nada, con un gesto de la mano. Se levanta muy lentamente, rígida como una estatua, y creo entender que masculla muy agitada «conque fue así, conque fue así...», y se dirige hacia el ventanal que da al paseo. Las cortinas aún están echadas, pero una rendija de luz ha logrado entreverarse en un pliegue del terciopelo. A su lado, una lamparita ilumina tenuemente el salón. Prende una mano en el marco y se queda unos segundos eternos mirando fijamente la pared en sombras, ya en silencio. Luego, hunde la cabeza entre los hombros, como si pesara mucho para su cuello de trapo. Deja caer el brazo a lo largo del costado.

—¡Blanca Luz! ¡Dígame algo! —le reclamo. Me estoy quedando boquiabierto con su reacción. No es la que esperaba—. ¡Blanca Luz! ¿Qué pasa?

Al fin, se gira hacia mí. La luz del foco le talla los rasgos a contrapelo, como si fuese un ídolo de arcilla. Y empieza a hablar, de pie, con una voz telúrica.

—Bueno, ya que ha venido, no tengo más remedio que contarle una historia... En fin, para hacerlo, hay que retroceder desde el punto en que la habíamos dejado. Volver desde 1953 a 1938. Desde Madrid a la vieja ciudad del norte. De la paz, a la guerra. Sé que no es agradable pero... no hay otra opción. Para que se sitúe, recuerde que, en esos momentos, Eduardo y yo lo hemos perdido todo. Tenemos hambre...

»Y un día que yo estaba sola en casa, remendando por enésima vez unos calcetines agujereados, llamaron a la puerta. La desconfianza que prospera a la sombra de la guerra me hizo abrirla apenas unos centímetros, que bastaron

para que mis recelos se avivaran al ver plantado en el umbral a un desconocido y, además, de aspecto singular. Vestía con una corrección que no era lo suficientemente recia como para evitar que me llegase un penetrante tufo a estrambótico. El pendiente que le fulguraba en la oreja le desproveía del atributo de la respetabilidad. Una inconfundible nariz semita le descollaba en mitad de la cara. Y, para colmo de males, su acento sibilante era raro. Lo noté cuando me dijo:

»—Perdone, ¿la señora Miranda?

»—Sí..., soy yo. ¿Quién me busca?

»—Mi nombre es Benjamín. Benjamín Benveniste.

—Ese nombre... ¿no es...? —Me respinga un cofrecito de la memoria y me pongo a forcejear con el candado para abrirlo. Blanca Luz ya está asintiendo.

—Así es. Lo habrá leído en las cartas que le entregué, las que Martín le escribió a Chema. Era aquel judío que coincidió con él en La Ruche. El que le juró que acabaría haciéndose con el cuadro que estaba pintando por aquel entonces. El que me iba a regalar a mí. Era el mismo, sí.

»Pues bien, en ese momento, yo le pregunté qué deseaba...

»—Hablar con usted.

»—¿De qué?

»—Bueno... de un tema que requiere cierta tranquilidad y privacidad... La calle no es el mejor sitio para tratarlo... Si tuviera la bondad de invitarme a pasar...

»—Disculpe, pero la bondad no le está ayudando a nadie en estos tiempos, de modo que, si no le importa, si quiere decirme algo, tendrá que hacerlo desde el lugar exacto en el que se encuentra ahora, y ni un paso más acá de esta puerta.

»El señor Benveniste resopló como si pretendiera decir «está bien, usted lo ha querido», y, acto seguido, agregó, ya en voz alta:

»—Vengo siguiendo el rastro de Martín Pendragón. El artista. ¿Usted lo conoce? Oh, por supuesto que lo conoce. Estuve indagando sobre la identidad de las personas que pudieron tratarle..., digamos, en profundidad, cuando él todavía vivía en esta ciudad. Y usted es el gran referente. Casi todas las indicaciones me dirigieron directamente hasta aquí. «Hable con Blanca Luz Miranda. La hija del profesor de dibujo. Ella le trató. Ahora está casada con Eduardo Izquierdo». Es usted esa Blanca Luz Miranda, ¿no es así?

»—Sí, soy yo. Mis vecinos le han informado bien. Son muy diligentes en

eso. ¿Qué sucede con Martín Pendragón?

»—Ah, ah, no, no, estimada señora mía. Ni piense que voy a abundar en la cuestión mientras permanezca un paso más acá de esta puerta.

»Me lo quedé mirando, atónita ante su descaro, calibrando en unas milésimas de segundo el peligro que podía entrañar aquel hombre y la confianza que me merecía. Al cabo del fugaz escrutinio, la curiosidad resolvió por mí.

»—Ande, pase.

»—Le agradezco su hospitalidad, señora.

»Le conduje al gabinete de Eduardo, en el que la actividad brillaba por su ausencia, al igual que el fuego, que ya no podía permitirse brillar de forma literal.

»—Siéntese, por favor.

»—Gracias —replicó el señor Benveniste, que tomó asiento en la butaca que le señalaba.

»—Muy bien, y, ahora que estamos ambos acomodados, ¿tendrá la amabilidad de decirme qué quiere? Le advierto que no dispongo de mucho tiempo.

»—Claro, la comprendo perfectamente, descuide. No le robaré más de unos minutos. Verá, el objeto de mi visita es bien simple. Llegué ayer a la ciudad...

»—He de puntualizar que no le alabo el gusto. ¿Por qué alguien querría venir aquí, precisamente en estos tiempos que corren? Solo se va a encontrar muerte y ruina.

»—Ay, sí, la vieja Sefarad..., siempre escindida y sangrando por los cuatro costados.

»—¿Sefarad?

»—Sí, señora. Soy judío, sefardí. Mis antepasados estaban establecidos en España, hasta que los expulsaron... los Reyes Católicos, jeje. Usted ya sabe, la diáspora y todas esas cosas, que son agua tan pasada..., aunque no se haya llegado a evaporar del todo.

»—Habla usted muy bien nuestro idioma —le reconocí.

»—Gracias. No olvide que el castellano y el ladino son vástagos de la misma rama —me correspondió con una modesta inclinación de cabeza—. Vivo en Salónica. O, por mejor decir, vivía. Ahora me dedico a viajar.

»—Y ha recalado aquí...

»—Exacto.

»—Porque...

»—Como le he adelantado, porque, sencillamente, fue en esta ciudad y no en otro sitio donde nació Martín Pendragón.

»—Y aquí es donde yo puedo empezar a servirle de ayuda.

»—Huelga decirlo, señora Miranda. Puede resultarme usted extremadamente útil.

»—Si tiene la bondad de explicarme de qué modo...

»—Pues no faltaba más. Verá, me gustaría saber si tiene usted algún cuadro pintado por el señor Pendragón.

»—¿Que si tengo algún cuadro de Martín?

»—Exacto. Ya sabe... Según tengo entendido, aprendió a pintar en la academia de su padre, y tal vez conserve usted alguna obra de aquella época. O tal vez alguna posterior...

»—Entiendo... y, si no es mucha indiscreción, ¿para qué quiere conocer ese dato?

»—Oh, porque si usted posee alguna pintura suya, me gustaría comprarla.

»—¿Me está usted hablando en serio?

»—Completamente, señora. No es un asunto para bromear. Y el precio que estoy dispuesto a pagar por una obra de Martín Pendragón, si es que usted tiene alguna, tampoco lo es.

»—¿Cuánto? —se me escapó, para, casi inmediatamente, taparme la boca como si hubiera soltado una inconveniencia.

»Por toda respuesta, el señor Benveniste frunció los labios en una media sonrisa, sacó un cheque del interior de su chaqueta y una pluma, escribió en él una cifra y me lo alargó.

»—Esto es mucho dinero —musité.

»—Lo es, señora, pero, si yo lo firmo, será suyo. A cambio solo tiene que entregarme lo que he venido buscando. Si es que lo tiene... Yo ya le he suministrado cuantiosa información, pero usted no ha contestado tan siquiera a mi primera pregunta.

»—Ya..., discúlpeme. Es que... me ha dejado usted un poco abrumada. Sí, tengo un cuadro de Martín Pendragón. Es bastante grande y, bueno, muy... característico. Resume perfectamente el tipo de arte que hace él, o, al menos, el que hacía en la época en la que tuvimos... más contacto.

»—Oh, eso es magnífico.

»—Sí, pero ¿sabe? Su oferta es muy tentadora, no digo que no, pero es que... no sé si me agrada demasiado la idea de desprenderme de él. Fue un regalo de cumpleaños y...

»Los nervios se me habían ido tensando. Sacar a colación aquel tema me estaba produciendo el mismo efecto que una carrera a bordo de un automóvil sin frenos.

»—Ya, comprendo. Contemplaba la posibilidad de que usted no quisiera vender el cuadro por las... implicaciones emocionales que pueda tener. No se me ha olvidado que conoció al autor y, a veces, eso pesa más que muchos ceros en un talón, ¿no? En fin, de todos modos, si no le importa, me encantaría ver el cuadro. He hecho un largo viaje en busca del arte de Martín Pendragón y sería un honor ver una de sus obras de cerca. ¿Podría mostrármela, si es tan amable?

»Me mordí los labios.

»—Es que no la tengo colgada.

»—¿Ah, no? —preguntó con avidez, como si renaciera con bríos redoblados su interés—. ¿Cómo es eso? Había creído entender que apreciaba usted mucho el cuadro. Por eso imaginé que lo tendría en un lugar preferente, como corresponde al valor que le atribuye.

»—Por supuesto que valoro el cuadro. No se trata de eso... —protesté, cada vez más crispada—. El problema es que..., que no concordaba con el resto de la decoración de la casa. Imagino que sabrá de buena tinta cómo pinta Martín, si tan interesado está en sus cuadros. Por eso sabrá que su obra es tan... especial, tan única, que es realmente difícil que quede bien en alguna parte. Reconozco que fui incapaz de encontrarle un lugar en el que... encajara.

»—Entiendo...

»Parecía que el señor Benveniste rumiaba algo, y, llegado ese punto, yo me sentía desfondada, y totalmente desvalida para resistir la embestida que me propinó, al añadir, a modo de silogismo:

»—Bueno, entonces, ¿no cree que si, como usted misma reconoce, le supera la tarea de asignar al cuadro el lugar que merece, no sería mejor y de más provecho que me lo cediera a mí, que sí estoy dispuesto a arrostrar ese reto? Le aseguro que yo sabré hacer que el cuadro encaje. Se lo prometo.

»Y, de pronto, me pareció un golpe maestro conseguir en un solo juego de manos el dinero que nos permitiría a Eduardo y a mí empezar una nueva vida, y, a la vez, librarme justificadamente de aquel cuadro de nombre borrado que

llevaba una década acechándome debajo de la cama, como un animal agazapado y silencioso que no dejaba de observarme cada noche, en cuanto me acostaba.

»Como quien profiere el último estertor, aún esgrimí un rescoldo de resistencia.

»—¿Por qué desea el cuadro con tanto ahínco, a costa de un precio tan alto?

»—Bueno, usted, señora Miranda, puede entenderlo mejor que nadie. Un Martín Pendragón es algo verdaderamente excepcional.

»Suspiré.

»—Sí..., lo es. Es totalmente comprensible que usted, o cualquier otra persona con dos ojos en la cara, lo quiera.

»Guardé un momento de silencio caviloso y agregué:

»—Si me disculpa un momento, iré a por el cuadro.

»Cuando lo llevé al salón, me temblaban las manos. No era capaz de mirarlo. Boca abajo, se lo entregué al señor Benveniste. Lo asió con tentáculos codiciosos y lo volteó. Al contemplarlo, le fulgían las pupilas como carbunclos. Y le salió una sonrisa infinita.

»—Es sublime.

»—No podría decirle. Yo no entiendo de arte —contesté con la voz apagada.

»—Pues yo sí. Y le garantizo que es maravilloso. Tanto, que doblo el precio que le he ofrecido.

»Me quedé en silencio y, entonces, me embargó una sensación fortísima: que el cuadro y yo no cabíamos en la misma habitación. Que el lienzo me quemaba. O que me estaba ahogando, ya no lo sé. Pero sí que me gritaba «¡traidora!». Que me llamaba cobarde. Y no lo soporté. Antes de que me diera cuenta, estaba alargando la mano y empujándolo hacia Benjamín Benveniste.

»—Está bien. Quédeselo.

»Su cara se volvió felicidad pura. Incluyó la cabeza con sumo respeto:

»—Muchísimas gracias, señora. De verdad. Lo prometido es deuda. Ha sido un placer hacer negocios con usted —dijo al tiempo que anotaba la nueva y exorbitante cifra y me extendía el pagaré firmado.

»Mientras lo doblaba con dedos trémulos, oí que el judío me preguntaba desde muy lejos:

»—¿Cómo se titula la obra?

»—No tiene título —me escuché responder a mí misma, en una afirmación categórica pero perforada por una frase que me martilleaba en la cabeza, porque la piedra pómez no había sido un remedio lo suficientemente persuasivo como para que la olvidara. «*La luz siempre es blanca*», gritaba un eco a media voz. Para que se callara, alcé las palabras—. ¿Lo cuidará?

»Benjamín Benveniste sonrió y contestó:

»—Descuide. Como a mi propia vida.

»Y, por donde había venido, se marchó.

»Unos días después, le conté a Eduardo que, por azar, había encontrado en una de mis visitas a la casa de la calle Campana un arcón repleto de joyas que habían pertenecido a mi madre, que mi padre (quien sabía la verdad pero había prometido no revelarla jamás) había insistido en que me las quedase, y que las había llevado a un tasador llamado Benjamín Benveniste que me había ofrecido a cambio aquella abultada cantidad contenida en un cheque. La historia extrañó a Eduardo, pero acostumbrado a los misterios que de cuando en cuando me envolvían, y acuciado por la ruina económica que le estaba soplando un aliento helado en la nuca, venció los posibles escrúpulos, aceptó el talón sin extenderse en preguntas y recibió el dinero del que era portador como si se tratara de una bendición deparada por el cielo. De pronto, la idea de emigrar a Francia cobró alcances de realidad y...

—Pero espere un momento... No siga, porque tengo el cerebro hecho papilla. ¿Qué es esto que me está contando? No entiendo nada. ¿No habíamos quedado en que Eduardo la engañó, que le prometió que le vendería una falsificación a Eugenio d'Ors y que al final fue la original...? ¿Qué tiene esto que ver...? Me he perdido completamente. Explíquemelo mejor porque no lo comprendo.

Entonces veo la duda en sus ojos. Que flaquea. O que, por primera vez acaso, tiene miedo. Rápidamente, trata de alcanzar la puerta al tiempo que dice a trompicones:

—¿Me disculpa? Me parece que me he dejado un asado en el horno... — Pero le cierro el paso, porque al oír esa frase, de pronto me doy cuenta de todo. La revelación me explota en la cabeza.

—Usted me mintió...

—Supongo que, al final, es cierto que la verdad siempre sale a la luz.

El cinismo de su voz y el modo en que alza los hombros me trastorna.

Recorro a zancadas la habitación. Me meso los cabellos. Y, desquiciada, la cojo por las solapas de la bata y dejo su rostro recortado a contraluz a la altura del mío, separados apenas por unos milímetros. A punto de llorar, quiero saber, una vez más:

—Pero... Eduardo...

—Eduardo nada, ya se lo he dicho. Olvídese de todo lo que le conté, porque nunca ocurrió. Eduardo no pintó una copia. Eduardo no me traicionó. Eduardo no tiene ninguna culpa. Él no es el villano de esta historia. ¡Asúmalo!

—Pero entonces..., la verdad, la única verdad es...

Suspira.

—Pues que el cuadro lo vendí yo.

Lo último que recuerdo es un pandemonio de gritos, una barahúnda infernal que resuena en lo más profundo de mi cabeza, todo al mismo tiempo, como si los refractase una sala de espejos. «No se vaya», «No me quedaré aquí...», «Por favor», «... ni un momento más», «Cálmese». Portazo. «¿Cómo ha podido?», «Entiéndame... Déjeme...», eco, «... explicarle», «... en paz», en el hueco..., «Me ha mentado», ... de la escalera. «Lo siento». Pisadas apresuradas. «Lo he dejado todo...», en los peldaños..., «... y me ha engañado», «Escúcheme», «Esto era toda mi vida...», cuarto piso, «... y era mentira», «Tenía mis razones», «Me importan una mierda», «Vuelva», «Métase su historia...», por el segundo piso, «... por donde le quepa, arpía», «Tranquilícese», «Calle. No me siga», «Le pido...», un taxi, «... perdón». Frenazo. «Por mí, muérase usted ya». ZAS. «AAHHH». Derrape. «¡Que alguien la ayude!». Las sirenas. «Sangra mucho», a lo lejos, las sirenas, «Pero respira un poco». Las sirenas. Ya más cerca. «No se muera».

Y ahora aquí estoy, escribiendo desde la cama de un hospital. En observación, con cinco puntos de sutura en la frente y politraumatismo en las piernas y el brazo izquierdo. Pero, según parece, nada grave. La cabeza aguantó. Me he acordado mucho de Leidy, de cuando me preguntaba allá en Nueva York cuál había sido mi última locura y yo le contestaba con ironía que cruzar en rojo Park Avenue o la Quinta. Y como no podemos evitar convertirnos en una caricatura de nosotros mismos, así he acabado: víctima de un atropello. Al final, siempre tenemos lo que se merecen nuestras locuras.

Llevo un día y medio ingresada y ya no puedo estar más aburrida. Nada reseñable, a excepción de la visita histérica de mis padres, que cada vez están más convencidos de que me drogo. Pero ahora acaba de entrar la enfermera de guardia, con la bandeja de la cena. Col. Perfecto. Odio la col. Y, debajo del plato, un legajo. Mirada interrogante.

—¿Qué es esto? ¿El postre?

Es rolliza. Es pelirroja. Es encantadora. Se retuerce las manos. Se explica.

—Me han pedido que se lo entregara. No debería hacerlo, porque han venido fuera del horario de visitas, pero han insistido tanto en que se lo hiciera llegar, que, bueno..., no creo que hagamos ningún mal.

Me guiña el ojo.

—¿Quién lo ha traído?

—Una señora mayor. Me ha dicho que era su abuela.

—¿Mi abuela?

Iba a agregar que la pobre lleva una buena temporada criando malvas, pero no quiero levantar suspicacias en la enfermera, así que le doy las gracias por el servicio de mensajería y la dejo marchar como a una buena samaritana.

Aparto la col maloliente y saco los folios, que me huelen igual de mal. Lo imaginaba. La letra de Blanca Luz Miranda. Mi querida yaya. En la primera página dice: «Usted es la escritora. Retóquela cuanto quiera, pero esta es la verdad. Al menos, hasta donde podemos conocerla. B.L.M.». Y una posdata: «Me he tomado la licencia de escribirlo en tercera persona. A la verdad siempre hay que mirarla de lejos».

Mi primer impulso es reducir a trocitos microscópicos esos papelajos, levantarme y tirarlos por el váter. Pero, aparte de que probablemente atascaría las cañerías del hospital y no quiero darle más problemas a la sanidad pública, recuerdo en el último momento que tengo la pata averiada y que para llevar a cabo una hazaña como desplazarme hasta el urinario necesitaría la ayuda de una grúa. Estoy cautiva. Y aburridísima. Hojeo las memorias de Blanca Luz Miranda. Las aparto. Las vuelvo a coger. Me entran ganas de arrojarlas por la ventana. Las dejo estar. A ella la odio. Pero me muero de curiosidad. En el fondo, necesito que me explique. Necesito saber. Ya que hemos llegado hasta aquí... En fin. A ver qué me cuenta.

1941

Martín volvía a casa después de haber pasado el día despidiéndose de Marc Chagall. A pesar de que en mayo las jornadas eran plenas de sol y largas, cuando Martín cruzó la puerta de su portal, afuera no quedaba ni rastro de luz. En el mundo que ahora le rodeaba, tampoco la había. Ese era el motivo por el que había tenido que citarse con su amigo casi en clandestinidad. Porque ambos se habían convertido en personas *non gratas*. En aquel París ocupado por los alemanes, los dos pintaban cosas que no debían. El caleidoscopio de maravillas que les había dado carta blanca para crear en libertad se había quebrado. Había sido reemplazado por un ojo estrábico, ceñudo y miope que pretendía verlo todo y que dictaba qué y cómo había que mirar. Y a los ojos que no lo acataban, sabía la manera de hacerlos llorar. Precisamente para evitarse las lágrimas, Marc Chagall se iba. Su renombre le había procurado un visado con destino a Estados Unidos, donde iban a darle asilo. A él y a dos mil personas más, artistas e intelectuales, a los que la civilización aún creía necesitar, persuadida de que harían falta para enderezar

con su valía la cochambre de mundo que quedara tras el naufragio en el que Europa se estaba ahogando. Aquel periodista norteamericano, Varian Fry, que se había propuesto salvar víctimas a la barbarie, también le había ofrecido a Martín un puesto en esa nave de Jasón, en el arca de Noé en la que solo iban a salvarse los mejores. Pero Martín, junto a algunos otros, rehusó. Cuando le comunicó su decisión a Chagall, a este se le humedecieron los ojos de golpe, meneó con desolación su rizada cabeza y le agarró el antebrazo hasta clavarle las uñas.

—Estamos hablando de muerte, Martín. Se los están llevando. A gente como nosotros. Están desapareciendo. Y nadie hace preguntas. Si les dejamos, nos asfixiarán. Es el fin. El horror ha llegado. No le guardes la visita. Vente conmigo. Conmigo y con Bella. Aún estamos a tiempo. Vente con nosotros. Ven. Por favor. Ven.

Martín había apoyado su mano en la de Chagall, y la apretó suavemente.

—No, Marc. No puedo irme. París es..., bueno, tú ya sabes lo que es. Ya me marché una vez. Lo hice para cumplir una quimera. París es esa quimera. Si ahora lo abandono, es como si todo lo que he hecho no hubiese tenido sentido. Dejarlo a medias sería su victoria y mi derrota. Supondría admitir que su pesadilla ha podido con nuestros sueños. Esos que soñábamos allá en La Ruche, y en el café de Libion, ¿te acuerdas?, cuando el arte, en vez de ser un cargo en nuestra contra, nos convertía en reyes; tan poderosos, que incluso nos fiaban los tragos de absenta. Tengo intención de luchar para que ese París vuelva.

Al escucharlo, Chagall había ido ahuecando una rendija en la comisura de los labios, por donde se le coló la misma media sonrisa que iluminaba la cara de Martín, y le preguntó:

—¿Tanto te compensa recuperarlo?

—¡Pues claro! ¿Qué pregunta es esa? Por supuesto que me merece la pena. Más que nada, por la absenta.

Chagall tuvo que rendirse a las carcajadas y a aquella causa perdida, con una mirada compasiva y una dulce sonrisa.

—Ay, mi testarudo amigo... Siempre fuiste un resistente. Como los rabos de lagartija.

—Exacto, Marc, exacto. No hay quien lo entienda, pero es así. Y no hay remedio. Solo el ser humano se empeña en cosas tan poco prácticas.

Entonces, ambos se abrazaron muy fuerte, como si trataran de protegerse

mutuamente de algo. Cuando se separaron, sonriéndose a quemarropa y con los ojos empañados, Chagall dijo:

—Es una gran frase. ¿De quién es?

—Se la escuché hace muchos años a un joven al que apenas recuerdo. Solo sé que acababa de llegar a París y que traía la cabeza llena de pájaros.

—Bueno —replicó Chagall apretando los labios—, con pájaros en la cabeza o no, lo cierto es que tenía razón. Un muchacho sabio, al que yo sí recordaré, y siempre con el mayor de todos los afectos. Yo, sin embargo..., en fin..., lo siento mucho, Martín, pero me temo que sí tengo que ser práctico. Los bielorrusos judíos tienen que serlo en estos tiempos... Yo sí que me marchó.

Martín regresaba de ese encuentro con la vista enturbiada por la oscuridad de la calle y por la de los recuerdos más densos de todos: los de épocas mejores. Esa oscuridad fue la que le impidió ver el bulto que había apostado en el umbral de su puerta y que casi le hizo caer. Martín se agarró a la jamba soltando un juramento y, entonces, una voz terció:

—Mira por dónde andas, Pendragón.

A Martín, al oír aquello, la sangre se le cuajó con un respingo y un vuelco al corazón.

—Pero ¿qué demonios...?

Instintivamente, encendió una cerilla para aclarar aquella incógnita que se le había plantado en el rellano de la escalera. Por increíble que pueda parecer, ella estaba allí, sentada en el suelo, encogida sobre sí misma y arrebujaada en una manta. Blanca Luz Miranda alzó la cabeza, parpadeando en la lumbre cruda que la rozó súbitamente. Se protegió sus ojos indefinibles con la palma de la mano, y dijo muy tenuemente:

—Buenas noches, Martín. ¿Cómo estás?

Él permaneció de pie, inmóvil, agarrotado de puro asombro. El contraluz en el que se había parapetado no le permitía a ella distinguir sus rasgos, solo la frialdad asombrada que traslucía su voz cuando preguntó:

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—He venido a verte. ¿Te parece mal?

Antes de que el fósforo se le apagara, Martín tuvo tiempo de reparar en una maleta voluminosa y deformada por el vapuleo que se orillaba en un rincón del descansillo, y tuvo que aliviarse con dos dedos la presión que se le estaba cerniendo como una borrasca en el entrecejo.

Ella había llegado a París por la mañana, bien temprano, y, valiéndose del poco francés que sabía, consiguió que la guiasen para poner rumbo al barrio de Montparnasse. Este era el nombre que, recordaba, aparecía en el remite de la última carta que había recibido de parte de Martín: esa en la que le había dicho que una persona desnuda solo es un niño con los genitales un poco más grandes. Mientras se encaminaba hacia su guarida, un paso detrás de otro, Blanca Luz se preguntaba qué estaba buscando, qué pretendía yendo a su encuentro, qué heridas estaba dispuesta a abrir, qué recuerdos se proponía remover, y, en el fondo, no lo entendía. Le daba miedo lo que estaba haciendo. Le daba miedo ver a Martín. Pero le daba el mismo miedo no verlo. Cuando se quiso dar cuenta, había llegado a su calle, aunque ni siquiera sabía si aún vivía allí. El corazón comenzó a latirle con fuerza al imaginar que, de pronto, aparecería él. Sin más excusas. Como si hubieran acordado previamente que se reunirían en aquel punto. Así de sencillo. Solo él. Más de dos décadas después. Lo encontraría un poco más cargado de hombros y, quizá, tendría la frente más ancha de como la recordaba, pero, en cualquier caso, allí estaría, acercándose despreocupado y con aire distraído por aquella rúa angosta de Montparnasse; entonces la divisaría, sin poder creerlo, a ella le flaquearían las fuerzas y comenzaría a correr con intención de escapar, y él lo haría tras ella, como un demente, hasta el río, donde se la llevaría por delante..., pero no. La rúa angosta de Montparnasse estaba desoladoramente vacía. En la vida real, los viejos conocidos no se persiguen por los puentes sobre el Sena. De modo que a ella no le quedó otra opción que buscar por sí misma el portal exacto, aprovechar la entrada de un vecino para colarse y subir hasta la buhardilla. Pero, una vez allí, no se atrevió a llamar. Tampoco sabía que él ya había salido y que pasaría fuera todo el día. Esperó con paciencia al otro lado de la puerta hasta la noche, hasta ese momento, cuando Martín le dijo, en respuesta a su pregunta:

—¿Que si me parece mal? Pues mira... no sé qué me parece. Hace mil años que no sé absolutamente nada de ti, ni una señal de vida. Que yo recuerde, la última vez que nos escribimos no dejamos el horno para muchos bollos. Y ahora, de golpe y porrazo, te encuentro acampada en mi felpudo en plena medianoche preguntándome que cómo estoy. No sé, Blanca Luz... Muy normal no me parece. Resulta desconcertante, incluso tratándose de ti.

Ante aquel inicio tan abrupto, tan desprovisto de formalidades y preámbulos como un cable pelado, ella titubeó.

—Lo sé, pero... oye, podías ser más amable, ¿no? He hecho un viaje largo y... solo quería verte. Pero si te molesto, me marcharé, no te preocupes.

—¿De dónde vienes?

—De Bayona. Llevo tres años viviendo allí con Eduardo.

En efecto, con el dinero que Blanca Luz había obtenido al vender el cuadro de Martín a Benjamín Benveniste, el matrimonio Izquierdo abandonó España en un camión bamboleante, por la frontera con Hendaya, en una noche sin luna, y se instalaron en la localidad francesa. Una vez allí, Eduardo propuso que compraran una tienda de comestibles que a ella le pareció repugnante. Esto originó una agria discusión entre los esposos. Aquel día, en medio de la calle, Blanca Luz gritó:

—¿Hace falta que te recuerde de dónde procede el dinero con el que vas a comprar ese tenducho?

Él creía de buena fe que de unas joyas que habían pertenecido a su madre y que habían aparecido por sorpresa en un arcón de la calle Campana. De modo que, resoplando, espetó:

—Muy bien. Yo pensaba que lo tuyo era mío, tanto como lo mío es tuyo. Pero te asiste toda la razón. Coge tu dinero y gástatelo en caramelos, si es lo que te place.

Dicho esto, comenzó a caminar embozado en su abrigo, sin pararse a esperarla. Blanca Luz, al verlo alejarse, encorvado y alicaído, sintió una súbita punzada de lástima por haber maltratado su buena voluntad. A fin de cuentas, ella no tenía ni idea de negocios y, en cambio, él siempre se había mostrado hábil y atinado en ese aspecto, con olfato para la oportunidad, y, además, prudente. Era un hombre lo suficientemente juicioso como para no arriesgar su capital en una aventura de resultado dudoso. Y la quería demasiado como para comprometer su futuro y su bienestar. Así pues, decidió claudicar y, exhalando un suspiro de resignación, corrió tras él. Eso sí, a regañadientes.

—¡Eduardo! ¡Eduardo, espera!

Este se detuvo y se dio la vuelta, con el semblante enfurruñado. Ella lo alcanzó.

—Oye, sabes que no he querido decir eso. Claro que mi dinero es tuyo. Si no, no te lo habría dado para que dispusieras de él como considerases más

oportuno. No se trata de eso. Simplemente, quería que escucharas mis argumentos de por qué me parece una mala inversión. Me ha sentado mal que los desoyeras.

—Es que no los he desoído, Blanca Luz. He dejado que los expusieras. Y todas tus objeciones se reducían al mal aspecto de la tienda. Yo te he dado otras razones, de bastante más peso, por las que se me antoja conveniente hacernos con ella.

—Vale. Está bien. Si a ti te parece una buena elección, no me opondré. Compremos el colmado.

Eduardo asintió para testimoniar su conformidad, y ambos echaron a andar a la vez, sin mirarse entre ellos. Tras un rato de silencio Blanca Luz apuntó:

—Bueno, deberías estar contento, ¿no?

—Lo estoy.

—Pues no se nota.

—Es que... ¿sabes qué, Blanca Luz?

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Se pararon. Él la miró a los ojos.

—Que no estaría de más que, alguna vez, creyeses un poco más en mí.

Y siguió andando.

No mucho tiempo después, Blanca Luz tuvo que reconocerle el mérito que tan a la ligera había puesto en solfa, porque la tienda fue un rotundo éxito. Él jamás se lo refregó por las narices. Iniciaron así una nueva vida, apacible y libre de angustias, con la que Eduardo se hallaba pletórico. Por eso, cierto día, paseando con ella plácidamente por la orilla del río Adur, se atrevió a entonar un canto de alabanza a la existencia.

—¿No te parece maravilloso todo esto, Blanca Luz?

—¿Todo esto? ¿A qué te refieres?

—Pues, ¿a qué va a ser, mujer? A Francia, a Bayona... —dijo, con un aire soñador, señalando las casas que se apiñaban armoniosamente en las veredas del río, con sus contraventanas de colores, como feligreses dichosos en los bancos de su parroquia.

—Oh, sí, claro. Hay mucho...

Eduardo se volvió hacia ella, solícito, con una sonrisa tierna e interesada por lo que fuera a añadir.

—... queso.

Ante aquella declaración, Eduardo se quedó un instante en suspenso, a la

defensiva, pero, también en un segundo, decidió que el día había salido demasiado bonito como para estropearlo con una bronca y se tomó el comentario a broma.

—Jajaja. Qué cosas tienes. Pues claro que hay queso. Un *fromage* para cada día del año. Y todos deliciosos, por cierto.

Ella se fabricó una sonrisa.

—Desde luego.

Eduardo solo dejó pasar unos cuantos minutos de paseo antes de volver a la carga.

—De todos modos, bobita, si el queso no te parece un elemento lo suficientemente poderoso como para llenar tu vida y alegrártela, se me ocurre otro que bien podría hacerlo.

—¿Ah, sí? Cuéntame —dijo ella con displicencia.

—Pues... podríamos empezar a pensar en tener un hijo, ¿no?

Lo deslizó de puntillas, con desenfado, pero, en cuanto lo soltó, Eduardo contuvo el aliento. Blanca Luz intentó que no se le atragantara la saliva.

—¿Un hijo?

—Sí, un hijo. Ahora que estamos tranquilos y que nuestra posición es más desahogada, sería un buen momento para...

—Sí, claro —dijo Blanca Luz forzando una sonrisa—. Esto..., Eduardo, ¿me disculpas un momento? Acabo de recordar que había dejado un asado en el horno...

—¿Un asado en el horno? —exclamó él, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Sí..., un asado. Qué tonta y olvidadiza soy. Voy a volver corriendo antes de que se nos queme la casa. Lo que nos faltaba, ¿eh? Pero tú no te preocupes. Tú puedes seguir paseando. Como bien has dicho, hace un día precioso, y, con lo que llueve aquí, hay que aprovecharlo. Tú no te preocupes, sin prisas. Luego seguimos hablando, ¿vale? Estaré en casa esperándote.

Eduardo la vio alejarse, huyendo literalmente, tan rápido como se lo permitían las piernas. No intentó detenerla. Le hizo caso y continuó paseando. Esponjándose en su soledad. Contemplando cómo los pináculos de la catedral de Santa María se asomaban al Adur, más estériles y melancólicos que nunca.

Blanca Luz llegó aquel día a casa sin aliento. Durante la carrera se había

visto empujada con irresistible fuerza hacia un precipicio. Uno que jamás había querido ver, para no caerse ladera abajo. Pero ahora se daba cuenta. Con Eduardo había tratado de recobrar el mundo que una vez había sido el suyo, ese en el que había encontrado una felicidad que se resistía a olvidar y a saberla ya inaccesible, desterrada de su vida. Pero al oír aquella proposición, que tendría que haber constituido la culminación de aquel intento, de aquellas esperanzas, se percató de que los esfuerzos eran inútiles. Hay partes de la vida irrecuperables, de las que solo caben plagios baratos, y, cuanto más hermoso es el original, más burda resulta la copia. Y aunque la mayoría de las personas se circunscriban a una sola etapa de la vida, hay unas pocas que las trascienden todas, por lo que reemplazarlas es muy difícil, cuando no directamente imposible. En efecto. Se había acordado de Martín. De aquella época en la que los dos eran como el cuero, un material dúctil y terso, y se adaptaban el uno al otro como el zapato a su horma. Las palabras que intercambiaban caían en la conversación como un cuerpo sobre un colchón de plumas, que lo acoge conservando perfectamente delineada la silueta, amoldándose al dibujo y al relieve que le impongan. En cambio, intentar entenderse con Eduardo se parecía más a tenderse en un lecho de madera: se podía encajar en él, pero solo por azar si no se daba esa casualidad, simplemente se rebotaba en su dureza. Con él, todo, aquella vida que se había construido a medida, estaba limitado por los contornos rígidos y acartonados de la imitación. Todo jugaba a su favor para que pudiera empezar de cero. Y le enfurecía no poder zafarse de su pasado. ¿Por qué demonios no aceptaba aquella nueva vida, lejos de la guerra, con sus perspectivas halagüeñas, sus promesas de prosperidad, bonanza, sosiego y cariño? ¿Por qué le desagradaba tanto y se revolvía contra aquel plan? ¿Qué pega había? Allí, ante sí, se alineaban todos los ingredientes para ser feliz. Pero no. No se engañaba. Ya no. Ella sabía que faltaba uno. El problema de esa nueva vida no estaba en el qué, ni en el cómo, ni en el dónde, ni en el cuándo, ni siquiera en el porqué. El único y gran problema era el quién.

Por supuesto, cuando Eduardo regresó a casa, la palabra hijo no se volvió a pronunciar.

Días después, ella cogió un tren bien temprano, destino París. Y ahora, allí estaba. Con Martín. Que en ese momento, a oscuras, le preguntaba:

—¿En Bayona? ¿Desde hace tres años? No tenía ni idea. ¿Cómo iba a saberlo? Yo te hacía en España, en nuestra vieja ciudad del norte.

—Te quedaste muy atrás en la historia entonces —replicó Blanca Luz con algo parecido a la indulgencia—. No..., qué va. Había que salir de un avispero como ese. En España ya no se podía estar.

Martín se mesó el pelo, pensativo, encajando mentalmente las cartas que el tahúr acababa de descubrir sobre el tapete.

—Mejor entonces. He de reconocer que me angustiaba saber cómo estaríais pasando la guerra... Más de una vez pensé en escribirte para saber de ti, si estabas bien..., pero al final no sabía si debía...

—Lo estuve, dentro de lo que cabe. Lo estuvimos. No nos sucedió nada irreparable. Pero ha sido horroroso. El país se ha quedado destrozado. Y nuestra vieja ciudad..., ay, si la vieras... Duele mirarla. Puede que ni siquiera la reconocieses.

—Temo que eso sea precisamente lo que me ocurre contigo.

—¿El qué? ¿No reconocirme? Bah. Será por el pelo.

En efecto, lo llevaba a la sazón bastante más corto. Parecía menos espeso. Y estaba sucio. Pero seguía siendo rojo. Se lo colocó detrás de la oreja con un boceto de coquetería, pero con una mano que Martín, ya con la vista acostumbrada a la penumbra, apreció demasiado pálida, demasiado frágil y demasiado trémula. La visión de esa mano le estrujó las entrañas, pero aún tuvo el suficiente ánimo para reunir sus dispersas fuerzas, que se batían en retirada, y preguntar:

—¿Y tu padre?

—Mi padre..., bueno. Él ha muerto.

La voz se le despiezó en aquel descansillo de escalera comido por las sombras. Martín tragó saliva.

—Lo siento mucho.

—Lo sé.

Ambos se quedaron sumidos en un silencio ronco, que pesaba como una losa y que reverberaba en las paredes.

—Lo lamento muchísimo. Madre mía, no te haces idea de cuánto me duele... Sin él, jamás habría empezado mi vida. Fue tan generoso como para darle clases a un albañil al que se encontró por la calle. Y mi único mérito consistía en que le dibujé un plano con gracia...

Al recordar aquello, Blanca Luz esbozó una sonrisa devorada por la

nostalgia.

—Sí... Y tuvo olfato el condenado. No le saliste mal del todo —añadió con sorna.

—¡Jaja! ¿Seguro? ¿Eso crees después del mal rato que le hice pasar delante de su amigo Fonseca y de toda la ciudad cuando, a mis veinte años, presenté con toda mi caradura un cuadro lleno de manchurroneos?

—¡Jajaja! ¡Eh, no eran manchurroneos! ¡Eran mis ojos! ¡Cualquiera con un poco de vista se habría dado cuenta!

Ella había levantado la cabeza, él la había bajado, y sus miradas purificadas por la risa se encontraron de repente en la tenue claridad que arrojaba el ventanuco del rellano, ensamblándose con el chispazo cómplice de siempre durante un segundo, como si hubiesen abierto con una detonación el conducto espeleológico que antaño servía para guiarles al corazón de la montaña. Pero solo duró un momento. Un instante después, las rocas volvieron a caer y el túnel se cegó de nuevo. Ambos habían recordado que ya no eran quienes fueron. Martín levantó la cabeza, Blanca Luz la bajó y continuó con voz queda.

—Te perdonó el mal rato. Que no te quepa la menor duda. Siempre estuvo muy orgulloso de haberte descubierto. Supongo que él decidió ser generoso y por eso la vida decidió ser generosa con él. Habitualmente, esta correspondencia solo funciona en la teoría y es un completo desastre cuando se saca al mundo crudo de la práctica. Pero, a veces, sí se imparte esa rara justicia.

Martín apoyó la espalda en el marco de la puerta y posó la mirada en la nuca de ella, que emergía de la manta en la que se envolvía. Siseó una breve y ácida carcajada.

—Es gracioso.

—¿El qué?

—Esa definición que acabas de dar. Parece que estás hablando de nosotros.

—¿Por qué? ¿Porque somos una excelente idea en el papel y una realidad desastrosa?

—En efecto —corroboró Martín con una sonrisa irónica y amarga—. Será una especie de maldición que pesa sobre las grandes cosas que merecen la pena.

—Otra vez los dioses vengándose de los andróginos de Platón —recordó Blanca Luz.

—Exactamente. Si el mundo fuese un lugar demasiado perfecto, nadie querría ir al cielo. ¿Y sabes cómo lo hacen?

—¿El qué?

—Vengarse.

Ella negó con la cabeza.

—Con nuestro propio pasado; con el recuerdo de que, alguna vez, fuimos felices —sentenció alegremente Martín—. No tienen que irse muy lejos los cabritos. Es el pasado el que se presta encantado a apretar el gatillo para darnos el tiro de gracia. Y por eso tenemos que vivir con la amenaza de que, en cualquier momento, puede volver y matarnos. Nadie está a salvo de ese peligro.

—¿No lo dirás por mí, no?

—Qué va. Los dioses me libren.

No pudieron evitar reírse. Martín se quedó un momento en silencio, sopesando sus palabras.

—Pero... ¿por qué ahora, Blanca Luz? ¿Por qué has decidido venir a buscarme después de tanto tiempo, justo ahora?

Ella meneó la cabeza, cavilosa.

—No sé..., supongo que porque, como has dicho, a veces el pasado vuelve sin que lo esperes, no sé si para matarte, pero sí para hacerte ver las cosas más claramente. De pronto, lo esencial se destaca por encima del maremágnum en el que vivimos embrollados la mayor parte del tiempo. Las verdades te estallan en la cara con la contundencia de un puñetazo. De repente, te das cuenta de lo que necesitas. Y yo solo sé que seguía pensando en ti, a pesar de todo. Sé que no me merezco nada, Martín. Ni siquiera tendrías por qué estar mirándome a la cara. No soy digna de que lo hagas, y si me pides que me vaya, me iré... Es que, ¿sabes? —La voz se le entrecortó de desaliento—. Llevo toda la vida luchando contra mí misma... Soy el mayor de mis peligros. Y no te imaginas lo extenuante que resulta. Tú eres el único que me trae un poco de paz en esa batalla constante. Mi referencia. Y sé que no tienes por qué cargar con eso. Pero es que... —La voz se le encharcó.

—¿Es que qué?

—Que te he echado de menos. Y que te quiero, Martín. Que te quiero mucho.

Fue en este punto cuando él se agachó, la rodeó con uno de sus brazos, el otro lo pasó delicadamente por debajo de sus piernas, y la cogió con toda la

ternura de la que era capaz. La levantó del suelo frío, apretándola contra su pecho y se metió con ella en casa, cerrando de una coza la puerta a su espalda. La depositó en el sofá y él se quedó de pie, escrutándola con los brazos en jarras. En la penumbra del salón, rota únicamente por la claridad mortecina que arrojaba la ventana, no intercambiaron una palabra. Solo se observaban el uno al otro, barrenándose con la mirada en medio de una perfecta calma.

—¿Qué hago yo contigo, Blanca Luz Miranda?

—No lo sé —musitó—. Tal vez nada. O, si acaso, solo una cosa... No me dejes. Abrázame y no me sueltes, o, de lo contrario, me caeré y me partiré en millones de pedazos.

Martín suspiró.

—Es que es tan raro... Te veo ahí sentada y me da la sensación de que no te conozco. El tiempo ha hecho algo extraño con nosotros. Tal vez sean los cuarenta años, pero es como si hubieses venido desde otra vida, a la que yo ya no pertenezco. Temo no acordarme de lo que significamos el uno para el otro. Quizá lo olvidé sin darme cuenta porque llegué a crearme que no volvería a verte.

Blanca Luz sonrió.

—¿Cómo no vamos a volver a vernos tú y yo?

—Ya..., arrieros somos, y en el camino nos encontraremos, ¿no?

Martín sonrió, se giró hasta darle la espalda y puso su frente contra la ventana, colgando la mano de la falleba como un peso muerto. Expelió una bocanada de su aliento contra el cristal para empavonarlo, y luego frotó la mancha de vaho con la manga hasta extinguirla.

—Martín, deja que me quede. Por favor. Déjame quedarme en esta buhardilla, que me recuerda tanto a esa otra en la que fuimos felices. Recuperemos lo que no pudo ser.

Él se volvió de nuevo para mirarla.

—El París brillante al que vine desde la vieja ciudad del norte ya no existe. El de ahora es una tumba. Los carniceros nazis están aquí. El gobierno de Vichy los ampara y consiente todos sus desmanes. Eso me ha obligado a confinarme en este estudio. Vivo como un ermitaño. Apenas salgo a la calle. Casi no veo a mis amigos. Trabajo en silencio y todo lo que pinto, lo escondo. Es una vida triste y pequeña la que tendrás si te quedas conmigo. No esperes alegría ni otra cosa que el retiro. Esto ahora es el culo del mundo.

Blanca Luz se levantó del sofá, dejando caer a sus pies la manta que había

cubierto su exasperada delgadez, y, sin dejar de mirarlo, avanzó dos pasos lentos e inexorables hasta situarse delante de Martín, justo debajo de su barbilla. Él notó cómo se estrellaba allí el aliento de ella al decir:

—Nunca he tenido mejor plan de vida que retirarme contigo al culo del mundo. ¿Dónde hay que firmar?

Habían pasado la noche abrazados. Todo lo demás hubiese resultado precipitado y prematuro. Martín abrió los ojos con la primera luz del día, y, al principio, sintió que la mente se le dislocaba al ver que Blanca Luz estaba allí, dormida a su lado, respirando suavemente con la boca entreabierta, el brazo cruzado sobre su pecho y la cabeza reclinada con completa paz y abandono en su hombro. Se había dormido aferrando su dedo, como si le aterrorizase el hecho de que él pudiese levantarse a medianoche para abandonarla. En aquel momento, la miraba y la veía enteramente vulnerable. Desamparada como nunca. Entrañable al mendigar su protección con aquella franqueza, a tumba abierta. Y, sin embargo, le iba a costar acostumbrarse a tenerla de vuelta en su vida. Notaba que él había cambiado. Las cosas ya no eran fáciles y apasionadas. Hacía unos años, deseaba con toda el alma que el pasado regresara para ajustarle las cuentas. Ahora, temía realmente que ese pasado pudiera matarlo. Se había vuelto prudente. Ya no le compensaba asumir según qué pérdidas. Y, al contemplar a Blanca Luz allí, echada sobre su propio cuerpo, no podía apartar de sus pensamientos la idea de que estaba jugando a la ruleta rusa. Ignoraba en qué compartimento iría la bala, pero tenía el presentimiento de que acabarían hincándosele entre ceja y ceja. Entonces, ella se desperezó, entreabrió sus ojos de camaleón, lo miró brevemente y se arrellanó más en su torso, dándole unas palmaditas cautas que no se atrevían a adquirir el rango de caricia.

—Buenos días.

—Hola.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien. —Un instante de silencio—. ¿Y tú?

—También, también... Tienes un colchón muy cómodo. Muy acogedor.

Se levantaron con cierto pudor. Sin saber qué hacer el uno con el otro. Se vistieron por turnos. Se lavaron a hurtadillas. Y entonces, Martín propuso:

—¿Te enseño el estudio? Anoche no había luz suficiente...

—¡Será un honor!

Y ella se colgó de su brazo. Pasearon entre los distintos cuadros que se amontonaban en rincones inverosímiles del taller abuhardillado en el que vivía y trabajaba Martín Pendragón, un ático de ladrillo visto, diáfano, sin apenas mobiliario, a excepción de una estantería endeble en la que se apretujaban útiles de pintura, un camastro y una cortina de ducha perfilada tras la puerta del baño que se entornaba al fondo del pasillo. El techo estaba perforado por una claraboya que dejaba ver el tapiz de los tejados de París y que franqueaba la entrada a un chorro de luz cargada de polvo que constituía todo el patrimonio que poseía Martín: la luminosidad de esa casa era la que le permitía pintar sus obras. Las iba mostrando, como un cicerone descubriendo las maravillas del Parnaso. Sin lograr disimular su orgullo. Blanca Luz atendía sus explicaciones con entusiasmo.

—Es fascinante. No sabes la de veces que he tratado de imaginar cómo sería este sitio. —Y, al decirlo, se acercó al cuadro más próximo.

—Ese es de los primeros que pinté. Es un estudio preparatorio de aquel que te mandé por correo desde Madrid como un regalo de cumpleaños... Cumplías veintiséis. ¿Te acuerdas?

—Hum —masculló Blanca Luz, poniéndose rígida de pronto.

—Yo lo recuerdo perfectamente. Como para no hacerlo. Montaste en cólera. Me telefoneaste para ponerme firme. Me acuerdo de que me quedé perplejo por tu reacción. Supongo que éramos demasiado jóvenes. Y pasionales. ¿No crees? —apuntó Martín, encogiéndose de hombros.

—Supongo que sí —musitó Blanca Luz, tragando saliva y sin volverse.

—Imagino que no lo colgarías, ¿verdad? —inquirió Martín súbitamente, como si no le importara, pasando por las sílabas con la ligereza de un patín de hielo, pero dejando al descubierto el filo de su cuchilla.

—No —confirmó ella—. No lo juzgué apropiado.

—Claro —concedió él.

Luego ambos se quedaron en silencio, y prosiguieron el paseo entre el resto de pinturas. Pero Blanca Luz ya no las veía realmente. Y entonces Martín preguntó de golpe:

—¿Y qué hiciste con él?

—¿Con el cuadro que me regalaste?

—Ajá.

—Lo vendí —espetó Blanca Luz, conteniendo el aliento.

Martín se detuvo.

—¿Lo vendiste?

—Sí —repuso ella, reuniendo fuerzas para que no se notara el temblor que la dominaba—. ¿Qué pasa? ¿Te molesta?

Él se había quedado inmóvil. Se tomó un momento antes de responder.

—No..., es solo que... no me lo esperaba —titubeó un instante—. ¿Y a quién? ¿Por qué?

—A un hombre que vino a la ciudad. De algún modo se enteró de que, en el pasado, tú y yo habíamos tenido... trato, y se las ingenió para ponerse en contacto conmigo. Acudió a casa para preguntarme si conservaba alguna obra tuya. Estaba muy interesado por tu trabajo. Ofreció un precio muy alto...

—Y tú aceptaste —remachó Martín.

—Fue hace tres años. En ese momento pasábamos por una mala situación económica. Habíamos perdido el negocio, estábamos en plena guerra, ya sabes, y tenía que ayudar a Eduardo... Aquel hombre vino como caído del cielo... No me quedó más remedio que acceder.

—Oh, entiendo.

El semblante de Martín se había tornado de granito.

—No fue de mi agrado desprenderme del cuadro, pero estábamos muy apurados —prosiguió Blanca Luz—. Aquella oferta nos salvó de una buena.

—Claro, no tienes por qué justificarte. Si sirvió para ayudaros a ti y a Eduardo, me alegro —aseveró Martín.

Volvieron a quedarse en silencio y siguieron paseando distraídamente entre los cuadros. Al cabo de un rato, él rompió a hablar de nuevo.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—¿El comprador?

Ella frunció el ceño.

—Benjamín Benveniste.

Martín estalló en carcajadas.

—Jajaja, bueno, parece que al final lo consiguió el muy cabrito.

—¿Lo conoces? —se sorprendió Blanca Luz.

—Sí. De hace muchísimos años. Coincidimos en La Ruche, el taller comunal en el que me refugié cuando llegué a París. A él lo expulsaron por robar el cuadro de un compañero; y solo de milagro, o porque me guardaba un poquito de respeto, no birló el mío, el que te iba a regalar, ya que estaba obsesionado con él. Antes de marcharse, juró que de un modo u otro, tarde o

temprano, se haría con él. *Et voilà!* Lo cumplió.

—No tenía ni idea...

—No pasa nada. A fin de cuentas, es un profesional. Luego me enteré de que se había convertido en marchante de arte. Se ha dedicado todos estos años a buscar por Europa obras de diversos autores cuyos trabajos se espera que escaseen en un futuro, con el fin de especular entonces con ellos. No deja de ser un negociante que sabe lo que se hace. Ya por aquel entonces, cuando solo era un crío, prometía, tenía olfato. Logró vender el cuadro que había robado, apenas un boceto de aprendiz, por una cantidad desorbitada. Así que espero que, por lo menos, a ti te pagara un buen precio y que un día no tengas que lamentar que te diera gato por liebre.

—¿Autores cuyas obras escaseen en el futuro? No entiendo. ¿A qué te refieres?

—Está intentando sacar tajada de la coyuntura política. Verás, Blanca Luz, no creo que te hayas enterado, pero, hará unos cuatro o cinco años, algunos de mis cuadros llegaron a Alemania. Un amigo que conocí aquí me ofreció llevarse unos cuantos para exponerlos en su galería de Berlín. Tuvieron buena acogida, al menos en los círculos artísticos y entre ciertos críticos. Incluso me invitaron a la ciudad para conocer a otros pintores de allí que se habían interesado por mi trabajo, y participé en varias exhibiciones. Dejé las obras en Berlín y envié unas cuantas más desde París cuando me lo pidieron. Unos meses después, mi amigo me escribió para contarme que miembros del partido nazi habían entrado en su galería y que habían quemado mis cuadros.

Blanca Luz se llevó una mano a la boca, consternada.

—¿Qué dices? Dios mío. Eso es..., es espantoso. Pero ¿por qué?, ¿por qué cometieron semejante atrocidad?

Martín alzó los hombros y meneó la cabeza con tristeza.

—Porque no entienden lo que hago. Piensan que mi trabajo, y el de tantos otros, es degenerado. Una perversión. Y no están dispuestos a consentirlo. No quieren ideas raras, ni personas que se salgan del guion. Me temo, Blanca Luz, que, una vez más, pinto a contracorriente.

—Pero eso es... Es una salvajada. —Se horrorizó Blanca Luz—. ¡Y ellos, unos animales! Dios santo, Martín. No sabes cuánto lo siento.

Posó una mano con compasión sobre la de él, que dejó la suya muerta, indolente. A Blanca Luz le centelleaban los ojos cuando dijo:

—Imagino lo terrible que debió de ser cuando te enteraste.

—Fue un golpe devastador, no te voy a engañar. Como si te hubieran arrancado a tus hijos mientras dormían para apuñalarlos en un arcén. Cada vez que lo pensaba me hervía la sangre, me entraban ganas de matar a alguien y, a la vez, de llorar. Solo había sentido ese desgarró cuando...

Martín se calló de pronto.

—¿Cuándo qué? —indagó Blanca Luz, revistiendo su voz de cautela.

—Nada, cuando nada.

—¡Mentiroso! ¡Dímelo!

—Que no, Blanca Luz, que no. Que no merece la pena —se escabulló Martín.

Ella le agarró el antebrazo, le clavó la mirada e impulsada por la tenacidad ciega que nos arrastra a la fatalidad, le exigió:

—Que me lo digas. Solo habías sentido eso cuando...

Martín se plegó a sus ojos imperiosos. Se cuadró y dijo:

—Cuando te perdí.

Blanca Luz le soltó el antebrazo y le dio la espalda.

—Bueno, lo que pasó conmigo se cura. Por desgracia, lo de tus obras, probablemente, no lo olvides jamás.

Martín exhaló una risotada amarga.

—Que lo tuyo se cura, dices... Ahora sé que no has entendido nada.

Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Blanca Luz, si algo he aprendido durante todos estos años es que cuando perdemos a cierta gente es como si nos hicieran una herida. Hace daño, pero con el tiempo se cierra y, con un poco de suerte, la cicatriz acaba por no notarse siquiera. Sin embargo hay otras personas cuya falta equivale a un miembro amputado. Puede que ya no duela, pero tenemos que vivir con el muñón que quedó en su lugar. Y acordarnos de la pérdida cada vez que nos miramos al espejo. Tú para mí fuiste ese tipo de persona. De esas que te marcan las cartas con las que tendrás que jugar el resto de tu vida. Lamento que yo no significase lo mismo para ti.

Blanca Luz enrojeció con viveza, se le agolparon los argumentos, le centellearon los ojos, pero Martín la aplacó con un movimiento de la mano, antes de que le diera tiempo a abrir la espita de los truenos:

—No. Ya está. Olvida lo que acabo de decir. No quiero discutir.

No cruzaron una palabra más el resto del día, tan solo una consulta sobre lo

que iban a comer. Tras la escueta deliberación culinaria, se comieron el menú elegido en silencio, observándose de soslayo. Después, Martín se puso a pintar con irreprochable abnegación y Blanca Luz se enfrascó en un libro que encontró abandonado en una estantería y que no le interesaba en absoluto. Dejaron correr esas primeras horas que pasaban juntos sin hacer nada por apresarlas. La tarde ya era una enferma terminal que se asfixiaba en el firmamento de Montparnasse, amoratada antes de expirar, cuando un timbrazo quebró la coraza de silencio que resguardaba el taller de Martín Pendragón. Sus ocupantes se sobresaltaron.

—¿Esperas a alguien?, ¿una amante tal vez? ¿He de sentirme celosa, Martín? —se mofó Blanca Luz, pero cuidándose de ensartar la bayoneta que acechaba tras la broma.

Él puso los ojos en blanco y se tomó un momento para responder:

—¿He escuchado bien? ¿Me habla de celos y amantes la misma que ha estado durmiendo con otro hombre durante dos décadas?

Dicho esto, sin esperar una contestación, Martín se encaminó a abrir la puerta. Antes, acercó el ojo a la mirilla y, al ver quién aguardaba al otro lado, se apresuró a descorrer el cerrojo.

Desde la sala, Blanca Luz escuchó que Martín, tan asombrado como complacido, exclamaba:

—¡Jeanne Bucher!

Por un momento, al oír aquel nombre de mujer, la sangre se le congeló en las venas al pensar que la chanza que había arrojado tan a la ligera se tratase de una hipótesis real. Habría sido una ironía deliciosa. Y se lo habría tenido bien empleado. Pero sus temores se apaciguaron cuando vio a Martín en el umbral acompañado por una mujer septuagenaria de inteligentes ojos oscuros y pómulos tan altos y abruptos como acantilados. Su cabello, aún abundante, se ondulaba como plata líquida sobre la que riela un guijarro, hasta atracar en un moño austero e impecable. Las líneas alargadas y rectas de su nariz encontraban su prolongación natural en unas cejas arqueadas y severas, y en los labios parcós. Su atuendo era sobrio y elegante, compuesto por una chaqueta oscura y masculina, de la que brotaba el cuello cremoso y delicado de una blusa de raso blanco. Blanca Luz se levantó como un resorte ante la visión de aquella señora que no podía inspirar sino respeto. En francés, Martín la presentó como Jeanne Bucher, y Blanca Luz trató de emplear todos los galicismos que había aprendido durante la temporada que llevaba con

Eduardo detrás del mostrador de una tienda. Balbuceando, logró decir que estaba encantada de conocerla. Martín contó que la señora Bucher era la propietaria de una galería que había abierto sus puertas en 1936 a escasas manzanas de su vivienda, en el número 9 del bulevar Montparnasse.

—Sin embargo, todos los datos que te pudiera enumerar no servirían para hacer justicia a la mujer más valiente que conozco.

Blanca Luz lo miró inquisitiva, dudando de si había entendido bien esta última frase de Martín. Coligió que sí cuando vio cómo Jeanne Bucher, que había estado asintiendo paciente e impávida al repaso de su biografía, daba un respingo y tomaba la palabra por primera vez. Su voz sonaba grave y rotunda cuando dijo:

—Martín, no exageres.

Él replicó con absoluta seriedad, sin pestañear:

—No he exagerado ni un miligramo. Sin duda, es usted la mujer más valiente que conozco.

—Solo hago lo que puedo —protestó ella, visiblemente incómoda.

—En absoluto —le rebatió Martín sin alterarse ni un ápice—. Con no delatarnos, ya estaría haciendo lo que puede. Pero no, Blanca Luz. Jeanne Bucher no se ha limitado solo a eso. Ella siguió exponiendo mis cuadros, y los de tantos otros «degenerados» desafectos al Gobierno, cuando todos los demás galeristas y marchantes de arte comenzaron a volvernors la espalda. Jeanne Bucher jamás vaciló. Se puso el mundo por montera y continuó apostando por mí, aunque estuviera prohibido.

—Simplemente, creo en lo que haces —arguyó ella con sencillez.

—Lo sé. Pero creer en mí no sale barato en estos tiempos.

La señora Bucher cruzó los brazos con circunspección a la altura del pecho y miró fijamente a Martín.

—Y no solo eso —prosiguió este—, sino que también ha guardado obras que iban a ser confiscadas, y no ha dudado en dar cobijo bajo su propio techo a todo artista perseguido al que ha visto en la cuerda floja, arriesgando su propia vida. No, señora mía. No es tontería lo que usted hace.

—Pues lamento decirte que precisamente por eso he venido a verte a estas horas tan tardías. Corres peligro, Martín. Probablemente vendrán a hacerte una visita que no creo que quieras recibir —dijo Jeanne Bucher con una voz seca como la corteza.

Martín se removió inquieto y Blanca Luz lo miró asustada.

—¿Cómo se ha enterado? ¿Quién le ha dado el chivatazo?

—Hace un par de días, el embajador del Reich, Otto Abetz, estuvo donde Pablo, en Grands-Augustins, haciendo preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Ya sabes. Sobre lo que está pintando. Sobre una reproducción que tenía de esa obra del pueblo norteño bombardeado.

—¿Guernica?

—Ese.

—¿Y qué pasó?

—Al parecer, le preguntaron si era él quien había hecho el cuadro.

—¿Y qué les dijo? —quiso saber Martín conteniendo el aliento.

—Bueno, ya conoces a tu compatriota. Les contestó: «Yo no. Lo hicisteis vosotros».

Martín dio una palmada y soltó una carcajada.

—¿Solo se le podía ocurrir eso a Picasso! Terrible y genial.

—Sí..., pero también muy osado. Tú ándate con pies de plomo, Martín. Lo mejor sería que te marchases de casa durante unos días, hasta que todo esté más tranquilo. Vente a la mía mientras tanto.

Martín frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Se lo agradezco, Jeanne, pero no. No tengo ni la más mínima intención de exponerla a usted.

—No digas bobadas... —protestó la interpelada.

—No discutiré. Le agradezco en el alma el ofrecimiento, ya lo sabe, pero no pienso aprovecharme de su generosidad.

—¿No te estás aprovechando de...!

Martín la cortó en seco, con un rostro insondable.

—Jeanne. No insista. Por favor.

Jeanne Bucher le escrutó con sus ojos rasgados y penetrantes y, al fin, se encogió de hombros.

—Está bien. Como quieras. Por lo menos, ya te he avisado.

—Y jamás podré pagárselo adecuadamente. Estaré bien, de verdad. No se preocupe. Ahora, por favor, cuídese usted mucho. En cuanto pueda, le haré una visita.

La señora Bucher asintió como un militar que cumple con su deber, apoyó una de sus manos romas y confiables en el hombro de Martín y, acto seguido, se dirigió hacia la puerta para marcharse.

Entonces, la mirada de Martín recaló en Blanca Luz, que había observado la escena en un segundo plano, y en su interior se libró un forcejeo feroz que solo duró un segundo.

—¡Espere un momento, Jeanne!

La anciana se volvió ante la interjección súbita de Martín, con mirada interrogante.

—Lo que sí podría hacer es esconderla a ella.

—¡Martín! —protestó Blanca Luz.

—Si me hace ese favor, sí que estaré en deuda con usted lo que me resta de vida —prosiguió él, haciendo caso omiso de su grito.

La señora Bucher posó la mirada en la aludida y asintió de nuevo, esta vez con más energía, dando a entender que no tenía nada que objetar.

Blanca Luz, atónita y furiosa al ver que estaban decidiendo sobre su destino delante de sus narices sin consultarle siquiera, se plantó en dos zancadas delante de Martín y le espetó:

—No, no pienso irme a ninguna parte. Me quedaré contigo.

Martín puso las manos sobre sus clavículas y, mirándola fijamente, le dijo:

—Es lo mejor, Blanca Luz. Será solo por unos días. Con la señora Bucher estarás a salvo. Este sitio no es seguro ahora.

Blanca Luz se zafó de la suave presión de sus manos.

—¡Me da igual! ¡No me marcharé y punto! ¡Si tú eres testarudo, yo lo soy más!

Exasperado, Martín le agarró las muñecas, esta vez con fuerza.

—Escúchame, cabeza dura. Lo último que quiero o necesito es que te pase algo por mi culpa. Jamás me lo perdonaría, ¿me oyes?

Ella le devolvió la mirada con fiereza.

—Asumo todas las consecuencias.

Martín dudó un momento deteniéndose en sus pupilas, pero la duda no duró. Se extinguió como un mixto en una corriente de aire.

—¡Que no, Blanca Luz, que no! ¡Vas a marcharte y no hay más que hablar!

—¡Ni lo sueñes! ¡No, no, no y no!

Jeanne Bucher asistía desde un discreto rincón a aquella escandalosa sinfonía de gritos en español. Martín replegó velas un momento, avergonzado por el espectáculo que estaban ofreciendo. Soltó las muñecas de Blanca Luz, se apretó el entrecejo y juntó las palmas de sus manos para exigir en un

susurro:

—Oye, sé razonable. No pasa nada por que te vayas unos días. Es por tu bien.

Ella denegó con la cabeza, en completa ofuscación.

—Me da igual lo que me digas —gruñó.

—Te sacaré de aquí a remolque si es preciso. No quiero montar un numerito, pero no me estás dejando otro remedio —le advirtió él, al tiempo que la tomaba por el brazo para arrastrarla.

Al verlo tan resuelto e inflexible, Blanca Luz soltó un ruego desesperado:

—No, Martín, por favor..., por favor te lo pido..., no me obligues a irme de tu lado. No quiero abandonarte, no quiero separarme de ti..., por favor.

Su súplica se entrecortó con un sollozo. Blanca Luz bajó la cabeza, con un aire tal de derrota que Martín se conmovió y le soltó el brazo de inmediato. Le puso un dedo bajo la barbilla y suavemente la levantó hacia sí. Fue entonces cuando vio los ojos arrasados por las lágrimas de Blanca Luz.

—No me obligues a separarme de ti..., antes le has agradecido a esta mujer que no te abandonara en los momentos difíciles. ¿Cómo voy a abandonarte yo, ahora que he vuelto a buscarte? ¿Cómo puedes pedirme eso?

Martín detuvo en ella la mirada un instante, sorprendido, calibrándola en una muda y concentrada reflexión, y emitió un suspiro. A continuación, se volvió hacia la señora Bucher, que esperaba el veredicto.

—Está bien, Jeanne. Disculpe las molestias. No será necesaria su hospitalidad.

La anciana intercambió con él una mirada inteligente. En sus labios parcos campeaba un principio de sonrisa.

Cuando desapareció al otro lado de la puerta y se quedaron solos, Martín abrazó a Blanca Luz, le secó con un dedo las lágrimas que aún le perlaban el rostro, y le dijo:

—Está bien, cabeza dura. Tú lo has querido. Aquí te quedas. Conmigo.

Ella se sorbió la nariz y esbozó una sonrisa.

—Exacto. Así debe ser.

Martín le dirigió una última mirada, cargada de resignación. Entonces, Blanca Luz comprobó con asombro que él comenzaba a encender la chimenea, cebándola con unos trapos, que desgarró con sus propias manos hasta reducirlos a tiras y, acto seguido, los empapó en una botella de alcohol. Después, aproximó una vela para que prendieran.

—Pero ¿qué haces, loco? ¿Qué te propones encendiendo la chimenea en pleno mes de mayo? ¡Si no hace frío...!

Martín la ignoró. Con paso decidido, se encaminó hacia uno de sus cuadros. Uno de tamaño medio que se apoyaba contra una pared por su anverso. Lo cogió y regresó hacia la chimenea. Lo capturó con las tenazas y, sin dudar, lo aproximó a las llamas, que aguardaban aquella ofrenda con sus brazos cárdenos y ondulantes, libando con un chisporroteo codicioso. Horrorizada y estupefacta, Blanca Luz le sujetó el brazo con todas sus fuerzas para intentar detenerle.

—Pero, Martín, ¿¿has perdido el juicio?? ¿¿Qué se supone que estás haciendo?? ¡Para, para, condenado! ¿Qué haces?

Él se volvió hacia ella con una calma imperturbable, monolítica.

—No voy a consentir que vengan los de la Gestapo y encuentren estos cuadros que pueden comprometernos. No voy a correr ese riesgo ahora que estás tú aquí. Los voy a quemar uno por uno, hasta que no quede ni un rastro que pueda darles una excusa para hacernos daño.

Blanca Luz lo contemplaba, con las pupilas dilatadas, en medio del silencio más atroz, mientras el fuego le teñía el rostro de ámbar y de escarlata con su baile enloquecido.

—No, Martín... no —logró barbotar, con la voz estrangulada—. Es una completa locura. Y una estupidez. ¿Cómo se te ha podido pasar por la cabeza semejante idea? Te arrepentirás si lo haces. Lo sabes. Lo lamentarás el resto de tu vida. Acuérdate de lo que ocurrió en Berlín. Hace unas horas tan solo me has contado que, al enterarte de que habían quemado tus obras, te sentiste como si a tus hijos los hubieran acuchillado mientras dormían. ¿Y ahora estás dispuesto a hacer tú lo mismo? ¿Acaso eres un parricida? Detente, Martín. No lo hagas.

Blanca Luz aún agarraba el brazo con el que él sostenía las tenazas, inclinándolas sobre la pira sibilante que ardía en la oquedad de la chimenea. El rostro de Martín se ensombreció. En la estancia solo se oía el crepitar terrible del fuego, que iluminaba la habitación. Afuera, ya había caído la noche. Con voz ronca, dijo:

—No puedo hacer otra cosa, Blanca Luz.

—¿Cómo que no puedes hacer otra cosa? —se crispó ella, sacudiendo su brazo para alejarlo de la fogata.

—No... No tengo otra opción.

—Pero ¿cómo que no tienes otra opción? Te juro que no entiendo nada, Martín.

—Pero ¿no lo comprendes, Blanca Luz? Si a ti te pasara algo, yo... me moriría. ¿No puedes entender algo tan simple como eso?

Ella lo miraba fijamente, de nuevo al borde de las lágrimas, y él, como si al decir aquella última frase hubiese reencontrado la fuerza para convencerse de que el sacrificio era necesario, aflojó con un movimiento limpio y rápido las tenazas. Sobrevino un chasquido y la pintura se desplomó sobre el lecho de ascuas, que se lanzaron a lamerla con fruición y premura.

—¡¡Nooooo!! —chilló Blanca Luz consternada.

Sin perder un segundo, salió disparada del salón hacia el dormitorio. Al cabo de unos instantes reapareció en el quicio de la puerta, trayendo entre las manos la manta que la envolvía cuando llegó a la puerta de Martín la noche anterior. Este, que permanecía ante la chimenea como un inquebrantable centinela, intercambió con ella una mirada interrogante.

—¿Qué...?

Blanca Luz le apartó de un empujón, echó la manta por encima de las brasas flameantes, y con aquel pedazo de tela y con sus propias manos, se aprestó a sofocarlas. Martín se le acercó corriendo por detrás, la cogió por la cintura y trató de retirarla a tirones, pero ella se resistía como una fiera, empeñada en aplastar aquellas llamas antes de que devoraran el cuadro. Martín y Blanca Luz se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo salvaje, midiendo sus fuerzas. Se agarraban, se interponían el uno frente al otro, se sorteaban, se acometían, con arañazos, con embestidas, entregados a una danza febril y enardecida, en la que se rechazaban a dentelladas y se apresaban con soldaduras. Al fin, en el fragor de la encarnizada lucha, ella logró escurrirse entre los brazos de él y se abalanzó sobre la manta para asfixiar el fuego con su propio peso. La habitación comenzó a inundarse con un humo acre y denso, y, entre toses, Martín se dirigió hacia la ventana para abrirla.

—¡No! ¡Aún no! Si entra oxígeno, las llamas podrían avivarse. Espera unos instantes.

Lagrimando, Martín solo abrió la ventana una vez que Blanca Luz se cercioró de que el fuego se había apagado. Apartó la manta y rescató el cuadro de entre las cenizas. Por fortuna, no había pasado a engrosarlas. Solo se había chamuscado el lienzo ligeramente en las esquinas, pero aquella gangrena flamígera no había afectado a la superficie pintada.

Temblando de pies a cabeza, de fatiga, de miedo y de ira, Martín se plantó delante de Blanca Luz y la zarandeó por los hombros.

—Pero ¿se puede saber qué has hecho, loca?

—¡¿Loca?! ¡¿Tú te atreves a llamarme loca?! ¡Loco tú! ¡Botarate! ¡Infeliz! ¡¿No te das cuenta de la monstruosidad que has estado a punto de cometer?! ¡Aún no me lo puedo creer...! ¿Cómo has sido capaz de...? ¿Cómo demonios has podido pensar ni por un momento...?

Blanca Luz boqueaba desesperadamente, en busca de unas briznas de aliento, mientras las imprecaciones le atoraban la boca. Entonces Martín reparó en que una de esas manos que se convulsionaban delante de él se hallaba salpicada por la mancha rosa y descarnada de una quemadura. La cogió con suma delicadeza por la muñeca y la atrajo hacia sí, hasta casi rozarla con sus pestañas. El enfado se le evaporó en un instante, y el furor se vio reemplazado por una invencible ternura. Acercó la yema de sus dedos al metacarpo y lo rozó como si se tratara de un tesoro frágil y precioso. Blanca Luz se estremeció.

—Eh, mira..., mira lo que te has hecho —le dijo, como quien reprende a una niña herida a la que protegería con su vida.

—Eso no es nada —replicó ella, tratando de ocultar la mano magullada, mientras se enjugaba las lágrimas y restablecía el sosiego en su tórax—. Una minucia, comparado con lo que pretendías hacer. Pero ¿cómo se te ocurre, Martín? Ten por seguro que doy por bien empleada la quemadura si he logrado que el cuadro quedara intacto. ¿De verdad que aún no te has dado cuenta de que lo que tú haces es único e insustituible, de un valor incalculable? ¿Cómo puedes siquiera considerar la posibilidad de destruirlo?

Martín la miró a los ojos.

—No hay nada tan único e insustituible como tú, Blanca Luz. Nada tan valioso. Al menos para mí.

Se quedaron los dos un momento eterno en silencio, sin aliento, con las respiraciones trepidantes.

—Anda, vamos a curarte... Si no, te saldrá una ampolla...

Ella posó su mano quemada en la mejilla de él. Susurrando, le ordenó:

—Martín, mírame.

Se enlazaron inextricablemente los ojos de ambos.

—Mira, hasta yo puedo entender que existen cosas sagradas. Tus cuadros lo son. Tienes que darte cuenta. No puedes privar al mundo de esa luz. No

puedes. Esta noche pasará. Esos hombres, también. Incluso tú y yo pasaremos. Pero tus cuadros no. Ellos se quedarán. Por eso son sagrados, y tienes que tratarlos como tales.

Los párpados de Martín vibraron un instante. La nariz de Blanca Luz rozaba la suya. Solo veía su rostro en la penumbra de la habitación. Y entonces, tuvo que arrancárselo de dentro, aunque fuese con un hilo de voz:

—Entonces, si son sagrados, ¿por qué razón vendiste el que tenías tú?

Ella se quedó callada un momento infinito. Después, meneó la cabeza con tristeza.

—Porque cuando lo hice, aún no sabía que lo eran. Me di cuenta de su importancia demasiado tarde. Cuando ya lo había perdido. Y puedo asegurarte que lo he lamentado cada día desde que ese judío se cruzó en mi vida. Por eso no puedo permitirte que cometas el mismo error que yo. Cuida lo que es sagrado, Martín. Cuidalo.

Veinticuatro horas después de haberse encontrado, sus bocas se buscaron. Esta vez habían tardado en amoldarse el uno al otro. Tenían que redimir la excesiva distancia, la tremenda ausencia. Habían jugado con fuego. Habían corrido el riesgo de perderse en el camino el uno al otro, de haberse convertido en extraños, de haber olvidado quiénes eran cuando estaban juntos. Pero allí estaban. Reconociéndose en los besos, recuperándose en lo sagrado. En la saliva húmeda y espesa, en los labios electrizantes y acogedores. En las caricias de una sola pieza. En los abrazos insondables. En la piel que se reencontraba tras haberse añorado. En la catarsis de los cuerpos que habían plantado batalla a la amnesia y que rememoraban sus hazañas y fatigas como viejos camaradas. En las manos que conservaron entrelazadas cuando, en el salón a oscuras, se sentaron en el sofá, contemplando la luna de salitre dibujada con compás que perforaba la negrura del cielo. En la seguridad con que, aquella madrugada, se dispusieron a esperar lo que el futuro quisiera traerles, desafiantes y audaces, porque, al fin, estaban otra vez juntos.

Hicieron el amor por primera vez como si fuera la última noche de la tierra. Dos salvajes saldando una cuenta pendiente. Y sí, cuando Martín penetró en ella sintió algo muy parecido a volver a entrar en la casa familiar, que ha permanecido cerrada durante décadas, y a la que se regresa convertido en su legítimo dueño. Se amaron, sin ternura ni indulgencia, como locos juramentados que traspasaron todos los límites, hasta que la presa saltó,

hecha pedazos, y el río se los llevó corriente abajo.

Cuando se durmieron, a Blanca Luz la rondó una pesadilla que ocurría allí, en París, puede que esa misma noche. Un hombre con un pendiente y una nariz protuberante, y con la boca llena de sangre, se encogía en un rincón de su casa, mientras unos hombres lo pateaban brutalmente y derribaban los muebles. Estaba indefenso, y, sin dejar de recibir puntapiés de botas que lo herían con sus clavos, se arrastraba hasta la cocina y, de pronto, entre él y la ciega locura de sus agresores, interponía un escudo con el que trataba de protegerse. Era un cuadro en blanco. Sin nombre. Pero no le servía de nada. Uno de los hombres sacaba una pistola, le apuntaba en mitad del pecho y, sin pensárselo dos veces, disparaba. Las balas se estrellaban contra el lienzo y lo atravesaban. El cuadro quedaba tan agujereado como el pecho del hombre indefenso, que se desplomaba, inerte, sin dejar de aferrarlo. La mancha de su sangre comenzaba a pintar la superficie perforada del cuadro. El lienzo no lograba absorberla, y la sangre acababa derramándose por el suelo y empapando una alfombra. El hombre estaba muerto, pero, de pronto, abrió los ojos y decía con voz cavernosa: «Busco obras que escasearán en el futuro. Yo las guardo. Yo las cuido. Como a mi propia vida. Lo prometí. Esta es la última. No me la quitaréis. Antes tendréis que matarme». Y los hombres brutales se reían, escupían y le decían con crueldad: «Ya te hemos matado». Entonces, tiraban la pistola, que se había quedado completamente descargada, y arrebatan el cuadro de las manos del muerto, que no podía hacer nada por impedirlo. Porque estaba muerto. Y, aprovechando esta circunstancia, su repugnante superioridad, los vivos asesinos se lo llevaban. Desaparecían con el cuadro. Blanca Luz intentaba correr tras ellos. Pero, antes de que hubiera podido dar dos pasos, se despertó, aterrada, con el corazón desbocado y anegada en sudor.

Aquel mes de junio fue para ellos como un coito lento, intenso y hermoso. El mundo afuera se derrumbaba y, sin embargo, Martín y Blanca Luz no podían evitar ser felices. Todo acababa y empezaba en ellos. La reclusión forzosa se convirtió en un premio. Era la mejor excusa para encerrarse en una habitación, como si se tratara de un barco a la deriva que naufragaba. Varados en aquellos precarios arrecifes, se ahogaron el uno en el otro. Durante todo aquel tiempo, ningún navío pirata enarboló su sombría bandera

en el horizonte. La Gestapo los dejó en paz. Y así, pudieron consagrarse a aquella anagnórisis, una segunda oportunidad que jamás creyeron poder disfrutar. Pero la felicidad nunca se prodiga sin pedir nada a cambio. Siempre se venga, fugándose tarde o temprano, sin una nota de despedida y con un sonoro portazo. Cuando te quieres dar cuenta, ya se ha marchado, sin hacer maletas y dejándote con las sábanas revueltas y sin lavar. Y Martín tenía que pagar el precio de haberla utilizado en usufructo, después de haber pasado un mes en su particular edén, viviendo a caballo entre los lienzos y los brazos de Blanca Luz. Pintaba y amaba. El mundo no podía ser más perfecto. A punto estuvo de creerse aquello de que, en ocasiones, los dioses sí imparten una rara justicia. Y es que la felicidad nos vuelve crédulos e ingenuos. Pero un buen día, con julio en puertas, Blanca Luz abrió un cajón que no había visto nunca abrir a Martín, para guardar unas prendas que había comprado y que no cabían en aquel estudio atestado de caballetes, paletas y frascos de colores. Dentro encontró un maremágnun de reliquias, que empezó a ojear distraída: algunas fotografías en las que aparecía un Martín extremadamente joven y sonriente, rodeado de muchachos ante un pabellón octogonal. En una de ellas, le pasaba el brazo por los hombros a uno que sostenía un pollo muerto por las patas. Servilletas y billetes de tranvía cubiertos de garabatos, un periódico de hacía por lo menos diez años en el que aparecía remarcada una crítica elogiosa sobre la exposición de un Martín todavía sin foguear, y, entre tanto papel, un pequeño sobre. A pesar de lo maltrecho y ajado de la tinta, Blanca Luz se apercibió de que el remitente era Chema. Estaba abierto, de modo que despegó la solapa con suma cautela, y no luchó por evitar que su curiosidad extrajera una cartita de papel fino y quebradizo en el que pudo leer a trancos en diagonal:

Querido Martín. ¿Cómo estás? Espero que París te esté tratando bien, ya lo sabes. En cuanto puedas, tienes que mandarme otro relato pormenorizado de todas tus aventuras. Puedes incluir alguna fanfarronada, que no me molestaré [...] He de contarte una cosa que no te va a gustar. Siento ser yo el mensajero [...] ya me he puesto otra vez a divagar [...] suelto la bomba...

Encontró a Martín ante un lienzo, bajo la claraboya, el lugar donde más le gustaba pintar. Se acercó a él agitando el papelito:

—¿Todavía guardas la carta en la que Chema te da la noticia de que me

voy a casar con Eduardo?

Martín se giró sorprendido.

—¿Qué?

—Estaba entre tus cosas —le respondió simplemente—. ¿Por qué conservas esto?

Él se quedó en silencio. Desorientado.

—No sé.

—¿Te gusta torturarte?

—Déjalo, Blanca Luz...

—No. En serio. ¿Por qué te aferras a esta carta?

—No me aferro a ella...

—Está bien. Pues entonces, la quitaré de tu vista —dijo, al tiempo que la doblaba y la ocultaba en un bolsillo de su falda.

—No es tuya, Blanca Luz...

—Pero es que no lo puedo entender. ¿Por qué no la has destruido en todo este tiempo? ¡Es agua pasada!

—Bueno, no tan pasada —replicó él.

El rostro de Martín se había vuelto duro y frío como un guijarro. Miraba a Blanca Luz con una seriedad insondable que la desarmó, que le hizo tragar saliva:

—Vamos, que no has olvidado.

Martín soltó un siseo de risa, baja y amarga:

—Lo planteas como si fuera lo más fácil del mundo.

—Ha pasado mucho tiempo, demasiado como para que sigas lleno de rencor.

—Pero ¡si hasta ayer mismo, como quien dice, vivías con Eduardo! —repuso él, empezando a perder los nervios.

Blanca Luz agachó la cabeza.

—Es cierto. ¿Qué quieres que te diga? No puedo hacer nada por cambiar eso.

—En efecto, no puedes.

—Pero ¿crees que al menos podrías perdonarlo?

Martín miraba el zócalo del suelo muy fijamente, con los ojos vidriosos. Era incapaz de mirarla. Resopló:

—No lo sé. Necesito tiempo.

—¿Tiempo? ¿Cuánto? Llevo aquí un mes. Un mes maravilloso, en el que

creo que, por fin, te he demostrado que quiero hacer las cosas bien contigo, que ya no soy la que era. He puesto toda la carne en el asador por ti. Me he quedado a tu lado contra viento y marea, afrontando todos los peligros con tal de no perderte de nuevo. Me he esforzado por ser alguien digno de tu valía, tan valiente y entera como esa Jeanne Bucher. Creo que he puesto de mi parte para que te convenzas de que puedes contar conmigo sin reservas y guardarme un hueco en tu vida. ¿Qué más he de hacer, Martín?

El interpelado permanecía enroscado en su silencio. Blanca Luz amartilló la siguiente pregunta. Sonó el disparo:

—¿No confías en mí?

La voz de Martín era queda y pastosa cuando rompió a hablar:

—Hace un mes, cuando impediste que quemara mis cuadros, me dijiste que incluso tú podías entender que existen cosas sagradas. Y yo te pregunto: ¿lo nuestro no lo era?

Ella sintió como si le hubieran cruzado la cara de un bofetón. Martín no aguardó a que se recobrara. Implacable, continuó.

—Yo te diré lo que era: lo nuestro no estaba ni consumido ni apagado. Era una hoguera, que habría seguido ardiendo, de no ser porque tú te empeñaste en echarle una manta encima y en cerrar la ventana para que no le llegara oxígeno. Y ya lo viste hace un mes: eso no hay fuego que lo resista, por muy sagrado que sea.

Blanca Luz cerró los ojos. Luego, miró al techo, para no enfrentarse con él.

—O sea... que no. No me has perdonado.

—No se trata de perdón, Blanca Luz, sino de...

Titubeó.

—¿De qué? ¿De qué se trata?

Inhaló aire. La miró a bocajarro.

—De que te tengo miedo. Sí... Una y otra vez eres víctima de ti misma, de tu debilidad, y las personas débiles dais miedo.

Ella se rio amargamente.

—¿Y te crees que las fuertes no?

—Pues, entonces, estamos apañados.

Enmudecieron, se habían cortado el aliento. Cada uno se encaminó a un rincón de la estancia. No podían ni mirarse. Entre ellos se interponían millones de años luz. Se quedaron un rato absortos en el dolor, él con los brazos cruzados, ella con la frente contra la pared, hasta que, desde su punta

de la habitación, Blanca Luz, con la voz rajada de parte a parte, dijo:

—Pues sí, Martín, soy débil. Muy débil, y siempre he sabido que tú tenías una pasión a la que yo jamás podría igualarme. Tú amas la pintura, y ella te ha dado la fuerza y la valentía precisas para que puedas hacer y soportar cualquier cosa. Por eso, yo sé que con ella te basta y te sobra para ser feliz. Que está por encima de todo y de todos. Y eso me aterra. Me ha aterrado desde que te conocí... Me aterra tanto no ser lo que tú necesitas...

Entonces él se volvió a mirarla y, devastado, gimió:

—Pero ¿cómo no voy a necesitarte, si eres el amor de mi vida?

Salvaron la distancia que los separaba y se fundieron violentamente en un abrazo, agarrándose el uno al otro hasta quebrantarse los huesos, confundidos en una maraña de besos, pelos, lágrimas, hipo, tartamudeos, temblores, escalofríos y palabras, que se clavaban como agujones y, al segundo siguiente, arrullaban como nanas. Cuando emergieron de ese caos, alejándose unos centímetros, Martín puso la mano en la nuca de Blanca Luz, para mirarla de frente.

—Escúchame bien lo que voy a decirte. No pienso discutir contigo, y no voy a repetírtelo. Si es la pintura la que nos lanza por caminos distintos, como ya hizo cuando me vine a París, pues muy bien; entre ella y tú, me quedo contigo esta vez.

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Lo que has oído. Ni más ni menos.

Blanca Luz lo escrutó atentamente.

—¿Que renuncias al arte? —recapituló.

—Exacto, renuncio al arte.

Tras esta declaración de intenciones, ambos se quedaron callados.

—No podrás. Por mucho que lo intentes..., eso no funciona así, Martín. No podrás evitarlo. Volverás a pintar. No sabes vivir de otra manera... Además, ¿quién te está pidiendo que lo dejes? Yo no, desde luego. No quiero que renuncies a...

—Blanca Luz —la atajó él—. De verdad, no volvamos a lo mismo. Es mi decisión. Sé que no me estás pidiendo que lo deje, pero supongo que no se puede impedir que dos pasiones fuertes acaben chocando la una contra la otra. Si ambas son capaces de absorberte con la misma intensidad, resulta imposible que ambas quepan a la vez en tu vida sin terminar descoyuntándote. Así que zanjo la situación de la mejor manera que se me

ocurre. Abandono el arte.

Lo dijo con una simplicidad clara y sólida. Ella no daba crédito.

—Pero, entonces..., vas a cambiar lo que eres para encajar en mi vida...

—Ya ves lo que me importa.

—Pero...

—He dicho que no hay discusión posible.

—Pero es que...

—Que no hay discusión posible.

—Está bien..., no diré más.

El resto de la velada lo pasaron contentos. Martín se mostraba satisfecho, como si se hubiera desprendido de una onerosa carga con la resolución que había adoptado. Estaba dispuesto a levar anclas y a intentar aquella nueva vida, y a hacerlo con ganas, por el sencillo motivo de que ella estaba allí, para acompañarlo. Blanca Luz, por su parte, se hallaba pensativa, pero sonreía y, en algunos momentos, se hacía patente su buen humor. Estuvieron charlando hasta altas horas de la noche, riéndose de buen grado, incluso bailaron como bobos, sin música y con los cuerpos pegados, y tomaron unas copas de un vino añejo que Martín descorchó ex profeso. Estaba convencido de que la ocasión lo merecía. Ligeramente embriagados en un mareo vaporoso, que les hacía arder las mejillas y cosquillar los dedos, se acostaron. Hicieron el amor muy lento, en la oscuridad, con las cabezas vacías de pensamientos, casi sin darse cuenta de lo que hacían, apresados en un duermevela en la que solo eran conscientes de la piel infinita del otro, del tacto suave y denso de los besos, y de las caricias, que eran el único asidero a la realidad. O quizá, el único pasaporte a otro mundo que se encontraba muy lejos. Los contornos se difuminaron tanto aquella noche que no habrían sabido distinguir sus propias carnes, delimitar dónde empezaba ella y dónde acababa él. Martín no habría podido decir si, cuando le venció el sueño, había salido o no de Blanca Luz, tan poca era la conciencia que tenía de sí mismo y hasta tal extremo se había diluido en la de ella.

Cuando abrió los ojos, el alba había irrumpido en la habitación, rayando el silencio. Las sábanas, que olían a Blanca Luz y a su sexo, estaban hechas un lío. El mareo vaporoso todavía le zumbaba en la cabeza. No había nadie más. Se frotó los ojos, para ahuyentar los restos legañosos del letargo y, completamente desnudo, se incorporó. La buscó por toda la casa. Estancia por estancia. Para cuando regresó al dormitorio, ya se había rendido a la

evidencia. Ella ya no estaba. Entonces reparó en que, encima de la mesilla, descansaba un trozo de papel emborronado con su letra. Esa letra alargada y oblicua que conocía tan bien y que había aprendido a temer. Sospechaba lo que se iba a encontrar, porque conocía a Blanca Luz Miranda como si la hubiera parido. Y aun así y por eso, la quería. Con un suspiro de resignación inefable, consintió en refrendar con palabras ajenas lo que, muy en el fondo, ya sabía.

Hola, Martín, sé que probablemente no vas a entender nada, pero me he marchado. He preferido hacerlo sin decirte nada. Tal vez sea por cobardía. Me escabullo por la gatera de atrás para no tener que despedirme de ti. Supongo que no resistiría tu mirada mientras te estuviese diciendo adiós. No es la primera vez que tú y yo nos despedimos, así que, bueno..., creo que no pasará nada por que en esta ocasión nos lo ahorremos. Incluso creo que será mejor así. ¿Mis motivos? Bueno, tú estabas dispuesto a dejar la pintura por mí. Si se hace necesario que llegues hasta ese punto para que estemos juntos, es que algo no funciona entre nosotros dos, y es preferible que lo sacrifiquemos antes de que provoque más catástrofes. Yo no quiero sentirme responsable de algo tan perverso, como lo es el que renuncies a tus sueños. Antes de cerrar esta puerta que, te lo prometo, no voy a volver a cruzar (no me perdonaría hacerte sufrir con mis dudas de nuevo), quería darte las gracias por el mes tan maravilloso que me has permitido pasar a tu lado. De verdad, Martín. He sido inmensamente feliz, y podría morirme tranquila ahora mismo, sin lamentar o añorar nada, simplemente con el recuerdo de estos días que me han hecho sentir que la vida merecía la pena. Tú has marcado toda la diferencia. Pero prefiero que nuestra historia se quede aquí. Sin estropear. Así, siempre podremos recordarla tal como pasó en este glorioso mes de junio de 1941, cuando el mundo se resquebrajaba y nosotros nos amábamos con locura. Como siempre y como nunca. Alguien dijo que la flor más hermosa es la que antes se marchita... Tal vez sea una cursilada, pero no por eso es menos cierto. No pretendamos contradecir a una ciencia natural. Tú mismo lo dijiste, con otras palabras, el día que llegué aquí: tú y yo somos una excelente idea en el papel y un completo desastre en la práctica. Y no seré yo quien contradiga a Martín Pendragón. Solo me queda jurarte por tus cuadros (que son lo más sagrado, y no yo), que

en ningún momento me he arrepentido de haber venido a ti. Ha sido la mejor idea que he tenido en décadas. Ahora, me toca seguir mi camino. Que seas muy feliz en el tuyo, mi querido arriero. Siempre tuya.

Blanca Luz

Ante este formulismo de despedida por correspondencia, Martín no pudo evitar romper a reír. «Siempre tuya». No. La conciencia de una nueva pérdida le dolía tanto, que prefirió convencerse de que no es que la hubiera perdido. Es que jamás la había tenido. Y no es que se hubiera ido, sino que, sencillamente, nunca había estado. Permaneció mudo y quieto unos minutos eternos, sin saber qué hacer de su vida. Y, entonces, hizo lo de siempre. Se dirigió hacia un lienzo para pintarla, para intentar redimirse de los reproches que habían dado al traste con aquel ensayo de felicidad. La perfección del arte era el único reducto que soportaba la historia de los dos, el único lugar donde aún parecía posible. Y, sin embargo, cuando se dispuso a dar la primera pincelada, se sintió incapaz. Él le había entregado todo y ¿qué había recibido a cambio? Nada, nada, nada, nada, nada, nada... Cada nada era una sanguijuela que lo desangraba. Todo era puro humo. Humo de un fuego mantenido y extinguido que no solo no daba luz, sino que oscurecía la que todavía pudiera quedar en el declive de la tarde.

Aun así, aunque estuviera a oscuras, Martín se puso a pintar. La pintura era el único bastión que guardaba un poco de sentido para esa vida suya tan vacía, tan anémica. Eso sí. Usó todos los colores excepto el blanco. Con el blanco no podía. Nunca más volvería a pintar la luz. Pintó con sarcasmo. Con cinismo. Con resabio. Con la resina amarga que gotea de la edad y que queda petrificada como el ámbar: meloso y cuajado, pero con insectos pavorosos y espectrales acantonados en la entraña.

Le pesara o no, por fortuna o por desgracia, los años habían conseguido que ya supiera aquella verdad que era a la vez la más reconfortante y la más triste de todas: que, aunque sea sin la persona a la que más has querido, la vida está diseñada para pasar al siguiente capítulo. Sin rasgarse las vestiduras más de lo debido.

Ya de vuelta en Bayona, Eduardo la había escuchado en silencio. Y, ahora,

una vez terminada la confesión, el silencio continuaba. Pero en él aún resonaban las palabras de Blanca Luz, hasta agujerearlo. Cogió un pisapapeles que había encima de la mesa y comenzó a manosearlo. Era un canto de río, redondeado, pulido, de color jade. Estaba fresco al tacto. Y consistente. Se trataba de un anclaje a la realidad. A aquel salón. Era tranquilizador tener una parte del mobiliario sujeta entre los dedos. Carraspeó. De pronto, la voz de Blanca Luz volvió a sobresaltarle.

—Solo quería despedirme de ti en condiciones. Y pedirte perdón por haber desaparecido así. No te lo merecías.

Eduardo se echó a reír al borde de las lágrimas.

—Tienes prisa por escapar, ¿eh?

—¿Disculpa?

—Nada, nada. No hace falta que disimules. Es normal que estés deseosa de volver al lado de Martín.

Blanca Luz negó con la cabeza.

—No, Eduardo. Ya te lo he dicho. No tengo intención de regresar con él. Este mes hemos estado juntos, sí —cuando estas palabras entraron en contacto con la atmósfera, esta las propagó y Eduardo sintió de nuevo un calambrazo de dolor—, pero una vez más... no funciona.

—Ajá. Y entonces ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte sola?

—Sí —aseguró Blanca Luz con rotundidad.

—Jaja. Eso sí que no me lo creo.

—Pues es la verdad —insistió Blanca Luz.

—¿Y no te importa lo que murmurará la gente?

—Sabes bien lo poco que me importa la gente. Vuelvo a España.

—O sea, que prefieres estar sola en un país donde ya no te queda nada a estar conmigo —recapituló Eduardo con la voz tensa, dejando de pasear por la mano el pisapapeles que había estado haciendo bailotear.

Blanca Luz suspiró.

—Pero, Eduardo..., ¿en serio me estás diciendo que preferirías que me quedara, después de lo que he hecho?

Él la miró de refilón.

—Blanca Luz..., no entiendes nada. Lo último que quiero oír después de que me hayas destrozado es que pretendes dejarme.

Ella lo miró boquiabierta.

—Pe-pe-pero... —balbuceó, sin terminar de dar crédito a lo que estaba

escuchando—. Te juro que no te comprendo. ¿Quieres tener a tu lado a una mujer como yo?

—Blanca Luz —dijo él muy despacio—. Te estoy suplicando que me supliques. Lo más terrible de todo esto es que ni siquiera estás luchando por arreglar lo que has hecho.

Blanca Luz se sentó y meneó la cabeza con tristeza, acariciándose los dedos.

—Lo que menos necesito es perderte —prosiguió Eduardo, con la voz barbotándole a trompicones—. Al fin y al cabo, eres mi esposa. Quiero poder perdonarte. Sé que este juego no funciona así, que tendría que ponértelo difícil, hacerme el interesante, pero ya te adelanto el resultado. Te perdonaría. Ya lo ves. Me has quitado hasta la dignidad.

Sonaba como si estuviera hablando desde lo más profundo de una caverna.

—Pero es que... —protestó Blanca Luz.

—Ya... —la interrumpió Eduardo, muy suave—. Lo que pasa es que no quieres que te perdone.

Cerró el puño en torno al pisapapeles y lo mantuvo en alto, suspendido en el aire.

—Lo lamento —dijo Blanca Luz.

Era lo único que se sentía capaz de decir. Sabía que debería estar llorando ante Eduardo. Pero la pura verdad era que no le quedaban lágrimas. Se sentía completamente hueca. Seca. Agotada.

—¿Qué he hecho mal? —inquirió él con la voz trémula.

—Nada... —respondió ella—. Bueno, tal vez una cosa: enamorarte de mí. Sabías lo que le hice a Martín. Ya sabías la joya que te llevabas. Aunque, bueno, supongo que no es culpa tuya. Todo el mundo piensa que, en su caso, las cosas serán diferentes: que saldrán bien.

Eduardo no dijo nada. Solo tragaba, hierático, con la mirada extraviada en la repisa de la chimenea. Por eso Blanca Luz, intimidada, decidió salir del salón sin volverse a mirarlo. Él solo estrelló el pisapapeles contra el suelo una vez que ella se hubo marchado.

Así acaba el relato de Blanca Luz Miranda. Su verdad. En la habitación solo se oye el compás del gotero. Me quedo embebida contemplando cómo

va cayendo cada lágrima de suero, camino de mis venas. Me duele la pierna. No sé qué pensar. Me pica un punto de la frente. Siento muchas cosas. Y supongo que necesito compartirlas con alguien. No puedo quedarme con tanto dentro, custodiándolo yo sola. Si lo hiciera, sé que reventaría, como una burbuja de plástico de embalar. Por el momento, me dedico a observar la servilleta de papel con la que han cubierto la col de mi cena. Para tranquilizarme. Su blancura es tranquilizante. Aunque esta no es completa, ya que en la esquina inferior lleva impreso el anagrama del hospital, en color verde. Hospital Virgen de la Columna. Las letras van entrelazadas en torno a un pilar, y se vuelven a unir en la cúspide. Empiezo a trazarlas, a reseguirlas con la uña, que se hunde en la celulosa suave. Es una tarea absorbente. HOSPITAL VIR-GEN DE LA COLUMNA, silabeo despacio. En las últimas horas son tantas las cosas que me han rebotado en la cabeza, que ni siquiera me había parado a pensar en qué hospital estaba internada. Y de pronto, un resorte en mi memoria da un respingo. El hospital Virgen de la Columna... ¿No era allí donde Blanca Luz me dijo que estaba convaleciente su hermana, Sofía? ¿Será posible...? Lo de verte inmerso sin comerlo ni beberlo en una casualidad de película siempre es algo que les pasa a otros, pero por qué no... De ser así, la vieja mata dos pájaros de un tiro cada vez que viene al hospital: ve a su hermanita, y a mí, de paso y ya que está, me deja manuscritos como lectura extraescolar. No me paro ni a pensarlo. Levanto el auricular del teléfono que hay adosado a la pared. Llamo a la recepción.

—Sí, quería informarme sobre el ingreso de un paciente. ¿Me podría decir, por favor, en qué habitación está Sofía Miranda?

En efecto, tal y como me confirman, se encuentra bajo el mismo techo que yo. Y eso me produce una sensación muy extraña. Desde que empezó todo esto, han sido muchas las personas a las que he creído conocer a través de Blanca Luz Miranda. Pero eran solo eso. Palabras en su boca. Personajes. Recuerdos. Y ahora, de repente, hay alguien real. Una superviviente. Una testigo. A dos plantas hospitalarias de distancia. Alguien que ha vivido en sus carnes lo que ella me ha contado. Precisamente cuando más dudo de todo.

Minutos después, estoy pidiendo una silla de ruedas y cogiendo un ascensor, rumbo a la 414. Tengo una visita que hacer. Mientras bajo lentamente, el espejo me devuelve un rostro ojeroso y macilento, una melena revuelta y una pierna enyesada. Mucho peor no puedo estar. Veremos en qué

para todo esto.

Antes de llamar a la puerta, me quedo unos minutos escuchando, como una fisgona, para asegurarme de que Blanca Luz no está de visita en estos momentos. Lo último que quiero es toparme con ella. Conozco sus rutinas y sé que es improbable que a esta hora se encuentre aquí, le gusta acostarse temprano, pero el riesgo cero no existe. En la habitación, no obstante, todo parece tranquilo. Podría ser que ambas hermanas estuvieran en silencio. Por desgracia, no tengo método más fiable de averiguarlo, así que, al fin, me decido a repiquetear los nudillos en el tablero. Me responde al otro lado una voz que se va del cuerpo.

—Adelanteee...

Abro y me adentro en la habitación, en la que, en efecto y por fortuna, hay una sola persona. Maniobro con la silla de ruedas para no chocarme con la cama y los goteros. Reclinada en aquella, enchufada a estos, se halla una mujer menos arrugada que Blanca Luz Miranda, más gruesa que ella. Lleva el pelo corto, gris, y una bata de franela. En un primer vistazo, me parece que tiene las facciones inflamadas. Tal vez por eso no distingue en su rostro ningún rastro de su hermana.

—¿Quién es usted? —grazna, yo diría que asustada.

La intento apaciguar.

—Soy una amiga de Blanca Luz, de su hermana.

—¿Una amiga de mi hermana? No lo parece. —Al emitir este veredicto, hace una aspiración muy extraña con la boca, como si se hubiera quedado sin aire.

—Bueno. —Sonrío para congraciarme con su aspereza—. Quizá por la diferencia de edad podemos resultar la extraña pareja, pero últimamente nos hemos visto muy a menudo.

—¿Y qué hace en esa silla de ruedas? —señala con suspicacia.

—También estoy ingresada en este hospital. Dos plantas más arriba. En la 620. Ella me contó que se está recuperando de una operación de cadera y que viene a verla casi a diario. Me ha hablado tanto y tan bien de usted que quise pasar a saludarla.

Me mira un tanto perpleja. De hecho, se encasqueta sobre el puente de la nariz las gafas que le caen sobre el amplio y desmayado busto, prendidas de una cadenita. Son para verte mejor, Caperucita. Aguanto el escrutinio al que me somete. Guiña los ojos mientras se sujeta la patilla. Mi aspecto tan

deplorable como inofensivo parece tranquilizarla. Descarta que tenga fuerzas suficientes para abalanzarme sobre ella y acabar con su vida. Y, retomando el hilo de la conversación, me espeta:

—A saber qué majaderías le habrá contado esa.

Deduzco que se está refiriendo a su hermana. Me sorprende que para hacerlo emplee un despectivo pronombre demostrativo. Las tenía por uña y carne. Carraspeo:

—Bueno, me ha contado muchas cosas. Bastantes de su infancia.

—Huy, pues sí que se ha remontado lejos. Creo que eso lo hacemos todos los viejos.

Me doy cuenta de que Sofía Miranda está más aburrida que una ostra. Por eso me da palique. Y me sigue la corriente. Así que aprovecho:

—Me contó, por ejemplo, que cuando usted era niña sufrió una lipotimia muy grave, un verano que hizo un calor terrible, y que todos se asustaron muchísimo. Que ella hizo de enfermera.

—Dios mío —replica divertida—. De menudas cosas se acuerda. Eso ocurrió hace siglos.

—Su hermana tiene muy buena memoria.

—Sí. Para lo que quiere... No sé por qué se empeña en hurgar tanto en el pasado. Si no sirve de nada. Lo hecho, hecho está. Para qué darle más vueltas. —Y sus palabras adelgazan, hasta quebrarse en esa extraña aspiración que sube desde los bronquios.

—No sé —dudo—, hay quien lo hace por nostalgia. O por simple cariño. O para intentar entender por qué pasaron ciertas cosas.

—Pues si mi hermana lo hace por eso último, se lo fío largo, porque intentar entender su vida es un trabajo de chinos.

Sofía tiene en la manera de hablar la brusquedad de Blanca Luz, pero en una versión más vulgar, más desabrida.

—Sí, hasta donde yo sé, la suya ha sido una vida muy... intensa —apunto.

—Porque a ella le ha dado la gana. Si hubiese querido, la habría tenido la mar de tranquila.

—Bueno, es una empresaria de éxito, ha conseguido cosas que...

Me interrumpe con impaciencia.

—Sí, sí, todo eso está muy bien. Pero a mí sus negocios me dan igual. —Otra vez la sibilante y extraña aspiración—. ¿Que es rica? Pues muy bien. Me alegro por ella. ¿Que me ha hecho regalos muy buenos y muy caros desde

que tiene tantísimo dinero? Pues también, no lo voy a negar. Pero más le hubiera valido quedarse pacíficamente en su casa, con su marido, y criar unos cuantos hijos, como hice yo. Habría sido más feliz y todos hubiéramos estado mucho más tranquilos.

—La verdad es que esa es una vida que no le pega nada a su hermana.

—Ese es el problema. Que ella es demasiado para una vida normal. Y entonces tiene que ir por ahí liando las cosas y dando tumbos. Y eso no es de ley. No nos educaron para eso.

—¿Y para qué las educaron?

—¿Se ríe de mí?

—No, simplemente me interesa.

Me escudriña con aire de sospecha por encima de sus gafas. Se rasca la nariz. Pero decide continuar:

—Pues para ser mujeres decentes. Mujeres de bien. Y en cambio, Blanca Luz ha actuado siempre como si estuviera loca de remate. Cuando éramos jovencillas, intentaba comprenderla, y la excusaba, pero después me casé y me di cuenta de cómo tenían que hacerse las cosas, de cómo era el mundo en realidad, de lo que resultaba aceptable y lo que no, y vi que si mi hermana vivía así, a salto de mata, siempre con sus dudas y sus salidas de tono, era porque a ella le salía de las narices, y que no tenía sentido compadecerla ni tratar de entenderla. —Esta vez, la extraña aspiración dura más. Por un momento, temo que se quede sin aliento. Así que hablo yo:

—¿Usted no ha tenido dudas nunca?

Y, aún sin reponerse, contesta enseguida:

—Jamás. Y, si las he tenido, me las he callado y enseguida se han resuelto. Cuantas menos dudas se permite uno, menos acaba dudando. Todo lo demás son caprichos, frivolidades y debilidades de carácter.

El dogmatismo con que lo dice me irrita un poco, la verdad. El cariño con el que Blanca Luz me ha hablado siempre de su hermana pequeña no me deja reconocer a la Sofía Miranda que yo había imaginado en la intransigencia de esta señora.

—Bueno, puede que su hermana no siempre haya sabido resolver sus dilemas y contradicciones de la mejor manera, pero que dude solo significa que es humana, y luego también ha tenido valor para...

—Que no, hombre, que no. Que las cosas no funcionan así —dictamina con un manotazo al aire—. Yo decidí que me casaba con un hombre, con mi

Ramiro, y a partir de allí le fui fiel todos y cada uno de los treinta años que estuvimos juntos, hasta que el Señor se lo llevó a su reino. —En esta ocasión, la extraña aspiración parece presagio de un llanto, pero se recobra, y prosigue con una voz que no es más que un hilo de cristal—. Le di dos hijos y se los cuidé hasta que se convirtieron en hombres de provecho, dignos de él. En eso consiste ser como Dios manda. Lo demuestra que luego estás en el hospital, como yo ahora, y tus hijos vienen a verte cada pocos días, cada muy pocos días... Hoy, sin ir más lejos, tenía que acudir el mayor. De hecho, he pensado que era él cuando usted ha llamado a la puerta. Solo se estará retrasando porque trabaja mucho, ¿sabe? —Consulta su reloj de pulsera y se queda un momento callada, absorta en las manecillas—. Pero, bueno, eso no viene al caso. Lo que importa es que no descarriarse tiene su recompensa. Hay que seguir el camino pasito a paso, sin fantasías, ni pájaros en la cabeza, ni haciendo de tu capa un sayo. De lo contrario, te conviertes en lo que es Blanca Luz: una perdida. Y acabas sola.

Ha sentado cátedra. Oírla hablar así hace que se me suba una bola de tristeza a la garganta. La voz me sale tenue y apagada:

—¿No siente ni siquiera un poco de piedad por su hermana?

—Oh, sí, claro. Por supuesto que sí. En el fondo no es mala persona. Siempre se ha preocupado por mí, ha estado pendiente... De hecho, rezo por ella todas las noches. Pobrecita.

—Igual no necesita tanto sus oraciones como que la entienda.

—Huy, pero eso es... —logra decir, tras la extraña aspiración.

—Sí, un trabajo de chinos. Ya me lo ha dicho... En fin, me voy a marchar. Estoy empezando a cansarme.

—Como guste. Mi hijo tiene que estar al llegar.

—Claro. Ya no la molesto más. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo.

Enfilo la puerta con la silla de ruedas. Bajo el pomo. Pero antes de salir, volteo la cabeza y matizo:

—¿Sabe qué? No se apiade tanto de su hermana. Es una mujer increíble.

De regreso en la habitación, manoseo el teléfono. Dudo. Pero descuelgo. Me sudan los dedos al marcar.

—¿Sí? ¿Quién es? —dice una voz cascada al otro lado de la línea.

—¿No me reconoce? Soy su nieta. Y hay cosas que necesito entender. ¿Puede venir?

Se sienta a los pies de la cama, con el bolso sobre las rodillas, las manos recatadamente entrelazadas y el cabello, completamente blanco, peinado hacia atrás. Se la ve tan mayor como en realidad es. Quiere saber:

—¿Lo ha leído?

Hay ansia en su voz.

—Sí.

—¿Y qué le ha parecido?

—No escribe nada mal. Podía haberse encargado usted misma de redactar toda la historia. Nos habríamos ahorrado unas cuantas mentiras.

—¿Y se cree que no me habría engañado a mí misma? Si llevo toda la vida haciéndolo...

Sonríe con indulgencia. Y con amargura. La contemplo fijamente durante unos segundos.

—¿Seguro que esta nueva versión es la verdadera?

—Se lo juro.

Y no sé por qué, pero sus ojos me parecen más sinceros que nunca. Tal vez, porque, por un solo instante, creo saber de qué color son.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Por qué mintió? ¿Por qué no contó la verdad desde el principio?

—Pues... no sé... Supongo que por esperanza.

—¿Por esperanza?

—Sí. Una muy absurda. Que todo pudiera ser distinto a como fue. —Los ojos comienzan a centellearle—. ¿Es que no lo ve? De repente, con usted me pareció que se abría una posibilidad imposible. Imposible pero maravillosa: la de cambiar el pasado. Iba leyendo lo que usted escribía a partir de lo que yo le relataba, y me di cuenta de que las cosas pasan según las dices. No importa cómo sucedieran. Lo que importa es que lo cuentes. Eso es lo que queda. Lo que termina por ser verdad. Y yo quería que la verdad fuese diferente. —Está temblando de pies a cabeza—. Quería no haber vendido nunca el cuadro. Que esa culpa no la cargase yo, que le correspondiese a otro. Quería haber dejado a Martín porque él se había negado a pintarme por orgullo, por miedo, y omitir, hasta olvidarlo, que él me quería tanto que estuvo dispuesto a abandonar la pintura por mí, y aun así, yo lo abandoné a él...

—Pero, bueno, ¿no se da cuenta de que ese sacrificio suyo para que Martín no renunciara a sus sueños la honra a usted?

Blanca Luz está llorando.

—No sé..., no sé nada. Lo que está bien, lo que está mal... son términos un poco confusos para mí. He vivido tantos años y han pasado tantas cosas que me resulta un poco difícil distinguirlos... Solo sé que me las he apañado siempre para tomar la peor decisión, la que más daño hacía, de la que más tenía que arrepentirme después... Y, de pronto, pensé que podía..., que era posible redimirme, verme por una vez bajo otra luz... Ya que no pudo ser en la pintura de Martín, pues hacerlo por lo menos a través de usted. Luego nada es tan sencillo como eso, ¿verdad? Se ha demostrado que no funciona así, pero..., no sé..., aunque solo fuese por un momento, llegué a creer que era posible reescribir la historia. Y, así, cambiarlo todo. Incluso a mí misma.

Baja la cabeza. Se ha quedado sin aliento. Dejo que se seque las lágrimas en silencio. Como si no las estuviese viendo. Pasan los minutos. No podemos sostenernos la mirada.

—Y lo que me contó a continuación..., después de dejar a Martín y a Eduardo, ya en los años cincuenta, de regreso en España, cuando se encontró a Chema visitando el cuadro, y este le presentó al hijo de Martín, a Paco... ¿Todo eso es cierto?

—Sí, todo eso es verdad —asegura calurosamente.

Nos quedamos un ratito más en silencio. Rumiando. Absortas. Y entonces suelta:

—En fin, solo puedo decirle que lo siento mucho. La cagué, Burt Lancaster. ¿Se decía así?

No puedo evitar reírme, aunque reconozco que también estoy aguantándome las lágrimas.

—¿Sabe? —Ahora me toca a mí—. Me dolió mucho que me mintiera. Muchísimo. Yo había confiado plenamente en usted. Y en cambio, usted no confió en mí. Me engañó. Sin ningún respeto. Pero lo peor no fue eso. Lo peor fue... el miedo que sentí. Un miedo terrible a que nada de esto fuese verdad. Usted sabe que lo dejé todo por esta historia, porque creí que merecía ser contada... y poco a poco se fue convirtiendo en mi vida. Empezaron a pasarme cosas. Por primera vez salí de mí misma, porque, de pronto, algo me importaba más que yo..., ustedes: Martín, su padre, Eduardo, Chema... Se convirtieron en mi familia y mis amigos, en una parte de mí. Ya no me era

indiferente nada de lo que pudiera ocurrirles, aunque ya les hubiera ocurrido... Pero yo me enteraba entonces, en su casa, como si acabara de suceder, y me alegraba y sufría con ellos..., con usted. No había estado tan viva jamás... Míreme, ¡si me he expuesto tanto que hasta se me han llevado por delante! Pero merecía la pena porque, de pronto, y puede que por primera vez, tenía un propósito. Ir a escucharla me convencía de que estaba realizando algo valioso. Algo con sentido. Y que, encima, me hacía feliz. ¿Lo entiende? Por eso necesito que sea real... Porque es todo lo que tengo.

Entonces ella se levanta como un resorte. Me aprieta las manos y, mirándome a los ojos, aventura tímidamente:

—¿Me permitirá que le cuente más verdades?

La humildad con que lo pide no anula a la niña caprichosa que ha ido haciendo cumplir sus deseos a lo largo de todo el siglo XX. Y me temo que yo no soy lo suficientemente importante como para constituir la excepción. Si su deseo es que dé a conocer su historia, no tengo más remedio que continuar escuchando a Blanca Luz Miranda. Al menos, para enterarme de cómo termina.

Cuando se marcha, me arranca la promesa de que regresaré a su casa en cuanto me recupere. Pero aún me quedan un par de tediosas noches en el hospital. Y, en medio de mi tedio, me ha dado por imaginar, al verla salir por la puerta, cómo debió de quedarse Martín cuando ella se fue, casi en el punto en el que acababa el relato manuscrito que me dejó. «Los años habían conseguido que ya supiera aquella verdad que era a la vez la más reconfortante y la más triste de todas: que, aunque sea sin la persona a la que más has querido, la vida está diseñada para pasar al siguiente capítulo. Sin rasgarse las vestiduras más de lo debido». En efecto, Martín siguió adelante después de que ella lo abandonara. De hecho, por lo que me había dicho Blanca Luz, se casó con otra mujer. Una prostituta. Gabrielle. Puedo verlos juntos mientras me va venciendo el opiáceo que me han enchufado en vena... Si ocurrió así o solo lo he soñado, no lo sé. Poco importa. Para mí, no es menos real.

Había pedido que le consiguieran una modelo pelirroja, y llegó ella. Más adelante descubrió que no era pelirroja, solo se teñía, porque ese color de

pelo resultaba llamativo y excitante. En realidad, era morena y llevaba el cabello bastante corto. También descubrió que era prostituta y que fumaba como un carretero. Pero eso a Martín no le importó ni lo más mínimo, porque tanto fumar como prostituirse lo hacía fuera de su estudio. Tenía diez años menos que él y se llamaba Gabrielle. Al principio, Martín ni se lo preguntó. Ella solo se sentaba en una silla, cubierta con una ligera bata azul, y permanecía inmóvil durante horas. Un día se atrevió a echar un vistazo al cuadro para el que estaba posando, y, por supuesto, no se reconoció en los borrones arbitrarios que vio.

—¿Esa soy yo? —preguntó con su español heredado de una madre catalana y envuelto en los tafiletes del acento francés.

—Sí —se limitó a responder Martín, que no pudo evitar temerse lo peor.

Ahora era cuando, invariablemente, le tocaba suministrar una retahíla de explicaciones. Pero ella no preguntó más. Un día, sin venir a cuento, le comentó de pasada que ser su modelo era lo que más le gustaba de cuanto hasta entonces había hecho en su vida. Martín acogió el halago con una sonrisa, pero no dijo nada. Unos pocos días después, Gabrielle creyó que era pertinente dejar constancia de que, desde que había conocido a Martín, abrirse de piernas le resultaba más costoso que nunca. Él le puso una mano en el hombro, porque no sabía qué debía contestar a eso. Y, finalmente, Gabrielle le confesó que, de un tiempo a esa parte, solo le apetecía acostarse con él. «Quiero que seas tú el único hombre con el que me meta en la cama durante el resto de mis días». Martín se sintió en la obligación de suspender su labor pictórica, mirarla fijamente y preguntar, para saber bien a qué atenerse:

—¿No te estarás enamorando de mí?

—Eso me temo —replicó Gabrielle con su voz grave, seductora y cazallera.

Martín suspiró, adoptó la consideración de dejar el pincel a su suerte en un vaso, acercar una banqueta a la silla en la que Gabrielle posaba, sentarse frente a ella y explicarle:

—Mira, Gabrielle. Yo no puedo darte lo que me pides. Ni a ti ni a ninguna otra. Ya querría, créeme. Pero no puedo.

—¿Por qué?

—Porque me es sencillamente imposible.

—¿Por qué?

Y entonces él puso los ojos en blanco y, sin saber por qué se franqueaba con una completa extraña, comenzó a hablarle de una tal Blanca Luz Miranda.

Y siguieron hablando de ella durante meses, engolfados en el vicio de dar vueltas a lo incomprensible, con la contumacia de un burro atado a una noria. Al principio, Gabrielle le escuchaba con una paciencia de confidente. Pero un día, inesperadamente y sin previo aviso, pasó a la acción y a la reprimenda.

—Martín, no sabes cuántas cosas te estás negando... —le reconvino, con un deje triste en la voz—. No entiendo por qué no sigues adelante. Hay muchas otras que podrían amarte.

—Mira, Gabrielle... —Martín juntó las yemas de los dedos y se reconcentró en ellas—. Supongo que no acabo de comprender ese mecanismo que hace que la gente ame, deje de hacerlo y se enamore de otros. Es lo más común, por supuesto. Pero no dejo de ver un sinsentido. ¿Cómo pueden empezar a querer otra vez? ¿Con qué validez? Si cuando amaban a la otra persona creían que lo que sentían por ella era algo llamado a ser eterno, ¿con qué confianza pueden decirle lo mismo a la siguiente? En el fondo, es de un cinismo absoluto. Yo concibo que el amor es algo que, una vez que nace, no se muere nunca. O así debería ser. Y si no lo es, si el amor está condenado a nacer con el germen de la muerte, ¿qué sentido tiene empezarlo jurándonos mutuamente esos para siempre que por anticipado sabemos que se acabarán tarde o temprano?

—Bueno, pues no jures el para siempre —razonó Gabrielle—. Intenta disfrutar y hacer feliz a la otra persona mientras tanto.

—No... A mí no me vale que sea de esa manera. —Cabeceó Martín—. Lo que siento por Blanca Luz siempre está ahí. Y, sabiendo que ese sentimiento existe, no podría estar comparándolo con sucedáneos, conformándome con ellos para procurarme unas migajas de contento... Prefiero no desvirtuarlo. Al menos, me quedará el consuelo de que siempre habré sido honesto con lo que siento. De que jamás me habré traicionado.

—Honestidad y camas frías —replicó Gabrielle con desdén.

—Te aseguro que con otras entre las sábanas que no fueran ella, seguirían siendo frías.

—Eres un condenado idealista. ¿Te crees que eres tú el único que siente eso? —señaló Gabrielle, mascando el desprecio—. No, Martín. Todo el mundo tuvo un primer amor. Y solo para unos pocos privilegiados fue el

primero y el único. La mayor parte de la humanidad tiene que asumir la carga de que se enamoraron y lo hicieron de una persona que jamás podría hacerles felices. Y eso es algo que se recuerda de por vida. La gran mayoría finge con una gran sonrisa irónica que está muy por encima de su primer amor. Que es agua pasada. Objeto de mofa. De un recuerdo cariñoso pero condescendiente. Incluso burlón. Y sin embargo, la cruda realidad es que, en el fondo, nadie lo supera nunca del todo. —Gabrielle inhaló una bocanada de su cigarrillo—. Esa herida que se hace al enterarnos de que el amor empieza y termina no se acaba de curar. Y la persona que nos la causó, por mucho que nos refiramos a ella con distancia, con indiferencia, jamás dejará de provocarnos un estremecimiento, un temblequeo de rodillas, un vuelco al corazón, cuando un buen día nos la topemos en una calle cualquiera. A todo el mundo le duele alguien que no pudo ser. —Exhaló unos anillos de humo por la boca—. Así que desengáñate. El primer amor es un cadáver que nunca se pudre. Puede que incluso creas que puede levantarse en cualquier momento de la tumba, como Lázaro, para echarse a andar. Pero aunque lo veas así, tan fresco, tan vivo a pesar del transcurso del tiempo, tienes que enterrarlo igual. Tienes que enterrarlo si no quieres que acabe enterrándote él a ti. Te toca adoptar esa decisión de una vez por todas —pontificó aplastando la colilla contra el lecho de cenizas del platillo.

Martín emitió un gañido y, con la voz contrita y queda, dijo:

—Todo parece indicarme que Blanca Luz no es la mujer de mi vida. Que no me conviene. Las señales han sido muchas. Y me he opuesto a todas. En el resto de ámbitos de mi vida, todo ha encajado siempre. Me encanta cuando el destino te sale al camino para asegurarse como un buen padre de que vuelves sin peligro a casa. De algún modo, siempre sabe lo que es mejor para ti. Por eso he procurado hacerle caso en todo momento. Excepto con ella. Ella ha sido la única causa, por muy causa perdida que parezca, por la que me ha merecido la pena arriesgarme a actuar como un hijo rebelde.

—Pues ya es hora de que atiendas a la voz de la sensatez y de que acates su voluntad dócilmente. Martín, Blanca Luz jamás te dará lo que quieres. Es incapaz de hacerte feliz. Tienes que hacerte ya a la idea. Anhelas lo que vivisteis, y eso ya no retornará, me temo. Ella solo sabe quererse a sí misma. Nunca llegará a quererte ni la décima parte de lo que tú la quieres a ella. No todos estamos dotados con la misma capacidad de amar. Tú tienes la suerte de poder hacerlo plenamente. No desperdicies esa gracia con alguien que

nunca sabrá apreciarlo en toda su magnitud.

—Y ¿por qué crees que ella no puede hacerlo? Querer, me refiero. ¿Por qué no es capaz de querer? —inquirió Martín, trémulo, con un nudo en la garganta, sintiendo que, de alguna forma, unas vendas se le estaban cayendo de los ojos.

—No lo sé, Martín. Es muy complejo. Influyen tantas cosas... Cada persona es un mundo —reflexionó Gabrielle, extrayendo un nuevo pitillo y dándole unos toquecitos con el dedo índice—. Pero, por lo que me has contado, me da la sensación de que Blanca Luz, por alguna razón, piensa íntimamente que no tiene derecho a ser feliz. Por lo que sea, se odia. Y cuando la vida amenaza con hacerla feliz, ella misma se niega el bocado y lo sabotea. Te deja a ti, engaña a su esposo, tan pronto te espanta como vuelve a por ti... Vuestra relación era un coche que marchaba bien, con un motor que tiraba y con el que estabais recorriendo un kilómetro tras otro. Y, de pronto, ella se apeó, sacó una escopeta, apuntó a las ruedas y disparó. Bum, bum. Desinfladas. Y se permitió el lujo de agregar: «Huy, pues parece que el coche no funciona, habrá que cambiarlo por otro», mientras tú la mirabas con cara de tonto y sin entender nada. No —prosiguió, encendiendo el cigarro, mientras lo apretaba entre los dientes—, esa mujer no se deja a sí misma ser feliz. Y alguien así está invalidado para hacer felices a los que le rodean.

—Pero, quizá, yo podría enseñarle... Hubo un momento en el que...

—Martín —le atajó Gabrielle, sosteniendo el cigarrillo en alto—, es muy halagüeño creer que podemos salvar a otros, y más si les amamos, pero la cruda verdad es que eso no funciona así. Solo uno mismo puede salvarse. Y Blanca Luz no lo hará. Ya no. Ni se salvará ni te traerá dicha. Tú la querías por lo feliz que logró hacerte. Pero si ya no es capaz, ¿qué sentido tiene que la sigas queriendo?

—Que deje de quererla dices... ¡Ja! Vete a pedirle peras al olmo, a ver si te las da —se sublevó Martín, con una voz sardónica, amarga—. No quererla porque ya no me hace feliz sería limitar el valor de las personas a lo que consiguen despertar en nosotros. Usarlas mientras nos sirven y desecharlas cuando ya no cumplen nuestras expectativas.

—Pero, Martín, ¿no te das cuenta de que quieres hacer feliz a alguien que no quiere serlo? ¿En serio la quieres tanto como para renunciar para siempre a tu propia felicidad? Contéstate a esa pregunta con la honestidad de la que alardeas. Hazte el mayor favor de tu vida —le reclamó Gabrielle,

inclinándose hacia él desde el otro lado de la mesa y sujetándole el mentón.

Y entonces Martín volvió los ojos hacia dentro, se escrutó, y vio un corcho, el corcho de la supervivencia tirando de él para arriba. Se dio cuenta de que si seguía amando a Blanca Luz, su existencia se reduciría a esperar algo que jamás volvería. A que la mirada se le fuera apagando gradualmente.

Y entonces, en una fracción de segundo, recordó una escena que había presenciado hacía escasos días mientras esperaba para coger el metro. Había visto dos ratas de las que abundaban en los recovecos de sus raíles. Al principio no distinguió bien qué estaban haciendo. Pero las sacudidas rítmicas no mentían. Las ratas copulaban, en medio de la vía. Ajenas a todo. Obedeciendo a un mandato animal, atávico, prístino. Lo acataban sin poderlo remediar. En ese momento, unos bocinazos anunciaron la llegada del metro, que irrumpía en la estación. Se acercaba, arrojando por delante de él, como un aviso, la potencia de sus focos deslumbrantes. Las ratas siguieron inmersas en el coito. La locomotora avanzaba, ineluctable. Sin detenerse. Las ratas tampoco lo hacían. No podían. Solo copulaban. Empotradas la una en la otra. Imbricadas. Y entonces el metro llegó al fin. Los vagones comenzaron a desfilar uno detrás de otro delante de las narices de Martín. Él se subió a uno de ellos. No había forma de saber qué había ocurrido con las ratas, después de que el metro les hubiera pasado por encima.

De pronto, sintió que por mucho que se hubiera formado el firme propósito de ahogarse, sus pulmones se lo impedían. Y Martín fue testigo impotente de cómo sus piernas daban un pataleo desesperado y lo hacían nadar hacia la superficie. Sin poderlo remediar, la atravesó. Al otro lado del agua, cayó en los labios de Gabrielle.

Cuando por fin me dan el alta, fiel a mi promesa, vuelvo al piso de Blanca Luz Miranda, para seguir con la historia donde la dejamos hace ya unas semanas. Parece que, en el intervalo, se han apelotonado los siglos. Coloco la lorita sobre la mesa y ella la mira con disgusto, como si oliera mal:

—¿Sigue siendo necesario ese cacharro?

—Me temo que sí... Son mis condiciones. Usted también tendrá que ceder un poco alguna vez, ¿no?

—Bueno, si no hay más remedio... —se resigna, dedicándole a la

grabadora un último mohín de repudio—. En fin, después de todo lo que ha pasado, ¿dónde nos habíamos quedado? Dígame usted, que es joven. No les pida tanta memoria a mis ochenta años.

Consulto mis notas.

—Estábamos en 1955. En Madrid. Creo que usted estaba pendiente de asistir con Chema a una recepción ofrecida por el Museo Nacional en honor de los compradores americanos que iban a llevarse el cuadro de Martín Pendragón.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo...

En aquel acto, la pintura se exhibiría por última vez antes de cruzar el océano para instalarse en Nueva York. Allí estaba. La prórroga se había acabado. Después de recibir la llamada de Chema para comunicarle el día exacto y la hora, Blanca Luz se dio un baño con espuma que necesitaba para tonificarse el cuerpo. Se sentía hueca por dentro, descascarillada. Como si le acabaran de saltar las grapas de una herida tierna, que aún no ha cicatrizado. Aquella nueva separación del cuadro la dejaba muy vacía. ¿Sería un castigo? ¿Benjamín Benveniste se burlaba de ella desde el otro mundo? Cerró los ojos con un suspiro y sumergió la cabeza bajo el agua caliente, propulsando unas burbujas hacia la superficie, hasta que le faltó la respiración. Todo se había juntado últimamente. Llovía sobre mojado. Lo del hijo de Martín. Lo de su pintura. Las dos cosas más propias de él le habían salido al encuentro casi a la vez. Y entonces, al formularlo de este modo, Blanca Luz se percató de algo. Desde que conoció a Paco, le angustiaba saber que nada la unía a Martín de aquella manera última y definitiva. Había llegado a dudar, con inmenso sufrimiento, sobre la verdad de lo que ambos habían compartido; si, al fin y a la postre, habría tenido algún sentido para él o si no sería más que una pálida anécdota, irrelevante en comparación con todo lo que había vivido después. La atormentaba hasta desgarrarla el que su historia pudiera no haber representado nada, que aquel hombre no le perteneciera en modo alguno. Había llegado a preguntarse si ellos dos, realmente, habían existido alguna vez, porque el olvido sabe poner la zancadilla hasta quitarnos la entidad que una vez estuvimos convencidos de poseer. Escocía como la sal en una llaga pensar que ella no hubiese sido para Martín algo con significado. O alguien a

tener en cuenta.

Pero, de pronto, al acordarse de aquel cuadro que pretendían arrebatarse, irrumpió en su mente un retal de cálida esperanza, que se aprestó a retener a toda costa. Ese cuadro sí era suyo. De ambos. De Blanca Luz Miranda y de Martín Pendragón. El proyecto común, que ella había inspirado y él hecho materia. Lo habían concebido entre los dos y era más grande que ellos mismos. Ellos habían alumbrado la blancura de la luz. Padres, por tanto, de aquel cuadro, que era tan carne y alma de Martín como el propio Paco. Porque Martín era su pintura. No se podían separar el uno de la otra. Pero, sin Blanca Luz, jamás habría llegado a ser lo que era. Por eso ella supo aquel día que, fuese como fuese, tarde o temprano, sin importar adónde se lo llevarsen, recuperaría el cuadro. No podía hacer otra cosa tratándose de la obra de su vida.

Sin embargo, en la recepción, rodeada de personas empingorotadas a las que no conocía, a Blanca Luz comenzaron a entrarle las dudas. En medio de aquella escena, tangible, real, se dio cuenta con crudeza de que tal vez aquella sí era la última vez que vería el cuadro. Jamás aquella posibilidad se le había presentado tan descarnada, y nunca sospechó que ante esa perspectiva sentiría un desgarramiento físico, en las tripas. La única forma en que puede tolerarse la despedida de un amigo es creyendo que, en el futuro, nos volveremos a encontrar con él. A todas las personas que conocemos a lo largo de nuestra vida, las veremos en algún momento por última vez. La ventaja con la que jugamos es que, en la mayoría de los casos, ignoramos que no habrá una próxima. Sin embargo, Blanca Luz tenía razones para temer que la pérdida del cuadro, en esta ocasión, podía ser definitiva. Chema la agarraba del brazo, él también estaba melancólico, y le dirigía miradas cargadas de preocupación. Pero Blanca Luz ni siquiera se molestaba en tranquilizarlo. Paco pululaba por allí y, de vez en cuando, al notarla ausente, le hacía alguna pregunta para distraerla, que ella ni escuchaba o respondía de mala gana. Aquella noche, solo existía la pintura, la única superviviente capaz de recordarle que la luz era blanca. No se atrevía a suponer de qué color sería a partir de entonces. Por el momento, se tornó negra, cuando uno de los compradores americanos, al que llevaba vigilando con terror toda la velada, se aproximó al cuadro con la naturalidad y alegre despreocupación de quien se sabe su propietario. Al hacerlo, accionó una espoleta que había en el pecho de Blanca Luz, conectada a una destructiva carga que súbitamente la fulminó. Unas arritmias

enloquecidas le apuñalaron el corazón, las rodillas le temblaron justo antes de doblarse como mantequilla, notó un fundido en el cerebro y en la vista, y se desmayó.

Se despertó en una camilla, en la sala de urgencias de un hospital. Solo una sábana traslúcida y verdosa la separaba del pasillo. A través de ella, oyó una voz desconocida que empleaba una jerga médica, con la que contestaba a las preguntas de otra que le pareció muy familiar. Al principio, solo sabía que ya la había oído antes, pero no lograba identificarla. Trató de ubicarla en la hemeroteca de su memoria, todavía pastosa por efecto del desvanecimiento. Y cuando creyó hallar la taquilla que le correspondía, al leer el nombre de su dueño, se dijo que era imposible, que únicamente se le asemejaba. O tal vez se trataba de un espejismo, nacido al calor de algún suero que estuviera fluyendo en ese instante por sus venas. Eso se inclinó a pensar cuando vio a Martín apartando la sábana de aquella improvisada tienda de campaña con olor a jeringuillas y a desinfectante.

—Hola —le dijo, esbozando una sonrisa al verla con los ojos abiertos.

—Hola —replicó ella estupefacta.

Decidió aguardar unos momentos a que él se diluyera. Sin embargo, para su sorpresa, siguió allí, con pinta de corpóreo, moviéndose, acomodándole la almohada.

—¿Te encuentras mejor? El doctor dice que no es grave. Solo el susto. El caso es hacerte notar. No pierdes oportunidad. Lo cual indica que sigues en plena forma —decía Martín, abriendo y cerrando la boca como un perfecto ser parlante.

—Pero, oye, ¿en serio eres tú?

—No. En realidad soy Fred Astaire. ¿Bailamos, Ginger Rogers?

Blanca Luz tragó saliva. Vale. Era él.

—Te estás tomando muy a pecho el refrán ese que dice que arrieros somos, y en el camino nos encontraremos, ¿eh? Mira que haberme seguido hasta aquí..., hasta un hospital. Menudo sitio para una cita.

—Pues muy romántico. Fíjate, qué intimidad, con esta sábana verde tan bonita y este aroma a muerto flotando en el ambiente. Delicioso.

—Hilarante, señor Pendragón. Como siempre. En serio, ¿qué haces aquí? ¿No sigues viviendo en París?

—Pues sí, pero resulta, señora Miranda, que me habían invitado a la misma recepción que a usted. Por eso de que soy el artista y tal y cual. Querían tener

un detalle con los americanos, para que se fueran a su tierra más contentos. Al principio ni siquiera iba a venir, porque detesto este tipo de eventos, y tener que hablar con la gente de mi obra y dar explicaciones y fingir con una sonrisa que me interesa escuchar todo lo que me dicen y sus teorías sobre arte. Y encima con un viaje de por medio... Pero, al final, hace un par de días pensé que ¡qué demontres! Que era un hijo mío, que hacía muchos años que le tenía perdida la pista y que se lo iban a llevar muy lejos. De modo que decidí presentarme. De paso, les daba una sorpresa a todos, a Chema incluido, que me contó que iba a acudir y hacía bastante tiempo que no nos veíamos. Como fue una improvisación, ya no quedaban billetes de tren para llegar con la suficiente antelación, y por eso no estaba al comienzo del acto. En realidad solo he llegado con media hora de retraso, pero a ti ya te había dado tiempo a montar el número. Venía convencido de que mi inesperada aparición causaría una gran sensación y que el personal se abalanzaría hacia la puerta para recibirme, deshechos en cumplidos y sonrisas. Pero nada. Me he encontrado con que todos estaban pendientes de una señora desmayada. La verdad es que, como soy un morbosos y nadie se fijaba en mí, he aprovechado para acercarme y disfrutar del jaleo. Pero cuando he visto que la mujer que estaba tirada en el suelo eras tú, el que casi sufro un soponcio soy yo. No me podía creer que estuvieses allí, y encima en esas condiciones. Ya habían llamado a una ambulancia para traerte al hospital. Iba a acompañarte Chema, el pobre estaba atacado de los nervios, pero le he pedido por favor que me dejara venir a mí. Y como le suena que tú y yo somos viejos amigos, me ha cedido el honor de hacerte de enfermero. Ya ves que no te guardo rencor, aunque me hayas fastidiado mi entrada a hombros en la plaza. Desde luego..., ¡cómo te gusta ser la protagonista!

Era increíble que Martín estuviera allí, charlando con ella, con la camaradería y el humor de los viejos tiempos, después de tantos años de distancia, de olvido. No lo dijeron en voz alta, pero lo que más les conmovió de aquel reencuentro fue descubrir que las pecas, los lunares, las pequeñas imperfecciones de la piel de ambos seguían allí, donde las dejaron. Se las identificaron de inmediato, aunque no recordaran recordarlas. Por eso aquellas macas diseminadas por sus cuerpos, por sus caras, eran el asidero que les corroboraba que la persona que tenían enfrente no se trataba de un recuerdo, sino alguien de carne y hueso, de la carne y el hueso que habían conocido, y con el que volvían a coincidir en la misma hora y el mismo lugar.

Las pecas, los lunares, las imperfecciones de la piel eran el código secreto que una vez se habían revelado, la clave compartida e incorruptible que les garantizaba que no se hallaban ante un impostor que hubiera suplantado al viejo amigo. No eran extraños que se estuvieran dando gato por liebre. La verdad era que, bajo la carretada de años que se les había acumulado encima, se reconocieron por los defectos de fábrica intransferibles. Pero, en lugar de admitirlo, se dijeron cosas convencionales y poéticas.

—Sí que hemos cambiado, ¿eh? Ya me ves..., una vieja débil y decrepita, postrada en una cama.

—Mira que eres exagerada. Si estás igual. Tienes los mismos ojos, la misma nariz... y esa sonrisa que era capaz de alegrarme el día.

Ante este comentario, Blanca Luz no pudo evitar que se le escapara la aludida.

—¿Ves? Sigue ahí —señaló Martín con jovialidad, al ver ratificada su tesis.

Y, sin embargo, algo sí había cambiado. Si entre ellos todo hubiese seguido como siempre, lo natural habría sido que Martín se tendiera junto a ella en la camilla y le preguntara mientras la abrazaba por qué había ido a esa recepción ofrecida en honor de su cuadro, y que ella confiadamente apoyara la cabeza en su pecho y le contara la verdad, y escuchara el goteo de su pulso y su respiración, y sus palabras de consuelo y la promesa de que le pintaría un cuadro igual, o incluso mejor, y que se interrumpieran mutuamente para entrecruzar las miradas como si no existiera nada más y cubrirse de besos. El instinto y la costumbre le decían que no había otra forma de comportarse con él, que ese era el único modo en el que podían estar el uno con el otro. Pero, a través de la cháchara intrascendente y liviana, Blanca Luz se dio cuenta de que Martín se había enfundado en la coraza más impenetrable de todas: el aprecio. Un aprecio tan sereno e impertérrito que se asemejaba demasiado a la indiferencia, a no necesitarla. Todo hubiera sido más fácil, y más satisfactorio para su ego, si, desde la última vez que se vieron, cuando ella se marchó de París tronchando sus esperanzas una vez más, y de la forma más cruel, él se hubiera dedicado, durante esos largos años, a centrifugar odio o resentimiento contra su persona. Pero no. Simplemente había seguido con su vida, sin guardar rencores, preparándose para poder vivir un encuentro como aquel luciendo una sonrisa pura y limpia. Una vez más, la había vencido. Era mejor que ella. Lo que siempre le había admirado, pero también sobrecogido

y aun alejado, de Martín era aquel instinto para hacer lo correcto, esa integridad que lo convertía en un hombre de una sola pieza. No parecía tener juntas ni resquicios en los que se le quedara encostrada la roña humana. Y, por eso, el daño le rebotaba, no se le quedaba enredado en el alma emponzoñándose. O tal vez eran sus cuadros los que le servían de escudo, los que paraban el golpe e interceptaban el veneno. Y la invadieron unas ganas incontenibles de castigarlo por ello, de gritarle que no era superior a ella, que él también era culpable de, por ejemplo, haberse metido en la cama desde la que le habían encenagado la vida a Eduardo, quien ahora se dedicaba a deambular como el espectro que en realidad siempre fue, arrastrando una cadena de pastillas para poder dormir. Martín era su cómplice en ese crimen y tenía que saberlo. Mejor que fuera por su propia boca. A ver si así descascarillaba esa entereza repelente y nívea con la que parecía estar perdonándole la vida. Y tampoco era pequeña su parte de culpa en que ella se hubiese ido la última vez...

Pero, en ese momento, el médico describió la cortina verde, violando aquella cápsula de intimidad que se había creado entre ellos. Venía a reconocerla y Martín salió al pasillo a esperar. Tras tomarle el pulso y estudiarle las pupilas, el doctor le dijo que estaba perfectamente y que podía marcharse a su casa. Blanca Luz comenzó a vestirse, en la frialdad de aquel cubículo, viendo por la ranura que dejaba la sábana a Martín, vuelto de espaldas, aguardando, balanceándose sobre la punta de sus pies, con las manos anudadas a la espalda, sereno y cachazudo. Tuvo ganas de llamarlo para que la ayudara, pero no lo hizo. No tanto porque pensara que no era apropiado, sino porque no le apetecía que él pudiera comparar el cuerpo que había conocido y amado con aquella versión decadente. Sí le necesitó, no obstante, para subirse del todo la cremallera del vestido y, mientras lo hacía, al sentir el roce de sus dedos contra la piel de su espalda, casi llegando a su nuca, se estremeció. Martín pareció no notarlo, y disipó la magia del momento diciendo:

—Bueno, pues ya hemos acabado por aquí. Espero que ninguno de los dos tengamos que volver..., a ser posible nunca. O al menos, en mucho mucho tiempo.

—Pues sí. Aunque he de decir que me he alegrado de volver a verte. Si ha servido para eso, doy el desmayo por bien empleado —puntualizó Blanca Luz, con la voz trémula.

—Yo también me alegro mucho, Blanca Luz. Pero, la próxima vez que quieras saber de mí, basta con que me llames. Ha sido un reencuentro muy espectacular y te agradezco todo el trabajo que te has tomado, pero con los métodos prosaicos del teléfono o las cartas, me conformo. En fin, ahora debo irme. Gabrielle estará esperándome en el museo para que nos vayamos al hotel.

La irrupción repentina y amenazante de aquel nombre hizo que a Blanca Luz se le volviera a nublar la vista, y sintió un pequeño vahído, una réplica del terremoto que horas antes había dado con sus huesos en el suelo.

—Gabrielle...

—Es mi mujer —le aclaró Martín, tímido por primera vez desde que habían comenzado a hablar.

Aquella palabra sabía a acíbar.

—Ah, claro, qué tonta soy. No me acordaba de que tenías una familia... Aunque conocí a tu hijo, ¿sabes?

—Sí..., lo sé. —Blanca Luz lo miró con sorpresa. ¿La había delatado Chema? Pero inmediatamente Martín aclaró—: El niño me lo contó. Que se había encontrado con una señora española que me admiraba mucho y que tenía nombre de cuento: Blanca Luz Miranda... Cuando lo escuché, casi me caí de espaldas. Pensé que alguien me estaba tomando el pelo. Y me pregunté si semejante coincidencia podía tratarse de una mera casualidad...

Blanca Luz sonrió.

—Hay pocas cosas en esta vida que ocurran por pura casualidad.

—Ya, ya...

Martín la observó detenidamente. Y añadió:

—Paco también mencionó que habías dicho no conocerme.

—Elemental sentido de la prudencia... —aseguró Blanca Luz, restándole relevancia con un manotazo en el aire—. Lo importante es que tienes un hijo maravilloso, Martín. Despierto, tierno, espontáneo... Y se parece a ti. Te sobran razones para sentirte muy orgulloso.

—Lo sé.

—Y... por cierto. Aunque a él no le guste, se llama Francisco... He de decirte que, cuando me enteré, me hizo mucha ilusión. Y que me conmovió.

—Y ¿cómo iba a llamarse si no? Tu padre fue la primera persona que confió en mí. Ponerle a mi hijo su nombre era lo mínimo que podía hacer para honrar su memoria. Siempre estaré en deuda con él, Blanca Luz.

Ella miró al suelo.

—Bueno, por fortuna, luego has encontrado a muchas otras personas que también han confiado en ti. Por ejemplo, tu esposa...

—Sí...

—No es que me importe. Simplemente me resulta extraño imaginarte con...

Martín la miraba, preocupado y con un velo de tristeza enturbiándole las pupilas. Se limitó a añadir, en voz baja y ronca:

—Es estupenda.

—Oh, claro, claro. No te mereces menos —replicó Blanca Luz de inmediato—. Una mujer estupenda. Eso es. Es lo que necesitas. —Guardó un momento de silencio—. Eso es lo que siempre necesitaste.

—Supongo que sí.

—Y... ¿eres feliz? Me interesa saberlo, Martín. Porque me preocupa tu felicidad. Siempre me preocupó, aunque no lo creas. Aun cuando mi comportamiento contigo indicara todo lo contrario... Y por eso mismo, porque de alguna forma siempre me he sentido culpable por haberte hecho sufrir, bueno, quería saber si has conseguido ser feliz...

A Blanca Luz se le habían ido atropellando las palabras, y Martín sonrió.

—Blanca Luz —la apaciguó con ternura—, extiende los brazos. Hacia delante, paralelos, pero dejando un poco de espacio entre ellos, y une las manos.

—¿Que extienda los brazos? ¿Qué te propones? —inquirió ella con suspicacia, pero con la alegría de una niña a la que le estuvieran sugiriendo que participase en una travesura. A pesar de tener ya más de cincuenta años.

—Tú haz lo que te digo —la conminó Martín.

Blanca Luz hizo un mohín, pero finalmente obedeció, expectante. Y entonces, Martín dijo:

—En ese pequeño hueco que queda entre tus brazos, fui el hombre más feliz del planeta. No necesitaba otro lugar para vivir. Era mi casa. Pero, en sus estrechos límites, me olvidé de que más allá se extendía un mundo inmenso. Y de que también ahí fuera cabía la felicidad, aunque fuera de otra forma. Así que sí, Blanca Luz, no hace falta que te tortures. Soy feliz.

—Me alegro —contestó ella con una voz temblorosa.

Continuaba con los brazos extendidos. Con las manos unidas. Ciñendo el contorno del vacío en aquel habitáculo de luz verdosa. Y entonces avanzó dos

pasos, se dejó caer de rodillas y, separando momentáneamente los dedos, rodeó la cintura de Martín y volvió a enlazarlos, hasta cerrar un abrazo.

—Perdóname, por favor. Necesito saber que cuento con tu perdón —le suplicó, llorando como una niña contra su abdomen, apretándose contra la calidez reconfortante y familiar que emanaba de su tripa, sintiendo cómo respiraba Martín y cómo notarlo le aliviaba.

Él le apoyó con delicadeza la mano en la cabeza, en aquellos cabellos que ahora eran rojos por obra y gracia de un tinte.

—Shhh, no hagas eso, Blanca Luz. No tengo que perdonarte nada. Ya se lo dije a Eduardo en su día, y lo mismo te digo a ti ahora.

—¿A Eduardo?

—Sí. Me vino con las mismas monsergas que tú, hace ya unos cuantos años, en una exposición que organicé en París. Había ido desde Bayona a pasar el fin de semana, y me contó que se había acercado hasta allí porque quería ver mis obras. Que le interesaba mucho comprobar cómo había evolucionado mi pintura. Eso me explicó. El caso es que me dijo que lamentaba mucho todo lo que había pasado entre nosotros, que no había tenido ocasión de hablarlo nunca conmigo, pero que no le odiase porque, al final, yo había salido ganando. Me reí y le pregunté: «¿Acaso la ves por alguna parte? Aquí no ha ganado nadie. O hemos ganado todos. Quién sabe». Me contestó que sí, que era cierto, pero que él ya sabía lo que se decía. Y dejamos estar el tema. Seguimos charlando de arte durante un rato. Recordamos alguna anécdota de las clases. Luego me felicitó por mis cuadros. Y se marchó. Así que ya ves que las cosas quedaron en su sitio. Y contigo no va a ser menos.

—Bueno, me alegro de que os arreglarais. Pero, sinceramente, eso me da igual ahora. Esto es entre tú y yo —refutó ella, mientras se le atoraban los sollozos y sentía una repentina erección de Martín contra sus senos, al otro lado de la tela del pantalón—. Necesito una absolución.

—Ni que fuera un cura.

—Me da igual. Solo una palabra tuya. Es todo lo que necesito.

Martín se agachó hasta ponerse a la altura de ella y, en aquel abrazo arrodillado, la acompañó en su penitencia, y, de paso, cumplió la suya propia.

—Blanca Luz, ha tenido que transcurrir mucho tiempo, pero ahora puedo decirlo con honestidad. Deseo que alguna vez llegues a amar a alguien. Amarlo de verdad, ¿entiendes?

—¿A qué te refieres? ¿Crees que nunca he querido a nadie?

—No... —dijo Martín, muy suavemente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella.

—Pues porque... me da la sensación de que no sabes cómo hacerlo. O no has encontrado a la persona adecuada. Hace no tanto tiempo, me habrían llevado los demonios con solo pensar que podría haber un hombre en la tierra que lograra inspirarte ese amor, y que no fuera yo... Pero ahora... te deseo sinceramente que lo encuentres.

Permanecieron abrazados un largo rato. Después, Martín se levantó y se marchó para volver con Gabrielle. Blanca Luz se quedó secándose las lágrimas.

Casi puedo oír la conversación que mantuvo el matrimonio Pendragón aquella noche, cuando volvieron de la recepción en el museo. Me resulta difícil creer que Martín pasara por alto el encuentro que había vivido. Supongo que se sintió en la obligación de explicar de alguna manera a Gabrielle por qué había acabado en un hospital con Blanca Luz.

—¿Sabes? Ha sido tan extraño... Me refiero a haberla visto.

Estaba metido en la cama, con el edredón subido hasta el pecho y atrapado bajo los sobacos. Su esposa, en combinación, se estaba desmaquillando frente al tocador, y lo miraba a él, que estaba detrás y reflejado frente a ella en el espejo. Sin dejar de pasar el algodón por la superficie de su rostro, inquirió:

—¿Por qué extraño?

—Pues porque, de pronto, me he dado cuenta de que he estado media vida esperando verla, cada minuto, cada segundo, acostándome con su imagen cada noche y despertándome cada mañana con su recuerdo. Pero, justo al divisarla, he caído en la cuenta de que ya no me acordaba de cuándo había empezado a dejar de hacerlo. Hoy la he visto y me ha dado igual, cuando hubo un tiempo en el que ese reencuentro era lo único con lo que fantaseaba, constantemente. Por eso ha sido extraño.

—Ah, bueno —masculló Gabrielle, mientras extendía hacia abajo el labio superior hasta envolverse con él los dientes delanteros, para poder acceder más limpiamente a ese estrecho canal de piel guarecido bajo la nariz—. Pero es que eso siempre es así. La vida nos concede nuestros deseos cuando ya no los queremos, o nos resultan indiferentes.

—¿Tú crees?

—Claro —aseveró, abandonando el algodón manchado sobre el tocador y frotándose las muñecas con agua de colonia—. Es la forma que tiene el destino de compensarnos.

—¿De compensarnos? ¿Qué clase de compensación es esa? ¿Darte las cosas cuando ya no las quieres? Si es así, más bien se trata de la cosa más triste del mundo.

—En absoluto —replicó frunciendo las cejas y meneando la cabeza.

—Por Dios, Gabrielle, ¿qué sentido tendría entonces? Estás sosteniendo lo indefendible —arguyó Martín.

—Tiene todo el sentido del mundo, querido. Nos ponen las cosas delante de las narices cuando ya no las anhelamos porque es la única forma de que nos enteremos de que las hemos superado. Y ese mecanismo funciona así, más que con cualquier otra cosa, cuando se trata de personas. Personas a las que conocimos, a las que amamos u odiamos, que nos hirieron, a las que envidiamos o guardamos rencor, y a las que, finalmente, olvidamos.

—Y, según tú, el destino nos las trae de vuelta cuando ya es demasiado tarde. Cuando nunca llegamos a tenerlas o a saldar cuentas con ellas. Puff —dijo Martín con un resoplido despectivo—. A eso no se le puede llamar victoria.

—Te equivocas —le rebatió Gabrielle volviéndose hacia él sin abandonar el taburete—. Es la mejor victoria de todas. La de saber que estamos por encima de aquello que nos ahogaba, porque, a pesar de todo, de la derrota, fuimos capaces de seguir adelante. La de comprobar que, donde latió un nervio con dolor, ya solo hay paz. La de descubrir que nacimos para sobrevivir y que lo logramos sin darnos cuenta. A eso se le llama cerrar círculos. Y es necesario hacerlo.

Martín miró con una media sonrisa a aquella mujer sentenciosa y enfática con la que compartía el lecho y dijo:

—No sé si creerte, pero bueno, quizá tengas razón, como de costumbre.

—Claro que la tengo —se burló, al tiempo que se levantaba y se introducía en la cama a su lado. El contacto con la frescura de aquellas sábanas de hotel le arrancó un escalofrío y se acurrucó en el hombro de Martín.

—De todas formas, si quieres saber mi opinión, no creo que Blanca Luz y tú hayáis cerrado vuestro círculo hoy.

—¿Por qué dices eso? —inquirió él con un sobresalto.

Ella se encogió de hombros:

—No sé..., porque vuestra historia es demasiado fuerte, hay algo ahí que ninguno de los dos podéis negar y que os estará rondando eternamente... Llámalo intuición femenina.

—Oye, Gabrielle, en serio, ¿por qué hablas siempre con tanta seguridad de todas estas cosas?

Ella soltó una carcajada franca y breve, y contestó:

—La sabiduría de las mujeres de la calle, querido. A fuerza de que los hombres se desnuden delante de nosotras, acabamos sabiendo muchas cosas de la naturaleza humana. Casi demasiadas. O, al menos, más de las que a algunas nos gustaría.

El director del Museo Nacional había comenzado a atenderla con todas las amabilidades. Le había ofrecido un café, le había hecho tomar asiento y se había prestado a escucharla desde el otro lado de la mesa con una amplia sonrisa, la cabeza ladeada y los dedos entrelazados. Pero, a medida que la conversación seguía su curso, la sonrisa se le borró y empezó a mirarla como si delante tuviese a una loca rematada. Y lo peor era que Blanca Luz no podía reprochárselo.

—Pero, señora Miranda, ¿usted es consciente de lo que me está pidiendo? ¿No se da cuenta de que es...?

—¿Totalmente absurdo? ¿Un disparate? —completó la interpelada con una sonrisa de autoindulgencia y resignación.

—Bueno, lo ha dicho usted, no yo, pero es que... ¿no comprende que su solicitud está fuera de lugar, que no procede y que, además, es imposible? Es algo que ya está acordado, como lo prueba la recepción que ofrecimos ayer. Ese cuadro de Martín Pendragón está apalabrado con la galería neoyorquina. No hay vuelta de hoja. El trato es ventajoso para la institución a la que represento. Ni siquiera tendría por qué estar dándole a usted explicaciones. Todo esto es altamente irregular.

El director del museo se había ido crispando mientras hablaba. La incredulidad al principio no le había permitido reaccionar como correspondía, pero, una vez recuperado de la impresión, necesitaba dejar bien sentada su autoridad en aquella materia. Blanca Luz trató de apaciguarlo.

—Lo entiendo, señor Gallardo. Soy consciente de que lo que he venido a

decir en su despacho no tiene ni pies ni cabeza, y de que me deja al nivel de una chiflada. Pero no lo soy. Simplemente, acudir aquí era el último recurso que me quedaba. Es un intento a la desesperada, porque no se me ocurre qué más puedo hacer.

—Pero hacer ¿de qué? —Se exasperó el director—. Mire, le juro que no comprendo nada.

—Es el cuadro, señor Gallardo. No se lo pueden llevar de aquí, a otro país, tan lejos... He estado viniendo a verlo diariamente durante dos años. Y haría cualquier cosa por poder seguir haciéndolo. Si se lo llevan, yo..., no sé. Solo por eso me he expuesto a venir aquí a importunarle, corriendo el riesgo de que llamara *ipso facto* a los del psiquiátrico. Porque quiero que lo dejen aquí —barbotó Blanca Luz, bajando la cabeza con desaliento y los ojos centelleantes.

Jesús Gallardo arqueó una ceja, la miró con curiosidad y se inclinó sobre el tablero de su mesa. Suavizando el tono de su voz, apuntó:

—Eh, oiga... Comprendo que se halle afectada. Es un cuadro excepcional. Tampoco yo estoy encantado con la idea de desprenderme de él, pero compéndalo. Se trata de una maniobra necesaria para el museo, para nuestra colección. He estudiado detenidamente los pros y los contras, se lo aseguro, y no queda más remedio. De todas formas, si tanto le gusta, siempre puede comprar una reproducción de la obra en la tienda del museo. Tenemos unas láminas preciosas.

Al oír aquello, Blanca Luz estalló en carcajadas. Estruendosas, salvajes, descastadas.

—Que compre una lámina, dice. Jajajaja. Disculpe —se excusó, enjugándose una lágrima—. Sé que entre mi descabellada petición y este ataque de risa le estoy dando una impresión terrible, y que está a un tris de pulsar el botón de seguridad para que me lleven de aquí a rastras y con camisa de fuerza... Disculpe. Déjeme recobrar la compostura. Ay, bueno. Es que su sugerencia me ha hecho mucha gracia. Mire, verá, comprar una lámina no me sirve. No es ninguna solución para mí. Mi relación con ese cuadro va mucho más allá de la que puede procurarme una mera reproducción.

—Bueno, ¿y qué relación es esa, si puede saberse? Dejémonos ya de misterios —le reclamó Gallardo, que mantenía el gesto de quien se ha tragado un limón.

—Sí, supongo que es justo... Si he tenido la desfachatez de venir aquí para

abrumarle, le debo una explicación. Verá, la naturaleza de mi interés por esta obra no es banal, ni una obsesión, aunque parezca todo lo contrario. Lo que ocurre es..., bueno, que, hace mucho tiempo, yo fui la propietaria de ese cuadro —dijo Blanca Luz alzando los hombros.

Jesús Gallardo abrió mucho los ojos y exclamó:

—¿Cómo? ¿Que usted fue la propietaria de ese cuadro? ¿Está usted segura?

Blanca Luz se rio nuevamente y aseguró:

—Completamente segura. No me cabe la menor duda.

—Pero ¿cómo es eso? —indagó Gallardo.

—Pues resulta que conozco a Martín Pendragón desde hace muchos años. Vivimos en la misma ciudad y fuimos buenos amigos. De hecho, aprendió a pintar en mi casa. Mi padre era profesor de arte y montó allí una academia. El señor Pendragón asistía a las clases. Y, hace treinta años, me mandó el cuadro del que tratamos. Era un regalo. Para ser más exactos, un regalo de cumpleaños. Como comprobará, es una historia preciosa.

—Hum, sí, bueno, muy conmovedora. Lo que no entiendo es que si usted era la propietaria del cuadro, y este, el regalo de cumpleaños de un apreciado amigo suyo, ¿por qué lo perdió?

Blanca Luz esbozó una sonrisa ácida y replicó:

—Pues verá, señor mío. A veces las cartas vienen mal dadas en la vida. Tanto yo como mi marido pasamos por dificultades en tiempos de la guerra. Y, en esas circunstancias, las personas a veces se ven forzadas a hacer cosas que no desean. La necesidad me obligó a vender el cuadro. Un marchante de arte judío me pagó un buen precio por él. Y luego, bueno..., supongo que el lienzo siguió una serie de... avatares hasta venir a parar a los fondos del museo. Cuando me enteré de que iban a tenerlo en sus paredes, vine a verlo inmediatamente, en cuanto lo colgaron. Y, desde entonces, he acudido todos los días sin faltar uno, aunque a veces tan solo me quedara mirándolo unos minutos. Pero bastaban para hacerme la ilusión de que ese cuadro todavía me pertenecía, que podía contemplarlo todas las mañanas al despertarme, como si pendiera enfrente de mi cama. Pero claro, si ahora lo trasladan a Nueva York..., mi visita diaria se va a complicar un poco.

Jesús Gallardo la escrutó con verdadera intriga, y, sopesando sus palabras, señaló:

—A tenor de lo que me cuenta, debía de apreciar usted mucho a Martín

Pendragón. Ese regalo le ha dejado huella.

Blanca Luz frunció los labios con una sonrisa amarga e irónica y musitó:

—Sí..., puede decirse que sí. Los dos nos apreciábamos mucho. — Comenzó a jugar a absorta con su sortija y, de pronto, alzó la cabeza con viveza, como si saliera de un ensueño, y agregó—: Supongo que es rabia. Se puede imaginar la rabia que da haber malvendido el cuadro de un amigo de juventud al que nunca prestaste demasiada atención, porque para ti su talento era algo cercano y cotidiano, y que luego resulte que se trata de una obra maestra de la que se hacen eco todos los críticos de arte y que se disputan los museos... Te sientes bastante tonta. Aquel fue un mal negocio. Llevo años arrepintiéndome. Y la única forma que tenía de reparar mi error, siquiera un poco, era venir aquí, pararme delante del lienzo y dedicarle mi tiempo. Así, lograba sentirlo mío otra vez, al menos, en parte...

La voz de Blanca Luz se había ido apagando gradualmente como si divagara, y su mirada se había extraviado. Jesús Gallardo carraspeó, no sin cierta impaciencia.

—Lo entiendo, señora mía, pero me temo que no está en mi mano hacer nada al respecto. Comprendo la ligazón de índole sentimental que la une al cuadro, pero los negocios son los negocios. Usted misma negoció con él en una ocasión. Juzgar la fortuna de su transacción es algo que no me compete. El caso es que, sea cual sea la historia de ese lienzo, ahora mismo obra en poder del museo y, por lo que a mí concierne, muy pronto cambiará de manos nuevamente. Si quiere seguir viéndolo y forjándose la ilusión de que continúa teniéndolo colgado en su casa, no le va a quedar más remedio que mudarse a Nueva York. Es todo lo que puedo decirle. De todos modos, supongo que usted ya lo sabía antes de venir aquí. No esperaré que iba a cambiar algo con su visita.

—No, no se preocupe. Solo soy ilusa hasta cierto punto. Simplemente... tenía que intentarlo. Ya no le molesto más. Que tenga un buen día.

Blanca Luz se incorporó y se dirigió hacia la puerta. Al verla de espaldas, con la nuca inclinada, los hombros encorvados y caídos, Jesús Gallardo se dio cuenta de la derrota que rezumaba aquella mujer. Y, sin pararse a pensarlo, la llamó:

—¡Espere!

Ella volvió la cabeza, con aire interrogante.

—Mire, no debería contarle esto. Ni yo mismo sé por qué lo hago, pero,

antes de que me arrepienta y cambie de idea, le diré algo. Ese cuadro de Martín Pendragón no estará mucho tiempo en la galería neoyorquina. No llega para quedarse.

Blanca Luz frunció la frente y entrecerró los ojos.

—¿Cómo es eso?

Como si forcejeara consigo mismo, Jesús Gallardo prosiguió:

—La galería no tiene intención de conservar el cuadro en su colección a largo plazo. Ahora lo compran, sí, pero solo es una estrategia. Tendrán el cuadro provisionalmente, una década, dos, tres como mucho... Lo tendrán hasta que Martín Pendragón muera.

—¿Qué?

La mera formulación de aquella posibilidad (que Martín fuera a morir alguna vez) espantó a Blanca Luz.

—Sí. Cuando el autor fallezca, su obra se revalorizará. Mucho. Martín Pendragón va a ser uno de los pesos pesados del arte contemporáneo. Su trayectoria le ha condenado a eso. Todo lo que salga de sus pinceles valdrá mucho más cuando él ya no esté. Y, cuando ese momento llegue, la galería esperará unos años más, hasta que el cuadro alcance su máxima cotización y, entonces, lo sacará a subasta. Esta compra que hacen ahora no pasa de ser una inversión. Lo sé de buena tinta.

—¿Y usted ha accedido a eso?

—¿Y por qué no? Es el mercado del arte, señora mía. Al final, el mejor postor es el que se lo lleva.

Blanca Luz tragó saliva.

—Entonces, eso significa...

—Eso significa, ni más ni menos, que, dentro de unos años, ese cuadro que usted tanto ansía, volverá a estar en el mercado, para quien esté dispuesto a pagar el precio más alto. Si tanto le interesa..., cómprelo entonces —concluyó Jesús Gallardo, socarrón y alzando los hombros.

Blanca Luz le dirigió una sonrisa desde el quicio de la puerta y, antes de atravesarla, dijo:

—Le quedo eternamente agradecida. No lo dude: seguiré su consejo.

—Qué espeluznante que le hablan así de la muerte de Martín, ¿no? Con

esa frialdad... Se le debieron de revolver las tripas solo de pensarlo. Me estoy poniendo mala hasta yo.

—Claro, porque usted siempre ha estado enamorada de Martín.
¡Admítalo!

—Pero ¡si no lo conozco!

—Eso no es cierto. Por supuesto que lo conoce. Poca gente lo habrá conocido mejor. Si hasta vuelve a estar vivo gracias a usted...

—¿Me lo dice en serio?

—Se lo juro.

—... Pero, aun así, él murió... No quería llegar a esta parte de la historia. Lo sabía desde el principio, claro, que tarde o temprano... pero es que...

—¿Es que qué?

—Pues que lo voy a echar mucho de menos. Muchísimo.

—Claro. Igual que yo. Todos los días. Pero la muerte siempre sale por cualquier lado al final de las historias. Lo que es un síntoma fiable de que a esta ya le queda poco...

—¿Y después de eso, tú y yo ya no nos veremos más?

—Estarás rezando por que llegue ese día, ¿verdad? El de tu liberación.

—Psss, no creas. Incluso estaba empezando a cogerte el tranquillo.

Cuando Martín recibió la esquela, se dio cuenta de que toda una época se había acabado. A partir de ese momento, era imposible que las cosas volvieran a ser como antes. Nadie como la muerte para hacer que nos demos cuenta. El tiempo pasa. Y el cambio también. Continuamente.

José María Casabella ha fallecido hoy, 23 de octubre de 1967.

Y no hacía falta añadir nada más.

Para asistir al funeral, tuvo que volver desde París a la vieja ciudad norteña de su infancia, donde Chema había pedido que lo enterraran. Hacía décadas que no la pisaba, pero solo parecían un paréntesis. Le daba la sensación de que no se había ausentado de ella más que un par de semanas. Ni siquiera eso. Era como si nunca la hubiese dejado, como si hubiera pasado allí toda su vida. Y entonces se dio cuenta, con estupor, de que llevaba echándola de menos desde que se marchó. El cielo posado sobre sus montañas conservaba el color plomizo de siempre. El camino hacia el cementerio también era el mismo. Después de todo, tal vez sí hubiese elementos que nunca mutaran. Todo seguía igual. Pero el tiempo también había seguido igual: pasando. Y eso bastaba para que a las cosas no les hubiera quedado más remedio que cambiar. Por eso, en un tren que viajaba hacia atrás, Martín volvió a la misma estación de la que partió en una madrugada de otra vida. Blanca Luz le había pedido allí, aquel día tan lejano, que pintara, que llegara lejos. Ella ya no estaba en aquel andén en el que habían sido reyes, jóvenes y eternos. Pero él le había hecho caso. Regresaba a aquella estación con su sueño debajo del brazo. Aquel sueño que él había soñado, ella creído y que, finalmente, se había cumplido. Tal vez, sí se lo debía.

El oficio religioso fue largo. Los bancos de la iglesia estaban atestados. No cabía un alma. Mucha gente había apreciado a Chema Casabella, y lloraba porque un cáncer aciago y fulminante se lo había llevado en menos de medio año. Poco antes de que eso ocurriera, Martín había hablado con él por teléfono, y Chema le había dicho:

—No sabes qué jodido estoy, chico. Esto de morirse es una mierda.

—Tú no te vas a morir, Chema —le había rebatido, deseando creerse su propio y torpe intento de consuelo.

—Claro que me voy a morir.

—Toma, no. Por supuesto que te morirás, en algún momento. Igual que yo. Igual que todos.

—No, Martín, tú no. Tú no morirás. Porque vas a dejar tu obra detrás. Tu pintura te hará inmortal. Y no sabes cómo me alegro, chico. Ah, y, de paso, también la harás inmortal a ella.

—¿A quién?

—Chico, a veces no sé si eres tonto o te lo haces. Pues, ¿a quién va a ser, alma de cántaro?

Estas palabras todavía resonaban en su cabeza. Le habían pedido que, al término de la misa, él, que era su amigo, además de un hombre célebre, leyera unas palabras. Una especie de panegírico. Martín no estaba seguro de que fuese capaz de hacerlo. En un primer momento, incluso le molestó la petición. Le estaban pidiendo que se desnudara en público, ante unos feligreses, encima de un altar. Resultaba impúdico. Pero luego se dio cuenta de que aquello era por Chema. Mientras avanzaba por la nave central del templo, sentía todas las miradas incrustadas en él. Se trataba del hijo pródigo, que regresaba a la tierra de la que salió decenios atrás para triunfar fuera. Sabía que muchos, en el fondo, no se lo perdonarían jamás. Y todos seguían sin entenderle. Pero la reputación que se había labrado en otro lugar, la admiración que le tributaba el resto del mundo, obligaban a sus paisanos a recibirlo con los brazos abiertos, y, por eso, ahora escucharían lo que tuviera que decir con consideración. Se parapetó tras el ambón. Escudriñó a la parroquia. A muchos no los conocía. La cara de algunos le sonaba. La de una mujer sentada en la primera fila le resultó más que familiar. Básicamente, porque tenía los ojos de todos los colores y, a la vez, de ninguno. Era Blanca Luz Miranda, vestida de luto de pies a cabeza. Le habían contado que había fundado una empresa de pantalones que iba viento en popa y que la estaba

haciendo rica. Martín se aclaró la garganta y, sin más, dijo:

—Hoy estamos aquí para llorar por José María Casabella. Pero yo solo puedo hablar de Chema. Siempre le llamé así. Y solo puedo decir de él que era un gran hombre. Es lo que se dice de todos cuando morimos. Pero, en este caso, es verdad. Los que le conocíais, me creeréis y me daréis la razón. Yo lo conocí cuando los dos éramos muy jóvenes, porque asistíamos juntos a unas clases de pintura, en esta misma ciudad, en una casa que, aunque vacía y comida por la maleza, está todavía en pie, en la calle Campana. Igual que esa casa, la amistad que iniciamos allí Chema y yo ha seguido en pie hasta el día de hoy. Esas clases nos aprovecharon de modo desigual. A mí me descubrieron mi vocación. A él, no. Nunca pasó de ser un pintor aficionado. Pero eso ahora ya da igual. Lo que no da igual es que, entre esas paredes, los dos fuimos felices. Nos hicimos felices. Me acuerdo muchas veces de aquellos días. Probablemente cada vez más. Es lo que ocurre cuando nos hacemos viejos. Y, por debajo de las sensaciones agrídulces que me traen esos recuerdos, siempre queda un regusto de felicidad imborrable. Y ese regusto proviene de Chema. Porque la vida es un altibajo perpetuo. Lo que hoy creemos una bendición, mañana puede llevarnos a la perdición. Pero sí hay una referencia, una constante, a la que siempre podemos volver, en la confianza de que nos hará esbozar una sonrisa sin adulterar: la amistad. La amistad verdadera. Y Chema era mi amigo. Uno auténtico, porque era capaz de llorar conmigo mis penas y de celebrar sinceramente mis alegrías. Y no digo esto en balde. Aun cuando pueda parecer todo lo contrario, muchas veces nos es más difícil acompañar al que triunfa que al que le va mal. Hace falta ser muy generoso para eso, y querer mucho y de verdad a la persona por la que te alegras. Aunque pocas veces nos lo reconozcamos, resulta más complicado perdonar el éxito que el fracaso. Y él lo hizo, y, además, admirablemente: nunca le importó que las cosas me fueran mejor. Esa es la prueba irrefutable de la grandeza de espíritu de Chema. Un amigo que me ha durado más de cuarenta años, que nunca me falló y que siempre me hizo reír. Creo que ese es todo el elogio que se puede hacer de un hombre para probar lo valioso que era. Fue un privilegio tener ese puntal. Ahora que me falta es cuando me doy cuenta de la importancia que tuvo en mi vida. No es que antes no lo supiera... Pero hasta que algo no falta..., es imposible saber el tamaño del hueco que nos va a dejar. Lo que más me ha dolido en mi vida es aprender que entre las personas que se quieren puedan caber los kilómetros,

los años o la muerte. Esas cosas que nos van separando a lo largo del camino. No entiendo que el mundo esté diseñado con crueldad, porque es crueldad que conozcamos y amemos a gente a la que, inevitablemente, vamos a acabar perdiendo. Es un chiste que tiene maldita la gracia y que, para mi gusto, nos cuentan demasiadas veces. Pero es así. Por eso, cuiden a sus amigos. Cuídenlos mientras puedan. Se lo dice alguien que ya no tiene al suyo. Adiós, hermano. Que tengas buen viaje. No nos olvides. Y para que sepamos que te acuerdas de nosotros, gástanos alguna broma de las tuyas de vez en cuando.

Ya habían bajado el féretro a la fosa. Ya no quedaba nadie. Había comenzado a lloviznar. Las gotas empapaban la hierba y la tierra. Martín tenía frío. Cruzó los brazos sobre el gabán negro. Unas pisadas calladas se le acercaron por detrás. No podía ser más que ella. ¿Quién si no se habría quedado a esperar?

—¿Cómo estás?

—Bien, dentro de lo que cabe.

Se quedaron un momento en silencio.

—¿Y tú?

—Triste.

Otro instante de silencio, los dos mirando la fosa rectangular abierta ante ellos. Llevaban toda la vida jugando a encontrar las cosas donde las dejaron. Pero aquel agujero era la prueba de que ese intento no podía ser más que eso: un juego. Puro teatro. Aunque ellos fueran los mejores en interpretarlo. Había llegado el momento de recoger las fichas. No podían seguir soñando qué harían con el tiempo. Porque ese mismo tiempo ya les había arrinconado, y pasado por encima, sin importarle que algunas de las cosas que soñaron las hubieran hecho y otras, no.

—Parece imposible que ya no esté.

—Lo sé. Pero, en algún momento, todos dejamos de estar. Y me temo que ya hemos llegado a esa edad en la que la gente se empieza a morir.

Blanca Luz le posó una mano en el hombro.

—¿Sabes, Blanca Luz? Tal vez hoy deberíamos separarnos sin hablar más.

—¿Por qué?

—Porque Chema ha muerto. Es su funeral. Y todo el mundo debería ser el protagonista en su propio entierro. Hace muchos años, él y yo tuvimos una discusión. Que yo recuerde, puede que sea la única que hemos mantenido en

nuestra vida. Me reprochó que siempre se le trataba como al segundón. O, lo que es peor, como un correveidile entre tú y yo. Fue aquella vez en la que, desde París, te envié una carta por conducto suyo con la que quería darle en las narices a Eduardo, restregarle que seguíamos en contacto a pesar de que os hubierais casado. Chema me echó una reprimenda terrible. Me dijo que, aunque a nosotros nos lo pareciera, tú y yo no éramos tan importantes. —Al recordar, Martín había empezado a sonreír, y se le habían brillantado los ojos—. Lo cierto es que tenía razón. Porque tú y yo no somos reales, Blanca Luz. Los que son reales son gente como Chema, como Eduardo, como Gabrielle, como tu padre... Esas personas que han estado allí, acompañándonos, año tras año de este siglo de tarados en el que ha habido guerras, utopías, en el que ha cambiado la política, el arte, el mundo... y que, sin embargo, también ha sido real. ¿Y qué vamos a fingir? ¿Que al final lo único que importa somos nosotros? ¿Que nuestra pequeña y ensimismada historia es la única que merece la pena contarse? ¡Por favor! Ni que fuéramos esas figuras que actúan como puntos de fuga en los cuadros, desde un segundo plano, medio ocultas, pasando desapercibidas, pero haciendo que todo lo demás desaparezca en un esfumado... En el cómputo global, ¿en qué ha consistido nuestro miserable drama? En unos cuantos encuentros, tan estelares como efímeros... Anécdotas. No podemos pretender que hemos marcado una diferencia tan grande el uno en la vida del otro. Porque no sería verdad, solo una novela barata. Y tampoco sería justo. No es justo para personas reales como Chema que sea precisamente en su entierro donde los legendarios Blanca Luz Miranda y Martín Pendragón se vuelven a encontrar, más de once años después... Estaríamos robándole el protagonismo hasta el día en que se muere, cuando solo tenemos ocasión de morirnos una vez... Es de mal gusto.

—O su última broma —apostilló Blanca Luz, mirándole a los ojos.

Las gotas de lluvia se le habían instalado en el pelo encrespado y en las hombreras del abrigo.

—Martín, tú mismo lo has dicho antes. Cuiden a sus amigos. No se sabe el hueco que nos van a dejar hasta que los perdemos. Nosotros somos amigos, ¿no? Ha pasado más de una década desde la última vez. Volvemos a coincidir en la ciudad en la que nos conocimos, hace milenios... No perdamos esta oportunidad. Chema nos ha servido en bandeja ese café que tú y yo nos vamos a tomar.

Recordar era como empezar a patinar sobre un plato de sopa y deslizarse por su fina superficie. Pero, poco a poco, uno se iba hundiendo y constataba que la memoria está formada por muchas capas, sin siquiera ser consciente de que seguían allí, cada vez más espesas, hasta que los recuerdos se adensaban tanto que cuando uno quería regresar, se percataba de que se había internado demasiado, y que el pasado lo había abducido. Y volver se convertía en un esfuerzo penoso y difícil, en el que uno tenía que remolcarse a sí mismo para rescatarse de aquel que fue. Cuántas veces a lo largo de la vida se pronuncian a la ligera frases fútiles que se olvidan apenas se dicen, para descubrir dos, quince o treinta años después, que se quedaron a vivir para siempre en la memoria de otra persona que, cuando nos recuerda, lo hace a través de esas palabras en las que nosotros ni siquiera nos reconocemos. Y de este modo se descubre que el pasado, aunque a veces se quede en los huesos por las desatenciones, o desfigurado por el olvido, es un superviviente nato.

Así, tras más de dos horas empedradas con la frase «y te acuerdas de aquella vez que...», Martín miró aquella cara, por la que el tiempo había dejado su impronta, hasta convertirla en la de una extraña. A pesar de ello, bajo aquella máscara avejentada, relumbraba algo inconmensurablemente familiar, que jamás había llegado a olvidar. Y, sobre todo, aquellos ojos... que eran de todos los colores y de ninguno. Unos ojos llenos de posibilidades. Ahora ya sabía lo que eso significaba. Pero, por primera vez desde que los vio, cuarenta y cinco años atrás, podía mirarlos con serenidad, ya que había llegado a ese momento en el que estaba conforme con su vida, y tranquilo, porque ya había aprendido, a base de comprobarlo en la carne de los demás y, sobre todo, en la suya propia, que, aunque en el futuro vinieran mal dadas, el mecanismo por el que se mueve la existencia es el del reflujo: por eso siempre cabe esperar que las aguas vuelvan a bajar a su cauce. Y con esa certeza se puede vivir más fácilmente.

—Bueno, Blanca Luz. Me alegro de que nos hayamos vuelto a tropezar. De haberme tomado este café contigo —dijo alzando la taza ceremoniosamente—. De que te vaya bien. De que aparezcas en tantos buenos recuerdos y de que nos hayamos reído juntos al compartirlos.

—Yo también, Martín —replicó Blanca Luz con una sonrisa conmovida en el rostro.

Martín comenzó a jugar con los posos del café valiéndose de la cucharilla, absorto, y Blanca Luz se acercó su taza a la boca para sorber el culín de café que quedaba, y que ya estaba frío. En los labios le ardía una pregunta que le hacía sentir retortijones en el estómago, pero que no se atrevía a hacer. Inhaló aire un par de veces para lanzarla, sin que Martín se diera cuenta, pero, en sendas ocasiones, el miedo se la abortó. Entonces Martín consultó su reloj y dijo:

—Huy, el tiempo ha pasado volando. Se me ha hecho muy tarde y es hora de que me vaya. Ha sido un placer, Blanca Luz. Como siempre.

Se levantó con aire resuelto y se inclinó para besarla en la mejilla. Blanca Luz recibió el beso, paralizada, y cuando lo vio volverse hacia la puerta, se dio cuenta de que iba a marcharse de verdad, y de que iba a perder la oportunidad de despejar aquella duda que la consumía desde que se lo había encontrado. Así que, con un esfuerzo supremo, alzó la voz y lo llamó:

—¡Martín!

Él se giró y la miró con gesto entre interrogante y complaciente.

—¿Sí?

—Espera. Tengo que preguntarte una cosa.

—Tú dirás —le contestó Martín levantando los hombros con una ligera sorpresa.

—Sí, pero no aquí. Me apetece estirar las piernas y que me dé el aire. Vamos fuera. Te acompaño.

—Como quieras —le concedió Martín, sujetándole la puerta de cristal para que pasara.

—Gracias —dijo Blanca Luz, arrebujiándose en el abrigo.

La tarde de otoño estaba fresca. La humedad de la lluvia aún pendía del aire. Las hojas caídas se arremolinaban en las aceras del bulevar de su vieja ciudad. Martín y Blanca Luz empezaron a caminar, el uno al lado del otro, como aquella otra tarde en que volvieron juntos a casa por primera vez, no demasiado deprisa, disfrutando del paseo y de la atmósfera que se esponjaba a su alrededor. A última hora había escampado. Pero el sol ya se estaba poniendo, y las cornisas de las casas descansaban con una quietud vestida de anaranjado.

—Está hermoso el atardecer —dijo Blanca Luz.

—Sí. Los atardeceres son hermosos. Siempre me ha gustado pintarlos. Tienen tantos colores..., un poco como tus ojos. Lo primero que pinté, ¿te

acuerdas? —señaló Martín con una sonrisa.

«De eso quería hablarte. Eso quería preguntarte. Quiero saber si has vuelto a pintarme alguna vez, si mis ojos han vuelto a inspirarte, tal vez una tarde que estuvieras aburrido, o una mañana lluviosa que te encontraras un poco melancólico, o al escuchar una canción que te hiciera regresar al pasado, o al encender la luz de un pasillo. Quiero saber si la luz ha vuelto a ser blanca para ti. En cualquier momento de tu vida, aunque tú no le dieras importancia. Me da lo mismo. Porque para mí significaría tanto. Sería tan importante saber que has vuelto a pensar en mí de esa manera. Lo sería, porque me he dado cuenta de que pintar es la forma que tienes tú de amar. Por eso necesito que me pintes, y que me pintes blanca», quiso gritar. Pero no lo hizo. Comenzó a retorcerse los dedos. Martín se dio cuenta y se detuvo, mirándola asombrado.

—¿Qué te pasa, Blanca Luz?

Ambos se quedaron parados, debajo de un árbol que ya había perdido casi todas sus hojas. Blanca Luz lo miró.

—Te quise mucho, Martín.

Él sonrió con cariño.

—Claro. Yo también a ti, boba.

—Ya... Pero siento que debo decirte que nunca he llegado a querer a nadie tanto como te quise a ti.

La sonrisa de Martín se le borró de la boca abruptamente. Parecía anonadado.

—Pero ¿qué estás diciendo, Blanca Luz? No digas sandeces. Voy a tener que pensar que chocheas con la edad. Vale que el nuestro fue un amor de juventud muy intenso. Que nos enseñamos a vivir y que, luego, a lo largo de la vida, no nos hayamos olvidado. Y que hemos tenido reencuentros que, bueno... Pero de ahí a decir que no has querido a nadie como me quisiste a mí... No puedo aceptarlo. No puedo, porque eso significaría que toda nuestra vida, no haber estado juntos...

Las palabras se le agolparon en la boca a Martín, que tenía los ojos desorbitados, y Blanca Luz asintió con tristeza.

—Pero así es. Quise de nuevo, por supuesto, pero no como a ti. A estas alturas de mi vida, creo que ya puedo decirlo sin temor a que sea mentira.

Se quedó un momento callada y agregó:

—Puede que no sea por ti. Puede que hayas sido la persona a la que más he amado por el momento de nuestras vidas en el que nos tocó querernos. Puede

que tan solo consista en tener veinte años. Luego nos hicimos mayores, y, quizá, nadie al crecer vuelve a querer tanto como cuando empezó a vivir... Siempre serás el chico que me enseñó el camino a casa... O puede que no. Quizá sí fueras tú y solo tú la persona que habría sido capaz de hacerme feliz. En cierto modo, eres lo más parecido a la felicidad que he conocido. Pero ahora ya supongo que nunca lo descubriremos, ¿verdad?

Martín negó despacio con la cabeza, con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

—No creo que haya manera. Esta no es una historia de amores legendarios ni de héroes. Me temo que solamente es una historia de personas débiles, que se equivocan, a veces se arrepienten, pero que no por eso recuperan lo que perdieron.

—¿De qué te arrepientes tú?

Él lo pensó un instante, escrutándole el rostro, y contestó:

—De no haberte dicho en su momento todos los te quiero que quería decirte, porque presumí que tendría toda la vida por delante para hacerlo. Al final, no fue posible, y se me quedaron en el tintero. —Hizo una pausa, ante la que Blanca Luz quiso tomar de nuevo la palabra, pero él la interrumpió—: Y también me arrepiento de no haber entendido nunca si el amor, que puede nacer en un segundo, como me pasó a mí cuando te vi por primera vez, puede también morir en una noche, como te ocurrió conmigo a ti. ¿De verdad es posible que el amor se desarraigue así, de una muerte súbita? Y ya, ya sé que puedes decirme que claro que el amor no desaparece, que solo se metamorfosea en ternura, cariño, respeto..., que la persona a la que amabas jamás te será indiferente, que deja un rastro. Pero no, no me refiero a eso. Lo que siempre he querido comprender, y hasta hoy no lo he logrado, es por qué pulsando una tecla misteriosa la persona que era tu mundo deja de serlo, y si eso sucede en un instante o tiene que roer la carcoma, y si lo decidimos nosotros o, simplemente, pasa, y si le puede ocurrir a cualquiera, o solo a quienes no conocen a la persona a la que aman, o a los que no quieren conocerla para que la verdad no les duela... ¿Cómo y por qué se desengranan dos corazones que funcionaban bien? En fin, sea como sea, tú me demostraste que es posible, y he incubado ese miedo toda mi vida... Nunca he sido capaz de creer plenamente en el amor; en eso de que, si es verdadero, sale victorioso de todas las vicisitudes... Tu sombra estaba siempre allí para desmentirlo. O tal vez es que lo nuestro nunca fue amor. Esa sería la otra

explicación, ¿no? Que se tratara de otra cosa.

Blanca Luz le sostuvo la mirada y afirmó:

—Sí, fue amor. La prueba es que hoy estamos aquí.

—Ya. ¿Y luego?

—Luego no sé.

Se quedaron una vez más callados, con algo de desaliento, hasta que Blanca Luz reunió el coraje para preguntar:

—Y no hay manera ya de que lleguemos a saberlo, ¿o me equivoco?

Y contestó Martín. A media voz:

—No. No te equivocas. En el fondo, lo que ambos deseamos no es nada nuevo. Solo queremos regresar al pasado. Y, no nos engañemos, el pasado es el único lugar para el que no venden pasaje de vuelta. Es imposible que volvamos a ser lo que fuimos. Lo que ha cambiado por el camino no se puede borrar. De todas formas..., tenemos que estar agradecidos. Hay gente que se muere sin haber conocido un amor como el que nosotros nos tuvimos.

Blanca Luz asintió, con los ojos bajos, y musitó:

—Nos encontramos una vez, y, después de eso, hemos estado perdiéndonos toda la vida. Como esas dos mitades de Platón que estaban destinadas a reunirse y a ser uno entero. ¿Te acuerdas? Lamento que te tocara una mitad tan imperfecta como yo. Tan incapaz de completarte. Siento haber sido el único fracaso de tu vida.

—No digas eso. Todos afirman que he creado obras maravillosas. Pero la más hermosa de todas fue quererte —replicó Martín—. Además, a fin de cuentas, tal vez el amor y el desamor sean la misma cosa, las dos caras de una misma moneda. Que se dé uno u otro solo depende del momento en que los pilles.

Se quedaron callados de nuevo. Comenzó a soplar un aire frío, que removió sobre sus cabezas las hojas que aún colgaban de las descarnadas ramas del árbol. Entonces, Martín abrazó a Blanca Luz, le besó la frente, le levantó la barbilla con un dedo y miró a aquellos ojos que siempre lo habían acompañado, y le dijo, sonriendo y con un infinito afecto:

—Me encantó verte, Blanca Luz.

—¿Nos volveremos a encontrar? —preguntó ella, anhelante.

Él pronunció su sonrisa, confiada y tranquilizadora.

—Cómo no. En algún otro recodo de la vida. Al fin y al cabo, recuerda que tú y yo somos arrieros...

—... y que en el camino nos encontraremos —completó Blanca Luz, sonriendo a su vez.

Solo entonces la soltó él para marcharse. Una vez más. Pero cumplir su refrán ya no les fue posible. Medio año después de aquel reencuentro, Martín Pendragón sufrió un ataque al corazón y, en cosa de un cuarto de hora, se murió.

Lo demás ya es historia oficial. Quince años después del fallecimiento de Martín Pendragón, tal como se lo había pronosticado Jesús Gallardo a Blanca Luz Miranda, la galería neoyorquina sacó el cuadro a subasta. Para entonces, tal y como se había propuesto ella, había logrado amasar la fortuna necesaria para poder pagar por el cuadro cualquier cantidad, por muy exorbitante que fuese: veinte millones de dólares. Regresó así a sus manos aquella obra que había recibido envuelta en papel de estraza cuando cumplió veintiséis años, cuyo título había raspado con una piedra pómez hasta borrarlo, como si al hacerlo pudiera borrar también las verdades latentes que no se quieren saber. Luego, con la manida excusa de que se había dejado un asado en el horno, echó de su despacho a una periodista entrometida y cabezota que quería jugar a los detectives de novela rosa. Y no mucho después, caprichosa como era, la llamó de vuelta para que le sirviera de biógrafa o cosa parecida. Y aún hizo algo más. Un mes antes de que yo terminara el relato que ella me ha referido a lo largo de este año, que ha sido el más loco de mi vida, dio el punto final a un proyecto al que llevaba entregada mucho tiempo y del que hasta entonces yo no había tenido noticia: con las obras menores de Martín Pendragón que había ido adquiriendo aquí y allá a lo largo de esos años, y con la joya de la corona de la que se había adueñado en la subasta, montó un museo dedicado a la figura del pintor. Lo abrió en el único lugar en el que habría tenido sentido: la vieja casa de la calle Campana. Allí fui invitada el día de la inauguración. Había oído tantas veces hablar de ella, la había imaginado en tantas ocasiones, como un paraíso perdido, que pisar sus suelos de madera, contemplar sus paredes cubiertas por las pinturas del hombre que había descubierto allí la verdadera vocación de su vida, fue lo más semejante que he vivido nunca a entrar en un territorio de leyenda. Era penetrar en el escenario en el que se movían mis personajes. Aquella casa, en parte, también la había levantado yo. Y bajo su techo, en la buhardilla, todavía me parecía

oír los ecos de la primera vez que Blanca Luz y Martín probaron la pasión. Aún percibía la sombra de los caballetes desordenados por el estudio, con los primeros bosquejos trazados por un diletante al que todavía podía corregir el señor Miranda. Se escuchaba la risa de Chema. Se sentía la incompreensión que cuajó una vez en el salón ante la obra de un visionario que siempre fue por libre y que alcanzó a otear más allá. Pero, sobre todo, yo noté la felicidad de dos personas que se descubrieron y se amaron siendo niños, que estrenaban juntos la vida, y que se separaron sin saber que se habían hecho mayores y que perdían algo que jamás recuperarían. Y, lo que es peor, o tal vez el único motivo para conservar la esperanza: que no podrían olvidarlo nunca.

El mobiliario se había alterado lo menos posible para que el museo se mantuviera fiel al espíritu de la casa, y los visitantes pudieran sentirse parte de aquellos tiempos. No solo había Pendragones. En un discreto rincón, envejecía el retrato que el señor Miranda había hecho de la madre de Blanca Luz. Una marisma de Chema que el profesor nunca tuvo el valor y la crueldad de descolgar pendía sobre el dintel de la puerta. Y, en una vitrina, descansaban con sus alas pintadas y quietas dos mariposas hechas con papel que Blanca Luz no se llegó a tragar. Todo estaba allí. Muchas vidas, muy queridas para mí, capturadas entre aquellas paredes. Componiendo «un museo con sabor», como saldría reseñado en las pocas guías turísticas que se molestarían en hablar sobre la vieja ciudad del norte, célebre únicamente por haber sido cuna de un afamado artista llamado Martín Pendragón.

Entre los invitados a la recepción estaba Paco, visitando el pasado de su padre por primera vez. Aquel niño que tanto había trastornado a Blanca Luz, a causa de su semejanza con Martín, se había convertido en un hombre que ya no se le parecía. Un hombre completamente distinto al que ella recordaba. Se le acercó para hablarle. Y yo los escuché.

—Quería agradecerle que haya llevado adelante este museo. Es loable que haya puesto a disposición del público las obras de mi padre que ha atesorado a lo largo de su vida, en vez de guardarlas para sí.

—Es justo que así sea. Todo el mundo debería poder disfrutar la obra de Martín Pendragón y admirarle. Me siento muy honrada de contribuir a hacerlo posible.

—Y hablando de admiración, precisamente es extraordinaria la que usted le profesa. La que le lleva profesando toda la vida, desde que yo era un

chiquillo de poco más de diez años. Y fíjese los que tengo ahora. No me queda tanto para el medio siglo —apuntó Paco Pendragón con una sonrisa irónica.

—¿Aún te acuerdas de aquel encuentro que tuvimos en la escalinata del Museo Nacional hace, efectivamente, tantos tantos años?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Pues ha transcurrido mucho tiempo.

—Sí. Mucho. Y es curioso que mencione el tiempo, porque ¿sabe también de qué me acuerdo? Pues de que, el mismo día que la conocí a usted, vi por primera vez el cuadro *Saturno devorando a su hijo*, de mi tocayo Francisco de Goya. Aquella misma noche, mantuve con mi padre una conversación telefónica en la que le expliqué que esa obra me daba miedo, por los ojos enloquecidos del dios y el cuerpo ensangrentado que se estaba comiendo. Y mi padre me dijo que es que el tiempo es un demente, y que ya me daría cuenta por mí mismo... con el paso del tiempo.

—¿Eso te dijo? —preguntó Blanca Luz, con una sonrisa dulce y absorta.

—Sí. Que el tiempo está loco porque engulle a sus propias criaturas. Pero ¿sabe? Creo que, aunque en general sea así, a veces hace excepciones. A algunas personas las respeta. Y mi padre es una de ellas. El tiempo le ha indultado. No como él a mí.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre me dijo esa misma noche que él nunca me devoraría. Pero, de alguna forma, y aunque no lo pretendiera, lo ha hecho. Siempre he sido el «hijo de...», viviendo a su sombra. Sin un sitio propio. Me doy cuenta al venir a esta casa, que está dedicada a él, a su memoria... a la que yo asisto como un invitado. Me ha fagocitado. En cambio, a sus otros hijos, no.

—¿Qué hijos?

—Sus cuadros. Cuadros como los que usted ha reunido y que hoy están aquí. Ellos son inmortales. Le alegraron y le llenaron la vida a mi padre tanto como yo, pero, además, le rescataron de la muerte. Por eso, él y su obra son protegidos del tiempo.

Blanca Luz suspiró y pronunció su sonrisa.

—Bueno. Aunque no sea su intención, las personas como Martín Pendragón suelen devorar la vida de quienes tienen alrededor. Pero supongo que no se les puede culpar por ello. Tan solo... quererlos como son.

Entonces se interpuso un camarero preguntándome si quería más vino y ya

no pude escuchar cómo seguía aquella conversación. Un rato después, la recepción de inauguración se terminó, y todos los invitados se marcharon hablando maravillas de aquel pintoresco lugar. Yo también me marchaba. Lo juro. Prometo que la fama de cotilla que me estoy labrando no merece convertirse en proverbial. No era mi intención fisgar, ni inmiscuirme en la soledad de Blanca Luz en aquella noche de remembranzas. Sencillamente, volvía a la planta superior porque había olvidado comentarle un detalle sobre la novela. La entreví al otro lado de la puerta entornada del estudio, donde había colocado el cuadro que le había costado media vida recobrar. La última prueba cierta que le quedaba de lo que una vez fueron, el vestigio que consagraba lo geniales que habían sido juntos. El único recuerdo de lo que Martín sintió por ella y que, acaso, había acabado por desaparecer. La única redención posible. En aquel momento, en aquella estancia tenuemente iluminada, lo estaba sosteniendo entre sus manos, mirándolo con la intimidad de un amante y de un amigo. La escuché decir con alivio y alegría: «Lo sé. El viaje ha sido largo. Pero ya está. Ya hemos llegado a casa». Y entonces la voz se le apagó en un susurro con el que afirmó: «No supe traerte antes».

Sé que, tal vez, hubiera sido más deontológico por mi parte no dar a conocer estas palabras tan personales, a las que no accedí de forma legítima. Pero qué queréis que os diga. Esto no deja de ser una novela, y los novelistas no tenemos deontología. Además, si os encontrarais en mi pellejo, decidme con sinceridad: ¿habríais renunciado a redondear la historia con semejante final?

Pero, un momento, un momento, que esto no es todo. A mí y a vosotros aún nos espera una apoteosis más... Concededme una última página.

Epílogo

La novela tuvo tanto éxito que yo quedé instituida como una autoridad en esta historia, por aquello de que Blanca Luz me hubiera hecho depositaria de sus confesiones. Por eso, aunque ella ya había fallecido (lo hizo tan solo dos meses después de que yo concluyera el libro, después de leerlo, como la gente de bien que ha dejado sus asuntos en orden y se ha librado de los fantasmas), cuando se descubrió una nueva obra de Martín Pendragón, arrumbada en la vieja buhardilla de la casa donde él había pasado sus últimos meses, me invitaron a una recepción privada que se esperaba con máxima expectación. En ella, un historiador de arte, experto en su pintura, iba a dar a conocer las claves del hallazgo. Estas no eran baladíes, dado que el cuadro estaba fechado: Martín Pendragón lo había pintado tan solo dos días antes de su muerte. Esto convertía al lienzo en la última obra del maestro. Muchos se preciaban de ser grandes conocedores de su arte y de su biografía. Pero me preguntaba si acaso alguno de ellos habría llegado a entender que, por mucho que la vida sea lo que acabamos haciendo de ella, acaso lo más real sean los momentos robados, los pensamientos subterráneos que jamás formulamos, las personas que no llegaron a aparecer nunca en los álbumes de fotos, o las que no se quedaron, lo que hay debajo de la piel, lo que pasa detrás de los ojos. Las figuras perdidas en el último plano del cuadro que apenas se ven y que, sin embargo, son el punto de fuga que hace que todo lo demás se desenfoque y se diluya en una especie de esfumado.

Pero no tuve mucho tiempo de preguntármelo. Porque el historiador, con ademán teatral de prestidigitador, dejó caer la sábana que había estado ocultando el cuadro a nuestras miradas desde que entramos en la sala. Realmente, resultaba difícil concebir que alguien que había alcanzado la

cumbre con su arte pudiese haber ido todavía un poco más arriba. Su genialidad había sido un pozo sin fondo, pero hacia la estratosfera, y alimentado por un caudal de inspiración inagotable. Se trataba de una obra inconfundible, como las de su primera época. Su sello, uno que no había vuelto a aparecer desde 1941, cuando cierta mujer se marchó y le rompió (otra vez) el corazón, emanaba de cada poro de la pintura. La misma fuerza, su misma alma, los mismos colores, y aquel rayo cegador que todo lo arrollaba, que todo lo encendía. Que era eterno. Por eso, interrumpiendo la exposición del experto cuando estaba explicando que Martín Pendragón había dejado escrito el nombre del cuadro en la parte posterior del lienzo, levanté la mano y pregunté:

—¿Podría decirnos cómo lo tituló?

Y me di cuenta de que yo ya sabía la respuesta cuando él asintió, esbozó una sonrisa, y proclamó:

—*La luz siempre será blanca.*

Agradecimientos

Vayan, en primer lugar, las gracias a mis padres. Por habérmelo dado todo: el apoyo, la confianza y los libros, que nunca han faltado en casa. Y en especial a ti, papá, por haber sido siempre el primer lector.

No se encuentra a la zaga en mi gratitud el resto de mi familia: abuelos, tíos, hermana, primos. Porque allá por el año 2000 ya íbamos juntos a Alagón, y, desde entonces, no habéis dejado de acompañarme en este empeño. Gracias también a Fernando, por compartir conmigo la odisea de la escritura y todo lo demás.

Muchos e inmensos son los agradecimientos que dedicar a mis amigos: los que ya me sostuvisteis en aquella aventura titulada *Dime una palabra*, y los que lo seguís haciendo. Si cometiera la osadía de mencionaros, el etcétera acabaría por resultar demasiado largo, esa suerte que tengo. Seríais todos los que estuviéseis, pero no estaríais todos los que sois. Y ante el peligro de que semejante injusticia quede perpetuada por el rigor de la imprenta, prefiero daros las gracias y un abrazo personalmente. Por ahora, baste con agradeceros que en este proceso tan trabajoso e interminable en ningún momento renunciarais a la pregunta «¿y el libro?», recordándome que no cabía la desesperanza, por el simple motivo de que vosotros lo esperabais.

Gracias a mis agentes, Berta y Sandra, por tiraros a la piscina, y hacerlo con esa profesionalidad tan humana, en verdad rara de encontrar. A la editorial, por la apuesta y, en especial, a Ana, por su trabajo de guía.

A ti, que sin que nos conozcamos has llegado hasta aquí, mi agradecimiento también.

En definitiva, gracias a todos: este sueño, en lo poco o mucho que valga, es tan mío como vuestro.

Sobre la autora

Marta Quintín Maza nació en Zaragoza un 6 del 6 del 89 y cuando tenía cuatro años la subieron a una mesita de su clase de párvulos para que les contara a los demás niños una historia de su elección. Eligió la de *Cenicienta*. Desde entonces lo único que recuerda del resto de su vida es haber contado unas cuantas más. Como aquellas con las que ganó varias veces el premio Tomás Seral y Casas de relato corto o las que ha recogido como periodista en la agencia EFE, la Cadena SER, y la NASA española, o esa otra que se llama *Dime una palabra* y que es su primera novela publicada al calor de los rascacielos de Nueva York. La historia más reciente de todas las que ha contado es *El color de la luz*. El resto están por venir.

© 2018, Marta Quintín Maza
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-138-1
Diseño de la cubierta: Cover Kitchen
Conversión ebook: Negra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

